



VIVIANA
RIVERO
EL ALMA
DE LAS
FLORES

El alma de las flores

El alma de las flores

Viviana Rivero

Índice de contenido

Portadilla

Legales

1. La cuesta de Moyano

Lavanda

2. Las lavandas de María

3. La Plaza de los Carros

Violeta

4. Violetas para Don Federico

5. Cine Callao

Crisantemo

6. Los crisantemos del primo de Cuca

7. Ateneo de Madrid

Rosa

8. Las rosas de Encarnación

9. Taberna Carmencita

Dalia

10. Las dalias de Consuelo

11. Café Gijón

Geranio

12. El geranio de María

13. La Violeta

Nardo

14. Los nardos de Carmen

15. Café del Hotel Palace

Margarita

16. Las margaritas de Sebastián

17. Café Lion

Azucena

18. Azucenas para Encarnación

19. Antigua pastelería del pozo

Palma Areca

20. Palmas areca para Pedro

21. Cementerio del este

Pimiento

22. La Flor del pimiento y Doña Isabel

23. La Plaza Mayor

Olivo

24. El olivo de Aquiles

25. La puerta del sol

Rosa de Provenza

26. La rosa de Provenza y María

27. Museo del Prado

Gramma

28. La grama para los pies de María

29. Bar Iberia

30. Pastelería La Duquesita

Epílogo

Agradecimientos

Rivero, Viviana
El alma de las flores / Viviana Rivero. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6935-8
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Viviana Rivero
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Booket®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6935-8

*Dedico este libro a todos aquellos que,
por un motivo u otro, alguna vez
han tenido que vivir fuera de la patria,
a aquellos que han sentido en la piel
la palabra «inmigrante».*

*Dedico esta historia a las personas
que han aprendido a escuchar lo que
las almas de las flores tienen para decir.*

CAPÍTULO 1

LA CUESTA DE MOYANO

La cuesta de Moyano es la zona donde se encuentran las casetas de venta de libros de segunda mano, ubicadas en la calle de Claudio de Moyano de Madrid.

1º de enero de 2014

Rafael Becerra

¡Carajo! ¿Quién dijo que los hombres no lloran? Tengo treinta y seis años y aquí estoy, secándome las lágrimas con las manos mientras me muerdo el labio con tanta fuerza que me lastimo hasta sangrar. Agradezco que en el asiento contiguo del avión no haya nadie porque estoy llorando sin consuelo. Me caen lágrimas pero lo que realmente quiero es llorar a gritos, sollozar como un niño, sacarme el cinturón, tirarme al suelo y que de mi boca salga un gemido largo, un aullido lastimero que me ayude a expulsar la angustia que siento.

El avión se eleva. Por la ventanilla veo los edificios de Buenos Aires, que se vuelven cada vez más pequeños, y me duele. La ciudad estrena año nuevo hace apenas unas horas y yo no lo viviré aquí. Me lastima marcharme y este gran dolor que me atraviesa se junta con todos los que alguna vez he tenido en mi vida. Pero el pesar más grande, el que me destroza, es saber que no veré a Facundo por un largo tiempo. Me atormenta pensar que él, a sus siete años, pueda olvidarse de mí y de la relación estrecha que tenemos, pero más me lastima que vaya a extrañarme demasiado y mi decisión lo haga sufrir. Pienso en su carita y en sus últimas palabras antes de que me fuera: «Pa, mandame fotos por el whatsapp». Mi hijo, tan normal, tan maduro y tan inocente.

Miro mi mano y en medio del llanto veo mi anillo de casamiento, esa sortija que no significa nada desde un tiempo atrás. Porque hace más de ocho meses que Juliana y yo no sólo no vivimos en la misma casa, sino que además nos tratamos como dos perfectos extraños; peor aún: como acérrimos enemigos dispuestos a darnos una estocada mortal por mensajes de whatsapp. Recordándolo, me digo a mí mismo que este es el momento en que debo animarme a reconocer que los sueños de familia que alguna vez anidé con ella ya no serán posibles. Entonces, lentamente, tal como si mi mano fuera de cristal y temiera que fuera a romperse, me quito la sortija y la guardo en el bolsillo; dejo mi mano allí y la toco. ¡Por Dios, cómo duele! ¡Qué dolor tan grande! Vuelvo la vista hacia la ventanilla y no paro de llorar; siento que caigo a un precipicio, voy en caída libre y el vértigo me llena la boca del estómago. Mis sueños más sublimes han muerto, y yo he hecho algo terrible: los he sobrevivido.

—Señor, ¿se siente usted bien?

Una suave voz de mujer me habla muy cerca y me vuelve a la realidad. Es la azafata. Trato

de recomponerme.

—Sí, sí, gracias. Por favor, un vaso de agua, ¿puede ser? —respondo rápido. Tengo vergüenza pero el vértigo de mis emociones me supera. Quiero mi agua; tal vez, logre sosegarme.

—Tranquilo, se lo traigo en un minuto.

El contacto con otro ser humano me calma y poco a poco recobro la cordura. El vaso de agua logra su cometido y la paz, al fin, regresa.

Mientras tomo el segundo sorbo pienso que allá abajo, en ese continente del que me alejo, permanecen Juliana, Facundo, mi padre, mis amigos de toda la vida, y también mis viejos sueños. Me voy en busca de nuevos, porque aquí ya no me queda ninguno. No los encuentro, se han esfumado y yo me marcho a perseguirlos a diez mil kilómetros. ¿Acaso soy un cobarde que huye? ¿O soy un valiente que busca seguir vivo? No lo sé, no tengo la respuesta. En los últimos tiempos he descubierto que los absolutos en la vida de los hombres son escasos, casi todo tiene dos caras.

He vendido mi Toyota y le he dejado el dinero a Juliana; eso significa que tengo cubierta la cuota alimentaria de Facundo por un año. Pero ¿aguantaré ese tiempo fuera del país y lejos de los míos?

¿Qué voy a hacer en España? ¿En qué trabajaré? En Buenos Aires era profesor de música en colegios secundarios, daba clases particulares de guitarra y piano, y durante un tiempo toqué la viola en la orquesta del Teatro Colón. A esto se le suma mi más reciente experiencia adquirida como dueño de un restorancito en el que invertimos todos los ahorros que teníamos con Juliana y que no funcionó. Ese restaurante de Palermo cuyo fracaso se llevó también mi matrimonio —que ya venía maltrecho— hizo que tuviéramos que sacar a Facundo del colegio privado para que asista a uno público. Ese negocio que nos trajo tantos malestares, paradójicamente, se llamaba La Alegría. Ese lugar que sólo a Juliana podría habersele ocurrido que un músico bohemio como yo podría manejarlo con éxito. Ese emprendimiento que me obligaba a hacer trabajar a los mozos hasta la esclavitud, a hacer pasar por recién hechas carnes recalentadas y a pensar en números todos los días hasta las cuatro de la mañana, sobre todo los viernes, sábados y domingos, las noches con mayor movimiento. Ya en el segundo mes, odié La Alegría. Al principio le había puesto entusiasmo, pero al cabo de un tiempo supe que yo no funcionaría como dueño. Mil veces prefiero lidiar con el director del colegio, con preparar clases, con mis alumnos adolescentes, antes que con un negocio, porque hablar de música, tocar mi guitarra y mi piano me apasiona.

Trato de imaginar qué me deparará en España y me pregunto si alguien valorará allá mis capacidades, si servirán para algo. Sé que traigo poco dinero y tendré que aceptar cualquier empleo. De todas maneras, estoy tranquilo, sólo tengo una meta: encontrar las respuestas interiores que mi corazón de hombre busca. Me pregunto si sentiré algo especial por esa tierra que era la de mi abuela María, a quien tanto quise y de quien he heredado el color azul de mis ojos. No lo sé. Ella nunca hablaba mucho de sus años vividos en Madrid. La yaya María, pienso, y una sonrisa se me instala en la boca.

La noche en el avión se me hace larga. Me entretengo con películas y un libro de Dan Brown. Me vigila la mirada atenta de la azafata que me trajo el vaso de agua. Evidentemente, se ha quedado preocupada por mi ataque de llanto y cada vez que pasa junto a mí me sonríe con benevolencia. De madrugada, al fin, concilio el sueño con una única certeza: Madrid y su crudo invierno me esperan.

Dos semanas después

Es lunes y el invierno de Madrid resulta más duro de lo que imaginé. Camino por la Gran Vía y siento que mis zapatos no alcanzan para aislarme del frío de las veredas. Necesitaré comprarme un calzado con suela de goma y un abrigo térmico. Me arrepiento de no haber traído la campera para la nieve que tenía en casa, la que usaba para esquiar con Juliana en los días felices. ¿Por qué será que en verano parece imposible que exista el invierno con sus fríos extremos? Igual que, cuando el calor agobia, resulta imposible elegir ropa lo suficientemente abrigada para viajar a un sitio con bajas temperaturas. Y, triste congruencia: cuando se viven tiempos felices, nadie atina a precaverse para sortear los tiempos tristes. Sumergidos en una felicidad que se asume eterna, preferimos confiar en que nunca sufriremos. Pero no hay ser humano que se salve de atravesar malas temporadas. Lo he aprendido con los años. Me meto las manos en los bolsillos, estoy helado, y yo, que nunca he usado guantes, hoy añoro tener un par.

Me apresuro. Son las ocho de la noche y hace rato que oscureció. Regreso de ver un trabajo en un bar y ahora voy a otro; necesitan camareros. Madrid, como siempre, arde de turistas.

Hace dos semanas que me he instalado en un departamentito sobre la avenida de la Albufera, en Vallecas. El lugar —sencillo en extremo— tiene un dormitorio, un pequeño ambiente que hace de living en el que sólo entra un sofá de color bordó, una cocina donde, además de la heladera y el anafe, hay una mesa, dos sillas y una batería de ollas de un gracioso color fucsia que desentona con mi vida de hombre solo. La edificación está arriba de La Media Verónica, un bar al cual he empezado a querer; sobre todo porque ofrece un buen wifi al que, viviendo en el primer piso, siempre puedo conectarme para saber de mis seres queridos. Y claro —debo reconocerlo—, porque Pepe, su dueño, un español de setenta y dos años, muy delgado, con abundante pelo pero completamente blanco, prepara el mejor café del mundo. Tanto lo creo así que lo prefiero al que me servían en el bar de Buenos Aires que frecuentaba, lo cual constituye un milagro. La semana pasada, mientras desayunaba en La Media Verónica, he conseguido mi primer alumno de guitarra, Santiago Romero, un venezolano de veinticinco años que desea aprender a tocar canciones.

Desde la ventanita de mi departamento ubicado en el primer piso veo el paso incansable de la gente que camina por la vereda; sobre todo, de latinos. La zona está poblada por ecuatorianos, peruanos, colombianos y bolivianos que, al arribar a España, realizan una escala obligada por Vallecas, aunque muchos permanecen aquí para siempre. A los argentinos se nos distingue sólo por nuestra forma de hablar porque la inmigración europea que recibió el país nos permite camuflarnos bajo un rasgo exterior parecido al español o al italiano.

A través del vidrio veo que en línea recta, justo enfrente, tengo una sucursal del Banco Pichincha y cada vez que leo el cartel amarillo no puedo evitar reírme y preguntarme a quién se le pudo ocurrir ponerle ese nombre porque para mí, que soy argentino, la palabra significa algo de poco valor. Sólo sé que se trata de una oficina de un banco de Ecuador. Me lo ha dicho mi alumno venezolano, Santiago, quien, además, ya me instruyó sobre varias cosas útiles. Porque mientras yo le enseño guitarra tres días a la semana, él me da lecciones acerca de cómo sobrevivir en Madrid. Me ha instruido sobre cómo debo tomar el metro y también la Renfe; me ha explicado que no debo colarme porque corro el riesgo de que en un cruce de líneas me atrapen los interventores y me pongan una multa abultada. Me repite hasta el cansancio que me cuide de las rumanas, las mejores carteristas del mundo. «Una frenada en el metro y te roban la billetera sin que siquiera llegues a respirar», me advirtió. También me ha dado lecciones culinarias y de economía: que el pan del chino de la otra calle es el mejor porque siempre está

recién hecho, que los kebabs son la opción más rica y barata si se trata de comida rápida. También hizo hincapié en que, si estoy ilegal en España porque me he excedido de los tres meses permitidos a los turistas, jamás debo caminar por la noche en las estaciones latinas un sábado porque suelen pedirles documentación a los sospechosos de ser inmigrantes. Con cierta perspicacia, Santiago ha llegado a la conclusión de que por mi color claro de ojos, pelo y piel no me los pedirán. «Pasas por un sajón», me dice mientras se ríe porque evidentemente estoy muy lejos de serlo. De todas maneras, de ese asunto me preocuparé en un par de meses, cuando acabe mi visa de turista. Cuento con una pequeña ventaja, pues la policía exige los papeles, sobre todo, a los de rasgos andinos.

Empiezo a sufrir mi condición de inmigrante, de ser un extranjero en esta tierra que, en parte, me pertenece porque es el país de la tía María. Desde que llegué, no hay un día en que no piense en ella. Me la imagino joven, viviendo en esta ciudad. Me había propuesto pasar por la calle donde estaba construida la casa donde vivió con su padre, pero como fue demolida y allí construyeron un edificio, no me entusiasma. En cambio, tengo presente una frase que me repitió varias veces durante sus últimos años de vida: «Si alguna vez vas a España, debes ir a conocer la jamonera La Bellota. Allí se encuentra parte de la historia de nuestra familia». Ella, que nunca había querido explayarse sobre aspectos de su pasado y se mostraba esquiva para evocarlos, al percatarse de que su tiempo en este mundo se acababa, nos daba pistas para que pudiésemos desenterrar esa parte de su existencia mantenida en silencio. Durante años, cuando solía preguntarle sobre España, me respondía: «Anda, niño, deja de revolver tristezas, que lo que pasó, pasó, y aquí estamos dándole guerra a la vida». Sé que su cerrazón tenía que ver con la guerra civil. Aquella herida le impidió aceptar el pasaje que en un par de oportunidades quiso pagarle mi viejo, su hijo, cuando se le había ocurrido llevarla a Europa. Viaje en el que, finalmente, mis padres conocieron siete países en veinte días y al llegar a Madrid, tal vez, contagiado por la misma negación de mi abuela, mi viejo apenas si mencionó que estuvieron en la puerta de la dichosa jamonera. Como al pasar comentó que, como era domingo, estaba cerrada, y nunca más volvimos a tocar el tema. A la casa paterna de la abuela María, aunque quisiera, no podría haber ido, ya que por esos días acababan de construir un edificio.

Recuerdo aquellos momentos y prometo: «Yayita, yo visitaré la jamonera; sí, entraré en ese lugar y trataré de encontrar la pieza del puzle que falta en la historia de tu vida». Yo fui su nieto preferido, innegable predilección por el parecido con mi padre. «Eres igualito», decía y me cobijaba en un abrazo. Perseguir la historia de su juventud es lo menos que puedo hacer por la memoria de aquella mujer que tanto me ha querido y tanto nos acompañó cuando mi madre murió. Me lleno de añoranzas mientras desciendo los escalones de la boca del metro de Callao y la agradable tibieza del subsuelo me va atrapando a medida que avanzo.

La placentera sensación destierra por completo al frío, a mis recuerdos y me empuja a decidir que hoy no iré al restaurante de la calle de Diego de León que —me avisaron— busca encargado, sino que regresaré a Vallecas. Necesito tomar algo caliente, conectarme al wifi, saber que las personas que amo se encuentran bien, necesito que este día termine de una buena vez. Estoy cansado, triste. Porque hoy... hoy extraño demasiado.

* * *

Cuando Rafael ingresó a La Media Verónica, la calefacción junto al primer sorbo de café le dieron una dulce bofetada a sus sentidos haciéndolo sentir en la gloria. Pensó que ir a ese lugar

fue la mejor decisión. Se quitó el abrigo, se sentó en la barra y se templó las dos manos con el aliento. Pediría algo caliente y se conectaría a internet para tener noticias de su hijo y de su padre. La voz de Pepe lo tomó por sorpresa.

—¡Oye, argentino, que vienes helado! ¿Te pongo lo de siempre? —preguntó el dueño.

Por primera vez, Pepe lo trataba con confianza y no de forma distante. Ver seguido por su bar al inmigrante rubio aumentaba su simpatía por él. Saltaba a la vista que no era un macarra que vendía droga. No traficaba ni trapicheaba, no parecía un vago y, por lo que había escuchado, andaba tras un curro decente. Además, en los últimos días el argentino se había convertido en uno de sus mejores clientes; al menos, regulares, pues no había mañana o tarde que no tomara algo allí.

—Sí, por favor, quiero un manchado caliente en taza y un croissant —respondió Rafael contento de haber aprendido a pedir lo que quería sin enredarse con palabras equivocadas.

—Dicen que va a nevar... Nadie debería estar afuera con este frío —dijo Pepe haciéndole seña al muchachito que lo ayudaba en el bar para que le alcanzara el pedido.

Rafael se encogió de hombros y le respondió:

—No puedo hacer otra cosa. Vengo de una entrevista de trabajo. Me faltaba una más en Diego de León, pero el frío me ha convencido de regresar antes.

—¿Fue con suerte?

—Espero que sí. Quedaron en responderme.

—Me ha comentado tu alumno que cantas muy bien...

Rafael lo miró sorprendido.

—Ya sabes, el venezolano... —aclaró Pepe.

Rafael sonrió, no esperaba un comentario halagüeño. El hombre continuó:

—Y también dijo que sabes tocar el piano...

—Me alegra que Santiago crea que canto bien porque soy su profesor y me paga para que le enseñe.

—Pero... y el piano, ¿lo sabes tocar, sí o no?

—Sí... —respondió Rafael.

—Pues, hombre, yo te preguntaba... —Pepe daba vueltas para terminar la frase hasta que lo largó—: Te preguntaba porque... ¡venga! ¡Que yo tengo un piano!

—Un piano...

—Sí, es una vieja historia... Pero en síntesis, macho, que un acreedor me pagó con él y nunca quise desprenderme del instrumento pensando que alguna vez podría aprender... Y aquí estás tú, sin trabajo, sabiéndolo tocar.

Rafael lo miró atónito. Jamás hubiera imaginado semejante propuesta.

—¡Vamos, hombre, que lo que quiero saber es si me darías clases! Pero mira que no sé nada y soy duro de oído.

—¿Y dónde lo tenés?

—Pues acá, en mi casa, ¿dónde va a ser? Ven, que te lo muestro.

Rafael miró su café recién servido, Pepe se percató de su mirada.

—Vale, vale, que no hay apuro, toma tu cafelito, que luego lo vemos.

Minutos después, Rafael se hallaba por primera vez en una casa española y no la encontraba tan diferente a la de su padre; el apartamento en planta baja incluso tenía un pequeño patio. Observó el viejo instrumento, las manos duras del hombre y pensó que no sería tarea fácil enseñarle. «El trabajo que estoy buscando, al fin y al cabo, viene a mí», se dijo al reconocer que Pepe —viudo y sin hijos— comenzaba a caerle bien. Sus padres habían venido de Andalucía y se

instalaron en Madrid para iniciar el bar cuando él era sólo un niño. Además, el viejo y él tenían algo importante en común: amaban la música. Las palabras del sencillo hombre así se lo transmitían; su entusiasmo, también.

* * *

A la mañana siguiente, Rafael se levantó, desayunó, cargó su guitarra y salió del departamento hacia la casa de Santiago, donde, además, luego le enseñaría a uno de sus amigos. Este acuerdo excepcional le permitiría presentarse al mediodía en el restaurante de la calle de Diego de León.

En el living de Santiago, las horas transcurrieron en forma agradable. Animado por la actividad, Rafael se despidió de los dos muchachos y, al pisar la calle, comprobó que el día que había empezado frío y nublado se había convertido en una soleada jornada. Cargado de optimismo, presentía que algo bueno pasaría. Y, silbando, partió hacia su entrevista.

* * *

En cuanto Rafael llegó y charló con el dueño del lugar, su optimismo aumentó. La persona que lo entrevistó, que le confirmó que buscaban un encargado, encontró interesante que hubiera sido dueño de un restaurante y le confesó que esa experiencia le daba ventaja sobre los demás. Acordaron que lo llamarían si se decidían por él.

Aprovechó para ofrecerse en dos bares más que había por la misma calle. Asumió que podían necesitar a alguien como él. Luego caminó hasta la cuesta de Moyano, donde compulsivamente se compró un ejemplar usado de Antonio Gala —*Más allá del jardín*— porque le gustó una frase de la contratapa: «El orden aparente y artificial del patio de Palmira se ve invadido, poco a poco, por el inexplicable desorden del mundo que lo rodea». Luego, un devenir caprichoso lo llevó hasta la Casa del Libro de la Gran Vía y allí eligió uno de Pérez Reverte. Por último, adquirió una funda para su móvil. Pero después de pagar, se llamó a la austeridad y decidió emprender la vuelta a su casa. Si se quedaba en el centro, terminaría comiendo allí y no quería gastar más.

De regreso, sentado en el vagón de la línea 1 del metro, Rafael sentía que, lentamente, la vida comenzaba a sonreírle: tenía dos alumnos y creía haberles caído bien a los del restaurante. Retornaba contento asido a sus pequeños triunfos.

En el transporte bullía el ritmo frenético del mediodía madrileño: oficinistas aburridos leían libros, alumnos ruidosos conversaban, las señoras regresaban de hacer compras en el centro. Rafael, ensimismado en sus pensamientos, recién volvió en sí con el sonido de una flauta. De inmediato, reconoció la melodía de «El pastor solitario» y al ecuatoriano que la ejecutaba; ya identificaba a los músicos del metro según el país de procedencia. Se trataba de uno de los personajes del subterráneo que había visto varias veces entrar al vagón para desplegar su arte y luego ir por la moneda que le quisieran dar los ocasionales pasajeros convertidos —a la fuerza— en público. Había músicos magníficos; y otros, muy malos. Con su oído entrenado de profesor de música, de inmediato los clasificaba y, ante casos excepcionales, se preguntaba cómo personas con semejante talento terminaban actuando en el subte. ¿Qué los habría llevado allí? ¿Y si él comenzaba a cantar en el metro? ¿Cómo lo calificarían? ¿Estaría entre los buenos? ¿Tolerarían su repertorio? ¿Lo tacharían de regular? ¿O lo ignorarían olímpicamente por malo? ¿Conseguiría que

le dieran dinero? Un pensamiento se concatenó a otro y el último lo desafió con una rutilante pregunta: «¿Y por qué no cantás en el metro? ¡Vamos, Rafael, animate y cantá! No, no y no», se respondió negado. No estaba para eso, tenía título de profesor, sus padres habían pagado mucho por su educación universitaria, había practicado horas y horas, había tocado la viola en la orquesta del Teatro Colón de Buenos Aires.

La realidad le contestó: «No tocás en el subte porque sos un cobarde». La categórica respuesta le mostró con claridad cómo se veía a sí mismo: un perfecto timorato. Descubrió que esa misma cobardía también lo había llevado a perder muchas cosas valiosas de su vida.

La parada donde debía bajarse se acercaba. Se puso de pie cuando la megafonía del vagón anunció: «Próxima estación, Portazgo». Miró a su alrededor y, lleno de un nuevo y extraordinario sentimiento, lo decidió: no descendería, sino que desenfundaría su guitarra y cantaría. Tenía que animarse. Demostrarse que podía. Había venido buscando respuestas para su vida y haría todo lo que estuviera a su alcance para obtenerlas; necesitaba encontrarse a sí mismo, saber quién era, de qué era capaz, volver a creer en sí mismo; creer de nuevo que los sueños eran posibles y que podía alcanzarlos. Había viajado diez mil kilómetros, se había instalado en otro continente por un año, sólo para sentir la libertad de recomenzar... Haría cualquier cosa para volar de nuevo, para tener alas otra vez. Y sentía que cantar en el subte esa tarde formaba parte de su intensa búsqueda interior. Animarse a lo que fuera. Se atrevería a dar un paso decisivo, haría algo que jamás hubiera hecho antes.

Cantaría allí mismo, en ese instante. Y si el mundo quería caerse a su alrededor, pues ¡que se cayera! Ya nada le importaba, no tenía miedos ni vergüenzas. Quería vivir la vida a borbotones, beberla de a grandes, enormes y burbujeantes sorbos. Y cantar esa tarde de invierno en el metro de Madrid era tomarse un vaso lleno de esa existencia emocionante. Necesitaba sentirse vivo.

Con las manos temblorosas, quitó la funda de su guitarra. Se calzó y rasgó los primeros acordes. Una, dos, tres personas —sus primeros espectadores— levantaron la vista y le prestaron atención. ¿Qué cantar? La letra vino a su memoria con la seguridad de que debía interpretarla. Empezó... «Quizá porque mi niñez/ sigue jugando en tu playa/ y escondido tras las cañas/ duerme mi primer amor/ llevo tu luz y tu olor/ por donde quiera que vaya/ y amontonado en tu arena/ guardo amor, juegos y penas».

Cantaba y sus palabras se unían a la melodía que brotaba de sus dedos sobre las cuerdas creando pura magia. El encantamiento se hacía presente como pocas veces lo había vivido. Manos, voz, palabras, sentimientos, música formando un todo armónico apoderándose de él y de todo el vagón.

«Yo, que en la piel tengo el sabor/ amargo del llanto eterno/ que han vertido en ti cien pueblos/ de Algeciras a Estambul...»

Cuando Rafael llegó al estribillo —«Qué le voy a hacer si yo/ nací en el Mediterráneo»—, no pudo evitar recordar a la abuela María, que se había marchado de España, y pensar en cuánto habría extrañado su tierra. La paradoja lo condujo a saberse parte de María y, al encontrarse en el país de ella, añorar la Argentina. La canción le llenaba el alma y se notaba. La letra lo mecía, lo arrullaba y sacaba lo mejor de sí como músico. Mientras entonaba las estrofas finales quiso mirar el rostro de sus espectadores, comprender qué provocaba, pero las dos lágrimas que caían por sus mejillas no se lo permitieron. Entonó las últimas palabras con la convicción de saber que había dejado la vida en esa canción. La patria se extraña sin importar de quién se trate o los años que hayan transcurrido. Tras unos instantes que le supieron eternos, cuando al fin pudo mirar a su alrededor, notó que el vagón completo lo observaba embobado. Se hubiera quedado allí, tal como estaba, por horas. Era como haber cantado a teatro lleno... ¡y haber gustado! De inmediato, una

señora mayor se puso de pie y, extendiendo su mano, dejó caer un billete en la funda de su guitarra; un hombre, una moneda; y un niño enviado por su madre, otra. Estupefacto, aún en estado de shock, se sentó nuevamente en el duro asiento y allí se quedó sin saber qué hacer hasta que se dio cuenta de que el metro había llegado al final de la línea, en Valdecarros.

Debía bajar y cruzarse de andén para regresar en sentido contrario. No le importaba; estaba feliz. Se había atrevido a hacer algo que nunca antes había hecho y que tenía que ver con la música que tanto amaba: había cantado en el metro de Madrid. Y si semejante evento había sucedido, cualquier otro podía pasar en su vida. Se sentía valiente, capaz de enfrentar desafíos, de soñar nuevas metas. Contó el dinero que le habían dado: ¡casi diez euros! ¡Y sólo por cantar una canción! Sonrió, qué más podía pedir. ¡La hora de su clase valía eso! Guardó su guitarra; en breve debía descender.

En pocos minutos llegó a su casa. Eufórico, necesitaba compartir con alguien lo que acababa de vivir. Pensó en bajar para contarle a Pepe, pero las ganas de oír la voz de su hijo fueron más fuertes. Buscó el teléfono para intentar hablar con Facundo. Con cinco horas de diferencia, en Argentina serían justo las dos de la tarde. Antes de marcar, se lamentó de que para acceder a su hijo tuviera que pasar por el filtro de Juliana... Y nunca sabía en qué podía terminar una conversación con ella. Prevaleció su instinto de padre sobre el de conservación. El servicio de internet que le brindaba La Media Verónica era buenísimo. Enseguida se comunicó y la voz de su ex sonó clara.

—Hola, Rafa...

—Hola, Juliana...

La voz conocida, esa que había sido tan querida, siempre le sonaba familiar. Fue un shock oírlo. ¿A ella le pasaría lo mismo? Sí, seguro. Aunque el fuego se había apagado, alguna vez se habían amado.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por España?

—Bien, mucho frío acá.

—Como corresponde a un invierno, ¿no? ¿Lo demás?

—Bien. Pasa... que hoy tuve un día bueno... uno entre tantos malos y quería conversar con Facu y contarle.

Silencio. Y al fin la voz conocida:

—Sorry, pero recién se duerme.

—¿Duerme la siesta? Si recién son las dos.

—Pasa que anoche se quedó en lo de mis viejos y se acostó tarde. Y a la mañana, entusiasmado con la pileta, se levantó temprano. Se bañó hasta hace un rato, que lo pasé a buscar, y se quedó dormido en el coche. Tuve que cargarlo en brazos... Imaginate...

Rafael se esforzaba por imaginarlo, le costaba figurarse que en algún lugar del mundo hiciera tanto calor como para bañarse todo el día en la piscina. ¡Qué difícil entender las particularidades de la distancia!

—¿No lo podrás despertar aunque sea un ratito? Tengo ganas de oírlo.

—Pensaba dejarlo hasta la hora de la merienda. Ya sabés que entra en ese sueño pesado... Y si intento despertarlo, capaz que se larga a llorar.

—¿Y si hacés la prueba?

—No me parece, Rafa, ya te dije que llegó dormido. Necesita descansar aunque sea unas horas.

De nuevo, silencio. Esta vez, la ausencia de palabras era enojosa. Juliana volvió al ataque.

—Rafa, no podés llamarlo cuando se te da la gana. Quedamos en que antes me mandabas un

mensaje así yo me organizaba.

Al oírla, su cabeza explotó: «¡Tanto lío por una llamada de mierda!». Con qué facilidad Juliana podía negarle hablar con su hijo. Ella lo tenía todos los días. Cuando se separaron, verlo salteado y con horarios establecidos había sido lo más doloroso. Ella no podía entender qué difícil resultaba para un padre separarse del hijo con el que había vivido desde su nacimiento y, de repente, de un día para otro, desconocer qué hizo, qué comió, a qué jugó o si empeoró su tos alérgica.

—Yo te dije que pusiéramos horarios fijos para llamarlo sin molestarte —se defendió Rafael.

—Sí, y te respondí que estaba de acuerdo pero cuando pasen las vacaciones porque ahora va y viene todo el día.

—Al revés, se supone que en vacaciones hay menos obligaciones y está más libre para recibir una llamada. Poné un poquito de voluntad, Juliana.

—¿Voluntad? Es lo que me sobra. Ya te olvidaste de que me perdí de ir a Brasil con Facu aunque mis viejos nos pagaban el viaje y la estadía. Y fue por la sencilla razón de que no podía sacarlo del país porque su papá anda por Europa.

—No estoy de viaje de placer.

—¿No? ¿Y me podés decir qué carajo hacés allá?

—Trabajo. Intento hacer un cambio en mi vida. Volver a empezar.

—¿Y para eso tenés que irte hasta allá? ¿Por qué no volvés a empezar acá? —insistió Juliana.

Rafael suspiró. Intentar que Juliana comprendiera su crisis existencial era como enseñarle chino. Le dijo la parte más fácil de entender.

—Sólo me vine por un año. ¿No me podés bancar doce meses? Te dejé plata... Además, yo acá trabajo.

—Ah, ¿sí...? ¿Y de qué trabajás?

—Doy clases de música. Tengo dos alumnos.

—¿Dos! ¿Y con eso pensás progresar, cambiar de vida, encontrar un nuevo rumbo? ¡Con eso no hacés nada!

—Te dejé la guita de todo un año para Facundo. En estos meses sólo aspiro a subsistir. Mi prioridad es encontrarme a mí mismo.

—Convinimos, no sé si lo recordás, que volveríamos a inscribir a Facu en el colegio privado. Y para eso, Rafael, vas a necesitar algo más que dos alumnos.

—Acabo de regresar de ver un trabajo de encargado en un restaurante... Y hoy me animé a cantar en el metro... me dieron euros —dijo sin filtro. A pesar de la discusión, aún le duraba la euforia de su valentía y no pudo callarse. Cuando la última palabra salió de su boca, ya se estaba arrepintiendo. Había sido un ingenuo.

—¡Ay, por Dios! ¡Cantar en el metro! No puedo oírte decir eso. Sos un universitario.

—Mirá, Juliana, mejor te llamo mañana. Porque hoy estaba contento, hoy la vida no me había dado tantas cachetadas como acostumbra, pero hablé con vos y ya se puso al día. Me dio la ración que me tocaba.

—Hablame mañana, a las diez de Argentina. Te va a atender Facu.

—Dale. Chau.

—Chau.

¡Dios! ¿Por qué no podían hablar civilizadamente?

Juliana tenía el don de hacerlo sentir culpable. En minutos lo había convencido de que precisaba ganar más dinero. Pegaría un cartelito en la parada de autobús de la esquina anunciándose como profesor de instrumentos y vocalización. Tal vez así consiguiera más clientes

y el dinero que se requería para que Facundo regresara al colegio.

El sabor amargo había regresado. La felicidad de animarse a cantar en el metro se había esfumado, extrañaba a su hijo y le daba rabia que hablar con él estuviera en manos de Juliana. Decidió cocinarse algo sencillo y acostarse. Deseaba que este día acabara pronto.

* * *

Esa mañana Rafael se levantó tan temprano que aún no había amanecido. Se hallaba decidido a trabajar de lo que fuera con tal de conseguir los euros necesarios para pagar el colegio del que habían sacado a Facundo. Las preinscripciones ya habían pasado, pero, quizá, con un poco de buena voluntad, a finales de febrero, antes de que empezaran las clases, podrían anotarlo. Tenía dos meses por delante para reunir el dinero de la matrícula. Se vistió y salió a la calle. En cuanto llegó a la esquina, pegó el papel en la parada invitando a tomar clases con él. Luego se dirigió al metro, donde buscaría un rincón para cantar, como lo hacían varios músicos a cambio del dinero que soltaba la gente a la que lograban conmovier con sus repertorios. Calculaba que, al cabo de varias horas, moneda sobre moneda, debían lograr un monto interesante. Se ubicaría en uno de los corredores en lugar de arriesgarse a cantar en los vagones, donde debería escabullirse de los guardias.

Cuando descendió del metro en Plaza Elíptica fue directo al rincón del centro del corredor largo, donde pasaba el grueso de la gente que utilizaba el intercambiador y se instalaban los músicos. Pero mucho antes de llegar, Rafael comprobó que el sitio ya tenía dueño. ¡Carajo! ¿Cómo podía estar ocupado si sólo eran las seis y media de la mañana? El búlgaro grandote, al que en otras oportunidades había visto tocando el órgano, ya estaba allí y la música de su instrumento inundaba el corredor del metro al son de «La casa del sol naciente». Amaba esa canción y debía reconocer que el hombre la ejecutaba muy bien. Pero cuando su oído comenzaba a disfrutarla, se dijo a sí mismo que no debía distraerse. Había venido a otra cosa, a cantar en ese lugar, a ganarse unos euros con su guitarra. Y si no podía hacerlo ahora, al menos, le pediría al búlgaro que, cuando se retirase, le dejara el sitio. Aunque no conocía los detalles, Rafael bien podía imaginarse cómo los músicos se disputaban las mejores ubicaciones. Observó con detenimiento al hombre. La calvicie lo avejentaba pero estimó que apenas pasaría los cuarenta años. Su aspecto de tipo rudo y fornido le dejó claro que debía evitar mantener un altercado.

—Muy bueno lo que hacés —dijo Rafael en un intento por ser amigable.

El hombre levantó el dedo pulgar hacia arriba y contestó:

—Vale.

¿Cómo decirle a un búlgaro musculoso que él quería ese lugar?

—Oye, soy Rafael. ¿Y tú? —optó por prescindir del voseo y tutearlo.

El músico continuó tocando, como si se mantuviera ajeno a la pregunta.

—¡Oye! ¡Me llamo Rafael! —insistió en un grito.

—Yo, Rumen —respondió sin mirarlo y por obligación.

—Yo, músico —dijo Rafael imitando la parquedad del hombre.

La última palabra le develó al búlgaro qué pretendía. Así que fue directo al punto. ¿Para qué dar vueltas? Si el hombre no había sido simpático antes, menos lo sería ahora, que conocía sus intenciones.

—Escucha, cuando te vayas de acá, quiero el lugar.

—No —respondió rápido y terminante.

—¿Por qué no? —preguntó Rafa enojado por la terquedad.

—Mi hijo venir. Yo de temprano hasta mediodía, mi hijo después.

Su español era muy malo.

—Pero yo sólo te pido hoy. Y puede ser a la tarde.

—No. Todos los días de Rumen.

—Te pido que compartamos el lugar.

Rafa no se daba por vencido. Se había propuesto no ser más el timorato de antes, y esto formaba parte de ese cambio.

El hombre contestó:

—El metro no es mío, ni tuyo. Es del que llegar antes. Y yo llegar primero.

El órgano emitió los últimos acordes de «La casa del sol naciente». «Mejor —pensó Rafael —, así me escucha bien lo que voy a decirle.»

—Pues mañana vendré muy temprano. Antes que tú —sentenció Rafa y su voz retumbó en el silencio que se había producido.

—Rumen vive muy cerca, jamás nadie gana a Rumen.

Rafael, visiblemente contrariado, se mordió la lengua para no decir más nada. El búlgaro debía vivir a una o dos calles del metro; en cambio, él necesitaba más de media hora para llegar hasta el intercambiador. Por eso lograba instalarse tan temprano. Pero no se daría por vencido. Y si Rumen no compartía el sitio por las buenas, encontraría la forma de conseguirlo. Había intentado ser amable y lo había rechazado. Regresaría mañana a la hora en que abría el metro. A las seis estaría allí, y ese rincón sería de él, costara lo que costase. Rumen había dicho que el metro le pertenecía al primero que lo arrebatara. Ya no permitiría que nadie le quitara nada en la vida, ni siquiera un lugar en el corredor del metro. Ante los ojos de cualquiera, parecía un detalle pequeño y tonto; sin embargo, bajo su nueva mirada de la vida, para Rafael adquiriría una trascendencia mayor. Decidió regresar al departamento y volver a la mañana siguiente. Ese mediodía tenía que darle la clase a Pepe; vería si podía adelantársela.

* * *

Al regresar, Rafael logró su cometido y empezó temprano con la clase de piano que le impartía al dueño de La Media Verónica. Daba inicio así a la hora y media de paciencia y diversión que tenía dos veces a la semana junto a Pepe. De este modo, al menos, olvidaría el mal trago pasado en el metro con el búlgaro.

Las manos del español, duras y rústicas, dificultaban el aprendizaje. Pepe, que se daba cuenta de que sus limitaciones serían un gran escollo para dominar el instrumento, lanzaba improperios mitad serio y mitad gracioso. Las frases, que descolocaban a Rafael, desataban la risa que les permitía continuar distendidos. Exclamaba: «¡Joder, me cago en la leche! ¡Mis dedos son cinco enormes y duras pollas!». Esta última se contaba entre las más celebradas por el profesor, que solía responderle: «Tranquilo, Pepe, que no es tan difícil». «¡Argentino, no me jodas, esto de fácil no tiene nada» o «¡Vete a tomar por culo tú y el puto piano!».

Cada clase contenía los mismos condimentos: chasquido de dedos de Rafa marcando el ritmo, e instrucciones: «Que no es un do, Pepe, es un re», «Que es la tecla de al lado», «Que pisaste el sostenido, que no escuchás», «¡No estudiás, Pepe, no hacés la tarea!». Y la excusa: «¡Que el puto bar no me deja tiempo!». «¡Vamos de nuevo, Pepe, no te desalientes!», proponía Rafael. Una y otra vez, y el ciclo se repetía: dedos duros, paciencia, improperios, risas, rélax y nuevo intento.

A pesar de la rusticidad que envolvía a Pepe, los años, la observación y la calle le habían dado una cuota de sabiduría que hacía que a Rafael le agradara oír lo que el hombre tenía para decir. Sus frases y sus pensamientos, muchas veces, estaban impregnados de sentencias del Quijote, libro que citaba seguido por elevarlo al grado de Biblia.

—Oye, argentino, ¿tú crees que aprenderé? —preguntó Pepe.

—Claro que sí.

—Vale, mejor así. Pues mi intención no es tocarte los cojones, ni machacarte las horas siendo un alumno que nunca aprenderá.

—¡Que no me machacás, Pepe!

—¿Pues entonces quién lo hace? Porque hoy, chaval, llevas un humor de perros...

El español se había dado cuenta de que no estaba bien. Decidió contarle la verdad.

—Hoy no fue un buen día para mí. Esta mañana casi me peleo con un búlgaro en el metro.

—¿A qué hora fue eso?

—A las seis y media.

—¡Joder! ¿Estás tonto o qué? ¡Jamás entres al trapo si quieren pelear! Y menos a esa hora...

—Y ayer quise comunicarme con mi hijo y terminé discutiendo con mi exesposa.

—¿Pues de verdad estás tonto! ¡Un búlgaro y una exmujer, vaya gigantes! ¿No sabes que complacer a una esposa es una dura tarea, pero complacer a una que lo fue, ya es un milagro? Así que deja de esperar uno. Vamos, anda, levántate, bebámonos una cañita, que te ayudará a pasar el mal rato.

—¿No es temprano para que bebamos?

—Bah, bah, que una caña es casi una agüita. Además, ¿acaso no sabes que el alcohol aliviana las penas? Escúchame bien: «Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias». ¿Sabes de dónde es eso?

—No.

—Pues de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, hombre, ¿de dónde va a ser?

—Debí imaginármelo.

—Hay más... ¿Sabes por qué se vuelven bestias?

—No...

—Porque si sientes demasiado las tristezas y estas se enseñorean de ti es porque no tienes fe; y entonces, sin fe, te vuelves bestia. Bueno, que así lo veo yo, por lo menos hoy, que estoy creyente. Porque no siempre lo soy.

Pepe tenía sus días. En algunos, pasaba por místico y religioso, como hoy. En otros, se enzarzaba con la política; y en algunos pocos, lo agujoneaba lo sentimental. Porque así como a veces solía dársele por criticar a Cataluña y sus deseos independentistas, también solía recordar a su difunta esposa, Ana, y a una mujer de Andalucía que, cuando joven, para él había tenido cierta importancia.

El viejo sirvió cerveza en los dos vasos y a viva voz exclamó un brindis:

—¡Por la vida! ¡Que nos dé una semana grandiosa!

—¡O al menos un día grandioso! —dijo Rafa sonriendo mientras lo miraba.

En Pepe encontraba una mezcla de su padre y de su tía María, conjunción que le encantaba. Ambos chocaron los cristales. Rafael deseó que esas palabras cambiaran su suerte. Estaba cansado de presentarse a trabajos para los que nunca lo llamaban. Lo que nuevamente sucedería esa tarde aunque él aún no lo sabía.

* * *

Esa mañana, a pesar de que todavía estaba muy oscuro, Rafael se despertó antes de que sonara la alarma de su móvil. En realidad, había dormido un sueño ligero toda la noche preocupado por anticiparse al búlgaro y ocupar el rincón del metro que se disputaban. Aun si le ganaba, no sabía cómo podía acabar el asunto; temía que Rumen se pusiese agresivo. Antes, jamás hubiera llegado a una situación como esta, siempre había sido extremadamente civilizado y precavido, pero ¿ahora qué podía perder? Nada, si ya había perdido casi todo: su matrimonio, su restaurante, el trabajo, la felicidad y tanto más. Sólo le quedaba su dignidad y por ella pelearía hasta el fin.

Durante las últimas semanas su personalidad venía experimentando profundas transformaciones, comenzaba a fortalecerse. Rafael se sentía capaz de enfrentar lo que se le presentara. Eso le daba esperanza. Incluso, tal vez en un futuro no muy lejano, también encontrara nuevos sueños que perseguir, algo con qué llenar el vacío que había dejado su vieja vida perdida de padre de familia.

Sentado en la mesita de su cocina, tomó su café bien negro y, sin comer nada, partió. Tenía que cubrir un larguísimo trecho para llegar antes de las seis a la boca del metro de Plaza Elíptica. La opción de subirse a un taxi resultaba menos complicada que caminar hasta donde podía tomar un búho, pero era costoso.

Había planeado que entraría por la boca ubicada frente al puesto grande de flores para no encontrarse con Rumen que, seguramente, ingresaría por la del intercambiador, que tenía escaleras mecánicas, necesarias para bajar con facilidad el equipo y su órgano.

Nervioso, el trayecto se le pasó rápido. Caminaba con pasos grandes por los pasillos del subte cuando vio la calva de Rumen a unos cuarenta metros del sitio disputado; él estaba a treinta. Se apresuró; tenía que llegar antes. Pero una muchacha despreocupada que caminaba lentamente no le permitió avanzar. Rafael dio un paso torpe y la adelantó; la voz de la chica se hizo oír:

—¡Coño, tío, ten cuidado!

Obnubilado, Rafael ni siquiera la oyó. Con tres pasos certeros llegó al sitio, se ubicó y, tras desenfundar su guitarra, comenzó a cantar «Tanto tiempo disfrutamos este amor/ nuestras almas se aferraron tanto así/ que yo guardo tu calor mientras tú llevas también sabor a mí...». Había entonado las primeras estrofas cuando notó la presencia del cuerpo macizo del búlgaro que, erguido frente a él, lo observaba con cara de pocos amigos. Imperturbable, durante unos minutos, que para Rafael fueron eternos, Rumen prolongó su gesto enojoso. Luego, como si fuera su mejor espectador, se paseó de izquierda a derecha. Cuando Rafael inició la segunda canción, el hombre se aproximó y, pegado a su oído, le dijo:

—Rumen se va, pero vuelve en un rato para hablar.

Rafael no comprendió si lo había amenazado —en ese caso, el hombre regresaría para pelear— o si se avenía a hablar para salvar el enredo en buenos términos. Pero continuó cantando como si nada. Por su guitarra pasaron «Sabor a mí», «Quizás, quizás» y otros boleros acordes al gusto latino que transitaba por el lugar. Cumplida una hora, Rumen volvió a su lado.

Cantó una decena de canciones más y el búlgaro no se movió. En ocasiones, sólo afirmaba con la cabeza sin dejar de mirarlo fijamente. Rafael trataba de dilucidar si eso constituía una aprobación o una suerte de amenaza velada del tipo: «Ya verás lo que te pasará cuando acabes». Temeroso de la segunda opción, demoraba su final. Sin embargo, como en la funda de su guitarra había suficientes monedas y su garganta ya daba muestras de cansancio, se encomendó a la Providencia y puso punto final a su actuación. Luego contó el dinero tal como si enfrente no lo esperara un fornido búlgaro enojado. Rumen se pegó a su lado y le habló con cierta aspereza:

—Decir que quiero hablar...

—¿Qué querés? —preguntó levantando el rostro y sosteniéndole la mirada.

—Mañana yo venir temprano y cantar. Luego, tú.

—¿Qué decís?

—Yo aquí a las seis. Tú, al mediodía —dijo cortante y de mal modo.

El rostro de Rafael no demostró sentimiento alguno, como si no comprendiera la media lengua del búlgaro. Pero en su interior estaba exultante. Acababa de ganar una pequeña batalla.

—Perfecto. A mí me da lo mismo temprano o tarde —mintió. Prefería el horario que le acababa de proponer el hombre, así no tendría que levantarse tan temprano ni largarse a la calle bajo la helada de la madrugada. Además de darles un respiro a sus cuerdas vocales, le quedaba justo para que, al terminar, pudiera subir a los vagones para cantar otro rato.

Rumen extendió una manta colorida, instaló su equipo y colocó unas monedas dentro del estuche abierto de su teclado. Escaleras arriba, Rafael se marchó contento. Ya tenía sitio fijo para cantar. Rumen ni lo miró, ni lo saludó. A Rafael no le importó.

Dos meses después

Esa mañana Vallecas se presentaba soleada. Por la ventanita de su departamento Rafael veía cómo el sol de invierno iluminaba el cartel amarillo de Banco Pichincha. Ya no le parecía raro el nombre; poco a poco iba acostumbrándose a todo, incluido el frío de esta ciudad, más intenso que el de Buenos Aires; y, con mayor pesar, asumió que a Facundo sólo podía escucharlo cuando sus abuelos, tíos y madre no tenían un plan mejor para su hijo. Y eso que le había pedido a Juliana que quería conversar con él día de por medio. De todas formas, esa semana había logrado mantener una hermosa y larga charla en la que le quedó claro que ambos se extrañaban mucho. ¡Lo había oído tan porteño! Quizá, por contraste, pues el idioma de las calles de Madrid se le iba convirtiendo en propio. Los «vale» y los «joder» salían de su boca en el momento exacto que debían ser dichos. No sonaban fingidos sino necesarios para entablar una sincera conversación con los españoles.

Miró la hora. La clase de Santiago se había extendido intercambiando sus impresiones sobre qué significaba estar lejos del propio país y ahora le quedaban unos minutos antes de partir a la casa de Lina, su nueva alumna, una niña colombiana de nueve años que vivía con su madre a tres calles de su departamento. La mujer, que la criaba sola, se dedicaba a limpiar los cuartos de los hoteles lujosos del centro y lo había contratado para que le enseñara a vocalizar a la pequeña porque albergaba la firme convicción de que cuando fuera grande se dedicaría profesionalmente a la música y que, famosa como Shakira o Selena Gómez, ganaría el dinero con el que le devolvería todos los sacrificios realizados a favor de su hija. La mujer creía —y nadie podía contradecirla— que su hija triunfaría en un concurso de talentos y se convertiría en una estrella mundial. Pero él, que cada semana oía cantar a Lina, sabía que no podía confesarle la cruda verdad: a la niña no sólo le costaba afinar, sino que, además, resultaba demasiado tímida para amar el escenario. Tampoco le parecía sensato prevenirla sobre los miles de obstáculos que se presentan a la hora de elegir una carrera artística. Se trataba de uno de los típicos casos de padres que depositan en sus hijos la posibilidad de salvarse económicamente con un estrellato rutilante en el fútbol o la música. Durante la estadía en Madrid había escuchado que varios inmigrantes se amarraban a lejanas quimeras que funcionaban como salvavidas para seguir viviendo. Rafael, cuando se topaba con estas realidades, se preguntaba si no estaría embarcado en un proyecto sin sentido. Y cuando sentía miedo de que así fuera, entonces, se repetía a sí mismo: «Regresaré a Argentina, donde dejé una vida y podré retomar mi trabajo en la escuela». La licencia sin goce de sueldo que había solicitado en el colegio le garantizaba el puesto por un prudente lapso de tiempo, suficiente para

que decidiera su futuro. Al repetirlo, se tranquilizaba.

Por lo pronto, ganaba dinero como profesor, y eso lo reconfortaba. Les impartía clases a Santiago y a su amigo, a Lina y a Pepe. Y lo más emocionante: dedicaba seis horas de casi todas las tardes a tocar su guitarra y cantar en el metro. Cuando juntaba sesenta euros, un monto significativo, se retiraba temprano; si no, se empeñaba en reunirlos aunque tuviera que extender la jornada. En ciertas ocasiones, cavilaba que, si por alguna extraña razón perdiera a sus alumnos particulares, entonces se sumergiría en el metro para cantar todo el día. Sus habituales conversaciones amistosas con varios músicos le confirmaban que, con un repertorio de calidad bien ejecutado y con una disciplina de hierro, sistemática, como si cumpliera un horario de trabajo, podía ganar cien euros por día. Para tiempos en los que los mileuristas iban en franco descenso, no estaba nada mal. Ya vería cómo se presentaban las cosas; por lo pronto, debía darle la clase a Lina.

Se puso el abrigo nuevo que le había comprado en la calle a Papi, un mantero senegalés, y luego controló el móvil, por si había algún mensaje importante. Temía que la última pelea con Juliana —otra, entre tantas— trajera consecuencias negativas. Pero al leer los que acababan de entrar, supo que la madre de Lina cancelaba la clase. La niña había tomado frío y estaba con fiebre.

A punto de quitarse el abrigo, Rafael cambió de planes. Tal vez, esta era una buena oportunidad para conocer la famosa jamonera que le había nombrado su yaya María. Parecía mentira, pero por una cosa u otra, aún no había podido visitarla. Lo decidió: iría. Tomó su móvil e hizo una investigación sobre dónde estaba ubicada y descubrió que, con los años, había ocupado varias direcciones. Ahora se hallaba en las afueras de la ciudad, en el municipio de Rivas-Vaciamadrid. Debía tomar la línea 1 hasta Pacífico; luego, la 6 hasta Sainz de Baranda y, de allí, la 9. No parecía complicado, claro, porque cada vez dominaba mejor los recorridos. Al principio, una travesía con tantas combinaciones le hubiera resultado terrorífica.

Salió de su casa entusiasmado porque al fin cumpliría el deseo de la yaya. Desde que había pisado Madrid, la recordaba constantemente, y no podía dejar de imaginarla en los lugares con historia por los que transitaba. Asimismo, no cobijaba expectativas respecto a descubrir detalles de su vida en la ciudad; sin información de dónde tirar para desanudar su historia, sería realmente difícil hablar con alguien que entendiera lo que buscaba y —más difícil aún— lograra ayudarlo... ¡si ni siquiera él mismo sabía qué buscaba! Sería embarazoso formular preguntas tratando de unir cabos y rabos para arribar a una conclusión. Tal vez hubiera sido mejor leer la historia de la jamonera en internet antes de presentarse; pero era demasiado tarde, se encontraba en viaje y pronto llegaría. Se encogió de hombros. Haría lo que pudiese. Al menos, este acercamiento le permitiría sentirse en paz con la yaya. Ingenuamente, sin mayores expectativas por lo que encontraría, asumió que todo terminaría con la breve visita a la tienda. Sin embargo, no previó que, en cuanto pisara el lugar, su vida daría un vuelco definitivo y ya nada sería igual porque una cosa traería a la otra y su existencia acabaría trastocándose.

Sin saberlo, se dirigía hacia una cita del destino, un convite de la vida, una ocasión especial de esas que se preparan con años de paciente espera y se construyen detalle por detalle por muchas almas —algunas, buenas; otras, no tanto; y todas— enlazadas por la Providencia en ese entretejido de vidas cuyo primer cimiento se remontaba al que había colocado María Álvarez, su abuela.



LAVANDA

Lavandula angustifolia

HISTORIA: Se cree que su origen milenario provendría de la antigua Persia, donde se las clasificaba entre las «plantas preciosas». Luego hubo una gran distribución hacia Francia, España, Inglaterra y la antigua Unión Soviética. Se cultiva por su esencia en Europa y América.

USO MEDICINAL: Tiene fama de remedio popular. La planta cuenta con propiedades repelentes; también se la puede utilizar en baños de relajación y para la limpieza de heridas. Recién a mediados del siglo XIX algunos chefs se animaron a emplearla en la gastronomía.

SIGNIFICADO: Pureza, devoción y paz.

DICE LA LEYENDA... que si se coloca una bolsita de lavanda debajo de la almohada se atrae el sueño y se duerme mejor.

CAPÍTULO 2

LAS LAVANDAS DE MARÍA

Madrid, 1936

María Álvarez

La lavanda es una flor cuyo aroma alivia toda clase de dolores; los físicos porque desinflama, los del corazón porque da serenidad. María no lo sabía, pero su joven alma, que ya guardaba algunas congojas, parecía que sí, porque hallaba un extraño regocijo en frotárselas sobre la piel.

El reloj despertador sonó ruidosamente y María, al escucharlo entre sueños, estiró la mano desde su cama para detener la campanilla. En la oscuridad tanteó el frasco repleto de lavandas secas y, luego, a su lado, el reloj. Lo detuvo. Debía levantarse. En media hora abría sus puertas el bar Los Santos donde trabajaba y a su dueño don Aquiles le gustaba que estuviera en el local antes de que ingresaran los madrileños tempraneros. Sobre todo en este tiempo en que la ciudad estaba más revuelta y madrugadora que nunca. El triunfo en las recientes elecciones del Frente Popular —compuesto por la unión de anarquistas, republicanos, socialistas y comunistas— había implantado en el gobierno la República y traído consigo varios cambios, incluido el de adelantar el horario en que los madrileños comenzaban el día; porque, sin decidirlo abiertamente, la ciudad y sus noticias los llamaban a sus calles una hora antes de lo habitual.

Esa mañana, a pesar de ser las seis, a María no le fastidió oír el reloj. Por el contrario, el sonido le provocó un sentimiento agradable. Ese despertador había sido el que sonaba cada mañana en su casa cuando su padre aún vivía. Ahora que ya no estaba, el sonido se le antojaba que era él quien la despertaba, como había hecho todos los días mientras vivió. Pronto haría un año de aquel ataque al corazón que se lo llevó siendo un hombre joven, y ella aún lo echaba de menos.

Al pensar en él, inevitablemente, lloraba. No recordaba haber extrañado de esa manera a su madre cuando falleció. Tal vez, su figura se difuminaba porque apenas si era una niña cuando murió en el parto de su hermanito Manuel. En este momento todo era diferente; quizá por eso la tristeza se manifestaba más cruel. Ya no estaban en esa casa repleta de rosales que por más de una década su padre había alquilado en Barcelona, sino que ahora ella y su hermano de siete años se hallaban instalados en Madrid, en un cuartucho con una sola ventana desde la que no se observaba ninguna flor, nada vivo, salvo un viejo y decrepito olivo leñoso. Los Álvarez, los huérfanos, vivían en un cuarto prestado, ubicado al fondo de la casa de don Aquiles. A cambio, ella debía trabajar todo el día en el bar. Recordaba los años vividos en Barcelona como tiempos muy felices. Su madre, Matilde, esa jovial francesa que había decidido no regresar a su país por amor al peluquero Antonio Álvarez, mientras vivió, había llenado la casa de alegrías. Podía rememorar cómo le había enseñado a hablar su lengua a través de juegos, retruécanos y divertidas canciones.

Su padre, que nunca se compuso tras perderla, había decidido instalarse en Madrid con la intención de hacer un cambio rotundo que lo sacara del letargo, pero la mudanza no resultó como esperaba. María nunca se terminó de acostumbrar a la nueva ciudad, como tampoco a la falta de su

madre y, mucho menos, a la más reciente y honda ausencia de su padre. Podía imaginarse lo feliz que hubiera estado él con ese triunfo de la República en las urnas. Siempre había soñado con esa victoria socialista.

Esa mañana, María decidió huir, no dejarse atrapar por la tristeza y, asiéndose de un hilo de esperanza, pensó que —tal vez, muy pronto— se produciría un cambio en la vida que llevaban ella y su hermano. Tenía cierta ilusión heredada del ambiente festivo que se vivía en Madrid. Desde el domingo, cuando a última hora se conocieron los resultados de los comicios, que daba triunfal a la alianza que restituiría los valores republicanos y socialistas y dejaría atrás a un gobierno de derecha, en el aire se palpaba una gran algarabía que traía consigo la idea de que en España nada era imposible, y que no había sueño, ni deseo que no se pudiera alcanzar. El optimismo teñía a una gran parte del pueblo y podía contagiarse escuchando las charlas en las tiendas, o viendo los alegres saludos que se daba la gente en la calle con el puño en alto y una sonrisa. María lo recordó y, llena de nuevo ánimo, pisó las heladas baldosas negras y blancas del cuartucho. Su día comenzaba.

Con el camisón puesto, despertó a Manuel. Su hermano, que dormía en la camita de la otra punta del cuarto, no había oído nada. «¡Qué lindo ser niño y no tener el peso de ninguna responsabilidad!», pensó. Ella, a sus diecisiete años, la llevaba impresa en todas sus formas desde que abrió los ojos. Si se demoraba unos minutos, don Aquiles era capaz de montarle una escena. Ese pensamiento la hincaba a levantarse cada mañana con apuro, a atender el bar con diligencia y a ayudar cada minuto libre con la preparación de las comidas que allí se servían. Sabía bien que le debían el sustento y el techo, que ella y su hermano no podían darse el lujo de perder ninguna de las dos cosas. El hombre, que era asiduo cliente de la peluquería, cuando murió su padre, conociendo la situación, le acercó la propuesta laboral. María se sentía orgullosa por poder trabajar y mantener a Manuel, a quien, pese a la cadena de infortunios, no le había permitido abandonar la escuela. Su padre, analfabeto hasta los treinta años, había promovido la educación de sus hijos. Siempre había hecho hincapié en la importancia de la instrucción, derecho transformador de los hombres. Él les había relatado hasta el hartazgo cómo le había cambiado la vida el día que José Durruti le enseñó a leer y escribir. Desde la mañana que entró a su salón para cortarse el pelo, y durante el año que vivió en Barcelona, el anarquista fue su cliente y un buen amigo. Ambos forjaron una estrecha relación que avanzó más allá de los afeites. Durruti, a través de charlas y clases de lectura, también le transmitió sus ideales. Lo instó a aprender a leer explicándole que las letras eran un arma poderosa y que en esta vida no se podía prescindir de las ideas escritas. Su padre, que comprendió la magnitud de este saber, a partir de allí se dedicó a leer cuanto material impreso caía en sus manos, afición que les inculcó a sus hijos. Si el libro era bueno, luego se lo pasaba a María, así lo comentaban juntos. Aquel encuentro trascendental con Durruti le granjeó más tarde una gran satisfacción: que su primogénita estudiara en el Instituto Cardenal Cisneros. Pero María debió abandonar unos meses antes de concluir el último año de bachillerato. La muerte de Antonio cambió su vida y debió atender la taberna para poder subsistir. María entendía que su turno había acabado; ahora le tocaba a Manolito. Él debía terminar la escuela y ella, esforzarse para que el chiquillo lograra la meta.

—Arriba, dormilón, que ya me voy al bar, y tú debes desayunar para ir al colegio.

—Hum... —dijo el niño por única respuesta.

María miró el rostro de su hermano. Sin dudas, guardaban un cierto parecido. Ambos habían heredado de su padre el mismo color celeste de ojos; sólo que Manolito tenía el pelo algo más rubio. Al niño, que recién se despertaba, se le notaba el sueño en su carita. Enternecida, ella se acercó y le dio tres besos —uno en cada mejilla y, el último, en la frente—, tal como se los

prodigaba su padre cuando aún vivía. Los recuerdos intentaron herirla, pero esta vez no lo lograron; eran demasiado dulces para dejarles sabor amargo. Distintas imágenes vinieron a ella con nitidez: su padre cocinándoles torrijas, leyéndoles obras que consideraba valiosas y enseñándoles a hacer trucos con los naipes. Recordaba perfectamente las interminables partidas de mus, las caminatas por el Parque del Retiro y los abrazos. Podía repetir algunas de las frases que solía decirle en esos momentos, sentencias que ahora cobraban sentido: «El trabajo dignifica pero no debe esclavizar», «Que nadie te diga que no puedes hacerlo», «Que nadie decida por ti» y tantas otras. Temió olvidarlas. Se prometió anotarlas en un papel. No quería borrar de su memoria nada que tuviera que ver con su padre. Sonrió, había sido bueno tenerlo aunque ahora ya no estuviera.

En una jarrita, puso leche para su hermano y la hirvió en el fogonillo que tenían en el cuarto. Ella desayunaría en el bar, donde acostumbraba a tomar un café negro con tostadas mientras don Aquiles le daba las instrucciones para la jornada.

Luego de servirle la leche a Manuel, se vistió. Se puso la falda de lanilla verde y el jersey negro pegado al cuerpo con cuello alto que repetía casi todos los días. Tenía poca ropa; sólo ese conjunto y un par de viejos vestidos.

Mirándose en el trozo de espejo que sobre la cómoda colgaba en la pared, se recogió el pelo rubio y ondulado en una coleta alta; luego se pellizó las mejillas buscando parecer maquillada. Hubiera dado cualquier cosa por tener un lápiz labial y parecerse —al menos un poco— a las actrices de Hollywood que había visto en las revistas y así aparentar más años. Pero no disponía de maquillajes; y, peor aún, para lavarse la cara y demás necesidades tendría que ir, como cada mañana, al bañito de la casa de don Aquiles. Antes de hacerlo se aseguró de que su hermano ya se hallara vistiéndose. Luego, lo saludó y, sobre la mesa, le dejó la leche caliente en una taza y un bollo de pan. Por último, tomó una flor de la vieja caramelera de lata donde guardaba las lavandas secas y, pasándosela con fuerza por el cuello, logró perfumarse. Doña Crisanta, la vecina de al lado, que tenía el balcón atiborrado de plantas, le regalaba las florecillas. Recordaba que su madre hacía lo mismo con los pétalos de rosas de las plantas de la casa de Barcelona. De ella, seguramente, había heredado esa costumbre, igual que el idioma francés y el gusto por las cosas bellas y delicadas. Cuando veía un objeto hermoso o un ambiente finamente decorado, algo dentro de ella se regocijaba.

Aprestada para comenzar su faena en el bar, tomó el abrigo negro que ella misma había tejido en los pocos ratos libres y, desde la puerta, le dijo a Manolito:

—Recuerda que te buscaré a la salida de la escuela. ¡Ah! ¡Y ten cuidado de no tirar la taza otra vez!

Medio dormido como se levantaba, en las dos últimas mañanas había volcado la taza, y ella debió llevarle otra ración de leche. Don Aquiles no había dicho nada, pero estaba segura de que ante un nuevo desliz acabaría quejándose.

El pequeño le respondió con una sonrisa.

Si bien él iba solo a la escuela, a María le gustaba recogerlo todos los días. Prodigarle ese cuidado era, también, una forma de atención. Don Aquiles se lo permitía, aunque de mala gana; pero a ella no le importaba. Al fin y al cabo, sólo se ausentaba media hora de sus obligaciones.

Cruzó el patio que separaba su aposento de la casa de Aquiles Tormo, su patrón, y, tras dejar atrás el viejo olivo —un recuerdo de la época en que los peregrinos visitaban la ermita de Atocha—, se dirigió al baño. Luego iría a la taberna ubicada en la parte delantera de la propiedad. Antes de entrar, se alisó la falda y se calzó el abrigo. Desde que se había convertido en mujer y su cuerpo se había llenado de curvas, consideraba que era mejor ocultarlas y que pasaran

inadvertidas, pues había notado que los ojos de los hombres a menudo se posaban sobre ellas; incluidos los de don Aquiles, lo cual —estaba convencida— sólo podía acarrearle problemas.

Puso la mano en el picaporte de la casa de su patrón y suspiró largo. ¡Cuánto deseaba un baño propio! Casi tanto como una salida independiente a la calle del Conde de Romanones para no verse obligada a pasar por la casa de Tormo y que, enterado de todos sus movimientos, luego se los reprochara. Vaya escándalo que le montó el día en que le concedió una hora de solaz y ella, distraída entre las casetas de libros de la cuesta de Moyano, demoró el regreso. Desde aquella tarde, sólo ponía el pie en la calle para recoger a su hermano de la escuela. En el patio había un portón que comunicaba con la calle lateral y que bien podría utilizar pero su patrón sólo permitía que se abriera cuando los proveedores de bebidas le traían los cajones con botellas. Después de negarse a aceptar su propuesta, vio con qué celo escondía la llave. Aceptar las reglas era el precio por la ayuda que el hombre les brindaba.

María abrió la puerta que daba al pasillo de la casa con la esperanza de no toparse con don Aquiles; quería ir al baño tranquila. Prefería verlo en el bar, con la jornada iniciada, atenta al movimiento del local, y no ahora, recién levantada. Observó el pasillo despejado y respiró aliviada.

Aquiles Tormo

Aquiles miró las primeras claridades que entraban por la ventana y calculó que ya era hora de levantarse. Él no necesitaba reloj para saber que en pocos minutos debía abrir la taberna. Lo había hecho durante treinta años, los suficientes para que cada partícula de su cuerpo supiera de memoria la hora. Se quedó quieto; si estaba en lo cierto, en breve escucharía la voz del vendedor de diarios. Hacía unos días, más precisamente desde las últimas elecciones, había empezado a pasar quince minutos antes. Los cambios políticos, sin dudas, habían hecho crecer la demanda de periódicos y el muchachito salía antes a venderlos. Unos instantes y la voz juvenil que anunciaba *El Liberal* se lo confirmó. Era momento de empezar el día.

Se levantó y, con detenimiento, observó durante un rato las camisas que colgaban en su viejo ropero. Finalmente, la elegida fue la celeste; se la calzó deseando gustar. Luego, mirándose en el espejo del baño, se mojó el dedo índice con saliva y se lo pasó por las cejas que de tan espesas se le unían en el entrecejo; le daba trabajo mantenerlas prolijas. Luego tomó el peine negro para llevar adelante la tarea que realizaba cada mañana y le tomaba varios minutos: tratar de parecer menos calvo de lo que en realidad estaba. Podía disimularlo bastante trayendo los cabellos de los costados hacia adelante, un artilugio que había visto practicar a varios hombres de su edad. Arrugas, no tenía; sólo las mejillas hundidas le caían con flacidez a cada costado, lo cual no le parecía tan grave y se compensaba con un gran punto a su favor: sus ojos del color del agua. Sabía que muchas mujeres morían por esa mirada clara. Se preguntó si le gustaría a María. Lástima que ella también tenía los ojos celestes, casi igual que los suyos, porque disminuía su esperanza de impactarla. A veces, mientras trabajaban juntos en el bar, la miraba fijamente con la intención de que ella se percatara del bonito color de sus ojos, pero María nunca parecía darse cuenta. Salvo que lo disimulara, pensaba Aquiles, tratando de aferrarse a esa remota posibilidad. Porque ¿acaso podía alguien de diecisiete años enamorarse de un hombre de cincuenta?

Se tocó los botones de la camisa y, al sentirlos tirantes, asumió que la prenda no le favorecía, le marcaba demasiado el vientre abultado en su cuerpo delgado. De todas maneras, hacía frío, debía ponerse también un pulóver. Pero ¿cuál? Necesitaba uno que combinara con el color de la camisa. Buscaba entre su ropa y no se decidía por ninguno. «¡Hostia! ¡Tanto lío por un pulóver!»

En los últimos meses su vida había tomado este ridículo ritmo vertiginoso propio de enamorado donde la ropa y el peinado se le habían vuelto una obsesión. A él, que tenía hijos grandes y dos nietos, y desde que enviudó jamás pensó que volvería a querer vivir con una mujer, ahora la idea no le desagradaba. Pero no con cualquiera, sino con María. Sólo había un problema: ella era una chiquilla. Estaba seguro de que este escollo se solucionaría con un par de años de trabajo duro y un hijo; esas dos cosas obraban maravillas en añadir años a las mujeres. Lo había visto en muchas oportunidades. Le agradaría compartir esas dos cosas con esta muchacha, aunque las vio lejanas.

Se consoló con la certeza de que, a pesar de la edad, María no era tan niña; se lo confirmaban sus senos prominentes, esos que él miraba de soslayo para no ser descubierto; se lo decían sus caderas contorneándose por el salón de la taberna, las que adivinaba bajo la falda de lanilla que usaba y su aroma de mujer con destellos de lavanda que lo dejaban narcotizado siguiendo la huella de la sutil oleada cuando pasaba cerca suyo. También sus manos femeninas, hábiles tanto para atender los pedidos del bar como para contar el dinero; porque si bien al principio él le había permitido que cobrara a los clientes —para quedar bien y no parecer desconfiado—, la chica había resultado muy buena con los números, destreza que beneficiaba su negocio; tanto, que había comenzado a llevarle un cuaderno con los movimientos contables. Con estas anotaciones había mejorado el control de lo que gastaba y agilizaba las compras. Claro que había limitado su injerencia a lo contable y se había negado a cambiar las cortinas o a disponer los muebles en otro orden. María tenía cierta inclinación hacia la decoración pero no sería en su bar donde la desarrollaría. Las ideas relacionadas con los números eran bien recibidas; las otras, no. Él mandaba dentro de su negocio.

Aquiles se observó una última vez en el espejo; luego se pasó la mano por el sobaco y la olió tratando de confirmar que aún podía aguantar un día más sin bañarse. Había empezado a higienizarse día de por medio, otro cambio más en su vida, porque antes, en el invierno, se rehusaba y lo hacía una vez a la semana. Acomodó con cuidado el peine negro junto al espejo; tal vez María quisiera acicalarse cuando ocupara el baño. Aunque solía controlar si cambiaba de posición después de que ella entrara y hasta lo oliera buscando el aroma de la chica, jamás encontraba vestigios de que ella lo usara.

La imaginó entrando al baño, bajándose las bragas y sentándose en el retrete y una oleada de excitación lo recorrió entero. ¡Por Dios, se estaba volviendo esclavo de esos arrebatos! No los sentía desde que tenía veinte años y ahora, si bien le gustaba reencontrarse con esas viejas sensaciones perdidas, se asustaba. Temía que un día, si no lograba contenerse, se descubriera haciendo realidad su fantasía, la de estrechar contra su cuerpo el de la joven. Abandonó esos pensamientos volátiles; si seguía así, se volvería loco. Eligió el jersey azul, se lo calzó y se fue a abrir el bar. Por la boca de la estación del metro emergían trabajadores y algunos clientes.

Tomaría el desayuno en Los Santos, otra novedad en su rutina. Ahora le gustaba desayunar mientras le daba las órdenes del día a la joven. Además, ávido de noticias, quería leer *El Liberal* junto con el primer café. Elegía ese periódico porque coincidía con su tendencia política y explicaba con palabras simples la realidad diaria, que luego comentaba con su amigo Ángel Pérez, empleado en la Imprenta Municipal. Con la izquierda en el gobierno, sentía un cosquilleo por las novedades políticas. Él había votado al Frente Popular, no porque hubieran anunciado que darían leyes que protegerían económicamente a los pequeños comercios como el suyo, sino porque simpatizaba con el socialismo desde hacía tiempo. Sobre todo, con Julián Besteiro, figura moderada del partido que, en varias ocasiones, había visitado Los Santos, cuando en los alrededores de la plaza del Progreso se congregaban varios sindicatos. No creía en otra opción política para los que debían levantarse cada día para conseguir el pan. Entendía que el socialismo

traería liberación de la opresión de los ricos, pero su fanatismo no llegaba a tocar su costilla religiosa, porque él no había descolgado la foto de la Virgen como habían hecho muchos. Sino que la imagen seguía firme en la pared verde de su negocio. Un poco de fe —juzgaba— no podía ser tan malo. Sus creencias religiosas eran el resabio de la década de instrucción confesional recibida en las Escuelas Pías de San Fernando, donde sus padres lo enviaron a estudiar, pero también a comer en los años de escasez.

Para muestra de cómo eran las cosas en este país bastaba con pensar en la historia de su padre, al que había visto trabajar toda su puñetera existencia en lúgubres e inmundos cafetines desde la madrugada hasta la medianoche sin poder darse nunca un lujo, sino más bien soportando una vida miserable. Ni siquiera habían tenido más hijos que él porque el bolsillo no alcanzaba para alimentar más bocas. Su madre, para llevar algún dinerito extra a la casa, se había dedicado a limpiar los suelos en esos mismos sitios de mala muerte donde su padre atendía las mesas atiborradas de borrachos. Y si él se había salvado de recorrer la misma senda se lo debía a su tesón y a la buena relación que su padre estrechó con el dueño de una tasca que, sabiéndolo trabajador y viéndolo de buen aspecto, le había dado una oportunidad. Con los años, gran sacrificio y un poco de suerte, pudo abrir su propio café, que no se comparaba con el salón grande y luminoso que tenía ahora en la plaza del Progreso, a pasos del metro, con capacidad para nueve mesas. Él había empezado en un pequeño y sencillo cafetín con dos mesitas. Pero aun hoy trabajaba todos los días de la semana, de sol a sol, y nunca le sobraba nada. No se podía quejar, se consideraba un privilegiado. Si no fuera por su negocio, no podría ni soñar con aspirar a tener algo con María. En la calle había mucha gente como ella, sin trabajo y pasando necesidad.

Marcos Díaz Montero

Marcos se despidió del notario con un apurado apretón de manos. La transacción que lo había llevado a la oficina del hombre ya estaba cerrada, y quería marcharse pronto para celebrar antes de volver al trabajo. Ese mediodía planeaba tomar una copa de vino y comer un bocadillo tranquilo. A esa hora, Madrid ofrecía mil opciones culinarias, pero su elección —como casi todos los días de las últimas semanas— recayó sobre Los Santos. La taberna reunía ciertos atributos inmejorables: se encontraba cerca de la jamonera, servían raciones deliciosas y le gustaba la dependienta, una chica grácil de buena figura. Se acomodó con las manos el cabello castaño que llevaba corto y con fijador, y luego le dio una vuelta al cuello de la bufanda azul que le hacía juego con el abrigo italiano.

El frío de la mañana, que había amanecido sin sol, le helaba el cuerpo, pero aun así disfrutaba de la caminata por la calle de Atocha. Se sentía tan contento que el clima no empañaría su estado. Había comprado en Getafe una bodega con su respectivo viñedo a un excelente precio, lo que lo convertía en un artífice de un gran negocio que beneficiaría por años a la familia Díaz Montero. Los antiguos dueños, que habían asumido que el nuevo gobierno de izquierdas impondría nefastas reglas económicas que los perjudicarían, decidieron deshacerse de la propiedad. En cierta manera, tenían razón: la República no beneficiaría a los de su clase, pero él no tenía miedo, estaba seguro de que no lograría hacerles gran daño. Había una realidad: el dinero, las tierras y las empresas siempre irradiarían poder más allá de quién estuviera de turno en el gobierno. Si bien su familia estaba vinculada con la industria del jamón desde que su abuelo fundara La Bellota en 1886 —un acontecimiento al que no faltó ni el rey—, había querido comprar la bodega porque sostenía que el vino les daría la posibilidad de ingresar a nuevos negocios. Su convencimiento trascendía la postura de su padre, al que —por conservador— no le interesaba innovar. Tampoco

a su hermano Pedro, pues los negocios no se hallaban entre sus prioridades. Pero ya estaba acostumbrado. Su padre, un hombre mayor con una salud debilitada, había delegado el mando; y Pedro, a pesar de ser su gemelo y de haber recibido idéntica educación, no se inclinaba por los negocios; al contrario, había centrado su vida en otras incumbencias, situación que a nadie parecía importarle demasiado. A su padre, quien al principio se había quejado, desde que empezó con la enfermedad de los temblores en las manos y en los pies, ya nada le preocupaba. Su madre y su hermana, como buenas mujeres, vivían en su elemental mundo de rezos, bordados y jardinería.

Siempre se había preguntado qué sucedería si a él se le ocurriera emprender una vida bohemia como la de Pedro. Su hermano, si bien trabajaba en la jamonera, tenía afición por escribir filosofía, reunirse en el Café Gijón con los miembros de la sociedad de poetas a la que pertenecía, y pasar tiempo con la crema intelectual de Madrid discutiendo utopías sobre cómo hacer de este mundo un lugar más justo y de España, un país mejor. Porque Pedro parecía que, más que preocuparse por aumentar las ganancias de la jamonera, prefería permanecer atento a que no se les pagara de menos a los empleados. ¿Qué pasaría si él tomara la misma posición y ya no quisiera pasar largas horas en la oficina inspeccionando papeles aburridos y tomando decisiones? Claro que sabía bien que eso nunca sucedería; le gustaba trabajar, le agradaba llevar la voz de mando, viajar a Ledrada —donde faenaban los cerdos y estacionaban la carne—, pasearse entre los jamones controlando cómo avanzaba su curado, dar recomendaciones a los empleados para que hicieran mejor sus labores, y, sobre todo, cerrar grandes ventas para los restaurantes y hoteles de Madrid. Desde hacía un año, don Federico había depositado prácticamente toda la responsabilidad de la jamonera en él y su hermano. Meditó en el gran pedido que estaba preparando para Valencia y sobre cómo les ofrecería el vino de la bodega, ahora propia; inmerso en la estrategia que emplearía, se chocó con la puerta de Los Santos. Entró decidido y contento. Esa mañana la vida le sonreía.

En minutos Marcos se hallaba disfrutando de un buen vino. Levantó el vaso recién lleno para tomar el primer trago y Aquiles Tormo, que lo reconoció desde el mostrador, le gritó:

—¡Salud, que aproveche!

El hombre, desde que se había enterado de que su cliente pertenecía al clan de los Díaz Montero del imponente almacén de jamones de la plaza de Santa Ana, lo trataba con deferencia; le hacía preparar la mejor tortilla de papas que había probado y le servía el mejor vino que tenía. Marcos encontraba excelentes razones para sentirse a gusto en Los Santos, aunque reconoció que también iba por la joven camarera. Su frescura y cierto modito de hablar lo colmaban de buen humor. Observar su rostro dulce de belleza ingenua se había vuelto un vicio que compartía con los ocasionales parroquianos. En varias oportunidades había cruzado palabras con ella y le resultaba en extremo agradable. Pero sólo habían conversado nimiedades; él siempre iniciaba la breve charla con la intención de tenerla cerca y así poder apreciarla mejor, pero ella enseguida se le escabullía tras sus obligaciones. Esbozó una sonrisa al ver que María se acercaba con su pedido: una tortilla y una ración de pulpo.

—Le traje pan caliente recién horneado, y la pimienta, por si quiere agregarle.

—Muchas gracias —respondió Marcos, que notó que ella había memorizado su gusto por el pan y el picante. Era una muchacha lista; la había visto atender a los clientes con diligencia y manejar la caja con lucidez. Pensó en felicitarla, pero, a punto de hacerlo, no pudo. Con la misma rapidez que llegó, se marchó; y mientras se alejaba, se iba quitando el delantal. La oyó decirle a su patrón:

—Recojo al niño de la escuela y regreso de inmediato. Me demoraré unos minutos.

—Tira, tira y date prisa —le respondió don Aquiles de mala gana.

Esa misma conversación sostenía cada día con su joven empleada, pero esta vez, al percibir que Díaz Montero se había percatado de su ofuscación, le aclaró:

—¿Y qué le voy a hacer? ¡Soy demasiado bueno! Contrato una mesera, le doy casa, comida y además le permito que todos los días recoja a su hermano en el colegio.

Marcos se sorprendió de que la muchacha tuviera un hermano y que Aquiles no nombrara la palabra «salario». Sólo había dicho «casa» y «comida». Mientras probaba el pulpo, contestó:

—He visto cómo trabaja y es muy maja y eficiente... ¡La comida está exquisita!

—De la muchacha, no me puedo quejar. Me alegra que le guste el plato.

—¿Ella vive aquí con el niño?

—Sí, en los bajos de mi casa —dijo señalando una puerta del bar y agregó—: Hace un año, cuando murió su padre, ella comenzó a servir aquí y para ayudarlos les permití instalarse en la habitación del fondo.

Solía regodearse al contar esta parte de la historia; creía que mostraba su perfil de misericordia. Aunque sabía que tenía un punto en contra: la ausencia de una paga. Tal vez más adelante, el próximo año, la gratificaría con algún dinerillo. Ya vería...

La mano en alto de uno de los clientes pidiendo la cuenta captó la atención de Aquiles y abandonó la conversación. Marcos siguió comiendo y su mente se dirigió a la transacción que proyectaba con los hoteles de Valencia. Venía concibiendo algunas buenas ideas, así que mientras almorzaba sacó del bolsillo una libretita que siempre llevaba consigo y las anotó. No quería olvidárselas. Para él, los negocios eran sagrados. Luego se concentró en su plato.

Casi una hora después, Marcos pagaba la cuenta y charlaba las últimas palabras con María mientras ella le daba el vuelto.

—No sabía de tu hermanito y que te haces cargo de él.

María sonrió y dijo:

—Sí, y estoy agradecida de tener trabajo para mantenerlo.

—Mira, si algún día quieres un puesto en otra cosa, sólo te llegas a mi despacho y me dices.

María lo miró sorprendida.

—¿Su oficina?

—Sí, mi familia es dueña de una jamonera, y allí tengo mi escritorio.

—¿Usted me ofrece trabajo en la jamonera? —preguntó bajando la voz. Estaba segura de que a don Aquiles no le gustaría oír la propuesta.

—Sí.

—¿De qué?

—De lo que te animes a hacer, lo que sea. Piénsalo, allí ganarás mejor que aquí.

—Le agradezco, señor...

—Marcos Díaz Montero es mi nombre —dijo sacando una tarjeta del bolsillo y extendiéndosela.

—Gracias de verdad, pero tengo que pensar en mi hermano. Don Aquiles me da comida y casa —explicó María, que escondió rápidamente en el cintillo de su falda la tarjeta.

Marcos se encogió de hombros y agregó:

—Con tu salario podrías pagar un sitio donde vivir. Un cuarto, algo pequeño. Sólo sería cuestión de organizarte de otra forma.

Ella lo miró largamente; por primera vez pensó en esa idea. Cuando su padre murió y fueron desalojados, la propuesta de Aquiles parecía el cielo. Jamás hubiera podido considerar una opción distinta. La orfandad le llegó temprano y con la obligación de mantener al niño. Observando a Marcos se percató de cuán penetrantes eran sus ojos oscuros y cuán espesas sus

cejas. Era un joven de lindo rostro, tal vez un poco fornido, pero muy elegante; un señorito de dinero. ¡Y le ofrecía empleo!

—Lo pensaré —dijo y la respuesta se mezcló con un grito de Aquiles.

—¡Muchacha! ¡La mesa de la vereda quiere la cuenta! ¡Llévasela!

Poco después, Marcos se retiró. María, al escuchar las campanadas y comprobar la hora en el reloj de la pared, le preguntó a su patrón:

—Don Aquiles, ¿qué comida puedo darle a Manolito?

—La sopa de cocido, hija, la sopa con fideos, que la carne está muy cara.

—Como usted diga.

—Llévale doble ración, así tendrá para la cena. Recuerda que hoy es martes y trabajamos hasta tarde.

—¿A qué hora llega el grupo?

—Pues a las nueve han dicho.

Una vez a la semana cuatro hombres cenaban en Los Santos. Al finalizar, en la puerta se colgaba el cartel de «CERRADO» e iniciaban una larga partida de mus con altas apuestas. Para María, dado que se extendía hasta la medianoche, esa jornada significaba la más dura de la semana. Don Aquiles exigía su presencia porque le apetecía ver el juego tranquilo y disfrutar de la charla con los hombres. Sólo en ciertas ocasiones participaba, cuando los montos apostados no excedían sus posibilidades o faltaba un jugador para completar los cuatro necesarios.

Algunos de los hombres repetían su presencia cada martes, como el Colorado, dueño de una tienda de telas y botones ubicada en la calle de Toledo; y don Sánchez, que en otros tiempos había sido almacenero pero que hoy vivía como un nuevo burgués gracias a unas tierras heredadas apenas unos pocos años atrás. En ciertas ocasiones, llegaban jugadores nuevos, entonces el monto de las apuestas subía notoriamente y don Aquiles quedaba fuera de la partida.

Durante una noche memorable, María había visto en el bar apostar una importante propiedad ubicada en la Gran Vía. Cuando su dueño la perdió, don León, el ganador del lance, no paró de saltar y gritar por media hora. Desde aquel momento, cada vez que pasaba por la puerta de la vivienda, ella no podía evitar pensar en lo sucedido y en cómo había cambiado la vida para esos dos hombres, porque el que se la quedó, don León, se instaló allí; y el que la perdió, debió mudarse al pueblo tras abandonar el que fuera su hogar durante treinta años. Una simple partida de mus y de un plumazo la existencia de ambos había cambiado. A veces soñaba con que le permitieran jugar e imprimirle a su vida un giro rotundo. Ella era buena en el mus y en todos los juegos de cartas. Pero conseguir un lugar en la mesa parecía completamente desatinado; allí, jamás permitirían a una chiquilla como ella y sin un duro que apostar. Se trataba de una idea ridícula, un sueño más de los tantos que la rondaban acerca de cómo escapar de la vida severa que la perseguía desde la muerte de su padre.

Con esos pensamientos en la cabeza, María fue a la cocina y en una cacerola pequeña puso varios cucharones llenos de fideos de la sopa de cocido; luego, con la comida humeante en sus manos, partió hacia el fondo rumbo al cuarto que ocupaba con su hermano. A esta hora solía llevarle el almuerzo y se quedaba con él hasta que oía las siguientes campanadas. Era el tiempo que le daba don Aquiles para descansar y ella lo aprovechaba para comer y conversar con Manuel. A continuación, regresaba al trabajo y permanecía en el salón hasta bien entrada la noche. A veces, cuando no había clientes, ella solía pedirle permiso para ver si Manuel necesitaba algo, y don Aquiles se lo permitía.

María cruzó el patio, abrió la puerta de su cuarto y, al ver a su hermano, el rostro se le iluminó. El chico se lanzó a sus brazos.

—¡Mayiii! —gritó. Él la nombraba con ese apodo desde que era pequeño y hablaba en media lengua.

—Cuidado, chaval, que la olla está caliente —lo previno al dejarla sobre la mesa. De inmediato se quitó de la cintura la tarjeta de Marcos Díaz Montero y la metió dentro del primer cajón de la cómoda.

—¡Qué rico! ¡Estoy muerto de hambre! —exclamó Manolito espiando la olla.

—Pues siéntate a la mesa, que ahora mismo comemos. Quiero revisar tu cuaderno antes de marcharme.

—Mejor te lo muestro a la noche.

—No podré verlo. Hoy es martes, trabajaré hasta tarde y quiero controlarlo.

—Pues mi cuaderno está precioso. Ya sabes que soy un niño muy aplicado —dijo pícaro.

—Sí, y muy pillo, así que no me fio de tus dichos.

—Sólo me han dado el deber de dibujar la bandera —dijo mientras ponía los platos en la pequeña mesa del cuarto.

—Muy bien, pues entonces la haremos juntos —dispuso María mientras servía la comida y se sentaban.

—¡La sé hacer solo! ¡Soy español! Y tengo siete años. Mejor ayúdame con las sumas y restas que debo entregar.

—¡Tremendo niño, si me has dicho que sólo tenías que hacer la bandera!

Manolito abrió grande los ojos; su hermana acababa de descubrirlo. Entonces sonrió y, poniéndose de pie, la llenó de besos.

—Perdón, Mayi —dijo entre risueño y compungido.

—Que no te puedo dejar solo, quillo —le susurró respondiendo a los besos con un abrazo mientras pensaba qué sería de su vida sin Manuel. Indudablemente, la tristeza total. Agradeció tenerlo y que estuvieran juntos. Conformaban una familia o, al menos, lo que quedaba de la que alguna vez habían tenido.

La familia Díaz Montero

Las dos criadas de la casa de la familia Díaz Montero —Cuca, la mayor, y Aída, la más joven — vestidas con delantales blancos y cofia en la cabeza terminaron de poner la mesa para la cena conforme a las exigencias de doña Encarnación, su señora: cristalería italiana, cubiertos de plata y manteles celestes con un centro de mesa de crisantemos blancos. Los manteles color beige y los claveles rojos vestían la mesa del mediodía. Doña Encarnación era muy exigente con estos detalles. Cuca, que trabajaba en la casa hacía veinte años, lo sabía bien.

Los arreglos florales para adornar la sala habían llegado esa mañana directamente de la floristería, como cada martes. Encarnación tenía un amor especial por las flores y las plantas. En su vivienda de la calle de Argumosa había dos espacios verdes que constituían su orgullo y a los que cuidaba con sus propias manos: el balcón grande, famoso en su calle por el primor de sus capullos, y el bello patio de la propiedad, con cerámicas y azulejos de Talavera en sus paredes; un banco decorado de igual forma, una pequeña fuente rectangular con plantas acuáticas, un olivo y dos limoneros a cada lado de un sendero que, en el medio del vergel, separaba los canteros repletos de arbustos, plantas y flores de diferentes especies entre los que resaltaba un bosque de madroños, el inconfundible y heráldico árbol madrileño. En uno de los extremos del patio, comunicándose con la sala de la casa, tal como mandaba la arquitectura de la época, habían hecho construir una estructura vitroférrica en la que se repetían las gárgolas que adornaban el pórtico de

entrada. Con los primeros fríos, el techo de vidrio de la cúpula se corría y el espacio protegido se convertía en un regío invernadero. Su marido, que conocía su debilidad por la jardinería, había mandado construir la cristalera como regalo de uno de sus primeros aniversarios.

Tanta era la pasión de Encarnación por sus plantas que unos años atrás, cuando su esposo le propuso mudarse a un palacete del barrio de Salamanca, ella se negó. Si bien al principio se había entusiasmado con la idea, pronto se arrepintió porque no estaba dispuesta a abandonar esos espacios de exuberante verde que la rodeaban. La fachada de la vivienda podía considerarse austera, sí, pero contrastaba con el fastuoso y cómodo interior que se remataba con su patio de honor, como le decían los visitantes al apreciar las estatuas de paladines y adonis. Además, ella tenía una conexión especial con sus plantas; tal era su amor que parecía que estas amaban sus manos. Bastaba que Encarnación le prestara atención a un rosal o pusiera un geranio en un balcón para que comenzaran a florecer o a crecer extraordinariamente. Igual que cuando les prodigaba esos extraños cuidados que improvisaba y con los que lograba resultados asombrosos, como en el caso del jazmín. Durante el invierno, por ejemplo, lo ubicaba en la sala junto al ventanal, lo regaba sólo con jugo de naranja... y le florecía todo el año, incluidos los meses helados. Algunas vecinas solían consultarle sobre plantas y ella, generosa, les daba no sólo consejos sino también semillas y gajos de sus mejores ejemplares. «El que da siempre tiene», era su lema a la hora de dar; y, según ella, también el secreto del porqué su jardín era el más lindo. Regalaba naturaleza y la naturaleza la recompensaba.

Encarnación unía el amor que sentía por las plantas y el que tenía por su familia cultivando las flores preferidas de cada miembro. En el patio dispuso canteros con los nombres de sus hijos y otro, el más grande, lleno de rosas, con el de su esposo.

Esa noche, a pesar de la helada y de la hora, salió al balcón para observar el estado de las violetas de los Alpes. Luego de unos minutos ingresó satisfecha al comedor para ultimar detalles de la cena. Enseguida bajarían su marido y sus tres hijos para paladear el menú elegido por ella: sopa de ajo, arroz con mariscos y caldereta de cordero.

El frío de la jornada se prestaba para servir los platos que le había pedido a la cocinera que preparara; además, no se engañaba, a ella le encantaba consentirlos con varias comidas. Sentía que no había nada en esta vida que le gustara más que atender a su familia; había nacido para ser madre y esposa, y ostentar esos dos títulos la llenaban de orgullo y placer. Claro que a veces se sentía culpable porque su vida religiosa sucumbía ante el amor terrenal. Porque ella prefería estar con sus hijos y marido antes que rezando en la iglesia, y eso, según lo que le habían enseñado en la catequesis, no estaba bien. El cura se lo había dicho con claridad: su vida debía estar conferida a la Santa Iglesia Católica; primero Dios, Jesús y la Virgen; luego, lo demás. Esta inobservancia constituía una más de las tantas culpas que la martirizaban, pues suponía que querer a un hijo más que a los otros tampoco debía estar bien. Y Pedro era su preferido desde que los gemelos nacieron. Lo encontraba más parecido a ella y a su familia materna, incluso, en su forma de ser. Con el tiempo, Marcos se había vuelto el predilecto de su marido; sobre todo, desde que compartían una pasión desmedida por los negocios y el trabajo. Anita, por ser la benjamina, se había convertido en el solcito que iluminaba la casa con sus risas. Ella, por su condición de mujer, quedaba excluida de las competencias y pugnas de poder que había entre los gemelos.

Mientras pensaba en sus hijos y acomodaba las servilletas, escuchó las voces de Pedro y Marcos, que se acercaban. Pero la conversación, lejos de alegrarla, la entristeció. Sus muchachos bajaban las escaleras discutiendo. Otra vez. Con esta, sumaban tres las veces que los oía reñir en muy poco tiempo. Aguzó su oído y, al escuchar las palabras «trabajadores» y «salarios», tuvo certezas sobre el origen del problema.

Algo había pasado entre ellos dos, algo inexplicable los había separado, algo que iba más allá de sus eternas discrepancias sobre la forma de ver la vida. Marcos no concebía la existencia sin hacer negocios; ambicioso, buscaba acumular dinero. A Pedro, como buen bohemio, las pesetas no le importaban, sino que se inclinaba por la filosofía y había expuesto sus ideas humanistas en un libro que llevaba su firma. Pero ahora, algo más fuerte los había escindido; sus puntos de vista los colocaban en extremos opuestos; tanto, que no lograban hablar sin pelear.

Ambos muchachos ingresaron al comedor, tan absortos en su altercado que ni siquiera notaron la presencia de Encarnación. Ella, ubicada en la punta de la sala junto al jazmín, los observó y los encontró tan parecidos y al mismo tiempo tan distintos. Por lo físico, a pesar de que no eran idénticos, cualquiera se daba cuenta de que eran hermanos: la forma de sus ojos oscuros y penetrantes, sus rostros armoniosos y sus estampas de hombres altos y guapos. Tenían un estilo semejante aunque una madre como ella podía distinguirlos por rasgos físicos y de personalidad. Marcos, un poco más grueso y conversador; Pedro, esbelto, un tanto taciturno y observador. Pero bastaba escucharlos y saltaba a la vista que en el interior de sus muchachos bullían espíritus opuestos.

—¡Hostia, Marcos, acábala! ¡Sólo se trata de un aumento de salario para unos pocos trabajadores! Tampoco es tanto dinero —dijo Pedro y, tomándolo del brazo, buscó mirarlo a los ojos.

—¿Sabes qué es lo que me enoja? Que pienses más en ellos que en nosotros, que somos tu familia. ¡Y quitame las manos de encima, cabrón! —explotó Marcos.

—¡No es verdad! —dijo su hermano ofendido y lo soltó.

—¡Vamos, Pedro! Quieres aumentarles con ganancias que podrían quedar para los Díaz Montero. ¡No deberías ni proponérmelo!

—¡Y tú deberías sentir vergüenza de no querer pagar lo que es justo! ¡Ya! No seas obtuso, Marcos. Considero que, si mejoramos su paga, mejoraremos nuestra producción.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas lograrlo? Porque los jornaleros no se esforzarán más. ¡Espabila: son vagos por naturaleza!

—A medida que mejoremos las condiciones de los trabajadores, ellos mismos querrán trabajar mejor para cobrar más.

—Un cambio de esta naturaleza no se da de un día para el otro. Podrían pasar años.

—Por las buenas o por las malas, Marcos, el cambio alguna vez llegará.

—No me interesa cambiar el sistema, tal como está nos sirve. ¡No entiendo por qué quieres cambiarlo tú!

—Sólo nos sirve a nosotros. Nuestros trabajadores también son seres humanos.

—¡Me cago en la leche! ¿Pretendes que me preocupe por todos los putos pobres jornaleros de este país?

—Al menos, podrías considerar la situación de los que trabajan para ti. Revalorizar su trabajo no cambia en absoluto nuestra economía; para ellos, sin embargo, significa mucho.

—¡Joder, Pedro! ¿Qué te ha picado? ¿Qué se te ha metido en la cabeza? ¡No me digas que ahora eres comunista!

—¡Ponme el nombre que quieras! Te equivocas si crees que me ofendes.

Encarnación decidió que ya era el momento de intervenir:

—¡Muchachos, basta ya!

Al oírla, ambos se dieron vuelta sorprendidos.

—No pueden discutir de nuevo. Son hermanos, llevan la misma sangre.

Los dos hombres se sintieron en falta. No era justo preocuparla.

—Sólo hablamos de trabajo, madre —trató de justificar Pedro.

—Pues no lo parece —dijo seria.

—Quédate tranquila, sólo trato de hacer entrar en razón a Pedro para que no dilapide nuestro dinero.

—Más bien yo trato de hacerte entrar en razón para que actualicemos la jamonera a los tiempos que se viven.

—¿Lo ven? Ya riñen de nuevo —se quejó ella.

En la sala se oyeron los tacones apurados de Anita que bajaba por la escalera mientras exclamaba entusiasta:

—¡Caldereta de cordero! ¡Eres la mejor madre del mundo!

La entrada de la chica captó la atención de los tres, los alejó de los temas urticantes y de inmediato ocuparon sus lugares en la mesa.

Tres minutos de charla informal y don Federico se les unió con comentarios sobre lo que acababa de leer en *El Herald*o:

—Ha salido un artículo muy interesante sobre la política de reconstrucción económica que piensa poner en práctica el nuevo gobierno, según lo que había prometido en la plataforma.

—¡Sí, lo he leído! —exclamó Pedro, el más expectante a los cambios anunciados.

—Yo, también —dijo Marcos con resignación. No veía nada bueno para la jamonera si el gobierno tomaba esa dirección.

—Tal vez podamos acogernos al régimen industrial de protección a la pequeña industria. Sería muy provechoso —conjeturó el patriarca.

Marcos suspiró. Antes su padre jamás hubiera dicho algo así. Luego, con paciencia, explicó:

—Me extraña, padre, que pienses en esa posibilidad. Nuestras ganancias son sustancialmente más altas del monto base que se exigirá.

—¡Hostia! Pero tenemos que encontrar alguna manera de no perder tanto. Bastante nos castigan con ese ridículo delito de envilecimiento del salario que han creado. El pobre siempre tuvo salario bajo, no entiendo por qué ahora decimos que es «vil».

—Padre, creo que te preocupas demasiado —comentó Pedro—. Nuestra empresa funciona bien. Hay que confiar y dar lugar a las nuevas ideas. A la larga, también nos beneficiarán a nosotros.

Marcos lo miró desafiante.

Encarnación, que previó hacia dónde se dirigía la conversación, exigió:

—¡Basta de política! ¡No quiero oír hablar de economía y trabajo! Ahora, a comer.

—Vuestra madre tiene razón —dijo don Federico, que evitaba los enfrentamientos. En otras épocas, él mismo desataba encendidas e interminables discusiones de esta clase.

Marcos y Pedro se dieron una última mirada fulminante. Encarnación, que vio los fognazos, no pudo evitar que en el rostro se le grabara un rictus de preocupación. A sus hijos se les estaba poniendo difícil la dirección conjunta de la jamonera. Le preocupaba que, si continuaban las desavenencias, se enemistaran de por vida. Cada muchacho se hallaba en un extremo de pensamiento y colisionaban constantemente. Cada decisión entrañaba una nueva discusión.

Meditaba que las vicisitudes familiares se correspondían con el clima del país. Toda España se hallaba dividida en dos. En Madrid podían observarse claramente dos grupos humanos, universos diferentes que ya no se conformaban con reconocerse como extraños, sino que, embargados por una enemistad manifiesta, hostigaban a sus oponentes, tal como si necesitaran demostrarla ahogados por el sentimiento. La brecha se había instalado y se la podía percibir tanto en las charlas del mercado como en el trato que se daban los vecinos. Porque personas que

siempre se las habían arreglado para mantener relaciones cordiales a pesar de tener diferentes ideas y posiciones sociales, ahora se habían declarado la guerra abiertamente convirtiéndose en acérrimos enemigos. ¿Cuándo había empezado esto? Encarnación no lo sabía con exactitud pero se lamentaba de que ese mismo espíritu destructor hubiera entrado en su casa. Tal como cuando una peste tomaba las plantas de su patio y ya no podía salvarlas aunque quisiera.

Resultaba muy triste ver cómo las personas primero se sintieron separadas por los pensamientos, que esas ideas luego se convirtieron en palabras que más tarde se transformaron en acciones exterminadoras. Ahora, el puente entre los dos grupos estaba cortado. Y lo peor: habían metido en el problema a la religión. Porque si bien Encarnación creía que Dios y la Iglesia eran una cosa y la política, otra, el padre Ricardo, su confesor, no opinaba igual. Aún resonaban las palabras que el hombre había dicho esa tarde en misa cuando explicó que la República constituía una forma de gobierno diabólica porque estaba en contra de los principios cristianos. Y pidió que cada feligrés fuera muy cuidadoso en no apoyar estas ideas con ninguna acción. «¡Ninguna!», había repetido.

Encarnación no estaba tan segura acerca de cuáles eran esas acciones, ni siquiera de opinar lo mismo que el padre Ricardo, pero el religioso integraba la Iglesia que ella tanto respetaba, y se sentía culpable si no obedecía su doctrina. Otra culpa más que se sumaba a su larga lista de pesares.

Absorta en sus pensamientos, la voz de Anita la sacó del ensimismamiento.

—Madre, ¿comemos o no?

La muchacha a veces se cansaba de que sus padres les prestaran tanta atención a sus hermanos varones y tan poco a ella. Parecía que sus asuntos, al no rozar con el trabajo ni la política, no guardaban relevancia.

—Sí, sí, decimos la oración y hago que la sirvan —respondió ella y cerrando los ojos comenzó—: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Los demás se le unieron en el rezo hasta terminarlo con un «Amén».

Había logrado instaurar esa costumbre cuando sus hijos eran pequeños y se enorgullecía, pese a las avanzadas edades —Pedro y Marcos, veintiséis; Anita, veintiuno—, de que la siguieran practicando. No quería alardear pero era un logro exclusivamente suyo porque así como para ella lo más importante de su existencia siempre había sido la vida espiritual de la familia, Federico había ponderado el trabajo y el dinero; salvo en el último año, que, desde que había enfermado, ya no parecía el mismo. Permanecía más interesado en las actividades simples de la vida, como comer o dormir, que en la jamonera. No era habitual que pasara por alto las discusiones de sus hijos, o no le diera importancia a la falta de unidad entre ellos a la hora de tomar decisiones.

Como fuera, agradecía que siguieran con el ritual de la oración; sobre todo Pedro, a quien sus ideas políticas lo llevaban cada vez más lejos de la Iglesia.

Ese mes, La Bellota cumplía cincuenta años y en breve sus hijos la heredarían, así como Federico alguna vez la recibió de su padre. Pero ella no los veía preparados; peleaban demasiado. Los varones recibirían el negocio porque —si salía como planeaban— el año siguiente Anita se casaría con Ernesto Osuna, un candidato con su propia fortuna, cuyos padres aceptaban que la nuera aportara tierras en calidad de dote. La emblemática empresa familiar quedaría indivisa y para los hombres, que perpetuarían el apellido. Un hijo necesitaba el dinero más que una hija, la que sería mantenida por su marido.

Observó cómo cada uno se servía la comida; a pesar de lo grandes que estaban sus hijos todavía le gustaba controlar que se alimentaran bien. Como siempre, Marcos se llenaba el plato hasta rebasar, Pedro comía poco y, a su lado, Anita apenas picoteaba el arroz porque mientras lo

hacía aturdir a su padre tratando de obtener permisos para salidas con su novio. Aunque de don Federico sólo lograba monosílabos, toda su atención se concentraba en el contenido del plato, su clásica actitud de los últimos meses en los que nada parecía interesarle.

—¡Hala, hala, Anita! Deja tranquilo a tu padre. ¿Y tú, Pedro, por qué tanto apuro? —explotó Encarnación, que solía aguardar el momento de la cena para compartir en familia y ahora nadie parecía disfrutarlo.

Su hija la miró sorprendida; no era común que su madre tuviera esos arranques.

—Tengo una reunión importante más tarde —aclaró Pedro.

—Hijo, con este frío... haz que te lleve el chofer.

—¡Por supuesto que no, madre! Es un encuentro cultural en un comité, donde Antonio Machado dará un discurso sobre modernismo y leerá sus versos.

Marcos levantó las cejas con desdén y dijo:

—Puros anarquistas y comunistas, no sé por qué no se ponen a trabajar en vez de escribir versos y hablar pamplinas. Un nido de... —dijo Marcos en tono despectivo.

—Republicanos —le corrigió Pedro. Lo miró fulminante y añadió—: Y bien harías tú en ir a alguna actividad de esta naturaleza a ver si así actualizas tus arcaicas ideas y te cultivas escuchando poesía.

—Perdona, pero no voy a lugares donde están los miembros del sindicato. No me junto con ellos —le replicó Marcos, que no le perdonaba que mantuviera amistad con los representantes obreros.

—A ver si te enteras, que es la institución cultural más importante de España que congrega a personas de distintos ámbitos —justificó, pero no esquivó la censura de su hermano—: ¿Ahora te molesta que conozca a esa gente? Porque bien contento estabas tú cuando nos ayudaron a solucionar el problema que tuvimos con Teodoro Abascal —le recriminó Pedro al recordar el altercado con aquel trabajador.

Don Federico escuchó ese nombre, volvió en sí y por primera vez participó en las conversaciones de la mesa:

—Muy cierto, Pedro, fue de gran ayuda que tú conocieras a los del sindicato, pero no abuses en relacionarte con ellos, tú no perteneces a su clase. Ahora, come sin apuros y luego vete a donde quieras. Y ya no se hable más. Cenemos en paz.

La calma pareció regresar a la mesa, pero sólo duró unos minutos. Anita enseguida volvió a insistir; esta vez, preguntándole a Encarnación si le permitirían asistir con la familia de su novio a la fiesta de los Giralte, que celebrarían el cumpleaños del hijo mayor en un hotel de Toledo, costumbre que se había puesto de moda entre las familias adineradas.

Pedro, en su mundo, callado, continuó pensando ya no sólo en la actividad cultural en la que participaría pronto, sino también en la del día siguiente en la Casa del Pueblo, donde disertaría, pues había sido elegido para dar un discurso a fin de celebrar su reapertura junto a los camaradas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Deseaba que el lugar recuperara el esplendor que le había quitado la última clausura.

Pedro Díaz Montero

Caminar de noche rumbo al comité del Frente Popular; recorrer el trecho hasta llegar a la fiesta de la cultura que allí han organizado para esta velada. Caminar y mirar el suelo. Caminar y pensar. Siempre pensar. Mi cabeza parece no querer parar nunca. ¿Por qué este desasosiego no tiene fin? ¿Por qué siempre siento que el entorno está alterado, caótico? ¿Por

qué lucho hasta el cansancio para que el mundo cambie, aunque mi razón diga que la injusticia siempre existirá? ¿Por qué no puedo conformarme, amoldarme, resignarme... doblegarme? Aceptarlo y ya. ¿Por qué no puedo acallar al yo interno que me exige combatir para ajustar aquello que jamás sucederá? No puedo hacerlo. Me resulta imposible.

La normalidad, la aceptación del entorno y la paz sólo logran sorprenderme algunos pocos días, y en ciertos momentos. Son escasas las veces que se me olvida esa sed de querer arreglar el mundo que veo roto, o patas para arriba; y es en esas pausas donde puedo experimentar la mansa existencia que viven los demás.

Medito. No logro encontrarle explicación a por qué percibo la vida de esa manera. Si fuera pobre o si al menos hubiera sido criado en medio de esas ideas de búsqueda de igualdad, quizá lo comprendería; pero tampoco es mi caso.

Aquellos pensamientos parecen haber sido grabados en mi interior desde mi aparición en el mundo. Me remonto a mis primeras conciencias y me topo con mi niñez; me encuentro en esas tardes en que invitaba a casa a Vicente, el hijo del fontanero, a jugar conmigo y a compartir la merienda de leche, chocolate y churros recién hechos, esos que mi madre hacía traer especialmente de la churrería de la calle del Espíritu Santo, donde ya su padre compraba. Lo invitaba precisamente porque me parecía injusto que el chico en su casa sólo merendara té y un bollo de pan.

A poco de cruzar la calle, la puerta del comité me toma por sorpresa. He llegado. La abro con confianza; conozco el lugar, como ocurre con los demás comités que visité durante el último año en que colaboré para acercar a las partes que finalmente integraron el Frente Popular. Casi todas las tardes tengo un convite en ellos.

Ingreso en dos pasos y enseguida noto que el recinto ya está repleto de gente. Los acontecimientos del domingo pasado nos hermanan. El principal disertante de hoy posee un aura de celebridad y nadie ha querido faltar a la cita. Hasta los trabajadores más sencillos que hoy están aquí han sentido nombrar a Antonio Machado.

Decido no sentarme, me apoyo contra la pared del fondo. Me miro los pies, los zapatos de cuero negro hacen juego con el cinto que llevo en las presillas del pantalón de corte italiano, es un conjunto caro y elegante; estoy seguro de que en el comité nadie lleva puesto uno como este. No encaja, al igual que mis ideas no se ajustan a las charlas de la mesa familiar, como ocurrió hace un rato durante la cena. ¿Por qué siempre me siento una pieza en el rompecabezas equivocado? ¿Por qué no siento una fuerte ligazón de pertenencia? «No eres de aquí, ni de allá, eres un desencajado... un auténtico desencajado. Eso es lo que eres, Pedro Díaz Montero», me digo a mí mismo. Será que nací en la casa equivocada, en la época y la familia erradas. «Desencajado, desencajado, desencajado», me repito y me colmo de desazón.

Sumergido en mis lúgubres pensamientos me toma por sorpresa la voz del joven presentador que desde el frente abre el acto, cuyos ribetes hoy, más que políticos, son culturales.

Escucho lo que él dice y luego, también, lo que expone su compañero. Transcurren unos minutos de disertación y ya siento nuevamente que me acomete esa sed extraña, la que me empuja y dicta al oído: «Algún día España será más justa, algún día los hombres comprenderán que más allá de cuán caros sean los zapatos de quien los porta, la vida vale igual a la del que calza alpargatas». Otra vez el corazón me susurra al oído la canción conocida: «Algún día, Pedro, algún día el mundo será más justo, tienes que seguir luchando por ello». Entonces otra vez se renueva en mi interior la fuerza para nadar en contra de la corriente y la piel se me pone de gallina cuando, emocionado, sin necesidad de pronunciar palabras, me prometo a mí mismo que no me daré por vencido, que no abandonaré la lucha.

Aún estoy conmovido cuando en el escenario aparece Antonio Machado y con su enorme sonrisa saluda a la gente. Sus primeras palabras actúan como un bálsamo: «Señores, la libertad de pensamiento ante todo...».

* * *

Eran las diez de la noche cuando don Aquiles trancó la puerta de la taberna, colgó el cartel de «CERRADO» y le hizo una seña a María para que retirara los platos de la mesa donde el grupo de los martes acababa de cenar. Los tres hombres aguardaban por el cuarto que, según preveían, se presentaría de un momento a otro para comenzar la partida de mus. Esa noche se les uniría al Colorado y don Sánchez un comerciante leonés del gremio textil —de negocios en la capital— que pisaba por primera vez Los Santos. Su presencia indicaba que las altas apuestas dejarían al margen a don Aquiles. La velada sería larga.

María había aprendido que en estos casos, para paliar el sueño, lo mejor era entretenerse mirando el juego mientras les servía bebidas a los contrincantes. Le gustaba hacer su propia apuesta interior sobre quién ganaría o cuál carta sacaría cada jugador. Ella, que tantas veces había jugado en pareja con su padre contra otros contrincantes, ahora disfrutaba al observarlos. Los juegos de naipes, para ella, eran como las matemáticas: se le daban muy bien.

Don Aquiles les sirvió a los tres hombres una medida de anís y coñac, la bebida que solía acompañar la partida. Desde que habían llegado, los visitantes no habían parado de hablar de política al calor del resultado de los comicios. Sánchez y el Colorado, amigos desde jovencuelos, ahora no lograban ponerse de acuerdo. Sánchez, que había escalado de nivel económico tras la herencia, había mudado de ideas y se había pasado la comida esgrimiendo las razones por las cuales le parecía mal que los republicanos promovieran la nacionalización de la tierra. El Colorado, fastidiado por los comentarios de su amigo, explotó con un ataque de sinceridad.

—¡Calla, hombre, calla, que me tienes hasta los cojones! ¿Acaso tú perteneces a la nobleza? ¡Si no tuvieras las tierras, no dirías semejantes sandeces!

Sánchez, ante la inocultable razón de su amigo, trató de cambiar de tema, pero inevitablemente a los pocos minutos tropezaron de nuevo con la política.

—Han llamado al pueblo para reunirse el viernes en la Puerta del Sol —comunicó el Colorado.

—Yo iré —dijo Aquiles seguro, sumándose a la conversación.

—Espero que no sea para intentar colgar la bandera roja en el balcón del Ministerio de Gobierno como la última vez —sentenció Sánchez.

—Es para peticionar la amnistía a los presos políticos —respondió el Colorado, en alusión a la promesa que el Frente Popular había postulado en su plataforma electoral y que, tras el triunfo en las urnas, se le exigía que cumpliera sin dilación. Luego, ante la cizaña de Sánchez, agregó—: Aunque no entiendo por qué te molesta que quieran colgar la bandera roja.

—¡Bah, bah, la bandera me la suda! Pero por culpa de esa ocurrencia, y por miedo a la turba, Portela Valladares hizo el traspaso de su cargo a los apurones y sin las regularidades que el acto ameritaba —se defendió Sánchez.

—Lo importante es que se hizo la entrega de gobierno.

—República también es hacer bien las cosas —insistió Sánchez. Luego exigió—: ¡Muchacha! ¡Sírvenme otro sol y sombra!

—Que sean dos —agregó el comerciante.

—Sí, enseguida —respondió María y fue a buscarlos con prontitud.

—El calvo Alonso se está demorando demasiado. Creo que si no llega pronto nos habrá jodido la partida.

—¿Por qué no juegas tú, Aquiles? —preguntó Sánchez.

—No puedo. Las apuestas son altas para mí —dijo Aquiles prevenido de los montos que apostarían esa noche.

—¡Las bajaremos! —trató de convencerlo el Colorado.

—No dispongo de tanto dinero y no quiero jugar de gorra —explicó Aquiles sin abandonar el mostrador.

—¡Hala! ¡Que yo te presto! —dijo Sánchez, que sacó un fajo de billetes y lo puso sobre la mesa.

—No.

—¡Ven, Aquiles, de una buena vez y tengamos la fiesta en paz! O nos quedaremos sin jugar, porque el cabrón de Alonso parece que no vendrá y tú, que nones, ¡joder!

Aquiles pareció ablandarse.

—Querría, pero...

—¡Ya, ya! Escucha: si yo gano, te perdono la mitad de la deuda; y si tú hoy las tienes contigo, hombre, te quedas con los cuartos —propuso don Sánchez.

Se trataba de una oferta tentadora sin gato encerrado y dicha a la vista de los presentes. Aquiles no titubeó:

—Vale.

María suspiró. Este cambio extendería su horario de trabajo. Con las manos se tocó el cabello y, al comprobar que su coleta se había aflojado, la ciñó. Aquiles la observó; le gustaba verla hacer ese gesto; luego se sentó. Abrieron un mazo Fournier, se repartieron los naipes y el juego empezó.

—¡María, tráeme un chato! —pidió Aquiles.

Cuando ella se acercó con el vino, Aquiles descubrió sus treinta y uno con tres reyes y pensó: «La niña y su aroma a lavandas me han traído suerte». Ese olor sutil lo obsesionaba.

Cada hombre observó sus cartas y, tras unos minutos para decidir cuál sería su trola, hicieron sus apuestas. Durante el cabildeo bebieron de sus copas. Aquiles, nervioso y entusiasmado, vació el chato de un solo trago.

Sánchez puso sobre la mesa dos tantos para el primer envite y el tabernero pidió:

—¡María, tráeme otro chato!

No tenía real interés por la bebida, sino un secreto deseo de que ella se le acercara para que le trajera suerte. Sabía que era una tontería pero se aferró a esa idea. La cantidad de dinero en juego alcanzaba para comprar un coche. ¡Joder! ¡Necesitaba suerte! La invocó con el pensamiento y prometió al universo que, si ganaba, haría mil cosas buenas con el dinero.

María sirvió lo que le pidió su patrón. La partida continuó.

Aquiles aceptó los dos tantos y subió otros dos. Sánchez y el comerciante textil miraban con inquietud mientras el Colorado dejaba que su compañero manejara la jugada, ya que sus cartas no aportaban mucho.

Llegados los pares, Aquiles tuvo fe en sus medias de reyes, pues constituían una buena opción para apostar; además, estaba seguro de que Sánchez y el comerciante no tenían con qué ganarle...

Sánchez, disconforme, pasó la ronda. Aquiles puso dos tantos sobre la mesa que fueron robados, pues nadie quiso ver su apuesta...

«Buena mano para el comienzo de la noche», pensó emocionado Aquiles al llevarse todos los

tantos. Quería ganar a cualquier precio. El juego se había convertido en algo personal.

Dos movimientos, un carraspeo y una nueva entrega de cartas los puso nerviosos. Otra vez la suerte le sonreía a Aquiles y con una amplia sonrisa: en sus manos tenía un gallego, un duples de reyes y ases.

La partida iba desarrollándose tal como si Aquiles la hubiera planificado. La fortuna coqueteaba sólo con él. Pero sobre el final, aunque recibió el guiño de su compañero, se mostró inquieto, señal de que la suerte se había truncado. Sin embargo, lanzó el órdago poniendo en juego absolutamente todo lo que había conseguido hasta el momento... Sánchez asumió que su contrincante mentía. Y siguiendo su instinto, puso cuatro tantos sobre la mesa.

Cuando finalmente Aquiles mostró sus cartas, Sánchez supo que había acertado. Pero buen chasco se llevó con la reina verdadera que exhibió el Colorado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ganamos! ¡Excelente jugada, colega! —exclamó Aquiles exultante mientras estrechaba la mano del pelirrojo. Luego se puso de pie con aire triunfante. ¡Había ganado con todas las letras!

Sánchez se fue molesto y sorprendido; el joven comerciante, también. Nunca habían visto que alguien tuviera semejante buena racha. Tras la despedida de los hombres, María se dedicó a lavar las copas. Desde la pila, escuchaba la exaltación de su patrón. Sin levantarse aún de la mesa donde había sido la partida, Aquiles mascullaba su felicidad acompañado por el sexto chato de vino, que se lo servía él mismo de la botella.

Satisfecho, con los ojos llenos de avaricia, remiraba y tocaba los billetes. No lo podía creer: eran todos suyos. Nunca había ganado tanto como esa noche.

—¡Qué buena suerte he tenido! ¡En la vida, niña, para que te den oros, hay que tener fe!

—Enhorabuena, don Aquiles —dijo ella y, como lo hacía cada noche, se dispuso a dejar ordenado el salón para el día siguiente. Sólo le restaba colocar las sillas junto a sus respectivas mesas. Quería retirarse; llevaba varias horas de pie.

—Bebe un vino conmigo —le propuso Aquiles, que se levantó para buscar otro vaso.

—No, gracias —respondió ella mientras ordenaba las sillas de las mesas de la punta.

—Sírvetme un coñac.

—No bebo.

—Muchacha, ya eres mayorcita y me gustaría festejar con alguien. Mira, toma este billete, es para ti —dijo haciéndolo flamear en el aire, moviendo su mano para arriba y para abajo.

—Gracias, pero no es necesario.

—Que lo tomes te digo, es para ti, te lo has currado —expresó y caminó hasta ella. Cuando la tuvo enfrente, extendió la mano y se lo introdujo en el bolsillo del delantal.

—Gracias, don Aquiles.

—Esta noche me has dado suerte, maja. Cada vez que te acercabas, salían las cartas que yo quería.

—No creo que haya sido yo...

—¡Que te digo que has sido mi estrella! Si siempre estuvieras cerca, sería así y también te daría suerte a ti —concluyó complacido. Realmente creía en sus palabras. Una dulce ilusión de enamorado lo llevaba a suponer que, si estaban juntos, la vida sería perfecta.

María le sonrió haciendo un esfuerzo. No comprendía cabalmente a qué se refería su patrón. Pero era evidente que esa noche él había bebido de más. Lo mejor sería retirarse cuanto antes. Algo no estaba bien, podía palparlo en el ambiente.

—María, bebe un chato conmigo, ya no eres una chiquilla, así que puedes.

—Es que...

—Tú eres una mujer, te lo digo yo, que soy hombre. Y mira, eres una mujer tan guapa y estoy tan contento, que te daré otro billete —dijo y, acercándose, metió más dinero en el bolsillo del delantal. Cuando lo hizo, dejó la mano apoyada en el vientre de María mientras le clavaba la mirada.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

¿Acaso la intención de don Aquiles...?

La mirada clara masculina se unió a la celeste y contendieron un duelo del que María obtuvo certeza: sí, don Aquiles tenía la intención que temía. Era la primera vez que debía toparse con una insinuación semejante.

—María, si quisieras yo te podría cuidar —propuso con la mano aún sobre el vientre de la muchacha. Tan queda la dejó que parecía haberse petrificado allí, y era de fuego.

—Don Aquiles, usted no debería... —lo previno María tratando de dar un paso atrás. Podía sentir los dedos de hombre debajo de su ombligo. Algo le decía que corría un grave peligro.

—Mira el dinerito, podríamos gastarlo juntos. Dame un beso, niña, dame uno, que esta noche estoy contento —dijo. Y tomándola con las dos manos por la cadera, le acercó su rostro.

—No, don Aquiles, no... —lo rechazó María arqueando su columna hacia atrás todo lo que le daba el cuerpo, buscando escapar.

—¿Cómo que no? ¡A que tú también quieres esto! Verás que te gustará —dijo intentando pegarla a su cuerpo.

—¡He dicho que no! —gritó ella más por miedo que por carácter y empujándolo con toda la fuerza que tenía en sus brazos logró deshacerse del hombre.

El empujón y el vino hicieron su parte y Aquiles trastabilló. Para no caerse, quiso tomarse de las sillas, pero falló y las arrastró estrepitosamente al suelo.

—¡Jodida niña, mira que eres arisca! —protestó recobrando el equilibrio.

María intentaba sopesar la situación. ¿Qué hacer? ¿Salir corriendo o hacerle frente? Quería llorar. No podía creer que estuviera ante esa situación. Sólo atinó a decir:

—Me iré a dormir y lo mejor será que usted haga lo mismo.

Sin esperar respuesta, y sin quitarse siquiera el delantal, muerta de miedo a que él la persiguiera, se marchó con paso rápido rumbo a la puerta del patio. Debía llegar cuanto antes al cuarto, donde estaría a salvo. Su patrón no se atrevería a entrar porque se arriesgaba a que Manolito se despertase y entonces se desatase un gran embrollo de gritos y llanto. Cruzó bajo el viejo olivo con las piernas temblando y la cara arbolada a pesar del frío.

Finalmente, cuando puso su mano en el picaporte del cuarto, respiró aliviada. Entró, echó el cerrojo y en la oscuridad aguzó su oído buscando asegurarse de que Aquiles no hubiera ido tras sus pasos. Logró relajarse cuando lo único que oyó fue la respiración del sueño profundo de su hermano; entonces, se permitió llorar.

El acercamiento de Aquiles nunca debería haber sucedido, pensó. La suerte de esa noche lo había envalentonado para provocar un percance que al día siguiente lo mantendría avergonzado o enojado por el rechazo. María asumió que lo ocurrido no tendría vuelta atrás. Probablemente se quedaría sin trabajo. Y, desde luego, sin casa. Las lágrimas le caían sin emitir sollozo alguno; no quería preocupar a Manolito.

Se acostó sin quitarse la ropa, salvo el delantal, que dejó tendido en el suelo junto a la cama. Se movió nerviosa durante unos minutos entre las colchas con una serie de pensamientos recurrentes: por la mañana, tal vez, todo sería diferente; tal vez, don Aquiles no recordaría el arrebató; tal vez, si sintiera culpa, lo desterraría como si nunca hubiera ocurrido... Otro tal vez, y ya no pudo pensar en nada más porque, a pesar de las preocupaciones, el cansancio la venció y el

sueño la atrapó.

María se durmió abrazada a la almohada mientras en el bar don Aquiles se servía el resto de tinto que aún quedaba en la botella. Con la embriaguez del vino, echaba cuentas, sonreía y hablaba para sí:

—Aquiles, te has currado unos kilitos... Podrías comprar un coche o hacer un viaje. ¡Ea, que no está nada mal!

La imagen de la dulce María se formó en su mente y pensó: «Muchachita tonta, si hubieras aceptado festejar conmigo... ahora estaríamos retozando juntos y soñando con un viaje a Valencia». Pese al rechazo, no se sentía frustrado. La gran noche le había proporcionado tremenda suma de dinero y se había animado a expresar a María los sentimientos que tenía atragantados desde hacía meses. Además su cercanía le había dado la certeza de que él aún funcionaba como hombre; los años sin mujer le habían creado inseguridad, pero ella había venido a quitársela. La convicción le llegó desde la entrepierna, bajo el pantalón. Si bien la chica no lo había aceptado, tampoco le había montado una escena. Por lo tanto, aún podía intentarlo. El volcán de sus sentimientos había comenzado a explotar. Él disponía de todo el tiempo del mundo para insistirle, para enamorarla y para acosarla, si era necesario. Disponía de todos los días de la semana; al fin y al cabo, vivían en la misma casa. María no podría escapársele.

* * *

Apenas unas pocas horas después, en el cuarto de María sonaba el ruidoso despertador. Prendió la luz y lo primero que vieron sus ojos fue el delantal tendido en el suelo. El billete que asomaba del bolsillo le dio una certeza reveladora: el acecho de Aquiles no había sido una pesadilla. Aun así, con ímpetu, pisó las baldosas heladas. Más allá del miedo, necesitaba comenzar el día, enviar a su hermano a la escuela, presentarse a trabajar. Ya vería qué le depararía la jornada y qué diría su patrón de lo acontecido.

Se acercó a Manuel y le habló suavemente. Luego, repitió la rutina de cada mañana: besarle, prepararle la leche y alistarse. Sobre el vestido se colocó el grueso abrigo negro. Si había algo que deseaba, era que su cuerpo no llamara la atención.

En minutos María entró al bar y saludó a don Aquiles, que respondió de manera cortés, sin mirarla. Respiró aliviada. Tal vez... tal vez, como había previsto antes de dormirse, todo quedaría en la nada...

Los clientes no tardaron en entrar y ella los atendió con la diligencia habitual. Los pedidos salían uno a uno y con rapidez. Café negro con pan tomaca, dos manchados con una ración de queso, té negro acompañado de tostadas y más, mucho más. Esa mañana había trabajo en exceso. Concentrada en sus tareas, no se precavó de la mirada que le dirigía Aquiles Tormo, enloquecido por el vaivén de sus caderas. A cada paso que ella daba cerca, el olfato masculino buscaba con desesperación la huella de lavanda que a estas alturas encontraba más que sensual, sexual.

Saturnino Moratín

Saturnino Moratín ingresó a la sucia cocina de la taberna Los Toros de la calle de Toledo, próxima al Manzanares, y antes de comenzar a pelar papas se miró en el trozo de espejo que colgaba junto a la puerta. El cristal le devolvió el semblante de un español bien parecido: cabello

muy rubio, facciones armoniosas y exageradamente bellas. Se acomodó el pelo; lo llevaba untado con fijador y hacia atrás, como dictaba la moda, artilugio que le ayudaba para aparentar más años. Satisfecho, pensó que, quizás, hasta podría pasar por alguien de dieciocho. O más. Y eso que sólo tenía diecisiete.

Luego, para ponerse el delantal de trabajo, tuvo que quitarse el enorme pañuelo rojo que usaba en el cuello pero que —por grande— le caía en triángulo en la espalda y cubría parte de su camisa a cuadros. Le gustaba andar por la calle con este distintivo para que identificaran sus ideas de izquierda; no obstante, en la taberna le resultaba incómodo para trabajar. Lo dobló cuidadosamente y lo guardó en el morral que traía consigo. Ese pañuelo era especial; se lo había obsequiado un soviético al que había conocido varios meses atrás en un acto político del Partido Comunista.

Él comulgaba con los ideales de la revolución bolchevique, pero encontraba cierto gusto en pasearse por los mítines políticos de otros partidos de izquierda. No le bastaba la lectura de los viejos ejemplares de *La Batalla* y *La Antorcha*, publicaciones comunistas que alimentaban su fraternidad con la Revolución rusa. Tampoco su libro predilecto, *Escuela y despensa*, de Francisco de los Ríos Urruti, publicado por la Biblioteca de Educación Obrera. Su sed informativa, transformada en obsesión, lo llevaba a visitar comités partidarios de izquierda, a escuchar oradores de diversas extracciones políticas, a empaparse de ideas transformadoras. Consideraba que estaba en juego una oportunidad única y trascendental para la sociedad: la gran posibilidad de vivir diferente.

Con el delantal puesto comenzó a pelar las papas. Los kilos dentro del costal le garantizaban que sus manos estarían ocupadas durante una buena parte de la jornada. No se quejaba; peor era cuando lo mandaban a picar cebollas y lloraba toda la mañana. O cuando lo ponían a lavar las sartenes y las ollas gigantes, tarea que odiaba porque no había manera de dejar relucientes —tal como pretendían— esos utensilios enormes, pringados y quemados.

Por la mañana, ayudaba en la cocina de la taberna; por la tarde, trabajaba como recadero en varias tiendas. Todo servía a la hora de juntar las pesetas para comer cada día. El dinero, un simple papel que, si se lo tenía en el bolsillo, permitía saborear un churro de la calle del Espíritu Santo, comprarse zapatos nuevos o jugar una partida de billar con amigos, tres lujos que él no podía consentirse. No le importaba; tenía una cama y no pasaba hambre. Para él, que había conocido lo que era no tener nada, eso significaba mucho. Porque cuando no se disponía de una mínima cantidad del valioso papelillo... ¡Ay, qué calamidades podía llegar uno a pasar!

Esa gran verdad la había aprendido desde muy pequeño cuando, por culpa de las anheladas pesetas, terminó separado de su familia.

Cinco años atrás, sus padres lo habían enviado con su tío a la ciudad, donde —conjeturaban— tendría un mejor porvenir. Si cerraba los ojos, venían a su mente claros recuerdos de Zahínos, el pobre caserío de Extremadura donde había nacido. Pero una de las imágenes lo conmovía, la del día en que se marchó de su casa. Recordaba el rostro lloroso de su madre, sus hermanitos tirándole el faldón, mientras su padre lo miraba de lejos, junto a sus bueyes, con la espalda vencida y encorvada por años de labrar un campo yermo.

«Siete hijos son demasiadas bocas para alimentar», dijo su padre el día en que el tío Enrique, que vivía en Cádiz, visitó el pueblo a principios de mayo para ver a la familia. Ese día los hombres acordaron que Saturnino, por ser hijo mayor, podría apañárselas para ganar más dinero en la ciudad. Y así fue que, con doce años y un petate, dejó Zahínos.

La estancia en Cádiz fue breve. Su tío lo mataba de hambre y se apropiaba del dinero que ganaba. Cuando comprendió que sus padres nunca le responderían la carta que les envió y

encontró cómo escabullirse, decidió probar suerte en la gran ciudad.

Ahora se mantenía solo. Aunque no podía darse ningún lujo, estaba orgulloso de su osadía, de ganar lo necesario para subsistir honradamente. Se sentía agradecido por su nueva condición porque, al llegar, había pasado las de Caín. Durante tres días comió lo que encontró husmeando en la basura y esas noches durmió en el pórtico de una casa abandonada. Hasta que halló un alma caritativa, que le brindó asilo y un plato caliente, puntapié para empezar una nueva vida. Si bien llevaba dos años instalado en un cuchitril de la corrala de la calle de Miguel Servet, esas casas populares destinadas a los desposeídos, él se sentía feliz. El armazón de madera de la corrala le recordaba al establo que había en su casa; a veces, incluso, pensaba que los animales de su padre disponían de más espacio que las cuatrocientas personas hacinadas con las que vivía. Pero no le molestaba, como tampoco le incomodaba el bullicio reinante, que no cesaba ni de noche. Y si bien cada semana debía pagar el alquiler, en ese modesto lugar Saturnino se sentía dueño de su propia existencia. Allí nadie le pedía cuentas de nada, ni le quitaba su dinero.

—¡Hala, hala, Nino, a ver si apuras las manitas o las patatas recién estarán listas para la noche, y las necesitamos para el almuerzo! —le recordó el cocinero, que lo nombró por el mote con que todos lo conocían.

—Ya, hombre, deja la prisa, porque las manos hacen lo que pueden. No conseguirás a nadie que lo haga más rápido que yo —respondió Saturnino que, desde que asistía a las reuniones del comité del Partido Comunista, había descubierto un mundo nuevo lleno de derechos y ya no se callaba nada.

En ese pequeño paraíso le habían enseñado que los hombres tenían derecho a descansar y a educarse, a cobrar un salario digno y a protestar, ideas que nunca antes se le habían pasado por la cabeza. En uno de esos discursos, supo que existían los tres ochos, el número mágico con el que soñaban los rojos: ocho horas de labor, ocho de instrucción y ocho de ocio.

Había creído que el pobre siempre debía bajar la cabeza y aceptar lo que decía y disponía el patrón, como le había visto hacer a su padre, que soportaba injusticias. El dinero nunca le alcanzaba, ni a él ni a los campesinos; sin embargo, nadie alzaba la voz contra los dueños de los campos. Por eso Saturnino sentía cierto deleite ante cada reclamo. Hablar, protestar, petitionar eran formas de reparar las tropelías cometidas contra su padre y los de su clase. Los pensamientos de izquierda lo habían fortalecido, lo habían convertido en un hombre diferente, casi, en otra persona.

—Nino, muchacho tonto, trabaja más rápido, o don Amadeo se enojará.

—Pues cuando nuestro patrón vaya a las reuniones del comité, sabrá cómo terminan las personas como él. Aquí —vaticinó— todos tendrán que modernizarse porque si no... ¡Sácate! —exclamó Saturnino mientras hacía con la mano la seña de cortar el cuello.

—Bah, bah, todo quedará en la nada, ya verás. He visto muchas intentonas y siempre vuelven al poder los ricos. Ellos regresarán y la República saldrá huyendo por la puerta de atrás.

—¡No lo permitiremos! —dijo Saturnino eufórico.

El sabor de lo que había probado junto a la juventud con la que se reunía a menudo era adictivo. Jamás abandonaría los ideales. Estaba dispuesto a dar la vida por ellos. O a tomar una, si fuera preciso.

Cuando concluyó las labores en la taberna, Saturnino volvió a colocarse su enorme pañuelo rojo y se retiró para continuar su jornada de recadero. Si al final del día le quedaba tiempo, visitaría a su última conquista, la chiquilla que limpiaba una imponente residencia ubicada en la zona del Ensanche, en el Paseo de la Castellana. A Saturnino, las muchachas no le faltaban. Tiempo atrás, había descubierto que su estampa de don Juan le proporcionaba gran éxito con las

mujeres, detalle que aprovechaba para seducirlas. Terminada la cita, volvería a la corrala y luego aceptaría el convite de las Juventudes Socialistas para reacondicionar la Casa del Pueblo junto con Chicho y Miguel, dos buenos amigos a los que consideraba la familia que no tenía. Además de vecinos y camaradas, los muchachos ya habían cumplido los dieciocho años, la edad que Saturnino añoraba.

CAPÍTULO 3

La Plaza de los Carros

La Plaza de los Carros está situada en el barrio de Palacio. Heredó su nombre —aunque también tuvo otros— debido a que allí aparcaban los carruajes y carretas que visitaban el mercado y porque del lugar partían diligencias a distintos puntos del país. La tranquilidad de hoy nada tiene que ver con el ajetreo que tuvo el lugar siglos atrás.

Madrid, 2014

Rafael esa mañana se hallaba sentado en el borde de la fuente de la Plaza de los Carros dándose un atracón de medialunas dulces, una verdadera delicia, cómo no, si llevaba meses sin probarlas. Antojado por recordar los sabores de su país, aprovechó que había salido temprano rumbo a la jamonera y se dio el gusto de pasar por la panadería de productos argentinos ubicada sobre la calle de Atocha. Andando, llegó a la plaza, donde se sentó para saborearlas tranquilo. La nostalgia adoptaba distintas facetas; la comida, aunque parecía insignificante, por el contrario, constituía un aspecto muy fuerte porque los sabores conectaban con recuerdos, amores y épocas. Cuando percibió el aroma de las medialunas, emocionado, concluyó que la comida no sólo alimentaba, sino que, en algún punto, se relacionaba con el alma. En otra ciudad, en otro continente, lejos de la patria, los sabores lejanos potenciaban la nostalgia y aumentaban los recuerdos de los seres queridos que, con cada bocado, parecían estar presentes pero también lejanos.

Sólo cuando engulló las cuatro medialunas se sintió preparado para seguir rumbo al lugar donde había trabajado su abuela. ¿Habría extrañado su yaya María los sabores españoles como él los de su país? Se dejó arrullar por el metro recordando qué meticulosa había sido ella cuando cocinaba las comidas de su patria. Decididamente: sabores, alma y patria estaban unidos.

* * *

Rafael, de pie en el amplio estacionamiento de La Bellota, admiraba el estupendo edificio de dos pisos color beige que se erguía ante él. En una esquina del solar estaban terminando de construir otra ala. La reluciente modernidad de ambas edificaciones le indicaban que allí sería muy difícil encontrar rastros de la historia de su abuela; nada parecía contemporáneo a ella, nada tenía más de setenta años. Lo único que mostraba signos de antigüedad era la bellísima puerta principal de doble hoja de madera maciza labrada con la forma de una quincena de ángeles, cada uno diferente

del otro, que, con seguridad, la habrían mudado de un viejo edificio. Rafael no pudo dejar de contemplar el hermoso trabajo artístico de la puerta.

Para su sorpresa, se trataba de una gran empresa. Vio cómo de uno de los portones salía un cargamento repleto de mercadería lista para ser subida a una camioneta ploteada con el nombre LA BELLOTA. Evidentemente, desde allí se llevaba a cabo la distribución de los jamones.

En uno de sus laterales, el edificio tenía anexado un pequeño reducto vidriado con una ventanilla pintada de color rojo que, atendido por una muchacha, funcionaba como local de expendio al público. Rafael intuyó que la puerta tallada con ángeles del gran inmueble conducía a importantes oficinas.

La yaya, cuando les nombró el negocio, nunca les dio una idea completa sobre su envergadura. Mucho menos, de su importancia. Quizás en aquellos tiempos no lo fuera; por ese motivo, Rafael creyó que se toparía con un comercio a la vieja usanza, pequeño, familiar, al que llegaría y rápidamente daría con el dueño. Nunca se imaginó la envergadura de La Bellota. En la ventanilla roja, probablemente atendían a los vecinos de la zona, pero la clientela más importante debía estar formada por grandes comercios jamoneros, charcuterías, hoteles y restaurantes. Rafael había comprobado la adoración local por el jamón. La entendía. Él mismo la había desarrollado a través de su yaya, quien se había encargado de transmitirle el gusto a la familia. Existía un bien merecido culto en relación a los jamones, tanto por parte de los españoles como de los turistas.

Decidió comenzar su pesquisa hablando con la vendedora que atendía en la ventanilla. Debió aguardar a que una clienta pagara una pata de jamón que, envuelta en un papel marrón con la estampa de La Bellota, fue depositada por un dependiente en el Mercedes Benz último modelo de la mujer ubicado en el gran estacionamiento.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó la empleada mirando a Rafael.

—Quisiera saber si hay algún encargado con el que pueda hablar.

—Si usted desea comprar al mayoreo debe dirigirse a las oficinas, donde se encuentra el encargado —dijo señalando la puerta de los ángeles.

—No quiero comprar... Lo que necesito es hablar con... —trató de armar la frase en su cabeza para explicarse mejor: «Quiero averiguar datos sobre mi abuela porque...». Ay, qué difícil resultaba revelar sus intenciones. La chica le ganó de mano.

—¡Ah...! Si vino por la vacante, ingrese por la puerta de los ángeles y diríjase a la izquierda. En este momento están realizando las entrevistas.

—Gracias —dijo Rafael con la esperanza de toparse con la persona indicada a quien explicarle la razón de su visita.

Al traspasar la puerta tallada, confirmó que La Bellota era una compañía atestada de empleados, que allí se movían cuantiosas sumas de dinero y que, a su pesar, sería difícil conseguir la información que buscaba. De todos modos, tal como le había indicado la vendedora, se dirigió a la izquierda, donde encontró una recepción. Le llamó la atención que la encargada, Lola —así rezaba en el pin que llevaba prendido con el logo de la empresa—, fuera una señora de edad. Al oír fragmentos de la conversación telefónica, Rafael notó que la mujer de cabello blanco no era una simple recepcionista, sino que atendía varios asuntos de relevancia comercial.

Cuando colgó, Rafael se acercó y, luego de saludarla, le dijo:

—Por favor, quisiera hablar con quien esté a cargo.

Tal vez ella misma fuera la persona indicada.

—Si ha venido usted por la entrevista para cubrir el puesto de vendedor, preciso apuntarlo en la lista... Y tendrá que aguardar a que le llegue el turno.

—Vengo por otro asunto, es personal. Necesito hablar con un gerente.

—Deberá esperar de todos modos. Por favor, deme su nombre para asentarlo en la lista.

—Rafael Becerra —dijo sin ganas. Tanto trámite comenzaba a disgustarlo.

Fastidiado, se sentó junto a quienes aguardaban la entrevista, dos hombres y dos mujeres. Mientras estudiaba el entorno, Rafael se preguntaba qué tendría que ver su abuela con todo esto. Y más: ¿qué tendría que ver su familia con la empresa? Porque por primera vez se daba cuenta de que la frase de la tía «En La Bellota se encuentra parte de la historia de nuestra familia» involucraba a todos... ¡Aun a él! Y lo peor, cuando estuviera frente al encargado, ¿qué le diría, qué le explicaría, por dónde empezaría, si ni siquiera él lo tenía muy claro?

Luego de media hora, tras marcharse los cuatro entrevistados, Rafael analizó que, tal vez, no sería mala idea inscribirse para el puesto vacante; total, como ya estaba anotado en la lista, aprovecharía la ocasión. En plena disyuntiva, la puerta que comunicaba la recepción con las oficinas volvió a abrirse. La chica exótica que salió se acercó a la encargada y le habló durante unos minutos en voz baja con absoluta confianza; evidentemente, la muchacha también trabajaba allí. Rafael la encontró atractiva, nada convencional; claro, según su ojo argentino. Llevaba el cabello castaño largo, surcado por decenas de mechas color rosa claro, un pequeño piercing en la nariz y muchas pulseras de telar en sus muñecas. Vestía una remera blanca básica con una inscripción que él no alcanzaba a leer y una falda de cuero negro; calzaba unas botas de taco bajo que dejaban ver parte de sus lindas piernas. Rafael notó que todos los que se encontraban alrededor la observaban. Había algo en ella que no permitía quitarle la mirada, algo indescifrable. Rafael no lograba saber si se trataba de una mujer o de una jovencita, no podía calcularle la edad. Por momentos, parecía de dieciocho; por otros, de treinta. Ella no encajaba en ninguno de sus cánones: no se veía intelectual, ni elemental; ni estirada, ni vulgar. Tal vez, por las mechas rositas de su pelo y por la forma un tanto desfachatada de moverse, le cabía la palabra «rebelde». La chica terminó su charla con la mujer que manejaba varias tareas detrás del mostrador y, dándose vuelta, tal como si lo hubiera presentado, miró a Rafael fijamente durante unos instantes. Él, que no podría haberlo evitado aunque quisiera, le devolvió el vistazo con profundidad. Tenía enormes ojos marrones aterciopelados. Su rostro era dulce; pero su mirada, dura. «Otro contraste», reconoció Rafael al tiempo que logró distinguir la inscripción de la remera: «ME IMPORTA UN CARAJO». Sí, «rebelde»; definitivamente esa era la palabra para ella.

Unos instantes después, la joven se dirigió a la puerta y salió a la calle. Rafael asumió que, si semejante mujer trabajaba en La Bellota, él también quería hacerlo. Se puso de pie y, guiado por su instinto, se plantó nuevamente ante la encargada. Al fin de cuentas, él estaba buscando trabajo y con probar no perdía nada. Incluso así, hasta le resultaría más fácil averiguar qué relación había entre la jamonera y su familia.

—Señora, he cambiado de idea. Por favor, anóteme en la lista por la vacante.

—Como quiera —dijo Lola sin prestarle demasiada atención.

Una hora después, Rafael se marchó. En la entrevista no le había ido nada mal y había logrado reunir algunos de los datos que lo habían conducido al lugar: la jamonera había sido fundada por el patriarca, Pascual Díaz Montero, en 1886; la firma seguía en manos de la familia, ahora comandada por los hermanos Daniel y Juan Díaz Montero. Había conseguido la información alegando admiración por la firma. La charla amena con el hombre que lo entrevistó le permitió saber, además, que Daniel, a quien podía encontrar en su oficina todos los días, llevaba la voz de mando en la empresa.

Rafael dejaría pasar un tiempo prudente y, si no lo llamaban por el trabajo, regresaría para hablar con Daniel. En cambio, si lo tomaban, averiguaría por su cuenta, sin decir mucho, porque desconocía qué clase de lazo había entre su abuela María y esa gente. Dio por descontado que, si

lograba el puesto, vería otra vez a la chica. Sonrió, había algo que lo identificaba con ella. Si bien él no vestía una remera con la inscripción «ME IMPORTA UN CARAJO», vivía una etapa en la que perfectamente podría llevar la frase grabada en la frente... O en el alma... porque nada de lo que antes le parecía importante ahora lo era. Sus prioridades, sus deseos, sus metas... todo había cambiado. Se encontraba en la fase final de una crisis existencial, intentando descubrir un nuevo camino. Para sobrevivir había tenido que tirar a la basura aquello que por años había considerado valioso: su trabajo, su casa, sus antiguas relaciones hasta reinventarse como extranjero. Vivir fuera de su país había sido el último precio que había tenido que pagar por seguir adelante después de lo que le tocó atravesar.

Lentamente, comenzaba a considerar valiosas las pequeñas experiencias que lo empujaban a querer seguir viviendo: darles clases a sus alumnos, charlar con Pepe mientras le enseñaba piano, levantarse cada mañana entusiasmado por tocar en el subte. Esperaba tener éxito en la difícil empresa de seguir encontrando propósitos por los cuales querer vivir, porque si no los hallaba a tiempo, temía desmoronarse y morir en el intento. Su duelo con la vida iba al todo o nada.

Recordó la mirada que habían cruzado con la muchacha y sintió un pequeño dejo de alegría; por primera vez en mucho tiempo había observado con ojos de hombre a una mujer y le había gustado que sus miradas se encontraran y allí se quedaran por unos instantes. Desde que se había separado de Juliana —casi un año atrás—, parecía que las mujeres habían dejado de existir; podía verlas como un cuerpo deseable para pasar un momento, incluso una noche, pero nada más. No creía volver a enamorarse como lo había estado de Juliana. La crisis matrimonial que se había llevado la familia que juntos formaron lo había dejado herido de muerte. Sin embargo, esta interesante chica le había despertado una emoción dormida. Tal vez, por la leyenda de su remera; tal vez, por sus ojos llenos de protesta.

Apuró el paso porque quería cantar en el metro el resto del día; luego, por la noche, regresaría al apartamento para cocinar empanadas. Sus elementales deseos le mostraban que estaba volviendo al ruedo de la vida. Durante los últimos tiempos en Argentina, comía muy poco y todo de delivery; y jamás —como ahora— se le hubiera ocurrido planear al mediodía el plato de la cena; mucho menos, cocinar empanadas. El entusiasmo por las cosas simples de la vida, como elaborar una comida a pesar de vivir solo en Madrid, lo llenaba del optimismo necesario para creer que le iría bien. Hasta empezaban a gustarles sus ollas de color fucsia.

* * *

Rafael pasó una tarde estupenda cantando en el metro. De seguro, su ánimo renovado había atraído a la buena fortuna y en siete horas había logrado reunir casi cien euros. Estaba feliz. Partió rumbo a su casa con la promesa de cocinarse empanadas. Y en el trayecto decidió invitar a Pepe para que las pruebe y, así, retribuirle tantas atenciones.

* * *

Esa noche, en la pequeña cocina del departamento, en la que sólo cabían una mesa y dos sillas, Pepe y Rafa disfrutaban del momento más allá del escaso espacio y del color fucsia de las ollas. El viejo nunca había probado las empanadas salteñas; esta era su primera vez y le habían

encantado.

Después de contarle los secretos de la preparación y de explicarle que se trataba de una comida típica de los valles Calchaquíes, en el norte argentino, Rafa le relató ciertos detalles de su vida en Buenos Aires, de su adolescencia y de buena gana juntos se rieron de las travesuras que confesó. Entre copa y copa, sumidos en la nostalgia que aportó el tinto de Rioja que llevó Pepe, el viejo rescató retazos de su niñez en Andalucía y la historia de una antigua amistad truncada por causa de faldas.

—No me esperaba el sablazo, macho. Quizá por eso me dolió que mi mejor amigo me robara la novia. Pero luego me vine a Madrid, me casé, fui feliz. Y ahora que los años pasan, me dan ganas de hablar con el capullo aquel. Nuestro desencuentro fue tonto.

—Deberías contactarlo —le aconsejó Rafa.

—Sí, alguna vez... —respondió y cambió de tema.

Rafa le contó cómo había conocido a Juliana y las razones de la separación.

El viejo lo dejaba hablar, lo oía con atención.

Charlar sobre esas cosas les hacía bien; y, confesiones mediante, la amistad entre ellos crecía. La compañía mutua paliaba las penas y más con unas empanadas y una copa de por medio.

A las doce de la noche, Pepe se levantó.

—Es tarde. Vamos a dormir que, como bien dice el *Quijote*, «El sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos».

Rafa se rio ante el fanatismo de Pepe por el libro de Cervantes. No había charla en la que no lo citara. Se despidieron con un abrazo.

* * *

Al día siguiente, por la tarde, Rafael llevaba varias horas cantando en el metro. Aún nadie lo había llamado por los trabajos en los que se había presentado; por lo tanto, además de dar clases, asiduamente cantaba en el sitio del metro que compartía con Rumen. Luego, al terminar, se subía a un tren de la línea 6 y recorría vagón por vagón con su música. Su recaudación diaria en el metro alcanzaba la suma nada despreciable de setenta euros; a veces, un poco más; otras, un poco menos.

Durante esta parte de la jornada, Rafael solía encontrarse con otros músicos que también elegían tocar en el metro como forma de sustento. Con algunos no sólo se saludaba sino que conversaba animadamente o compartía una caña en un bar de arriba mientras discurrían sobre dos temas obligados: el gusto por la música y por qué habían terminado en España. Entre los artistas del metro estaba Yonko, un gitano búlgaro, amigo de Rumen, que tocaba el acordeón en avenida de América. También había algunas mujeres, como Marisa, una argentina de voz potente, madre de varios hijos y en pareja con un español. Leonela, una rumana de cabello clarísimo que cantaba en inglés y sólo por la mañana porque en ese horario su hija asistía a la escuela; su marido trabajaba de camarero. Se sumaba Luisito, un ecuatoriano muy bajito de unos sesenta años, cuya esposa trabajaba como empleada doméstica de una familia acomodada que les había permitido obtener los papeles de residencia. Luis se enorgullecía de haber criado a sus tres hijos —ahora, hombres casados— con el producido en el metro y el trabajo de su mujer. Otro personaje era Zorrino, también de Rumania, que tocaba la guitarra eléctrica como pocos. Blago, un búlgaro de piel muy oscura, guitarrista maravilloso, fanático de Mark Knopfler, que cerraba su actuación con una versión encendida de «Sultanes del ritmo»; y su esposa, una mujer de aspecto estudioso, de piel

muy blanca, casi transparente, que tocaba en el piano la «Marcha turca» como jamás Rafael había oído antes. En sus manos, las corcheas y las semicorcheas inundaban los pasillos de la estación Diego de León con tanta precisión que no podían ser de otra persona que no fuera virtuosa. A estos músicos que poco a poco iba conociendo se sumaba Roberto Marín, también ecuatoriano, de unos cincuenta años, violinista que, de tanto ejecutar su instrumento, su cuello había quedado con una patente inclinación hacia el lado izquierdo. La cofradía se completaba con Julio García Sánchez y Alberto Viñas Pazo, ambos, uruguayos y guitarristas. Edgardo, un tenorino delirado como todo lírico, convencido de que su voz alcanzaba un registro mágico —alarde justificado—, no dejaba de recordárselo a los colegas mientras repetía que había cantado con la sinfónica de su país. En el variopinto mundillo de los artistas del metro, también se destacaban las bandas de acordeonistas rumanos, de violinistas armenios y de músicos del Altiplano con sus instrumentos de viento: queñas, sikus y zampoñas. Estos últimos, por sus rasgos andinos, que delataban sus procedencias —Bolivia y Perú—, resultaban los más perseguidos por los guardias del metro.

Un buen observador podía distinguir que los ciudadanos de cada país tenían una marcada predilección por un instrumento que, además de identificarlos, lo tocaban mejor que los de otra nación. Muchos de los músicos que ahora ocupaban los lugares estratégicos del metro antes habían sido trabajadores de la construcción. Durante la época de la abundancia española, los contratistas que utilizaban mano de obra en negro los habían reclutado en la zona de la Plaza Elíptica; sin embargo, cuando se pinchó la burbuja inmobiliaria y se desató la crisis del ladrillazo, estos hombres se lanzaron al metro para hacer música y ganar el dinerillo que les permitía subsistir y afrontar las deudas. Algunos, los que gozaron de trabajos en blanco, con nómina, habían quedado hasta el cuello porque, como muchos españoles, se habían lanzado a comprar viviendas con hipotecas a treinta años. La música ahora constituía una forma más de juntar los euros necesarios para evitar que los bancos les remataran los departamentos.

Más allá de la crisis que todavía se sentía, cada músico tenía una historia por contar, una vida que los había empujado a radicarse en España y a instalarse en el metro, una existencia de extrañares, pero también de esperanza y amor. Porque poco a poco comenzaban a desarrollar debilidad por las comidas, canciones y tradiciones españolas. De hecho, quienes habían tenido la oportunidad de regresar a sus países y habían vuelto, no podían evitar comentar cuánto añoraban España. La Hispania los llamaba por su nombre y regresaban a ella, ya no sólo en busca de euros, sino porque la querían entrañablemente.

Para Rafael fue inevitable preguntarse qué sucedería cuando le tocara regresar a la Argentina. Por el momento no creía que, llegado ese día, extrañara Madrid; recordaba Buenos Aires y quería llorar. La nostalgia lo embargaba y le enseñaba cuánto amaba a su país.

* * *

Pasada la tensión de los primeros días, Rafael y Rumen conversaban a menudo, lo que les permitió cultivar una estima mutua. Rafa había descubierto en esos ojos verdes una tristeza velada que se parecía a la suya. El búlgaro, en su español elemental, le había contado que llevaba cinco años en España junto con sus dos hijos de dieciocho y veinte, que había dejado su país tras la quiebra de su bar de música, y que vivía con una mujer, Mima, que no era la madre de sus hijos. Rumen jamás nombraba a su primera esposa, y Rafa, por algunos detalles, llegaba a la conclusión de que había enviudado antes de instalarse en Madrid. Con Mima se habían conocido por internet. Luego de chatear por unos meses, ella vino a España y terminó quedándose. Y aquí estaba,

acompañando a su hombre en este país en el que todo le resultaba ajeno: costumbres, comida y, sobre todo, idioma. Porque a pesar de que llevaba un par de años instalada en la península, Mima sólo chapuceaba el español.

Al principio, cuando Rafael recién había llegado y escuchó que los dos guitarristas uruguayos nombraban a Rumen bajo el apodo de Tenderete, quiso saber el porqué. El que conocía bien la historia le contó que, hasta que pudo comprarse un pie para el órgano —labor que le demandó más de un mes—, el búlgaro tocó en la Plaza Elíptica con el instrumento apoyado sobre un tenderete para colgar la ropa.

Rumen le había enseñado a no creer que el frío de Madrid era el peor de todos. La mañana en que Rafael llegó al puesto temblando, aterido por el crudo invierno y venerando el benévolo porteño, el búlgaro le había dicho:

—Madrid frío lindo, Bulgaria frío feo. Mucho peor.

Claro que el frío sabía distinto según de qué nacionalidad fuera la persona. Por ejemplo, Papi, el mantero senegalés al que le había comprado un abrigo, le confesó que no conocía nada más helado que Madrid, que, de donde él venía, el templado clima saheliano transformaba en lluviosos los inviernos. En aquella oportunidad, interesado por la historia del joven inmigrante, Rafael le preguntó la edad. Y buena sorpresa se llevó cuando le respondió: «Cuarenta y dos años». Estupefacto, llegó a la conclusión de que los climas producían en las razas marcadas diferencias. En este caso, quienes procedían del otro lado del Mediterráneo parecían siempre más jóvenes. Papi le relató que había llegado a España en una precaria barcaza, huyendo del hambre al que estaría condenado si no tomaba esa drástica decisión. Y con gran simpleza, sabiduría y aceptación le dijo:

—Extraño mi tierra y mi familia, pero trato de no pensar porque peor que esa añoranza es morirme de hambre en mi país.

A su manera, Papi era sabio porque luego agregó:

—Trato de aceptar lo bueno que me da la vida. No gano nada con renegar de lo malo.

Poco a poco, Rafael conocía a los personajes del metro y los trucos que debía emplear para subsistir en Madrid, como subir al vagón en determinadas estaciones para terminar en la que le convenía; tomar la línea 6 en Pacífico, y en sentido antihorario, para culminar en Príncipe Pío, por ejemplo, le hacía ganar tiempo.

Además, sabía que cantando seis canciones avanzaba seis vagones; es decir, un tren completo; que un recorrido de doce o trece estaciones, si no se presentaban complicaciones, demandaba cuarenta minutos. Aprendía, también, que lo mejor era bajarse a mitad de la tarde y tomar un café en el centro comercial de Príncipe Pío para visitar el baño, ya que el metro no tenía servicios. Y que de la selección de las canciones del repertorio dependía la recaudación. Ciertos temas, como «Un gato en la oscuridad» o «Un velero llamado Libertad», daban mucho dinero porque —aunque no lograba desentrañar el verdadero motivo— sabía que conmovía a los pasajeros. Ni bien tiraba la primera nota, empezaban a tararearlas, a mover los pies y luego soltaban una moneda. Y claro, también había aprendido a identificar el principal peligro: los guardias.

Así como los grafiteros conseguían colarse y pintarrajeaban vagones y estaciones, los músicos desobedecían la prohibición de tocar en el interior de los convoyes. Rafael no entendía la ordenanza de Madrid, pues los artistas podían pasar la gorra en los corredores pero no en los vagones. Como intérprete, músico, cantante estaba convencido de que hacer música —sin importar dónde; bien podía ser en un parque, la calle, el subte o un teatro— siempre sería arte. ¿Qué podía resultar más placentero que oír música, una de las expresiones más bellas del ser humano?

Aunque fuera en contra de su gremio, Rafael debía reconocer que, entre tantos músicos geniales, también los había muy malos. Ni la acústica del metro los salvaba. Sin embargo, ciertos guardias hacían la vista gorda por igual ante eximios o desafinados. En más de una oportunidad, Rafael había intercambiado palabras amables con los seguratas a los que, incluso, podía considerar sus protectores, pues solían avisarle cuando rondaban algunos guardias ensañados.

Porque había otros a los que el uniforme los hacía sentir poderosos y que estaban de cacería, disfrutando de provocar temor. En cuanto descubrían un estuche de guitarra en el suelo, manos ejecutando órganos y micrófonos al cuello eran capaces de cruzarse de andén para cazar la presa. Cuando la atrapaban, tomada del brazo por la fuerza, la depositaban en la calle. Pero, aunque penoso y humillante, el músico reincidía. Caminaba un par de calles bajo el frío, se sacudía la bronca, controlaba que el instrumento no hubiera sufrido rasguños y, después de entregarse a las entrañas de la tierra, pagaba un nuevo boleto. Debía seguir cantando; debía reunir el dinero del jornal.

Estos procedimientos poco tenían que ver con las historias contadas por sus protagonistas, como la de Alejandro, un cantante argentino al que, después de propinarle una golpiza brutal, los guardias entregaron a un policía que, tras comprobar su estado deplorable, le insistió para que denunciara el hecho en la dependencia. Sin embargo, por temor a ocasionar problemas que afectaran a sus hijos, que ya estaban escolarizados en Madrid, el hombre desistió de presentar cargos.

El relato lo había oído de primera mano, por lo que Rafael se mantenía en estado de alerta para preservar su seguridad.

No menos importante era la correcta ejecución de las notas y la selección de temas. Por una buena canción podían soltarle un billete de diez euros.

A veces, cuando una interpretación agradaba mucho, se vivían momentos de inmensa satisfacción y el ambiente se transformaba en una verdadera fiesta, ya fuera porque un grupo comenzaba a cantarla o porque el vagón entero lo aplaudía. En ciertas ocasiones, ante la indiferencia, tragaba saliva; en otras, ante quejas o insultos, prefería bajarse y aguardar el próximo tren. Todavía recordaba perfectamente aquella vez en que, al iniciar una canción, un hombre exclamó a viva voz:

—¡Ey, inmigrante, por qué no te vuelves a tu puto país!

De inmediato, una joven bonita y muy arreglada le respondió desde su asiento:

—Tío, no seas amargo, déjalo cantar, que a ti qué te molesta.

—¡Joder! Claro que me molesta.

—La música no puede molestar a nadie —insistió ella.

Entonces los dos se enzarzaron en una discusión con participación de los demás pasajeros y Rafael, para evitar males mayores, decidió bajarse del vagón. Así discurrían los días. Los había de colores y en blanco y negro. En los oscuros, alguien largaba una frase hiriente y no había defensor que lo salvara del oprobio; en los luminosos, recibía aplausos y billetes —en vez de monedas— y unas palabras de aliento como «Te lo has currado, chaval, te lo mereces».

Rafael había hecho del metro su verdadero lugar de trabajo y, debía reconocerlo, no le iba nada mal. En el departamento tenía una hucha comprada en los chinos donde metía las monedas.

Esa tarde, cuando terminó de tocar una canción dentro del vagón, miró la hora y comprobó que todavía tenía tiempo de instalarse un rato en el rincón de la estación Diego de León. Con tantos guardias dando vueltas, corría serios riesgos y pasaba demasiados nervios; optó por instalarse en una de las plazas permitidas. Enfundó su guitarra en Nuevos Ministerios y se sentó como un pasajero más. Cuando la megafonía anunció la estación, aún indeciso entre bajar o continuar hasta

Pacífico para realizar el trasbordo y descansar en su departamento, divisó la calva de Rumen y se bajó apurado. A varios metros del búlgaro, lo saludó con la mano en alto para llamar su atención. Se tomaría un recreo y bebería un café con él, pues era evidente que se habían encontrado por casualidad. De hecho, Rumen sólo tocaba por la mañana en la Plaza Elíptica; nunca en Diego de León.

Mientras se dirigía a su encuentro, Rafael supo que cada día lo apreciaba más, que le gustaría conocerlo mejor, que una noche lo invitaría a su departamento para agasajarlo con comida argentina. Qué distinta era su vida aquí con respecto a la que llevaba en Buenos Aires. Sus amigos del otro lado del océano eran universitarios, esquían en invierno, vacacionaban en la playa durante los veranos y los fines de semana visitaban restaurantes caros. Personas muy distintas a Rumen, pero por los que guardaba sentimientos similares a los que le generaba el búlgaro. Porque un amigo era alguien que estaba cerca cuando se lo necesitaba y él, aquí, en España, era eso.

Rumen, al notar que Rafael se acercaba, también lo saludó con la mano en alto.

—Te vi y decidí bajar —le dijo Rafael al tenerlo enfrente.

—¡Rumen te vio cantando dentro de vagón! —dijo el hombre sonriendo.

—¡Qué buena vista tenés!

—Rumen no tiene pelo, ni todos los dientes, pero sí muy buenos ojos. Nunca usa gafas y ve todo.

Rafael lanzó una carcajada. Era verdad: su calva relucía y cuando sonreía se alcanzaba a observar que le faltaba algún diente.

—¿Qué hacés acá?

—Rumen regresar de hacer trámites.

—Ah... yo iba a invitarte a tomar un café. ¿Querés?

Cuando Rumen estaba por responder, Rafael sintió que el móvil vibraba en su bolsillo. Le llamó la atención, pues desde que vivía en Europa no había muchos interesados en conversar con él. Parecía que el hecho de haberse salido del circuito diario, lo había dejado fuera del interés general; una situación más que, aunque pequeña, le dolía, se sentía olvidado. Sacó el teléfono y miró la pantalla. La llamada de WhatsApp mostraba la foto de Juliana. Le hizo una seña a Rumen para que le cuidara la guitarra mientras atendía y se alejó unos pasos. Y allí, en el subsuelo, se puso de cara a la pared para oír mejor. Había tenido suerte: la estación Diego de León siempre brindaba buena señal.

—Hola... —dijo casi con miedo. No era normal que ella lo llamara sin mensaje previo.

—Hola, pa, soy yo.

La voz tierna y querida lo transportó lejos, muy lejos de allí, más precisamente a Buenos Aires y a la imagen del pelo rubio de su hijo.

—¡Hijito! ¿Cómo estás? ¿Pasa algo?

—Nada, pa. Es que te extrañaba y le pedí a mamá que me dejara hablar con vos.

—Ay, Facu, mi amor, qué lindo oírte, qué hermosa sorpresa.

—Te quería contar que hoy nos juntamos todos los chicos del cole para pasar el día en un club... También fueron las madres. Armamos un partido y yo hice dos goles.

—¡Uy, muy bien! ¡Felicitaciones! Mi hijo será un Messi cuando sea grande.

—No, papá. A mí sólo me gusta jugar con los chicos del cole, nada más. Yo, cuando crezca, voy a ser músico como vos. Voy a cantar y tocar la guitarra.

Ay, ay, ay, ay... A pesar de que él se sentía un fracasado su hijo todavía quería ser como él.

—Hijito, ¿sabías que tu papá te ama?

—Sí —respondió Facu rotundo.

—¿Sabías que papá te ama más que a nadie en este mundo?

—Sí. Y yo a vos, papá.

Malditas distancias, malditos kilómetros, malditas crisis económicas y existenciales. La voz de Facundo no le alcanzaba, quería abrazarlo, besarlo, olerlo. Comérselo a besos. Necesitaba su piel. Y lo peor: podía intuir que su hijo, también.

—Pa, ¿cuándo volvés?

—Ya te dije, acordate de lo que hablamos. Vuelvo cuando se cumpla un año.

—Mamá dice que eso es mucho.

—Sí, claro, pero cuando quieras darte cuenta, ya habrá pasado ese tiempo.

—Y también dice que vos no vas a aguantar... ¿Vas a aguantar?

—Creo que sí. Veremos —dijo pensando: «Qué raro... Juliana no creyendo en mí».

—¿Estás bien, papi?

Ay, ay, ay, ay... Su hijo quería saber cómo estaba. ¡Cuánto hacía que nadie se lo preguntaba! El último había sido su padre y no para indagar sobre su verdadera situación, sino con la esperanza de que le respondiera que se encontraba mal para, a continuación, exigirle que regresara a la Argentina. A don Becerra tampoco le causaba gracia que su hijo viviera como un hippie en Europa.

—Estoy bien, hijito, trabajando mucho porque quiero juntar dinero para que vuelvas al otro cole, el grande.

—¡Pero si el nuevo me gusta! En el otro cole teníamos equitación y yo la odiaba. Así que no te preocupes, pa. Mejor juntá plata así nos vamos a Brasil —hizo silencio y agregó—: Si querés, nos vamos los dos solos.

Otra vez: ay, ay, ay, ay. Facundo había comprendido que ya no habría vacaciones para los tres juntos. Le partió el alma. Era un chico inteligente y entendía más de lo que parecía.

—Vale, hijo, vale —dijo casi sin pensar. Estaba al borde de las lágrimas.

Facundo lanzó una risotada:

—Decís «vale» como los españoles. ¿Es lindo allá?

—Sí, muy lindo —respondió Rafael, que tenía la cabeza gacha y la mano libre apoyada en la pared para soportar el peso del cuerpo. Miraba hacia abajo pero no veía el suelo, las lágrimas le tapaban la vista. Llevaba la espalda encorvada, las emociones le apaleaban el cuerpo.

—¿España es más linda que Argentina? —preguntó el niño.

—Es diferente...

—¿Vas a venir de nuevo, no?

—Claro, hijo, claro.

—Cuando vengas, ¿me llevás al McDonald's?

—Sí, vamos a ir muchas veces.

—Pa, te quiero ver...

—Y yo, hijo... Ya nos veremos. Esto no es para siempre —dijo con un hilo de voz.

—Mamá y vos, no van a volver a vivir juntos, ¿no...?

Ay, ay, ay, ay. Rafael lloraba. La pregunta lo había llevado al borde del precipicio. Desde el día en que se subió al avión que lo depositó en España, no sentía esta desazón.

—No por ahora, hijo.

—¿No se quieren más?

Por alguna razón, ese día Facundo parecía obsesionado con el tema.

—Sí, pero de otra forma. A veces, uno quiere, pero cuesta ponerse de acuerdo y, por eso, para no pelear, cada uno se va por un camino diferente. Pero quiero que entiendas algo.

—¿Qué?

—Yo te amo.

—¡Ya sé, papá! —dijo la frase acompañada de una risita que a Rafael lo tranquilizó.

—Me dijo mamá que allá hace frío.

—Muchísimo.

—¡Abrigate, pa!

—Sí, hijo. Me compré una campera —dijo tratando de hacerlo partícipe de las trivialidades de su vida diaria.

—¿De qué color? —preguntó Facundo como si él también quisiera hablar ese idioma de tonta intimidad.

—Azul.

—Me gusta. Bueno me voy porque viene la tía con Fran y Gonzi y nos vamos a la pile de la abuela. Chau, pa.

—Chau, hijo. Te amo.

Facundo no le respondió. Aunque Rafael hubiese querido que oyera el «Te amo» de la última frase, evidentemente no lo había hecho. De fondo se escuchaban los gritos de sus primos voceando el nombre de su hijo. Su tía había llegado.

La inesperada conversación lo hirió como una puñalada. Angustiado por el shock, aún con el teléfono calzado sobre la oreja, se demoró en cortar. La voz de Juliana lo obligó a reaccionar.

—Hola, Rafa...

Le llamó la atención el tono conciliador.

—Hola... y gracias.

—¿De qué?

—Por dejar que Facu hable conmigo.

—Es tu hijo y te quiere, ¿cómo no lo voy a dejar? ¿Vos estás bien? —interrogó.

Rafael reconoció que su voz quebrada había delatado su estado emocional. Trató de sonar mejor:

—Sí, ¿vos?

Juliana suspiró largo. Él conocía ese suspiro de indecisión.

—Sí, estoy bien. Pero quería decirte algo. Aunque no sé si es el momento adecuado. ¿Podés hablar?

—Sí, puedo.

Lo que fuera que ella quisiera decirle, él siempre quería escucharlo, aunque estuviera en el metro y con Rumen al lado. Esa mujer, que había sido su compañera, ahora no sabía nada de su vida; tampoco podría narrárselo en un minuto. Porque ¿cómo explicarle que se hallaba en el corredor de la estación, que acababa de cantar, que se había tenido que bajar por temor a los guardias? ¿Cómo hacerle entender que Rumen, el búlgaro calvo, lo esperaba para compartir un café y conversar trivialidades en su media lengua, porque español perfecto no hablaba? ¿Cómo relatarle que esa era su vida y la empezaba a querer? De Juliana no sólo lo separaba un océano de agua, sino también un mar de desinformación. Ella desconocía aspectos de su vida. Él tampoco sabía nada sobre la de ella.

—Mirá, creo que lo mejor es que lo sepas... —dijo Juliana.

—¿Qué pasa? —Rafael comenzaba a alarmarse.

—Pasa que hoy te oía hablar con Facu y por un momento pensé que él iba a decírtelo...

—¿Decirme qué?

—Y lo mejor es que lo sepas —repitió para tomar fuerza.

—Contame, por favor —pidió preocupado. Las distancias creaban fantasmas de posibles tropiezos como grandes problemas o enfermedades.

—Mirá... —dijo y paró de hablar.

—¡Ay, Juliana, hablá de una vez!

—Estoy saliendo con alguien —dijo de repente.

Se produjo un silencio largo e incómodo. ¿Quién era? ¿Por qué se lo contaba? ¿Acaso era tan importante? Necesitó detalles.

—¿Quién es? ¿Lo llevás a casa? ¿Por eso creías que Facu me lo diría? La verdad es que no me gustaría... por él, ¿viste? Es muy pronto, lo puede confundir.

Las ideas salieron a borbotones de la boca de Rafael.

—¡Ay, Rafa, pará! Facu lo conoce de antes.

—¿Lo conoce? ¿De dónde?

—Es el doctor Toranzo, el alergista que lo trata desde chiquito.

«Peor», pensó Rafael y estalló en una pregunta:

—¿Y desde cuándo estás con él?

—Desde hace poco. Quedate tranquilo, que no había nada entre nosotros mientras estuve con vos. Si eso es lo que te preocupa.

Silencio.

—Bueno, Rafael, te dejo, me llama mi hermana, que se lleva a Facundo y quiero darle instrucciones. Que sigas bien.

—Vos, también —se despidió aunque hubiera preferido decir: «Ojalá la pases muy mal con el doctor».

Si la conversación con su hijo había sido una puñalada, Juliana le revolvió el puñal en la herida con la confesión. ¿Cuándo había nacido esa atracción entre Toranzo y ella? Durante las consultas, el médico les había dispensado un trato correcto y profesional y había sido amable con él y también con Facu. Pero la memoria le trajo del recuerdo una frase que el doctor Toranzo le dijo a su hijo: «Vos sos lindo como tu mamá». En ese momento lo descolocó, le llamó la atención y le molestó. Recordar la situación lo llenó de rabia. Seguramente Juliana siempre le gustó. Infeliz. Los imaginó juntos. ¿Ya se habrían acostado? Se sintió estúpido y ridículo al pensar en la intimidad de su ex... ¡si el matrimonio estaba acabado desde hacía mucho! Pero le dolía; su ego lo torturaba. No deseaba que Juliana quisiera a ese hombre, mucho menos su hijo. No deseaba que ese doctor ocupara ninguno de sus lugares. Claro, ahora se daba cuenta... Por eso Facundo estaba temático e insistía con que si él y su mamá volverían a vivir juntos, por eso le había propuesto viajar los dos solos a Brasil. Por lo menos, Juliana se anticipó y le contó lo que temió que Facundo revelara. No había dudas de que su hijo sabía. Quería llorar.

—Argentino, ¿estás bien?

Escuchó la voz de Rumen como si viniera del más allá.

—Sí... sí... Mi hijo... desde Argentina.

—Uy, muy emoción.

El rugido de motor vaticinaba que entraba el metro.

—¿Tomamos algo? —preguntó Rafael comenzando a sobreponerse.

—Rumen no puede tomar café, Rumen se va. Hijos espera en casa con la cena.

Rafael miró la hora; se había hecho tarde. El frío aceleraba los horarios y las ganas de regresar temprano a la casa.

—Entiendo... —dijo Rafael.

—Mañana vernos, ¿sí?

—Claro, nos cruzamos en Elíptica cuando me dejes el lugar.

El metro detuvo su marcha y la puerta se tragó la fornida figura de Rumen que, con la mano en alto, lo siguió saludando hasta que desapareció de su vista.

Rafael se quedó en el andén, solo y triste. Afuera seguramente ya había caído la noche. La reciente conversación le había despertado la añoranza por la Argentina, su hijo, sus seres queridos. No deseaba regresar al apartamento de Vallecas y enfrentarse a la realidad de su soledad. Pero tampoco le apetecía tomar café. Temió quebrarse y, para espantar los fantasmas, decidió que cantaría un par de canciones más; luego, emprendería el regreso. Esa noche la tristeza lo cercaba, mantenía con ella una guerra cuerpo a cuerpo. Pero él ya no era el mismo de antes, su interior venía fortaleciéndose y no se dejaría abatir. Descubrió que el sitio del corredor de la estación Diego de León donde podía instalarse se hallaba libre. Con pasos cansados y su guitarra en la espalda cubrió la corta distancia y se ubicó. Se acomodó el cabello rubio con las dos manos, suspiró largo y comenzó a cantar... «Hallé una flor, un día en el camino/ que apareció marchita y deshojada/ ya casi pálida, ahogada en un suspiro/ me la llevé a mi jardín para cuidarla...»

Había cantado la primera estrofa cuando algo inesperado sucedió, uno de esos extraños acontecimientos que se producen cuando la vida, después de hacernos un desplante, pareciera tener cargo de conciencia y lamentarse de habernos mortificado e intentara resarcirnos. O, tal vez, simplemente, como si quisiera dejar claro que es ella la que impone las reglas de este juego, que es ella la que extiende, generosa, las manos para darnos, o egoísta, para quitarnos, cuando se le da la gana. Como fuera, la vida estaba allí, mostrando su lado bueno y tenía formas femeninas y rebeldes.

Porque Rafael miró el meneo de unas caderas enfundadas en un jean azul apretado, subió la vista y dio con un pelo largo y castaño con mechas rosas que caían sobre una campera de cuero negro muy abrigada. Continuó subiendo y unos ojos marrones, aterciopelados y enormes se metieron en los de él. Siguió cantando sin dejar de mirarla...

«Aquella flor de pétalos dormidos/ a la que cuido hoy con toda el alma/ recuperó el color que había perdido/ porque encontró un cuidador que la regara./ Le fui poniendo un poquito de amor/ la fui abrigando en mi alma/ y en el invierno le daba calor/ para que no se dañara./ De aquella flor hoy el dueño soy yo/ y he prometido cuidarla para que nadie le robe el color/ para que nunca se vaya...»

Finalizó la canción con un acorde de su guitarra y le sonrió. Ella, acercándose unos pasos más, exclamó:

—¡Hostia, qué canción más bonita! —Abrió su mochila mientras movía la cabeza de lado a lado aún conmovida y puso un billete de diez euros en la funda de la guitarra.

—Gracias —dijo sorprendido.

—No la conocía. Pero hoy, cuando la oí desde la punta del pasillo, me empujé hasta aquí. Parece una poesía dicha en un susurro —comentó poniéndose las manos en los bolsillos delanteros de su jean y balanceándose en puntas de pie.

—Lo es... La escribió Polo Montañés, se llama «Flor pálida». Es bellísima.

—Soy una convencida de que a cada palabra le corresponde una imagen en nuestra mente y esta canción me ha dejado la de una flor muy delicada de color rosa, plantada en un desierto junto a una mano con regadora de metal echándole agua.

—¡Qué imaginación tenés!

Ella lanzó una carcajada.

—Bueno, al fin y al cabo, todos la necesitamos. Nos ayuda a subsistir.

—Ya lo creo. ¿A qué te dedicás? —preguntó curioso. Rafael quería saberlo, pero sobre todo,

deseaba continuar la conversación. Estaba seguro de que tenía vocación artística.

—A muchas cosas, pero lo que más me agrada es pintar... cuadros.

—Supuse que estabas vinculada con el arte. ¿Así que sos artista plástica...? —insistió porque no comprendía cuál era su sustento, pues, cuando la conoció, había asumido que trabajaba en La Bellota.

—Sí.

—¿Te pagan por tus obras?

—Conozco un tío de Barcelona que se encarga de ofrecerlas. Y juntos hacemos de esto un currito. Nada extraordinario.

—¿También trabajás en Chacinas La Bellota? Porque el otro día te vi ahí —dijo Rafael sin rodeos. Ambos recordaban la importante mirada que cruzaron en el lugar.

—Sí y no. Sólo voy de tanto en tanto a La Bellota... para realizar trámites. Y tú, ¿qué hacías en las oficinas?

—Me presenté a la entrevista para cubrir la vacante de vendedor —simplificó la verdad; no iba a ponerse a contarle lo de su yaya, recién la conocía.

—¿Y te han llamado?

—No, todavía —dijo con una mueca de decepción.

—Pues no te apenes tanto, no es un lugar tan maravilloso.

—¿Por qué decís eso? —preguntó sorprendido por el comentario.

—Nada, no me hagas caso. Tonterías mías. ¿Eres argentino? ¿De Buenos Aires, verdad? —afirmó corriéndose el largo cabello hacia atrás y otra vez balanceándose en puntas de pie.

—Sí. ¿Cómo lo sabés?

—Chaval, hablas de esa forma... «Vos, vos...», «boludo...» —remedó el tono porteño.

—Y vos debés ser de Madrid... digo... por las zetas —dijo él intentando ser gracioso.

Ella se rio. Él, también. Había logrado su cometido: sacarle una sonrisa.

—Soy de Madrid de toda la vida. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos lo eran, y también los demás, todos los antepasados. Por cierto, mi nombre es Alba.

—El mío es Rafael. Encantado, Alba —dijo extendiendo la mano, pero ella se le acercó y le estampó dos besos sonoros acompañados de un pequeño y suelto abrazo.

Aun así, Rafa lo tuvo muy en cuenta. Porque... ay, qué bien se sintió: aroma a flores, contacto físico. Lindo, muy lindo.

Después de dos o tres comentarios sobre la música y las canciones, mencionaron el frío.

—Perdona, pero con tanto parloteo, no te dejo trabajar. Canta, que yo escucharé una canción más y luego me iré.

—Será mejor que lo deje por hoy. Estoy cantando desde temprano y quiero descansar. Deseaba un café desde hace horas y...

—¿Quieres que bebamos uno?

Alba era directa. Sus pensamientos salían de su boca sin filtro ni cuidado, característica que Rafael comenzaba a identificar como típica de los españoles.

Rafael decidió no dejar pasar la oportunidad:

—La verdad... por la hora... prefiero una caña. ¿Me dejás invitarte?

—Por qué no... —aceptó sonriendo.

Mientras Rafael enfundaba la guitarra, le contó que su papá se la había regalado tiempo atrás, que tenía varias, pero que, al momento de partir, decidió que esta, de gran valor sentimental, sería su compañera durante la travesía. Antes de abandonar las escaleras, le habló de su hijo de siete años. Alba le pidió fotos, quería conocerlo. Él le mostró una que tenía en su móvil.

El frío les dio en el rostro cuando salieron a la superficie, pero ellos, entretenidos por la charla, no lo sintieron. A Rafa, tenerla cerca se le hacía excitante. Caminaron algunas calles hasta que las luces de El Gran Jamonal los invitaron a entrar y, mirándose en tácito acuerdo, aceptaron. Eligieron una mesita y, sentados junto a una ventana, el mundo externo desapareció y sólo quedó el que acababan de inaugurar. La noche era joven.

* * *

Alba y Rafael llevaban una hora en El Gran Jamonal. Con la segunda caña, la magia presente se manifestaba en conversar sobre Madrid y Buenos Aires, en descubrir coincidencias —ambos leían a Pérez Reverte y oían a Ismael Serrano y Calamaro—, en contarse trozos de vida —ella, hija única, tenía veintiocho años y vivía sola desde los dieciséis; él, separado, venía buscando nuevos desafíos—; y en mirarse a los ojos... porque los marrones se metían en los azules, y los claros se anclaban en los oscuros.

A Rafael, con Alba, le sucedía lo mismo que la primera vez que la vio: le atraía, le generaba una gran seducción, pero no lograba encuadrarla en ciertas características para saber claramente a qué clase de persona se enfrentaba. Por momentos, irradiaba un aire de chica frívola, como cuando mencionaba los lugares esnobs que visitaba; por otros, mostraba su costado de mujer profunda al tachar como «basura» todas las falsas fachadas que usan los seres humanos. Ella tenía cierta clase natural, su refinamiento impactaba pero luego, cuando Rafael leía la leyenda de la remera blanca que vestía —la de hoy: «QUE EL MUNDO Y SUS PUTAS REGLAS SE VAYAN POR EL VÁTER»—, consideraba que perdía su glamour. A veces, pasaba por ruda; sobre todo, cuando usaba palabrotas que, aun para España, eran de su alto calibre. En general, podía ser suave y femenina; y, aunque sencilla, por momentos tenía un dejo de arrogancia. «Una contradicción andando», evaluó Rafael cuando comprendió que esas dualidades generaban la atracción que Alba le despertaba. Que fuera endiabladamente indescifrable la convertía en una mujer apasionante. Sería imposible atraparla y encontrar certezas, lo cual, para Rafael, significaba una emocionante montaña rusa. Sólo podía afirmar con seguridad que Alba era rebelde.

Entre sus contradicciones había una que a Rafael lo llevaba a avanzar y luego a retroceder en sus acercamientos hacia ella. Porque si bien Alba por momentos iba al frente de forma desfachatada y le insinuaba que quería pasar la noche juntos, por otro, entre ambos ponía una pared infranqueable. La charla serpenteaba intimidades; sus rostros estaban muy cerca.

—¿Y por dónde vives? —preguntó ella.

—En Vallecas, sobre la avenida de la Albufera.

—Zona de latinos...

—Soy uno de ellos.

—A veces me lo olvido... con lo rubio que eres, tío, pareces guiri —dijo mientras lanzaba una de esas risas cantarinas, largas y afónicas que a Rafael comenzaban a gustarle. Pero esta vez él sólo prestó atención a la frase, pues se le unió en la cabeza con las enseñanzas que Santiago le había dado sobre las aprehensiones de los españoles con los inmigrantes.

—¿Tenés prejuicios?

—No —fue terminante y agregó—: Imagínate que tengo amigos en Vallecas.

Lo deslizó de una manera que a Rafa le sonó como si Vallecas fuera lo peor del mundo. Prevenido, preguntó:

—Y vos, ¿en qué zona vivís?

—¿Y tú por qué no me besas? —dijo acercándosele hasta casi dejar su boca contra la de él.

Rafael pudo sentir su aliento tibio y también el perfume que emanaban su cuerpo y su ropa, el mismo que percibía desde que se quitó el abrigo y que se esparcía cuando se movía en la silla. Lo recorrió una oleada de excitación y la besó largo. Y otra vez, el contacto físico que hacía meses no tenía con nadie. Lo más parecido era el abrazo que Rumen le daba cuando se saludaban en la Plaza Elíptica, al intercambiar el sitio. Tenía que reconocer que estaba en estado de necesidad de contacto, del cuerpo de una mujer, pero más allá de eso, esa noche él quería estar con Alba. Porque le hubieran ofrecido a Penélope Cruz o a la China Suárez —sus preferidas— y él hubiera elegido a Alba.

Los besos aumentaban en intensidad, sus bocas pasaban del do al re buscando completar la melodía de esta canción cantada de a dos. Pero, tras unos minutos y algunas caricias certeras, supieron con claridad que El Gran Jamonal no era el teatro para este tipo de sinfonía. Y mucho menos para ejecutarla completa.

—¿Por qué no nos vamos a mi casa? —Rafael apostó al todo.

Alba lo miró pícaro con sus ojos marrones de largas pestañas. Él sonrió, había apostado bien.

—O a la mía... —sugirió ella.

A Rafael le daba lo mismo si en Vallecas, en su casa o donde coño fuera. Él sólo quería estar con esa chica de mechadas rosadas cuya compañía esa noche le había hecho olvidar de todos sus males. Estaba por responderle cuando una voz femenina los sacó de su mundo y los trajo al real.

—¡¡Alba!! ¿Eres tú? —exclamó una muchacha que iba acompañada de dos muchachos.

—Lupe... —dijo al reconocer la voz.

—¡Joder, Alba! ¡Que te hemos encontrado de casualidad!

El tono de reproche continuó esta vez en la boca de uno de los dos jóvenes:

—Niña, que estamos esperándote hace horas. Paco tiene todo listo para el festejo.

Alba se puso de pie como si de repente recordara que no debía estar allí, sino en otro lado. Aun así, se defendió.

—¡Que no es para tanto! Que luego vamos y no hay nadie en el lugar. Me entretuve escuchando cantar a Rafael, luego vinimos por una caña y... él es mi amigo Rafael... —lo presentó mientras lo señalaba, pero se había olvidado de preguntarle el apellido.

—Rafael Becerra —él la ayudó.

Los tres jóvenes lo saludaron al mismo tiempo con dos o tres palabras diferentes. Pero, evidentemente, ellos sólo querían marcharse. Y con Alba.

—Vamos, Alba...

Ella no se decidía.

—¿Vienes de un recital? —preguntó Lupe, que tenía curiosidad por saber algo de ese hombre que cantaba y había hecho tambalear la salida con su amiga.

—Algo así —respondió Rafael, que miraba a los amigos de Alba y los encontraba una mezcla de niños pijos, hippies y drogatas. Uno, el gay, que parecía interesado en él, le sugirió:

—¿Y por qué no vienes tú también, tío? A Paco le encantará.

—No, no, gracias, tengo que irme —respondió Rafael. No tenía intenciones de seguir de fiesta con los españoles después de la larga jornada que había tenido.

—Como quieras... —Alba no insistió.

Ella tomó su mochila para sacar dinero. Rafael se lo impidió.

—Yo invito —dijo mientras los amigos de Alba caminaban rumbo a la puerta.

—Debo irme... —expresó Alba con voz suave.

—¿Te veo de nuevo? —preguntó resignado; la perdía.

—¿Mañana cantas en Diego de León?

Rafael sabía que no era su sitio habitual, pero el deseo de verla se impuso.

—Sí, a las veinte —precisó el horario para más seguridad.

—Tal vez pase y terminemos lo que quedó inconcluso —dijo Alba riendo y le dio un abrazo que terminó en un beso en la boca.

Y otra vez, lindo, muy lindo... pero ella se iba. Había sido como probar el primer bocado de un postre delicioso y ahora le sacaban el plato, se lo quitaban; y él se quedaba más hambriento que antes. Más solo que nunca. Con la mirada puesta en la espalda de Alba, que irremediablemente se marchaba, se dijo a sí mismo con voz audible:

—A casa, Rafa, ahora sí, a casita.

Fuera de El Gran Jamonal, la figura de Alba y sus cabellos de mechadas rosas se perdían entre la gente que deambulaba por la Madrid nocturna.

Rafael salió a la avenida embargado por diversos sentimientos: sorprendido, porque, al fin, una mujer lo había hecho volar de nuevo; contento, porque mañana, tal vez, regresara; triste, porque existía la posibilidad de que no apareciera nunca más. Sonrió. Tenía que reconocer que, al menos, su vida en Madrid comenzaba a presentar aristas más emocionantes. A su mente vino el rostro de Alba y se dio cuenta de que no le había preguntado el apellido, ni habían intercambiado los teléfonos.

* * *

Esa mañana Pepe tomaba sus clases y se hallaba exultante. Desde que Rafa había llegado, las notas del viejo piano salían claras, nítidas, certeras. Las manos rudas de Pepe estaban más hábiles que nunca, extrañamente diestras, no le había errado a casi ninguna nota. Su boca mostraba una orgullosa sonrisa.

—¡Chaval, que hoy hay que festejar!

—Sí, Pepe, pero antes terminemos la clase, aún nos quedan unos minutos —indicó Rafael, que sabía bien que su alumno quería beber la caña de media mañana.

—Oye, Rafa... ¿Y de dónde viene tu gusto por la música? —preguntó Pepe al tiempo que se ponía de pie. No habría más clase, él quería ir por la cerveza.

—Mi padre y mi abuelo tocaban muy bien la guitarra. Hay varios músicos en la familia.

—Lo llevas en la sangre, chaval.

—Supongo que sí.

—Pues yo no tengo a nadie en la familia que le haya interesado la música, pero aquí me ves, tocando tan bien —dijo presumido, y luego agregó con la voz grave—: «La sangre se hereda y la virtud se gana, pero la virtud vale por sí misma lo que la sangre no vale». Lo dijo el Quijote —aclaró.

—Me parece que te has vuelto un engreído.

—No. Te corrijo: me he vuelto un virtuoso. ¡Coño, y no me contradigas, que aquí el viejo soy yo!

Rafael lanzó una carcajada al tiempo que vio que la luz de su móvil le indicaba que lo llamaban. Durante las clases le sacaba la campanilla. Lo miró pero no hizo ademán de atender.

—¡Atiende, chaval! —le dijo Pepe dándole una palmada.

—No es necesario.

—¡Joder, que cojas ese teléfono! ¡Que no me molesta!

Rafael le hizo caso. Cuando Pepe quería algo, no había forma de contradecirlo.

La voz de mujer española sonó clara desde el otro lado de la línea:

—Señor Becerra, le hablo de Chacinas La Bellota, le llamamos por el puesto de trabajo... — dijo y, en pocos minutos, le explicó que querían contratarlo para trabajar en el traslado y puesta en funcionamiento del ala que acababan de construir. Le anticipó que, como no contaba con papeles de residencia, sólo sería por un tiempo breve, quizá dos meses. Si aceptaba, aguardaban su comunicación en el plazo de veinticuatro horas.

Pepe, que había escuchado retazos de la conversación, en cuanto Rafael cortó, exclamó:

—¡Pues no te atrevas a dejarme sin profesor! Menos ahora, que estoy mejorando. ¡Me darás clases así tengas que venir a las doce de la noche!

—Todavía no sé si aceptaré el trabajo.

—Claro que lo harás, son sólo dos meses y te servirá para juntar los pavos que necesitas para el colegio de tu hijo.

—¿Y vos cómo sabés todo eso? —inquirió Rafael mientras se preguntaba quién había puesto en su vida a este hombre que, además de hacerlo sentir menos solo, también se preocupaba por la educación de su hijo. Se sintió agradecido. A veces, la vida era bondadosa y en España esta venía siéndolo con él.

—Pues me vas soltando partes, yo las uno, y así armo la historia.

—¡Carajo! A vos no se te puede esconder nada —dijo riendo.

—No. Nada. Ahora, vamos al bar por nuestra cañita, que Agustín ya debe estar por marcharse —dijo refiriéndose al muchacho que cada día lo ayudaba un par de horas. Luego agregó—: Pero antes, llévate el *Quijote*. Quiero prestártelo —lo tomó del mueble y se lo entregó.

—¿Estás seguro, Pepe? —tanteó. Sabía cuánto quería ese libro.

—Que sí, hombre, ya lo he consultado con la almohada. No se puede andar por la vida sin haberlo leído. Es necesario leerlo para subsistir en este mundo. Tiene cosas esenciales que necesitas y debes aprender.

—Está bien. Me has convencido.

—¿Lo leerás?

—Te lo prometo.

—Vale. Luego me lo devuelves, eh. Porque lo quiero.

—Vaaale.

En minutos, ambos despedían a Agustín y brindaban por el nuevo trabajo.

—¡Salud! ¡Que sea con suerte tu puesto en la jamonera! —dijo Pepe chocando los cristales.

—¡Que así sea! —respondió Rafael mientras reflató el verdadero motivo de su visita a La Bellota, y deseó poder averiguar algo de la historia de su yaya María.

* * *

Bien entrada la noche, en el corredor de Diego de León, Rafael cantaba las últimas canciones. Había esperado casi dos horas y, de Alba, ni noticias. Interpretaría un par de temas más y se marcharía. Estaba cansado y desilusionado.

Se hallaba cantando «Flor pálida» cuando la figura esperada apareció. Alba se acercaba meneando sus caderas y sonriendo, tal como si esa canción la hubiera traído desde donde estaba.

Rafael la cantó sin dejar de mirarla en ningún momento, y ella le respondió con ojos de admiración; evidentemente, un verso de la canción tocaba sus fibras íntimas. Cerró con la última

línea varios tonos más abajo —«Ay, cuando la vi, me enamoré y me la llevé, me la llevé...»—, y se descolgó la guitarra para guardarla en la funda. Ella se acercó.

—Pensé que no venías.

—Pero vine... —dijo ella metiendo las manos en los bolsillos delanteros del jean y haciendo su típico movimiento de balanceo en puntas de pie.

—Sí, y otra vez te traje «Flor pálida». ¿Sabés qué creo? Que te escondés y, cuando la escuchás, no podés evitarlo y salís de tu escondite.

Alba rio con su risa afónica que mostraban sus dientes perfectos de años de ortodoncia.

—Te invito a cenar en mi casa. Soy bueno cocinando comida italiana, puedo preparar una salsa especial con tallarines. Lo que sí, ya sabés... tenemos que ir a Vallecas. Allá queda mi apartamento.

Rafael no deseaba correr el riesgo de sentarse nuevamente en un bar y que alguien apareciera y, como anoche, se la llevara de su lado. No quería, no lo permitiría. Y si el precio era cocinar, pues entonces él lo pagaría gustoso. ¿Aceptaría la propuesta?

Alba lo miró sorprendida. Luego, encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y por qué no...? Vamos a Vallecas.

El viaje en el metro fue revelador de más trozos de vida que ambos se contaron. Charlar, mirarse, era igual que la última vez, pero ahora con mayor intimidad porque, en esta oportunidad, los dos sabían que querían lo mismo. Cada movimiento brusco del vagón acercaba sus cuerpos y ellos no hacían nada para impedirlo. En medio de los traqueteos, Rafael volvió a besarla tomándole el rostro con las manos.

Cuando llegaron al departamento, abrió la puerta; y, pese a que aún no había encendido la luz, en la penumbra sintió el abrazo de Alba, preludio de un beso largo. Él no quería parar pero tampoco apresurarse y arruinar el momento. Apretó el interruptor y la lámpara que se encendió en el techo mostró los detalles de su sencilla morada.

—Si querés comer, debo cocinar. ¿Estás de acuerdo? —preguntó él.

—Totalmente. Quiero comprobar si es verdad que sabes hacer salsa o sólo lo has dicho para traerme aquí y seducirme.

—Sos muy perceptiva. Aunque no sé bien quién quiere seducir a quién.

Ambos se rieron.

Rafa picó cebolla y la metió en la olla fucsia. Luego, mientras Alba se dedicaba a husmear, preparó el resto. El color de la olla se llevó la primera observación y fue objeto de una mueca risueña. A continuación, con mirada inquisidora, siguió por el resto del departamento, cuarto de baño incluido. Rafa suspiró aliviado; por suerte, antes de marcharse, esa mañana lo había limpiado. Cuando posó la mirada en los pocos libros que ocupaban la repisa que hacía de biblioteca, tuvo ganas de explicarle que en Argentina tenía una grande, colmada, muy linda, quiso aclararle que su casa, en Buenos Aires, era bonita, espaciosa, decorada... Pero ¿para qué hablar de esa casa, si ya no le pertenecía? Allí vivían Juliana y su hijo... Allí, en la que fuera su cama, tal vez, se quedara a dormir el doctor Toranzo. Allí... ya no había allí. Durante sus últimos meses en Argentina, Rafael se había instalado en la casa de Nacho, su padre, que aún mantenía intacto su cuarto de soltero.

¿Cómo explicarle a Alba qué clase de persona era en realidad? ¿Cómo convencerla de que antes jamás se le había cruzado por la cabeza cantar en el subterráneo? Ya bastante tenía con la carga de ser un inmigrante. Quería decirle «No soy un mendigo del metro. Yo soy como vos», pero no sabía cómo. No tenía sentido lidiar con estos interrogantes. Tal vez Alba fuera una chica sencilla que no necesitaba de sus explicaciones. Además, por lo poco que sabía, desempeñaba

varios trabajos para sobrevivir. Con este pensamiento, se relajó y abandonó su idea de impresionarla. El departamentito representaba su actualidad, su presente, el hoy. Lo demás era parte del pasado. La voz femenina lo sacó de sus cavilaciones:

—No tienes adornos.

—Estuve pensando que, tal vez, debería colgar un cuadro en la pared grande —dijo señalando el sitio vacío que estaba arriba del único silloncito. Luego, sonriendo pícaro, agregó—: ¿Cómo me contacto con una pintora para comprar uno?

—Pues aquí te dejo la tarjeta de una muy buena, le hablas y ese mismo día ella te trae uno —dijo Alba sacando su tarjetero de la mochila y depositando una sobre la heladera. Luego le preguntó—: ¿Cuánto hace que vives en Madrid?

—Tres meses.

—¿Ya te has acostumbrado? —dijo sentándose en una silla de la cocina.

—Creo que sí.

—¿Extrañas? ¿Te sientes solo?

—Podría mentirte, hacerme el fuerte y decirte que no. Pero muchas veces me siento solo.

—Puedo imaginármelo. Porque yo, que tengo amigos y familia, suelo sufrir de soledad.

—¿También a veces te sientes sola? —preguntó sorprendido. Jamás hubiera pensado que alguien de esa edad, con familia, amistades y viviendo en su propio país experimentara ese sentimiento. En Argentina podía sentirse soledad cuando se atravesaban crisis, como una ruptura amorosa o una pérdida, pero si no, no era común sufrir de este mal. Los amigos llegaban a la casa de uno sin avisar en cualquier momento del día; y si no había obligaciones, se quedaban hasta tarde, muchas veces, a cenar; las noches de la semana no alcanzaban para concretar los sociales que surgían espontáneamente. Los domingos se reunía la familia extendida alrededor de un asado. Había poco tiempo para estar solo.

Alba prosiguió:

—Sí, lo tengo asumido. En este aspecto, soy un desastre. Creo que nací con un hueco en el alma y nada lo llena.

—¡Eh...! No digas eso...

—De veras. Hay días... Días en que el agujero negro está peor; otros, en que está mejor... como hoy —dijo sonriendo y agregó—: Sólo hay que tener cuidado los días malos, que son peligrosos.

—¿Peligrosos?

—Sí, porque piensas y haces cosas destructivas. Pero no me hagas caso. Son pensamientos complicados.

—No te preocupes, Alba, creo que puedo entenderte. Pero qué pena, es feo sentirse así...

—No te apenes, que soy fuerte, sólo te lo contaba para que no sientas que eres el único aquí con dolores. ¿Extrañas a tu hijo, verdad?

—Sí, mucho.

—Eres un buen padre.

—No lo sé. A veces, lo dudo.

—Pero me dices que lo extrañas, que estás juntando dinero para su colegio. Piensas en él, te preocupas por él... Entonces, eres un buen padre.

—Aun así, me siento culpable. No sé si soy buen padre.

—Sí, lo eres, tío, y muy cojonudo. Te lo digo yo, que conozco mucho de tener uno malo —remató y, otra vez, perdió la vista en las luces de la calle que se veían a través de la ventana.

Alba le abrió su corazón sin miramientos. Rafa estaba sorprendido.

—No seas tan dura. Los padres hacen lo que pueden con sus vidas —comentó asumiendo sus limitaciones con Facundo. Él ya había eximido de culpas a don Nacho, el suyo.

—Pues, ¿para qué tienen hijos entonces...? Mi padre nunca me quiso.

—No te creo.

—Jamás me dio tiempo, se la pasó trabajando o viajando.

—¿Y tu madre?

—Supongo que tampoco. Mi madre nos dejó cuando yo sólo era una niña. Se fue y no volvió nunca más. Casi no la recuerdo. Poco tiempo atrás nos avisaron que murió.

Ella se puso de pie y fue hacia la ventana buscando estar sola. Allí se quedó, pensativa, con la mirada extraviada en las luces de la avenida de la Albufera. Rafa revolvió la salsa y, tras tapar la olla, fue hasta donde se refugió Alba. Su relato lo había llenado de ternura; lastimada, le había abierto su corazón. La abrazó por detrás, le colocó las manos en la cintura y apoyó la cabeza junto a la suya. Ambos miraban sin ver el cartel luminoso del kebab de enfrente que ofrecía la oferta del día a dos con cincuenta. Se quedaron así, durante unos minutos, acompañados por los lúgubres pensamientos que los acechaban. Rafa también tenía los suyos: que su hijo lo precisara y que él no estuviera. Pero allí estaba Alba, permitiéndole olvidar sus penas, empujándolo al presente inmediato, porque las redondeces de su cuerpo de mujer lo urgían de deseo. Lo hacían dejar de lado toda preocupación y le exigían concentrarse en el hoy. Él, que había avizorado a Alba sin certezas, salvo la rebeldía expuesta, ahora lo veía claro. Ella estaba bañada de melancolía y tristeza. Lo demás funcionaba como su disfraz.

Alba se soltó del abrazo y, dándose vuelta, quedó de frente a Rafael.

—Bésame... —le pidió.

Rafael le hizo caso y empezó a besarla buscando, con cada beso, acallar los sentimientos que esa noche habían salido a la superficie para torturarlos.

Su ávida boca de hombre pedía por más piel. Sus manos, deseosas y cómplices, a punto de quitarle la remera —que hoy gruñía «¡PUTA MADRE, ME CANSARON!»—, se detuvieron en el preciso instante en que el silbido de la olla a presión generó un ruido ensordecedor que inundó el departamento.

—¡La comida! —exclamó Rafael.

—Qué importa... —dijo ella sin dejar de mirarlo.

—¿No querés comer?

—Sí, pero después de follar —dijo Alba, que sin preámbulos fue hasta su mochila y volvió con un preservativo que se lo entregó en las manos.

Él sonrió. Por Dios, qué mujer directa.

—Dejame apagar la cocina y vamos al cuarto.

Ella desapareció.

Tras retirar la olla, desde la cocina Rafael vio cómo Alba en la habitación se desnudaba por completo y, a continuación, con el dedo índice, se acarició la punta de sus senos. ¿Acaso sabía que él la observaba? No estaba seguro, pero un golpe de excitación encendió su cuerpo de hombre. La maniobra, las piernas delgadas y el trasero pequeño y blanco de Alba despertaron sus ansias y se dirigió al cuarto.

Y en minutos, con besos y caricias certeras, ambos deshacían sus tristezas en la camita del departamento de Vallecas. Alba y Rafael destejían los nudos amarrados y difíciles que les había tocado en el tramado de su existencia. Los antiguos no se dejaban desenmarañar con facilidad; sin embargo, el ritual del amor sobre las sábanas pronosticaba un esperanzador comienzo. Él se quitó los pantalones y se trepó sobre ella. Alba sintió la tibieza del cuerpo deseado y le abrazó la

cintura con sus piernas. Rafa, con delicadeza, tomó sus manos, las subió hasta el respaldo de la cama y, en el instante en que las aprisionó, sin dejar de mirarla, la penetró despacio hasta sentirla toda, hasta descubrir su humedad.

¿Qué vendría luego? No lo sabían, pero el pequeño e intenso momento los volvía eternos y eso les bastaba. Formaban parte de la rueda de la vida y esa noche era dulce ser partícipes del engranaje.

Sin ropa, Alba era delgadísima; sus pechos, pequeños; su cintura, también; su cuello, frágil. Pero tenía una armonía que se manifestaba en la mezcla de su piel, su olor y una mirada de tristeza que lo cautivaba. Su melancolía le producía un sentimiento de querer poseerla con ternura y violencia al mismo tiempo. De querer hacerla suya hasta el hartazgo, hasta no dar más, hasta volver a empezar. La noche era joven; ellos, también. Y todo estaba permitido.

A las tres de la mañana, Alba notó que Rafael dormitaba y dijo:

—Rafa...

—¿Hum?

—Quiero los fideos.

Abrió los ojos despacio.

—¡Joder, chica!

—O me los haces tú o me los hago yo.

—Yo te los haré. Te los prometí.

Media hora después ambos cenaban en el departamentito de Vallecas. Acompañaban la pasta con una de las dos botellas de vino tinto que Rafael había traído de Argentina para disfrutar en un acontecimiento especial; la situación ameritaba descorcharlo. Comían, bebían y conversaban trivialidades. Alba se soltaba, hacía chistes, imitaba la voz de sus amigas, se reían a carcajadas. El departamentito de Vallecas vivía un clima de fiesta, conocía el disfrute de la mutua compañía de un hombre y de una mujer. Las ollas fucsia eran testigo.

Cuando terminaron de comer, se tendieron un rato en la cama. Enseguida, el intenso día de Rafael hizo mella y se durmió profundamente. Alba lo observó y sonrió. Eran cerca de las seis cuando se puso de pie, se calzó los jeans, se abrigó, tomó la mochila y, por unos instantes, antes de irse, miró su entorno con detenimiento: la cocina, la mesa y sillas, los libros, la guitarra, la billetera... Volvió a sonreír mientras movía la cabeza negativamente. Luego, abrió muy despacio la puerta de calle y se marchó.

Rafael se despertó a las ocho y, al no verla a su lado, temió que hubiera sido un sueño. Pero los platos sucios, la botella y las copas fueron suficiente evidencia para saber que estaba equivocado. Alba y él habían estado juntos y hecho el amor tres veces. Y así como fácilmente había aceptado venir, así también se había ido sin siquiera avisarle. Por un momento se cuestionó haberla dejado entrar a su casa así, sin más, pero se tranquilizó pensando que parecía una buena chica. Además, ¡qué podían robarle!

Decidió sumergirse en su rutina, organizar el día. En lo inmediato, debía impartirles clases a sus alumnos. Luego, desplazarse hasta Plaza Elíptica. Entonces recordó que tenía pendiente la respuesta para el trabajo de La Bellota. Tomó el móvil y devolvió la llamada. Lo atendió una mujer. Rafael le explicó quién era y le dijo que aceptaba el trabajo. Ella le respondió que lo esperaban al día siguiente para comenzar a las siete de la mañana y que su jornada finalizaría a las catorce horas. Le pareció perfecto, podría trabajar allí y luego cantar en el metro. Sólo le restaba resolver qué haría con sus alumnos.

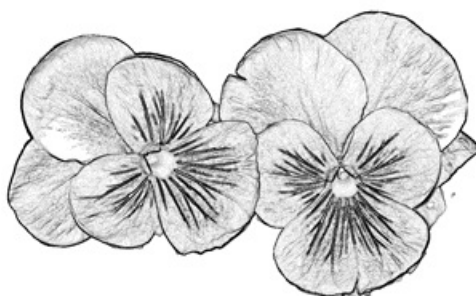
Ese mismo día le avisaría a Rumen; estaba seguro de que se pondría contento. Se apreciaban mutuamente. Pensó qué extraño y mágico resultaba venir desde tan lejos a esta punta del mundo

para conocerse y quererse con una persona tan diferente. La vida siempre daba sorpresas.

Con lo que ganaría en La Bellota tenía grandes posibilidades de reunir el dinero para el colegio de Facu. Sonrió contento por el trabajo y por la noche que había tenido con Alba. Recordó que no habían intercambiado números de móvil. Tampoco le había dicho su apellido. ¡La tarjeta! Fue hasta la heladera, la tomó y leyó: «ALDI ALARCÓN. PINTORA ARTÍSTICA». Debajo buscó el número y no lo halló. Sólo leyó un correo electrónico.

—Vaya, vaya, Alba, qué difícil de ubicar sos, ni siquiera usás tu propio nombre —dijo en voz alta mientras pensaba que, al menos, ya sabía su apellido.

Meditó: «Una chica común que toma los recaudos de una estrella». Sin saberlo, y por muchas razones, Rafael falló en su apreciación.



VIOLETA

Viola odorata L.

HISTORIA: Nativa de Europa y de Asia, luego fue introducida en toda América. La violeta era el símbolo de la antigua Atenas y fue una de las flores favoritas de Napoleón Bonaparte. En el siglo XIX, existían perfumes muy populares con la violeta como base principal. Los antiguos griegos la consideraban un símbolo de la fertilidad y el amor, y fue utilizada en pociones para unir parejas.

USO MEDICINAL: Tiene una amplia variedad de propiedades terapéuticas: ayuda a combatir los resfriados, el asma, los dolores reumáticos y una gran cantidad de infecciones.

SIGNIFICADO: Mezcla de lo masculino y lo femenino. También se la asocia con la calma.

DICE LA LEYENDA... que ya en el año 23 d.C., el escritor, naturalista y militar latino Plinio aseguraba que usar una guirnalda de violetas sobre la frente alejaba los dolores de cabeza y aumentaba la creatividad.

CAPÍTULO 4

VIOLETAS PARA DON FEDERICO

Madrid, 1936

La flor de la violeta es una fiesta para los sentidos. Sus pétalos tímidos de color lila son un deleite para los ojos y su suave aroma, una exquisitez para el olfato, pero también un regalo para las vías respiratorias, pues su uso medicinal alivia los síntomas de los catarros, resfriados y gripes. Encarnación, experta en plantas, lo sabía, y hacía uso y abuso de sus retamos. Desde varios años atrás, ella y las violetas eran amigas íntimas. Esas plantas la habían oído rezar, llorar, reír y agradecer. ¿Cómo no iban a ser compañeras?

Era media mañana cuando ella salió a su patio y fue directo a lo que buscaba. Su esposo estaba resfriado y quería prepararle un té de violetas. Cortó algunas flores para la tisana y, aprovechando la multitud de botones que mostraban sus plantas, tomó varios más. Haría poner un ramillete sobre la almohada de cada uno de sus hijos. Le gustaba perfumarles las sábanas de esta manera. No era casualidad que sus violetas estuvieran hermosas; ella hacía todo lo necesario y más aún para tenerlas bien, incluidos algunos trucos que había descubierto. Sabía que sus raíces necesitaban tierra siempre húmeda pero no barrosa y para eso era bueno hacerla drenar colocando piedras bajo las raíces. Pero Encarnación —según ella, por pedido de las plantas— había ido más allá: en vez de piedras comunes había hecho colocar amatistas. Su esposo se las había traído de Cataluña, donde había un yacimiento. Al ponerlas bajo la tierra junto a las raíces, había conseguido algo extraordinario: que las violetas nacieran de un color mucho más intenso y con vetas luminosas. Claro que esos inventos y pequeñas ocurrencias se los contaba a muy pocas personas porque a los ojos de un desconocido podía parecer que estaba loca. Así era su relación con el mundo verde: extraña, profunda, esencial, familiar y, sobre todo, amorosa. Ella gustaba de mimar a sus plantas cual si fueran personas, al punto de que a algunas les ponía nombres propios.

Esa mañana, antes de marcharse, Encarnación caminó por el pequeño sendero central que dividía el patio en dos y fue hasta los tres canteros en los que cultivaba las plantas que cada hijo solía pedirle. En ese momento, el de Ana se hallaba repleto de geranios blancos. Su niña, que cambiaba continuamente de favoritos, ahora se inclinaba por el color de la pureza. El de Pedro, como siempre, al tope de lavandas perfumadas; y el de Marcos, lleno de plantas aromáticas, también servían para la cocina de Cuca. Durante el recorrido, le llamó la atención que ese cantero tuviera una punta vacía, una esquina sin plantas. Ya había visto pasar eso en otras oportunidades. En zonas dispersas del patio, a veces, se formaba un claro, como si las mismas plantas se pusieran límites para darle lugar a una nueva —más exótica— que estaba por nacer, como si respetaran el lugar de la especie que estaba por venir. ¿Podía ser que en el cantero de Marcos hubiera quedado una vieja semilla, de esas que ella sabía poner en tierra cuando alguien se las regalaba? Ya le había ocurrido otras veces. Se encogió de hombros. Ya se enteraría si estaba en lo cierto; sólo era cuestión de tiempo y podría ver qué nacería en ese espacio que habían dejado las demás especies.

Entró a la cocina y, aunque Cuca quiso ayudarle a lavar las violetas, se negó; ella quería

preparar el té con sus propias manos y luego armar los ramos para las almohadas. Había cosas que le gustaba hacer por sí misma, sobre todo si tenían que ver con sus plantas y su familia.

—Señora, deme instrucciones para preparar el almuerzo —le pidió Cuca aprovechando que tenía a su patrona cerca. La hora iba pasando y necesitaba organizar la comida.

—Haremos algo sencillo... Creo que sopa de pollo estará bien.

—Los muchachos no se llenarán con eso —concluyó Cuca, que quería mucho a los hijos de la familia y mantenerlos satisfechos era su prioridad. Para Marcos, la comida tenía una importancia vital.

—Ninguno almorzará aquí, ni siquiera Ana. Y para peor, Federico está enfermo.

—Como mande, señora.

Todos tenían planes para ese día: Anita comería con sus suegros y los muchachos avisaron que trabajarían hasta tarde.

* * *

Pedro, sentado en el sillón de su oficina, frente a su escritorio de la jamonera, miró el reloj que colgaba en la pared. Eran las dos de la tarde. Debía apurarse si quería terminar temprano el listado que confeccionaba. Necesitaba liberarse cuanto antes, pues esa tarde tenía un compromiso especial y no deseaba toparse ante ningún contratiempo. Su actividad era muy importante.

Se concentró y siguió tecleando en la máquina de escribir. La voz de su hermano lo sacó del ensimismamiento:

—¿Cómo vas con la lista de los compradores?

—Muy bien.

—Espero que a muchos de los clientes de la jamonera también podamos venderles los vinos de nuestra bodega —expresó Marcos con vehemencia alzando sus manos al cielo como un deseo.

—Supongo que sí —contestó Pedro.

Marcos observó a su hermano. No podía entender cómo no se entusiasmaba con el nuevo desafío. ¡Tanto dinero invertido en Getafe y él sólo respondía un tibio «Supongo que sí»! Luego agregó:

—Estoy esperando a que en cualquier momento llegue Cosme, la persona que se encargará de comercializar los vinos en los restaurantes.

El trabajo compartido comenzaba a aplacar los ánimos caldeados por las peleas. Ambos trataban de poner buena voluntad y a veces les daba resultado... sólo a veces.

—¡Coño! —dijo Pedro tomándose la cabeza con las dos manos. Acababa de recordar que se había olvidado de algo importante.

—¿Qué sucede? —preguntó Marcos.

—¡Me he olvidado de que teníamos que pasar por el notario! Los vendedores de la bodega han dejado allí unos certificados para nosotros.

—¿Necesitamos pasar hoy? —preguntó Marcos.

—Sí. ¿Podrías ir tú? —indagó pensando que precisaba estar liberado de obligaciones para concentrarse en un asunto importante. Pero luego se arrepintió—. Si es un problema, iré yo —agregó. Ya vería cómo se las arreglaría.

—No te preocupes, yo puedo —respondió.

Mientras lo observaba con detenimiento, Marcos trató de encontrar en el rostro de Pedro algún indicio que le demostrara la veracidad del comentario que había escuchado acerca de qué

haría su hermano esa tarde. ¿Y si le preguntaba abiertamente? No, asumió que no sería una buena idea. Conocía a Pedro y sabía que no tenía pelos en la lengua. Prefirió el silencio porque, si era verdad, Pedro se lo contaría sin miramientos y él opinaría en consecuencia, dando inicio a una nueva pelea. Y durante esa semana —y las últimas— ya habían tenido suficiente. Temía que una nueva contrariedad desatara la violencia y los encontrara zanjándola a los puños.

La recepcionista de la jamonera, la mujer de los grandes aretes y voz chillona, lo sacó de sus cavilaciones:

—El señor Cosme acaba de llegar. Lo aguarda en su despacho.

—Perfecto, gracias —dijo Marcos enfilando hacia su oficina.

—¿De veras irás tú al notario? —comprobó Pedro.

—Sí, claro. Nos veremos en casa durante la cena.

Pedro asintió con la cabeza y lo saludó levantando la mano; luego continuó con el listado. Necesitaba terminarlo antes de marcharse. Esa noche lo aguardaban en la Casa del Pueblo, en la sede de la calle del Piamonte.

* * *

Una hora más tarde, conforme con el resultado de la reunión que mantuvo con Cosme, Marcos partió rumbo al notario. Antes, como le quedaba de camino, aprovecharía para comer en Los Santos. Reconoció que esa taberna lo llamaba. Pero no supo distinguir si la atracción la ejercía la chica que trabajaba allí o la deliciosa tortilla de papas que servían en su punto justo.

* * *

Pedro Díaz Montero, sentado en la primera fila de las sillas ubicadas en el salón teatro de la sede de la Casa del Pueblo, se acomodó nervioso el saco del traje color beige. No quería que se le arrugara; pretendía estar especialmente prolijo. En unos instantes más, cuando el anfitrión concluyera los anuncios generales y lo presentara, él, ante las estatuas de Marx y Pablo Iglesias, estaría conferenciando desde el estrado ante el auditorio presente para celebrar la reapertura de este centro —mezcla de templo y escaparate—, clausurado desde 1934, y que el mismo lunes, después de los comicios, habían recuperado los trabajadores sin mediar orden judicial. Si bien por estos días los trajes parecían cada vez menos populares —sobre todo, entre aquellos que pretendían disfrazarse de proletarios—, a él le gustaba usarlos para sus ponencias. Aunque la ropa —entendía— era una tontería, pues lo importante se concentraba en las ideas, Pedro Díaz Montero vestía bien y punto.

No era la primera vez que lo convocaban para que hablara en público, pero esa tarde estaba frente a una ocasión especial porque se hallaban presentes las autoridades más importantes del centenar de sindicatos nucleados en la Unión General de Trabajadores que regresaban para darle vida a la Casa del Pueblo, para reorganizar las secretarías y brindarles asesoramiento y educación a sus afiliados; sumados los mandos de las agrupaciones políticas que conformaban el Frente Popular, coalición de la que Pedro había sido un silencioso artífice.

Díaz Montero era un buen orador. Sus discursos llamaban a ser escuchados, aunque también atraían su apellido y su pertenencia a la familia dueña de uno de los principales establecimientos

de jamón en Madrid, bien estimada por los animales que criaban y faenaban en su finca de Ledrada, en Salamanca. El gran negocio mayorista y minorista montado en pleno centro de Madrid había sido fundado por el padre de don Federico, un conservador de cuidado que había amasado una importante fortuna. Nombrar a los Díaz Montero era hablar de dinero y de jamones de calidad. Pero en la sede del Partido Socialista Pedro no trascendía por eso, sino por su condición de orador apasionado por la causa, fama ganada en buena ley porque como él había pocos.

Pedro Díaz Montero era un autodidacta que casi no preparaba sus discursos; para él, sólo se trataba de dejar fluir lo que pensaba y sentía sobre la realidad social y las palabras emergían de su interior a borbotones, de forma vehemente, violenta y febril. Su talento para improvisar y su oratoria convincente le habían granjeado la invitación de esa noche.

El Partido Socialista, integrante del Frente Popular que había ganado los comicios de febrero, presionaba al gobierno para que cumpliera su promesa electoral: la amnistía a los presos políticos que, para ese entonces, rondaban los treinta mil. Se bregaba por una amnistía amplia para los delitos políticos aun cuando no hubieran sido considerados como tales por los Tribunales. El encarcelamiento de miles de personas por motivos políticos había generado un intenso malestar social, muy agudizado en Cataluña por el arresto de sus principales autoridades.

Si bien los militantes de la derecha ya no tenían el mismo peso en el Parlamento, igual todavía entorpecían la función del gobierno oponiéndose a los cambios, como lo era la ley de la amnistía. La derecha contaba con el apoyo del Ejército, la Iglesia católica y los capitales internos y externos además de la cínica ayuda de Alemania. Al gobierno se le hacía difícil neutralizar a este grupo opositor.

La persona que oficiaba de presentador convocó al principal orador: Pedro Díaz Montero, que subió al estrado concentrado en los tres ejes que abordaría esa noche: la urgente sanción de una ley que les permitiera fundar esta nueva España sin rencores, el nacimiento de una nación diferente ahora que la República estaba en manos de los socialistas y la necesidad de unir a los sectores que conformaban el Frente Popular, a los que invitaba a sumarse a este centro cultural y político.

Saludó y abrió su discurso con una frase que había acuñado como disparador para iniciar sus intervenciones públicas: «Sueño con una España nueva que sea mejor para todos...». La dijo y no fue siquiera necesario mirar una vez la hoja donde tenía consignados los puntos principales sobre los que hablaría porque, al discurrir sobre su amado país y su gente, las palabras le nacieron con verborragia y ardor. Durante veinte minutos, Pedro se dedicó a explicar con claridad y vehemencia lo que deseaba para España, y cuán útil sería la amnistía para evitar recriminaciones por viejas situaciones junto con la importancia de una urgente unidad. Lo expresó con palabras, con gestos, con su mirada penetrante, oscura y sincera. Lo hizo tan bien que al final el aplauso fue estrepitoso y cerrado. Algunos lo aclamaron de pie; otros, emocionados, gritaban: «¡Viva la República!». Un muchacho muy rubio de bellas facciones, que llevaba un enorme pañuelo rojo que le caía en triángulo sobre la espalda y le cubría parte de la camisa a cuadros, lloraba conmovido al grito de «¡República o muerte!».

Pedro, una vez que terminó, saludó y se sentó contento; había podido transmitir el mensaje que quería. Varias personas se acercaron para felicitarlo; entre ellas, el chico rubio del gran pañuelo rojo, militante de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), que, al tenerlo enfrente, lo abrazó con cariño. Pedro disfrutó de la buena acogida del mensaje, le renovó las esperanzas. Enseguida una banda interpretó algunas marchas y el Orfeón Socialista entonó el «Himno a la Casa del Pueblo».

Pero los minutos pasaron y la alegría del primer momento se le fue esfumando porque una

inmensa soledad lo embargó, la misma que siempre lo atacaba. Su existencia era solitaria y no podía compartir con nadie el *todo* que conformaba él como persona, pues los presentes no conocían, ni podían imaginar la existencia que tenía él como hijo y hermano de falangistas; mucho menos comprender su calidad de dueño de una fábrica de jamones que ya había pertenecido a su abuelo y que lo llenaba de responsabilidades que sus camaradas jamás entenderían. Por otro lado, su familia no tenía ni la más remota idea de lo que sentía, como tampoco sabía que en ese momento estaba allí, dando una apasionada conferencia, bregando por la República; mucho menos conocía su afiliación al Partido Socialista.

Se quedó un rato más en el lugar compartiendo un trago en el remozado café que había vuelto a encender sus veladores redondos de mármol. Pasados unos minutos, cuando consideró que nadie se percataría de su ausencia, se marchó.

Caminó despacio y triste por las calles de esa fría Madrid. Porque esa noche el crudo invierno helaba no sólo los huesos sino también el corazón, como decía Antonio Machado en sus versos.

Pensó que si se apuraba llegaría a tiempo para cenar. Ojalá algún día lo abandonara esa horrible soledad y, libre de ese velo, pudiera compartir con los seres que lo rodeaban todo lo que él era en realidad. Su existencia no estaba compuesta de color blanco o negro, como exigía la España actual; su existencia tenía matices, colores claros y oscuros que nadie quería ver, porque las extrañas tonalidades que él portaba les molestaban a un bando como al otro. Sus pasos por la angosta calle del Barquillo dejaban escuchar el redoble de las suelas de sus zapatos italianos. Al doblar en la de Alcalá, el gentío se intensificó y su calzado resultó menos llamativo. Dejó atrás el Círculo de Bellas Artes sabiendo que le quedaban unas pocas calles y estaría al abrigo de la chimenea de su casa.

No imaginaba que alguien con las mismas suelas e idénticos zapatos caminaba detrás, apurado, pensando lo mismo. A pocos metros, Marcos Díaz Montero avanzaba con cautela, no quería que su hermano lo descubriera, no se sentía preparado para hablar con él sobre lo que sólo un rato atrás había presenciado. Lo abordaría cuando estuviera más tranquilo, pues el tenor y el efecto en el público del discurso de Pedro le habían generado una gran conmoción. No podía sacarse de la cabeza la imagen de ese muchacho rubio con camisa a cuadros y pañuelo rojo emocionado hasta las lágrimas vitoreando por la República. ¡Qué locura! ¡Y Pedro, allí, reclamando la unidad y la amnistía!

Ese día, por la mañana, un hombre cercano le había confiado que Pedro disertaría en la conferencia. Incrédulo, se presentó en la calle del Piamonte para verlo con sus propios ojos. En un primer momento, observarlo en acción lo dejó estupefacto. Delante de los presentes, no parecía ser el hermano que conocía. Aunque sus planteos a favor de los trabajadores se habían vuelto insistentes, jamás hubiera imaginado el tamaño de su compromiso con la causa.

Decididamente, los Díaz Montero habían perdido para siempre a Pedro. Su presencia en ese lugar en calidad de orador lo ponía ante la sociedad en una posición de la cual ya no podría salir nunca más. A Marcos no le importaba que hoy estuviera de moda ser republicano debido al éxito en las urnas. Eso era una moda pasajera, ya volvería la normalidad. «Por más que Pedro abrace con ardor ese nefasto idealismo, al final, la monarquía, el Ejército y la Iglesia se impondrán como siempre», sopesó apesadumbrado y enojado. Y al hacerlo, las fuertes ideas de división que partían a toda España en dos opuestos irreconciliables extendieron las raíces en su interior.

* * *

Era bien entrada la noche cuando Pedro, vestido de impecable traje beige, ingresó al burdel de la calle de las Huertas. De inmediato, la calefacción y las fragancias francesas del ambiente le devolvieron el bienestar perdido tras el discurso.

No era una buena noche. El viejo sentimiento de soledad —que hoy lo atacaba ferozmente—, las tensiones políticas y las discusiones familiares le causaban insomnio. En compañía, se distraería. Un cuerpo de mujer lo consolaría de sus males nocturnos.

Desde la punta del salón, Margarita Manes, la dueña del lugar, lo vio entrar y caminó sonriente a su encuentro. Díaz Montero merecía atención personal. El hombre pertenecía a un selecto grupo de clientes consentidos; además, trataba muy bien a las chicas del lugar y siempre dejaba dineritos extras. Si bien no se dejaba ver a menudo, lo frecuentaba desde hacía varios años, igual que su hermano Marcos. Don Federico, su padre, los había llevado por primera vez cuando eran sólo unos muchachitos. En ese momento, cuando el padre los trajo, Margarita supo con claridad que lo perdería como cliente, como ocurría con los padres de familia que, a medida que se ponían grandes, dejaban de asistir. Existía una regla de decoro que se respetaba a rajatabla: un padre no podía ser visto en un lugar así por sus hijos, pues su presencia era una ofensa para la madre. Había tenido varios casos similares —y muchos, de familias muy católicas—: ganaba como clientes a los hijos y perdía al padre, pero esa era la ley de la vida. De todas maneras, había oído que don Federico estaba mal de salud, así que suponía que no visitaría otro burdel, ni siquiera el de la calle de Núñez de Arce, más acorde a su prosapia. Y al hombre nunca se le había conocido una amante fija.

—Dichosos los ojos que lo ven, Díaz Montero —dijo Margarita acercándose para saludarlo con un beso.

Pedro sonrió y le devolvió el cumplido.

—¿Quiere tomar algo antes de que lo atiendan?

—Sí, por favor, un whisky.

—Ahora mismo se lo traigo. ¿Va a querer alguna muchacha en especial?

Mientras se sentaba en unos silloncitos de pana roja, Pedro comprendió que lo mejor sería pedir por la muchacha con la que solía conversar luego de tener sexo. Ella, más avispada que el resto y secreta adherente al ideario republicano, sabría cómo exudar su melancolía.

—Sí, la de cabello rubio corto, la de Andalucía.

—Ah, Marta. Perfecto —dijo Margarita pensando en que los hombres morenos casi siempre pedían por las rubias y viceversa, una coincidencia con muy pocas excepciones.

Los hermanos Díaz Montero, desde que pisaban solos su local en busca de los placeres de Venus, se habían forjado fama de amantes fogosos, pero también de gente acaudalada, culta y bien relacionada. Pedro, además, tenía un atributo que no pegaba con estas últimas características: republicano comprometido.

En el burdel, poco importaba; allí se atendía a todo el mundo cualquiera fueran sus convicciones. Hasta se acogía a sacerdotes, claro que en horarios especiales.

Para desalentar disputas estériles, que incluso podían perjudicar su negocio, Margarita aclaraba que, cuando se entraba a esa casa, se debían dejar fuera las ideas políticas y religiosas. En general, siempre había logrado el respeto a esa regla, salvo en estos últimos tiempos en que la revolución política bullía en gran manera; por esa razón, en un par de oportunidades se habían suscitado altercados entre los hombres mientras tomaban bebidas antes de ser atendidos por las chicas.

Ella, que no se inclinaba ni para un lado ni para el otro, con la sabiduría de la calle, repetía su lema favorito: «Todo pasa, pero los burdeles, como el jamón, quedan». Así que más le valía

mantenerse ajena a las tendencias. Sin embargo, tenía que reconocer que, pese a las continuas contiendas que se desataban en el territorio, esta vez España hervía y exigía que cada persona que se mostraba neutral, como ella, se identificara con un bando. Los españoles eran continuamente acorralados para que se manifestaran a favor de la derecha o de la izquierda. Sirvió el whisky ella misma y se lo llevó a Pedro.

Media hora más tarde, él se tomaba su bebida mientras Marta le acariciaba los cabellos oscuros con sus manos de largas uñas pintadas de rojo. Ella lo encontraba atractivo y educado. Cuánto más sencillo sería su trabajo, pensaba, si todos los clientes fueran tan amables como este hombre.

Sumergido en su mundo, Pedro apuró su vaso; y ella, tomándolo de la mano, lo condujo hacia el piso alto. Antes de subir las escaleras, él le quitó los grandes aretes y las flores que formaban parte de su arreglo y los dejó sobre una pequeña mesa ubicada en el rellano de la escalera. Le gustaban las mujeres al natural.

Con una seña, Margarita les indicó que ocuparan el cuarto azul, el más grande y mejor decorado, que estaba libre.

Cuando la pareja alcanzó la planta alta, la puerta principal se abrió. Margarita espío y vio que ingresaba ¡Marcos Díaz Montero! ¿Un encuentro pactado o una verdadera casualidad? Lo cierto era que llevaba mucho tiempo sin visitarla.

Se movió con rapidez atendiéndolo con la misma deferencia con la que recibió a su hermano y, por lo que pudo sonsacarle, descubrió que cada muchacho había llegado por su lado y desconocían la presencia del otro. Decidió ser discreta.

Cinco minutos de charla con este hombre educado pero algo más arrogante que su gemelo le bastaron para intuir cuál sería su pretensión: Marta.

—Lo siento, está ocupada —dijo con la satisfacción del acierto y con la firme persuasión de mantener la reserva acerca del cliente que se había anticipado a su deseo—. Pero déjame que te presente a Romilda, que no te defraudará.

La muchacha tenía buen aspecto; era parecida a la otra, rubia, pero de pelo largo. Él aceptó. Caminó con ella escaleras arriba; al llegar al rellano, Marcos tomó la flor y los aretes que estaban en la mesita y él mismo se los colocó a la chica.

—Te sientan bien —comentó Marcos, que le gustaba la mujer arreglada.

Margarita, que presenció esta escena y la que protagonizó su hermano, exclamó:

—¡Madre mía, qué muchachos!

Si bien podía reconocer que físicamente no eran idénticos, se notaba que sí gemelos... Porque venir el mismo día, a la misma hora, sin ponerse de acuerdo... ¡y pedir por la misma muchacha! Y ante el detalle de los aros y la flor, reflexionó para sí: «¡Tan iguales y tan distintos! ¡Cuántos problemas acogerá la casa que cobije a dos hombres como estos!».

Margarita acertó como había acertado en casi todas las ideas que había formulado esa noche respecto a los hombres. Ella conocía muy bien la mente masculina.

Pedro se marchó antes de las dos horas. Si bien había consumado el acto con la chica, cuando intentó congeniar con ella no le había ido bien. Sus palabras no habían encontrado el eco esperado. Decepcionado, decidió abandonar el local.

En otro de los cuartos ubicados en el mismo pasillo, el verborrágico Marcos contaba detalles del negocio de los jamones sin preocuparle cuánta atención le prestaba la muchacha. Hablaba y eso le bastaba.

* * *

En la taberna Los Santos, la vida seguía su curso. Otra jornada laboriosa llegaba a su fin luego de atender a los clientes habituales y a varias caras nuevas. El día había transcurrido atendiendo pedidos. Nadie parecía haber faltado, hasta el muchacho guapo y elegante, dueño de la jamonera, había almorzado allí. Comió tarde y charló bastante con María sobre los platos de la carta y sus precios. El tema comercial captó su atención. La muchacha se mostró interesada en responder. La breve ausencia de don Aquiles le había permitido conversar y alejarse por un rato de su verdadera preocupación.

Con la noche en ciernes, María pronto podría retirarse a su cuarto para descansar. Respiraba aliviada ante el silencio de su patrón, que no había mencionado la escena. Supuso que ya no lo haría; evidentemente la culpa del desliz la había tenido el alcohol, que lo había hecho cometer las estupideces que, por suerte, ahora no quería recordar.

Al final de la velada, don Aquiles le solicitó que realizara varias tareas extras —cosas que esporádicamente le pedía— y, en esos minutos, el hombre tampoco abrió la boca para decirle nada que no fuera de trabajo. María terminó de fregar el suelo y, quitándose el delantal, preguntó:

—Don Aquiles, ¿me necesita para algo más?

—No, María, aunque podrías... —dijo mientras le observaba el pelo recogido en la coleta. Le gustaba cómo le quedaba, le permitía ver su cuello.

—¿Sí?

—Nada, nada... vete a descansar.

Ella se retiró y Aquiles Tormo comprendió que no podía alargar la jornada con pretextos para que la chica se quedase más tiempo a su lado. Si llegaba la noche, ella debía retirarse; ese era el trato. Compartían el día, pero no le bastaba. También deseaba compartir con ella la noche. Y si pronto no hablaba con María sobre sus sentimientos, esa posibilidad se esfumaría. Ya no se trataba de atracción sexual, sino que se había enamorado perdidamente de la joven. ¡Cómo no prendarse! María era linda, buena, dulce, trabajadora, inteligente, virgen, leal, republicana y... Podía llenar la oración con todas las virtudes que existían en el idioma castellano. La idealizó. Si hasta encontraba su rostro parecido al de la santa de la imagen que colgaba en la pared verde de una de las esquinas del bar. Miró el cuadro de la Virgen y pensó que ambas transmitían el mismo candor. Aquiles no se percataba de que había sacado a María de los planos normales para elevarla a uno superior, casi sobrenatural. Y en ese pedestal, la adoraba. La veneración y el deseo sexual formaban una mezcla peligrosa. Quería poseerla y no se daría por vencido. Pensó en la boca de la chica y... ¡ay, cómo deseaba besarla! Pensó en sus ojos celestes y... ¡ay, cómo quería que lo miraran enamorados! Entonces, tomó una decisión: al día siguiente hablaría con ella, le propondría un romance, un noviazgo, o lo que quisiera. Se emocionó ante sus propias y temerarias resoluciones, y sintiéndose invencible fue más allá: le propondría matrimonio. ¡Por qué no! Casarse significaba todo lo que él quería: trabajar juntos, concebir un hijo y tenerla cada noche en su cama para poseerla.

La mirada soñadora y enternecida de Aquiles acompañó la figura femenina hasta que desapareció por la puerta del fondo rumbo al patio. María, abstraída en su propio mundo de preocupaciones, se marchó inquieta y apurada; se le había hecho más tarde de lo habitual. Rogaba por que Manolito aún estuviera despierto. Su hermano le había dicho que no entendía unas operaciones matemáticas y quería ver el cuaderno junto con el niño.

Aquiles, con su idea de casamiento, acababa de traspasar un límite y lo que encontró del otro lado le había gustado. Sembró tantas esperanzas que ya no sería posible volverse atrás. Quería casarse.

* * *

Al día siguiente, Tormo se levantó más temprano que nunca, quería estar vestido, peinado y perfumado para cuando María abriera la puerta de su casa para ocupar el baño. Pensaba abordarla a primera hora, no quería esperar ni un minuto más. Además, si no lo hacía en ese preciso momento, luego comenzarían las actividades del día y, entre clientes y raciones, ya no podría exponerle su propuesta hasta la noche.

Eligió su atuendo con extremo cuidado y se peinó con la mayor pulcritud. Ocupó un largo rato hasta quedar conforme con el bordado de tapiz que se hacía en la cabeza con su pelo, artimaña con la que pretendía disimular su calvicie. Luego, se ubicó en el pasillo con la mirada atenta a la puerta del patio por donde ella ingresaría. Podía escuchar su propia respiración agitada. Proponerle matrimonio era arriesgado; casarse lo era. Pero por amor aceptaba el reto contento y confiado.

Tres minutos, cinco, seis, la espera se le hacía eterna cuando al fin la puerta se abrió y Aquiles sintió un sofocón de emoción que le arreboló las mejillas. María, con el pelo rubio recogido en la coleta de siempre y enfundada en su viejo vestidito azul, ingresó al pasillo. Al verla, él lanzó un largo suspiro: la encontró arrebatadoramente hermosa.

—¡Ay, don Aquiles, qué susto me ha dado! —exclamó ella sobresaltada. Jamás hubiera pensado encontrarlo en la casa. A esta altura de la mañana, él ya estaba abriendo la puerta y las ventanas del bar.

—Perdón, no creí que te asustarías.

—¿Pasa algo? ¿Se siente usted bien? —preguntó al verlo alterado y con la cara roja.

—Oh, sí, muy bien...

Ella lo miró sin entender. ¿Entonces por qué estaba allí? ¿Por qué no se corría de la puerta del baño y la dejaba entrar? Se moría de ganas de orinar.

—María, necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí, lo que tengo para decirte ya no puede esperar.

—Eh... como diga —expresó resignada. Al fin y al cabo, don Aquiles era su jefe, el hombre que le daba trabajo. El adulto en la relación. Él mandaba.

—María, yo nunca imaginé que algo como esto podía pasarme. Pero si así se han dado las cosas, por algo será —dijo separándose de la pared. Dándose la vuelta, dejó a María contra el muro y prosiguió—: Yo tengo un sentimiento por ti, niña, uno bueno. Yo te quiero, estoy enamorado de ti.

María quedó estupefacta. Las palabras y las ganas de orinar le punzaron el vientre. Otra vez Aquiles Tormo con el mismo devaneo.

El hombre prosiguió con su monólogo:

—Yo sé que hay muchos años entre nosotros. Pero cuando se ama, niña, las diferencias no importan... Eso te lo puedo asegurar yo, que... —dijo en un esfuerzo denodado por tratar de creerse su propio cuento.

—Don Aquiles... —esbozó. El miedo y la impotencia la aprisionaban y la dejaron sin palabras.

—María, no te asustes, no quiero hacerte daño. Sólo te pido que consideres si estarías dispuesta a iniciar una relación conmigo... un noviazgo... —La última palabra le sonó tan ridícula

que añadió—: Noviazgo o lo que tú desees.

Terminó la frase y aguardó una respuesta.

Ella se la dio:

—Pero nosotros dos, no podemos...

—No me digas que no. Mira, y que te quede claro que te respeto. Tanto, niña, tanto que, si no quieres darme un beso, yo lo entendería. Esperaría tus caricias hasta nuestra boda.

—¿Boda...? —preguntó impresionada con la palabra. ¿Cómo es que ese vocablo podía aplicarse a ella y don Aquiles?

—Sí, niña, te estoy proponiendo matrimonio. Eso significa que te cuidaría eternamente. A ti, y a tu hermano —señaló con énfasis. No era tonto, sabía el poder que encerraba esa frase.

Otra vez la mirada verde masculina buscaba en los ojos celestes un sentimiento amoroso que no había. Aguardaba, aunque fuera una débil respuesta, pero de la boca de María no salió nada. Las palabras de su patrón, ahora convertido en pretendiente, eran imágenes que venían a su mente y que la torturaban: ella vestida de novia saliendo de la iglesia con don Aquiles del brazo. Lo bizarro de la visión sostenía su mutismo.

Él, enamorado y ansioso, tomó el silencio como una aceptación. Se sintió optimista; ella, al menos, no se negaba.

—María, María..., no sabes cómo sueño contigo, con tu aroma a lavandas... Niña, tienes que entender que yo te quiero bien —dijo acercándose suavemente buscando con su boca la de ella.

María, al sentir la cercanía del hombre, corrió la cara hacia un lado. Él, aprovechando la proximidad, la aprisionó entre sus brazos, unió los cuerpos y logró pegarle sus labios. La besó. María intentó zafarse pero Aquiles, urgido y desbordado, ni se percató del rechazo. ¿Qué otra cosa haría una niña inexperta que patear un poco ante los besos de un hombre?

La besaba con ardor, desesperado y con la boca abierta, dejando en el rostro de María la huella de su saliva.

Aquiles la besó y luego bajó su boca por el delicado cuello, aspirando el aroma a lavanda. Entonces, arrobado, en estado hipnótico e inconsciente, volvió a subir los labios y, otra vez, pegándolos a los de ella, su lengua incontinente investigó cada lugar recóndito de la joven boca. La pasión lo llevaba a sitios desconocidos; tan trastornado estaba que hizo algo que jamás hubiera pensado hacer: con fuerza, pegó el frente de su cuerpo al de ella y, sintiéndola toda, colocó sus manos sobre las nalgas de María y, con mayor violencia, las tocó buscando subirle el vestido para llegar a la piel.

Conmocionada, entre forcejeos, María sólo logró articular:

—No, don Aquiles, no. No quiero.

Entonces, vuelto en sí por primera vez, cobró conciencia de lo que allí estaba sucediendo, de la cabal realidad de sus actos.

—Ay, María, perdón, perdón... —se disculpó. Pero no había manera de remediar lo sucedido. Apenas dijo—: Quiero que sepas que te quiero bien.

La frase sonó ridícula. Se separó, inspiró y, avergonzado, añadió:

—Lo siento. Iré a abrir el negocio. Pero piensa en mi propuesta. Es sincera... Hablaremos mañana, no necesitas responderme hoy.

La estrujó con una última mirada y se marchó.

María, estupefacta, aún pegada a la pared, comenzó a llorar dando rienda suelta a su desazón. Mientras lo hacía, sintió las piernas mojadas con un líquido tibio. Miró hacia abajo y entre las lágrimas alcanzó a ver sus zapatos marrones empapados; acababa de orinarse encima. Avergonzada, lloró aún más fuerte. Las preguntas la bombardeaban. ¿Qué debía hacer? ¿Mudarse

ya mismo de esa casa? Pensó en su hermanito. Si se marchaban, ¿qué le daría de comer? Ya no dispondría de comida para él. No tenían techo, ni dinero. ¿Debía quedarse y empezar una relación con Aquiles, un hombre treinta y tres años mayor? Un noviazgo significaba que él querría acostarse con ella. Para muestra de lo que le esperaba, bastaba la escena que montó en el pasillo. Y ella, que nunca había conocido varón, tendría que hacer el amor con Aquiles Tormo. Al lacerarse con esa posibilidad, una arcada vino a su garganta.

Entró al baño para lavarse. Luego debería cambiarse la ropa, limpiar los zapatos. Las ideas bullían en su cabeza. En poco tiempo más, clientes y vecinos harían correr la voz de que permanecía amancebada. ¿Y si se casaba? Tal vez la mejor opción fuera convertirse en la esposa de Aquiles. Ese matrimonio la ubicaría en una posición segura y acallaría cualquier sospecha. Ni ella ni su hermano pasarían hambre, ni les faltaría un techo.

Meditaba en las opciones y cada pensamiento le dejaba un peso tan grande en su espalda que sentía que le costaba ponerse derecha, quería erguirse y no podía. Terminó de higienizarse y fue a su cuarto.

Su hermano se sorprendió porque ella no solía regresar.

—¡Mayi...! ¿Qué haces aquí? Si vienes a regañarme, no podrás hacerlo. Mira, ya desayuné y estoy listo para ir a la escuela.

—Manolito, mi niño... —dijo y le tendió un gran abrazo.

—¿Sucede algo malo?

—Nada, sólo que me ensucié la ropa con té y vengo a cambiarme.

—¡Has visto! ¡A ti también se te vuelcan las tazas! —dijo risueño.

María sonrió. Su hermano era el bálsamo que aplacaba sus preocupaciones. Comenzó a vestirse. Luego, volvió a hacerse la coleta. El viejo lazo se le deslizaba a cada momento. Buscó otro en el cajón y, revolviendo, encontró la tarjeta de la jamonera La Bellota. La tomó entre sus manos y recordó las palabras que el señorito elegante le dijo al entregársela. Cerró los ojos tratando de concentrarse en lo que hablaron dos días atrás y recordó la propuesta claramente: «Si algún día quieres trabajar en otra cosa, sólo te llegas a mi despacho». ¿Y si la aceptaba? ¿Y si se animaba a pedirle trabajo? Asumiría un gran riesgo si se marchaba de la casa de don Aquiles. Podía quedarse sin el pan y sin la torta. Ante una nueva vida de privaciones, la panza le dio un vuelco. El miedo fue tan grande que sintió un vacío aterrador. Pensó en su padre. Ojalá pudiera ayudarla desde donde estuviera. El recuerdo trajo a su mente una de sus frases: «Nunca dejes que otro decida por ti. La libertad es el bien supremo del hombre». Jamás había alcanzado a comprender la profundidad que encerraban, pero en este momento, por primera vez, esas palabras cobraron sentido. Tal vez no debía tomar ninguna de las opciones que le ofrecía su patrón, tal vez debía animarse y elegir ella misma lo que realmente quería. Eso significaba buscar otro trabajo y un lugar para vivir.

Si decidía visitar la jamonera, debía hacerlo al mediodía, cuando retirara a su hermano de la escuela. En ese horario, su salida no alertaría a Aquiles Tormo. Esa era la única posibilidad, ojalá le alcanzara la valentía para intentarlo. Todavía tenía por delante un par de horas para juntar valor.

En Los Santos, don Aquiles, avergonzado, deseaba que la chica le dijera que aceptaba casarse con él para resolver rápidamente el asunto. No podía permanecer en ascuas porque, además, si un día había perdido la cordura, ¿por qué no mañana de nuevo? Y eso era malo, muy malo. No quería violentar a María. No recordaba haber sufrido un arrebatado semejante. Ni siquiera de joven. Su paciente espera había posibilitado que su esposa llegara virgen al día de la boda. Y una mujer sin pecado, como María, merecía respeto. ¡Pero, ay, cómo deseaba gozarla! Su interior se debatía

entre la adoración que sentía por la chica, y reclamaba su respeto, y sus bajos instintos, que le exigían poseerla.

Ese era su contradictorio estado cuando María ingresó al bar y el día laboral comenzó agitado para los dos. Los proveedores de bebidas vinieron temprano y él tuvo que ayudarlos para que metieran por el portón del patio los cajones de botellas. María, mientras tanto, servía los pedidos de las personas que iban llegando.

La atención de clientes y proveedores, más el trabajo de la cocina, los mantuvo entretenidos. La jornada parecía desenvolverse bajo una completa normalidad... superflua. Porque, tras la aparente rutina, una ebullición constante alertaba tanto a María como a Tormo. Bastaba un pequeño movimiento de uno para que el otro se sobresaltara. Alcanzaba una palabra o una respiración ruidosa para que se espieran de reojo.

Antes del mediodía, María ya había controlado varias veces el reloj colgado en la pared del bar. La hora parecía no pasar nunca. Pero, al fin, cuando faltaban diez minutos para buscar a su hermano, se retiró para arreglarse un poco con la excusa de ir al baño. Se acicaló el cabello con el peine negro de don Aquiles, ese que nunca antes había usado, y se pellizcó las mejillas. Hubiera querido poder hacer algo más por su aspecto, pero no tenía maquillajes. Tampoco podía mudarse de ropa, pues le daría motivos a su patrón para fundar una sospecha. Cuando regresó al salón, se quitó el delantal y, como si la rutina no cambiara, dijo:

—Don Aquiles, recogeré a Manolito.

—Vete, vete, aprovecha, que hoy casi no hay clientes para almorzar.

María tomó la calle de la Magdalena y dobló en la del Ave María, para llegar pronto a la pequeña escuela ubicada en la calle del Olmo. A veces a la ida, para despejarse; otras, en el regreso, para conversar con su hermano como un breve remanso, se asomaba a la animada calle de Atocha y subía por Relatores hasta llegar a Los Santos. En total, entre ida y vuelta, se gastaba media hora. En esta ocasión, salió tarde adrede para evitar los cálculos horarios de Aquiles y cubrió el trayecto más corto en el menor tiempo posible con la intención de ganar unos minutos para concretar su plan. Cuando llegó, su hermano la aguardaba sentado en el escalón del pórtico de ingreso.

—¡Mayi! ¡Hace rato que te espero! Hoy te has demorado.

—No pude venir antes —se excusó. No era verdad.

María tomó de la mano a Manolito y partieron raudamente pero cuando el niño descubrió que se alejaban de Los Santos, no pudo evitar preguntar sorprendido:

—¿A dónde vamos?

María no respondió.

Al desembocar en la puerta de Moros, ante el claro que forman las tres plazas, el niño insistió.

—Debo realizar varias diligencias —respondió María y el tono de su voz fue tan serio y contundente que Manolito entendió que no debía contrariar a su hermana, fijó la vista en el movimiento de carros, animales y artesanos que poblaban la zona de la plaza y se dejó llevar de la mano con la rapidez que ella pretendía.

María realizó una serie de preguntas y le indicaron que se dirigiera a la calle del Almendro, que en una casa pintada de azul encontraría lo que buscaba. Cuando la divisó, no dudó y llamó a la puerta de una casona medio derruida. El cartel colgado en el balcón anunciaba «PENSIÓN».

Enseguida la atendió una mujer de mediana edad, con pañuelo en la cabeza, vestida de luto, que dijo llamarse Isabel. Con Manolito aún de la mano, la casera la remiró de arriba abajo y le explicó que la habitación, ubicada en la planta alta y con baño compartido, salía ciento cincuenta

pesetas el mes y que cobraba por adelantado. Se ofreció a mostrársela. María se excusó porque iban sin tiempo. No podía demorarse, pero estaba satisfecha, había hecho lo más importante: averiguar si tenía disponibilidad y cuál era el precio. Ante la negativa, la mujer se encogió de hombros.

Pero mientras se marchaban, María le señaló:

—Regresaré. Necesito alquilar un cuarto.

—¿Dónde trabajas? —se interesó la casera ante la inocultable juventud.

—En la jamonera La Bellota —respondió y evitó liarse en una explicación.

Manolito abrió los ojos pero siguió mudo.

—¿Y cuánto ganas?

—No se preocupe, me alcanzará. Trabajo y mantengo a mi hermano desde hace mucho. El cuarto es para nosotros dos —aseveró mientras pensaba «¡Quién sabe si lograré el empleo! Y si lo logro, ¿cuánto me pagarán?».

Saludó a la mujer y en la calle comenzó a caminar otra vez muy apurada, tanto que el pobre niño sujeto a su mano debía correr para que sus piecitos pudieran seguirle el ritmo.

—Mayi, me canso —se quejó. Fue lo único que se atrevió a decir aunque tenía mucho por preguntarle a su hermana.

—¡Hala, que falta poco! —dijo María al cruzar Atocha y desembocar en la plaza de Santa Ana, donde divisó el cartel de La Bellota.

Ante la puerta de doble hoja de madera tallada con forma de ángeles, le ordenó a Manolito:

—Te quedarás sentado aquí mientras hablo con la gente.

—¿Aquí? —dijo señalando la acera. No había nada que no fuera el suelo.

—Sí.

—Déjame sentarme en el banco de la plaza.

—Bien, bien —aceptó algo contrariada—. Pero ¿podrás hacerme caso y permanecer allí sin moverte?

Manolito, muy serio, asintió. Los extraños movimientos de su hermana le advertían que algo grave sucedía. Además, él había oído decir que el cuarto de la casona vieja era para ellos.

María ingresó y la diligente secretaria de grandes aretes que la recibió enseguida la hizo pasar al despacho de Marcos Díaz Montero. Pocos minutos después, sentado frente a su escritorio, el joven miraba divertido y sorprendido a María.

Tras intercambiar un par de frases de rigor, ella fue al grano:

—Y como le expuse, señor Montero, he decidido aceptar su propuesta —dijo. Por los nervios, había olvidado el primer apellido del hombre.

—Muy bien.

—¿Todavía piensa que puedo trabajar aquí?

—¡Claro, mujer! Si te animas, puedo ponerte en el mostrador vendiendo los jamones a los clientes. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, por supuesto, señor. Sólo una cosa más...

—Dime.

—Necesito saber cuánto ganaré.

María se supo impertinente. Y, a la vez, decidida, capaz de enfrentar lo que fuese con tal de no verse obligada a amancebarse o concretar un casamiento con Aquiles Tormo.

Marcos sonrió. Le gustó que fuese directa.

—Trescientas pesetas —respondió y, sin dejar de contemplarla, concluyó que era una muchacha dotada de una belleza delicada. Y que hablaba muy bien. Lucía desenvuelta y segura.

Presintió que sería una excelente vendedora. Él tenía ojo para eso. Incluso, después de comprobar cómo se las apañaba con los números del bar, pensó que podría realizar tareas de oficina. Recordó, además, que Aquiles le había confiado que llevaba una especie de contabilidad. Pero no dijo nada, no quiso arriesgarse a tanto.

—Quiero trabajar aquí —aceptó María terminante.

—¿Se lo has dicho al dueño del bar?

—No aún.

Marcos movió la cabeza de manera comprensiva. Luego, preguntó:

—¿Y cuándo quieres empezar a trabajar?

—Hoy mismo —repuso ella. Mañana tendría que contestar la demanda amorosa de don Aquiles.

Marcos se sorprendió. Evidentemente, algo grave había provocado un repentino cambio de opinión.

—No creo que sea posible. Si logro organizarme, podrías empezar el sábado. Suele haber mucho jaleo, pero es un buen día para aprender el movimiento de la tienda.

—Como diga. Entonces, el sábado me tendrá aquí. Pero necesito un favor.

—Dime.

—Que me pague por adelantado. Necesito alquilar un cuarto donde vivir.

Marcos consideró que el pedido era un tanto audaz. Ella se dio cuenta.

—Sé que estoy pidiendo mucho, pero si no sirvo para el trabajo y debo irme, le prometo que le devolveré las pesetas con lo que gane en otro empleo.

Marcos la miró complacido y le dijo:

—Está bien.

Aunque ella no le hubiera hecho esa promesa, jamás le habría negado el adelanto. La chica realmente le agradaba. Pero le aclaró:

—Eso sí: te los daré el sábado.

—Gracias, le prometo no olvidar nunca lo que hace por mí —dijo María y sonrió contenta.

Marcos no le prestó atención a la frase. Él sólo pretendía que se desempeñara de acuerdo a sus expectativas, pero María la tomó muy en serio y la guardó en su corazón. Algún día ella le devolvería el favor.

Luego hablaron sobre horarios y responsabilidades. Marcos fue especialmente cortés con la muchacha y le brindó información útil hasta que se despidieron con un apretón de manos. Lo demás, se lo explicaría el primer día de trabajo.

María salió apurada para emprender el regreso junto a Manolito. Durante el trayecto comprendió que, sin un duro, tendría que esperar a pasado mañana para marcharse de la casa, por lo que debería manejar con cuidado la situación con don Aquiles. En lo inmediato, además, tendría que justificar la demora.

Cuando María se marchó de La Bellota, Marcos se puso de pie con apuro para dirigirse a la oficina de Pedro. Habían acordado mantener una charla de hombres mientras los empleados almorzaban. Pasada la conmoción de oír la vehemente oratoria de su hermano bregando por la causa que él consideraba enemiga, ya se hallaba preparado para confesarle que había presenciado su exposición y comentarle su parecer. No eludiría decirle que se sentía avergonzado, que su postura traicionaba los ideales de la familia a la que pertenecían. Le recordaría que los Díaz Montero apoyaban al bando contrario, a la Falange. Mientras que Pedro, muy tranquilo, se reunía con sus enemigos, esas personas que pretendían implementar las reformas que les quitarían el poder económico del que gozaban. Su hermano no podía cometer semejantes actos, no debía...

Salió indignado de su despacho y fue directo al de Pedro.

María, mientras corría por las calles de Madrid llevando a rastras al pequeño, se detuvo en seco como si de golpe hubiera recordado algo importante y, con un gesto severo, le dijo:

—Manolito, ni una palabra de todo esto a don Aquiles. ¿Entendido?

—Ni una, te lo prometo —dijo él besando la señal de la cruz que hacía con sus deditos. El niño no terminaba de entender qué sucedía pero percibía que a María se le iba la vida en esto. Lo presentía por la fuerza con que ella le apretaba la mano, por la forma agitada de su respirar, y por la seriedad de su rostro. Ese mediodía ni siquiera le había dado un beso... ¡Y eso que ella le daba muchos cada vez que lo buscaba en la escuela!

Cuando llegaron a Los Santos, Aquiles Tormo los escudriñó. Hubiera preferido ser incisivo, pero sólo preguntó al pasar:

—¿Sucedió algo? Me preocupé por la demora.

María le quitó importancia y respondió:

—Nada. Hoy caminamos más lento.

A Tormo no le convenció, pero como tenía su expectativa en la respuesta que la muchacha le daría a su propuesta, decidió callar. Lo que menos quería era importunarla. Que se hubiera demorado resultaba una menudencia al lado de lo que se traían entre manos. Tal vez, pronto fuera su esposa. La miró de reojo y la halló más hermosa que nunca. Y, benevolente como estaba, le dijo a María que le diera al niño las chuletas de ternera a la cacerola que habían quedado en la cocina.

—Anda, María, que el niño necesita carne, mira cómo está creciendo. Y que coma aquí, en una de las mesas, no hace falta que se vaya al cuarto —le indicó y luego siguió conversando con uno de los clientes que tenía por amigo.

Se trataba de Ángel Pérez, el hombre que trabajaba en la Imprenta Municipal de la calle de la Concepción Jerónima y se jactaba de haber compuesto la Constitución de la República Española de 1931, quien le contaba con pelos y señales lo sucedido en la parroquia de Santa Cruz. Durante la noche un intruso había empujado las esculturas de Cristo y de la Virgen que ornamentaban el interior. Movidas por manos anónimas, a la mañana siguiente el párroco encontró ambas efigies estrelladas contra el suelo. El Jesús había quedado partido en dos y la Virgen, decapitada y sin manos.

—Los actos vandálicos me parecen innecesarios si queremos defender la República. El pueblo ya dio la palabra en las urnas y tenemos el poder. ¿Para qué ensuciarse atacando iglesias? —cuestionó Aquiles, que tenía el corazón dividido entre sus ideas políticas, de orientación atea, y la instrucción religiosa que había recibido en las Escuelas Pías de San Fernando. En los mentideros se comentaba que muchos conventos e iglesias habían sido atacados en distintos puntos del país.

—Los vándalos son los anarquistas —agregó Ángel.

—No me lo creo. Para mí que han sido los de la misma Falange para poder echar culpas a los partidos del Frente Popular.

María, mientras los escuchaba, sirvió en el plato la carne con salsa bajo los ojos atentos de Manolito, que se relamía ante una comida que pocas veces le servían. Otra sorpresa fue almorzar en una mesa, junto a su hermana, permiso rara vez concedido. Apenas si había sucedido una o dos veces desde que vivían en el cuarto del fondo.

María aprovechó para preguntarle sobre sus deberes y el niño se explayó mientras almorzaba.

Las voces de la gente que pasaba por la calle entonando cánticos que exigían la ley de amnistía sorprendió a los presentes, ensimismados en sus conversaciones. Todos miraron a través del vidrio cómo pasaba la turba.

—¡Coño! Me he olvidado que hoy era la cita en Puerta del Sol. ¡Había decidido ir!

—¡Qué dices, Aquiles! ¡Es mañana! El grupo de obreros que acaba de pasar se dirige a la Casa del Pueblo porque queda mucho por acondicionar tras su reapertura —le recordó Ángel.

La Casa del Pueblo, ubicada en el barrio Justicia, era el edificio donde funcionaba un centenar de organizaciones obreras afiliadas a la Unión General de Trabajadores. Sin mediar ninguna notificación judicial, al día siguiente del triunfo en las urnas del Frente Popular, una muchedumbre se agolpó en la puerta de la sede para reabrir la tras la clausura impuesta desde 1934. Muchos obreros, al finalizar su jornada laboral, se presentaban espontáneamente en el edificio de la calle del Piamonte para reacondicionar los salones, la biblioteca y el café mientras otros organizaban la labor de asesoría letrada o los servicios sanitarios en las dependencias aledañas.

—¡Me cago en la leche, tienes razón! Estoy mal de la cabeza —reconoció Aquiles pegándose con la mano en la frente.

Estaba realmente desquiciado, pero le resultaba imposible explicarle a Ángel que los vaivenes de su vida personal lo mantenían enredado y hasta desinteresado en los movimientos políticos que había esperado durante los últimos años. Se hallaba enamorado y no había en este mundo nada más importante que María, la joven que ahora bajaba las cortinas para detener los molestos rayos de sol que a esa hora se colaban por la ventana. Cruzaron sus miradas y el corazón le dio un vuelco: «¡Me miró, me miró!».

Afuera aún se oía la cancioncilla de los obreros que dejaban atrás la plaza del Progreso. Pero Aquiles no los escuchaba. Sólo oía los latidos de su corazón enamorado que pedía que el día pasara rápido. Le urgía conocer la respuesta. El intercambio de miradas lo dejó tan tildado que le costó entender que Ángel le decía que al día siguiente pasaría por él para concurrir juntos a la Puerta del Sol, donde efectivamente el pueblo reclamaría por la ley de amnistía. Pero así era el amor obsesivo que sentía por María y al que se entregaba por completo, porque Aquiles se dejaba arrullar dulcemente en los brazos de ese sentimiento.

La canción de los manifestantes que caminaban rumbo a la Casa del Pueblo también se oyó en las cercanías de la jamonera La Bellota, pero encerrados en una de las oficinas que daban a la plaza de Santa Ana sus dueños no la escuchaban. Los altisonantes gritos de los hermanos Díaz Montero, que expresaban sus apasionadas defensas, tapaban los sonidos provenientes del exterior. Las paredes del negocio familiar, otra vez, presenciaban una acalorada discusión.

* * *

María esa mañana se despertó una hora antes de lo acostumbrado. Estaba nerviosa por la inminente respuesta que debía ofrecerle a don Aquiles. La sabía de antemano —un rotundo no—, pero temía por la reacción del hombre despechado. Además, Manolito y ella recién podrían marcharse de la casa el sábado, cuando comenzara su labor en la jamonera. Entendió que ese día lo mejor sería levantarse temprano, juntarían sus petates y se marcharían de la casa de Aquiles directo a La Bellota para buscar las trescientas pesetas. Luego, alquilaría la pieza, instalaría a su hermano y regresaría para iniciar su primer día de trabajo. El plan podía dejarlos en la calle, sin casa ni comida, pero prefería aventurarse a verse obligada a acostarse o casarse con Aquiles Tormo. Frente a estas alternativas, estaba dispuesta a tomar cualquier riesgo. Le preparó la leche a Manolito y luego se vistió. Debía empezar el día y soportar cada hora venidera.

Cuando María ingresó al bar, don Aquiles la miró expectante, pero ella lo ignoró e hizo lo de siempre: desayunar y aguardar las órdenes para la jornada de trabajo. Sabía que cuanto más

demorara la conversación pendiente sobre la propuesta, mejor para ella. De esa manera, el tiempo que debería soportar a Aquiles enojado sería menor.

María aún no terminaba su café cuando entraron los primeros clientes. Por suerte, el día se presentaba agitado en vísperas de la manifestación popular. «La charla pendiente con Aquiles no será temprano», pensó aliviada.

Sin embargo, la concurrencia mermó hacia la hora del almuerzo y la ansiedad a Tormo lo volvió incontinente y, acercándose, le dijo:

—Cuando te apetezca, podemos conversar sobre lo nuestro.

El comentario no tenía sentido. El ajeteo propio de los clientes, aunque pocos, no les permitiría hablar más de cinco minutos sin ser interrumpidos y el asunto —demasiado importante — merecía tiempo. Él necesitaba cerciorarse de que la chica recordaba su exigencia. La incertidumbre jugaba en su contra y le hacía cometer errores.

—¿Ahora? —preguntó María, observando las personas que comían en dos de las mesas del salón.

Cuando Aquiles miró a su alrededor, uno de los clientes lo llamó con una seña. Entonces, agregó:

—Mejor esperemos a que no haya nadie.

María suspiró aliviada y deseó con tanta fuerza que el bar no se vaciara hasta la tarde que milagrosamente así fue. Los parroquianos no cesaron de animar la jornada. Su suerte fue tal que, cuando finalmente estuvieron solos y no quedó otra opción que sentarse para platicar sobre el asunto y soltarle su negativa, justo los interrumpió Ángel Pérez, que, como había prometido, pasaba a buscarlo para asistir a la manifestación.

Su amigo se sorprendió al verlo sentado junto a la chica. Le pareció rara esa familiaridad, pero sólo comentó:

—¡Hombre, Aquiles! ¡Pero qué es lo que te sucede, que estás allí sentado tan tranquilo! ¡Vamos, que es tarde! ¿No has visto la cantidad de gente que hay por las calles de Madrid? Van todos rumbo a la Puerta del Sol.

Aquiles hubiera querido decirle que no se manifestaría a favor de la amnistía, que se quedaba en su bar, que debía hablar con María de algo que en este momento era lo más importante de su vida entera, que toda esa mierda de la política justo en ese día no le interesaba. Pero no lo hizo. Sería la confesión de un verdadero gilipollas. Se debía a su compromiso y no podía fallarle a Ángel. Si todo salía bien, ya habría tiempo de contarle a su amigo lo que estaba viviendo con la chica. Ahora cumpliría con lo estipulado para esa tarde: dejaría el bar bajo el mando de María mientras ellos estuvieran en la movilización.

—Tira, tira, que llegaremos tarde —le exigió Ángel.

Con un pie en la calle, Aquiles se volvió para decirle a María:

—Regresaré a las ocho de la noche, no más.

La joven asintió. Y él, acercándose, le dijo casi al oído:

—¿Has visto la confianza que te tengo...? Mira cómo será, niña, que te dejo a cargo del bar.

María le sonrió, y él se derritió. Ahora estaba seguro de que ella le diría que sí. Soñó con besar esos labios rojos y aniñados. Tal vez esa noche, cuando regresara, podrían pasarla juntos, tal vez ella aceptara un noviazgo... y entonces hoy mismo María dormiría en su cama. Sin embargo, si aceptaba casarse, él honraría su compromiso y la respetaría hasta la noche de bodas. Pensó en las dos opciones y las dos lo excitaron. Pudo sentir la fuerza de hombre otra vez creciendo entre sus piernas. Ella tenía ese poder sobre su cuerpo. Y a su edad, era mucho.

Por la cara de flechado, María pudo adivinarle los pensamientos. Marcharse, entonces,

constituía la decisión correcta. Había decidido bien, hubiera sido imposible negarse a don Aquiles y seguir viviendo allí. Tarde o temprano, aunque opusiera resistencia, él, por las buenas o por las malas, la tomaría. Por suerte, Ángel se lo había quitado de encima por unas horas. Sin embargo, aún le restaba atravesar las peores, cuando por la noche regresara y lo enfrentara con su decisión.

* * *

Por las calles Mayor, de Arenales, de Preciados y de la Montera, esa tarde baja a Puerta de Sol un mar de gente, un océano de voces y cientos de ríos de libertad y compañerismo. Como los hilos de agua, que descienden de una montaña porque su cauce los empuja hasta desembocar en una gran inmensidad líquida, así llegan ese día las personas al punto de reunión de Madrid. Son los manifestantes que acuden de todos los rincones de la ciudad para reclamar que les cumplan la promesa que los hizo votar por el Frente Popular. Reclaman la libertad de sus presos, la amnistía, exigen borrón y cuenta nueva. Demandan el nuevo amanecer prometido. Hoy vienen por eso, pero vendrán por mucho más, pues esperan grandes cosas de la República.

Pedro Díaz Montero no tiene presos cercanos a los que quiera ver libres, tampoco le falta trabajo, ni el dinero en el bolsillo, mucho menos comida, pero él está allí siendo parte de esa marea que brega por lo que cree, por lo que considera justo, por la esperanza de que al fin comience una etapa nueva en España. Una que traiga justicia, equidad y libertad para todos. Porque esa tarde de finales de febrero que se vive en Madrid tiene forma a primera letra de un abecedario que deberá escribir libros enteros.

Los últimos rayos del sol de la tarde se mezclan con la algarabía de los manifestantes. Voces, canciones, carteles, aplausos, risas y libertad. Es lo que Pedro ve, es lo que siente, lo que ha soñado, y lo que lo motiva a vivir. Incluso a costa de perder el cariño de su propio hermano. Porque la última pelea fue la más dura de todas las que recuerde.

«¡Ay, España, que me pides todo, hasta los lazos que me unen a mi propia sangre! ¡Ay, Madrid, qué majestuosa eres cuando ruges valiente por lo que crees justo! ¡Ay, españoles, qué espléndidos sois cuando os unís!», piensa Pedro, y acopla su voz a las demás: «¡Libertad a los presos! ¡Libertad a los presos!», repite una y otra vez con ardor.

A su lado, un hombre delgado de ojos color verde muy claro se suma a la consigna. Por un instante, sus miradas se encuentran, se estudian y se sonríen. Pedro y Aquiles, dos desconocidos, a pesar de las muchas diferencias que los separan, esa tarde se sienten hermanados. Ellos no lo saben, pero ese es uno de los extraños instantes en que la vida parece querer tomarles el pelo, y dejarles bien claro que es ella la que manda. Porque ninguno imagina en qué intensa y hostil instancia, alejada de la política, pero cercana a los sentimientos, volverán a verse.

* * *

Eran las nueve y media de la noche cuando María escuchó desde su cuarto los ruidos de la llegada de Aquiles. No hacía tanto que había colgado el cartel de «CERRADO» en la puerta de la taberna, después de cenar con Manolito, otra novedad que había disfrutado. El niño ya estaba acostado aunque aún no dormía; quizá la noticia de la mudanza lo mantuviera en vela. María le había

explicado el plan durante la cena. Luego, en la habitación, ella dispuso en la pequeña y vieja maleta que había traído cuando llegó, sus pocas ropas junto a algunos libros queridos; en una bolsa de tela metió las fotos familiares: la de su padre y su madre, una del patio de la casa de Barcelona repleto de rosales, otra del pueblo francés donde nació su madre, un par de libros más, una cajita de madera tallada por su padre que había sido su regalo de cumpleaños, dos pañuelos que su madre le bordó con sus iniciales, y otras pequeñeces igual de importantes junto con los dos billetes que le había dado Aquiles, aunque tenía claro que el monto no les serviría de mucho.

Empacó para evitar apuros por la mañana. Cada minuto de esa jornada tendría su actividad cronometrada. Rogaba por que nada saliera mal. ¿Y si la casera ya no tenía cuartos disponibles? ¿Y si Marcos Díaz Montero se había arrepentido? El miedo la acechaba con preguntas incisivas.

María aguzó su oído. Aquiles vendría a buscarla sin importar cuán tarde regresara. Le reclamaría la respuesta, pero también las pesetas ganadas ese día y un pormenorizado informe de la actividad de la tarde. El bar y el dinero eran su vida; y desde que se había envalentonado con ideas amorosas que la incluían, por desgracia, ella también formaba parte de ese mundo que le interesaba y del que María quería escapar.

Sintió los pasos en el patio y tuvo la certeza de que no se había equivocado. Enseguida, el hombre llamó a la puerta de su cuarto:

—María, niña..., ¿estás despierta?

Aquiles preguntó por cortesía porque el haz de luz que se filtraba por la rendija del piso se lo confirmaba.

—Sí —respondió, y su cuerpo y mente se pusieron en alerta.

—Te espero en el bar, así me cuentas —dijo Aquiles, dio media vuelta, pasó debajo del olivo y enfiló hacia su casa.

Con el niño en el cuarto no podrían hablar. En el patio, tampoco; la helada de una típica noche de febrero se lo impediría. Y el anís que había bebido con Ángel lo obligaba a sentarse. Luego del acto político, invitó a su amigo a tomar unas copas y, suelto de lengua, le largó el secreto de ese amor irrefrenable que sentía por María. Confesarlo en la cantina le resultó sencillo, pero ahora, por contrapartida, necesitaba sentarse porque parado no podría hablar coherentemente. Ingresó a su casa por el pasillo y pasó directo al salón. Se sirvió otra copita de anís y contó el dinero de la caja mientras aguardaba la llegada de María.

La muchacha no tardó en presentarse y mostrarle las anotaciones correspondientes a los despachos de la tarde. Luego contaron el dinero.

—¡Qué espabilada eres con los números, niña! —dijo admirado al ver que la recaudación no había mermado en su ausencia. Además, gracias al método contable que aplicaba, él podía comprender la economía del bar—. ¡Cómo te apañas, María!

—Gracias.

—Por eso me gustas.

Ahí estaba, el momento había llegado, reconoció nerviosa.

—Y si realmente eres inteligente, tendrás una buena respuesta para mí.

María estaba a punto de comenzar a hablar, pero él la interrumpió y añadió:

—Mira, niña, antes de que abras tu boca para darme la nueva, quiero aclararte que te cuidaré y que quiero llevarte de viaje conmigo a la playa. También deseo tratar bien a tu hermano. Criarlo como a un hijo. No hacerles faltar nada ni a ti ni al niño, que ambos sean mi familia.

María, al oírlo, se dejó invadir por la duda y sintió que podía estar equivocándose. Ese hombre decía que podía protegerlos bajo su ala, darles todo lo que necesitaban. Su corazón de niña vacilaba entre actuar como tal o como adulta. Lo insólito era que si actuaba como niña,

Aquiles la sometería a vivir la vida de mujer. Si actuaba como mujer adulta, podría liberarse del yugo y preservar su condición de niña por un poco más de tiempo. La vida a veces se presentaba contradictoria.

—Pequeñita, no tengas miedo —dijo Aquiles convencido de que brindarle un trato paternal favorecía su cometido.

Ella lo miró con cariño. Le daba pena rechazarlo. Le atraía la idea de que la cuidara como su padre lo había hecho.

La candidez de la mirada le reveló a Aquiles que María había bajado la guardia. Entonces, aprovechó el momento y se acercó para concretar lo que venía soñando desde hacía largo tiempo: besarla, besarla y besarla. Lo hizo muy suavemente. Esta vez, ella no lo rechazó; tampoco parecía una clara aceptación. Sólo se dejó besar.

El beso llevó a otro. Y ese, a algunos menos sutiles.

—María, yo te quiero —explotó Aquiles.

Lo escuchó con mansedumbre y permitió que esa boca extraña se pegara a la suya y que con su lengua investigara la de ella.

Sus especulaciones no cesaban. Este hombre le prometía protección; y también para Manolito, su responsabilidad. Ellos dos no tenían a nadie. Quizá la propuesta no fuera tan mala...

María era puro pensamiento y racionalidad; Aquiles, pura pasión y desboque.

—Niñita mía, niñita mía... —repetía él y la besaba con desesperación.

El cuerpo de hombre pedía a gritos el de la chica. Descontrolado, le subió el vestido con violencia y le tocó la piel de las nalgas. Era suave, muy suave. Quiso más y se abrió la bragueta del pantalón mientras intentaba recostarla sobre la mesa. Logró vencer su oposición tras un leve forcejeo. Cuando la joven yacía resignada debajo de su cuerpo, le dijo:

—María, te haré mi mujer, concebiremos un hijo y nos casaremos para solazarnos todas las noches de tu vida en nuestro lecho.

Las últimas palabras fueron una bofetada.

No podía permitir que se hicieran realidad. No. Debía huir, buscarse una vida.

La boca de Aquiles le llenaba de saliva el cuello y las manos del hombre intentaban correrle la ropa interior para penetrarla.

Entonces, como si un rayo de lucidez la atravesara, exclamó:

—¡No, Aquiles! ¡No!

Por primera vez lo había llamado por su nombre, a secas, sin anteponer «don», «señor» o «patrón».

—¿Qué...?

—Que no, que no quiero.

—Déjate de tontadas. Que te gustará. Tú también quieres esto —dijo sin prestarle atención. Y otra vez sus manos fueron tras su ropa interior y alcanzaron a tocar algo de piel húmeda.

—¡Que no! —repitió ella mientras trataba de quitárselo de encima haciendo fuerza con sus brazos.

—¡Mierda! —gritó Aquiles, que no podía comprender qué había pasado. Un instante atrás ella se dejaba besar, y ahora no quería que se le acercara.

—¡No me casaré con usted...! ¡Y tampoco seré su novia!

—Pues entonces será por la fuerza. Porque yo no me creo que a ti no te guste —remató enloquecido y convencido de que se trataba de un juego infantil.

María intentó liberarse, pero él le presentó resistencia. Forcejeaban. Aquiles era más fuerte pero iba borracho; ella, más débil, pero se hallaba desesperada. Estaban parejos. En su afán por

zafarse, María pataleó, las sillas cayeron al suelo y el ruido distrajo a Aquiles.

—Maldita niña —dijo acomodándose los pantalones que, abiertos y caídos hasta las rodillas, no le permitían moverse.

María aprovechó el descuido, se incorporó y, sentada sobre la mesa, lo empujó con todas sus fuerzas. Aquiles cayó sentado al suelo.

—¡Mierda! ¡La madre que te parió!

María escapó lo más rápido que pudo y abandonó el salón rumbo a su cuarto. En la carrera supo que había perdido un zapato, pero no le importó.

Tras refugiarse, cerró con traba. Aterrada, con la espalda sobre la puerta, descubrió que Manolito dormía en su cama. «¿Qué hago, qué hago?», se preguntó a sí misma.

Antes de responderse, escuchó los pasos de Aquiles Tormo y su voz tras la puerta.

—María, abre, tenemos que hablar —dijo maniobrando el picaporte sin éxito. E insistió—: Mira, niña, sé que cuando te tengo cerca pierdo el control y hago lo que no debería, pero te prometo que si aceptas casarte conmigo no te pondré un dedo encima hasta la noche de bodas. Dios sabe que si lo hice con mi esposa, también podré hacerlo contigo.

María, sentada al borde de la cama, lloraba. Vivía una verdadera pesadilla.

—María, abre... Ven, tomate un chato conmigo. Sal, que te cocinaré algo. ¿Sabes...? He pensado regalarte el anillo que fue de mi madre y que le di a mi esposa el día de nuestra unión. María, ¿me oyes...? —insistía con la mano en el picaporte.

Aquiles no varió su parlamento hasta que la combinación de cansancio, frío y alcohol en sangre lo obligaron a desistir. Después de lanzar varios improperios, culminó su rabieta con una patada contra la puerta. Antes de marcharse definitivamente, en un raptó de sosiego y lucidez, le dijo a través de la puerta:

—Mira, María, tú vives aquí, conmigo, en esta casa, y eso significa que tarde o temprano terminaremos juntos. Es la ley de la vida: el hombre y la mujer que viven en la misma casa acaban en la misma cama. Y yo soy un hombre con todas las letras. ¿Acaso no te has dado cuenta de todo lo que te podría hacer gozar? —preguntó retórico y orgulloso de su hombría. Quería que a ella le quedara claro.

Luego, satisfecho con lo que acababa de decir, caminó hasta el olivo. Observó el cielo, las estrellas y decidió que le sentaría mejor una copa. Necesitaba meditar, encontrar la forma de convencer a esa mujer, necesitaba con desesperación que María fuera suya.

Ingresó al pasillo y de allí, al negocio. Buscó la botella de anís y una copa. Levantó una de las sillas que había caído al suelo durante el forcejeo y se sentó frente a la misma mesa en la que minutos antes había logrado acostar a María. ¡Mierda, se le había escapado por poco! Llenó la copa dispuesto a emborracharse por completo. La ocasión lo merecía. Pero no pudo beber lo que se sirvió porque un sueño liviano y teñido de escenas sexuales lo atrapó y lo mantuvo sumido en ese mundo de fantasía con la cabeza y las manos apoyadas en la mesa.

María, en su cuarto, a oscuras, de pie y con la espalda contra la puerta, lloraba desconsolada. Mientras las lágrimas caían por sus mejillas, tomó una decisión: se marcharía de inmediato, no esperaría hasta el alba. Temía que Aquiles volviera y abriera la puerta a golpes. Era una abertura de madera vieja y frágil, y no quería correr ese riesgo. «¡Dios, ayúdame!», invocó por primera vez en su vida. Estaba desesperada.

Luego se secó el rostro y, hablándole al oído, despertó a su hermano.

—Levántate, Manolito. Nos vamos.

El niño, somnoliento, no entendía qué ocurría. Se quejó:

—Mayi, es de noche.

—No importa.

—Pero dijiste que saldríamos mañana temprano —recordó Manolito, que se negaba a abandonar la cama tibia.

—¡Hala! ¡Nos vamos ahora!

—Tengo que vestirme. No quiero. Ve tú, luego iré yo.

—¡Mierda, qué luego ni qué leches, Manuel! ¡Vístete ya mismo!

El chico, que nunca había escuchado a su hermana decir palabrotas, terminó espabilando. Debía hacerle caso, la gravedad aumentaba.

Se sentó en el borde de la cama y se quedó allí, molesto.

—No hace falta que te vistas, sólo ponte el suéter y el abrigo encima del pijama. Cálzate los zapatos.

El niño le hizo caso con rapidez mientras María cargaba en la maleta el bollo de pan que tenía para el desayuno. Quién sabe cuándo y dónde volverían a comer.

Habían pasado unos pocos minutos del escándalo protagonizado con Aquiles cuando ella y su hermano salieron sigilosamente al patio rumbo al portón que daba a la calle. María vio luz en el salón y se apuró a buscar la llave que el hombre escondía entre los cajones de bebida. La encontró enseguida y con toda la suavidad del mundo, para no delatar su partida, abrió una de las hojas. Pero las bisagras le jugaron una mala pasada. El chirrido estridente reveló su movimiento, pero aun así prosiguió; continuaría con su plan. Manolito ya estaba en la calle cuando ella, con mitad de cuerpo afuera y mitad adentro, descubrió la figura de Aquiles.

—¿Qué coño pasa aquí?!

—Me voy. No podemos vivir más en esta casa. Usted me quiere como mujer y yo no lo quiero a usted.

Aquiles sintió cómo se le derrumbaba el mundo. ¿Cómo que se iba? No sólo no quería casarse ni acostarse con él, sino que ahora...

—No puedes marcharte, niña, no tienes dónde...

—Buscaré un sitio.

—¡Déjate de pamplinas!

Manolito, que miraba la escena con pavor, tomó de la mano a su hermana y, con fuerza, la jaló.

—¡Vamos, Mayi! —insistió.

—Adiós —dijo ella.

Cuando María se disponía a dar el paso que la pondría definitivamente en la calle, Aquiles la tomó con firmeza del brazo. Quiso soltarse. Un intento, dos, tres, pero no lo logró.

Entre los forcejeos, oyó el llanto de su hermano que, valiente, también empujaba a Aquiles. Tras un minuto de violencia, ella logró zafarse y salir a la calle. Sólo que la bolsa de tela con fotografías y recuerdos quedó del otro lado, a los pies de Aquiles.

Osada, intentó rescatarla, pero la voz de Manolito vino a salvarla:

—¡Déjala, Mayi! ¡Vámonos!

Dio una última y triste mirada a la bolsa y, con la maleta en una mano y el niño en la otra, emprendió la huida.

Junto al portón abierto, Aquiles se quedó observando cómo se alejaban. Y al perder de vista las figuras, se sintió morir. Quedó estático, sin saber qué hacer. Luego el frío de la noche le trajo una revelación: «No irán muy lejos. En poco tiempo estarán aquí de regreso».

Tomó la bolsa de tela que había quedado en el suelo, cerró el portón y se alejó con pasos lentos. Decidió que mañana sería otro día. Estaba cansado. Las emociones vividas desde la tarde lo tenían alterado. La movilización en Puerta del Sol, la charla profunda con Ángel, los besos con

María, su incipiente aceptación y luego su inexplicable rechazo. Llegó a sus aposentos arrastrándose, atravesado por los sucesos del día. Se tendió sobre el edredón sin siquiera quitarse la ropa y en segundos comenzó a roncar.

* * *

María y Manolito, agotados por la huida y seguros de que Aquiles no los perseguía, aminoraron el paso. Recién allí ella se percató de que tenía puesto únicamente el zapato izquierdo y que había hecho todo ese recorrido calzando sólo uno. El derecho había quedado en el bar, al igual que la bolsa. Pero había logrado escapar y eso era lo importante; mucho más que sus pies, a los que por primera vez sintió entumecidos de tan helados.

—¿A dónde iremos? —preguntó Manolito.

La voz del niño la trajo a la realidad. Pensó la respuesta unos instantes y le respondió segura:

—Iremos al lugar donde viviremos. Pero antes debo hacer algo —anunció—. Aguarda, por favor.

María se detuvo en un pórtico, apoyó la maleta en el suelo e, inclinándose, la abrió para sacar el par de zapatos de recambio —ahora, el único que le quedaba— y se lo calzó. «Tendré que cuidarlos», meditó y abandonó en la acera el que no le servía. Luego avanzaron hacia la casa de huéspedes.

—Es de noche y estamos en la calle —expuso Manolito alarmado. Su hermana estaba haciendo lo que siempre le había dicho que no se debía hacer.

—No te preocupes, estaremos bien —dijo María.

Frente a la puerta de la casa azul, golpeó con el llamador de bronce. Primero lo hizo suave por miedo a molestar, pero, al no obtener respuesta, algo desesperada, insistió más fuerte y varias veces. Pero nadie salió. A esa hora no la atenderían. Pasada la medianoche, seguramente la casera y sus pensionistas dormirían profundamente. Y si la habían escuchado entre sueños, pensarían que se trataba de un borracho que se ensañó con la puerta. Lo que fuera, significaba que nadie abriría.

—Mayi... ¿qué haremos?

María comenzaba a tener claro que nadie los atendería ni ayudaría hasta que se hiciera la mañana, lo que significaba que tendrían que pasar la noche en la calle. Ella miró alrededor, la esquina de la calle del Almendro era oscura. No tan lejos, provenientes desde las tabernas de la Cava Baja, se oían los gritos de hombres que discutían. Morería tenía fama de barriada populosa y barata sin embargo no parecía el mejor sitio para quedarse hasta el amanecer. ¿Pero qué hacer? No tenía ni un duro para pagar una noche en una posada. ¿Pedir asilo en una parroquia, en la catedral de San Isidro? ¿Quién le abriría a estas horas? ¿Podría soportar el asedio en un lugar público como la Plaza Mayor? Debía pensar rápido.

—Ven, Manolito, iremos al lugar donde mañana empezaré a trabajar —explicó María y se dirigieron a la jamonera tomados de la mano.

Buscó la calle de Toledo, plagada de iglesias, pero ninguna fachada le pareció acogedora y continuaron avanzando. Por el camino se cruzaron con dos hombres de mal aspecto que, al verlos, cuchichearon entre ellos. A esa hora, los hermanos llamaban la atención. Los malvivientes giraron para observarlos con detenimiento. Manolito también volteó.

—¡No mires, y apúrate! —dijo María acelerando el paso sin soltarle la mano.

Los hombres se alejaron y por suerte los perdieron de vista. Avanzaron unas calles y poco a poco comenzaron a ingresar a una zona más tranquila y de aceras iluminadas con tiendas de

grandes carteles que se hallaban cerradas. Sin buscarlo, y para sorpresa de ambos, que nunca transitaban por Madrid a esas horas, habían recalado en la Gran Vía, la luminosa Madrid de los ricos. Lograron distraerse con el ajeteo hasta que Manolito dio muestras de agotamiento.

Cuando al fin llegaron, el pórtico de La Bellota le pareció seguro, menos peligroso que el de la casa azul o una iglesia y decidió que allí pasarían el resto de la noche. No sólo había más luz y circulaban algunos coches caros y modernos, sino que entre el Teatro Español y el torreón de los Almacenes Simeón se sentía protegida. Manolito, sin soltarla de la mano, la miró expectante, esperaba instrucciones. Estaba cansado, tenía sueño. Necesitaban dormir.

Ella le señaló:

—Nos quedaremos aquí hasta que se haga la mañana.

No era lo que Manolito tenía en mente como lugar para alojarse, pero incondicional ante la decisión de su hermana, no abrió la boca y asintió.

María se sentó en el escalón de mármol de la entrada del negocio y apoyó la espalda contra la enorme puerta de hoja doble buscando quedar cobijada bajo el pequeño alero que sobresalía del elegante ingreso.

Manolito, que seguía de pie, la miraba.

—Ven aquí —le pidió María extendiendo los brazos.

Entonces al niño le quedó claro que dormirían allí. Se sentó a su lado. Ella lo abrazó y lo arrebujaó en su regazo.

—Pon la cabeza en mi falda y duérmete, que yo te cuidaré —dijo protectora.

—Tengo frío.

—Tendrás que aguantar un poco. Sólo serán unas horas.

María abrió la maleta, sacó más abrigos, tapó a su hermano y cubrió su propia espalda. Ella también estaba helada.

—Quédate tranquilo, que en un rato se hará de día y nos abrirán.

Llevaban diez minutos acurrucados y la noche de invierno madrileño ya los había envuelto por completo con sus ruidos y movimientos. María podía distinguir claramente los maullidos de dos gatos peleándose, los gritos de un borracho y las voces de dos mujeres de mala vida discutiendo por dinero. También había observado un lujoso vehículo que pasó lentamente y a una pareja besándose con pasión sin importarles el frío. Pero todo eso, que parecía tan propio y normal de la Madrid nocturna, a ella la mantuvo despierta y en alerta. Hasta que, entrada la madrugada, un coche se detuvo frente a ellos y el conductor les habló sin abandonar el volante:

—¿Quieren subir? Los llevaré a un sitio caliente donde puedan tomar un café con leche.

María sólo negó con la cabeza.

—¿Estás segura, niña? No te pediría mucho a cambio. ¿Sabes...? Hasta podría darte empleo, tengo varias chicas como tú trabajando para mí.

María seguía rechazando con la cabeza.

—¿Eres muda?

—¡No! ¡Y ya, lárguese! Estamos esperando a nuestros padres. Vendrán a...

—¡Pues eso sí que no me lo creo! —dijo lanzando una risotada. Y luego agregó—: Mañana por la noche volveré a pasar y si los hallo durmiendo aquí... ¡Hala, que los llevaré conmigo! ¡Nos vemos mañana! —exclamó risueño y arrancó el coche.

María respiró aliviada cuando lo vio marcharse. Por suerte Manolito dormía plácidamente y ajeno al acoso que acababa de sufrir.

Después del terrible encuentro, María ya no quiso quedarse dormida y sus ojos acostumbrados a la penumbra se entretuvieron durante largas horas descubriendo las figuras de ángeles labradas

sobre la madera de la puerta. Se tranquilizó pensando que tal vez esas imágenes estaban allí como una señal de que no se encontraba sola, sino custodiada. Alguien había tallado esos seres alados para que esa noche ella se sintiera acompañada. Tocó uno, dos. Los contó. Dieciséis figuras y ninguna igual a otra.

Finalmente, dormitó unos minutos. Cuando el sueño la vencía y empezaba a soñar, descubrió que el cielo mostraba las primeras claridades de la mañana. Aguardó a que la luminosidad fuera más intensa, despertó a su hermano y se cobijaron bajo el portal del Teatro Español. No quería ser vista por los empleados. Ella venía a pedir trabajo, no limosna. Era pobre, no indigente. No quería que Marcos Díaz Montero le tuviera lástima, sino que la respetara.

El día empezó y poco a poco la plaza de Santa Ana se fue llenando de transeúntes; los cafés de los alrededores acogían a los primeros parroquianos. Observando ese movimiento, Manolito se comió el bollo de pan. María, aún aterida por la mala noche, seguía con atención quiénes ingresaban a la jamonera. Primero lo hicieron dos muchachos y, al cabo de unos minutos, una joven dependienta. Detrás, para su sorpresa, distinguió la figura de Marcos Díaz Montero. Imaginó que, dada su condición de propietario, se presentaría más tarde. Pero no, el hombre había madrugado.

Se acicaló como pudo. No tenía espejo, ni peine, mucho menos agua para lavarse la cara. Cuando consideró que estaba preparada, instruyó a su hermano para que permaneciera atento a las pertenencias. Se puso de pie, se alisó la falda y se recogió el pelo prolijamente en la coleta. Cruzó en diagonal la calle.

Al poner un pie sobre el escalón de la puerta principal que le había servido de cobijo, los ojos le jugaron una mala pasada. Para su asombro, junto a ella ingresaba otra vez Díaz Montero. Cuando la saludó, María descubrió que no era Marcos, sino alguien muy parecido. «Un hermano», supuso, porque eran idénticos. Las mismas cejas y nariz, igual de elegante y guapo, sólo que este era más alto, delgado y un poco desgarrado.

* * *

Media hora después, María caminaba rumbo a la casa azul de la calle del Almendro junto a Manolito. Llevaba las trescientas pesetas que utilizaría para costearse la habitación. Aún resonaba en su cabeza la frase que le había dicho Marcos Díaz Montero cuando le entregó el dinero: «Ante cualquier problema o duda... o lo que necesites... lo hablas conmigo».

Al meditar en esas palabras, decidió que ejercería muy bien su labor, que aprendería el oficio con dedicación y tesón. No sólo porque necesitaba el dinero, sino también porque no defraudaría al hombre que había confiado en ella. En cierta manera, a él le debía esta nueva vida.

La puerta de la casa azul se abrió y doña Isabel, tras recibir su paga, los alojó en un cuarto a la calle, con un pequeñísimo balcón. Acomodó sus escasas pertenencias, instaló a Manolito y, tras convenir que la mujer le daría comida por unos céntimos, salió apurada para su nuevo trabajo.

Rumbo a La Bellota comprendió que su vida adulta acababa de comenzar por más que faltara una semana para cumplir dieciocho años. Mientras vivió en la casa de Aquiles Tormo y trabajó en su taberna, su existencia de niña estuvo sumergida bajo el mundo de los mayores. Había deambulado a tientas en una zona nebulosa, entre la niñez y la adultez. Aquiles, especie de benefactor ante el desamparo, nunca le pagó un salario por su trabajo denodado en Los Santos. Ella tomaba por retribución el techo y la comida que les daba y nunca se animó a exigirle dinero. Ahora sería distinto: recibiría una paga por el trabajo convenido. Sufragaría de su bolsillo sus

gastos corrientes y no le debería nada a nadie. Comprendió que ese día había ganado libertad. Aunque tal vez, sí, había contraído una deuda... porque a Marcos Díaz Montero, el hombre que había confiado en ella, le debería por siempre gratitud.

«¡Ojalá todo salga bien!», fue su último pensamiento antes de traspasar la puerta con ángeles tallados que la habían arrullado durante la noche helada que pasó en la calle.

* * *

En una de las oficinas de la planta alta de la jamonera, Pedro pronunciaba la misma frase al leer los titulares del diario: «¡Ojalá todo salga bien!».

Leyó con detenimiento el artículo que le interesaba. En forma unánime, la Diputación Permanente al fin había aprobado el decreto-ley de amnistía para los presos por delitos políticos y sociales. Las manifestaciones habían rendido sus frutos. El texto votado y aprobado ante la presión social constaba de un solo artículo. La crónica periodística daba cuenta de ciertos detalles jugosos: sólo habían asistido dieciocho diputados a la convocatoria enviada por telegrama; el resto, dada la urgencia, emitió su voto favorable por esa vía. Hasta los diputados de la derecha cedieron buscando mantener el orden público a sabiendas de que esa promesa les había hecho perder las elecciones ante el Frente Popular.

El decreto mencionaba que su aprobación surgía como una medida de pacificación conveniente al bien público y a la tranquilidad de la vida nacional.

Pedro desbordaba de alegría. La noticia le confirmaba que, al fin, el país se estaba encaminando. La República iba cumpliendo sus promesas. En breve podrían disfrutar la unidad y la justicia social que tanto añoraban. Estaba seguro de que Italia y Alemania, que desde hacía un tiempo empujaban a España hacia la división, ahora abandonarían esos desvergonzados intentos. Pedro soñó. El decreto sería la primera página del libro que todos los españoles escribirían juntos, codo a codo, sin importar la condición económica o social.

Él no se equivocó en su apreciación, sólo que no imaginó que sería el más triste relato que jamás hubieran podido escribir juntos.

Y fue indulgente al pensar que los países extranjeros que alentaban el cisma se volverían atrás; por el contrario, sus coquetos acercamientos se harían más audaces y desvergonzados. Prueba de esos acercamientos era que en ese mismo momento, no muy lejos de allí, en la cervecería de la plaza de Cibeles, un espía secreto enviado por el nazismo se entrevistaba con militares españoles para ofrecerles armas en nombre de Hitler. Nadie podía sospechar de Juan Hinz. ¿Cómo hacerlo, si a los ojos de todos era un simple comerciante de granos y no parte de la maquinaria de espionaje nazi?

Al mismo tiempo, Marcos Díaz Montero, en su oficina, leía y se centraba en las noticias que le impactaban: se reportaba el saqueo y la quema de iglesias en distintos puntos del país. Muy cerca de allí, en el templo de la calle de la Concepción Jerónima, los herejes habían apuñalado una estatua de Jesús. Pueblos pequeños de León y Andalucía habían sufrido el incendio de parroquias. En Peñaflores, habían sacado a la calle las imágenes sacras. En Chillón, un pequeño municipio de Ciudad Real, un grupo había forzado la ermita del Cristo y habían celebrado un baile. En Castellón, los alcaldes de Serratella y Valle d'Alba habían expulsado a los párrocos y, como en Chillón, las hordas danzaron impíamente en su interior. En Manzanares, el saqueo de la ermita incluyó el descuartizamiento de un Cristo, al que le cortaron la cabeza y los pies.

Marcos no lo podía creer. ¡Todas estas atrocidades en las últimas horas! España había

enloquecido. ¡A dónde irían a parar! El gobierno debía frenar la barbarie y no lo hacía. Por el contrario, había aprobado esa ridícula ley de amnistía que ahora sólo generaría problemas.

A los hermanos Díaz Montero los impactaban distintas noticias de un mismo diario. Ellos, tan parecidos, eran personas muy diferentes.

Marcos y Pedro, un mismo apellido y dos pensamientos. Una misma educación y dos ideas del deber ser. Aquí estaban, tan iguales y tan distintos.

Saturnino Moratín

Saturnino esa noche caminó junto a doña Flora Sánchez las calles que tenía hasta el comité comunista. Se había cruzado con la mujer a las nueve de la noche justo cuando ella terminaba su jornada laboral y salía del localito donde cosía junto con otras costureras. Una trabajadora explotada más de las muchas que había en España, y a la que conocía de las reuniones del Partido Comunista.

Mientras ambos avanzaban por las calles de Madrid intercambiaron algunas palabras. Se hallaban cerca del local donde escucharían el discurso que esa noche daría Claudín Vidal. A Saturnino la mujer le caía bien, le agradaba su voz, le recordaba a la de su madre. Claro que Flora era un poco más joven. Entrevió que, quizá, fuera de la misma edad, pero, al no haber dado a luz la trcalada de hijos que parió la suya, Flora lucía mejor. Llevaba el cabello en un prolijo recogido, vestía ropas modernas y hablaba sobre cómo cambiar la sociedad por una más justa. No tenía hijos y su marido se dedicaba a la minería por lo que ella pasaba sola largas temporadas mientras él realizaba sus labores en el norte. Aunque las reuniones del comité le ayudaban a sobrellevar las prolongadas ausencias, le contó que estaba harta de que no se aplicaran leyes más benevolentes y humanas a esa actividad para poder verlo más seguido.

Cuando llegaron a la puerta, Flora le preguntó:

—¿Te quedas a tomar el café que sirven después de la reunión?

—Creo que sí. Algo caliente y dulce siempre sienta bien —respondió Saturnino. Le daba pudor decirle la verdad: que se quedaba porque esas galletas ayudaban a completar la comida del día.

—¡Pues te veré luego, chaval! —se despidió de forma cariñosa al ver que un amigo del muchacho se aproximaba e ingresó al local saludando a ambos con la mano en alto.

Cuando estuvo con Saturnino, Chicho lo saludó y le avisó que ya había reservado dos sillas cerca del estrado para ellos y lo puso al tanto de que, como lo esperaban temprano en la casa, no se quedaría al café del final.

Los muchachos charlaron un rato sobre las noticias políticas del día y se ubicaron en sus lugares. Si bien hubieran preferido continuar conversando sobre el anuncio del gobierno —que estableció que castigaría los atropellos cometidos contra las iglesias— un hombre con pañuelo rojo al cuello, idéntico al que llevaba Saturnino en la espalda, abrió el acto cantando a viva voz la marcha comunista y los dos amigos se unieron en el coro.

Luego, el hombre disertó sobre la labor que debía realizar cada miembro de la sociedad — todos por igual— hasta lograr la supresión de la propiedad privada. Y al oírlo, ellos dos se movieron en sus sillas entusiasmados. A continuación, el conferenciante explicó la necesidad de la expropiación gradual que debía realizarse sobre los propietarios agrarios. Saturnino y Chicho se miraron sonrientes. Por último, el orador señaló que el hombre, como ser humano, tenía derecho a una vivienda digna y arengó por la destrucción de todos los barrios insalubres y mal construidos que había en la ciudad. Y ambos, pensando en la corrala, batieron palmas junto a los entusiastas

presentes. Aunque enseguida esta idea trajo otra y les generó una duda: ¿dónde irían a vivir ellos si la corrala era destruida? Porque hasta que se construyera un lugar decente para tantas personas pasaría mucho tiempo. Pero aun así, saber que alguien percibía que la corrala no era un buen lugar para vivir, les daba cierta tranquilidad, cierta esperanza, pues no estaban solos en esta lucha.

Los temas abordados en las ponencias siempre les introducían una cuota de optimismo; esos discursos mostraban que había gente que pensaba como ellos, que los entendían, que comprendían cabalmente que el mundo era injusto. Los disertantes sabían las necesidades que ellos sufrían y destinaban tiempo para solucionarlas. Asistir a esas reuniones se asemejaba a tomar un vaso lleno de vitamina que les permitía seguir adelante por lo menos una semana más. Era sentirse acompañados en la idea de que el mundo alguna vez mejoraría. Si muchos abrigaban esa esperanza y trabajaban para torcer el *statu quo*, a la postre habría algo bueno para ellos.

Finalmente, el hombre señaló que el partido, como pieza integrante del gobierno, bregaba firmemente por la consecución de todos los puntos compartidos con el público, que, dando por terminada la exposición, se puso de pie y dio un aplauso cerrado.

El acto llegó a su fin y los corazones de Chicho y Saturnino se hallaban contentos y exultantes. Los cambios que esperaban —parecía— pronto se concretarían.

Los dos chicos charlaron un rato más de pie. Hasta que Chicho, mirando la hora, lo saludó y enfiló hacia la salida mientras Saturnino buscó un lugar en la mesa del fondo para recibir su café y sus galletas.

—Oye, chaval, ¿te ha convencido el orador? —dijo Flora acercándosele con la taza en la mano.

—Sí, sobre todo cuando habló de reemplazar la corrala por verdaderas viviendas.

—Puedo imaginarme lo que debe ser vivir allí —comentó Flora levantando las cejas. Ella se hospedaba en un cuartito de la calle de Gravina.

—Un verdadero hacinamiento donde el ruido constante hace que ciertas noches haya que taparse los oídos para poder dormir —contó Saturnino devorándose sus galletas.

—Pues cuando esté así de imposible te vienes a dormir a casa —propuso Flora con tanta normalidad que Saturnino no pudo establecer si se trataba o no de una invitación sexual. Él la veía como una madre. Pero a veces su estampa de muchacho atractivo, que daba la impresión de ser algo mayor de lo que en realidad era, le traía esta clase de problemas. Ser lindo tenía también sus inconvenientes.

—Gracias —respondió con prudencia, sin saber cómo tomar el ofrecimiento.

Flora, que miraba cómo él comía las galletas, agregó:

—Mira, hoy en casa tengo chuletas de ternera en salsa que me han quedado del mediodía. Están realmente deliciosas —dijo ella quitándose suavemente el broche que recogía su pelo y, mirándolo a los ojos, preguntó con voz sensual—: ¿Quieres venir a comerlas y te quedas a dormir conmigo?

A Saturnino la palabra «chuleta» le supo a música y le creó una serie de fantasías culinarias muy diferentes a las que ella tenía en mente. Él sólo deseaba las chuletas. Aunque pareciera un muchacho mayor, tenía diecisiete años y quería una madre y comida, no una amante. Pero evidentemente esa noche las chuletas venían de la mano de dormir con Flora.

Lo pensó hasta que al fin preguntó:

—¿Nos iremos directamente de aquí?

—Pues claro, cariño... —respondió Flora pegando la media vuelta y empezando a caminar mientras mostraba su largo pelo oscuro cayéndole en la espalda. La mujer avanzó dos pasos.

Saturnino dudó. No tenía ganas.

Ella volvió a girar y, sonriéndole, le dijo:

—Y... ¿a qué esperas?

Saturnino metió rápidamente algunas galletas en el bolsillo y la siguió mientras pensaba que no veía las horas de que la República hiciera algo decisivo por el proletariado. Ya no quería vivir de esa forma miserable que como hoy incluía tener que acostarse con Flora, una mujer que bien podía ser su madre. Él no quería que alguien le regalara las chuletas, sino que deseaba ganárselas trabajando. Pero no lo dejaban. Caminó al lado de Flora meditando que las ideas que esa noche había escuchado necesitaban ser defendidas aun con violencia si era necesario, tal como había oído en otra de las charlas de esa semana. Ya no había más tiempo que perder.

CAPÍTULO 5

CINE CALLAO

El cine Callao está ubicado en plaza del Callao 3. Fue inaugurado en el año 1926. Dispone de una terraza diseñada para emitir películas al aire libre. En sus salas se proyectó por primera vez en España un filme sonoro. Sus escalinatas de ingreso son famosas por ser punto de descanso y encuentro de miles de personas.

Madrid, 2014

Rafael, sentado en las escalerillas del cine Callao, hablaba por teléfono mientras miraba la plaza sin ver. Tampoco se percataba de las personas que lo rodeaban y que, como él, se hallaban sentadas en los mismos escalones, porque su mente estaba lejos, muy lejos de allí. Hablaba con su hijo, que le contaba detalles del colegio al que, gracias al dinero que mandaba Rafael, habían podido reincorporarlo. El niño le explicaba que a la tarde tenían mucho inglés, que había mejorado su equitación, que se había sacado un diez en matemática y que por eso lo habían elegido para arriar la bandera. Rafael lo escuchaba y se sentía feliz y orgulloso, tanto por los logros de su hijo como por los propios, pues con su esfuerzo podía solventar la institución. Un paso más que había podido dar. Poco a poco empezaba a perder el sabor amargo de los «No sé si puedo lograrlo» que se habían convertido en el pan de cada día durante el último año en Argentina. Terminó la llamada con Facundo colmándolo de frases cariñosas. Recién cuando cortó, sus ojos abandonaron Buenos Aires, regresaron a Madrid y se posaron en el mar de transeúntes que pululaban delante suyo, como sucedía cada día en la plaza del Callao, lugar neurálgico de Madrid que frecuentaban más de cien millones de personas al año.

Se puso de pie para continuar su jornada, que se presentaba buena; hasta había podido comunicarse con Florencia, su hermana, que vivía con su esposo en Neuquén, en la hermosa Patagonia. Los días se presentaban templados y, optimista, apuró sus pasos; quería regresar al metro, del que había salido para hablar con su hermana. Sentado en las escalinatas del cine habían mantenido unos lindos minutos de charla, pero al terminar, tentado de hablar con Facundo, lo llamó y logró dar con él.

Y ahora, feliz, regresaba a su casa porque quería cambiarse de ropa, tomar algo caliente y volver al metro para cantar en el corredor de Diego de León, que se había convertido en su improvisado escenario. Allí no sólo cantaba, también captaba otros trabajos. Esa semana, una señora se había acercado y, luego de felicitarlo, le pidió su teléfono porque deseaba contratarlo para animar la fiesta sorpresa que preparaba para su marido. Según la mujer, que le contó que vivía en Entrevías, Rafa había interpretado a la perfección algunas de las canciones preferidas de

su esposo. Después de hablar por teléfono cerraron trato: ella no regateó los doscientos euros que le pidió, a él le quedaba de maravilla la fecha de la fiesta.

También los chicos del Círculo de Bellas Artes que lo oyeron tocar lo invitaron a sumarse a la preselección de artistas callejeros que realizaban esa semana. El *casting* —le contaron— formaba parte de un ambicioso proyecto que incluía actuaciones en vivo en los distintos escenarios que montarían en el Círculo y grabarían un CD con los más destacados.

Madrid tenía un gusto y disfrute por el arte que se manifestaba en sus ciudadanos, afectos a organizar y programar eventos y festivales al aire libre con grandes convocatorias, como el espectáculo del Círculo, o, simplemente, cuando se detenían en el metro conmovidos por una canción. También lo podía sentir en cada rincón de sus calles, donde su oído de músico siempre se las arreglaba para captar las pequeñas manifestaciones artísticas que espontáneamente surgían del alma de los madrileños: alguien silbando un pasodoble en la Gran Vía, una ventana abierta que dejaba salir un canto a viva voz; o en la pasión que ponía una cantaora sobre el tablado ubicado en un restaurante flamenco. Rafael había encontrado un sincero deleite en su actividad en el metro, aunque también agradecía el trabajo en la jamonera, una importante base de sustento que lo había obligado a suspender las clases de Lina y los venezolanos. Pepe, suplicante, lo había conminado a no abandonarlo.

Las prolongadas jornadas de trabajo en La Bellota lo dejaban extenuado. Quizá por eso no había sentido la ausencia de Alba, quien no había dado noticias desde la noche que pasaron juntos. Recién esa mañana, él le escribió un breve correo: «Ey, muchacha, qué difícil sos de encontrar. Hoy cantaré “Flor pálida” para que reaparezcas».

Quería verla, pero no le rogaría.

Antes de ingresar al portal de su edificio, Rafael vio que Pepe le hacía señas desde la ventana de La Media Verónica para que se acercara. Cuando ingresó, el hombre lo saludó con un tierno reproche.

—¿En qué andas, chaval, que casi no te he visto? No te olvides de que mañana toca darme clases.

—Que no me olvido, Pepe... Sólo que, entre el trabajo de la jamonera y el metro, no me queda un minuto libre.

—¡Muy bien, Rafa, es trabajo! Pero recuerda a tu alumno de piano... que si no practica, perderá sus avances.

—Pepe, aguántame hasta el sábado, ¿podés? Ese día tendremos nuestra clase.

—Pues, entonces, será el sábado. ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy contento. Creo que con lo que ganaré podré enviar regularmente el dinero para el colegio de mi hijo.

—«El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo.»

Rafa sonrió y sentenció seguro:

—Ya sé: del *Quijote*.

—Sí, y espero, ya que hice el sacrificio de prestarte el libro, que lo estés leyendo. Ahora siéntate, cómete una ración aquí, que estoy seguro de que no tienes nada en el estómago. Y no te preocupes, que me lo pagarás con clases.

Rafael volvió a sonreír y le respondió con la frase que había leído la noche anterior.

—«Come menos y cena menos, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.»

Pepe lanzó una risotada y lo palmeó.

—¡Pues vas bien, muchacho, creo que al fin te sacaré bueno!

En minutos, Rafael comía un revuelto de trozos de chorizo y papas que le sabía francamente delicioso. Se trataba de lo primero que ingería desde el desayuno. A veces, absorto por el trabajo de La Bellota, se olvidaba de comer. Si bien a las diez tenía permiso para tomar un refrigerio, durante los primeros días no había descansado ni un minuto. Con tanto trabajo por delante, se esforzaba por aprender y hacer lo mejor posible su tarea con la firme esperanza de que, pasados los dos meses, lo contrataran fijo. Un año de labor estable con sueldo sumado a su trabajo en el metro lo sacaría de ciertos apuros. En ese momento, gran parte de la jamonera se encontraba de mudanza hacia el ala nueva y él, junto a dos contratados, debían trasladar con mucho cuidado las mesas de trabajo de los deshuesadores, sus herramientas, los mesones para empaquetar, las balanzas de cada sala, los percheros para colgar jamones, incluso, trasladar la cámara entera donde realizaban la salazón. Todo se desmontaba para armarlo en el nuevo emplazamiento. Luego deberían reacomodar en el ala vieja las mercaderías, entre las que, además de jamones, había mariscos en frascos y variedades de embutidos que incluían chorizos, salchichones y lomos. En una cámara exclusiva se almacenaban los quesos de las firmas Romero y García Vaquero. Cuando concluyeran estas tareas, deberían reorganizar las oficinas administrativas que funcionarían en la parte vieja. Meditó en su padre, en la forma de ver la vida que él tenía y se percató de cuánto le molestaría saber que estaba realizando esas labores. No le importó; este trabajo le proporcionaría el dinero para el colegio de Facu. Cuando regresara a la Argentina, podría retomar su vieja labor docente, que, sin dudas, conformaba a don Becerra, pero no tanto a él.

Rafael decidió olvidar por un rato las rudas faenas que esa mañana lo habían mantenido ocupado y eligió mentalmente el repertorio que interpretaría en el metro.

* * *

Esa noche Rafael se hallaba ubicado en el rincón del distribuidor de la estación Diego de León donde se cruzan los pasajeros del metro de las líneas 4, 5 y 6. Esa esquina, con una acústica maravillosa, propia de un teatro, donde los músicos podían montar su número sin utilizar micrófono ni amplificador, detalle que él, con su buen oído, captó desde el primer día que cantó en ese espacio donde un intérprete se bastaba con su voz y su instrumento.

Avanzando en su repertorio, luego de varias canciones, Rafael se hallaba disfrutando de cada nota y de cada frase. Su incommensurable amor por la música le hubiera permitido cantar sin dinero de por medio. De hecho, ningún transeúnte estaba obligado a dejarle una moneda. Si él lograba conmové, agradecía el gesto. Sin embargo, cada tarde se ponía la meta de reunir cierta cantidad de euros, y no se retiraba hasta juntarla.

En esa oportunidad, cuando todavía le faltaba bastante para completar la suma que se había propuesto, la vio aparecer. Alba caminaba hacia él y le sonreía desde lejos. Tuvo que reconocer que a medida que se acercaba, algo dentro suyo se ponía feliz. Leyó la inscripción de la remera blanca a través de la campera de cuero negra que llevaba abierta y no pudo dejar de sonreír: «NO ME APETECE CRUZAR PALABRA CON NADIE».

Terminó la canción y ella aplaudió fuerte. Dos chicas que también estaban escuchándolo, contagiadas por su reacción, la imitaron.

Alba sacó de su mochila negra con bordados de telar un billete de diez euros y lo metió en la funda de Rafa. Luego, como si fuera una perfecta extraña le dijo:

—Por favor, ¿podría cantar «Flor pálida»?

Él empezó: «Hallé una flor un día en el camino...».

La interpretó contemplándola fijamente. Le gustaba el rostro de Alba, lo hallaba enigmático y sensual. Le agradaba la mirada profunda de sus ojos marrones que la mostraba desprotegida y al mismo tiempo lista para pelear con el mundo. La forma armoniosa de su rostro y su nariz que aunque no era perfecta pegaba muy bien en esos rasgos tan españoles que comenzaban a resultarle queridos.

A pesar de que Rafa aún no había juntado el dinero del día y de que intuía que sería una buena noche, con gente receptiva, juntó sus cosas y, acercándose a Alba, le dijo:

—¿Lo de tu remera también va para mí?

—Va para todo el planeta tierra, menos para ti —dijo sonriendo mientras se balanceaba en puntas de pie con las manos en los bolsillos.

—Me alegro, Aldi...

Ella lanzó una carcajada al oír cómo la llamaba y exclamó con buen humor:

—Te dije que es mi nombre artístico y no el verdadero.

Rafael había estado a punto de reclamarle que no le había respondido el mail y que tampoco le había dado su número telefónico, pero se contuvo. Contento de verla, prefirió proponerle:

—¿Vamos a comer?

—Vale.

—¿De qué tienes ganas? ¿Pizza? ¿Pescado? —preguntó Rafael dispuesto a invertir en una cena lo que había ganado esa noche.

—Eh... fideos con salsa.

Él detuvo su paso y la miró.

Ella continuó:

—Cocinados en la olla fucsia —dijo tomándolo del brazo para seguir caminando amarrados.

Rafael no dijo nada. Había entendido. Avanzaron tomados del brazo.

Bajaron y cogieron la línea 6, rumbo a Pacífico; luego, la 1 hasta Portazgo, donde descendieron y caminaron las calles que los llevaban al departamento.

En media hora estuvieron en el piso de Rafael y, a diferencia de la primera vez que lo visitó, eligieron el dormitorio y luego la cocina. Porque apenas cerraron la puerta ambos empezaron a besarse. Esta vez no apagaron la luz y Rafael hizo algunos descubrimientos: los pezones de Alba eran rosados, ella soltaba un gemido afónico en los momentos cúlmines de placer, la pintura de las uñas de sus pies era de color rojo, en las piernas tenía marcados dos grandes moretones azules que no estaba seguro si deseaba saber cómo se los había hecho; y, muy importante, a Alba le gustaba besar y ser besada. Ella buscaba su boca y daba la suya, ofrecía su cuerpo y besaba el de Rafa. Sus pieles se entendían hasta atiborrarse de placer y exigirles hacer el amor con violencia.

Alba también descifraba los sentimientos de Rafael; no era tonta, él la quería allí porque gustaba de ella pero también porque se sentía solo, necesitaba calor humano. Era un hombre sensible, sentimental, afectivo y tierno. Ella disfrutaba que la besara mucho, le gustaba cómo le hacía el amor.

Unos minutos después se regocijaban en la calma que viene luego de la tormenta. Y los descubrimientos seguían: Rafael, muy blanco, tenía unos pocos vellos rubios en el pecho y le hacía el amor con las medias puestas. Alba tenía a un costado del ombligo, fulgurando entre dos tatuajes de letras chinas, una serie de lunares que semejava la ubicación de las clavijas de una guitarra.

Ambos descubrían el placer de la charla que sólo se da después de la intimidad física. Ella reconoció que no había regresado porque no se encontraba bien de ánimo a raíz de una discusión con su padre, hecho que trastornaba su mundo.

—Aunque discutas, podemos vernos igual —comentó Rafa.

—No es una discusión normal. Él se pone malo y yo me pongo peor. Lo hiego y también me hiego a mí misma. Digamos que nos amargamos mutuamente —dijo mientras el rostro se le llenaba de enojo y pena.

—Eso no está bien.

—Lo sé. Pero ya no se puede cambiar.

—¿Cómo que te herís a vos misma?

—Es difícil ponerlo en palabras.

—¿Y por qué discuten?

—Por todo y por nada.

—Pero ¿por qué? —insistió Rafael, que no terminaba de entender el origen de la tortuosa situación.

—Rafa, no merece la pena hablar de esto.

—Quiero ayudarte.

Ella sonrió dulcemente, y dijo:

—Tengo hambre.

Alba sabía escaparse, parecía experta en el arte de eludir.

—Te cocinaré algo. ¿De veras quieres fideos?

—No.

—Hum... ¿Y entonces?

—Compremos un kebab.

Él asintió y se vistieron. Ella cargó su mochila y salieron a la calle. Alba le tomó la mano para cruzar la avenida y así se quedó hasta que llegaron al establecimiento. A Rafael le gustó. Hacía mucho que no llevaba a una mujer de la mano.

El local decorado con estridentes colores estaba lleno de gente de Vallecas, desde la típica señora gruesa que les gritaba a sus tres niños porque se tiraban al suelo sucio mientras esperaban la comida, hasta los dos gitanos que conversaban en voz baja para preservar la privacidad de sus comentarios, pasando por un grupo de chicas y chicos que reían estruendosamente mientras comían y tomaban cerveza.

A Rafael no le importó el entorno, y le agradó que a ella tampoco le preocupara. Ambos se divirtieron mientras cenaron porque Alba, tan ocurrente, tenía la capacidad de imitar gente y voces. Él reía a carcajadas, feliz de saber que habían salido de la melancolía de un momento atrás cuando le habló de su padre. Había pensado que Alba permanecería taciturna por el resto de la noche; sin embargo, ahora, ocurrente y exultante, parecía otra mujer, como si en un lapso muy breve hubiera estado con dos personas diferentes.

Deseaba ayudarla en el asunto de la relación con su padre, que tanto la perturbaba. En otra época, cuando decidió estudiar música, la elección de la carrera había generado discusiones con su padre, quien se había opuesto. Sin embargo, con el tiempo había vuelto la paz y disfrutaban de un buen lazo. Se reconoció como un componedor, un experto en mejorar relaciones... «¡Claro que no las amorosas!», meditó al colársele el rostro de Juliana. Esa imagen trajo la de su hijo y entonces deseó estar a solas otra vez con Alba porque a su lado los extraños cambiaban de tamaño, parecían más pequeños.

Rafa pidió la cuenta con la idea de volver al apartamento; aún era temprano. Pero en cuanto pagó, Alba se puso de pie para despedirse. Su saludo lo tomó por sorpresa.

—¿Te vas?

—Sí, sí.

—¿Y cuándo te veré? Ni siquiera sé tu número de móvil —dijo sin rodeos.

—No te serviría de mucho, casi nunca lo tengo encendido. Pero no te preocupes, yo sí sé dónde encontrarte. A la tarde, siempre estás en el corredor Diego de León.

—¿Y si algún día no estoy cantando ahí?

—Pues vendré a tu casa.

—¿Y si no estoy? —dijo pensando en la fiesta que animaría en Entrevías, en el evento del Círculo de Bellas Artes y en la clase que le daba a Pepe.

—Te esperaré.

Rafael la miró a los ojos con profundidad, comenzaba a apreciar a Alba, pero había algo en ella que no se dejaba querer, algo indescifrable que tampoco le permitía conocerla completamente. Aun así, se arriesgó. Sacó el llavero que tenía en el bolsillo y quitó de la argolla una de las llaves del apartamento.

—¿Qué haces? —preguntó ella abriendo grande los ojos.

—Te daré una llave de mi casa.

—No la quiero.

—Que sí —dijo mientras se la metía en la mochila.

—No deberías...

—¿Por qué? ¿No debería confiar en vos?

—No.

Su respuesta fue un ramalazo que lo lastimó. Pero en ciertas circunstancias, él podía ser cabeza dura.

—Pues lo haré de todos modos, confiaré en vos. Entrá a mi casa cuando quieras —le propuso y de inmediato notó que el rostro de Alba se quebraba y que los ojos marrones se humedecían.

Rafa no sabía el número de su móvil, ni dónde vivía; tampoco acertaba a descifrarla por completo. Invitarla a su casa constituía un acto de arrojo, un salto al vacío, pero él ya no era el mismo de antes, ya no temía a los riesgos.

—Ven aquí, Alba —dijo y, estrechándola en un gran abrazo, sin soltarla, manteniéndola atrapada, agregó—: Y ya, dejá de hacerte la niña mala, que no sos así.

Cuando la soltó, ella lo miró con ternura por primera vez desde que se habían conocido. Rafael nunca había visto en sus ojos lo que vio.

—Y si vas a irte, vete de una vez —dijo él sentándose nuevamente en la silla amarilla del kebab. Se quedaría a tomar otra caña.

Tras un momento de indecisión, Alba le dio un sonoro beso en la frente y se marchó. A través del vidrio, él la vio detenerse, abrir la mochila y escribir algo en un papel apoyada en su propio regazo. Luego, regresó al local.

—Toma... —dijo extendiéndole un ticket del metro.

Rafa vio que en el reverso llevaba escrito un número telefónico. ¿Acaso...? La voz de ella se lo confirmó.

—El número de mi móvil —dijo. Lo dejó sobre la mesa y, esta vez sí, desapareció.

Cuando Rafa levantó la vista, Alba se había esfumado. Ni siquiera pudo divisarla a través del vidrio.

Acababan de consumir un intercambio importante: él le había entregado la llave de su departamento, su pequeño mundo; ella, su número de móvil. Evidentemente, el gesto de Alba implicaba una apertura, una especie de concesión porque... ¡cuánto le había costado compartirlo!

* * *

Rafael entró a la zona de las oficinas de La Bellota y miró lo que ese día tenía que mudar y reacomodar. No sabía por dónde empezar cuando Lola, la recepcionista de cabellos blancos que era quien comandaba la mudanza, dijo:

—Oye, chaval, que esto... —dijo señalando tres escritorios— los armaremos en las salas de los ventanales del ala nueva. Pero el armario y todo lo que hay dentro lo pondremos en el salón que se ha construido cerca de la entrada.

Rafael, al observar que quedaban dos archiveros, preguntó:

—¿Y estos?

—También van para el salón. Es material para el museo que se montará allí.

—¿Museo? —preguntó sorprendido al oír por primera vez esa palabra.

—¿No te lo había dicho? Ese salón fue construido especialmente para instalar un museo que mostrará la historia de La Bellota a través de las distintas épocas que atravesó la empresa. ¿Sabías que el rey pasó por aquí cuando se inauguró en 1886? Tenemos una foto.

—Tremendo —dijo sin saber qué más decir. Como americano, no terminaba de entender muy bien cómo era eso de tener un rey y por qué le daban tanta importancia. Al fin y al cabo, se trataba de un ser humano igual que los demás.

—Tenemos los diplomas de los premios que ha ganado La Bellota.

—Tremendo...

Las competencias del jamón, también, era un tema con el que, poco a poco, comenzaba a familiarizarse.

—Y algunas publicidades de la época en que la jamonera anexó una bodega que llevó el mismo nombre.

Se notaba que la mujer era entusiasta admiradora de la industria del jamón, más fiel a La Bellota que los propios dueños.

—Ah, tremendo —balbuceó la misma palabra una vez más. Y al pronunciarla, se dio cuenta de que había sonado muy idiota. Lola lo tomaría por subnormal.

Así que sin agregar nada más, Rafael se dispuso a sacar del armario los carpetones para trasladarlos al salón que en breve se convertiría en el museo de la firma.

Durante el tercer viaje, después de transportar una gran cantidad de papeles en los brazos, de cruzar escaleras y pasillos y de atravesar el estacionamiento, se le ocurrió que en esas carpetas podía encontrar alguna pista sobre su abuela. Cada día estaba más convencido de que ella había trabajado en el establecimiento. Al principio había fantaseado con que el padre de la yaya María hubiera sido dueño de una parte de la jamonera, pero ahora que conocía la historia del lugar se daba cuenta de que los Díaz Montero habían sido los únicos propietarios desde su fundación. Husmeó en un par de carpetas —parecían las más antiguas— escritas a mano con letra muy prolija. Una llevaba por carátula «COMPRADORES DE VINOS DE GETAFE» y debajo tenía el dibujo de una graciosa antigua botella con un corcho a medio tapar; otra rezaba «SUELDOS EMPLEADOS 1930-1940» y llevaba pintada con el mismo lápiz la figura de una peseta. Asumió que en esa podía encontrar la información que necesitaba. Pero a punto de sentarse para leer, escuchó que sus dos compañeros se acercaban y decidió dejarlo para cuando estuviera solo.

Durante el resto del día continuaron acarreando papeles hasta que, al final de la jornada laboral, pudieron decir satisfechos que habían logrado meter en cada oficina lo que iba en ellas y en el salón, lo que pertenecía al museo. Lola observaba contenta.

—¡Misión cumplida! —exclamó Rafael mientras apilaba las últimas carpetas antiguas.

—Muy bien, ahora falta clasificar este material —dijo Lola pensando en voz alta.

Rafael, que albergaba cierta expectativa en esos papeles, se ofreció:

—Si quiere, yo puedo encargarme.

Lola sabía que Rafael tenía estudios universitarios. Ella misma había tomado la decisión de emplearlo. El argentino, además de eficiente, le caía bien.

—Me parece buena idea. Pero deberás hacerlo con cuidado, pues allí hay información y documentos muy antiguos que no pueden arruinarse. Mañana te daré los lineamientos para realizar el trabajo.

—Perfecto —dijo.

Después de charlar dos palabras con Lola, se despidió. Su jornada laboral en La Bellota había concluido, pero no regresaría a su casa. Había llevado la guitarra a la jamonera y de allí, antes de instalarse en la estación del metro, pasaría por Elíptica para charlar con Rumen, a quien hacía mucho que no veía. Con la guitarra al hombro, se marchó para tomar el autobús que lo llevaría de Rivas-Vaciamadrid hasta Conde de Casal, donde abordaría el metro hasta Plaza Elíptica.

Realizó el trayecto pensando en Alba, de quien no tenía noticias desde hacía dos días. Quiso llamarla pero se contuvo. Si ella no daba fácilmente su número de celular, se sobreentendía que no le gustaba que le hablaran. Si Alba quería, bien podía hablarle o aparecer en su apartamento, para eso le había dado la llave.

Cuando se bajó del tren, ni bien pisó el andén, escuchó la melodía de «Mi país, mi Bulgaria» que salía del teclado de Rumen y llegaba desde el pasillo donde —atraído por el enchufe— siempre se ubicaba para tocar. Si bien estaba prohibido usarlo y los guardias lo controlaban, el búlgaro se las ingeniaba para camuflar el cable colgando en la pared el piloto negro que llevaba consigo tanto en invierno como en verano.

Contento por oír la melodía, se felicitó por haber llegado a tiempo para encontrarse con su amigo que, al divisarlo, lo saludó con la mano. Mientras ejecutaba el final de la canción convertida en el himno no oficial de Bulgaria —que Rafa había descubierto gracias a su interpretación—, le dijo:

—Rumen va terminando, tomemos café.

—¡Claro! ¡A eso he venido!

El búlgaro sonrió. Cuando terminó de tocar, subieron al bar Yakarta, el más próximo de los de arriba, el predilecto si tenían en cuenta que debían moverse con los instrumentos.

Antes de ingresar al bar, tuvieron que sortear varios hombres que se apostaban en la esquina con la esperanza de que un empleador los reclutara para realizar alguna chapuza. En ese cruce de calles se reunían los inmigrantes ilegales —electricistas, fontaneros y demás oficios afines a la construcción— que aguardaban una oportunidad laboral. Poco a poco, Rafael aprendía cómo funcionaba el mundo español y el inframundo inmigrante. El Yakarta ganaba muchos de sus euros con las consumiciones —café y raciones— que podían permitirse estos hombres rumanos, latinos, africanos y de otras nacionalidades mientras aguardaban que los contrataran para una changa.

Los atendió Aurelio, un mozo con el que Rafael había entablado una buena relación desde la época en que todavía montaba su número en la estación de Elíptica. El día que el hombre lo descubrió en plena interpretación, lo aprobó con un «¡Muy bueno, tío!» y unas monedas. Luego, al reconocerlo en el bar —Rafa siempre tomaba un café en el Yakarta para utilizar el baño—, el hombre comenzó a regalarle una segunda taza y desde allí el ritual se repetía acompañado de un intercambio de palabras cordiales.

Esa tarde, sentados junto a la barra, Rumen y Rafael tomaban sus cortados y hablaban en el medio español del búlgaro. Después del inevitable informe del día, conversaron sobre sus hijos

hasta que llegó una noticia impactante.

—Rumen se va...

—¿A dónde? —preguntó sorprendido. Rafael, en primera instancia, no comprendió que le comunicaba que regresaba a su país.

—A Bulgaria.

Rafa se quedó helado.

—¿Para siempre? —preguntó con dolor.

—No. Pero, por mucho rato, sí.

La media lengua de Rumen lo volvía loco. Necesitaba comprender el alcance de la información.

—Rafael no entender —dijo dándose cuenta de que estaba hablando como él.

—Voy mucho rato, pero luego regreso.

—¿Cuánto rato?

—Tres meses.

—Es mucho... —dijo lamentándose por la partida de uno de los pocos amigos.

—Rumen hacer trámites, ver familia, pero volver.

—Claro —dijo Rafa con pesar.

La conversación continuó, pero Rafael, atravesado por la melancolía, escuchaba mientras su mente divagaba entre tristes pensamientos. Porque cuando se está lejos de la patria, en una ausencia se unen muchas otras y en una partida se reviven todas las que hubo antes. Y de esa forma los dolores se vuelven grandes, crecen exponencialmente, hasta atrapar a la persona, hasta ahogarla, hasta dejarla sin ganas, hasta querer volverse a su lugar, alejándolo de donde coño sea que estuviera en ese momento y exigiéndole regresar.

Una hora después, la tarde, que recién comenzaba, a Rafael se le hacía larga porque Rumen se le iba, Alba no aparecía y de su hijo —por más que le había enviado un mensaje a Juliana— no tenía noticias. Al recordar a su ex, se sorprendió: a pesar de las peleas, por momentos también la extrañaba. Cuando terminara de cantar, le hablaría a su padre. Don Becerra, más allá de los desacuerdos que podía tener con sus decisiones, siempre estaba disponible para atender sus llamados. Entre canción y canción, le mandó un mensaje: «Papá, te quiero». Enseguida escuchó el ring de la respuesta. Cuando pudo, la leyó: «Yo también te quiero y te extraño, hijo».

Le respondió: «Cuando llegue a mi casa, te llamo».

La melancolía lo puso al borde de las lágrimas cuando cantó «Lady Laura», de Roberto Carlos. Mientras la interpretaba, a su mente venían imágenes de su padre, su madre y la tía María. Deseó ser pequeño otra vez, y que ellos lo abrazaran. Recordó sus consejos —los que en esa época no oía— y reconoció que hubiera dado cualquier cosa por recibirlos ahora. Atravesaba una de esas noches —como dice la canción— en que uno se siente perdido.

Cerca de las diez decidió emprender el regreso. Los treinta y cinco euros estaban del monto planeado, pero la tristeza que lo embargaba le impedía continuar en la calle.

Durante el camino de regreso trató de no pensar mucho, temía desmoronarse, hacía frío y eso no ayudaba. Los pasajeros del vagón iban silenciosos, algo melancólicos.

Luego de subir las escaleras de su edificio rumbo al primer piso, le pareció oír ruidos detrás de la puerta. Se puso en alerta, enseguida afloró su viejo trauma porteño sobre la seguridad. Si bien durante su estancia en España nunca había sufrido problemas de esta clase, jamás se sabía cuándo podía encontrarse con un ladrón. Pero la voz de una mujer que cantaba «Deseo de cosas imposibles», de La Oreja de Van Gogh, le quitó los miedos. Era Alba.

Alba. Alba. Alba.

Abrió la puerta y se sintió morir de nostalgia. El interior de su casa se hallaba impregnado de aroma a comida recién hecha. Aspiró con fuerza y placer. Lo identificó: paella. Muchas ideas más se agolparon en su mente: paella, comida casera, hogar, su infancia y la tía María cocinándole ese plato, la última noche en Buenos Aires y su padre agasajándolo con esa comida antes de viajar a España.

—Alba...

—Si aciertas a decir qué te he cocinado, te ganas un plato lleno.

—Paella...

—Pues, claro, qué fácil la has tenido. ¡Qué otra cosa te iba a hacer una española!

—No te olvides de que soy nieto de una y a ese aroma lo conozco muy bien.

Los dos comenzaron a reír.

—Mi tía siempre preparaba paella para toda la familia.

—Pues, ahora, ven y siéntate a la mesa y dime si la mía, al menos, está igual de sabrosa que la que cocinaba ella. Aunque no albergo mucha esperanza, pues ya sé que los hombres son tremendos a la hora de idealizar la comida que cocinan sus madres y abuelas.

Rafael, mientras se lavaba las manos en el baño, le dijo:

—Haceme acordar y un día te cuento la historia de María.

Pero, renegando con las ollas fucsias, Alba no lo escuchó. Como eran pequeñas, había tenido que cocinar la paella dividida en dos.

Acompañaron la cena con un vino exquisito Pata Negra verdejo de Rueda que había traído Alba. Mientras disfrutaban de la sobremesa, sonó el teléfono de Rafa. Se había olvidado de que hablaría con don Nacho.

—Alba, disculpame, pero es mi padre y le prometí hablar...

—Conversa tranquilo, que yo levantaré la mesa.

—¡No laves, eh...!

—No pensaba hacerlo, eso te queda a ti.

Rafael se sentó en el silloncito bordó y cruzó unas palabras con su padre. De inmediato, para que comprendiera que no podrían extenderse como en otras ocasiones, le explicó que estaba con gente. Pero los diez minutos que conversaron sirvieron para ponerse al día: que estoy bien, que yo también, que acá ya están más frescos los días, que aquí cada vez más cálidos. Que te extraño, papá, que yo más aún, hijo mío; que te quiero mucho, que yo también, papá; que la tía Silvia está mejor de salud, y que como la noche en Buenos Aires está hermosa haré un asadito en el patio para que vengan mis hermanos, porque Florencia sigue en la Patagonia. Que hoy comí paella hecha por una española y estaba tan buena como la de la tía María.

Alba, que pescaba retazos de la conversación y de vez en cuando le sonreía a Rafa, oyó que el hombre le preguntó:

—¿Y esa española es joven?

Rafa respondió:

—Sí, es joven, linda y... quizá buena —le guiñó un ojo y continuó—: Y ahora está en mi casa, a mi lado —dijo justo en el momento en que Alba se acercó y, a través del jean, le pellizó el trasero.

—Ay, hijo, cuidate... A ver si en España te casan de nuevo. Acordate de que acá quedaron Juliana y Facu.

—Papá, ya te contaré noticias, pero no hoy... —previno Rafa.

Don Becerra, que desconocía que su exnuera estaba saliendo con el doctor Toranzo, albergaba la loca idea de que el matrimonio de su hijo aún podía replotarse.

Dos frases más y, mandándose un abrazo, se despidieron.

Cuando Rafa cortó, reparó en Alba, que estaba de pie frente a él. Sus jeans gastados, su remera blanca, sus pies descalzos y su típica sonrisa. La observó. En verdad, ella lo sanaba de las tristezas y dolores, le permitía olvidarse de esa vida lúgubre que había dejado en Argentina y entusiasmarse tímidamente con una nueva.

—Me gusta tu padre y cómo se tratan. Se ve que se quieren y ambos se interesan en las cosas del otro.

—Sí, aunque tengo que reconocer que hemos tenido tiempos malos.

—Uf, sí que sé de eso.

—Tenés que contarme cómo va la relación con el tuyo.

—Igual.

—Así no puedo colaborar. Dame más detalles.

—Pero hoy no. Estoy cansada. Hice las compras, cociné y trabajé gran parte del día.

Alba se escapaba otra vez. Sin embargo, la reciente enumeración también le interesó a Rafa porque, con los trozos sueltos de información que recababa, componía la vida diaria de Alba, una vida sobre la que todavía no tenía certezas.

—¿Trabajaste?

Quería saber, llenar los vacíos de una existencia que lo colmaba de interrogantes. ¿Cómo era su casa? ¿Un departamento costoso o uno como el suyo? Cuando le preguntó en qué zona vivía, se escapó por la tangente con una respuesta elusiva. ¿Ganaba lo suficiente para vivir de sus cuadros? Le había dicho que hacía trámites. Pero ¿qué clase de trámites realizaba?

—Sí, pinté todo el día hasta que vine a tu apartamento. Esta semana vuelve el hombrecillo de Barcelona... el que comercializa mis obras. Se llevará mi última producción.

Le creyó. La imaginó pintando y dejando todo para comprar los mariscos que le cocinó. Se enterneció ante ese cuadro.

—Gracias, Alba.

—¿Por la paella?

—Sí. Por cocinarla, por elegir este vino, por venir al departamento, por estar acá, cerca, acompañándome en esta noche de viernes...

Ella sonrió y, tal como si buscara darle la estocada final, abrió la mochila y sacó un cepillo de dientes y un pijama blanco con tréboles azules.

—Mira lo que traje. Hoy me quedaré a dormir.

Rafael se puso de pie, la abrazó y posó sus manos en el trasero de Alba, que comenzaba a ser su debilidad. Enseguida su piel de hombre creció entre sus piernas. ¿Cómo le gustaba esa mujer! Comenzó a desnudarla y a besarla por cada centímetro del cuerpo como sabía que a ella la complacía. Él también esa noche quería sentirla toda. Le quitó la blusa y el sujetador y le lamió lentamente los pezones. Le bajó el jean de un tirón y haciéndola girar le besó la espalda. Con su boca húmeda, recorrió la línea de la columna sorteando los tatuajes.

Se acuclilló para poder besarle las nalgas. Quitó sus manos de la cintura de Alba, le tocó con suavidad el pubis apenas depilado y luego le tomó con fuerza las muñecas al tiempo que le mordía el trasero. Iba trastornado de deseo.

—¡Ayyy! —gritó ella de dolor.

Rafa volvió en sí sobresaltado.

—¿Qué pasa?

El quejido lo sacó de la locura que ella le provocaba. ¿Acaso la había mordido demasiado fuerte? No lo creía.

—Nada, nada. Por favor, no te detengas —rogó ella con la voz queda de deseo.

Rafael se incorporó y dio una rápida mirada a ese cuerpo que le hacía perder la razón. Buscaba alguna señal de su torpeza, cuando hizo un descubrimiento: el causante del grito no había sido el suave mordisco sino el apretón que le había dado a sus muñecas. Alba las tenía muy lastimadas; y más arriba, en los brazos, también; a lo largo de ambas extremidades se veían laceraciones con varios cortes llenos de sangre seca.

—Ay, Alba, ¿qué te pasó?

—Nada, Rafa, no pares, bésame...

No sabía si proseguir o frenarse.

Pero ella, que no deseaba que la pasión del momento se esfumara, hizo algo certero: se arrodilló y comenzó a besarlo en la entrepierna. La piel de hombre crecía otra vez. Rafael cerró los ojos y ya no pudo pensar más en nada. Sólo quedó en pie la imagen mental de esa boca diestra que le daba placer y placer. El mundo a su alrededor desapareció; se detuvo por completo y de tal manera que, en pocos minutos y olvidado de todo, incluidas las lastimaduras de Alba, tendido en la alfombra, la penetró desbocado mientras la besaba en la boca.

Al cabo de un rato, acostados en el sillón, él corrió la frazada azul de polar con que se habían tapado para poder examinar los brazos de Alba.

Los observó y se llenó de impresión y pena por el dolor que deberían causarle.

—¿Qué es esto, Alba? ¿Cómo te pasó?

—¿De veras quieres saberlo? Porque cuando te lo diga, tal vez, ya no me quieras más.

—Quiero saber quién te hizo eso. Creo que me lo merezco, comparto mi casa contigo... además, te quiero.

—Nadie me lo hizo. Me lo hago yo misma.

A Rafael le costó entender las palabras. Luego de unos instantes, ellas al fin tomaron sentido. Él explotó:

—¡Dios! ¡¿Y por qué?!

—Porque adentro, a veces, algo me duele tanto que, si me corto, me olvido. El dolor de la herida me quita el otro, que es peor.

—Pero es una locura —dijo. Le costaba encontrarle sentido a que ella buscara lastimarse.

—Lo sé.

—¿Fuiste a un psicólogo?

—Sí, pero no sirvió. No me entendía.

—¿Sabe tu padre de esto?

—Por supuesto que no.

—Tal vez debería saberlo.

—¿Para que me suelte una de sus absurdas y terribles peroratas? No, gracias.

Rafael, que seguía impactado, puso en palabras su duda:

—No logro entender cómo funciona tu relación con él.

—No busques entender, no lo conseguirás.

—¡Pero algo hay que hacer!

—Cuando te conocí, te dije que tenía un agujero negro dentro de mí.

—Quiero ayudarte.

—Ojalá puedas, pero creo que yo no tengo esperanza.

—Vení —dijo abrazándola con fuerza y, poniéndola en su regazo, agregó—: Ya se nos ocurrirá cómo solucionarlo.

Rafael se conmocionó ante la idea de que ella pudiera herirse a sí misma. Sabía poco del tema

—apenas si había oído algo en un programa de televisión como un fenómeno adolescente—, pero jamás imaginó que lo experimentaría en una persona cercana; menos, en Alba.

Mirando el techo en silencio, abrazado a ella, tapado con la frazada azul de polar, mientras le acariciaba el cabello, se le reveló que, a su manera, cada uno debía luchar contra su propio agujero negro. Él también tenía el suyo. Tenía que reconocer que, por momentos, él también podía ser autodestructivo, sólo que lo suyo no era tan notorio. A diferencia de las heridas que se infligía Alba, sus bemoles emocionales pasaban desapercibidos porque nadie los veía... Pero dolían, ay, cómo dolían. Recordó que, cuando se culpaba por sus equivocaciones, se decía a sí mismo que era un fracasado, que se merecía todo lo malo que le sucedía en su vida, que él solito se había ganado lo peor, y que nunca le tocaría nada bueno. ¡Cuánto dolor le producían esos pensamientos! Lacerarse el interior con esos sentimientos resultaba similar a cortarse el cuerpo como lo hacía Alba. Y tampoco estaba bien. Al fin y al cabo, se trataba de dos formas de mutilarse: una, física; otra, emocional.

Rafael, desde hacía unas semanas, había logrado, gracias a la compañía de Alba, detener esa laceración y aceptar que merecía cosas buenas. Deseó poder transmitirle su sensación, ayudarla a vivir mejor y convertirse en un apoyo capaz de impedirle que se autolesionara.

Aunque comprendió qué poco sabía de esta terrible enfermedad de la que se prometió indagar más, arribó a una triste conclusión: las miserias de los seres humanos son las mismas en cualquier parte del planeta, sea el mundo desarrollado o América Latina.

—Rafa...

—Hum...

—Tu padre te dijo que pensaras en Juliana y en Facundo. Ella es tu esposa, ¿verdad?

—Mí ex...

—¿No sientes nada por ella?

—Creo que ya no.

—¿Estás seguro?

—Supongo...

Ella quería oír un «No» rotundo. Él sabía lo que Alba esperaba, pero no mentiría.

—Mirá, Alba, si querés saber si sos importante para mí, te diré que sí, y mucho —confesó y, corriendo la frazada, mirando el cuerpo frágil, añadió—: Por eso me duele tanto verte así.

Al observarla con detenimiento, descubrió varios y pequeños moretones dispersos en las piernas parecidos a los que había visto la otra vez.

—¿Y esto? ¿También te los hacés vos?

—¡No, claro que no! —respondió rápidamente.

—¿Y de dónde salieron? —inquirió.

—Qué sé yo... Y ya, deja de averiguar tanto, que acabo de contarte algo muy importante que casi nadie sabe.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Hasta que él preguntó:

—¿Te acostás con otros hombres?

Ella tardó en responder.

—Desde hoy, no lo haré.

La frase fue una cachetada porque Rafael esperaba otra respuesta. Aun así, la abrazó y le preguntó:

—¿Segura?

—No lo haré más porque he empezado a quererte. Por eso vine, te cociné y me quedaré a dormir. Pero a veces me ha pasado que el agujero negro me coge en cualquier lugar y que justo en

ese preciso momento alguien está dispuesto a besarme... Y sólo por eso me he quedado allí. Pero ya no más.

—Pues cuando sientas eso, vení al departamento. Esta casa también es tuya y siempre estaré dispuesto a besarte.

Alba sonrió y respondió con voz queda.

—Gracias.

Se abrazaron fuerte y, por primera vez en mucho tiempo, disfrutaron de una gran bocanada de plenitud, de satisfacción, de amor auténtico, de ese que sana. Hasta ese momento la vida les había hecho probar sólo algunos pequeños sorbos de esta clase de amor. Pero la noche, que se presentaba amable y benigna, los convencía de darles más en un futuro próximo. La velada les brindaba lo que ellos necesitaban y ambos lo hallaban en el abrazo de piel desnuda bajo la frazada de polar azul.

* * *

Al día siguiente Rafa se despertó con la luz que entraba por la ventana. Por la claridad, debía ser tarde. Se había olvidado de poner la alarma. Miró a su lado y para él fue extraño y agradable contemplar que Alba dormía entre las sábanas. En el medio de la noche, a causa de la incomodidad, se habían trasladado del sillón a la cama.

Se levantó sin hacer ruido. No quería despertarla. En la cocina se preparó un café. Pepe lo esperaba para tomar su clase. Por más que estuviera Alba en el departamento, no podía faltar, no deseaba fallarle. Desayunó rápido aunque llegaría unos minutos tarde. A punto de partir, medio dormida y de pijama, ella apareció en la puerta de la cocina.

—¿Te marchas?

—Sí, a dar una clase de música al dueño del bar de abajo, un viejo al que aprecio mucho. No puedo fallarle.

—¿Luego irás a cantar al metro?

—Si te quedas aquí, no iré. Es sábado... Además, me olvidé de contarte que estoy trabajando todos los días por la mañana en La Bellota. Eso me quita un poco el ahogo económico.

—Así que trabajas en la jamonera, qué sorpresa...

Aún media dormida, él pudo ver que la noticia la sorprendió.

—A propósito, nunca me has contado qué trámites hacés ahí.

—Cuando tengas tiempo, te lo digo en detalle, aunque estoy segura de que te parecerá aburrido. ¿Y a ti para qué te contrataron?

—Para mudar el mobiliario a la nave nueva. Ahora debo irme, Alba, estoy llegando tarde, pero vuelvo en dos horas.

Se acercó, le dio un beso en la mejilla y se marchó apurado.

* * *

Rafael, frente a la puerta de la casa de Pepe, pudo sentir el sonido de las teclas maltratadas. Movi6 la cabeza sonriendo. Ese día, su alumno no destilaba lucidez. Golpeó. El hombre lo recibió listo para comenzar.

—Ya veo que estabas practicando —le dijo en cuanto entró.

—Estoy aquí desde temprano. Sólo fui al bar para abrir y darle las instrucciones del día a Agustín —relató refiriéndose al muchacho que tenía de ayudante.

—Perdón por la tardanza. Me olvidé de poner la alarma.

—Anda, anda, que estás muy ocupado, chaval, trabajas mucho, recibes frecuentes visitas femeninas...

—Sí, trabajo mucho pero tampoco me hagás fama con las mujeres, que la visita siempre es la misma —respondió Rafael sonriendo.

—Lo sé. Es la chica hippie de pelo rosa. Y se ve que te pone contento, porque te veo de mejor ánimo.

—Tenés razón.

—Pues, me parece perfecto. «De las muchas miserias, suele ser alivio una compañía.»

—Lo dice el *Quijote*, ¿verdad?

—Sí, y espero que estés leyéndolo.

La cara de Rafa lo dijo todo. Entre el trabajo de La Bellota y las largas tardes en el metro, volvía rendido, sin tiempo para concentrarse en la lectura.

—Pues te propongo algo: tú lees cada día... —calculó— aunque sea una página, te aprendes una frase, la comentamos juntos y con eso te ganas una consumición en el bar. El café y las tostas te saldrían gratis. ¿Qué opinas?

—Pues creo que aceptaré, porque la verdad es que quiero leer el libro y no hallo el tiempo. Tu propuesta me servirá para motivarme —dijo sonriendo.

—Vale —asintió el viejo riendo y añadió—: ¡Hala, hala! ¡Y ahora, al piano, que mis dedos piden música! —dijo moviendo sus manos en el aire como si tocara un piano imaginario.

En instantes, Rafa lo escuchaba y le corregía el tempo, que estaba cruzado. Las notas sonaban bien pero el tempo... el tempo... ay, le hacía doler el oído.

* * *

Cuando Rafael terminó la clase y volvió al departamento, encontró a Alba otra vez al comando de las ollas fucsias.

—¡Me sorprendés! No te creía tan cocinera.

—¡Ah, sí! Pues, porque de mujeres españolas no debes saber tanto. La cocina es importante y para mí suele ser una terapia —respondió sin dejar de revolver los garbanzos.

Rafa se acercó y la abrazó por detrás, tomándola de la cintura.

Un rato después, sentados a la mesa para almorzar callos con garbanzos, Rafa le contó que al día siguiente actuaría en el marco de «Las Noches Bárbaras», el ciclo organizado en el Círculo de Bellas Artes. Alba se puso contenta, aplaudía y daba grititos.

—¡Qué guay! ¡Enhorabuena! Pues, que yo iré. Aunque no me invites, iré. ¡Te aseguro que estaré allí!

—Claro que estás invitada.

—Me encanta. He ido un par de veces y el evento es muy bueno. Allí puedes ver artistas que, de otra forma, jamás conocerías, pues convocan a músicos callejeros de todas partes del mundo.

—Como es mi caso.

—Así es, argentinito, nieto de española.

* * *

Rafa y Alba disfrutaron del fin de semana en el departamento de Vallecas entre amor en las sábanas y charlas en la cocina, porque, aunque Alba se las arreglaba para no dar detalles de su vida, habló bastante gracias a la insistencia de Rafa y terminó relatándole que en La Bellota trabajaba sólo eventualmente, cuando la llamaban, en cuestiones de *marketing*, que era lo que había estudiado en la universidad. Le contó un poco más acerca de las lastimaduras que se autoinfligía desde los dieciséis años, cuando comenzó a vivir sola. Respecto a la relación con su padre dijo que el hombre se había pasado la vida tratando de complacer a su propio padre, y ahora que pensaba que le tocaba exigir lo mismo de la generación siguiente, no entendía que ella hiciera lo que se le daba la gana.

—¿Y qué es lo que él quiere, que vos no aceptás?

—Sus lineamientos de vida, que continúe con trabajos y mandatos familiares. Yo sólo quiero hacer mi vida, pintar y punto. Lo demás me importa una mierda.

Alba se abstuvo de profundizar el tema. Rafa la entendió, pues vivió una situación similar cuando les comunicó a sus padres que deseaba ser músico.

Rafael le contó de qué forma las continuas crisis económicas de su país habían influenciado para que su matrimonio se derrumbara. En Argentina se hacía casi imposible progresar y eso le había traído un sinfín de problemas con Juliana. Le explicó los efectos de las devaluaciones y las disparadas del dólar y las consecuencias para la economía que, entre otras cosas, había provocado la quiebra del restaurante donde había invertido todos los ahorros. Ante esta debacle, se vio obligado a cambiar de colegio a su hijo y pasarlo a uno de menor nivel. También resultaba muy desalentador que, por más que Juliana fuera nutricionista y ambos tuvieran títulos universitarios, nunca pudieran pensar en comprarse una casa, sino que se vieran condenados a alquilar una vivienda por años.

Ella lo oía con atención y sorpresa; viviendo en España le costaba entender algunas situaciones económicas que él relataba.

Para cuando se hizo domingo por la tarde y ellos comenzaron a prepararse para asistir al Círculo de Bellas Artes, ya no les quedaban temas por abordar, ni posición sexual por probar. O, por lo menos, así lo creyeron en ese momento después de haber pasado juntos casi cuarenta y ocho horas.

Rafa se calzó su mejor jean y una camisa blanca Yves Saint Laurent. Ella le advirtió que actuaría en un ambiente bohemio y que, por lo tanto, podía prescindir de vestir ropa formal. Alba se puso jean y una remera negra. Luego partieron contentos.

Cuando llegaron al Círculo, Rafael descubrió que habían armado varios escenarios: uno, en la terraza; otro, en el vestíbulo; y dos más en el Salón de Baile y en la Sala de Columnas.

Rafael cantaría en la bella terraza, que esa noche se presentaba con un aire fresco, lo que permitiría disfrutar aún más de la velada. Tras anunciarse con los organizadores, supo que actuaría luego de la chica rumana que ejecutaba la flauta traversa. Mientras aguardaba su turno y oía la melodía, observó sus zapatos Hush Puppies color tostado y, a su lado, los pies de Alba con manoleínas color beige en número 37; entonces se dio cuenta de que la imagen lo complacía. Significaba que ellos dos estaban juntos, disfrutando de esa hermosa noche, en ese bonito lugar, mientras se encontraba a punto de realizar lo que más le gustaba en la vida: cantar. Y en España, el país de su yaya María. La decisión de haber venido a Europa comenzaba a cobrar sentido.

Cuando la muchacha terminó su concierto, Rafael subió al escenario y, durante los cuarenta minutos que duró su set, interpretó algunos boleros y varias canciones. Por su guitarra y su voz desgranó «Algo contigo», «Sabor a mí», «19 días y 500 noches», entre otras. Para terminar, cantó «Flor pálida», y la gente le pidió una más. La tocó encantado. Al terminar, el público volvió a pedir bis, y él disfrutó de cantarles una vez más. Cuando el recital de Rafael Becerra llegó a su fin, y con gran éxito, la gente lo aplaudió de pie. Alba, emocionada, también, y a rabiar.

Rafael bajó del escenario exultante y feliz. A esta gran noche sólo le faltó un detalle: que se cumpliera el deseo de que Facundo, su hijo, se encontrara entre los presentes para sentirse orgulloso de su padre. Lo extrañó como sucedía cada vez que vivía un momento importante. Era una velada especial en la que se sentía agradecido al país de su yaya. España le había permitido subir a un escenario, cantar y le habían pagado doscientos euros.

Alba y él se marcharon abrazados del Círculo de Bellas Artes. Rafael meditó que había vivido una de las mejores noches de su vida. Alba, a su lado, pensaba igual. A veces, los momentos simples de la vida eran los más importantes.



CRISANTEMO

Chrysanthemum

HISTORIA: El cultivo de esta planta se remonta al año 1500 a.C. en China. Luego, en el siglo VIII, fue llevada a Japón, donde el emperador la adoptó como la flor del sello imperial. Desde entonces se utiliza como flor sagrada en diferentes ceremonias.

En el siglo XVII fue introducida en Europa, donde se expandió y se popularizó. En griego, su nombre significa «flor de oro»; en chino, «cielo repleto de estrellas» o «bebida de vino hecho con los melocotones de los inmortales».

USO MEDICINAL: El té de crisantemo, que se prepara a partir de la cocción de los pétalos amarillos y blancos, es una bebida medicinal muy popular en Oriente. Sirve para tratar los síntomas de los catarros.

SIGNIFICADO: Tiene distintos significados según el país y el color de la flor. Se la suele asociar a la suerte, la salud, la felicidad y la honestidad.

DICE LA LEYENDA... que tener una planta de crisantemos floreciendo en la casa trae felicidad a quienes la habitan.

CAPÍTULO 6

LOS CRISANTEMOS DEL PRIMO DE CUCA

Madrid, 1936

Los pétalos de la flor del crisantemo son frágiles como la vida, pero su esencia es tan fuerte que se asemeja a la misma muerte. Podría decirse que sus pimpollos divagan entre dos extremos de una contradicción: la fragilidad y la resistencia, la delicadeza y la fortaleza; porque los crisantemos pueden servir para embellecer una sala, pero también su naturaleza verde es capaz de sanar enfermedades incurables.

Cuca, la sirvienta de los Díaz Montero, a pesar de su simplicidad, sacaba estas conclusiones filosóficas mientras preparaba la tisana de crisantemos. Ella nunca olvidaría cómo su primo se había sanado con la esencia de crisantemos de esa horrible enfermedad sexual llamada gonorrea que se le había pegado en el burdel de la calle de la Reina. El dulcísimo brebaje que preparaba con esa planta para sedar a su señor se lo habían enseñado unos chinos que vivían en su barrio. Desde que Federico Díaz Montero acusaba un marcado tembleteo, le costaba conciliar el sueño. Le habían dicho que se llamaba enfermedad de Parkinson, pero ella la conocía como «la incurable de los temblores». Le daba pena ver cómo trataba de controlar sus manos sin éxito, que parecían tener vida propia y moverse a su antojo. Lo mismo había comenzado a pasarle en las piernas, con el consiguiente inconveniente para caminar. Aunque lo peor era constatar cuánto había cambiado el carácter del señor, siempre tan recio y controlador, devenido en un hombre sumiso, completamente desinteresado en las cosas que antes solían atraerlo y ahora torturado por el insomnio.

—Cuca, ¿quieres que busque más crisantemos o te alcanzarán? —preguntó Encarnación.

—Me faltarán dos más. ¿Podrá conseguirlos?

—Creo que sí —respondió Encarnación, que hacía malabares para que sus crisantemos siguieran dando flores a pesar de que ya iba terminando la época de floración. Los botones nacían en noviembre, mes de los muertos, y sus manos amorosas lograban hacerlas florecer por varios meses, mucho más que cualquiera de sus vecinas. Sabía que en su casa los necesitaban para preparar la tisana sedante contra el insomnio que bebía su marido, el único remedio con el que lograba hacerlo dormir un poco; en especial en estos tiempos, en que sufría una crisis aguda de su enfermedad.

Encarnación atravesó la sala y de allí ingresó en el invernadero. Luego, salió al patio, donde encontró los crisantemos. Mientras los cortaba, algo llamó su atención; dentro del cantero de Marcos, repleto de aromáticas, en el rincón donde días atrás ella había visto que las plantas habían hecho espacio como dándole lugar al advenimiento de una nueva especie, acababa de nacer una bellísima flor blanca. Se acercó para apreciarla. ¿Un narciso? No estaba segura, y eso que ella era experta. Tenía largos y delgados pétalos de textura aterciopelada. Su tallo alto presentaba un color verde estridente; olía a cedrón intenso. Se quedó un rato admirándola e investigándola. Luego se marchó. Cuca esperaba los crisantemos.

Esa noche le contaría a Marcos lo que había nacido en su cantero. Él, que por práctico sólo le pedía hierbas aromáticas para emplear en la cocina, ahora tenía una flor. Una flor que... ¡quién sabe cómo había ido a parar allí! «Movimientos de la naturaleza que encierran un mensaje», reflexionó como solía hacerlo cuando meditaba, convencida: «El mundo verde que nos rodea está más relacionado con los seres humanos de lo que nosotros creemos». Por suerte, no vio en la aparición de la flor una mala señal; realmente era muy hermosa. Tal vez se trataba de algo bueno que, por esos días, se le presentaría a su hijo en el camino.

* * *

María, de pie detrás del mostrador del salón de ventas de La Bellota, estaba contenta. Esa mañana había vendido varios jamones, lo que significaba que hacía bien su trabajo, pese a que eran tiempos en que los madrileños cuidaban el bolsillo. Si bien meses atrás ni se fijaban en los precios, ahora había que convencerlos para que dejaran caer unas pesetas. Los problemas políticos repercutían en la economía.

Después de un tiempo de trabajo y de observar cómo funcionaba el negocio, María tenía un par de sugerencias para transmitirle a la encargada con el fin de incrementar las ventas. Eran tonterías, como las que había implementado con éxito en la taberna de Aquiles, pero estaba segura de que ayudarían. Sólo necesitaba juntar valor para hablar con la encargada, una mujer muy seria que, quizá, se tomara a mal su intromisión. Las chicas decían que desde que había asumido el nuevo gobierno de corte izquierdista la encargada había transformado su sumisión de años en una constante reclamación por sus derechos. María intuyó que a la mujer no le interesarían sus ideas acerca de cómo mejorar las ventas y concluyó que lo más apropiado sería abordar a Marcos Díaz Montero, el gran benefactor de su vida, pero, como vivía encerrado en su oficina, temía molestarlo.

Sobre la economía del país, María sabía sólo lo que escuchaba: que las elecciones habían producido un descalabro sideral con todo lo relacionado al dinero; por ende, la industria de los alimentos atravesaba la misma crisis. Deseosa de entender un poco más lo que estaba sucediendo en su país, algunos días de la semana destinó veinticinco céntimos para comprar *Ahora*, un diario que se autoproclamaba de «centro», palabra que, terminó descubriendo, se traducía como «imparcial».

Al cabo de una lectura concienzuda —¡cuánto le hubiera gustado debatir con su padre el contenido de los artículos!—, le pareció que la política era complicada y suspendió la compra de ejemplares. La información no le había servido de mucho, salvo para horrorizarse tras leer sobre los actos de violencia que ocurrían en las principales ciudades del país; sobre todo, en Madrid. Durante los días que compró el periódico, no hubo página que no mencionara alguna fatalidad inducida; ella misma, pocos días atrás, había visto cómo la iglesia de San Luis, ubicada en la calle de la Montera, había ardido hasta quedar reducida a escombros. El fuego provocado se había llevado para siempre la iglesia pero también la vida de dos bomberos que murieron cumpliendo con su deber. El diario los mencionaba: Juan Jesús García Diéguez y Lorenzo de la Fuente. Esos apellidos, para María, no eran simples nombres, sino personas con familias tocadas por la muerte, tal como había sido la suya. Entonces, cuando reflexionaba en ese sentido, le dolía el alma. Ella sabía bien lo que eran las ausencias definitivas.

Tras la breve lectura de los periódicos, concluyó que en España había dos bandos, y que ambos estaban ensañados el uno con el otro. Ese mundo grande y amplio, que era la política

nacional, la superaba. No lograba entenderlo por completo. Ahora bien, si alguien quisiera saber cómo se definía, sin dudar respondería: «¡Republicana!». Ese ideario condensaba todo lo que su padre le había enseñado como bueno y justo. Pero entrometerse en la política, como lo hacían algunas de las muchachas que trabajaban en la jamonera, no podía, no le alcanzaba el tiempo. Dos compañeras que pertenecían a las Juventudes Socialistas de España la habían invitado a la reunión que celebraban los martes por la noche en la sede de la calle del Barquillo, pero ella, cuando terminaba su labor, deseaba regresar al cuarto de la casona de doña Isabel para encontrarse con su hermano y comprobar que estuviera bien. Quizá más adelante, cuando fortaleciera su rutina, cuando se le fuera el miedo a quedarse en la calle, cuando entendiera más de política, entonces, sí, aceptaría escuchar alguno de esos discursos a los que la invitaban. Por aprender un poco acerca del mundo en el que vivía. Su padre —estaba segura— la hubiera alentado. Al verla crecida, tomando sus decisiones, le hubiera repetido la frase que solía decir: «Si no participamos, entonces, eligen y deciden los otros».

Por estos días, ella sólo tenía fuerzas para trabajar, para juntar el dinero que le permitía comer y pagar el alquiler. Por las noches, cuando su hermano dormía, María solía quedarse sacando cuentas, sumando los dineritos de los gastos: si se desplazaba en tranvía, necesitaba diez céntimos para el billete; si le compraba una onza de chocolate a Manolito, gastaba nueve céntimos; y por la barrita de pan que cada día adquiría, seis. Sumaba céntimos y desaparecían las pesetas, esos billetes que guardaba en la lata que escondía arriba del ropero. Debía ser cuidadosa con los gastos. Meditaba que pronto tendría que volver a pagar el alquiler sumado a los platos de comida que ocasionalmente solía encargarle para el almuerzo de Manolito y se preocupaba, la suma ascendería a muchas pesetas, y...

—¡Niña, sigues en Babia y mortificada! ¡Hoy no es día para estar así!

María escuchó a Azucena, una de las compañeras de trabajo con quien compartía la atención del mostrador, y volvió en sí. Siempre le pasaba lo mismo: todos los pensamientos terminaban provocándole intranquilidad por el dinero.

—¿Se puede saber en qué mundo estás? —insistió Azucena que, con las semanas, estaba transformándose en una verdadera amiga para María.

—Tengo algunas preocupaciones.

—Todos las tenemos pero debemos aprender a vivir con ellas.

La chica le había contado que su madre, que vivía en Calatayud, estaba postrada en la cama, muy enferma, y que la mantenía enviándole dinero cada mes.

—Tienes razón. Sólo que mi cabeza a veces se embrolla sin mi permiso.

—Pues tengo una idea que acabará con los desvelos de las dos. Te invito a tomar una horchata en la Puerta del Sol. Ya verás cómo la vida te sonrío cuando te sientas al aire libre a charlar con una amiga mientras miras a los solteros guapos que pasan por allí a esa hora.

—No puedo, no tengo dinero.

—¡En un rato lo tendrás! ¿Acaso no sabes que hoy nos pagan?

María abrió grande los ojos, no había caído en la cuenta de que ya era tiempo de que volvieran a pagarle.

—¡Ay, Azucena, no sabía! ¡Ostras, se me ha pasado!

Tenía ganas de llorar, tan preocupada que había estado y recién ahora venía a enterarse del pago. Ella, tan tonta, había economizado sus gastos hasta el día anterior. Con las varias pesetas que le habían quedado en la lata tenía como para vivir unos días más.

—Mira, María, cuando nos paguen, nos vamos de inmediato al centro con nuestro dinerito por una horchata fresca.

—Es que mi hermano... —comenzó a excusarse.

—¡Niña, sólo nos demoraremos una hora! Aunque lo mejor sería quedarnos al menos dos.

Azucena tenía razón, Manolito estaba muy bien. El horario de trabajo en La Bellota le caía de perlas. A partir de las seis de la tarde era libre para estar con el niño. Sentirse dueña de esas horas de su vida constituía una novedad. Poco a poco, nuevas rutinas —más alegres, interesantes y relajadas— comenzaban a ocupar sus tardes. Cuando regresaba del trabajo, Manolito solía pedirle permiso para jugar a la pelota junto al grupo de niños que vivían en la casona de doña Isabel y en otras pensiones de la zona. Disputaban el partido en la calle, bajo la atenta mirada de María que, en ciertas ocasiones, se veía obligada a determinar una falta, la validez de un gol o a alertar la aparición de un coche. Gritaba «¡Coche!» y los niños, repitiendo la palabra a viva voz, se ponían a resguardo. En la acera, apoyada en la pared, disfrutaba de la libertad de su hermano. Cuando el sol caía, los niños se marchaban y ellos volvían al cuarto. Manolito recitaba lecciones de la escuela para María, mientras ella zurcía ropa, regaba las macetas del pequeñísimo balcón o cocinaba la cena en el fogonillo que la casera le había prestado hasta que pudiera comprarse uno.

A veces, en momentos de introspección, recordaba a Aquiles Tormo y un temor incomprensible la asolaba. Temía que viniera a buscarlos con la pretensión de llevárselos al cuartucho del que habían escapado, que la sometiera a sus deseos y la convirtiera en su esposa. Todavía tenía pesadillas al respecto, pero cuando en medio de la noche se despertaba asustada creyendo que el hombre yacía a su lado, se tranquilizaba pensando que él no podía entrar a la casona azul, ni reclamarle que volviera.

Llevaba una vida adulta, independiente y laboriosa. No lo hacía mal. Trabajaba, mantenía a su hermano y alquilaba un cuarto decente para los dos, donde habían fijado residencia y vivían como familia. No permitiría que nadie en este mundo los obligara a otra cosa. Además, ya era mayor de veras.

—¡Espabila! ¿Vienes o no vienes conmigo hoy a la Puerta del Sol? —insistió Azucena.

A María la idea le agradaba y su amiga no se daría por vencida. Ella nunca había hecho una salida de esa naturaleza. Tomar una horchata en un bar del centro con otra chica. Le pareció emocionante y moderno.

—Azucena, si me esperas, te prometo que iremos mañana. Necesito avisarle a mi hermano que llegaré tarde, y si vamos hoy, él se preocupará, yo estaré nerviosa y querré regresar enseguida —se deshizo en explicaciones—. ¿Me comprendes?

—Entonces, maja, nuestra salida será mañana pero hasta bien tarde. Advértele que luego del bar me acompañarás a la peluquería para cortarme el cabello, quiero algo a lo francés —dijo la chica risueña.

Azucena ya tenía el corte de ondas pegadas al rostro —el grito de la moda en Madrid—, pero deseaba llevar a María para que le quitaran esa cara de niñita y la convirtieran en una verdadera mujer. Sólo que no se atrevió a confesarle su verdadera intención porque temía que se negara.

María, que pareció adivinarle los pensamientos, le preguntó:

—¿Tú crees que yo podría hacerme algo también?

—¡Pues claro, niña! ¿A qué esperas? ¡Es tiempo de deshacerte de esa coleta de mojígata! Con ese cabello rubio que tienes... ya verás que harás morir de amor a más de un hombre. Pero para eso debemos transformarte en una auténtica mujer moderna.

María asintió divertida. Estaba contenta, ese día volvería a cobrar el salario, lo que significaba que su vida funcionaba, las cosas iban saliendo bien. Sólo tenía un asunto pendiente: recuperar la bolsa de tela que había dejado en la casa de Aquiles Tormo. Sabía que para recobrar sus objetos queridos debería regresar a Los Santos. Algún día lo haría, aunque aún no se sentía

preparada. No podía perder las fotos de sus padres, ni los pañuelos bordados, ni la cajita tallada. Eran los pocos objetos que mostraban que alguien la había querido, que alguna vez había sido feliz.

* * *

Marcos cerró el periódico *El Debate* y apoyó los codos en su escritorio mientras se agarraba la cabeza y se preguntaba a dónde irían a parar. Decididamente, el gobierno republicano no sabía gobernar, no podía detener el caos. Se ufanaban de lo que hacían en cultura y alfabetización mientras la organización del país se derrumbaba. Las huelgas se multiplicaban, las muertes de uno y otro bando estaban a la orden del día. Un guardia había sido tiroteado a plena luz del día en la calle del Arenal y señalaban a los falangistas. Al dueño del Hotel Grande de la Gran Vía lo habían asesinado durante la noche y culpaban a los comunistas. Al hijo del dueño del restaurante La Violetera lo habían atado a un árbol y le habían quemado los pies con cigarrillos; comentaban que se trataba de un ajuste de cuentas que le habían jurado sus empleados por no cumplir como correspondía con el pago de los salarios.

Esta anarquía debía parar o pronto la jamonera se vería comprometida. Marcos se había enterado de unas tertulias en las que se reunían algunos hombres de negocios, peces gordos de Madrid que hablaban de apoyar a los militares para que frenaran el malestar que generaba el actual gobierno. Se había encontrado con un amigo de la familia que estaba participando, y le pidió que le avisara a su padre, para que él también concurriera; pero involucrarlo a don Federico sería ridículo, él no iría, no se encontraba bien de salud, y en este momento tampoco le interesaba lo que ocurría en el país. Si alguien debía presentarse en esa reunión, era él. Porque tenía la jamonera a su cargo junto con Pedro. Claro que su hermano creía en ideas tan distintas que ni siquiera podía invitarlo, hacerlo constituía un peligro. Vivir con Pedro era tener al enemigo en la casa. Su hermano los había traicionado. Marcos pensó que la decisión de asistir o no a esas reuniones que se hacían en la casa del dueño de un imperio hotelero debería tomarla en soledad; ya vería si tenía tiempo y ganas. Conocía bien al hombre, les compraba jamones para sus hoteles. El verdadero dilema se reducía a encontrar la forma de participar y al mismo tiempo de disponer de las horas que requerían sus negocios. Desde la adquisición de la bodega y el viñedo, había sumado tareas a su día con el decidido deseo de hacerlos funcionar y que les reportaran ganancias. El desorden imperante en el país complicaba aún más su vida.

Por lo pronto, hoy debía pagar los salarios. Sobre su escritorio dispuso el dinero con la intención de que lo efectuara Pedro hacia el final de la jornada. Él partiría temprano para organizar el viaje que pronto haría a Lledrada. Su visita regular le permitía inspeccionar personalmente desde el estado de los cerdos hasta el proceso de curado de los jamones. El viaje a Salamanca le insumía tiempo —lo que no tenía—, pero comprendía la importancia de ver con sus propios ojos la marcha de la finca.

* * *

Pedro pagaba los salarios desde hacía una hora. La tarea le gustaba, le permitía conocer mejor a sus dependientes. Al fin y al cabo, la jamonera no era nada sin ellos. A veces se preguntaba cómo

Marcos no entendía que sin esa gente el negocio no podía funcionar. Se necesitaban mutuamente, pues tampoco habría jornal para la mano de obra si no hubiera patrones. Esa era la ley de la vida, cada ámbito del universo funcionaba interconectado. Nadie se salvaba de esta verdad: todos necesitaban de todos. Y eso, justamente, era lo bello de ser personas. Seres humanos precisándose unos a otros y cada uno tratando de hacer lo mejor por otro. ¿Tan difícil de entender? A veces se sentía solo en este pensamiento.

Pedro hizo entrar a su oficina uno a uno a los empleados. Primero les pagó a las personas que trabajaban en la administración, y con cada una charló un rato. Luego se dedicó a los vendedores que atendían en el salón, a quienes conocía, excepto a la chica rubia nueva. Con ella no había conversado nunca. Cuando María Álvarez ingresó a su oficina, una sensación agradable se apoderó de él. La chica olía a lavandas, su aroma favorito. La simplicidad que transmitía lo hacía sentir bien, parecía una buena persona.

Pedro extendió los billetes y el recibo para que firmara.

Al ver el dinero, María le pidió:

—Por favor, ¿podría darme una parte en monedas de céntimos?

Pedro se sorprendió, pero solícito intentó conseguir lo que ella le pedía:

—Veré qué puedo hacer —dijo y, poniéndose de pie, salió de su oficina. Al cabo de unos minutos, regresó con el cambio solicitado.

—Gracias y perdón por la molestia, pero me administro mejor con monedas. De otra manera, temo gastarlo.

Él sonrió. La muchacha era muy joven, y si bien no había hablado con Marcos sobre su contratación, estaba seguro de que se trataba de los primeros salarios que ella cobraba en su vida. Mientras María firmaba el recibo, él le comentó:

—No te preocupes, con el tiempo aprenderás a administrarte. Después de unos meses de despilfarro, verás que no llegas a fin de mes... Entonces, a la fuerza, lo lograrás.

—¡Oh, no puedo darme el lujo de que pasen meses! Tengo responsabilidades y un niño a mi cargo.

Pedro se sorprendió ante la frase. ¿Acaso la muchacha era casada? Más bien parecía madre soltera. «¡Tan joven!», se lamentó. Aunque no sería la primera. Hubiera querido saber más, ayudarle, pero de ninguna manera deseaba entrometerse ni ponerla en la obligación de confesarle una indiscreción. María lo sacó de sus cavilaciones con una pregunta inesperada:

—¿Se encuentra el señor Marcos? Hay algo que necesito hablar con él.

Pedro respondió asombrado:

—Se ha marchado, pues debe realizar aprestos porque pronto viajará al pueblo para visitar nuestros establecimientos. Regresará la próxima semana —precisó—. ¿Necesitas algo? Si lo deseas, puedes hablar conmigo.

María lo dudó. Pero se contuvo cuando recordó las palabras que Marcos le dijo el día que la contrató.

—Oh, no es necesario, esperaré.

Pedro prefirió no indagar, aunque se quedó pensando acerca de qué era lo que ella querría tratar con su hermano. María se marchó y él se distrajo abonando los salarios. Era el turno de Azucena Vélez.

Al finalizar su jornada, María partió contenta rumbo a la casona azul. Con el sueldo en el bolsillo, Madrid le sabía diferente. Caminó las calles respirando tranquilidad por primera vez en muchos, muchos meses. Una de las primeras compras que haría con el dinero sería adquirir una cartera. Había visto cómo las mujeres que se preciaban de tales debían llevar una colgada al

brazo. Si le alcanzaba, también se compraría un vestido. Porque si bien en la jamonera le daban un uniforme de color verde, ella se avergonzaba al presentarse con los dos únicos vestidos decentes que tenía. Su vida al fin parecía deslizarse plácidamente por los carriles de la normalidad. Soñar con comprar esas prendas, solventar sus gastos, pagar el alquiler con el dinero que llevaba en el bolsillo le imprimía a su vida una seguridad desconocida. Y un sabor especial, a gloria conquistada, saber que pronto vería a Manolito jugando a la pelota, que luego le recitaría lo aprendido en la escuela, que más tarde compartirían la cena.

Claro que no imaginaba que, mientras la normalidad crecía en su vida, se iba perdiendo para su país y que cuanto ella más se acercara a la felicidad, más se alejaría la dicha de su nación. Tal como si no hubiera otra posibilidad a que la normalidad y la felicidad de su existencia se contrapusieran con las de España. El ambiente de su tierra se enrarecía día a día. Mientras la gente caminaba alegre por las calles, los bares rebosaban de parroquianos, los cines exhibían sus marquesinas y las muchachas lucían orgullosas el último grito de la moda —esos trajes pegados al cuerpo—, al mismo tiempo, en un lugar secreto y oscuro de España, se gestaba algo terrible.

Un monstruo se preparaba para salir de su caverna decidido a comerse toda esa vida que conocían y disfrutaban los españoles. Despreocupada, España no lo veía venir, no se asustaba ni se precavía. ¿Por qué hacerlo? Los españoles ni siquiera se percataban del peligro que se engendraba día a día, hora a hora.

* * *

María se miró en el espejo del salón de la peluquería y no se reconoció. La *coiffeur* había hecho un gran trabajo, y ahora en las baldosas negras del lugar quedaba gran parte de su rubio cabello. El peinado moderno enmarcaba un bello rostro de mujer. Las ondas doradas se le pegaban a los pómulos altos del rostro para realzar sus ojos azules claros. Su boca, pintada de color rojo por la misma peluquera que se había esmerado en maquillarla, la mostraba sofisticada. Según había predicho Azucena, linda y tan llamativa como las actrices de Hollywood.

Mientras se dirigía al salón de belleza, María aún no se había decidido por permitirse un cambio radical en su aspecto. Pero al traspasar la puerta e ingresar en ese mundo, quedó prendada de una vieja y dulce evocación que la remontó a la peluquería de su padre. En manos de la mujer, se dedicó a disfrutar de las agradables sensaciones que la abrazaban, las que iban desde sentir los aromas familiares de su padre, como champús y lacas, hasta las manos de la peluquera que le lavaban el pelo y le masajeaban la cabeza.

Con la obra lista, las dos mujeres se hallaban expectantes a su reacción. Azucena, situada detrás de María, no se pudo contener y exclamó:

—¡Guapa! ¡Te dije que serías otra!

María sonrió e hizo una mueca imitando a las mujeres fatales de los carteles de cine que recién habían admirado en la plaza del Callao. Le gustaba cómo lucía. Se parecía decididamente a Ginger Rogers. Y su amiga, a Mirna Loy.

La peluquera respiró aliviada y Azucena lanzó una carcajada.

Momentos después, emocionadas y exultantes, ambas muchachas partieron rumbo a la Puerta del Sol. Azucena sabía que para su amiga sería la primera salida de esta clase.

Al llegar, eligieron estratégicamente la ubicación. Querían una mesa donde fueran vistas y desde la cual pudieran observar a los transeúntes. Encontraron el lugar ideal y pidieron dos horchatas. Para María, estar sentada en una terraza elegante del centro de Madrid, bebiendo una

horchata pagada con el dinero que había ganado, y peinada de manera sofisticada, le sabía a cuento de hadas. Después de todo lo que le había tocado vivir, le parecía mentira que pudiera disfrutar de esas frivolidades. Bajo los últimos rayos de luz de ese atardecer, sentada en el café La Gran Vía, descubría que su amiga también había acertado en otro de sus vaticinios: su rostro acaparaba las miradas de los hombres como nunca antes y, mientras disfrutaba de ese pequeño momento de charla despreocupada, se sentía exultante.

Dos horas más tarde ambas volvían a sus casas. Después de beber la horchata, Azucena llevó a María a la modista de la calle de Pelayo, la mujer del barrio chispero que confeccionaba unos bonitos modelos que copiaba de las revistas francesas y vendía muy baratos. María compró uno y encargó otro que debía buscar durante la semana.

Decidida a mostrarle algo más de su mundo, Azucena la condujo hasta la esquina de la calle del Piamonte.

—Mira, aquí funciona la Casa del Pueblo, sede de varios sindicatos. Organizan, además, muchas y muy buenas actividades, conferencias y, sobre todo, aquí hay hombres guapos. Un día, si quieres, venimos juntas.

—Me gustaría, por supuesto —dijo María, que consideraba que debía informarse. Madrid entera se movía y respiraba al ritmo político.

—¡Seguro! —exclamó y, viendo que el tranvía se aproximaba, gritó—: ¡Corre, María, corre, que se nos va!

María empezó a correr y ambas lograron abordarlo cuando ya estaba en circulación gracias a movimientos intrépidos y peligrosos. Dentro del coche, estallaron en risas. Y así, envuelta en una felicidad incommensurable, María concluyó que todos los pronósticos de Azucena se habían cumplido porque después de esa salida sentía que la vida le sonreía. Afuera ya era de noche, pero no se preocupó. Le había avisado a Manolito que llegaría tarde, y el niño lo había tomado muy bien; incluso, se había ofrecido a bañarse solo —cosa que nunca quería porque el baño era compartido con otros inquilinos— y a calentar la cena que María había dejado preparada. Ella le había insistido que lo hiciera con mucho cuidado porque nunca había manejado el fogonillo y no quería que le pasara nada. Se moriría si le pasaba algo. Su hermano lo era todo en su vida.

* * *

En el bar Los Santos, frente a su café negro, Partenio, uno de los parroquianos soltaba la lengua. Y cuanto más se explayaba, más se indignaba Aquiles Tormo. Con cierto morbo, el hombre le explicaba dónde, cuándo y cómo había visto a María Álvarez.

—Coño, Aquiles, créeme: trabaja en La Bellota.

Tormo sintió la daga de la traición penetrándolo lentamente. Para consumar la perfidia, Marcos Díaz Montero y María tuvieron que ponerse de acuerdo en el bar; es decir, ¡lo habían planeado todo ante sus narices! Algo así no se podía organizar de un día para el otro. ¡Maldita María! ¡Maldito Díaz Montero! ¡Malditos jóvenes! Porque no sabía qué le daba más rabia, si el engaño del que había sido objeto o la juventud que les permitía realizar semejante acto de arrojo. A su edad, ellos podían obrar a su entero antojo; él, no. Estaba atado a ese trabajo, a esa casa, a esa vida y a ese cuerpo, que cada vez le fallaba más, como le sucedía con las rodillas cuando subía escalones. Se había enamorado, quizá, de la juventud de María, porque al fin de cuentas, la niña no era ni tan buena ni santa como había creído. Aquiles meditaba enredándose en sus pensamientos de rabia y desazón.

El parroquiano prosiguió:

—Casi no la reconocí porque está muy cambiada... Lleva uno de esos peinados de moda con el pelo al hombro. En cuanto entré a la tienda, ella me reconoció y me saludó muy bien... Ya sabes tú, hombre, qué amable era.

Le dio rabia saber que María era gentil con otros; imaginar que lucía de la forma que Partenio le contaba, también. Porque le permitía suponer que pronto encontraría un novio y entonces la pequeñísima esperanza que aún mantenía de que ella volviera se esfumaba para siempre. «¿Quién sabe si el pretendiente no es el mismo Díaz Montero, que la arrancó de la taberna para tenerla bajo su ala?», se preguntaba a sí mismo mientras se torturaba con imágenes de la pareja besándose con pasión. Le molestaba que su María trabajara en la jamonera y que le hiciera ganar dinero a ese ricachón. Porque también la imaginaba ideando técnicas para mejorar la jamonera, tal como había hecho en su local.

Desde que María y el niño se marcharon, Aquiles pasó por todos los estados de ánimo propios de un enamorado despechado: enojo, tristeza, melancolía, esperanza, alteración, desánimo, ira, deseos de venganza. A veces se preguntaba cómo María podía haberle hecho semejante desplante después de todo lo que le había ayudado. Otras, se culpaba a sí mismo pensando que debería haber sido menos ardoroso en sus aproximaciones. Pero ¿cómo no arder, si cuando estaba a su lado la deseaba como un adolescente? En algunos momentos hasta le remordía haberla hecho trabajar sin pagarle un céntimo en metálico. Tal vez, si ella hubiera tenido un salario, nunca se hubiera marchado. Preguntas sin respuestas. Lo único cierto era que ella ya no estaba más. Los detalles que su cliente le daba lo indignaban. Ya no quería oír hablar más de María Álvarez. Miraba la imagen de la Virgen colgada en la pared —tan parecida a María— y también lo encolerizaba. Hasta que, poniéndose de pie, la quitó de un tirón.

—¡Muerto el perro, se acabó la rabia! —gritó Aquiles, que no quería saber más nada de la chica. Si la virgencita se le enojaba, ya vería cómo compensarla.

—¡Hostia, Aquiles! ¿Qué ha pasado? Te estoy hablando de la que era tu empleada y te pones como un hereje. Tranquilízate, hombre. ¡Ya lo digo yo: si esto sigue así, la política nos dejará chiflados a todos!

Partenio creía que Tormo acababa de sacar la foto por convicciones políticas, como en ese momento lo hacían muchos en sus casas y negocios. La lucha entre Iglesia y gobierno se había encarnizado a tal punto que ya no aceptaba medias tintas. O se estaba en una punta o se hallaba en la otra; se apoyaba a la derecha o se era de izquierda. Iba al todo o nada. Iglesia o Estado. Algunos lo hacían movidos por auténticos ideales; otros quitaban figuras religiosas, crucifijos y hasta quemaban los libros de rezo y los viejos ejemplares de *ABC* que pudiera haber en la casa por miedo a represalias del que ahora consideraban un gobierno comunista.

—¡Ya, Partenio, no molestes! Hoy no las tengo conmigo —dijo Aquiles tratando de justificar su proceder.

—Bueno, no te preocupes, te entiendo. A veces es necesario arriesgarse por las ideas que uno tiene. Te confieso que yo también he quitado la estampita que tenía en la puerta porque la Iglesia toca los cojones, quiere mandar y meterse en donde no le corresponde, ¿verdad?

Aquiles asintió sin escuchar. Atormentado aún por la información que le brindó Partenio, al mirar la fotografía que había colocado sobre el mostrador, recordó que la noche de la partida María había dejado una bolsa. Después de hurgarla, supo que atesoraba recuerdos importantes y que algún día —pronto— volvería a buscarlos. Estaba seguro de que la niña no se resignaría a perderlos. Cuando ella al fin regresara por la bolsa y la tuviera enfrente, ya vería lo que él tenía para decirle; Aquiles planeaba esa conversación imaginando a la María que había vivido bajo su

techo sin sospechar que ella ya nunca más volvería a ser esa chiquilla.

* * *

En casa de la familia Díaz Montero la cena se servía más temprano que de costumbre a petición de Marcos, ya que a primera hora del día siguiente salía para Salamanca. Sentada a la mesa, la familia aguardaba que don Federico ocupara su lugar.

—Cuca, por favor, fíjate por qué no viene el señor —pidió Encarnación al notar que su marido se demoraba. La ausencia le impedía ordenar que se sirviera la cena.

—Sí, señora —aceptó la mujer dirigiéndose hacia el pasillo. Pero al cruzarse con su patrón y ver que se dirigía a la mesa, cambió de rumbo y fue directo a la cocina para comprobar que el bacalao, el menú de esa noche, estuviera listo.

En la sala se escuchó la voz del hombre:

—Perdón por la demora, se me pasó la hora leyendo *El Herald* —dijo refiriéndose al periódico vespertino que leía cada tarde. Se sentó a la mesa y agregó—: ¿Han visto lo que le ha pasado a don Martínez en el Aquarium? Ya no se puede tomar un café tranquilo ni siquiera allí —dijo en alusión al bar de la calle de Alcalá donde la clase alta solía reunirse.

Encarnación le hizo señas a Cuca para que sirviera la comida y Pedro, el más atento de la familia a las noticias del periódico, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, padre?

Pedro se hallaba expectante a cada movimiento político. Su padre, sin dudas, contaría un asunto relacionado con el gobierno.

—¡Terrible! Juan Martínez y tres caballeros que estaban de tertulia en la terraza fueron sorprendidos por dos chavales... ¡Dos niños! Los muy atrevidos les arrojaron panfletos de un acto comunista sobre la mesa y les arruinaron los cafés.

Encarnación respiró aliviada y exclamó:

—¡Ay, Federico, me has hecho asustar, que no es para tanto! —suspiró. Ella conocía muy bien a la esposa del damnificado, pues compartían las reuniones de oración en la iglesia.

—¡Espera, mujer, que esto recién comienza!

Encarnación levantó la vista, el relato había captado su atención. Y él prosiguió:

—Don Martínez se puso de pie y corrió tras los chavales. Tomó a uno del cogote y le exigió que volviese y se hiciera cargo de las bebidas arruinadas.

—¡Ridículo! —exclamó Marcos—. ¡Esa gentuza no tiene dinero!

—Cuando tenía al chico cogido del cuello, apareció de atrás un grandote, que, según insinúan, estaba con ellos, y le pegó con un palo en la cabeza a don Martínez, que cayó desmayado y sangrante.

—¡Dios mío! —exclamó Anita, que era amiga de las hijas.

—El pobre quedó sin conocimiento en el suelo y los muchachos y el grandote huyeron. Pero con la mala suerte de que un guardia vio lo sucedido y los siguió.

—¡Buena suerte, dirás! —corrigió Marcos—. ¡Tienen que encarcelarlos a todos!

—No, mala. Porque mientras corrían escapándose, el grandote sacó un arma con la intención de disparar y el guardia, al notarlo, abrió fuego a quemarropa y terminó hiriendo a uno de los chiquillos.

—¡Qué horror! —se lamentó Encarnación.

—Lo cierto es que el asunto ha terminado con la muerte de uno de los mocitos y con don

Martínez internado en estado grave.

—Esos chavales no parecen humanos, porque mira que molestar a un grupo de señores que toma café tranquilamente... —reflexionó Marcos.

—Déjate de sandeces... ¡eran niños! —replicó Pedro—. Y ahora uno está muerto.

—Esos niños nacen arruinados.

Pedro se indignó:

—¡No hables así, Marcos! ¡Ningún niño está arruinado! La gente pobre está desesperada y eso pone a la sociedad tumultuosa pero la República ya acomodará este tipo de situaciones.

—¿La República acomodará? ¿La República? —preguntó socarronamente Marcos y lanzó una carcajada—. ¡A ver si te enteras! Desde que están en el poder, no han hecho nada.

—Cuando le permitan imponer justicia, entonces los ánimos se calmarán.

—Pues me imagino que será justicia sólo para anarquistas y comunistas. Porque a nosotros nadie nos dará nada.

—¡Nosotros ya tenemos todo! —exclamó Pedro. Y señalando la lujosa mesa, agregó—: ¿O acaso no lo ves?

—Al señorito le salió el alma comunista.

—¿Qué pasa, Marcos, quieres discutir de política? ¡Discutamos, entonces!

—Quiero que dejes de estar en el bando contrario. Eso quiero.

Anita se quitó la servilleta de la falda y, depositándola sobre la mesa, dijo:

—Pues si van a empezar de nuevo, yo, con su permiso, padre, me retiraré de la mesa. —Y ya de pie, exclamó—: Pensaba que hablaríamos de mi boda pero aquí no hay otra opción que escucharlos pelear como dos niños —señaló mientras miraba a sus hermanos.

—No es necesario que te vayas, hija. Hablaremos de tu fiesta. La conversación de tus hermanos acabó en este mismo instante porque nos ha aburrido a todos —sentenció don Federico.

—¡Muchachos, basta por favor! ¡Comamos en paz! —exigió Encarnación.

—Vuestra madre tiene razón y tú, Anita, vuelve a tu lugar y explícanos los preparativos del casamiento —requirió don Federico para apaciguar los ánimos. Un gesto magnánimo que mostraba la huella que la enfermedad dejaba en su carácter pues, en otras épocas, hubiera tomado partido por Marcos y la discusión no habría acabado.

* * *

Esa semana, desde temprano, María trabajaba en La Bellota. Mientras atendía gente tras el mostrador, otra vez pensaba en cómo recuperar la bolsa que había dejado en Los Santos. No creía que Aquiles Tormo fuera capaz de tirarla. Ella no había sido mala con él, sino todo lo contrario: siempre había trabajado en el bar con diligencia. Si bien no había estado dispuesta a aceptar una relación con él ni a ceder a sus deseos, no podía ser tan vengativo como para negársela.

«La bolsa, la bolsa...», meditaba mientras despachaba a los clientes. Entonces, una idea se le ocurrió y vino a sumarse a las otras que ya tenía para comentarle a Marcos Díaz Montero. Necesitaba contárselas cuanto antes; caso contrario, seguirían perdiendo ventas por no implementarlas. Sin pensarlo mucho, viendo que todos los clientes estaban atendidos, le dijo a Azucena:

—Cúbreme, por favor, intentaré hablar con el señor Marcos.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Demoraré sólo unos minutos —dijo y se retiró sin aguardar respuesta de su amiga.

Marcos escuchó que golpeaban la puerta de su despacho. Abrió y casi no pudo reconocer a la mujer que apareció. Estaba sorprendido por la gran transformación que había sufrido la muchacha rubia.

La atendió con diligencia porque le despertaba cierta debilidad, mezcla de compasión y admiración. Muy joven y con un hermano a su cargo, había sido valiente al animarse a cambiar de trabajo. Además, percibía que era dueña de una mentalidad diferente a la del resto de las muchachas que trabajaban allí.

Escuchó con atención las ideas que María le traía mientras la observaba con detenimiento. Siempre le había parecido bonita y muy inteligente, pero ahora, escuchándola desarrollar su monólogo, viéndola peinada y maquillada de esa manera, realmente la encontraba muy atractiva. Marcos comprendió que, en apenas unas pocas semanas, aquella niña intrépida que le pidió el salario por adelantado había sido atravesada por un suceso trascendental que la había convertido en una verdadera mujer. Bien podía adivinar que debajo del uniforme llevaba un vestido fino y con clase. Calzaba tacones y ya no los rústicos zapatos marrones que le había observado.

Una de sus propuestas consistía en confeccionar bolsas de tela bordadas con el nombre de la jamonera. Marcos frunció el ceño al calcular el coste. María continuó. Le explicó que la clientela se vería beneficiada con un descuento cada vez que regresara con la bolsa para realizar la siguiente compra. Marcos no se convencía. María, adivinando su pensamiento, le explicó que, de ese modo, ganarían la preferencia de sus clientes, quienes se encargarían, además, de difundir por las calles de Madrid las palabras «LA BELLOTA». Marcos reconoció que la idea era buena.

Pero no fue la única que María le compartió. También le sugirió programar ofertas y cómo mejorar la organización del salón.

—Me parece magnífico, María. Me pondré en campaña para efectivizar tus propuestas —dijo Marcos decidido. Eso era lo que La Bellota necesitaba: empleados que pensarán en cómo mejorar el negocio y no sólo en sus derechos.

—Me alegro porque yo estoy agradecida de estar aquí y hacía mucho que deseaba decirle estas cosas. Pero no quería importunarlo.

—No me molestas. Cuando tengas ideas como estas, no las dejes pasar.

—Como durante los últimos días no lo vi por aquí —se justificó al recordar que había viajado a Ledrada.

—En ese caso, hablas con la encargada.

—Tampoco quiero fatigarla. Es una señora mayor y...

No terminó la frase. Evitó mencionar su malhumor y que trabajaba a desgano, como si odiara su tarea.

—Ya sé, siempre está con la ley del menor esfuerzo —la interrumpió—. Yo también lo he visto y no me agrada. Veré cómo arreglarlo.

—No, no. No es así. Yo...

De ninguna manera pretendía perjudicar a la mujer.

—Olvídate de la encargada, no es tu problema —dijo terminante y cambió de tema.

Charlaron un poco más de trabajo y María se fue satisfecha tras su contribución para mejorar el funcionamiento de la firma que tanto a ella como a su hermano les permitía vivir en forma honrada, liberados del yugo de Aquiles Tormo.

Mientras María se marchaba, Marcos se quedó de pie junto a la puerta para poder mirarla hasta el último instante. No se había equivocado en contratarla. Es más: estaba convencido de que ella se destacaría en un puesto administrativo, en la oficina o... ¿Asistente personal? ¿Por qué no? Llevaba un tiempo cavilando sobre la necesidad de contar con una persona de confianza en quien

delegar ciertos asuntos. Ella le vendría muy bien. La idea lo sedujo. Tener cerca a la chica, también. Pero antes debía hacer algo más urgente.

Salió al pasillo y mandó a llamar a la encargada. La despediría esa misma tarde. Ya imaginaba qué jaleo tendría con Pedro por tomar esa decisión, sobre todo, porque llevaba muchos años en la firma. Pero no le importó. La Bellota no estaba para mantener gente que exigía unos derechos trasnochados y entrometiendo al sindicato.

Para cuando se hicieron las seis de la tarde, la encargada ya había sido relevada de su puesto y Marcos, como cada día, fue hasta la puerta de su despacho y desde allí controló, fiel a su costumbre, cómo se marchaban los empleados. De lejos distinguió a María quitándose el uniforme verde y comprobó lo que había pensado: llevaba puesto un bonito y elegante vestido color claro que le sentaba muy bien. La vio caminar con gracia en sentido contrario a la salida. Ella venía directo a él; se sorprendió. En instantes la tuvo enfrente.

—Perdón, pero necesitaba conversar algo con usted.

—Dime...

—Con respecto a la señora encargada... Me siento muy mal de que por mi culpa...

—La decisión de despedirla no tiene nada que ver contigo. Ella ha sido expulsada porque desde hace un tiempo sólo traía problemas —dijo terminante. Él tenía el poder para hacerlo. Beneficiaba o echaba a quien quería. «Para eso soy el dueño», pensó Marcos.

—Pero es una mujer mayor y no encontrará fácilmente otro trabajo.

—Pues debería haberlo sopesado antes de pasarse todo el tiempo en el sindicato. Aquí se viene a trabajar y no a pedir ni a reclamar —dijo y la voz de Marcos sonó dura, con una aspereza que nunca antes le había oído.

María concluyó que Marcos era un hombre extraño. El protector y bondadoso podía convertirse en uno duro y opresor, como lo había sido con la encargada. Notaba este cambio hasta en el tono de voz.

Marcos detentaba el poder y lo ejercía para su beneficio. Siempre había sido así y nada lo haría cambiar. Ni el triunfo de la República modificaría las costumbres impuestas por sus abuelos, los adinerados Díaz Montero, fundadores de la jamonera.

Ellos caminaban rumbo a la salida cuando Marcos, obnubilado por esos bonitos ojos azules que lo observaban con candidez, le dijo casi sin pensar:

—María, estos tiempos me demandan mucho trabajo. Desde que adquirimos un viñedo y una bodega en Getafe, llevo una vida atareada, sin pausa... Y la verdad sea dicha: necesito ayuda. Por ese motivo, te hago una propuesta formal: ¿aceptas ser mi asistente por un tiempo? Será por unos meses hasta que salga del atolladero.

Ella se quedó estupefacta. Sus pensamientos salieron de su boca en forma de sinceras palabras:

—A mí me gusta mucho el trabajo en el salón de ventas. Pero si usted me necesita...

—No se hable más, María. Mañana vienes más temprano que de costumbre y te presentas directamente en mi oficina para que te dé instrucciones.

Marcos decidía otra vez. Así era y así sería por siempre. O al menos, así lo creía él.

* * *

Pedro ingresó al café Lion de la calle de Alcalá 59 y divisó a Joaquín Arderius sentado a una mesa. El hombre lo estaba esperando. A la hora de elegir lugar para reunirse, ese café era el

predilecto de ambos, como el de muchos intelectuales de izquierda.

Arderius le doblaba la edad, lo que no impedía que entre ellos existiera una camaradería, un entendimiento insondable que se manifestaba en la armonía de sus conversaciones. Sus esencias más profundas concordaban sin importar los años que tuviera cada uno. El escritor era de las pocas personas con las que Pedro sentía que podía abrir su corazón sin ser juzgado. Pese a que sus múltiples ocupaciones les impedían verse con asiduidad, cada encuentro resultaba cálido, fructífero y jugoso en conclusiones intelectuales. Ambos provenían de familias acomodadas, ejercitaban la escritura filosófica, compartían ideas revolucionarias y deseaban un cambio social en su amada España.

—Querido Pedro, he leído lo último que me has remitido y me ha parecido inmejorable. Creo que debes publicarlo.

Desde la perspectiva intelectual, Arderius consideraba a Pedro un pensador nato, una mente privilegiada y lúcida que sabía leer la realidad y los cambios profundos que demandaba la sociedad. Lo admiraba, pero como persona lo respetaba aún más. Díaz Montero, un alma buena, sensible a las necesidades de los demás —ceranos o no—, atento a las penurias y carestías del ser humano en general, luchaba por convertir este mundo en un lugar mejor. Por esas razones consideraba que, si seguía encerrado en la jamonera de su familia, desperdiciaría sus talentos mientras la comunidad perdería a un gran intelectual. Su capacidad de observación lo convertía en un hombre único. En este mundo cruel y egoísta, las personas como Pedro —pensaba Arderius— relucen como verdaderas gemas preciosas a las que resulta difícil encontrarles un sitio apropiado en el escaparate de la vida.

—Sí, Joaquín, he meditado la posibilidad de editar un segundo libro. Pero carezco del tiempo necesario para dotar a mis escritos de la calidad que ambiciono.

—Pedro, debes dejar la jamonera. ¿Qué haces todavía trabajando allí?

—Es lo mismo que me pregunto yo. Pero aún no puedo retirarme. Sería abandonar a mi familia. La enfermedad de mi padre lo obligó a cedernos la posta. Mi hermano y yo debemos llevar adelante el negocio familiar.

—Debes dar un paso adelante. Comienza por mudarte de tu casa, ya estás en edad. O nunca lograrás soltarte. Vete a vivir a otro sitio... Eso te alejará de la presión de sentirte comprometido con la jamonera.

—Tienes razón...

—A tu edad, luché contra los mismos monstruos que ahora enfrentas tú, hasta que un día mi vocación social fue más fuerte y me animé a dejar mis estudios de ingeniería. Ya te imaginarás la desazón de mis padres, que habían apostado a ciegas por mi carrera.

—¡Ah, Joaquín, pero valió la pena! Piensa en lo que han conseguido tú y tu obra. El efecto de la revista *Nueva España* y de la asociación que fundaste ha sido grande. ¡Mira qué tiempos estamos viviendo gracias a esos logros! —evocó a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y a la revista que había publicado durante los años 1930 y 1931.

—Son épocas victoriosas, pero también peligrosas.

—¿Estás preocupado? ¿Crees que la República se encuentra amenazada?

Pedro acababa de poner en palabras el miedo de los adherentes al gobierno.

—Tal vez...

—¿Piensas que se derrumba?

Los actos de violencia que se vivían cada día le daban mala prensa a la República y sus detractores se aprovechaban de la situación para socavar sus cimientos.

—Creo que intentan derribarla. Por eso, debemos apoyarla sin reparos con todo lo que esté a

nuestro alcance.

Pedro concordó y señaló:

—Por lo pronto, he hablado con mis contactos en Madrid para revitalizar el funcionamiento del Socorro Rojo.

—Sí, lo sé. Gracias, Pedro, me entrevisté con ellos y estamos trabajando —dijo Arderius que había fundado el Socorro Rojo en Barcelona con la intención de que la organización tuviera un carácter antifascista, y no sólo inclinada hacia la actividad humanitaria.

—Perfecto. No dejes de mantenerme al corriente de los avances.

Pedro había descubierto que no era el único que anhelaba ayudar a construir una sociedad más justa —empezando por España—, cuando un escritor amigo lo invitó a participar de una actividad humanitaria organizada por el Socorro Rojo Internacional con la intención de brindar ayuda económica a quienes se habían quedado sin trabajo después de la revolución de Asturias. Durante unos meses colaboró intensamente desde esa institución hasta que su corazón sintió que esas tareas no serían suficientes para mejorar su país. Por esos tiempos había empezado a soñar con grandes metas y se había acercado a los miembros del Partido Socialista, con los que coincidía en tertulias políticas.

Pedro, que había sido nexo importante en la unión de los distintos partidos que conformaron el Frente Popular, mantenía una fuerte ligazón con hombres que adscribían a distintas ligas políticas y organizaciones gremiales distribuidas en buena parte del país. Por eso no dudó en sugerirle varios nombres que podrían servir a los propósitos de Joaquín, gente dispuesta a luchar por los cambios que necesitaba España.

Luego de intercambiar información, Arderius le contó a Pedro sobre las próximas acciones que desplegaría en Barcelona. Enfrascados, compartieron una charla sobre los ideales en los que ambos creían y en los que fundaban cada acto de sus vidas. Pedro, compenetrado en esa conversación salpicada por instantes gloriosos, sentía que perdía su eterno sentimiento de soledad. Joaquín y él soñaban lo mismo, y eso los acercaba.

El encuentro llegaba a su fin y Pedro concluyó que Arderius tenía razón: debía abandonar la jamonera. Al menos, dar el primer paso hacia su independencia mudándose a un piso propio.

Miró la hora. Llegaría tarde a su casa y su madre se quejaría, como cada vez que debía aplazar la cena porque uno de sus hijos aún no estaba en la mesa. ¡Cómo le costaría a Encarnación entender que él debía mudarse solo!

En la puerta, los dos hombres se despidieron prometiéndose encontrarse en breve. Ellos no imaginaban que, dados los acontecimientos que se avecinaban para ambos, sería difícil cumplir este compromiso. Se saludaron con un afectuoso abrazo. Luego, con la mano en alto y sonriendo, gritaron las consignas «¡Viva la República!» y «¡República o muerte!».

* * *

En ese mismo momento, en esa misma Madrid, Jerónimo Jerez, anfitrión de la reunión que se llevaba a cabo en su residencia del Paseo de la Castellana, gritó:

—¡Acabemos de una buena vez con esta República molesta que lo único que hace es oponerse a los planes de la gente de bien! ¿Acaso no están de acuerdo conmigo?!

Marcos Díaz Montero y varias personas respondieron:

—¡Sí, claro que sí!

—¡Actuemos de una vez!

El grupo que se hallaba reunido desde hacía dos horas, a calzón quitado, les había brindado apoyo a los militares para acabar con la payasada de la República. Todos acordaron que el nuevo gobierno sólo había traído problemas. Las fábricas, paralizadas por las huelgas que se repetían, casi no funcionaban. Las tierras no se trabajaban porque los campesinos querían ganar lo que nunca antes. Con el advenimiento de la República los obreros se sentían fuertes y no querían trabajar si no se les pagaba lo que consideraban justo. En consecuencia, el país se encontraba detenido. Jerez había dicho: «¿Creen que cambiarán lo que siempre fue de un solo modo? ¡El pobre es pobre y nunca será otra cosa! Jamás dejarán de existir por más República que exista, y de eso nadie tiene la culpa».

Marcos, que había encontrado un resquicio en su atareada jornada para asistir a la casa de Jerez, hallaba muy interesante la tertulia. Había llegado sin muchas expectativas y porque, tras esperar en vano a un comprador con el que debía reunirse, le sobró tiempo. Pero allí se había encontrado con las personas que compartían un diagnóstico similar sobre el estado del país. Se sentía a gusto entre ellos, a algunos los conocía de antes. Eran dueños de tierras, factorías e industrias que, como él, asumían los riesgos que implicaba producir, responsabilidades muy diferentes a las de los trabajadores que, tras recibir sus salarios, por la noche dormían tranquilos y no debían pensar en qué movimiento económico hacer para sostener una empresa o de dónde conseguir el dinero para pagar los sueldos. Pensaba que había una correspondencia lógica entre la simpleza de sus labores con las retribuciones que recibían. Y si no les alcanzaba para comer, como se quejaban algunos, los empresarios no tenían la culpa. Así era, así había sido y sería siempre. Ellos no habían inventado la rueda, ni la división entre ricos y pobres.

Marcos acababa de dar su apoyo a la participación de los militares de alto mando para derrocar al gobierno. La Iglesia, representada esa noche por un clérigo de rango superior, también consintió la moción.

Miró la hora en su reloj de bolsillo y se apuró a despedirse. Se le había hecho tarde. Su madre se quejaría por tener que aplazar la cena. Salió a la calle para buscar un taxi. Por precaución, había venido sin vehículo porque en esos días quienes viajaban con chofer habían sufrido ataques. Y el otro coche lo tenía Pedro.

Mientras aguardaba a que pasara un taxi vacío por la Castellana, varias personas conocidas se detuvieron para saludarlo. Si bien los Díaz Montero no vivían en la zona, sí muchas de sus amistades. En la esquina reconoció al joven Samuel Ros, futuro heredero de una importante fábrica de tejidos en Castellón y miembro de una familia cuya amistad se remontaba a la juventud de don Federico. Marcos, que bullía con las ideas extremistas que jalonaron la reunión, cruzó con él unas palabras y no tardó en encontrar en Samuel el eco de lo que quería expresar. Coincidentes, después de unos minutos de charla, acordaron verse pronto y el hombre aprovechó para invitarlo a la tertulia que celebraba con amigos en el bar Lion. Allí, en el subsuelo del café, junto al dibujo de la ballena, solía reunirse con José Antonio Primo de Rivera, Agustín Foxá y otros. Los asistentes variaban, pero la convocatoria servía para abordar asuntos similares a los que se habían confiado mutuamente en la conversación que se dio en la esquina.

Al fin, Marcos abordó un taxi y se marchó contento al saber que muchos y muy encumbrados y adinerados caballeros de la sociedad compartían el rechazo a las políticas que implementaba el gobierno de izquierdas. Samuel, un intelectual, hijo de comerciantes importantes, y la docena de personas con las que se había reunido esa tarde en casa de Jerez lucharían por sus mismas ideas.

Media hora después, Pedro y Marcos coincidieron en la entrada de su casa, junto a las gárgolas del pórtico. Al verse, se saludaron parcamente y golpearon con el llamador de bronce para que les abrieran. La brecha producida entre los hermanos se ensanchaba. Ambos llegaban de

sus dispares actividades inmersos en sus propios pensamientos. Marcos meditaba en la cantidad de dinero con el que apoyaría el movimiento de los militares. Pedro navegaba en una idea que se le acababa de revelar y que usaría en su próximo libro y en los discursos: el rico, por tener lo que tiene, le debe a su entorno una responsabilidad mayor, su comfortable existencia le exige una obligación extra ante los humildes y los desposeídos. Últimamente venía planteándose una pregunta: ¿por qué los ricos debían asumir una responsabilidad mayor para encontrar una solución a la situación que atravesaba el país? Acababa de hallar la respuesta: por la simple razón de que la vida había sido generosa y les había provisto de mejores condiciones económicas.

Los pobres no podían hallar soluciones porque «pobre» no era solamente una palabra, sino mucho más. Al carenciado le faltaba comida y dinero, pero también ilusiones e ideas. En ciertos ámbitos se sostenía que un pobre era igual que un rico pero sin pesetas en el bolsillo. La diferencia no estaba en el volumen de la billetera. No. A los pobres les faltaban trozos de vida por vivir. No conocían otro país, ni habían probado comidas deliciosas, tampoco disfrutado de leer un buen libro con ideas innovadoras capaces de hacer florecer la mente. No habían oído el sonido de una voz hablando en otro idioma, ni admirado una pintura en el Prado o a la sinfónica ejecutando *Otelo* en el teatro. No podían desear lo desconocido. La pobreza no se reducía a la falta de dinero. Por eso la solución para el problema que sufría España debía provenir de los ricos. Si no la esbozaban los pudientes —verdaderos responsables de la carestía—, no vendría de nadie. Ante los de su clase, él intentaría transmitirles el compromiso que pesaba sobre sus espaldas.

La puerta de la casa se abrió y el rostro de Cuca, la vieja sirvienta, los tomó desprevenidos.

—Pasen, pasen, que su madre está que resopla. Son las diez de la noche y, por esperarlos, nadie ha cenado aún. Al menos, llegan juntos —dijo sonriendo.

La mujer, que los conocía de niños, también se preocupaba por sus desavenencias. Luego de recibirlos, desapareció para avisarle a Encarnación que sus muchachos ya estaban en casa y pedirle a la cocinera que calentara la comida. Anita, que no tenía un preferido y los amaba por igual, besó a sus hermanos en el hall. Al verlos tensos, no entendía por qué no lograban ponerse de acuerdo. ¿A quién podía importarle quién estaba en el gobierno como para ponerse a pelear? ¡Ridículo!

—¡Al fin, hermanitos míos! ¿Qué habrán estado haciendo que llegaron una hora tarde?

—Si te contara, te parecería muy aburrido. Pregúntale a Pedro, que seguramente ha estado haciendo algo más emocionante. Yo iré a ver qué hay de comer.

A Pedro le llamó la atención el comentario de su hermano. Estaba por preguntarle abiertamente a qué se refería pero Marcos desapareció rumbo a la cocina y su hermana se le interpuso en el camino. Anita miró a Pedro desafiante y, risueña, le dijo:

—Oye, chaval, que a mí no me engañas. Yo sé bien por dónde andas, me lo han dicho mis amigas. Cada tarde te la pasas de tertulia en el Lion o en la Casa del Pueblo.

—No es ningún secreto, hermana entrometida.

—Para mí no es secreto, pero para otros, sí —deslizó.

Pedro se encogió de hombros. Que se enteraran todos los que quisieran. Ella, riéndose, le advirtió:

—Cuidate, no sea que en esos lugares te atrape alguna muchacha pobre y republicana. Aunque no creo que exista alguna más republicana que tú.

—Tonta Anita.

—¡Tonto tú, que te perdiste de ennoviarte con mi amiga Noemí Rodríguez!

—Te recuerdo que fue mi novia, pero lo nuestro acabó porque carecía de cerebro.

—¡Ves que eres tonto! ¿A qué hombre le interesa el cerebro de una mujer? ¡A ninguno! La

figura es lo que cuenta —dijo poniéndose las manos en la cadera de forma sexy.

Pedro estaba por contestarle pero Marcos apareció nuevamente y Anita comenzó a bromear con el otro gemelo. Lo molestaba con chistes sobre su desmedida ambición y su gusto exagerado por la comida.

La voz de Cuca se oyó desde el pasillo:

—Por favor, pasen a la sala, la comida está lista para ser servida. Anita, avísale a tu padre.

Los tres obedecieron. Pedro y Marcos se dirigieron a la sala.

Encarnación, sentada en el sillón junto a la planta de jazmín, los vio ingresar. Sabía que acababan de llegar. Estaba a punto de darles una reprimenda por la demora pero se calló; no quiso arruinar el buen sentimiento que le provocaba la imagen de sus hijos unidos. Los observaba en silencio sin que ellos se percataran de su presencia. Evidentemente, si habían llegado juntos, venían del mismo lugar, lo cual significaba que la relación fraterna mejoraba. Tal vez comenzaban a entenderse, tal vez habían descubierto sus coincidencias. Tal vez... Una duda se clavó en su interior. ¿Y si no habían estado en el mismo lugar? ¿Y si nunca llegaban a un entendimiento? Fue más allá: ¿y si alguna vez la vida los ponía en una situación límite y los obligaba a elegir entre el lazo que los unía y sus propias convicciones? Imaginó una circunstancia extrema. No era descabellado. España pendulaba entre dos extremos y nadie quedaba afuera. El país se hallaba enrarecido y los bandos, dispuestos a endurecer sus posiciones. Temió al vislumbrar cuánto serían capaces de tensar la cuerda. Supo que debería orar más por ellos. Y se dio con una realidad: había mermado la cantidad de rosarios y avemarías que rezaba por día. Igual que había bajado la cantidad de veces que iba a la parroquia en la semana. El padre Ricardo decía que de ese modo se entraba en un peligroso estado de desprotección. Porque a más rezo y visitas a la iglesia, a más dádivas, entonces, más protección. Sintió miedo por sus omisiones. Se juzgó en infracción, culpable de no rezar como antes, de no comulgar más seguido, de no ser tan espiritual. Culpable y más culpable. Si no volvía a la buena senda, Dios se enojaría y la castigaría. Culpa y más culpa. El Dios que había conocido en la iglesia era así, demandante y vengativo. Nada tenía que ver con ese que obraba maravillas en su jardín y hacía que los pimpollos de sus rosas abrieran cada primavera, que permitía que el sol saliera cada mañana para buenos y malos sin castigar a los pecadores que habían cometido actos crueles durante la noche. Pero ella no podía ver ninguna de esas manifestaciones. Su mente sólo avanzaba por los carriles que le habían inculcado de niña. Trató de abrazarse a la fe y recordó una definición de la Biblia: «Fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». Quiso hacerla carne en sí misma pero no pudo, no logró asirse a ella lo suficiente. Tuvo temor, miedo por sus hijos, por su marido. Entrevió que algo podría descarrilarse. Y fue tanto su miedo que cobró la fuerza de la fe. Porque ¿qué es el temor, sino una fuerte fe de que lo malo sucederá? Entonces su fe negativa movió montañas. Y el universo tomó su certeza como cimiento, y preparó con ese ingrediente un acto del futuro, porque en ese preciso momento, en un lugar de España, alguien firmaba un papel que autorizaba a que el monstruo destructor saliera de su caverna. Y este acto de hombres se replicó en el jardín verde de Encarnación en forma de un pulgón que entró en sus canteros y sobre las hojas de las plantas dejó sus larvas para esparcir destrucción, demostrando, una vez más, que la naturaleza y el mundo que día a día construyen los hombres están comunicados.

En los próximos meses, el jardín sufriría daños, menoscabos y quebrantos. España, también. Una nube negra y espesa comenzaba a cernirse sobre todas sus ciudades, una negrura de la que no se libraría ninguno de sus ciudadanos. Mucho menos la familia Díaz Montero, que tenía a los dos bandos durmiendo en la misma casa y comiendo en la misma mesa.

CAPÍTULO 7

ATENEO DE MADRID

El Ateneo de Madrid es una institución cultural fundada en 1835. Por sus salas han pasado presidentes y premios nobeles españoles. Antes de estallar la guerra, allí dieron una conferencia los escritores franceses André Malraux, Henri Lenormand y Jean Cassou, cuyo tema fue la justificación intelectual del uso de la fuerza en la defensa de las ideas.

Madrid, 2014

Temprano, Rafael, aún metido en la cama antes de ir a trabajar a La Bellota, calculó que hacía cinco días que no sabía absolutamente nada de Alba. Tenía su número de móvil, pero no quería hablarle. Le daba rabia que ella desapareciera de esa forma, sentía que lo abandonaba. ¿Qué hacía Alba todos esos días? ¿Dónde estaba? ¿Dónde vivía? No tenía respuestas. Indignado, pensó que, tal vez, sería mejor tratar de olvidarse de esta chica que no era normal. No. Pero reparó en su mirada desprotegida, en sus muñecas cortadas, y su decisión tambaleó. Quizá le había pasado algo. ¿Podía lastimarse tanto al punto de que su vida corriera peligro?

Pese a la hora, y al tenor de los problemas que lo acechaban, Rafa se levantó con una conclusión: «Mientras se está en la cama y en la oscuridad de un cuarto, las penas parecen más graves y horribles».

Durante el desayuno, sentado en su cocina, no se pudo contener: tomó el móvil y marcó el número de Alba. Llamó una vez y entró el contestador. Llamó dos y nada. Desistió. Recordó que le había comentado que nunca lo tenía encendido. Tal vez fuese la hora. Intentaría por la tarde.

Con la cabeza puesta en organizar el día, repasó las actividades que lo aguardaban. Conforme a la propuesta de Lola, debía ingresar más temprano y trabajar horas extras para clasificar los papeles del futuro museo de Chacinas La Bellota.

Lola ya le había dado indicaciones sobre cómo organizar el material, labor que a Rafa le interesaba porque entre esos documentos podría hallar rastros de su abuela. Su mente, muchas veces, sin darse cuenta, iba hacia su yaya. Rafa meditaba en lo difícil que habría sido para María vivir en otro continente si él, en esta época de comunicaciones fluidas, sufría la distancia, la soledad y el rigor de ser un inmigrante. Por lo que sabía, su abuela había llegado a la Argentina con una mano atrás, otra adelante y completamente sola.

Le agradaba saber que ella había sido parte de la vida madrileña que hoy era su realidad. A veces, mientras caminaba por las calles, podía descubrir a su yaya en muchas señoras madrileñas. Esa cercanía alentaba su interés por conocer qué motivos la habían impulsado a radicarse en

América, así como dilucidar por qué durante sus últimos días de vida había insistido tanto con que su familia viniera alguna vez a Madrid para rastrear la parte de la historia que ella nunca había querido contar.

Preparó su guitarra para llevarla al trabajo, pues de la jamonera pasaría directamente al metro. Pronto tendría que preparar el repertorio para la fiesta de cumpleaños de Entrevías, donde actuaría ese fin de semana.

* * *

A las dos de la tarde Rafael terminó su horario habitual en la jamonera y dio inicio a las horas extras pactadas. Se instaló tranquilo en una mesa dispuesta dentro del saloncito donde funcionaría el museo y se dedicó a ordenar papeles. Los muchachos que lo acompañaban en la mudanza ya se habían marchado; por lo tanto, podría inspeccionar el contenido con calma y sin que nadie lo molestara. Lola le había pedido que clasificara el material por año e importancia.

De las primeras décadas había escaso material; estaba escrito a mano y, a veces, resultaba ininteligible, pero lo ordenó como pudo. Conforme a las instrucciones recibidas, separó lo que serviría para exponer en el museo. En este caso, se trataba de una antiquísima publicidad — seguramente, de las primeras que realizó La Bellota— que estaba a punto de desintegrarse. Si encuadraban el ajado y amarillento papel, tal vez, podrían salvarlo de la total destrucción.

De la primera mitad del siglo XX había abundante material. Se concentró entre 1900 y 1950. Separó actas notariales, asientos contables, fotografías y publicidades. Sus ojos buscaban en cada papel el nombre de María Álvarez, pero no lo encontró en ninguno. No lo hallaba. Si su abuela había trabajado allí, su nombre tenía que aparecer en los registros de 1936.

Dejó aparte un diploma que la jamonera había recibido de la Cámara de Comercio de Madrid por la excelencia de sus productos. Le pareció que merecía un sitio destacado en una de las vitrinas del museo.

Sentado frente al cúmulo de papeles que pertenecía a los años que le interesaban, miró con detenimiento y entonces encontró la carpeta que tenía el gracioso dibujo de la peseta y llevaba por título «SUELDOS EMPLEADOS». Fue directo a los años 1936 y 1937 y repasó nombre por nombre:

Carlos Ceballos...

Antonia Vargas...

Azucena Vélez...

María... ¡¡Álvarez!! Allí estaba el nombre de su abuela.

«María Álvarez, salario mes de abril de 1936, 300 pesetas.» Lo volvió a leer y se emocionó. La yaya había trabajado en La Bellota, esa firma donde él ahora colaboraba. Se sintió extraño, tal como si el destino hubiera planeado cada detalle para ubicarlo en ese preciso lugar. Leyó la carpeta entera y descubrió que su abuela había trabajado allí varios meses, más precisamente hasta que la jamonera cerró a causa de la guerra civil.

Lola apareció cuando aún leía y seleccionaba documentos.

—¿Empollando? ¿Has encontrado algo interesante? —preguntó la mujer.

—Sí, varias cosas... —dijo Rafa extendiendo las publicidades más antiguas.

—Muy buenas —completó ella observándolas en detalle. Luego añadió—: Aún falta una caja de fotos que la semana próxima traerá Daniel Díaz Montero. Por lo pronto, veo que tenemos mucho material y de todas las décadas.

—De los únicos años que no hay nada son de los que estuvo cerrada por la guerra civil —dijo Rafael tentado de contarle sobre su hallazgo.

Pero Lola le ganó de mano:

—Sí, fea época —comentó.

—Pobres personas... Por lo que veo en los papeles, se quedaron sin trabajo durante tres años, ¿verdad?

—Perder los trabajos fue lo de menos —respondió Lola.

—Las guerras son terribles.

—Lo peor de esta... —apuntó la mujer— es que fue entre hermanos.

Rafael, sin poder contenerse, habló de María:

—Mi abuela era española y al poco tiempo de empezar la guerra se fue a la Argentina. ¿Tu familia la vivió aquí?

—Muchos, como tu yaya, se marcharon. Pero mi familia, hombre, se quedó en Madrid, y ya no preguntes más. No es un buen tema para conversar.

Lola clausuró la charla como lo hacía su abuela cuando le preguntaban sobre ese tema. Con cierta parquedad, María recién se refirió a sus últimos días en Madrid cuando se supo viejita y enferma.

—Lo entiendo —Rafael sonó comprensivo.

Aun así, Lola le respondió cortante.

—No lo entiendes porque no eres español. Se trata de una herida que, a veces, todavía sangra.

Rafael hubiera querido agregar que, en cierta manera, también representaba una herida para él. Porque si estaba en España era por culpa o gracias —según cómo se lo mirase— a esa misma guerra. Al fin y al cabo, el mundo era uno solo y los dolores en una punta del planeta terminaban —para bien o para mal— influenciando también en el otro extremo. Si era verdad lo que había leído —que el cuerpo tiene memoria—, entonces, todas las experiencias dolorosas de su abuela María habían marcado los genes de sus hijos y nietos, por ende, los de él también. Esa guerra constituía una herida para la humanidad porque había marcado al mundo por el dolor que trajo a los hombres, y por los ideales que estuvieron en juego.

Rafael terminó de filosofar consigo mismo cuando Lola ya se había marchado y él había cumplido el tiempo extra pactado. Abandonó los papeles y, cambiándose de remera en el baño, se puso una blanca; metió la negra en la mochila. Se dio una última mirada en el espejo. Sus ojos claros se veían cansados y todavía le quedaban varias horas de labor en el metro; sobre todo, si quería cumplir la meta de reunir sesenta euros. Y para eso debería abandonar su rincón en el pasillo de Diego de León y subirse a cantar en los vagones. Debía aguzar el ingenio y asumir más riesgos, puesto que no resultaba fácil eludir el control de los guardias, que, de muy mala manera, solían pedirle que se bajara. Aunque entraba para cantar, Rafael siempre pagaba su boleto. La mitad de los músicos del metro también lo hacía; la otra, no.

Se lavó la cara con agua fría y se peinó el pelo rubio con las manos. Pronto tendría que cortárselo de nuevo. A la salida de la estación del metro de Sierra de Guadalupe había descubierto la peluquería de un moro que cobraba poco y cortaba muy bien. Era parte del submundo madrileño.

Salió a la calle y, mientras caminaba rumbo a la parada de autobús, una vez más se coló entre sus pensamientos el rostro de Alba y la falta de noticias. Se detuvo y le hizo un nuevo llamado, pero tampoco respondió. Enojado, decidió centrarse en lo que haría esa tarde.

Cuando llegó a Conde de Casal, punto elegido para subir a los vagones, se encontró con Condorito, músico rumano que había tenido la suerte de que un día, mientras cantaba en el metro

con gran jolgorio de los pasajeros que tarareaban y bailaban el tema, alguien había grabado un video que se había vuelto viral. Sin embargo, la precaria fama a la que lo habían catapultado los varios millones de visualizaciones en internet no alcanzó para cambiarle la vida, porque allí estaba todavía, cantando en el metro y charlando con Rafael. Conversaron un rato más hasta que cada uno debió seguir su camino para ponerse a trabajar. Rafael recorrió la línea 6 en sentido antihorario.

Esa tarde y hasta la noche, se dedicó a subir y bajar de los vagones cambiando de rumbo y de sentido varias veces, buscando que sus ocasionales espectadores se entusiasmaran con sus canciones y le dejaran los euros que se había propuesto ganar. Amaba cantar y tocar su guitarra, amaba la música y también empezaba a querer este trabajo. Aunque algunos menospreciaran las actuaciones en el metro, él hacía la tarea con gusto y respeto como una forma de llevar el arte a donde estaba la gente, como una manera de usar el don que la vida le había dado. Animarse a compartirlo le provocaba un inconmensurable bienestar. Conocía las historias de Sabina, La Quinta Estación, Zaz y de varios músicos famosos que habían dado sus primeros pasos artísticos cantando en el metro. Saberlo lo hacía sentir parte de una mística sagrada. El amor a la música ocupaba el primer peldaño.

Bien entrada la noche, decidió regresar a su casa porque, atento a las actividades del sábado, no quería acostarse tan tarde. A las ocho de la noche debía animar la fiesta de cumpleaños en Entrevías. Y por la mañana, darle clases a Pepe. El viejo le había pedido que le diera dos lecciones juntas porque la semana siguiente viajaría a Málaga para despedir a su sobrino, el hijo de su hermana fallecida, que recién llegaba de Perú pero que ya se iba a Estados Unidos; un auténtico trotamundos a causa de su trabajo de geólogo.

Salió a la calle de Atocha en Antón Martín. Necesitaba un poco de aire y un bocata. Buscó un bar en la zona de la plaza de Santa Ana, pero se perdió y, dejándose llevar, disfrutando del aire libre después de tantas horas de encierro en el metro, sus oídos de músico captaron una melodía clásica, un fragmento de «El otoño», de las estaciones de Vivaldi. Distinguió en la armonía de las notas que varios violines y un chelo estaban siendo ejecutados en vivo.

Se detuvo y pudo identificar de dónde provenía. Sus pies lo llevaron hacia ese lugar y, para su sorpresa, descubrió que se encontraba en la puerta del Ateneo de Madrid.

Ingresó. La hora y el hambre dejaron de importarle. La música, además de pasión, podía funcionar como alimento. Y allí estaba, dejándose arrastrar por ese ardor. Una vez que entró, enseguida llegó a la sala donde la orquesta ejecutaba magistralmente su concierto. Se ubicó en el fondo del auditorio y, desde ese rincón, se regocijó con cada una de las notas que emitían los instrumentos y que se le metían por los oídos y le llegaban al alma y a cada célula de su cuerpo. Parado e inmóvil durante más de media hora, disfrutó, disfrutó y disfrutó hasta que los presentes se pusieron de pie y dieron un cerrado aplauso a los músicos.

Rafael caminó rumbo a la salida. No conocía a nadie, pero allí, junto a esa gente, había disfrutado enormemente. Se sintió contento de estar en España, de poder gozar en la exquisitez de la Madrid artística, la metrópoli de lo sublime y elevado, la ciudad del respeto a lo bello. Caminando hacia la salida del Ateneo sintió el espíritu artístico —casi— hasta palparlo. Entonces, cayó en la cuenta de que esa energía era la misma que algunas veces —sólo unas pocas— se respiraba cuando cantaba en el subte y una señora o un señor se detenía en las notas de su guitarra o en el sonido de su voz y se sumergía en un mundo de melodías para olvidarse de que se encontraba en el metro oyendo a un cantante latino y disfrutaba de la música en el más puro estado.

Después de flotar en esa atmósfera de embriaguez artística, Rafael tomó el metro a su casa.

Llegó al apartamento extenuado, sin haber probado bocado. Cansado, no quiso cocinar; se inclinó por una manzana y un vaso de leche.

Se bañó y, luego, para darle el gusto a Pepe, se tendió en la cama para leer *El Quijote*. Lo abrió varias veces al azar hasta que se detuvo en una frase que encontró memorable. «Por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida», la intentó retener pero las letras comenzaron a mezclarse ante sus ojos y se quedó profundamente dormido.

* * *

Me miro en el espejo del baño y me pregunto qué hago en esta casa que casi no conozco. Me lavo la cara refregando el agua helada contra mis mejillas buscando quitar las huellas del maquillaje de anoche. Me quiero ir. Meto la mano en el bolsillo, tanteo y encuentro lo que busco: una gomita negra para recoger mis mechas rosas en una coleta. La noche larga ha dejado huellas en mí, y debo borrarlas para salir a la calle. ¿Es que nunca se acabará este agujero negro? ¿Existe algo capaz de calmar este mar? Quiero llorar.

* * *

Rafael, de traje claro, se observó en el espejo de su casa. La imagen le agradó; se encontró guapo. Era lo que pretendía, pues la mujer colombiana que lo había contratado para el cumpleaños de su marido le había explicado que sería una fiesta elegante.

Partiría temprano para no arriesgarse a que un imprevisto lo hiciera llegar más tarde de la hora convenida.

Durante la mañana le había dado dos largas clases a Pepe. Claro que con el viejo el tiempo transcurría de otro modo: un poco de práctica y otro tanto de charla. Ese día el piano los había oído hablar de los más variados temas: desde la oposición acérrima de Pepe a la independencia de Cataluña —asunto que lo apasionaba—, pasando por la receta del bacalao hasta dar, por último, con una pregunta de trivial profundidad: ¿puede el amor entre dos personas ir en contra de todo o esa fuerza arrolladora constituye un mito? En ese momento el viejo le había preguntado por la chica de pelo rosa y él no había sabido qué responderle. No le quedaba claro si tenía o no una relación con Alba porque de ella no sabía nada desde hacía varios días. Tampoco había vuelto a llamarla. ¿Para qué? Si ella había prendido el móvil, ya había visto sus llamadas perdidas, y si no le había respondido, la razón quedaba a la luz: no deseaba comunicarse. Por otro lado, si no lo había encendido, entonces, no valía la pena insistir.

No podía creer que el fin de semana anterior lo habían pasado juntos y compartiendo todo. Él se había sentido estupendamente, e intuía que ella también, pero la nueva desaparición le provocaba serias dudas.

Preparó su guitarra y el pequeño equipo que debía llevar y partió a la casa de Entrevías. La noche se auspiciaba bonita, una de las primeras con calor en el año.

Una hora después, Rafa inició su serenata con la canción «Cómo te extraño, mi amor», de Leo Dan. No pertenecía a sus preferidas pero los dueños de casa se la habían pedido especialmente. Existía un cierto amor por esa canción entre los latinos de Madrid.

La recepción para cincuenta personas había sido armada en el patio, donde se respiraba un

clima festivo. Las tres mesas se hallaban atiborradas de comidas, algunas típicas españolas, como tortilla de papa, pinchos y morcillas, junto a otras propias de Colombia, como tamales, arepas y ajiaco. Sobre el mantel blanco, la enorme tarta de frutilla mostraba una vela con el número 50. Rafael, que había conversado con el cumpleaños, Paco, un español dado a la charla, y con Catalina, su mujer colombiana, encontraba que ambos —padres de tres hijos y abuelos de un nieto— formaban un matrimonio muy agradable.

Rafael interpretó varias baladas y luego, durante un alto de veinte minutos, antes de comenzar un set de canciones más rítmicas, charló con varios de los invitados. Un hombre le pidió la tarjeta para contratarlo; una chica muy bonita, Sofía, también colombiana, habló bastante hasta que retomó la actuación.

Para Rafael la noche fue avanzando entre música, tamales, alguna copa de buen vino español y charlas con Sofía, que, como él, había llegado a Europa a principios de año. La feliz coincidencia fue la excusa perfecta para intercambiar los números de teléfono.

Tras finalizar el show, en lugar de marcharse, se quedó un poco más, pues, a pesar de que acababa de conocer a esa gente, estaba pasando una noche deliciosa. Si bien a veces sentía el rechazo de los españoles hacia los latinos, en los casos de casamientos mixtos, como el de los anfitriones, esto no se daba en absoluto. Y las charlas en las que se mezclaban dos idiosincrasias, dos lenguajes y ningún prejuicio, podían llegar a ser muy interesantes. Se trataba de españoles que entendían al mundo como uno solo y sin divisiones, su concepción era enriquecedora, aun para el propio Rafael, que todavía luchaba con ideas elementales acerca de estos temas, y la conversación con Paco y Catalina le habría puertado a nuevas visiones. Escuchándolos, Rafael descubría que aún tenía mucho por aprender, pues el mundo de los humanos estaba más conectado entre sí de lo que se creía. A veces bastaba un pequeño movimiento de este lado del planeta para que los diez mil kilómetros de distancia se borrarán de un plumazo. Y el efecto mariposa hiciera llegar su resabio a la otra punta. En ciertas oportunidades, un bonito gesto hecho por una persona bondadosa servía para que miles de años de costumbres diferentes perdieran su valor, y la unión entre los seres humanos prevaleciera sobre las divergencias que los separaban. El hombre siempre sería hombre, sus necesidades de cariño y contención seguirían idénticas, y un buen corazón trascendería cualquier nacionalidad —como el de Paco—, porque esa noche el hombre le abrió su casa como si fueran verdaderos amigos. Y así Rafael se sentía menos solo.

Se marchó satisfecho de la fiesta a las once de la noche. Había cosechado buenas relaciones, números telefónicos de posibles clientes, dinero y, quizá, futuros amigos y una conquista femenina. Afuera, en la calle, a pesar de la hora, el clima cálido seguía. Desistió de tomar el bus y eligió regresar a su casa caminando por el bulevar con la guitarra colgada y el pequeño equipo en la mano. A la altura del mercado de Vallecas, bajaría hacia su casa.

Miró la luna enorme, bella, que iluminaba la calle por completo. Algunas personas transitaban por la zona, la noche festiva pedía ser disfrutada. A su lado, pasó una pareja abrazada, luego un grupo de chicos riendo. Las imágenes le provocaron melancolía. Resultaba triste estar solo en una noche como esta; deseó ver a Alba.

Mientras avanzaba por la calle Puerto Alto, en lugar de atravesar el bulevar del Puente de Vallecas —rebautizado por los vecinos como «plaza de los yonquis»—, decidió rodearlo para evitar a los drogatas y borrachos que se congregaban a esa hora. En el metro había escuchado que allí acudían los camellos para trapichear heroína, cocaína y hachís. Por seguridad, sería mejor acelerar el paso y alejarse lo más rápido posible.

Sumergido en sus precauciones y lleno de melancolía, se sorprendió al percibir la imagen de una chica delgada, de cabello claro que, a la luz de la luna, parecía tener mechones rosas. Le llamó

la atención. Conversaba con un hombre alto y desgarbado. Miró mejor. Era muy parecida a Alba. Pero no podía ser porque ella no tenía nada que hacer allí. Además, vivía en la zona de Diego de León. O, por lo menos, eso le había dicho.

Rafael detuvo su paso para observar mejor y entonces vio que la chica se metía las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y se balanceaba en puntas de pie. No, no podía ser. Una simple cadencia no podía indicar que fuera ella; pero las mechas rosas... Dudaba. Unos instantes y Rafael, sin poder contenerse, gritó su nombre:

—¡Alba!

La chica se dio vuelta. Entonces él, al ver el rostro de frente y ya no de perfil, aunque estaba en la otra vereda, la reconoció.

Rafael cruzó la calle. Ella lo ignoró y siguió conversando con el hombre.

—Alba, ¿qué hacés acá...? —le preguntó cuando llegó a su lado.

Rafael observó de cerca el entorno: tres o cuatro personas muy desaliñadas se hallaban drogadas o alcoholizadas; una, tendida en el suelo absolutamente extraviada. Un poco más allá, un camello hacía su transa: recibía billetes y entregaba un sobrecito. Miró al que hablaba con Alba, un proveedor de droga. Es decir, ella estaba comprando... ella consumía. Lo había sospechado pero no lo había querido ver. Ahora no tenía dudas.

Alba se dio vuelta y le dijo:

—Rafael... ¿qué haces aquí?

—Vengo de trabajar... Y estoy seguro de que no es tu caso. Además, te recuerdo que estás en mi barrio.

—Oye, tía, ¿lo quieres o no? No me puedo quedar a escuchar tus charlas con el chaval —se quejó el hombre alto y desgarbado mientras miraba hacia atrás con sigilo.

—Sí, quiero. Dámelo —respondió ella.

—Alba, vení, hablemos... —dijo Rafael tomándola del brazo con su mano libre. Quería sacarla de allí, le hacía mal verla en ese papel.

—Rafa, déjame, no puedo conversar ahora —se rehusó soltándose de un tirón.

—Alba, vámonos de acá —ordenó convencido del peligro que significaba ese ambiente. Ella no encajaba allí, no pegaba con el entorno, había gente rara de movimientos impredecibles. Todos tenían mala pinta.

—No puedo. ¿No ves que estoy ocupada? —le respondió de mala manera.

—Estás loca. No podés venir a comprar acá —dijo tomándola otra vez del brazo. Hubiera querido decirle que no comprara ni allí ni en ninguna parte, que abandonara esa porquería, pero al menos tenía que sacarla del lugar.

—Oye, tía, que me voy. Pasaré de nuevo en dos horas —dijo el extraño desgarbado. Consideraba que la situación se había complicado. A veces, una discusión de parejas podía atraer la atención de la policía, que siempre rondaba la zona.

—¡Ey, no te vayas...! —exclamó Alba mientras Rafael aún la sujetaba del brazo.

El hombre ni siquiera volteó para mirarla, sino que se perdió en la parte oscura de la plaza.

—¡Mierda, Rafael! ¡Has provocado que se vaya, y realmente necesitaba comprarla! —le recriminó soltándose otra vez de un fuerte tirón.

—¿Pero acaso no tenés un mejor lugar? Fijate cómo te están mirando aquellos de allá —Rafa señaló al grupo que los estudiaba. Luego agregó—: Alba, no pertenecés a este lugar. Pueden lastimarte.

—¿No entiendes que necesitaba la mercadería ahora mismo? ¡Mi proveedor está desaparecido!

—Alba, vamos a mi departamento.

—Que no iré, tío, déjame. Por tu culpa ahora deberé esperar dos horas más para conseguir algo o comprar en otro sitio peor que este.

—Estás loca, Alba —dijo él sin reconocerla, casi no parecía ella. Intentó tocarla.

—¡Déjame y no te me acerques! No trates de controlar mi vida. Ya pareces mi padre.

Rafael la miró ofendido. Alba lo adivinó y añadió:

—¡Y no te hagas el ofendido porque a los santitos como tú los tengo identificados! Empiezan como dulces protectores y luego van mostrando las uñas buscando dominar a las mujeres.

—¿Acaso ahora también querés destruirte con esto? ¡Ya bastante tenés con que te cortás los brazos!

Sabía que la frase había sido un golpe bajo porque utilizaba en su contra algo que le había confiado en la intimidad. Alba se defendió.

—¿Y quién eres tú para meterte en mi vida? ¡Nadie!

—Ya sé que para vos no soy nadie porque hace una semana que no mandás un puto mensaje... ¡Ni siquiera respondés mis llamados!

—¡Hala, hala, Rafael, que no eres un niño para que te escriba mensajes todos los días! ¡Eres un hombre, a ver si te enteras! ¡Y ya, chaval, deja de llorar tu soledad!

Rafael la miró dolido y explotó:

—Si lo que querías era no verme más, lo lograste. Me iré y desapareceré de tu vida.

—Pues claro. ¡Vete, tío, vete de una puta vez!

Alba estaba trastornada.

—Realmente me hartaste con tus pendejadas. A ver si madurás de una buena vez, pues para que sepas todos tenemos dolores en esta vida y no andamos tratando de destruirnos.

—¡Tira, tira, Rafael! Y no aparezcas más.

Alba terminó la frase y Rafael se encaminó hacia la avenida de la Albufera. Ella, en sentido contrario.

Rafael cubrió las calles que le quedaban hasta su casa en tal estado de desasosiego y enojo que, al llegar a su edificio, se dio cuenta de que no recordaba absolutamente nada del camino que lo condujo hasta el portal.

Ingresó al apartamento y se sirvió un vaso de vodka. Sentado en el silloncito bordó, lo bebió con lentitud buscando calmarse. Había terminado con Alba. «Mejor así», concluyó. Experimentar semejante escena bizarra entre yonquis y camellos había resultado demasiado fuerte.

Cuando terminó su bebida, dio unas vueltas más en la cocina hasta que se fue a la cama. Recién a las tres de la mañana, al fin, vencido por el sueño y el cansancio, se quedó dormido.

* * *

Rafael, a pesar de ser domingo, trabajó en el metro. Salió temprano, después de desayunar y de organizar las actividades para no regresar hasta la noche. Cuanto menos tiempo le quedara para pensar, mejor. Su única ambición dominical, además de cantar como forma de evadirse, estaba puesta en hablar con su hijo. Esperaría a que fuera una hora prudente y lo llamaría. Durante esas jornadas negras en que lo envolvía el desasosiego solían atacarlo los deseos de retornar a la Argentina. Pero al sopesar que las cosas buenas superaban a las malas, poco a poco se reponía. Debía aguantar, quedarse el año que se había propuesto. Venía superando sus males emocionales, venía animándose a creer de nuevo en sí mismo. Si planeaba un nuevo proyecto, creía que no le

faltaría la fuerza para alcanzar la meta. Fantaseó con que, si regresaba a la Argentina, instalaría una academia de canto. O —por qué no— un bar. Ni loco reincidiría con un restaurante, pero la idea de un café le agradaba. Crearía un ambiente bohemio donde reunirse fuera más importante que comer, donde conversar o tener un momento de tranquilidad fuera la prioridad. Venía aprendiendo a disfrutar de ese ambiente en el negocio de Pepe. Siendo dueño de un espacio de esa naturaleza —continuó vislumbrando—, podría montar un pequeño escenario para ofrecer un show de baladas los viernes y sábados por la noche. Las ideas aparecían en su mente de manera tímida bajo la forma de chispazos emprendedores. A pesar de separarse de Juliana y de fundir su restaurante, a pesar de que aún su trabajo no le daba lo suficiente, cada día, y al siguiente un poquito más, alentaba nuevos sueños. Ya no sentía, como antes, que su existencia se había terminado. Él volvía, contra viento y marea, a darle pelea a la vida. Si se había animado a cantar en el metro, se animaría a realizar cualquier otra actividad a su regreso. Si hasta había comenzado a soñar con compartir la vida con otra mujer. Alba le había hecho sentir que eso era posible. Lamentó que ella tuviera su interior tan lastimado y no aceptara ayuda de nadie. Si no hubiera sido por esos traumas... tal vez, ellos dos... Al llegar a ese punto del pensamiento, se retiraba. No quería seguir pensando en ella, lo hería.

Pasado el mediodía en Madrid, Rafael se tomó un recreo y se alejó del vestíbulo de la estación Diego de León con la intención de captar buena señal y encontrar un sitio tranquilo para hacer su llamada a la Argentina.

Las voces de Juliana, seguida de la de Facundo, se oían claras al otro lado de la línea. Para el alma de Rafael, el sonido de la voz de su hijo tenía la forma de la «Quinta sinfonía» de Beethoven, la que más le gustaba de todas las músicas de este mundo.

«Papi, te extraño.» «Papi, te quiero.» «Me fue bien en el cole.» «El abuelo Nacho me regaló un juego redificil. Dice que es para que aprenda a pensar.» «Pero... ¿cuándo volvés?»

«Hijito, ya pasaron varios meses y falta menos.» «Yo también te quiero y te extraño.» «Hoy comí banderillas, que son muy ricas, cuando vaya a la Argentina, te voy a llevar.» «Estoy trabajando mucho para continuar mandándole dinero a tu mamá para que sigas en el colegio.» «Sé buen alumno y portate bien en casa.»

«Besos y abrazos, papi.»

«Besos y abrazos, hijito.»

Cortó. Aún impregnado por la melancolía, le entró un mensaje: «Perdón por cómo te traté. Ayer no fue un buen día para mí».

Era Alba y le enviaba el primer mensaje desde que la había conocido. Lo leyó y releyó pero no le respondió. Después de elucubrar sobre los últimos sucesos, había asumido que no estaba dispuesto a tener algo con ella.

Guardó el móvil y abordó el siguiente vagón para seguir cantando.

* * *

Hacia la tarde, después de contar las monedas que recaudó, decidió regresar a su casa. Acababa de llegar a los cien euros, un récord, igual que la cantidad de mensajes de Alba. Luego del primero, entraron dos más. También pedía disculpas. Pero él, sentado tranquilo en el metro como simple pasajero de regreso a su casa, ya sin cantar, sólo los leía y no los respondía. No tenía nada para decirle. Se había propuesto que únicamente le contestaría si ella le escribía algo más profundo, una intención de cambiar de vida, algo unido a un «Te quiero» o algo así. Porque

disculpas por un mal comportamiento daba cualquier persona, pero para que una relación prospere se necesita mucho más, se precisa amor. Y él, para enfrentar lo que se le vendría, si seguía junto a ella, necesitaba saber que ese sentimiento empezaba a vislumbrarse.

* * *

El lunes en La Bellota fue un día difícil para todos sus empleados. Si bien Daniel Díaz Montero había traído la caja con fotos, Rafael no había tenido un minuto libre para mirarlas. Había una prioridad: esa semana debían poner en funcionamiento el ala nueva. Si la inauguración no se hacía pronto, la empresa comenzaría a perder ventas. Por lo tanto, resultaba imperioso concluir cuanto antes la parte nueva del edificio. El proyecto del museo quedaría relegado hasta que eso sucediera. Durante la mañana, Daniel Díaz Montero, frente a los empleados encargados de realizar la mudanza, incluido Rafael, le había dado esas explicaciones a Lola.

Rafael quedó impactado por la presencia de este hombre alto, fornido, de fuerte personalidad y penetrantes ojos marrones. Sin embargo y a pesar de la manera cortante con que transmitió las indicaciones, no le causó mala impresión, pues su voz seca le resultó agradable, casi familiar. Le parecía conocida. Además, como músico, reconocía en las voces indicios de las personalidades. Y esa voz no le decía nada malo, sino todo lo contrario. Aun así, decidió ser precavido y, mientras permaneció frente al titular de la firma, no abrió la boca.

Cuando el hombre se hubo retirado, Lola les impartió los lineamientos para realizar la tarea a los tres muchachos. Uno de ellos comentó que había visto en el periódico una foto de Juan Díaz Montero, el hermano de Daniel, realizando una actividad benéfica para los niños africanos. Lola le explicó que, aunque Juan era tan dueño como Daniel, no se lo veía mucho por las oficinas de la jamonera porque solía emplear su tiempo en obras filantrópicas, las que permitían que la empresa pagara menos impuestos. El padre de Daniel y Juan había tratado que ambos hermanos tuvieran iguales responsabilidades, pero sólo Daniel había aceptado tomar las riendas de la empresa, explicó Lola. Lo que la mujer no contó fue que, con la mensualidad que recibía Juan de La Bellota —mucho menor a lo que ganaba su hermano—, vivía a cuerpo de rey y sin moverse de su casa. Después de una vida dedicada a la empresa, Lola —mujer de fidelidad absoluta— sabía ese y otros detalles que no divulgaría.

Tras retirarse, el grupo comenzó su labor conversando acerca del mal humor y autoritarismo que había exhibido Daniel Díaz Montero.

El día resultó intenso y las horas, agotadoras para todos; pero al terminar la jornada notaron que habían adelantado mucho. Si continuaban con ese ritmo, esa semana estaría el trabajo terminado.

Rafael se marchó a su casa cavilando sobre qué sería de él una vez que estuviera en funcionamiento el ala nueva. Todavía no sabía si lo despedirían o lo contratarían por más tiempo. Se apuró porque quería pasar por su casa para comer algo y ducharse antes de instalarse para cantar en el metro. Aún le duraba el cansancio del domingo, pero ningún sacrificio era mucho si se trataba de ahorrar dinero para pagar el colegio de su hijo y para sus nuevos planes de poner un bar o una academia a su regreso.

* * *

Esa tarde Rafael se hallaba contento. Creía que haberse puesto su mejor ropa le había traído suerte porque luego de bañarse se le había antojado arreglarse más que en otras ocasiones y así, con la camisa Yves Saint Laurent blanca y un pantalón de vestir, se había ido a cantar al metro, donde la fortuna lo había acompañado. Primero, porque una señora española se le había acercado y, tras dedicarle varios elogios, le contó que su marido, también músico, tenía un representante que lo llevaba a tocar el clarinete a las fiestas de los pueblos. Cristina estaba segura de que a ese hombre le interesaría representarlo para que cantara en esas mismas fiestas en las que actuaba su esposo. La mujer, que le recordó a su madre, le habló de forma amable y generosa y le propuso que esa semana se encontraran los tres para conocerse. Luego, si estaba de acuerdo, su marido lo llevaría a hablar con el representante.

Rafael le preguntó:

—¿Está segura de que su esposo estará de acuerdo?

—Mi esposo es un buen hombre, no tendrá problemas en ayudarte. Sobre todo, porque eres músico, como él.

A Rafael le bastó la respuesta de Cristina. Él conocía muy bien la solidaridad que había entre la gente que gustaba de la música.

Además, en el poco rato que llevaba cantando, la recaudación —unos cincuenta euros— era excepcional. Satisfecho con el desempeño del día, decidió regresar a su casa. Estrenaría las pantuflas que se había comprado en el chino de la esquina, cocinaría una comida más elaborada —carne al horno, quizá—, e intentaría sacar con la guitarra una canción nueva que quería agregar a su repertorio. No se podía quejar, lo laboral iba viento en popa; sólo lo emocional lo tenía mal, sus sentimientos todavía estaban maltrechos. Después de los mensajes de disculpa, Alba había vuelto a su habitual silencio. Le dolía, pero aceptaba la distancia porque entendía que sería lo mejor para los dos.

Rafael, esa tarde, dispuesto a regresar a su casa, al llegar a Príncipe Pío, decidió tomar un poco de aire y utilizar el servicio del centro comercial. Cuando pasó por el sillón de los masajes, puso una moneda y disfrutó de uno. Luego, contento, volvió en la línea 6 para emprender el regreso a su casa. Eligió ubicarse cerca de la puerta, colocó su instrumento en el asiento de al lado y, relajado, se dejó llevar mirando por la ventanilla. La megafonía anunció la estación Alto de Extremadura, el tren aminoró la marcha y Rafa levantó la vista. A través del vidrio, en el andén, pudo divisar al guardia de la estación, más otros dos de patrulla. Cuando la puerta se abrió, uno de ellos se acercó y, entrando apenas medio cuerpo, sin decir una palabra, jaló la guitarra de Rafael y se bajó.

Rafa se incorporó de inmediato.

—¡Ey! ¡Es mi guitarra! —protestó mientras se bajaba apurado para recuperarla. Si el tren se marchaba con él adentro, sería imposible rescatarla.

Rafael pisó el andén. Él y el guardia, de pie en la plataforma, se miraron con recelo. El hombre, de cabello corto y oscuro y cuerpo de fisicoculturista, sostenía el instrumento que no pensaba devolverle. Por atrás, para apoyar a su compañero, llegaron otros dos guardias.

—Estabas tocando en el metro y no se puede. Muéstrame tu documento —exigió el musculoso.

—No lo tengo encima. Además, no hacía nada malo. Ni siquiera estaba cantando.

—No me respondas así, que bien sabes tú que cantabas —dijo apoyando la guitarra sobre la pared.

—No, no, sólo estaba sentado mirando por el vidrio.

—No discutas —dijo al tiempo que, con un movimiento rápido, desenganchó de su cinturón las esposas y se le tiró encima para ponérselas por la fuerza.

Rafael, sorprendido, no reaccionó y en un instante quedó tendido en el suelo mientras los tres hombres lo reducían con violencia y malos tratos. Descubría en ellos un horrible ensañamiento, quién sabe el porqué. Decidió ser cauto.

—No hace falta que usen la fuerza. No me opondré.

Fuera de sí, el guardia con cuerpo de fisicoculturista ni siquiera lo escuchó; los otros no acotaron nada. Arrojados sobre él para esposarlo, le dieron algunos golpes en la espalda a la altura de los riñones y le pisaron la cabeza con fuerza. Rafael pudo sentir cómo la suela de los borceguíes lastimaba su sien derecha. Se hallaba estupefacto, jamás hubiera esperado un destrato semejante. Una vez que lo esposaron con las manos detrás, lo pusieron de pie y entre los tres lo llevaron a los empujones al punto ciego, el rincón de la estación que las cámaras de seguridad no filman.

El metal de los grilletes le laceraba las muñecas. Rafael se quejó:

—Me lastiman...

Los guardias se rieron, lo colocaron contra la pared y comenzaron a darle una paliza. Con los puños cerrados, le asestaron varios golpes muy fuertes en el estómago y en las costillas. Los gritos y el ruido de la violencia se oían en la plataforma de manera clara. Desde el andén de enfrente, algunos pasajeros descubrieron lo que sucedía y empezaron a reclamar que cesaran con la golpiza. La voz de un madrileño predominó sobre las demás:

—¡Deténganse, bestias! ¿Qué le hacen al chaval?

El guardia más ensañado le respondió exasperado:

—¡Tira, tira, que no es contigo, macho! ¡No te metas!

El musculoso sujetó el cuello de Rafael con ambas manos y, levantándolo en el aire, mientras lo tenía con los pies colgando, exclamó:

—¿Así que no estabas cantando? Pues a mí no me importa, seguro que algún día has cantado, por eso tienes la guitarra. ¿Crees que por ser rubico y por vestir esa linda camisa te conviertes en español? ¡De ninguna manera! Eres latino y no te vamos a dejar pasar una. ¿Entiendes, cabroncete? —dijo la última palabra apretándole el cuello hasta hacerlo toser.

—Esto es una vergüenza. Los denunciaré —alcanzó a protestar Rafael con la voz queda mientras el hombre le seguía apretando la garganta hasta ahogarlo. Tosía y le costaba respirar.

Los guardias volvieron a reírse con burla.

—A ti, cabrón, nadie te creerá. Este es nuestro país —remató el fornido soltándole al fin la garganta.

—Nadie se pondrá de tu lado —conjeturó el más joven mientras lo golpeaba en las costillas.

Rafael, que comprendió que nada los detendría, lleno de rabia y ya sin cuidar sus palabras, explotó:

—Putas gallinas maricas, soltame y nos daremos como hombres. Me pegás porque estoy esposado.

La frase indignó aún más al musculoso que, dándole un fuerte puñete en el hígado, lo hizo gemir y retorcer de dolor.

No les importó. Siguieron golpeándolo hasta que no pudo hablar, hasta que se desplomó.

—Levántalo, lo llevaremos a la taquilla.

—¡Vamos, musicucho de feria, ponte de pie! —dijo uno de los guardias mientras lo alzaban entre todos y lo incorporaban para llevarlo a la garita.

Rafa sangraba por la nariz.

—¡Mierda, no tenías que golpearlo en la cara! —recriminó uno.

—¡No lo hice! Fue la caída.

El taquillero, al ver al esposado, de inmediato llamó a la policía. Los seguratas denunciaron ante el hombre que Rafael venía haciendo música, pero, encogiéndose de hombros, les respondió:

—Puedo colocarle una multa por viajar sin billete. Nada más. —Para asegurarse, y apenado por el estropicio, le preguntó—: ¿Tienes billete, muchacho?

Rafa, que sangraba profusamente por la nariz, asintió con la cabeza y señaló el bolsillo del pantalón.

—Quítenle las esposas para que podamos comprobar si es verdad —ordenó el taquillero, más preocupado por liberarlo del suplicio que por la aparición del tique.

El musculoso obedeció de mala gana. Rafa tardó unos segundos en poder mover la mano que, también, le sangraba. Luego, con cuidado y dolor, extrajo del bolsillo el boleto y se lo entregó al taquillero.

El hombre apoyó el billete en el lector de la máquina y comprobó su validez y que el pasajero había subido en Príncipe Pío, media hora atrás.

—No puedo hacer nada. El muchacho no ha cometido ninguna infracción. Se han equivocado.

—¡Pues coño, hazle una multa!

—He dicho que no puedo —dijo el taquillero y sin darle derecho a réplica se dio vuelta para recibir a la policía, que acababa de ingresar por la puerta del lugar.

Los guardias insistieron con el cuento, pero Rafael se defendió:

—¡No es verdad! Yo venía sentado mirando por el vidrio. Ellos me quitaron la guitarra y me golpearon.

—¡Cállate, que nadie te ha dado permiso para hablar! —exigió uno de los agresores.

El musculoso agregó:

—Deben llevarlo a la comisaría.

—No es tan fácil —respondió uno de los policías.

Los policías comprobaron que Rafael presentaba serias magulladuras. Además, exhibía un boleto válido. La guitarra no lo incriminaba.

—No tenemos fundamento para detenerlo.

—Ellos me golpearon sin razón... —dijo Rafael.

—¿Quieres poner una denuncia? —preguntó uno de los policías.

Rafael lo meditó por unos instantes. Se sentía ultrajado, tenía rabia, acababan de cometer una gran injusticia. Pero él sólo deseaba irse a su casa; alejarse de ese mal rato, de esos hombres siniestros. Indocumentado, en un país ajeno, con la visa de turista vencida... Desconocía las reglas, desconocía cuáles eran sus derechos y cuáles las represalias que podían caerle. Lamentó no haber seguido la recomendación de su padre, cuando le insistía que tramitara la ciudadanía española. Las palabras salieron de su boca casi sin pensar:

—No haré la denuncia. Quiero marcharme.

—¿Cómo te sientes? ¿Quieres que te llevemos al hospital? —preguntó uno de los policías.

—Estoy bien —dijo y buscó la salida.

Con la guitarra al hombro, bajo la mirada de los hombres, avanzó hasta alejarse y subió las escaleras. En la superficie, sintió que el sol de la tarde le pegaba con calor y que la luminosidad lo encandilaba. Entonces, se sintió mareado. Tal vez, se le había bajado la presión. Por un momento, se arrepintió de no haber aceptado la atención médica.

Caminó dos pasos y, a punto de perder el conocimiento, se volvió y se sentó en los escalones de la boca del metro. Necesitaría ayuda. Descartó a Pepe porque esa semana se encontraba de viaje para ver a su sobrino. También a Rumen, porque se hallaba fuera de España.

Al final, resolvió que le pediría ayuda a alguno de los músicos que conocía del metro. Se

decidió por Luisito, el ecuatoriano, un hombre mayor, buena persona, que siempre andaba por los vagones a esa hora. Confió en que él podría socorrerlo. Tomó el celular y, antes de buscarlo entre los contactos, vio que tenía un nuevo mensaje de Alba. Lo leyó: «Ey, Rafa, perdóname, por favor. Yo te quiero. Te quiero de verdad».

Rafa, sensibilizado por los recientes sucesos, lo releyó y comenzó a llorar. Las lágrimas le caían de impotencia por lo que había vivido; de dolor porque estaba lejos de su mundo conocido, lejos de las personas que amaba. Lloraba porque esas palabras que acababa de leer lo habían emocionado. Era el mensaje que había estado esperando. Uno que le mostrara que ella albergaba un sentimiento verdadero hacia él, uno que le permitiera experimentar que había algo auténtico por qué luchar.

Rafael comprendía que la relación enfrentaría muchas contras y problemas —sobre todo, porque Alba era una mujer conflictiva y enferma—, pero si había amor, entonces, había esperanza. Porque debía reconocer que él también la quería.

Se recompuso, se sonó la nariz y volvió a salirle sangre. Se la limpió con el último kleenex que le quedaba en el bolsillo. A sabiendas de que nunca atendía, luego marcó el número de Alba. Tal vez, hoy...

El teléfono sonó tres veces y del otro lado se oyó la voz melodiosa y querida.

—Diga...

—Alba...

—Rafa... Déjame decirte que el otro día me porté muy mal. Perdóname. ¿Sabes? Yo te quiero y no me gusta la vida si no estás.

—Alba, yo te necesito.

—Yo también te necesito —le respondió mientras percibía que Rafael sonaba extraño, parecía resfriado, con la nariz tapada. Le preguntó—: ¿Estás bien, chaval?

—Sí. Bueno, no. Los guardias del metro me golpearon y creo que estoy lastimado.

—¡Mierda! ¿Dónde estás?

—Acabo de salir del metro en Alto de Extremadura.

—No te muevas, que pasaré en coche.

A Rafael le llamó la atención, pues jamás le había contado que tenía vehículo. Pero de la vida camuflada de Alba podía esperar cualquier cosa... ¡hasta un auto!

—Acá te espero.

Rafael se acomodó en un lugar visible del paseo de Extremadura y, en menos de una hora, Alba apareció conduciendo un Audi A3 blanco.

Esa tarde, a Rafael le daba lo mismo un Audi que un Fiat. Porque lo único que deseaba era estar al cobijo de lo conocido y lo querido; al menos por unas horas, hasta recomponerse. Quería salir de la calle y alejarse del gentío que lo rodeaba, de esas personas que, viéndolo con la nariz sangrante, lo habían ignorado. Necesitaba alejarse del lugar donde estaban los guardias, esos hombres que parecían odiarlo sólo porque no era español.

Precisaba tener cerca a Alba. Y ella había venido. Necesitaba estar cerca de la persona más querida que tenía en este continente; los demás estaban a diez mil kilómetros con un enorme mar de distancia.

Rafael se subió al coche y, al verlo, Alba exclamó:

—¡Hijos de puta! ¡Mira cómo te han dejado! Tienes que hacer la denuncia.

—La policía me preguntó, pero no quise.

—¿Y se puede saber por qué no?

—Porque no. Lo único que deseaba era irme de ahí.

—Te llevaré al hospital.

—No creo que sea necesario —dijo él, que comenzaba a sentirse mejor.

—¡Que sí, joder! —insistió ella y enfiló hacia el Hospital de La Princesa; lo conocía bien. Una vez, después de cortarse los brazos, asustada, la habían curado y le habían ofrecido muy buena asistencia.

Luego de sortear algunos atascos, llegaron al hospital y a Rafael lo revisaron exhaustivamente. Le tomaron radiografías, ecografías, le curaron las heridas de la mano y de la cara y le prescribieron una traca de medicamentos. Su pronóstico era bueno: contusiones, golpes y laceraciones; no presentaba quebraduras ni lesiones.

—Señora, su esposo ha tenido suerte. La agresión que sufrió no le dejó secuela grave —informó el doctor.

Alba lo escuchó atenta. Al saber que no padecía nada grave, se sintió animada y se permitió una sonrisa por la confusión de creerla casada con el paciente.

—¿Mañana puedo ir a trabajar? —preguntó Rafa pensando en la jamonera. No quería faltar; aún albergaba la esperanza de que lo dejaran fijo. Esa semana se terminaba el trabajo para el que lo habían contratado.

—No. Debe hacer reposo por cuarenta y ocho horas. Si precisa, le extenderé un certificado.

—Lo necesitaré.

Cuando se marcharon, Alba le dijo:

—Creo que lo mejor será que te lleve a mi casa.

—No es necesario.

—Claro que sí. Allí estaremos más cómodos para que te cuide esta noche.

—No estoy tan grave, no sé si vale la pena...

—¿No quieres conocer mi apartamento?

—Sí, claro que quiero.

—Pues, entonces, vamos, y aprovecha, porque no sé si volveré a invitarte —dijo sonriente.

Él no supo si hablaba en broma o en serio.

Luego de abandonar el estacionamiento, Rafa se detuvo en los detalles interiores del coche, al que sencillamente tildó de lujoso. Con Alba al volante, su impresión crecía. Jamás hubiera sospechado que ella conducía semejante vehículo.

De camino al piso de Alba, del que estaban muy cerca, se detuvieron ante una farmacia para comprar el arsenal de medicamentos recetados y unas bolsitas que debían refrigerar para aliviar las contusiones.

La farmacéutica los atendió rápido. Pero en la caja, al momento de pagar la abultada suma, Rafael supo que durante la golpiza había perdido la recaudación del día y, levemente avergonzado, le dijo:

—Necesitaré que me prestes unos euros.

—No te preocupes —comentó Alba, que de inmediato sacó de la mochila la billetera e hizo aparecer una tarjeta de crédito de color... de ese que tiene el poder de abrir cualquier puerta que se ponga delante.

Rafa puso cara de asombro. Ella sonrió divertida.

Ya había caído la noche cuando arribaron al coqueto edificio, cuya puerta principal se abrió con la huella de Alba. El palier era ostentoso. Rafa no salía de su asombro. Alba siempre tenía un costado por mostrar que lo dejaba boquiabierto: cuando la conoció, creyó que se trataba de una chica sencilla que subsistía con varios trabajos menores; luego descubrió que no sólo pintaba, sino que hacía *marketing* para empresas. Más tarde se enteró de que se cortaba los brazos, que

consumía droga... Y ahora, que era más que adinerada. ¡Por Dios, qué mujer!

Mientras subían en el ascensor, se lo confesó:

—Alba, estoy impactado.

—¿Por qué?

—¿Sos millonaria o qué?

Ella lanzó una carcajada.

Cinco minutos después, Rafael terminó de impresionarse porque, cuando Alba abrió la puerta, estuvo seguro de que acababa de ingresar a uno de los pisos más lujosos y con mejor vista de Madrid. A través del fabuloso ventanal se podía apreciar gran parte de la ciudad. El interior, amplio y luminoso, estaba decorado de forma minimalista.

—¡Pero...! ¿Esto lo pagan los cuadros o el *marketing*?

—Los dos, pero creo que más el *marketing*. Ahora, ven... —le dijo y, de la mano, lo llevó hasta el único cuadro colgado en el living. Frente a la pintura, agregó—: Esta obra es mía.

Rafael, que hasta el momento nunca había visto nada pintado por ella, lo observó con detenimiento. Descubrió muchas manos, manos de niños, de adultos, de ancianos. Cada cuenca contenía algo: una moneda, una flor, una frutilla... Una composición realmente llamativa.

—Muy lindo —comentó Rafa sin dejar de mirarlo.

Ella le dio un beso en la boca y se marchó a la cocina. De allí regresó con un vaso de agua y las pastillas que Rafael debía tomar.

Mientras las ingería, Alba le dijo:

—Toma un baño, pero ten cuidado con los vendajes.

—Sí, me muerdo por uno. Deseo que este día se termine de una vez por todas —respondió Rafa suspirando largo. Luego, al entrar en el cuarto de baño, admiró las plantas muy verdes, exuberantes; también el mármol blanco con las dos bachas de acero y el enorme hidromasaje para, al menos, tres personas; y una ventana a través de la cual se veía el cielo madrileño junto con algunas puntas de los edificios vecinos.

—Aquí hay toallas —dijo ella sacando unas enormes y blancas de un aparador con *vitreaux*. Entregándoselas, agregó—: Me parece que un baño de inmersión te haría bien. ¿Qué opinas?

—Por qué no...

—Y si me dejas, tal vez, hasta me meta contigo.

—Sería perfecto.

Unos minutos después, Rafael se hallaba sumergido en el agua tibia y su piel disfrutaba de una agradable sensación después de todos los maltratos que había recibido su cuerpo. Al verse tan cómodo, no podía creer el giro de los acontecimientos. La vida, sin dudas, atesoraba sorpresas. Después de la paliza de los guardias, se había reconciliado con Alba... O algo así. Si no fuera por ella, en este preciso momento estaría por regresar a la Argentina, que fue lo primero que se le ocurrió cuando salió del subte. Pero luego de reencontrarse, las ideas se le iban acomodando de otra manera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alba, que apareció descalza por la puerta.

—Muy bien.

—Entonces, si no te opones, tendrás compañía.

Ella empezó a quitarse la ropa bajo la mirada de Rafael. Se sacó el jean y la remera blanca con la inscripción que Rafa recién descubría: «MIS SECRETOS SON SÓLO MÍOS». No le prestó atención; ya no las tomaba como un mensaje personal, como al principio. Empezaba a conocer de verdad el corazón de Alba.

Ella, por último, se quitó las bragas y el sujetador y su cuerpo delgado de piel blanca quedó

desnudo a los ojos de Rafa. Se metió en el hidromasaje y se ubicó en la punta opuesta.

—¿Te sientes débil para follarme?

Rafael sonrió. Ella, siempre tan directa. Debía reconocer que las mujeres españolas, a diferencia de las argentinas, tenían menos vueltas para todo, incluido el sexo. Le agradaba ese rasgo español. Ellas iban por lo que deseaban sin vergüenza, sin detenerse a pedir disculpas, ni a dar explicaciones. Eso apuraba la obtención de logros y se alcanzaban antes las metas. Cuando se dice la verdad, el mundo avanza más rápido. En el metro, una mujer le había comentado una frase que le quedó grabada: «Decir la verdad apura los finales». Los ocultamientos y las fachadas sólo demoran lo que tiene que suceder, reconoció Rafa pensando en su propia vida. Luego expresó con la misma sinceridad de ella:

—¿Follar? Quiero... Lo necesito.

Alba se cruzó de punta y se acomodó muy cerca, sin animarse a tocarlo.

—Quedate tranquila, que no soy de cristal.

—¿Has follado alguna vez así, con el agua llena de burbujas? —preguntó ella.

Rafael recordó unas vacaciones de las buenas épocas económicas, cuando un invierno fue a esquiar con Juliana a Las Leñas y el hotel tenía un enorme hidro que llenaban todas las noches. Pero sólo le respondió:

—Menos averigua Dios, y perdona.

—¿Qué?

—Es una frase que se usa en Argentina.

Ella la interpretó y respondió:

—Ya veo que sí lo has hecho...

Él también quiso saber:

—¿Y tú lo has hecho con alguien, aquí, en esta bañera?

—Menos averigua Dios, y perdona.

Se miraron profundamente a los ojos y en esa mirada ambos pudieron ver el pasado del otro. Por un momento sus pupilas se llenaron de imágenes que no hubieran querido imaginar. Había una realidad: no eran nuevos, ni primeros en nada en la vida del otro. Pero ahí estaban, atados por la magia de lo que sentían y que los dejaba asombrados; estaban amarrados por un sentimiento que les cambiaba la vida y les provocaba desear cosas diferentes a las que siempre habían querido; incluso, los inducía a querer ser mejores personas. Porque Alba le dijo:

—Quiero que sepas que he regresado al psicólogo. Quiero mejorarme.

Rafael escuchó la frase que para él fue música. La contempló con ternura y comenzaron a besarse. Ella, sin dejar de mirarlo, se acomodó sobre él con cuidado, temía dañarlo. Los golpes en el cuerpo se veían a pesar de las burbujas.

Pegó su mejilla a la de Rafa y con sus manos abrazó el cuello de hombre. En instantes, su pequeño cuerpo, junto con el agua que la rodeaba, se movía acompasadamente. Tenía a Rafael dentro suyo. Pero no sólo en el cuerpo, sino en el alma.

Esa noche, por primera vez en su vida, Rafa creía en las segundas oportunidades. El baño de Alba se llenaba de gemidos de placer, de vapor, de alianza excelsa. Un submundo crecía allí dentro de ese pedacito de la noche de Madrid, los azulejos blancos de las paredes sublimaban esperanza y deseo.

Pasión, delirio, consuelo, agua y sexo.

La vida no era tan mala, a veces, después de una cachetada, ella otorgaba una dulce sonrisa, pensaban ambos aunque no lo pusieran en palabras.

Mientras hacían el amor, la mirada de Rafael se posó por un instante en la remera de Alba,

que estaba en el suelo y, sin querer, leyó la frase de los secretos. Pero de inmediato la desechó. El momento que experimentaba era demasiado apasionado y, de Alba, ya creía saber vida y obra.

En ese mismo instante, ella, llena de amor por Rafa, pensó que debía contarle todo de una buena vez. Quería a este hombre. Y ya no deseaba ocultamientos. Hablaría con él.



ROSA

Rosa corymbifera

HISTORIA: De origen asiática, hace al menos 4.000 años a.C., asirios, babilonios y griegos ya usaban esta flor como elemento decorativo y para cuidar del cuerpo durante sus baños. En el Antiguo Egipto se puede observar la presencia de rosas, las cuales acompañaban las acciones relacionadas con la belleza. Los investigadores sostienen que fueron los griegos quienes introdujeron estas flores en el resto de Europa. Desde el 500 a.C., las rosas se han cultivado con motivo ornamental.

USO MEDICINAL: El aceite de rosas contiene agentes antirreumáticos y, por su alto nivel de vitamina C, refuerza las defensas del cuerpo. Además, sirve para tratar dolores estomacales. El aceite que se extrae de los pétalos provee el fragante aroma que se añade a los productos cosméticos.

SIGNIFICADO: Símbolo de algunas diosas de la pasión y el amor.

DICE LA LEYENDA... «Pásate por el cuello los pétalos de una rosa roja y enamorarás al primero que te huela.»

CAPÍTULO 8

LAS ROSAS DE ENCARNACIÓN

Madrid, 1936

Las rosas siempre han sido y serán una de las flores más amadas por los seres humanos. Su perfume embriagador y su belleza aterciopelada la transforman en la predilecta de muchos hombres y mujeres. Por estas y otras razones personales, Encarnación tenía debilidad por la flor. El cantero principal, el más grande, aquel que llevaba el nombre de su marido, rebosaba de rosales. Las rosas la llenaban de recuerdos, la remontaban al día en que se casó. Ese día su padre había hecho adornar con cientos de pimpollos rojos la iglesia parroquial de Santa Teresa y San José y la terraza donde se celebró la fiesta. Su madre le había regalado el primero de todos los rosales que ahora engalanaban su patio. También le traían remembranzas de su noche de bodas en la cama donde perdió la virginidad entre sábanas con pétalos de rosas blancas recién cosechadas. Niveas como las sábanas para que la sangre se notara y no pasara inadvertida.

Con los años, Encarnación disfrutaba cada vez más de sus rosas. Adoraba apreciarlas, aspirar su perfume y fabricar con sus pétalos el aceite que provocaba que su piel fuera la envidia de sus cuñadas. Ella no contaba su secreto, pero el líquido que elaboraba y se untaba todas las noches y las mañanas lograba mantener a raya las arrugas, le quitaba las manchitas que con los años querían aparecer y le añadía lozanía a su piel, esa de la que se enorgullecía porque no delataba su edad. Las hermanas de su marido, que vivían en Salamanca, cada vez que venían a Madrid, le pedían que les contara qué productos usaba. Y ella sólo les sonreía. Pues una cosa era darles gajos y semillas para que se propagaran las especies, y otra entregarles sus secretos de belleza.

Desde que habían empezado los días cálidos, Encarnación pasaba mucho más tiempo en el patio y gran parte de esas horas las dedicaba a los rosales porque, al llegar cada primavera, tenían un lugar de preeminencia en su patio y el balcón. Necesitaba las rosas para embriagarse con su perfume, para llenarse de recuerdos, para confeccionar su tónico de belleza y para consentir a su familia porque todos disfrutaban al apreciar los rosales cargados de flores y los floreros de la casa atiborrados de color rojo o blanco, sus preferidos.

Por todas esas razones, esa mañana se preocupó al ver sus plantas alicaídas, con las hojas manchadas. Estaba segura de que era culpa de los pulgones verdes que solían aparecer cuando el clima se tornaba benigno. ¡Pero ya verían...! Ella sabía cómo combatirlos con un brebaje que fabricaba con agua, alcohol, tabaco y ajo. Entró apurada a la casa y fue hasta los dormitorios para pedirle ayuda a Cuca. La mujer, que ordenaba las camas, dejó su tarea en manos de Aída, la sirvienta más joven, y socorrió a Encarnación. Sabía que para su señora las plantas constituían una cuestión de Estado, las amaba como se ama a las personas.

Ambas mujeres buscaron los elementos y comenzaron a preparar la pócima antipulgón. Cuando estuvo lista, rociaron los rosales. Federico, que desde el invernadero las veía trabajar, se acercó para decirle a su esposa:

—Oye, mujer, si quieres, hoy corremos el techo del invernadero, ya ha llegado el calorcito. Y

así unificas el patio como todos los años.

Al escucharlo, Encarnación giró contenta, pero al ver sus manos con más temblor que nunca, le respondió:

—Cariño, no es necesario. Cuando los muchachos vengan, les pediré que lo hagan.

Federico se encogió de hombros y se marchó. Ella meditó en la crueldad del tiempo, que transformaba a las personas en otras muy diferentes de lo que habían sido. Su Federico no era ni la sombra del hombre con el que se casó.

Junto con Cuca y Aída movería el techo, pues presentía que sus hijos nuevamente vendrían tarde. En la jamonera tenían mucho trabajo. A veces, los veía sobrecargados de tareas. Por suerte, Marcos había tomado una ayudante de nombre María. Lo sabía porque su hijo la había nombrado en un par de oportunidades.

—Señora, ¿ha visto eso? —dijo Cuca señalando la flor blanca que crecía entre las aromáticas del cantero de Marcos.

—Sí, la he visto. Una verdadera belleza.

—¡Preciosa! ¿Qué es? —preguntó Cuca.

—Supongo que un narciso, por el estilo de sus pétalos. Aunque no estoy segura, no tiene la forma de los que conozco.

—Pero hay muchas variedades.

—Así es —afirmó Encarnación.

—¿Cómo ha venido a parar aquí esta flor? —preguntó Cuca con curiosidad.

—He estado pensándolo y sólo se me ocurre una posibilidad, que haya nacido de unos bulbos que doña Blanca me dio cuando aún vivía.

—¡Pero de eso hace años! —Cuca recordaba que la vecina había muerto tiempo atrás.

—Pues, ¡imagínate! ¡Marcos era sólo un jovencito!

—Qué extraño. ¡Pero qué hermosa es! —exclamó Cuca.

—Sí, por eso la cuido mucho.

—¿Le ha contado al señorito Marcos que nació en el cantero de él?

—Claro, pero él ni me ha escuchado, ya sabes cómo anda todo el día organizando el trabajo de la jamonera y el de la bodega.

—Sí, me ha contado que ha tomado una nueva secretaria. Habla mucho de ella —dijo la criada en tono confidente.

—Ah, tú también lo has notado...

Esa chica debería ser importante para su hijo; de otro modo, él no le prestaría atención. Marcos había tenido algunas chiquillas revoloteando a su alrededor, pero siempre había priorizado el trabajo. Como atender a su última novia le llevaba demasiado tiempo, prefirió dejarla. Por eso solía bromear con que la jamonera era su prometida.

* * *

En La Bellota, María, que lucía un vestido con flores, esa mañana clasificaba papeles. Marcos le había hecho colocar un escritorio en el hall de arriba, justo a la salida de su oficina y la de Pedro. Ella, siempre atenta, se las ingeniaba para recordarle las múltiples obligaciones que él tomaba. También le ordenaba documentos y, a medida que conocía la actividad de la jamonera, le sugería ideas para mejorarla. Aunque aún no comprendía la complejidad de ciertas tareas, se esforzaba por cumplir con su rol principal: asistir a Marcos Díaz Montero. María sentía que le debía gran

parte de su nueva pacífica vida a ese hombre.

La jornada laboral de su jefe siempre se componía de reuniones, papeleos, firmas y decisiones importantes. En cambio, María observaba que el hermano se tomaba su labor de manera displicente. Pedro ingresaba temprano, permanecía una cierta cantidad de horas y a las seis en punto se retiraba; evidentemente, tenía otros intereses. María se había enterado de que Pedro Díaz Montero había escrito un libro llamado *Almáticos*, que versaba sobre el ser humano y sus necesidades.

Cuando María inició su labor de asistente, Marcos no se detuvo a explicarle exactamente sus funciones. La vorágine le fue dictando qué hacer, su intuición le permitió resolver con solvencia las cambiantes demandas y Marcos se mostró conforme con su desempeño desde el principio.

Esa mañana, entre sus labores, tenía apuntado recordarle que vendría el fotógrafo. Ella misma se había encargado de hablar con don Alfonso Sánchez Portela, y lo esperaba temprano. Marcos hacía un tiempo que, con motivo de los cincuenta años de La Bellota, quería tomar fotos de las instalaciones y de los trabajadores.

Cuando el fotógrafo llegó, reunió a todos los miembros de la jamonera y compuso la foto principal. Luego tomó varias del salón y algunas informales, mostrando a las dependientas en plena actividad con los clientes, a la cajera, a la muchacha de la recepción haciendo su trabajo y a María, de vestido floreado, en su escritorio. También retrató a los hermanos Díaz Montero y a María con los gemelos.

Para el mediodía, el hombre se había marchado; Marcos estaba agradecido y María había terminado de ordenar la gran cantidad de papeles dentro de un mueble enorme ubicado en la oficina de su jefe. Luego de una semana, había logrado clasificar los documentos en facturas, inventarios y listados de compras. Para mejorar el archivo, rotuló carpetas con los nombres de cada comprador. Marcos se le acercó y le dijo:

—Gracias, gracias y gracias. Deseaba mucho hacer esas fotos. También me pesaba el desorden... Esos papeles llevaban allí varios meses.

Ella sonrió. Marcos la encontró encantadora. Le gustaba desde que la conoció atendiendo las mesas de Los Santos. En esos tiempos, tan chiquilla aún, ya se había mostrado solícita, habilidosa y de buen humor. Y su belleza lo había cautivado tiernamente. Pero ahora que era una mujer de tacones altos, que manejaba sus papeles, que siempre estaba dispuesta a ayudarlo en su trabajo, se había vuelto irresistible para él. Cuando la contrató, considerándola elemental y joven, le pareció una locura intentar algo con ella. Pero a medida que la conocía, notaba que de elemental no tenía nada. María era lúcida con los números, sabía hablar muy bien y se vestía de manera elegante. A cualquier hombre, aun a sus amistades de alcurnia, le habría parecido una chica atractiva.

—¿Necesitas algo más? —preguntó ella, que se esforzaba por tutearlo, tal como Marcos le había solicitado.

—No, nada más por ahora —respondió mirándola pensativo.

—Entonces me tomaré unos minutos para almorzar durante mi descanso —dijo pensando en el bocadillo que había traído. Cada día tenía media hora para comer, y solía compartir ese tiempo con Azucena, que seguía en el salón.

Por la hora, Marcos también tenía hambre.

—¿Y si vamos a comer juntos?

Para Marcos, almorzar con María representaba la unión de los dos mundos que amaba: el del trabajo y el de las buenas comidas. Además, ella se merecía una pequeña atención para recompensar el duro trabajo de los últimos días. Y, lo más importante: quería tenerla cerca. Compartir el almuerzo mientras hablaban de la jamonera le pareció perfecto.

María se sorprendió por la pregunta. Con su jefe se llevaba bien, se entendían, eran jóvenes. Pero que la invitara a almorzar le pareció extraño. No había escuchado que ninguna de las otras chicas fuera a comer con él, o con su hermano. Ella no era tonta, había ciertos límites... Y Marcos acababa de cruzarlos. No sabía qué responder. No se atrevía a contradecir a su jefe. Por otro lado, no le disgustaba la idea de comer con Marcos Díaz Montero, siempre tan amable y correcto con ella. Las justificaciones le facilitaron una respuesta poco comprometida:

—Como gustes.

Para él fue suficiente.

—Pues vamos ya mismo, niña. Iremos a lo de Carmencita... Quizás es demasiado republicano para mi gusto, pero el ambiente es informal y muy buena la comida —dijo haciendo referencia al comedor de la calle de la Libertad.

María aceptó con mansedumbre. A su jefe le gustaba mandar y decidir, y ella lo dejaba, tal como entendía que debía suceder.

En menos de una hora se hallaban sentados en los bancos de madera de la taberna, rodeados de los pintorescos azulejos que decoraban las paredes. Marcos pidió una ración de albóndigas, otra de morcilla y dos de ensaladillas.

A María la situación se le antojaba extraña. Pero la familiaridad cultivada durante las últimas semanas, papeles de la oficina mediante, le permitía sentirse cómoda. La confianza entre el jefe y su asistente crecía día a día.

Comían las albóndigas y los asuntos de la jamonera surgían sin buscarlos. Ambos conformaban un equipo que hablaba el mismo idioma.

—No te olvides, María, de prepararme los papeles que debo llevar al notario. Recuérdame la obligación de firmarlos tanto yo como mi hermano.

—Sí, sí —dijo ella tomando un sorbo de gaseosa.

—Mañana no iré a trabajar. Así que tendrás que controlar que los jamones que lleguen de Ladrada sean cargados al camión para ser distribuidos en los hoteles.

A María le llamó la atención que su jefe no fuera a la oficina, era un hombre apegado a su rutina. No se atrevió a preguntar el motivo. Sólo dijo lo que se esperaba de una secretaria:

—Me encargaré y estaré al pendiente de lo que se necesite.

Marcos la encontró maravillosa y perfecta. Bonita a rabiar, siempre atenta a él y sus negocios. Se la había enviado el cielo. Y en el preciso momento en que él estaba colapsando. No descartó repetir un almuerzo. Tampoco proponerle una salida formal o iniciar una relación amorosa.

Marcos pagó la cuenta y se marcharon. Cuando salieron por la puerta principal, dos señoras de una mesa próxima se dieron vuelta para mirarlos. A los ojos de todos, formaban una pareja perfecta. Marcos se percató de ello. María poseía las cualidades de una mujer que lo haría quedar bien ante cualquiera.

Ella, ajena a las elucubraciones de su patrón, caminaba a su lado, elegante, con sus tacones altos, ataviada con el trajecito rosa de falda apretada y chaqueta que le había comprado a la modista de la calle de Pelayo. El trabajo de secretaria no requería de uniforme, lo que constituía un problema. Presentarse bien vestida a diario no resultaba fácil. Por suerte, esa mujer los vendía baratos. María, austera, sólo compraba lo imprescindible y, con su ingenio, variaba los tres o cuatro conjuntos que integraban su atuendo. Siempre intentaba ahorrar unas pesetas, pues no sabía qué podía depararle el porvenir. Después de pasar por la terrible experiencia de no tener cobijo, se prometió que jamás volvería a pasar otra noche en la calle. Inmersa en los pensamientos sobre su futuro, no imaginaba que Marcos planeaba el de ambos. Y no relacionado con la jamonera, como acostumbraba, sino de la vida privada de los dos.

Caminaban tranquilos emprendiendo el regreso cuando María, mientras pasaban por la plaza del Rey, sintió que Marcos la tomaba de la mano. Se sorprendió pero no le disgustó, ni le pareció mal. Ninguno dijo nada, ni siquiera se miraron, parecía normal. Compartían el trabajo, las mañanas y las tardes, la comida, y una salida como esta. Darse la mano era un gesto más dentro de ese compañerismo que los unía. A María no le desagradó, a Marcos le encantó. Caminar juntos por la calle lo hacía sentir orgulloso. Creía estar enamorándose de María, esa chica de belleza clásica atenta a sus necesidades. De forma egoísta pensaba que la decisión de iniciar una relación estaba sólo en sus manos, no lo imaginaba de otra forma. Ella era una secretaria y él, su jefe.

Llevaban dos calles tomados de la mano sin decir palabra, hasta que María, para romper ese extraño estado, dijo:

—Estaba pensando que sería muy útil que aprendiera mecanografía.

—Creo lo mismo —respondió Marcos de inmediato.

—Tendría que hacerlo en un horario que no afecte el trabajo.

—Hazlo por la tarde, que hay menos tareas. Si necesitas, retírate una o dos horas antes. Supongo que sólo será por unos meses. Y vendría muy bien que manejes la máquina —dijo Marcos soltándole la mano cuando casi llegaban a La Bellota.

—Mañana mismo averiguaré los horarios y me apuntaré para tomar clases —respondió María, que percibió cómo se alejaba el brazo que la sostenía.

—Me parece perfecto.

María jamás hubiera pensado que una decisión tan sencilla, como aprender mecanografía, sería de las mejores de su vida. Debería recurrir a esa actividad en los momentos más terribles.

* * *

Ese mediodía, Pedro se marchó temprano de la jamonera porque quería almorzar con sus padres y anunciarles su inminente mudanza, tema que aún no había mencionado aunque ya había elegido un bonito pero austero piso en la calle del Pez, próximo a la de San Bernardo. Necesitaba vivir solo para plasmar las ideas que desarrollaría en su segundo libro; además, ya no deseaba trastocar los horarios de la casa de sus padres, que, cada vez más comprometido con sus actividades políticas, debían esperarlo para cenar. Y lo peor, estaba harto de sentarse a la mesa para terminar discutiendo con su hermano.

En cuanto lo vio llegar, su madre le sonrió y, contenta, le dijo:

—Me agradó que esta mañana me hayas avisado que te esperara para almorzar. Te he hecho preparar paella tal como a ti te gusta. Ahora ven a ver el patio, que la primavera estalla por cada rincón. No puedes perdértelo. Todavía faltan unos minutos para servir la comida.

Encarnación tomó del brazo a su hijo, y juntos salieron al patio y caminaron por el sendero central. El lugar lucía maravilloso como su madre lo había anticipado: una fiesta de colores para los ojos. Cada flor estaba en su máximo esplendor: los claveles rojos y blancos plantados en hileras lucían como un cuadrillé brillante. Los agératos lilas, al lado de las begonias que iban del blanco al rojo intenso y los alhelíes naranjas junto a los pardos rojizos conformaban un arcoíris multicolor. Los crocus color púrpura con el centro amarillo plantados en forma de círculos formaban mundos luminosos. Los nomeolvides celestes, que salpicaban cada rincón como si hubieran caído allí por casualidad, le daban un aire a campo. Las simples margaritas rodeando en línea al cantero por el que caminaban otorgaba al patio el toque final. La fuente lucía repleta de plantas acuáticas que festejaban el buen tiempo. Pedro miró las rosas y las vio débiles —una

rareza—, pues en esta época su madre solía tenerlas muy vivaces.

—¿Les ocurre algo a los rosales?

—Luchan contra una peste. Pero ya pasará, los he fumigado. Ven y mira qué bellas están tus lavandas. Te he hecho poner un nuevo ramillete sobre tu almohada.

—Gracias, madre —dijo mientras pensaba lo difícil que sería darle la noticia de la mudanza.

Encarnación se agachó y tomó un par de florecillas de la planta de lavanda y se las metió en el bolsillo del saco.

Pedro miró el techo de vidrio del invernadero que, a pesar del buen tiempo, aún no habían corrido.

—Madre, ¿quieres que lo quite?

—Ay, sí, por favor —respondió agradecida.

Pedro fue hasta la punta y, tras unos movimientos que combinaron fuerza e ingenio, quitó el techo para que el invernadero se convirtiera en parte del patio. Era el rito con el que su familia celebraba que los días se hacían más largos y las jornadas con nieve o helada acababan por ese año.

Encarnación, mientras lo miraba, concluyó que esa era una de las razones por las que Pedro ostentaba el título de hijo predilecto. Siempre atento a sus necesidades, sabía cómo complacerla con sencillos actos. Pero evitó continuar pensando en ello, en ese amor desmedido por uno de sus hijos, porque de inmediato la atacaba la culpa por no querer con la misma intensidad a sus otros hijos. No quería arruinar el momento llenándose del sentimiento de culpabilidad. Un año más en que unían el patio interno con el externo y para ella era casi una fiesta. Amaba esos espacios verdes. Allí estaba la razón por la que nunca se mudó a una casa más lujosa.

Durante la sobremesa, después de comer la paella, Pedro les dio la noticia: se mudaba. Lo necesitaba para madurar; precisaba soledad para ser más productivo en lo intelectual, deseaba escribir otro libro. Tenía veintiséis años y sentía que era tiempo de emprender su camino. No creía que trabajara por siempre en la jamonera.

Al fin se había animado a contarles, y a tomar la decisión. Estaba hecho. El estupor pintaba el rostro de sus padres. Hasta don Federico, que siempre se las arreglaba para vivir ajeno a las preocupaciones, esta vez quedó perturbado debido a la noticia.

* * *

Esa mañana María miró la hora en el viejo reloj despertador que fuera de su padre y se sorprendió de lo mucho que habían dormido con su hermano. Eran las once de la mañana del domingo, su día preferido porque podía compartir el almuerzo con Manolito, algunas largas charlas, descansar y pasear. Por la tarde se encontrarían con Azucena en el parque. La semana se le había pasado volando entre el trabajo y el curso de mecanografía, y casi no se habían visto. Se levantó y preparó un desayuno liviano de café y leche, ya que pronto sería hora de almorzar. Le explicó el plan a su hermano.

—¿Y qué cocinarás? Porque ya tengo hambre —dijo Manolito, su crecimiento de centímetros mensuales lo mantenía apetente.

—¡Qué niño! Entonces come algo antes. Pues yo aún no he comenzado. Haré un buen cocido.

—¡Cocido! ¡Delicioso! —respondió y festejó con aplausos. Luego, puso cara de estar trayendo un pensamiento de sus recuerdos y dijo—: Un día tienes que cocinar esa comida que preparaba papá...

—¿Cuál...?

—No recuerdo cómo se llamaba.

—¿Y con qué alimentos la preparaba?

—Pescado... creo que papas...

—Ay, Manolito, así no podré ni empezar.

—Me he olvidado. A veces creo que no recuerdo nada de las otras casas donde vivimos. ¿Sabes...? A veces quiero recordar la cara que tenía papá y no puedo. No la recuerdo. Si me concentro, me vienen a la mente sus manos, pero nada más.

—Ay, pequeñín, papá era guapo, tenía lindos ojos, del color cielo como tú y yo. ¿Te acuerdas? Y una amplia sonrisa. Ya te mostraré una foto de él y te acordarás muy bien, ya verás —María pronunció las últimas palabras y le dolió el alma. Ella no conservaba ninguna.

—¿Tienes una? ¿O quedaron en la otra casa?

—Aquí, no... —respondió—. Pero prometo que iré a buscarlas.

—No, María, no vayas —dijo con el temor marcado en el rostro—. No quiero las fotos, no las necesitamos. Prefiero que me cuentes tú cómo era la cara de papá.

—No te preocupes, haré que las traigan —intentó que el niño se tranquilizara. Ella sabía bien que eso no sería posible. Si las quería, debería ir en persona. Y cuando fuera, no podría decirle a Manolito. La traumática partida había dejado una cicatriz en el niño, pensó, sin darse cuenta de que en ella también. Y muy profunda.

Tras unos minutos, María comenzó a pelar las verduras para el cocido mientras meditaba en qué lugar de la casa de Aquiles Tormo estaría el hatillo de fotografías y objetos queridos. Daría cualquier cosa por volverse invisible y poder entrar a la casa sin que la vieran y tomar lo que le pertenecía. ¿De qué otra forma podía ingresar sin correr peligro? Ella y su hermano necesitaban esas fotos, esos recuerdos, se trataba de retazos de un pasado que demostraban de dónde venían y quiénes eran. Imaginó que Aquiles los tendría tirados por allí.

Pero si María hubiera podido hacer realidad su deseo de ser invisible y hubiera entrado a la casa donde vivió, hubiera visto que la bolsa, lejos de estar en un mal lugar, ocupaba un sitio de preeminencia. Porque el mismo Aquiles Tormo la había colgado en su cuarto con el firme deseo de que le sirviera de advertencia. Al verla pendida de un clavo, recordaría que jamás debería confiar en una mujer; ni siquiera en la más inocente y virginal, como María, que había sido capaz de planear fríamente y a sus espaldas, junto con Díaz Montero, toda una vida. Sumado a que la chica había realizado un auténtico montaje propio de una actriz. ¡Quién sabe qué es lo que le había tenido que dar al dueño de la jamonera a cambio de que la ayude! Pensaba en esto y volvía a llenarse de odio.

* * *

Pedro, sentado frente a su máquina de escribir, ubicado en el pequeño comedor, tecleó la última frase y, complacido con lo que había escrito, miró a su alrededor. A pesar de que los muebles que lo rodeaban eran pocos y austeros, se sentía contento de estar en su propio apartamento. La sala sólo contaba con un sofá color azul y, frente a este, colgaba un gran calendario de jamones La Bellota con enormes soles amarillos que habían mandado fabricar con motivo de los cincuenta años de la jamonera. Pensó en su madre y sonrió; esa combinación la hubiera horrorizado. Pero él necesitaba un almanaque cerca para organizar su vida. Había pensado que cuando viviera solo extrañaría su otra existencia, en la residencia Díaz Montero de la calle de Argumosa, pero no era

así, se sentía muy a gusto en su nueva casa. Aquí no tenía que controlar sus ideas o morigerar sus palabras para no dañar a los que lo rodeaban. Los pensamientos que para él eran el motor de su vida aquí fluían libremente sin freno; esos que lo empujaban a vivir y actuar, o a quedarse escribiendo hasta las tres de la mañana cuando al otro día debía levantarse temprano, como en esta oportunidad. Aquí él se movía en completa libertad. Porque su piso era sencillo, y su vida también, pero por sobre todo era libre, tal como había soñado cuando buscó el apartamento.

Desde aquel mediodía en que Pedro les contó a sus padres la idea de mudarse, sólo habían transcurrido dos semanas, pero él ya tenía una vida nueva en este lugar. Si bien su padre le había ofrecido que se instalara en uno de los dos pisos de su propiedad —ambos, en la mejor zona de Madrid—, Pedro optó por mudarse a un barrio bohemio y menos costoso. Además, había decidido no depender de su familia. Tan resuelto estaba en ser independiente que aceptó la propuesta de escribir artículos para un periódico de tendencia de izquierda. La editorial comprendió que su apellido, ligado a una familia identificada con la derecha, generaría un gran impacto entre los lectores. Su abolengo y su defensa apasionada de la ideología socialista les darían otro peso a sus opiniones sobre la actualidad española. Claro que aceptar este trabajo significaba abandonar para siempre sus compromisos con la jamonera. Se trataba de un gran cambio y estaba dispuesto a afrontarlo. Vivir en soledad le había ayudado a soltarse de una buena vez de lo que ya no deseaba para su vida.

Quitó de la máquina la hoja que acababa de escribir y la apiló junto a las otras que tenía sobre la mesa. Su segundo artículo para el diario versaba sobre la idea que se le había ocurrido días atrás: la responsabilidad social de los ricos, siempre mayor que la de los necesitados, a la hora de encauzar los problemas de la sociedad española.

Todavía tenía tiempo de dormir un rato. Al despuntar el día, llevaría los textos a la redacción. A su regreso se sentaría a escribir para su nuevo libro. Las ideas bullían en su cerebro.

Se acostó entusiasmado pensando que pronto vendrían a disertar en el Ateneo de Madrid los escritores Henri Lenormand, Jean Cassou y André Malraux. Este último, con el que mantenía un fluido contacto epistolar, daría una conferencia titulada «La defensa de la cultura a través de un movimiento universal». Pedro aprovecharía su presencia para departir e intercambiar ideas con el francés y le entregaría una copia del material en el que venía trabajando con la intención de que le diera una sincera opinión. Abrigaba grandes expectativas para el encuentro; presentía que algo importante ocurriría ese día.

Pedro acertó en su premonición. En esa fecha, el reloj de su existencia preparaba una cita ineludible, aunque nada tuviera que ver con las expectativas intelectuales que cobijaba, sino más bien con la de sus sentimientos.

* * *

Cerca de las seis de la tarde, María salió de la academia de mecanografía y, en lugar de dirigirse a su casa, tomó el tranvía que la llevaba a la jamonera. Había acordado con Marcos que pasaría por allí para concluir con la documentación que debía presentarse temprano al día siguiente. La exigencia significaba un esfuerzo extra, además de resignar tiempo con su hermano, pero la cumplía con gusto dado que su jefe le permitía retirarse antes del trabajo para que estudiara mecanografía. Por otro lado, y aunque no sabía por qué, Pedro Díaz Montero había dejado de trabajar en La Bellota. Tampoco lo conocía lo suficiente, sólo sabía que no se llevaba bien con Marcos y que era una persona apasionada de fuertes convicciones políticas. Apenas si se habían

cruzado en un par de oportunidades y charlado dos o tres palabras, pero nada más. Pedro siempre parecía estar ensimismado. Era serio y, por momentos, triste. Pero cuando sonreía —las pocas veces que lo había visto—, el rostro se le endulzaba. Físicamente, los hermanos se asemejaban, sólo que Pedro lo superaba en altura y tenía rasgos más armoniosos.

Durante esa semana, María almorzó casi todos los días con Marcos. Regresaron por las raciones de Carmencita, pero también visitaron tascas diferentes con el propósito de que probara las especialidades de cada sitio. Los callos de Casa Paco, las alcachofas salteadas con jamón de Casa Botín, el cocido del restaurante La Bola... Evidentemente, a Marcos Díaz Montero le gustaba frecuentar los rincones culinarios de Madrid. María, que en otros tiempos mejores había disfrutado de los ambientes bellos, se sentía halagada por los paseos que le brindaba Marcos. A su lado, se sentía una neófita en asuntos mundanos, pero gracias a la temporada que pasó en la taberna de Aquiles, al menos conocía una amplia variedad de platos y cómo debían presentarse en la mesa.

Azucena solía recitarle una copla: «Ay, niña, la varita de la suerte se posó en ti el día que cambiaste el peinado». María le respondía con una sonrisa y una verdad: «Disfruta del salón, maja, que allí tienes menos responsabilidades y te marchas temprano para casita».

Cuando María llegó a la jamonera, el negocio ya había cerrado y tuvo que golpear la puerta de los ángeles tallados. Marcos, el primero en llegar y el último en retirarse, la hizo pasar. La partida de Pedro lo había obligado a delegar tareas, pero algunas ameritaban su resolución.

—Ven, pasa. Tengo un problema y tal vez tú puedas ayudarme.

María subió las escaleras detrás de él. Por suerte, había venido y podría socorrerlo en este trance. Marcos, de pie en su oficina, la miró de frente y le dijo qué lo afligía:

—Mañana entregaremos la primera partida de vinos de nuestra bodega a los restaurantes que nos compran jamones... Pensaba pasar ahora por el depósito para realizar una última comprobación, pero me ha surgido un problema...

—Ay... ¿Se ha perdido la llave del depósito otra vez? —preguntó María, que recordó los contratiempos que causó esa semana el extravío.

—No, ese no es el problema. Para que no vuelva a ocurrir, he dejado el llavero en la casa de mis padres. Sucede que para controlar debo tener la lista con las cantidades que encargó cada comprador... ¡Y no está por ninguna parte!

—Marcos, ese listado fue confeccionado... tiene que estar... —dijo María caminando hacia el enorme mueble que había ordenado. Y, en cuclillas, buscó en el cajón inferior—. Aquí está —dijo aún en esa posición. Luego añadió—: Aquí también guardé el papel con las direcciones de cada lugar donde deben entregar el vino.

Marcos fue hasta ella y también se puso en cuclillas para poder ver lo que María le mostraba. Tomó los papeles en sus manos. María era sencillamente perfecta. Al fin exclamó:

—¡Ay, María, gracias! Una vez más me has salvado la vida.

Ella sonrió; él, lleno de felicidad, la vio tan hermosa, tan dulce, la sintió tan cercana a todos los quehaceres de su vida, que la concibió casi de su propiedad. María era suya, y no quería perderla nunca. La quería toda y de todas las formas. Le gustaba. Inclinandose hacia ella, la besó en la boca. Fue un beso corto. La incomodidad de la postura no permitió nada más.

Aun así, María se tensó. La última vez, y también la primera, había sido besada por Aquiles Tormo, su patrón.

Se puso de pie, se alisó la falda.

—Marcos, no deberíamos...

—Perdón... Te vi tan hermosa, y me ayudas tanto —se justificó e incorporándose a la vez—.

¿Sabes...? Creo que me he enamorado.

—Marcos... eres mi jefe.

—No digas nada, sólo escúchame, ¿sí? —Marcos no esperó una respuesta; prosiguió—: Te propongo que intentemos ser algo más que un jefe y su secretaria. ¿Qué opinas?

Ella no supo qué responderle a este hombre arrollador que, cuando deseaba algo, parecía imparable. Le dijo la verdad.

—No digo que no, sólo te pido que vayamos despacio.

—No pensaba otra cosa. Me parece bien.

Su respuesta —propia de un hombre correcto— la tranquilizó.

Marcos le agradeció nuevamente y le explicó sus planes inmediatos para la jamonera. Le comentó que debían apurarse, pues creía que en el país pronto sobrevendría una hecatombe. Ante el desgobierno del Frente Popular, que no podía contener el caos en España, los integrantes de la Falange y otros partidos de derecha habían decidido tomar cartas en el asunto para restituir el control y la cordura de una nación desquiciada. La intervención acarrearía cambios radicales en los planos político y económico. La Bellota, si estaba preparada para afrontarlos, conseguiría muy buenos réditos. Luego pronosticó un par de sucesos más sobre lo que se avecinaba.

María lo oía atentamente mientras pensaba que ojalá entendiera en profundidad la situación que atravesaba el país y cuál bando tenía razón. Antes no le interesaba porque sólo podía pensar en subsistir, pero a medida que los meses pasaban y ella se arraigaba en su nueva vida, iba sintiéndose suficientemente segura como para interesarse por el entorno. Ya no sólo pensaba en su supervivencia y en la de Manolito, sino que también le preocupaban Madrid y sus violencias, España y los ataques que se prodigaban ambas tendencias. El caos social podía llegar a poner en peligro su frágil estabilidad económica. Su digna pero precaria existencia —un bienestar reducido a casa y comida— se la debía a la jamonera. María había visto arder las iglesias bajo las llamas provocadas, y en esos días había descubierto el odio en los ojos de las personas de los dos sectores. El mismo destello que, por momentos, le parecía ver en los de Marcos.

La voz de su jefe vino a sacarla de sus cavilaciones:

—Debo pasar por el depósito antes de que se haga de noche. Por favor, ¿me acompañas y controlamos juntos los pedidos en pocos minutos?

Jamás hubiera podido decirle que no. De todas maneras, era muy cerca, y de allí, seguramente, partiría para su casa.

Salieron a la calle y Marcos le advirtió:

—Antes tendremos que pasar por la casa de mis padres para buscar la llave.

María se encogió de hombros. No se imaginó que se refería a ingresar, a traspasar el umbral.

Marcos le hizo señas a un taxi, subieron y en pocos minutos se encontraron en la puerta de la residencia de los Díaz Montero. Era la primera vez que María entraría a la casa de las gárgolas; pero no la última.

* * *

Tras abandonar la iglesia luego del rezo de la tarde, Encarnación regresaba a su casa ensimismada en pensamientos idénticos a los de María. Notaba un clima enrarecido, percibía en el ambiente un odio que no traería nada bueno. El desacuerdo entre los dos bandos era una bomba que podía explotar en cualquier momento. Se palpaba en cada charla que se oía en el mercado, o en cada conversación que escuchaba en los bares de la ciudad y se vivía también en el campo.

Lo sabía porque Agustina, su cuñada, que esa semana había llegado de visita desde la ciudad de Salamanca, donde residía junto con su marido, le relató que llevaban meses sin trabajar las tierras de la familia pues no estaban dispuestos a ceder a las peticiones de los campesinos. Antes, sumisos; ahora, exigentes porque desde la asunción de la República reclamaban determinados salarios y derechos. Agustina le había dejado muy claro que su familia no necesitaba del campo para vivir y que bien podía tirarse varios años sin su usufructo. Y si durante ese tiempo los necios labradores tenían que morir de hambre porque el campo no se trabajaba, pues que se murieran bien muertos. «A la tozudez campestre, la intransigencia terrateniente, Encarna, que por algo somos los dueños de la tierra», dijo Agustina.

Y, subida a su copete, predicó que con sus propiedades podían hacer y deshacer a su antojo, que eso no lo cambiaría ningún gobierno de izquierdas ni una republiqueta advenediza, y que si no les gustaba la paga... «¡Qué diantres! ¡A casita, con perro y prole! Ya vendrán bien arrepentidos a pedir trabajo con el hocico seco. Esa gente necesita trabajar para comer. Los dueños de la tierra, no.»

Agustina le confió que otros latifundistas salmantinos habían tomado la misma decisión. Preferían perder el rinde de sus campos durante un año o dos antes que aumentar los salarios.

—Si hoy les damos lo que piden, mañana exigirán el doble. Encarna, tú vieras, todo el día de vagos, apoyados en la pared del bar del pueblo. ¡Ni siquiera se emborrachan! ¡Si no tienen ni para vino! Van ahí sólo para hablar de la injusticia que creen que cometemos contra ellos. ¡Brutos! A este mundo se viene a trabajar y a sufrir. Y más ellos, que han nacido pobres —sentenció Agustina.

—¿No tienes miedo de que estén planeando represalias? —preguntó Encarnación.

—¡Pues qué van a planear esos pobres diablos!

—No sé... alzamientos, una revuelta como la de Casas Viejas...

—¡Ridículo! —exclamó Agustina.

Encarnación presentía que algo malo se avecinaba, había demasiadas señales. Tal vez el problema viniera del descontento de los diez millones de pobres que, según el gobierno, había en España, casi la mitad de la población. De esa vida paupérrima y sometida no podía surgir nada bueno.

Por esa razón —y otras, más personales—, había decidido doblar los rezos diarios e intensificar las visitas a la iglesia, aunque reconocía que ya no se podía estar tranquila ni siquiera en la casa de Dios, pues los templos corrían serios riesgos de ser atacados o incendiados. Pese a este miedo permanente, en el Monasterio de San Ildefonso y San Juan de Mata, convento de las Trinitarias Descalzas, se encontraba a gusto, protegida y segura. El lugar nunca había sufrido un ataque porque —se comentaba— los republicanos lo respetaban por el buen trato que les dispensaban a los menesterosos. Encarnación, que conocía a los religiosos, había logrado que le permitieran realizar sus rezos en la tranquilidad del convento. Desde la partida de Pedro, y con la firme convicción de que no le sucedieran cosas malas, había retomado una vida espiritual más comprometida. A la irrespirable situación del país, le sumaba preocupaciones de índole doméstica. Los encontronazos de sus hijos, que abrazaban ideales tan contrarios, le ponían el corazón en la boca; la enfermedad de su marido, que lo desplomaba, la entristecía; la peste de sus rosales, implacable, la turbaba. Alicaídas, sus plantas se estaban muriendo. La peste de los pulgones le ganaba la pulseada; ella no lograba doblegarlos. Jamás le había pasado algo así.

Encarnación caminó las calles que tenía hasta su casa pensando en sus plantas. Cuando llegó, entró y pasó directamente al patio para insistir con la anhelada recuperación. Esta vez fumigó con un líquido que había fabricado con los últimos crisantemos secos que atesoraba; sabía que su

marido se quedaría sin su brebaje para dormir pero ya había encontrado otra exótica planta para suplirla: la pasionaria, un potente sedante.

Roció sus rosales con el agua de crisantemo hervido, remedio muy eficaz contra las pestes, y luego los acarició con el dedo índice, hoja por hoja. El recurso —brindarles amor como si se tratara de un humano— solía darle buenos resultados. Las personas y las plantas formaban parte de la misma naturaleza viva y respondían a iguales estímulos: caricias, bellas palabras y cuidados especiales. Entonces, cuando pensó esto, temió que el mundo verde madrileño se hubiera contagiado del de los humanos. Encarnación tembló.

* * *

María y Marcos descendieron del taxi frente a la casa de las gárgolas.

—Ve, que te espero aquí, en la acera —propuso ella.

—Claro que no. Tú entrarás conmigo.

—¿¡Contigo!?

—Sí, saludaremos a mi madre, buscaremos la llave y luego nos iremos.

—No creo que...

—Sólo nos llevará un minuto —dijo y la arrastró hacia el interior; como siempre, no le daba otra opción.

En instantes, Marcos pasó de la sala al patio y, tomando por sorpresa a su madre, le presentó a su secretaria. María, nerviosa e incómoda, al quedarse junto a la mujer mientras su jefe buscaba el llavero, admiró el vergel que la rodeaba y comentó que los rosales la transportaban a su niñez, a su casa de Barcelona. Encarnación, entristecida, le contó sobre la batalla encarnizada que había emprendido contra la plaga que quería llevárselos.

—Qué pena. Ojalá logre salvarlos —deseó María.

—No estoy tan segura de lograrlo.

—Pues claro que sí —afirmó María. Y luego, intentando animarla, agregó—: Y cuando lo logre, ya verá que podrá darme un gajito.

—Pues, niña, te lo doy ya. ¡A qué esperar! Tal vez en tu patio tengas más suerte que yo en el mío —dijo Encarnación, fiel a la generosidad que la caracterizaba cuando de plantas se trataba.

María sonrió y simplemente le agradeció porque cómo decirle a esa mujer tan fina y delicada que ella vivía en un simple y humilde cuarto sin patio, que apenas si disponía de un pequeñísimo balcón en el que —si bien le sabía a gloria— sólo entraban dos macetas. No, jamás podría imaginárselo.

Encarnación fue por la tijera y cortó tres gajos de las plantas que aún le quedaban sanas. Eligió a propósito cortar un esqueje del rosal más antiguo, ese que le había regalado su madre cuando se casó. «Dar para recibir», pensó y realizó el acto como una especie de ofrenda. Deseaba que la naturaleza la recompensara concediéndole la sanidad de sus plantas. Jamás podría imaginar que con esos gajos se construiría una larga historia en la que se unirían en dos continentes trozos de vidas, pétalos de rosas, años, lágrimas y esperanza.

En el momento en que Encarnación terminaba de envolver los tallos en papel de diario húmedo, apareció Marcos con las llaves en la mano y exclamó:

—¡Madre, nos vamos! Tenemos trabajo pendiente en el depósito.

Encarnación despidió a los jóvenes. Su hijo seguía tan apurado y atareado como el primer día en que Federico le había cedido el mando. Marcos amaba trabajar. Por suerte había encontrado

una buena secretaria que le siguiera el ritmo. Al principio, como Marcos la nombraba tanto, había creído que mantenían otro tipo de relación, una más carnal. Pero ahora que la conocía esa idea se desvaneció. Ella no era esa clase de mujer. Se alegró de haberle dado los gajos del rosal.

Se quedó en el patio unos minutos más haciendo jardinería hasta que se marchó para organizar la comida. Pedro les había prometido que esa noche cenaría con ellos. Se moría por verlo y compartir con sus hijos una comida en familia. Encarnación planeaba preparar ella misma la fabada asturiana que tanto les gustaba.

* * *

En el depósito, María y Marcos, después de realizar la tarea de control, se despidieron a las apuradas con un beso corto en la boca.

Al emprender el regreso a sus viviendas, cada uno meditaba sobre los efectos del beso. Él: «Ya somos novios». Ella: «Pronto tendré que decidir si empezamos un noviazgo».

Dos pensamientos muy distintos para una misma situación.

* * *

Esa tarde, a pesar de que las últimas claridades desaparecían y la noche anunciaba su llegada, María caminaba lenta y plácidamente por las calles de Madrid rumbo a su casa. Disfrutaba que su día había terminado. El clima cálido y el espectáculo de ver las luces de la ciudad encendiéndose una a una invitaban a la recreación. Los negocios aún abiertos mostraban sus interiores luminosos y con movimiento. La gente realizaba las últimas compras antes de retirarse a sus hogares para descansar.

María se sentía liviana, nada la preocupaba. Manolito estaba avisado de sus nuevos horarios y tenía permiso para jugar con sus amigos. En mecanografía pronto le darían su diploma; el trabajo en la jamonera le gustaba, y su jefe tenía debilidad por ella. Sólo algunas veces perdía el sosiego personal cuando pensaba en el sombrío presagio de Marcos para el país. Una situación de esa naturaleza pondría en peligro hasta su empleo en la jamonera.

Meditó que debía prepararse para afrontar la debacle y sostener su precaria vida diaria en el marco de ese cambio. Pero, al buscar soluciones, no se le ocurrió otra que ahorrar más e interiorizarse sobre lo que ocurría. Quizá le serviría completar su formación con un libro; ya le pediría a Marcos que le sugiriera uno cuando estuviera tranquilo, aunque rara vez él tenía un minuto de paz.

Por lo pronto, debía organizarse con Manolito porque saldría de noche, algo que jamás se había permitido. Marcos la había invitado a cenar en Lhardy, uno de los restaurantes más lujosos de Madrid —según le explicó Azucena— al que sólo iban los niños ricos. A ella, eso no le importó, sino que se emocionó al pensar que conocería un lugar de cuya belleza se hablaba bastante en la ciudad. Así como Marcos sólo se centraba en la comida, a María le gustaba observar el decorado, los dibujos de los azulejos, los marcos de los espejos que pendían de las paredes y los techos, la forma y la disposición de las sillas y las mesas, el tipo de suelo de cada sitio que visitaban. Estaba segura de que su inclinación por estos detalles la había heredado de su madre porque su padre solía decirle que su francesita siempre hacía lo mismo. Recordó a su padre

y lo extrañó. ¡Cuánto ansiaba verlo! Contarle todo lo bueno que estaba viviendo con Manolito y cómo habían salido airosos de las desventuras. Lo añoró tanto que los ojos se le nublaron y tuvo que detenerse frente a una tienda. Sacó el pañuelo y se sonó la nariz. Asumió que a sus padres no les agradaría verla triste e intentó alegrarse mirando los escaparates.

Caminaba buscando distraerse cuando descubrió una casa de perfumes, se detuvo e ingresó al lugar. Dos años atrás, su padre le había regalado un frasco muy coqueto para su cumpleaños. Ni antes ni después tuvo otro. Pero ahora, que ya no le quedaban lavandas secas y tenía un dinerillo en el bolsillo, iba siendo tiempo de comprarse uno. La inclinación por las fragancias, tal vez, fuera otra predilección heredada de su madre.

En la perfumería la atendió una joven un poco mayor que ella, que le mostró algunos frascos de cristal cuyos precios variaban entre lo prohibitivo y lo posible. Por suerte, el que le agradó estaba dentro de su presupuesto: una botellita con esencia de lavanda. Con la vendedora intercambiaron unas pocas palabras, pero fue suficiente que María le contara que trabajaba en la jamonera para que la muchacha hablara de manera apasionada sobre la necesidad de un aumento de salarios y de la reducción de horas laborables. Hablaba con conocimiento de los derechos del trabajador, del valor del dinero y de la tarea que hacía el gobierno al respecto. María la escuchaba mientras pensaba que la última vez que alguien le habló en esos términos fue su padre.

—¡Tenemos que conocer nuestros derechos! —exclamó la muchacha con ardor—. De ese modo, comprenderemos qué le está pasando a nuestro país.

—Es justamente lo que deseo —dijo María, que pensaba en ello constantemente y no sabía por dónde empezar.

—Pues, mira, te haré una invitación —dijo la chica retirando la cartera de debajo del mostrador. Sacó un panfleto de papel blanco impreso con grandes letras negras que anunciaba una conferencia y se lo entregó—. Ve a este lugar, ese día, allí disertará gente que entiende. Españoles que saben cómo explicar lo que está sucediendo. También vendrán unos franceses famosos que apoyan la causa republicana en España.

A María la frase le sonó a música: españoles explicando, justamente, lo que ella ansiaba saber, y franceses como su madre, dando una conferencia en apoyo a la causa de su padre. Se alegró; pronto volvería a escuchar el idioma materno, el francés que amaba y hablaba. La cita estimuló su deseo por aprender, por reencontrarse con un pasado no tan lejano. No lo dudó más.

—Iré. Muchas gracias por invitarme —dijo guardando el papel en el bolsillo de su abrigo porque temió que en la cartera se mojara con el diario húmedo que protegía los esquejes de rosas que le había regalado Encarnación.

Saludó y salió a la calle. Ahora sí, debía apurarse. Manolito ya debía tener hambre y ella todavía no había empezado a hervir el arroz. Cenaría con su hermano, lo acostaría y, cuando estuviera dormido, bajaría a la casa de doña Isabel para escuchar la radio. La casera, como hacían los pocos afortunados que contaban con un aparato, solía invitar a un par de inquilinas para enterarse de lo que sucedía en el país. Claro que el parte de las noticias diarias era alentador o calamitoso, según la emisora que se sintonizara en cada casa: Radio España o Unión Radio Madrid.

Caminaba con parsimonia hasta su casa de la calle del Almendro previendo que recién el domingo podría plantar el esqueje de rosal. Lo colocaría en una lata que ubicaría en el balconcito. También guardaría el panfleto, pues no quería perderlo. El encuentro con la muchacha de la perfumería había sido providencial; era justamente lo que buscaba hacía tiempo.

María tenía razón: acababa de tener una cita del destino. Esas que se maceran a la vera de dos casualidades, tres años de espera, un error y cuatro aciertos. En el bolsillo de su saco iba el

panfleto que cambiaría su existencia en todas las aristas que puede tener una vida.

Saturnino Moratín

Saturnino se colocó su enorme pañuelo sobre la espalda e inició su jornada de la tarde como recadero, tarea que le permitía ganarse los dinerillos necesarios para comer al día siguiente porque con lo que cobraba en la taberna Los Toros sólo cubría el costo del alquiler. No veía las horas de cumplir los dieciocho años, edad que le abriría las puertas de un trabajo de verdad, uno de tiempo completo por el que —creía— le pagarían un auténtico salario que le permitiría darse pequeños lujos. Soñaba con sentarse en la taberna y pedir lo que se le antojara. Comer y beber a destajo. Un deseo terrenal que, aunque simple, parecía inalcanzable. Uno de los tantos que sentía lejano.

Se detuvo en la panadería donde lo aguardaban para cumplir con los encargos habituales. En la puerta, apoyadas contra la pared, ya se hallaban los enormes sacos de harina que debía estibar para que al día siguiente elaboraran el pan. Saludó al maestro panadero y, de inmediato, se dispuso a hombrearlas una a una. Como cada día, eran varias y muy pesadas. Terminó con la espalda sudada y algunas gotitas de transpiración sobre su rostro atractivo. A pesar del cansancio, sonrió; lo esperaba su panecillo recién horneado. Junto con la paga, siempre recibía un bollo.

Saturnino continuó su periplo por la calle de Toledo hacia la tienda de bicicletas de don Quique con el bocadillo en la panza y su dinerito en el bolsillo. Allí, después de hablar unas palabras con el dueño del local que vendía en exclusividad los rodados de la afamada marca vasca Orbea, durante una hora se dedicó a parchar gomas y reparar frenos. Madrid, a pesar de tener un parque automovilístico de sesenta mil coches, más de tres mil taxis y casi quinientos tranvías, seguía siendo una metrópoli que gustaba de las bicicletas.

Luego de cobrar, se despidió de don Quique para iniciar su ronda de bares: Pipo, Cybeles y Tugures. Pero no para beber, sino para limpiar los baños, tarea que odiaba. La peor, sin dudas, aunque debía reconocer que le pagaban bien, pues pocos aceptaban efectuarla por más que recibieran unas pesetas extras. Se tapaba la nariz y la boca con el pañuelo rojo —ahora, convertido en escudo contra los olores desagradables— y, a última hora, los dejaba aseados para el día siguiente, tal como aquella noche en que, famélico, lo hizo por primera vez. Desde entonces, los cantineros delegaban la tarea en Saturnino.

Por último, voceaba por la ciudad *El Herald de Madrid*, el periódico vespertino de mayor tirada. La voz de Saturnino, pese al cansancio acumulado durante la jornada, sonaba inconfundible para sus clientes —transeúntes y obreros— deseosos por conocer las últimas noticias.

Después de una hora de labor limpiando el baño del bar de Pipo, a punto de terminar y cuando ya anticipaba el siguiente sanitario, supo que iba atrasado, que la pequeña demora de diez minutos en cada lugar sumaba una hora extra que, al final del día, nadie le pagaba.

La tardanza lo obligaría a postergar para mañana el encuentro con la muchacha del Paseo de la Castellana. Le dio rabia; la joven le gustaba. Pero lo que más le dolió fue comprender que el trabajo ni siquiera le permitía disfrutar de uno de los pequeños placeres que podía granjearse: relacionarse con mujeres, un contento que se prodigaba gracias a su atractivo físico.

Sus lúgubres pensamientos lo condujeron a una triste verdad: una jornada de intenso trabajo sólo servía para reunir el dinero necesario con el que comería al día siguiente. Amargado, dio unos pasos lentos hacia la taberna de Cybeles. Odió la vida que llevaba, odió que no hubiera salida, que no pudiera cambiar nada, que no pudiera decidir. Rabioso, supo que estaba atrapado en su propia existencia miserable. Entonces, como una revelación, comprendió aquel concepto del

que hablaban las tribunas comunistas: «alienación».

Cuando terminara con sus obligaciones, al menos, podría reunirse con los miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. Esa actividad le dio una luz de esperanza entre tanta negrura. Las palabras que allí escuchaba le infundían la fuerza necesaria para sobreponerse y continuar con su existencia. Quería ir a la conferencia. Necesitaba ir. Iría.

CAPÍTULO 9

TABERNA CARMENCITA

*La taberna Carmencita fue fundada en 1854.
Está ubicada en calle de la Libertad 16, de Chueca, Madrid.
Su especialidad son los huevos fritos con morcillas.
Federico García Lorca era un asiduo concurrente.*

Madrid, 2014

Rafael esa mañana aún se hallaba instalado en el departamento de Alba cuando se despertó y decidió que a pesar de que sólo había faltado un solo día al trabajo ya se hallaba bien como para regresar. Alba, que se había ofrecido, había llevado el certificado, así que no había problemas para que faltara otra jornada. Pero él sabía que estaban terminando la mudanza y lo necesitaban.

Cuando Rafael se levantó, Alba ya estaba pintando desde hacía una hora en la habitación del piso que usaba como atelier. Ella lo escuchó caminar y fue hasta la cocina. Después de preguntar cómo estaba y de darle los remedios, le sugirió:

—Tal vez deberías tomarte un día más.

—No puedo, sé que en la jamonera me necesitan. Y de salud, me siento bien.

—Como quieras...

—Iré a trabajar y de ahí, a mi casa. Ya es tiempo de que regrese a Vallecas.

—Como quieras...

—¿Estás enojada? —preguntó dudoso. El tono le recordó a Juliana en sus años de matrimonio. Si ella le hablaba así, estaba molesta.

—Claro que no. De verdad... Tienes libertad para hacer lo que quieras. Si hay algo que no me gusta es coartar las decisiones de los demás —dijo Alba de corazón.

Rafael, que cada día la conocía más, no tenía dudas de sus palabras. Evidentemente, ella había sufrido —y seguro aún sufría— cierta falta de respeto hacia sus decisiones por parte de su padre.

Antes de partir para La Bellota, Rafael y Alba acordaron verse al día siguiente, por la noche, en el apartamento de Vallecas. Conocer la casa de Alba a Rafael le había quitado la horrible tensión de que ella pudiera desaparecer en cualquier momento y la incógnita sobre qué clase de vida llevaba. Empezaban a convertirse en una pareja normal, ambos tenían el móvil del otro y sabían dónde encontrarse. Desde la agresión de los guardias, ella estaba a su lado de manera incondicional.

* * *

Esa mañana, Rafael pasó directamente al nuevo edificio de La Bellota. Mientras aguardaba a sus compañeros y calibraba cómo seguir, llegó Lola, que lo recibió con algarabía.

—¡Al fin, chaval! ¡Te estábamos necesitando! Hay cosas que sólo tú sabes dónde están. Perdón por mi arrebato... ¿Estás bien de salud? Me avisaron que te atacaron en el metro.

Si Alba no había revelado que fueron los guardias, él tampoco lo haría porque debería mencionar, entre otras cosas, que el ensañamiento estuvo vinculado con su condición de inmigrante.

—Sí, ya estoy bien.

—Me alegro porque sólo nos queda el día de hoy para poner en funcionamiento el ala nueva. Mañana los pedidos tienen que salir de este edificio.

En el viejo inmueble sólo habían quedado las oficinas más importantes, como la de Díaz Montero, la de Lola y dos más. Las otras se mudaban al sector nuevo.

—Entonces, ¡manos a la obra! —dijo Rafael empezando a organizar el cableado para poner en funcionamiento las computadoras.

Lola, que se estaba marchando, ya casi llegaba a la puerta cuando se volvió sobre sus pasos y, acercándose a él, le expresó:

—Quiero decirte que hemos tomado la decisión de dejarte como empleado fijo. Claro, si estás de acuerdo.

Rafael sonrió.

—Sí, quiero. Pero... ¿los papeles de residencia?

—No te preocupes, los arreglaremos.

—¿Y cuál sería mi tarea?

—¡Hombre! Por ahora, armar y poner en funcionamiento el museo. Lo que has hecho hasta aquí por ese proyecto, me agrada.

—Me alegra. Siento que el museo también es mi proyecto —respondió Rafa con sinceridad e inmediatamente comenzó con sus tareas; había mucho por hacer.

El equipo se dedicó arduamente a conectar las máquinas y ordenar los muebles. A la hora de salida, como no habían terminado, Lola les preguntó si podían quedarse. La mayoría aceptó.

A las seis de la tarde, finalmente, concluyeron la labor y cada oficina, sector y zona quedó listo para funcionar al día siguiente.

Lola hizo traer algo para beber más algunos bocatas. Y cansados pero alegres de haber trabajado en la mudanza, brindaron y comieron distendidos. La charla amena se daba naturalmente. Nadie dejó de interesarse por lo que le había pasado a Rafael. Uno de los muchachos contó que estaba por recibirse de programador en computación; otro, que le gustaba escribir. A todos les llamaba la atención que Rafael cantara en el metro y, curiosos, querían saber cuánto se ganaba y si valía la pena pasarse horas allí abajo. Cuando el argentino les explicó que, si se realizaba en forma seria, sistemática y durante varias horas, podía recaudar hasta cien euros, se quedaron boquiabiertos. Pocos curros, si había que elegir por salario, daban tanto como este.

Lola contó que pronto se jubilaría, que quería pasar más tiempo con sus nietos, que estaba en la jamonera desde hacía muchos años, que tenía diecisiete cuando ingresó en las oficinas. Los Díaz Montero formaban parte de su familia, pues su madre también había trabajado allí hasta jubilarse. Se sentía conforme, no podía quejarse, había progresado y siempre la habían tratado muy bien.

Transcurrido un rato de charla y habiéndose acabado los bocatas, el grupo se disgregó. Rafael, aún débil para cantar en el metro, concluyó que lo mejor sería descansar en su casa. Lola lo saludó y, desde el umbral, le dijo que cuando se fuera le avisara al guardia del turno noche,

quien cerraría la puerta.

Rafael, sabiéndose solo, se tentó de dar una mirada a las fotos de la caja que había traído Daniel Díaz Montero. Era un buen momento, no había gente, el inmueble estaba tranquilo y él tenía tiempo.

Descendió hasta la planta baja, ingresó al museo y, sentado en el suelo, con la enorme caja azul en su regazo se puso a revisar foto por foto. Las había de los más variados años, algunas antiguas, como la del rey con Pascual Díaz Montero el día que se inauguró La Bellota. Entre otras, más modernas, halló a Alba, que, vestida de manera formal, aparecía rodeada de los carteles de una campaña publicitaria. Por los dibujos, Rafa intuyó que había sido lanzada el año anterior. Revisó distintos lotes hasta que encontró una serie de fotos perteneciente a los festejos del aniversario de los cincuenta años, o sea 1936, el año que le interesaba. Enseguida, por el tipo de imágenes y las ubicaciones dentro de ellas, descubrió quiénes en esa época eran los dueños. Las principales fotografías mostraban a dos hombres apuestos y muy parecidos. Observando una que le llamó la atención vio que estaban ellos dos junto a una joven rubia muy parecida a como se veía su abuela en las fotos de su boda en Argentina. La muchacha de cabello claro estaba junto a un escritorio y entre dos hermanos tan similares que, no tenía dudas, eran Díaz Montero. Posó la vista en otro lado, formó la imagen de su abuela y, después de unos instantes, regresó a la fotografía. La estudió detenidamente. Casi podía asegurar que esa joven era su yaya María. La chica llevaba un vestido floreado. Tomó la foto donde estaban todos los empleados y buscó a la persona que vestía esa ropa. Sí, allí también halló a la misma muchacha bonita. ¿María, su abuela María? Tenía que serlo. Estaba en las fotografías, figuraba en la lista de empleados. Por su atuendo y la foto del escritorio, había desempeñado sus tareas en las oficinas. Su yaya siempre se había enorgullecido de haber estudiado en España para mecanógrafa. Se suponía que gracias a eso se habían conocido con su marido. El abuelo, don Rafael Becerra, de quien había heredado el nombre, propietario de una academia de secretarías, la había contratado como profesora. En la familia siempre se comentaba que allí había nacido el romance entre sus abuelos, ese que terminó en un pronto casamiento del que nacieron cuatro hijos. Nacho, su padre, el mayor de ellos. Sacó su móvil e hizo una foto de la foto, y de inmediato se la envió a su padre con un texto breve en el que le pedía que le confirmara si era ella.

Encantado con el hallazgo, comenzó a prepararse para retornar a su casa. Desde la mañana que no veía a Alba y ya la extrañaba; quizá porque —según lo que habían acordado— faltaba un día para encontrarse. Salió a la calle y el aire que le dio en el rostro le produjo una agradable sensación. La tarde se iba convirtiendo en noche mientras caminaba rumbo a la parada de autobús.

Cuando llegó a su edificio, la nostalgia lo hizo detenerse en el bar de Pepe. Tal vez podía charlar un rato con el viejo. No quería cenar solo, encerrado. Pepe, que lo descubrió de pie frente al vidrio, con una inmensa sonrisa lo invitó a pasar y, de inmediato, tomaban una caña y conversaban animadamente. A esa hora, la actividad del bar decaía y podía permitirse ese lujo.

—¡Chaval, qué perdido has estado!

—¡Pero, Pepe, si el que se fue varios días has sido tú!

—Sí, pero con aviso. A ti, en cambio, no te he visto en todo el día.

Pepe siempre tenía argumentos para ganar; y si no, los inventaba. Había llegado de Málaga la noche anterior después de despedir a su sobrino, que partía para Norteamérica. Desde la muerte de la madre del muchacho, la única hermana de Pepe, lo veía poco. Siempre habían vivido lejos, por lo que la relación nunca fue estrecha; y menos ahora, que el trabajo de geólogo lo obligaba a desplazarse constantemente por el mundo. Pepe le contó sobre sus días en Andalucía, la tierra de su niñez, a la que amaba entrañablemente. Rafa lo puso al tanto del ataque que había sufrido en el

metro a manos de los guardias. Dos o tres pormenores y el viejo explotó:

—¡Qué hijos de puta! Tendrías que haberlos denunciado.

—No quise.

—¿Sabes quiénes son? Porque si quieres, tengo un primo que conoce unos quinquilleros bien dispuestos... Ellos podrían...

—¡No, Pepe! Ni se te ocurra.

—Está bien, no dije nada —indicó levantando las palmas de las manos en señal de alto. Luego insistió—: Aunque si yo les pidiese...

—¡No, Pepe!

—Mejor cambiemos de tema... ¿Y cómo va todo con la hippie de pelo rosa?

—Bien —dijo Rafa sonriendo al recordar los apasionados momentos vividos la noche anterior.

—¡Joder, macho, tienes una cara de encoñado que matas!

Rafael rio con ganas. Charlaron un rato más de tonteras hasta que el viejo dijo:

—Bueno, chaval, ahora que has conversado conmigo, te aviso que la hippie ha llegado hace un buen rato y está en tu casa.

—¿Arriba, en mi departamento?

—Sí.

—¡Joder! ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque te hubieras ido volando y no hubieras conversado conmigo.

—¡Sos terrible, Pepe! ¡Pero tenés razón y me la he pasado muy bien con vos!

A Rafa le agradaba el bar, le gustaba el ambiente distendido que se vivía allí, el constante aroma a café —esa bebida de la que siempre había sido un fanático—, le interesaba oír los comentarios de la gente que entraba y echaba unas parrafadas sobre el último partido del Real Madrid, el Atlético o el Rayo Vallecano y disfrutaba de la compañía de Pepe, quien, a veces, le recordaba a su padre. Al pensar en don Becerra, miró su móvil; todavía no le había respondido. Se preocupó un poco, siempre le contestaba rápido. Pero el mensaje que entró en ese momento le hizo olvidar su inquietud. Cristina, la mujer que había conocido en el metro, le decía que al día siguiente lo esperaba en la Gran Vía con su marido para visitar juntos al representante.

Rafael se entusiasmó y, luego de meditar en la situación, se emocionó porque concluyó que, por cada persona dañina de este mundo, había otra que lo reparaba con bondades. Fue inevitable contraponer la actitud de los guardias —causantes del mal sin razón alguna— con la de Cristina, que le había hecho un bien, sin motivo, salvo el de querer ayudarlo.

Un rato después, Rafa entró a su casa y besó feliz a Alba, que le explicó que había decidido venir antes porque lo extrañaba. Le ofreció un vaso del gazpacho que acababa de preparar. Él, que lo aceptó gustoso, mientras lo bebía le contó las buenas noticias del día: había quedado fijo en La Bellota y tenía una cita con un representante.

—¡Tenemos que festejar! —propuso Alba.

—¡Por supuesto! Si tenés ganas, te invito a cenar. Hay un lugarcito, en Chueca, que quiero conocer. Pero tendríamos que tomar el metro... Dicen que es muy antiguo y su comida, muy buena. Se llama Carmencita.

—¿Cómo te enteras de esos lugares? Yo, que soy de aquí, no lo conozco.

—En nuestra pareja, esta parte me toca a mí. Y cocinar, a ti, porque sos buena cocinera —comentó de buen humor.

Alba sonrió. Tal vez fuera una buena noche para abordar un tema que, desde hacía mucho, sentía que debía contarle.

* * *

Una hora después ambos brindaban con una copa de Roda, vino Rioja, mientras aguardaban su pedido de huevos fritos y morcilla, la especialidad de la casa Carmencita.

—Rafa...

—¿Qué...?

—Quería contarte algo...

—Sí, decime... —le respondió al tiempo que el móvil de Rafa vibraba. Lo miró de reojo y comentó—: Mensaje de mi padre.

Ella le hizo seña de que atendiera tranquilo.

Rafa lo leyó y se impresionó. Decía: «Esa foto que acabás de mandar es de tu abuela cuando tenía diecisiete años porque a los dieciocho llegó a la Argentina. Te envió una de esa época para que compares».

Rafael abrió la imagen y lo comprobó: el mismo rostro, los ojos color agua idénticos, la misma delgadez. Quiso compartir la noticia con Alba, nunca antes lo había hablado con nadie.

—¿Sabés, Alba? Mi yaya, antes de irse a la Argentina, trabajaba en la jamonera La Bellota.

Sorprendida, con los ojos muy abiertos, permaneció muda por un instante hasta que exclamó:

—¡No puedo creerlo! ¿Estás seguro?

—Sí, mirá —dijo extendiéndole las fotos y relatándole su hallazgo en el museo.

Ella aún se hallaba mirando las imágenes cuando llegó la comida y ambos se dedicaron a disfrutarla mientras conversaban sobre las fotos y la yaya María. Lo que Alba había intentado contarle debería quedar para otro día.

Sus platos traían los mismos huevos y morcillas que años atrás, en ese mismo lugar, habían disfrutado escritores como Jacinto Benavente, Rafael Alberti y Pablo Neruda, entre otros. La vida era una rueda. Y Rafa y Alba, juntos, se encontraban allí, sentados a la misma mesa en la que varios años atrás habían comido María Álvarez y Marcos Díaz Montero mientras planeaban un futuro, tal como lo hacían ellos dos en ese momento.

* * *

Al día siguiente, Rafael trabajó en La Bellota ajustando detalles del funcionamiento del ala nueva. Lola se lo había pedido porque pronto los visitaría Daniel Díaz Montero para comprobar la marcha de la mudanza.

A las dos de la tarde, cuando finalizó su jornada, se marchó para cantar en el metro hasta la hora en que debía reunirse con Cristina y su esposo en un bar de la Puerta del Sol.

Un par de horas después, Rafael conocía al músico que llegó de la mano de Cristina y otra vez se sorprendió del hallazgo que hacía en su camino. Porque charlar con ese hombre bajito, de bigotes, apasionado por la música, igual que él o más, fue saber que serían grandes amigos para siempre. El dueño de un corazón de oro como el de su esposa desinteresadamente le ofreció presentarle a Paco Mercado, el representante.

En tierra ajena —sin familiares, seres amados ni amigos a quienes recurrir—, se dependía de la mano de la Providencia. Para soportar el día a día, debían aparecer personas como Ernesto, si no se corría el riesgo de morir de muchas formas —llámese hambre, enfermedad—, pero sobre

todo, de tristeza. Lejos de casa había que aprender más que nunca a dejarse llevar por las manos providenciales, a confiar en que ellas pondrían hombres de buena voluntad en el sendero diario. Se debía estar atento, pues nunca se sabía cuándo tocaba ser dador o receptor de dádivas amorosas. Ese dejar fluir formaba parte del encanto de la vida. Recordaba el ejemplo del senegalés que, con su simpleza y a pesar de ser el que menos tenía, le había regalado una frase reveladora que le había servido.

Cuando Rafa llegó a la oficina de la calle Fuencarral junto con Ernesto y su mujer, se dieron con que Paco, el representante de sesenta y tantos años, con varios dedicados a la industria del espectáculo, los esperaba. Los hizo pasar a su escritorio y, mientras los observaba con los anteojos bajos, deslizados por la nariz, Ernesto se dedicó a hablar sobre la capacidad de Rafael. El hombre lo escuchó durante un rato hasta que exclamó:

—¡Vale, vale, vale! ¡Canta de una vez, argentino!

Rafael sacó su guitarra y cantó «Milagro de abril». Durante su interpretación, repleta de vida, el tiempo se detuvo en la habitación. Al final de la canción, el hombre comentó:

—Me gusta. Te haré cantar en las fiestas de los pueblos de Guadalajara. Empezarás la semana que viene en Pioz. Si sale bien, irás a otras. Pero te advierto que necesitarás un coche para moverte. Porque tendrás que apañártelas por tus medios.

—No hay problema —dijo sin saber de dónde sacaría uno. Tal vez alquilara un auto. O se compraría uno muy barato con sus ahorros. Ya vería.

Paco le explicó que el sábado siguiente debería pasar por su oficina para retirar el contrato que presentaría ante el ayuntamiento de Pioz. Le indicó que, una vez que llegara al evento, debería hacerlo firmar por los organizadores y que, concluida la actuación, el lunes lo trajera de regreso a su despacho para gestionar el pago.

—¿Y qué dice el contrato que firmaré? —se atrevió a preguntar. No quería parecer impertinente, pues tenía presente su condición de inmigrante. Y si estaba allí, se lo debía a esa adorable pareja que lo había llevado. Pero las experiencias vividas en su restaurante de Buenos Aires lo habían vuelto precavido.

Paco lo miró durante unos instantes eternos. Luego, con cierta molestia, sacó del archivero dos hojas y las apoyó en el escritorio frente a Rafael.

—Mira, Becerra, sería igual que este, sólo que en vez de decir «Álex Evan» dirá «Rafael Becerra». Los montos que ganarás en cada actuación serán aproximadamente de setecientos euros.

Rafa lo leyó, se trataba de un acuerdo entre un tal Evan y el ayuntamiento del pueblo de Valdelcubo; no mencionaba el monto que se le pagaría pero sí expresaba que Paco Mercado estaba facultado para cobrar en nombre de Evan.

Rafael hubiera querido decirle que ahí no figuraba el precio, que tampoco había seguridad de que él cobraría, que ese sistema era un tanto precario, pero mirando a Ernesto y a su esposa, que habían tenido la buena voluntad de llevarlo hasta la oficina de un representante y que le habían prodigado elogios ante Paco, decidió callarse y aceptar la propuesta tal como se la presentaban. Si salía mal, pensó, sólo lo haría una vez. Además, actuar los sábados por la noche no entorpecía en absoluto su trabajo en La Bellota, ni en el metro.

Luego de unas pocas palabras más, Rafa y el matrimonio de españoles se marcharon de la oficina de Paco. Cristina y Ernesto estaban contentos, convencidos de que había salido muy bien. Rafa, más cauto, deseaba que no se presentara ninguna dificultad.

Una vez que se despidió de ellos, le habló a Alba para contarle, pues esa noche habían quedado en no verse y ahora sí cumplirían el pacto. Ambos tenían muchas cosas pendientes y atrasadas. Ella atendió de inmediato la llamada, gesto que Rafa consideró como un gran cambio

positivo, y en pocas palabras —aunque evitó darle los detalles que le preocupaban del contrato— le explicó lo acontecido. Contenta, ella dio grititos en el teléfono y de inmediato dispuso que a Pioz viajaran en su coche.

* * *

A la mañana siguiente Rafael fue de buen ánimo a trabajar a la jamonera porque sería el primer día en que podría dedicarse por entero a poner en funcionamiento el museo. Estaba entusiasmado con la tarea, tanto porque le gustaba como porque sabía que allí tendría la oportunidad de conseguir información sobre su abuela y de entender por qué la yaya había dicho que la historia de su familia se unía a la de La Bellota.

Llegó y, encerrado en el saloncito durante largas horas, clasificó el material. Luego, separó lo destinado a una vitrina especial y encarpetó las fotos y los documentos que enmarcarían. Tomó la carpeta para entregársela personalmente a Lola con la intención de comentarle cómo entendía que debía hacerse el trabajo. La oficina de la mujer había quedado en el ala vieja, al igual que las más importantes, como la del dueño y la del departamento de exportación. Salió del nuevo edificio, cruzó el patio y atravesó la puerta de los ángeles tallados, esa que —así lo descubrió en las viejas fotos— había pertenecido al primer inmueble donde funcionó la jamonera.

Mientras contemplaban el material y Lola asentía ante las opiniones de Rafael, comenzaron a escucharse gritos que provenían del pasillo. Evidentemente, en alguna de las oficinas del piso había una discusión. La mujer, que parecía no darle importancia al altercado, le respondió:

—Perfecto. Los mandaré ya mismo a encuadrar. Y aprovecho, Rafael, para decirte que vendrá el arquitecto a tomar las medidas de los muebles que pondremos en el saloncito. Y necesito que te encargues tú.

—No hay problema, lo atenderé con gusto.

—Gracias... Al fin y al cabo, a estas alturas tú eres el más involucrado en el proyecto —respondió Lola sonriendo y, poniéndose de pie, cerró la puerta de su oficina para hablar en paz, pues los gritos molestaban.

Rafael, preocupado, preguntó:

—¿Está todo bien?

Ella suspiró.

—Supongo que sí... No es la primera vez que pasa y estoy segura de que tampoco será la última.

La mirada de Rafael exigió que la mujer se explayara.

—Daniel Díaz Montero discute con su hija, un suceso que se repite un par de veces al año. No se conforman con pelear en sus casas sino que traen sus asuntos a la jamonera.

—Ah... —dijo llamándose a la prudencia.

—Llevaban mucho tiempo sin una pelea así —dijo Lola y le entregó unas viejas publicidades de la jamonera que había encontrado en casa de su madre—. Toma, para que las pongas con las demás, tal vez nos sirvan.

Rafael se marchó con los afiches en las manos. En el pasillo intentó mirarlas pero, como las voces llegaban claras, las publicidades dejaron de interesarle porque ambas le sonaban extrañamente familiares. La de Díaz Montero... no sabía de dónde la identificaba. Pero la de mujer, sí... parecía la de...

No podía ser. No.

Rafael pasó de la curiosidad a la intriga; y de esta, a la desazón. Perturbado, volvió sobre sus pasos y se detuvo junto a la puerta del estudio de Daniel Díaz Montero. ¡Era la voz de Alba! Estaba casi seguro.

Se inclinó para poder ver el interior de la oficina por los escasos dos centímetros que separaban la puerta del marco. Y entonces vio una parte, aunque no todo, pero sí lo justo para entender... porque una mecha rosa en medio de la cabellera castaña decía más que mil palabras y las dos manos metidas en los bolsillos de un jean junto con los pies que se balanceaban explicaban lo que no tenía explicación.

La mente de Rafael divagaba entre actuar o no. Todavía no estaba seguro de hacerlo pero sus manos empujaron la puerta. Necesitaba verle la cara de mujer; quería que ella lo viese a él, que Alba se enterara de que había descubierto que otra vez le había ocultado una faceta de su vida.

Abrió la puerta con violencia en el momento en que Daniel Díaz Montero gritaba:

—¡No entiendo por qué coño desperdicias semejante oportunidad! Te digo que...

Al ver a Rafa en el umbral, el hombre se detuvo en seco y exclamó:

—¡He pedido que esta mañana nadie me moleste!

Alba se dio vuelta e hizo contacto visual con Rafael y de inmediato el asombro pintó sus ojos marrones. Al oír la voz de su padre, ella, que aún mantenía cierta esperanza de conseguir disimular lo inocultable, tuvo la certeza de que eso sería imposible.

—¿Qué sucede? ¿No ve que estoy hablando con mi hija?

A Rafael le costó articular las palabras.

—Lo lamento... —dijo. Luego, mirando a Alba a los ojos, puntualizó con fuerza—: Realmente lo lamento.

Y tras enunciarlo, se retiró de inmediato por el pasillo, rumbo a la escalera.

Alba salió detrás de Rafael mientras su padre le gritaba:

—¡Te vas y no me escuchas! ¡Como siempre!

—¡Rafa! ¡Rafa...! —gritó Alba ante la sorprendida Lola, que había salido a la puerta para ver por qué el jaleo se había trasladado al pasillo.

Él escuchó su llamado pero no se detuvo. Por el contrario, enojado y perturbado, apuró sus pasos, bajó las escaleras con Alba detrás, y cruzó el estacionamiento como si se tratara de una persecución. Antes de ingresar al museo, al fin lo alcanzó.

—¡Espérame! ¿Por qué corres así?

—¿Por qué? ¿Por qué? —dijo mientras abría la puerta del saloncito.

Ella entró y cerró la puerta.

—¡Alba, me mentís una y otra vez!

—Yo no te mentí.

—Me engañás, me ocultás tu vida, que es lo mismo.

—El otro día... cuando fuimos a comer a Carmencita, traté de contarte lo de mi padre.

—El problema tiene que ver con tu actitud de ocultar, que siempre se repite...

—De ninguna manera, pero expresado de ese modo...

—Alba..., me enteré de que te cortabas los brazos porque te lo vi, y supe que usabas drogas porque te encontré en una plaza de Vallecas. Estuve un mes para que me dieras tu teléfono. ¡Y hoy me entero de casualidad que sos la hija del dueño de la empresa donde trabajo hace meses! ¡Tantos como los que llevamos juntos!

—Lo siento, lo que has ido descubriendo no son cosas de las que me enorgullezca.

—¡Recién esta semana supe dónde vivías! ¡Y casi me muero cuando vi tu piso! Yo te abro cada arista de mi vida. Te muestro todo... lo poco o mucho que soy. Te di la llave de mi casa al

poco tiempo de conocerte, creo que merezco más transparencia.

—Puede ser...

—¡Ni hablar de la tarjeta que me diste con el nombre Aldi Alarcón! —gritó al recordar que hasta esa mañana creía que ese era su apellido.

—Eso fue hace mucho y te aclaré que era mi nombre artístico. Lo uso porque debo ser cuidadosa. No me gusta que sepan quién soy.

—Pero siempre creí que ese era tu apellido, jamás aclaraste el asunto. Se supone que yo soy tu pareja y no un extraño. O será que lo soy, por eso me excluís.

—No...

—Pues así me siento, excluido, y haciendo el papel de tonto. Tal vez te moleste el hecho de que soy inmigrante, al fin y al cabo soy un puto latino. Será por eso que tenés miedo de compartir conmigo la información de tu nombre y posición —conjeturó Rafael, aunque había empezado a decir la frase sin realmente creerla. Pero a medida que se escuchaba, se fue convenciendo de sus palabras. Podía ser que ella no le tuviera confianza.

—No, no... yo no soy así, Rafael. A mí no me importan esos tontos convencionalismos. Mira, además, para que te enteres: muchas de las peleas con mi padre se originan en mi desinterés por la empresa y el dinero.

—Pues vivís en una casa muy lujosa para que sea cierto que no te interesa el dinero.

—Ahora me juzgas tú a mí.

Rafa estaba por responderle cuando Lola abrió la puerta del museo y, sin ingresar, sólo metiendo medio cuerpo, preguntó con cara de asombro:

—¿Está todo bien por aquí?

—Sí, perfectamente —respondió rápido Alba.

—Tu padre me pidió que te buscara —explicó Lola— y que te dijera que quiere seguir hablando.

Lola, que la conocía de niña, sentía pena por la mala relación entre Alba y Daniel.

—Dile que por hoy fue suficiente. No pienso subir de nuevo para continuar machacando.

—¿Necesitas algo del museo? —le preguntó Lola a Alba, que no terminaba de entender por qué estaba con Rafael y parecía que discutían.

—No, nada, gracias.

—Ah, pensé...

—Lola, Rafael es mi novio. Mejor dicho: mi pareja, porque vivimos juntos.

Lola se quedó boquiabierta por unos instantes hasta que respondió:

—Vale...

La mujer hubiera querido preguntarle si Daniel Díaz Montero estaba al tanto, pero no era quién para meterse en la vida de Alba. Además, su pregunta, por ridícula, tenía respuesta: estaba segura de que el hombre desconocía la relación. Alba, que pareció adivinarle los pensamientos, la previno:

—Mi padre aún no lo sabe. Pero ahora lo sabrá —anticipó sosteniéndole la vista a Rafa. Luego caminó hacia la puerta y añadió—: Vamos, Lola.

Las dos mujeres se marcharon bajo la mirada atónita de Rafa, que pensaba: «¡Dios mío, Alba es impredecible!». Le había ocultado el apellido y ahora no sólo le acababa de confesar a Lola que ellos eran pareja, sino que, como una tromba, se encaminaba para contárselo también a su padre. Podía imaginar cómo le caería la noticia a Díaz Montero... su jefe. Si antes padre e hija estaban discutiendo... ¡lo que vendría ahora! Por otro lado meditó que, si Alba realmente hablaba con Daniel, demostraba que no se avergonzaba de la relación, ni le tenía miedo por ser inmigrante.

Rafael sentía que Alba pasaba de un extremo al otro, que subía y bajaba como una montaña rusa, que le provocaba el mismo vacío y la misma sensación de imprevisibilidad de los primeros encuentros. Recordó el día que la conoció en la jamonera y percibió que no podía descifrarla, mucho menos estereotiparla. Alba era un enigma y Rafael no lograba comprenderla. Ella actuaba de manera impredecible, aunque debía reconocer que para él ese condimento de su personalidad funcionaba como una verdadera atracción.

Después del tsunami, Rafa logró acomodarse junto a la mesa repleta de papeles para continuar clasificándolos. Sin embargo, la puerta se abrió y reapareció Alba.

—Te advierto que tengo que trabajar. Si no lo hago, tu padre me despedirá por la sencilla razón de que es mi jefe —dijo Rafa de manera punzante para que la hija del dueño comprendiera los roles.

—Sólo vine para avisarte que ya le conté a mi padre que estoy viviendo contigo.

La estudió para comprobar si decía la verdad.

—¿Sabe quién soy? ¿Que existo? —preguntó él.

—Casi no te ubicaba. Pero ya le expliqué muy bien quién eres.

Rafa no sabía si ponerse contento o no ante la extraña situación. Jamás había previsto que el mundo de amor que construía con Alba se uniría con el de los dueños de la jamonera, la firma para la que había trabajado María. Parecía que la vida se había encargado de meterlo en una crisis en Argentina para que viniera a España y encontrara algo que todavía no sabía bien qué era.

—Te espero en Vallecas —dijo Alba.

—¿En mi casa?

—Sí, porque si te propongo que esta noche vayas a la mía, será en vano... Estás enojado. Así que hoy iré a la tuya y te esperaré con paella. Adiós. Nos vemos a la noche.

Rafael, otra vez, no sabía qué pensar. Realmente debía querer mucho a Alba, si no sería imposible soportar el vaivén emocional que vivía con ella. A la noche volverían a hablar de lo sucedido. «No todo se arregla con una paella», pensó Rafa.

Se sentó a la mesa y continuó con la tarea que había empezado esa mañana y que había sido interrumpida. Pero una hora después, acorde a la jornada tumultuosa, la puerta se abrió e ingresó una figura alta y fornida: Daniel Díaz Montero.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos instantes. Y en el momento en que Rafael estaba por ponerse de pie y decirle que pasara, el hombre desapareció. Y así como vino, se fue. No lograba entender si Díaz Montero había entrado enojado y luego se había marchado arrepentido de enfrentarlo o si sólo había deseado satisfacer la curiosidad de espíarlo. Tal vez no le importaba la relación que tenía con su hija. Si le interesara una pizca, al menos lo habría saludado para darle la posibilidad de presentarse. «Digno padre de su hija: igual de incomprensible», pensó Rafa. De todas maneras, no sabía con exactitud qué le había contado Alba, aunque podía intuir que, a raíz de su brevísima aparición, algo debió adelantarle.

Decidió seguir trabajando, pues necesitaba el sueldo que ganaba en La Bellota, así como lo que reunía cantando en el metro. Gracias a esos dineritos no sólo venía mandándole fielmente a Juliana el importe prometido, sino que además estaba logrando ahorrar para llevar adelante sus planes en Argentina de fundar una academia o poner un café. Al reavivar esos proyectos, por primera vez se le presentó la disyuntiva que le provocó dolor: ¿qué pasaría con la relación que mantenía con Alba cuando se volviera? Al principio, ella había aparecido como un buen «dulcecito que nunca a nadie le amarga», como decía la rumba, una relación ocasional, pero ahora se había convertido en la canción completa. ¿Y si se tuviera que marchar de España al día siguiente? No, no, él no podía irse mañana. Entonces se dio cuenta de que su interior estaba

dividido tal como cuando se fue de Argentina. Algo empezaba a amarrarlo fuertemente a España. Poco a poco, los lazos de cariño como los que tenía en su país se iban forjando también aquí.

Los pensamientos nostálgicos y profundos acerca de la tierra y los lugares donde viven las personas lo mantuvieron en vilo durante toda la jornada. Esos pueblos, ciudades o parajes que forman parte de nuestra existencia porque los adoptamos, los heredamos o simplemente porque la vida nos instala allí sin pedirnos permiso; sitios que poco a poco, sin darnos cuenta, empezamos a querer casi tanto como los propios. Recordó las palabras que solía decir la tía María: «Los amores no ocupan espacio, puedes amar mucho a muchos, a diferencia del odio, que uno solo ocupa todo el corazón» o «Los amores a la patria y a otras tierras son como las cáscaras de cebolla, van uno sobre el otro». Recién ahora, en su condición de expatriado, comprendía cabalmente las sabias palabras de su abuela que, como él pero setenta años atrás, también había sido inmigrante. «Yayita mía... ¿qué te pasó en España que nunca quisiste contar? ¿Qué te pasó aquí, que me mandaste a mí a tu país para acomodar lo que a vos no te dio la fuerza?»

Sensibilizado, Rafa comprendió que, decididamente, el día se había ido al carajo. Esa jornada emotiva lo arrastraba de una nostalgia a otra, y hacía con él lo que quería, como las olas del mar con una concha. Desde que llegó a España —reconoció—, se había vuelto un idiota sentimental.

* * *

Con la guitarra al hombro, vestido de jean y remera blanca, Rafael llegó a la estación Conde de Casal para bajar al metro, tomar la línea 6 y cantar en los vagones. Miró la hora y, mientras se dirigía al andén, oyó:

—Rafayel...

La «y» entreverada en su nombre sólo podía pronunciarla una persona... ¿Era?

Se dio vuelta para confirmarlo. Era.

—¡Rumen!

El búlgaro caminó apurado los pocos pasos que los separaban y se fundieron en un fuerte abrazo. Rafael lo miraba feliz, su amigo había regresado y ahora mostraba una blanca y pareja sonrisa de dientes perfectos y relucientes. Los huecos de piezas dentarias que le faltaban desde que lo conoció ya no existían. Tres frases de saludos, dos de saber cómo estaban, y luego, las palabras obligadas:

—¡Pero, Rumen, qué sonrisa! —dijo Rafael divertido. Imposible no hacer un comentario al respecto.

—Me los hice en mi país.

—¡Te quedan muy bien!

—Rumen ahora guapo, Rumen juvenito.

Se puso la mano en la cara haciéndose el interesante, como escritor que posa para la foto de la solapa de su libro.

—¿Juvenito? —preguntó Rafael.

—Sí, yo chico joven.

Rafael lanzó una carcajada y exclamó:

—¡Pues sos terrible, che! ¡Acabás de inventar una palabra!

Su amigo seguía hablando tan atrevido como siempre. ¡Pero cómo lo quería y qué feliz estaba de volver a verlo!

—¿Tomamos café? —preguntó Rumen.

—Sí, vamos, yo invito. ¿Mima está bien?

—Perfectamente, ya sabes... Mima mejor mujer del mundo. Sólo dice dos palabras: «sí» y «vale».

Los dos rieron. Evidentemente, ella no mejoraba su español y los viajes a Bulgaria le generaban un retroceso.

Rafa le contó de Alba, de su hijo Facundo y que estaba ganando lo suficiente para enviar periódicamente dinero; le explicó sobre su trabajo en La Bellota, sobre el encuentro con el matrimonio español y las fiestas del pueblo en las que participaría. Ante la inmensa felicidad que Rumen le demostraba por sus avances, Rafael pensaba que, para ser verdadero amigo, ni siquiera se necesitaba hablar a la perfección el mismo idioma, que bastaba con compartir tiempo, quererse, interesarse en las cosas del otro, acompañarse profundamente en trozos de vida. El español básico de Rumen no le impedía comprender las palabras de Rafael. Con suma atención, demostraba que todo lo que le había pasado en esos meses le interesaba. A la inversa, igual: lo que Rumen relataba en su español macarrónico, Rafa lo comprendía más allá de los ripios del idioma: que sus dos hijos trabajaban contentos en una panadería de Madrid, que habían aprendido el oficio, y que Mima y él seguían muy bien juntos. Y que lo había extrañado.

Acordaron juntarse para cenar humita argentina en la casa de Rafa. Después de la invitación, se despidieron con un abrazo y cada uno siguió el rumbo trazado para ganarse el pan del día.

Instalado en su sitio de Plaza Elíptica, el teclado de Rumen sonaba con la interpretación de «Con te partirò», de Andrea Bocelli.

Girando en los vagones, la guitarra de Rafa interpretaba «Anda», de Luis Eduardo Aute.

* * *

Rafael regresó a su casa bien entrada la noche, después de su largo día laboral. La jornada calurosa lo había agotado. En verano, Madrid podía llegar a ser desesperantemente asfixiante; venía aprendiendo esa verdad a golpes de calor.

Caminó las calles que separaban Portazgo de la puerta de su departamento cavilando cómo y qué le diría a Alba sobre lo sucedido durante la mañana. Se había pasado todo el camino de regreso meditando la forma y el contenido. Alba le había prometido que lo esperaría en Vallecas pero el resto del día ninguno se había comunicado; ni mensajes ni llamadas. ¿Realmente estaría en su casa?

Rafael saludó a Pepe a través del vidrio del bar y subió las escaleras; hoy no tenía deseos de conversar.

No había alcanzado a abrir por completo la puerta cuando el olor a comida casera inundó y zarandeó sus sentidos. «Chica mala, muy mala, chica inteligente», pensó Rafa contagiado por el habla de Rumen. Con ese aroma, Alba se había ganado el perdón de la mitad de sus pecados. ¿Quién quería ponerse a discutir si lo aguardaba ese rico plato? ¿Quién podía atreverse a recriminarle algo a quien acababa de prepararle especialmente una comida? Nadie. Por lo menos, no Rafael.

Desde el cuarto salía música proveniente del móvil de Alba. Sonaba «Pa' Madrid», de El Barrio.

Mientras se quitaba la guitarra del hombro, Rafa la vio aparecer sin ropa, con las bragas puestas y sin sostén y no pudo evitar sentir un cimbronazo de excitación ante la imagen.

Alba le soltó un despreocupado «Hola» con un beso en la mejilla e inmediatamente agregó:

—¡Qué calor, por Dios! Este aire acondicionado no alcanza, creo que deberías quejarte en la inmobiliaria.

Luego, dándose media vuelta, enfiló hacia la cocina. Rafa la vio de atrás: llevaba puesta una tanga negra y el pelo le caía largo sobre la espalda.

Él fue detrás de Alba, que revolvía la olla con la cuchara de madera. Ella se dio vuelta y lo besó en la boca. Enseguida apagó la cocina. Primero pasarían por el dormitorio, luego comerían. Chica mala, muy mala, chica inteligente. Ella acababa de obtener el perdón de la otra mitad de los pecados que le faltaba purgar. En su haber ya no le quedaba ninguna deuda por pagar. El ocultamiento de Alba sobre su identidad pasaba a segundo plano.

La vida continuaba, empujaba. Y los millones de actores contratados para ese 2014 hacían su papel donde les tocaba vivir. La rutina y la normalidad parecían atrapar a todos. Sólo algunos detalles perturbaban las mejores escenas de esta obra. Porque tendidos en la cama, iluminados sólo por la luz del velador, Rafael vio una nueva marca en el brazo de Alba. No eran muchas, sino una y no muy grande, reciente. Pero allí estaba, dejando un rastro de sangre en la funda blanca de la almohada. Parecía una lastimadura hecha en un minuto de locura al que luego le siguió otro de cordura y arrepentimiento. La inquietud quiso apoderarse de él, pero logró apartarla. Hablarían del tema después de comer. Alba estaba mejor. Sabía que llevaba una temporada sin consumir droga, que este era el primer corte en mucho tiempo. La guerra aún no estaba ganada por completo, aunque las últimas batallas las registraba como victorias.

La felicidad —gran verdad— nunca se ofrecía completa, siempre mostraba un borde deshilachado o roto. Sin embargo —lección que Rafa empezaba a asimilar en la tierra de su abuela María—, había que aprender a ser feliz con lo que la vida entregaba en su mano cada día. Comenzaba a abandonar ese perfeccionismo joven, casi adolescente, que había perseguido por años. Inauguraba una etapa en la que renunciaba a llevar adelante esa persecución ridícula en pos de una quimera, una imposible felicidad perfecta. Rendido ante lo evidente, comenzaba a gozar de una más tranquila, aunque pequeña e imperfecta. Pese a que por estos tiempos dentro de esa sencilla felicidad no se hallaba ninguno de sus seres más queridos como su hijo, su padre o su hermana, había otras personas a las que empezaba a querer, valorar y disfrutar. Y allí estaban, acompañándolo en este aprendizaje. Tenía paz en el corazón, y eso le bastaba. La recién nacida plenitud, sin dudas, no podría haberla desarrollado en su país, sino que venía desplegándose en su diaria vida madrileña.

Porque esta tierra, poco a poco, lo sanaba. En España —no entendía la razón—, había encontrado la serenidad que le era esquiva en Argentina.



DALIA

Dahlia pinnata

HISTORIA: La dalia es originaria de México. Francisco Hernández, médico del rey Felipe II, fue quien reportó en sus escritos el descubrimiento de dos bellas clases de flores desconocidas hasta ese momento para los europeos, pero frecuente entre los aztecas, que, en náhuatl, las llamaban «acocotli» y «acocoxóchitl». En 1789 se enviaron las semillas de esta flor a Madrid, y se la nombró «dahlia» en honor al botánico sueco Anders Dahl. Los españoles fueron quienes se encargaron de introducirlas y diseminarlas en Europa.

USO MEDICINAL: Se utiliza como remedio para la tos y los cólicos; también para regular los niveles de glucosa en sangre. Sus tubérculos evitan el crecimiento de agentes patógenos generadores de cáncer de colon.

SIGNIFICADO: Compromiso.

DICE LA LEYENDA... que una dalia puesta en la mesa donde se celebrará un contrato ayudará a que el compromiso asumido se cumpla a rajatabla.

CAPÍTULO 10

LAS DALIAS DE CONSUELO

Madrid, 1936

La flor de la dalia, tal como lo muestra la exuberancia de sus pétalos, significa gran compromiso, extrema elegancia y fidelidad en abundancia. Las de color rojo suman otro atributo: la pasión.

Consuelo Ríos, la joven estudiante que esa tarde tenía a su cargo adornar el Salón de Actos del Ateneo de Madrid, no conocía estas cualidades. Sin embargo, en cada rincón del ambiente podían respirarse las mismas tres virtudes de la flor elegida: compromiso con las creencias e ideas, fidelidad a una vida digna y la elegancia propia del arte.

Consuelo, que estudiaba medicina, conocía los usos de la dalia para mantener a raya la insulina en los enfermos diabéticos, pero los significados espirituales para alguien tan práctica como ella pasaban inadvertidos. No obstante, algo había guiado sus manos para cortar las dalias —y no otra flor— de su jardín. Las había elegido en tonos rojos y amarillos, como su querida bandera española.

La muchacha repartió tres floreros sobre la mesa rectangular ubicada sobre la tarima del principal auditorio donde estaban las sillas que ocuparían los disertantes.

En una punta de la sala, los franceses André Malraux, Henri Lenormand y Jean Cassou hablaban con Pedro Díaz Montero, joven promesa local en ascenso que acababa de entregarles fragmentos de sus textos para conocer sus opiniones.

Cuando Consuelo pidió silencio para dar inicio al acto, los cuatro hombres ocuparon sus asientos en la primera fila. La estudiante dio la bienvenida a los franceses y luego presentó al joven español que los precedería. Cerró su presentación justo en el momento en que una muchacha rubia ataviada con vestido azul y tacones altos entró al recinto y buscó ubicación con la vista. Las esperadas ponencias de Malraux y sus amigos casi no habían dejado butaca libre en el auditorio.

Pedro miró la entrada y allí la vio. ¡La secretaria de cabello claro de La Bellota! La joven madre soltera.

María, que había tenido que trabajar hasta último momento, salió con el tiempo justo y por poco llega tarde. Pedro le sonrió, jamás hubiera esperado encontrarla allí. Lucía perdida y nerviosa, evidentemente era su primera vez en el Ateneo. Levantó la mano para indicarle que había lugar a su lado. Ella dudó unos segundos. Pero luego de constatar que sólo había asientos libres en la primera fila, caminó hacia él y se sentó a su derecha.

—No esperaba verla aquí. Bienvenida —dijo Pedro en voz baja.

—Gracias —respondió María.

Mientras el afable anfitrión exponía sus ideas, María, que le prestaba suma atención, comprendía cabalmente el fondo del planteo. Al recibir el folleto que anunciaba la ponencia previó que versaría de un asunto complejo, quizás, inaccesible para su corta capacidad de interpretación, pero el discurso era claro y convincente sobre la necesidad de que el ser humano

se manifestara a través de todas las formas del arte. Sin libertad, remarcó el muchacho, esta facultad no podría desarrollarse. La exposición le recordó los pensamientos de su padre.

Pedro la miraba de soslayo. Tenía bonitas piernas. Y olía muy bien, a lavandas, igual que la vez que le había abonado el salario. No se había olvidado —¿cómo hacerlo?—, si ese era su aroma predilecto.

El muchacho concluyó su introducción y lo siguió el dramaturgo Henri-René Lenormand, que expuso sobre la conducta que debían adoptar los intelectuales en la lucha antifascista. Malraux, en su brillante conferencia, unía, en un encastrado invencible, reflexión y acción. Sostenía la idea de que, ante la convicción de estar en un pensamiento correcto, urgía la necesidad de actuar. Es decir, los intelectuales, los eruditos, los pensadores debían abandonar sus castillos de cristal para participar de manera activa en la acción revolucionaria. Allí radicaba la alianza de los intelectuales con el proletariado. Hablaba de la importancia de esta unión —ideas y acción— en el destino de la cultura. Este era el meollo del asunto que en España ponía nerviosos a muchos; se trataba de la justificación para que el intelectual participara activamente en la revolución, aun si era necesario haciendo uso de las armas. Su ponencia interpelaba e incomodaba a muchos españoles amantes de las buenas ideas, pero poco dados a arremangarse. El compromiso con la revolución los obligaba actuar y, por lo tanto, a abandonar la comodidad de la mera abstracción de simples palabras.

Pedro era un claro exponente del pensamiento de Malraux: un intelectual comprometido con el proletariado y sus necesidades. Las ideas del francés se tocaban con las de Pedro: quien ocupa o detenta un lugar privilegiado en la escala social —sea un intelectual o un acaudalado— concentra sobre sus espaldas una responsabilidad extra hacia el pueblo empobrecido. De sus mentes o de sus bolsillos debían salir las verdaderas soluciones para los problemas que atravesaba la sociedad española.

Al finalizar su ponencia, Malraux recibió una gran ovación. Pedro, mientras aplaudía, vio que María lagrimeaba. Emocionada por el tenor del discurso del francés, María sentía que comenzaba a ver la punta del iceberg, empezaba a entender el principio del gran todo de lo que sucedía en España. Movida por ese esclarecimiento, María —como varios asistentes— se acercó para felicitarlo. También Pedro le estrechó un abrazo a André Malraux, justo antes de que María se acercara y le expresara en un francés que rayaba la perfección:

—*Monsieur, je suis très heureux de son venus, nous avions parle de vous alors clairement que je pensé a changé ma pensée pour toujours.*(1)

Pedro, que estaba cerca, quedó impresionado tanto por oír cómo manejaba el idioma como por el tenor de la confesión. Ella, aún conmovida, conversó unas palabras con Malraux y luego se retiró. Pedro se le acercó y le dijo:

—María, he notado que disfrutó de la conferencia. ¿Quiere acompañarnos? Dos buenos amigos del Café Gijón, Pepito López y Nicolás García, esperan a nuestra pequeña comitiva franco-española...

Ante la invitación, María quedó estupefacta. Luego balbuceó:

—No, gracias...

—¿Por qué no?

—Yo no entiendo nada de esto...

—Pues no lo parece —dijo Pedro con una sonrisa. Él había escuchado los comentarios que María le hizo a Malraux y le pareció que había captado la esencia del mensaje mejor que muchos de los asistentes. Sin embargo, comprendía que pudiera sentirse extraña en medio de ese grupete que se conocía muy bien. Por eso añadió—: Además, de eso se trata, María, de explicar hasta que

todos lo entiendan. Si vienes con nosotros, será un honor —dijo empezando a tutearla.

—No creo...

—Ven, por favor —pidió. La voz de Pedro sonó a ruego. Algo dentro de él le pedía a gritos que María integrara la comitiva.

Ella lo observó y su boca respondió sin su permiso, inducida por un sentimiento similar al de Pedro:

—Está bien, iré.

Rumbo a Recoletos, junto con el grupo, María emprendía la más grande aventura que hubiera vivido hasta ese momento. Ante ella se abría un mundo nuevo, comenzaba a entender conceptos que antes hubieran sido ininteligibles o bien no sabía siquiera que existían. Durante los últimos meses su interior había madurado y ahora estaba lista para entender los problemas que acuciaban a este mundo tan injusto.

Cuando llegaron, Pepito López, después de saludarlos cariñosamente, les hizo preparar algunos bocadillos especiales, pinchos y tapas regados por un fresco verdejo de Rueda que bebieron en copas. Ella se sorprendía de sentirse tan a gusto con esa gente, hombres y mujeres entre los que existía una alegre y decidida camaradería, unidos por un lazo tremendamente importante. Oyendo los retazos de conversaciones, advirtió que los presentes planificaban cómo poner en práctica sus palabras, cumplir con el precepto de Malraux: intelectuales en acción. Por la vehemencia y el compromiso con los que expresaban sus ideales, María comprendió que serían capaces de ofrendar sus vidas por la causa.

Pedro y los franceses, que encontraban encantadora a esa bonita muchacha rubia que manejaba su idioma y se la veía sincera e inocente, intercambiaban palabras con María con el propósito de integrarla a la conversación. Pero ella escuchaba y observaba. Pedro, que se esforzaba para que estuviera cómoda, le prestaba atención cada vez que hablaba, como si sus palabras contuvieran suma relevancia. Halagada por la humilde actitud de Pedro, sereno y atento, María recordó que, desde su padre, nadie la había escuchado con tanto interés.

La seriedad parsimoniosa con la que abordaban asuntos relativos a los ideales sagrados cedía ante las risas estruendosas de jugosas anécdotas. María los oía y descubría un mundo nuevo, ese universo que, sin saberlo, había estado buscando a ciegas.

La cena avanzó entre buenos momentos e interesantes charlas. La hora, también. El momento de marcharse llegaba. La velada había sido maravillosa para todos. Para María, sobre todo, reveladora. A Pedro le daba pena que ella se fuera, sabía que la casualidad no volvería a colocarla en su camino como en esta oportunidad. Si quería verla, debía proponérselo. Además, notaba que ella necesitaría profundizar las ideas debatidas esa noche.

Pedro insistió en llevarla en su coche hasta la casa, pero ella se negó y debió conformarse con acompañarla para buscar un taxi, tarea infructuosa. En ese 1936, Madrid contaba con una flota de cuatro mil taxis... ¿y no había uno para ella? «Mejor», pensaban los dos mientras charlaban rogando que aún no apareciera ninguno.

—María, mañana daré una conferencia. Me gustaría que asistieras.

—¿A qué hora es?

—A las nueve de la noche, en la Casa del Pueblo.

Recordaba el lugar, habían pasado por allí con Azucena la tarde en que se cortó el pelo y visitaron a la modista de la calle de Pelayo.

—¿De qué se trata tu discurso?

—Abordo cuestiones relacionadas con las ideas que has oído hoy.

—Me apetece, claro.

—Pues, ven.

—Allí estaré —contestó sin dudar.

En ese mismo momento, Pedro detuvo el taxi que se presentó. Luego de ayudarlo a subir, le encargó al viejo chofer el cuidado de la señorita. Se saludaron con un beso y el coche se marchó bajo la mirada de Pedro.

Él no supo que María hizo lo mismo: observó su figura vestida de traje e impecable camisa blanca almidonada a través del cristal trasero hasta que desapareció de su vista.

* * *

A la mañana siguiente, María se levantó, regó los tallos de rosa que había plantado en la lata y que aún estaban entre la vida y la muerte y se puso a preparar el desayuno para ella y su hermano. La vida le sabía diferente; ella se sentía distinta. Algo había pasado en la noche anterior que había cambiado su percepción del mundo. No entendía bien qué, pero los sucesos de la noche habían transformado su realidad. Manolito se despertó.

—¿Cómo te fue anoche, Mayi?

—Bien.

—¿A la tarde podemos ir al jardín de Las Vistillas?

—Sí, iremos cuando regrese de la jamonera —respondió segura, pues su hermano nunca le pedía nada. Y añadió—: Y el domingo, si te apetece, visitaremos el Parque del Retiro. Para eso, hoy te acostarás temprano porque tengo que salir.

—¡Otra vez! ¿Puedo ir contigo?

—No puedes ir. A donde voy, no van niños.

—Entonces es aburrido.

—Pues, claro. Por eso te quedarás durmiendo.

—Dormir es más aburrido.

María lo miró divertida. Él insistió:

—¿Y si tengo miedo cuando te vayas?

—No lo tendrás —aseveró. El niño no era dado al temor. Y ella quería escuchar a Pedro Díaz Montero. Salvo que sucediera algo grave con su hermano, nada la detendría.

—María... ¿sabes qué es lo que más me gusta de este mundo?

—Comer chocolate —respondió sin pensar mientras le servía la leche. Conocía muy bien la debilidad de Manolito por las barritas que ella le compraba en la bombonería.

—No.

—Jugar a la pelota con tus amigos en la calle.

—Me agrada mucho, sí, pero no es lo que más me gusta.

—Que vayamos al Retiro... No sé, me doy por vencida.

—Lo que más me gusta en este mundo es estar contigo... ¡Eres mi hermana favorita!

María sonrió. Lo observó durante unos instantes y los ojos se le llenaron de lágrimas. Lo abrazó fuerte.

—A mí, también: lo que más me gusta es estar contigo.

En verdad, amaba a su hermano con toda el alma. No permitiría que nunca nada jamás los separara.

* * *

En una hora María ya estaba en La Bellota y, tras entregarle las primeras notas de pedido a Marcos, se preparaba para contarle sobre el extraordinario suceso de la noche. Pero su jefe, que acababa de leer el periódico y estaba indignado con las noticias, cada vez que ella intentaba hablarle, la interrumpía para relatarle los últimos acontecimientos relacionados con la huelga de la construcción.

—¿Puedes creer que continúan sin trabajar? —le preguntó en forma retórica, y le explicó que la huelga de los obreros proseguía. Cada día en las obras chocaban grupos de las dos tendencias y durante la noche escuchaban tiros y petardos en las sedes de varios sindicatos. El periódico acusaba a los falangistas que, hartos de la situación, habían tiroteado las paredes de las entidades.

Marcos omitió explicar que dos de sus amigos estaban implicados en el hecho que narraba el diario. Desde un auto, muy divertidos, los señoritos habían practicado tiro al blanco contra los malditos sindicatos.

—¡No entienden que sin construcción no hay país! ¡Vagos! Si no se los corrige, la economía de España se derrumbará para siempre y ahí sí que todos llorarán.

Marcos hizo un silencio largo y María volvió a la carga con sus intentos de contar lo que quería y que esa mañana le llenaba el alma.

—Marcos, ayer... —alcanzó a decir esta vez y fue interrumpida nuevamente.

—Pero ya se acabará. A esos zánganos perezosos les queda poco tiempo de huelga —remató.

Al oírlo, después de tres intentos fallidos, ella desistió. Tal vez fuera lo mejor. De sus opiniones, podía deducir que a Marcos no le agradaría saber que había estado en el Ateneo y que planeaba asistir a la conferencia por más que su hermano fuera el orador. Pensó en Pedro y en su forma de hablar, y se alegró. Los encontró tan diferentes. Marcos nunca hablaba de Pedro; más bien lo ignoraba.

* * *

A pocas calles de allí, Encarnación en su casa también pensaba en Pedro. Con una sonrisa, recordó las últimas visitas de su hijo. Desde que se había mudado, rara vez coincidía con Marcos, motivo suficiente para entender que, cuando se veían, los hermanos optaban por brindarse un trato cordial. Tenía la impresión de que la distancia había sosegado las discusiones.

Anita y ella eran las únicas que conocían el departamento de Pedro, y sólo de pasada. A don Federico le costaba moverse, y el día que Marcos las llevó para conocerlo, optó por permanecer en el automóvil. Encarnación esperaba que en algún momento los hermanos volvieran a acercarse, que limaran las asperezas, que profundizaran la relación que habían dejado trunca. Rezaba por la unión fraterna.

—Señora, ya tengo listo el veneno —le avisó Cuca, que acababa de elaborar el brebaje de ajo y tabaco.

La mujer, fiel compañera en la lucha contra la peste de las rosas, se alistaba para la batalla diaria.

—Pues, entonces, vayamos al patio —respondió Encarnación.

Una vez afuera, disfrutaron de la vista primaveral y colorida. «Por suerte, el resto de las plantas del jardín se hallan bien, floridas, briosas», pensó Encarnación. Concentrada en los rosales, que estaban cada vez peor, no se percató de que estos, en una punta, habían contagiado a las margaritas.

—Señora, mire... —dijo Cuca extendiendo su mano.

Encarnación, sorprendida, descubrió que en medio de las lavandas de Pedro había nacido la misma flor blanca y hermosa que días atrás había aparecido en el cantero de las aromáticas de Marcos. Sus ojos buscaron entre el eneldo, el perejil y la albahaca de la parcela de Marcos para comprobar la idéntica belleza de ambas flores, pero allí ya no la encontró. No había rastros del hermoso y extraño nardo en ese cantero. ¿Se habría secado? ¿Cómo era posible que la planta desapareciera de uno o la encontrara mudada en otro?

—Rarísimo —dijo Encarnación hablando en voz alta para sí misma.

—Sí... ¡pero qué bella es esa flor! —exclamó Cuca.

Encarnación se acercó al nardo y aspiró. Era muy perfumado. Lo tocó y, al palparlo, algo en su interior —no supo qué— la preocupó. No era normal que una flor naciera así de la nada en el cantero de Marcos y que luego apareciera en el de Pedro. Se persignó.

Desde la puerta oyó a Aída, su joven empleada, que gritaba:

—¡Señora, venga! —imploró—. ¡Don Federico se ha caído y no puede levantarse! Creo que se ha puesto malo.

Encarnación volvió a persignarse mientras corría hacia la casa.

A su lado, Cuca, que hacía lo mismo, gritaba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

En cada paso que daba, a Encarnación las ideas le bombardeaban la mente. Tantos años de bonanza y felicidad, tantos años de jardines repletos de rosas y flores, y ahora una pieza se había desencajado y no lograban acomodarla. Como si su familia, España y su jardín estuvieran ligados porque las plantas se secaban, sus hijos se peleaban y su marido iba de mal en peor. ¿Acaso habían malgastado los tiempos felices y no se habían preparado para enfrentar épocas malas? Podía aplicar este pensamiento tanto a su familia como a su país. Porque así como ella jamás se había detenido a pensar que los momentos gozosos en su familia se acabarían y no les había enseñado a sus hijos a ser unidos, más allá de sus ideales, en su país ocurría algo similar. Después de tantos años de abundancia sin compartir, ahora los españoles se hallaban divididos entre los que tenían y los que no, entre los que abrigaban ideas socialistas y los que cerraban filas para proteger sus posesiones. No había manera de conciliarlos. Meditó en la frase «Hay una verdad que, aunque se quiera ignorar, siempre existirá: los designios de una patria, quíerose o no, graban a fuego las vidas personales». No pudo dejar de relacionar la peste que invadía su jardín y no podía controlar con las extrañas apariciones de especies desconocidas que ella no había sembrado. Entonces, con más fuerza que nunca, reafirmó lo que siempre había creído: su familia, el país y su jardín estaban más unidos de lo que parecía a simple vista. Todo lo vivo se comunicaba de maneras extrañas y extremas.

* * *

María esa noche dejó lista la cena que en un rato le daría a su hermano y se fue a la casa de doña Isabel. La mujer, que ocupaba varios cuartos de la planta baja de la propiedad, disponía de uno para tejer, reunirse con vecinas y distenderse. Allí tenía la radio que solía escuchar con las inquilinas ávidas de noticias. María había participado de la tertulia radial y había entablado una estupenda relación con las mujeres, motivo que la animó para pedirle a Isabel que le controlara a Manolito durante las horas en que ella se ausentaría. Cuando María llegó, la casera se hallaba sentada frente al aparato junto a dos inquilinas: doña Juana, señora mayor que vivía allí con su marido, y Charito, una joven madre soltera de un niño que solía jugar con Manolito. Estaban listas

para oír el parte de Unión Radio, la emisora elegida por la anfitriona.

—Muchacha, ¿vienes a escuchar? —le preguntó la casera.

—Hoy no puedo —se excusó María.

—Mira que hoy dirán algo de los caramelos envenenados —expresó Charito, que vivía en la casa azul desde hacía varios años.

—No se puede creer a dónde han llegado con eso —dijo María.

La historia de que cuatro mujeres de alta posición social habían repartido caramelos envenenados entre los niños de las barriadas populares había calado hondo en la ciudad luego de conocerse que los pequeños habían corrido serio riesgo de muerte tras ingerirlos. Por más que ciertos sectores negaban el hecho, otros lo ratificaban y, con juramento de venganza, se lo endilgaban a las mujeres de la Acción Católica, que, según ellos, preocupadas por aniquilar la simiente marxista, habían actuado de esa forma.

El asunto dividió a los vecinos en dos grupos: caramelistas, que daban por cierto los sucesos, y anticaramelistas, que los negaban. Los proletarios militantes de los barrios populares de Tetuán, La Ventilla y Cuatro Caminos, ante la historia de los caramelos reaccionaron violentamente contra párrocos y edificios religiosos creando disturbios, saqueos y linchamientos.

—Pues si es verdad que esas mujeres soplavelas los han repartido... ¡Entonces bien merecido lo tienen! ¡Que el fuego arrecie las iglesias! ¡Yo soy caramelista! —declaró doña Juana que, como su marido, apoyaba las ideas socialistas.

—¡Y yo soy anticaramelista! Porque creo que los caramelos los dieron los mismos comunistas para echar las culpas a los católicos —sentenció Charito persignándose.

—¡Pues yo soy de la madre que los parió! —gritó doña Isabel. Y añadió—: ¿A dónde iremos a parar si no la acabamos con esto?

La casera era la más cuerda a la hora de poner orden en las manifestaciones políticas que ventilaban sus inquilinos. Asimismo, la pequeña rencilla despertó una reflexión en María. A pesar de que la ciudad se dividía en dos bandos que se odiaban, dentro de la casa azul, si bien las diferencias se repetían, primaba la unión. En la convivencia se necesitaban las unas a las otras. Y a excepción de doña Juana y otro matrimonio, las demás mujeres que ocupaban los cuartos de alquiler estaban solas y requerían de una mano amiga que las socorriera ante eventuales contratiempos.

—Bueno, niña, ya es la hora. ¿Te quedas o no? —preguntó doña Isabel poniéndose de pie mientras movía el dial buscando sintonizar Unión Radio Madrid.

—No, ya me marchó. Sólo vine a preguntarle si más tarde puede pasar por mi cuarto para comprobar si Manolito se encuentra bien. Hoy debo salir.

—Hum... ¿No estarás noviando, verdad?

—No, no. Voy a un mitin político.

—¿Son caramelistas? —interrogó Charito.

—¡Calla, mujer, de una vez! Y tú, María, ten cuidado que aún eres muy niña. Allá afuera cada vez hay más violencia —sentenció doña Isabel mientras se sentaba y la voz emergía de la radio. Al fin había logrado la sintonía.

—Sí, lo tendré —dijo María.

Luego las saludó, pero ellas sólo respondieron por señas. El trío de mujeres ya estaba atrapado en el dial. La voz del locutor daba inicio al diario hablado de las ocho.

María se marchó, tenía que apurarse, el discurso de Pedro empezaba en una hora. Pensó en él, y sintió mariposas en la panza.

Un rato después, mientras le daba de cenar a Manolito, sentía que la tironeaban dos

sentimientos: por un lado, el cargo de conciencia de dejar solo a su hermano, y, por otro, la emoción y las ganas de ver y oír el discurso de Pedro Díaz Montero. Su calidad de hermana, cuasimadre, y la de joven deseosa de vivir su vida se mezclaban provocándole una lucha interior.

Pero una vez que el niño comió y se tiró en el suelo para jugar con sus canicas, ganaron las ansias propias de su joven edad y, tomando el abrigo junto con su cartera, le dijo:

—Juegas un rato más, Manuel, y luego te vas a la cama.

Esa tarde lo había llevado de paseo a Las Vistillas, tal como le había implorado, y eso haría que se durmiera temprano.

—Me acostaré, pero te esperaré despierto.

—No aguantarás, será demasiado tarde.

—Que no...

—Como quieras, pero ya sabes... cualquier problema, avísale a doña Isabel. Ella estará atenta —dijo mientras se agachaba para besarle la cabeza.

Tenía un largo trecho por recorrer y en minutos partió hacia la Casa del Pueblo.

* * *

Cuando María ingresó al salón se sintió cómoda. El lugar le agradó, estaba bien iluminado y limpio, había muchos jóvenes y todos parecían bulliciosos y felices. En la pared colgaba una gran bandera roja. A pocos metros de ella, pudo distinguir a Pedro Díaz Montero, que charlaba con un grupo.

Con camaradería y hospitalidad, varias personas le dieron la bienvenida a María. Luego de elegir su ubicación entre las sillas dispuestas para los concurrentes, Pedro se acercó y la saludó.

—Me alegra que hayas venido.

Ella sonrió.

—Cuando terminemos aquí me gustaría invitarte a comer —propuso Pedro. Desde el día anterior, cuando la vio alejarse en el taxi, sabía que le haría esa invitación.

—Ya veremos si no es muy tarde —respondió María pensando en su responsabilidad.

—Cierto que tienes un niño.

—Sí, un hermano de siete años —aclaró porque le pareció que Pedro lo mencionó como si se tratara de su hijo.

—¡Ah, pensé que era más pequeño y... olvídale! ¿Lo tienes a tu cargo?

—Sí, Manolito es mi única familia desde que mis padres murieron.

Boquiabierto, Pedro juzgó que semejante historia merecía especial atención, pero la hora avanzaba. Observó a su alrededor; estaba listo para empezar. Sólo faltaba él. El relato de María debería esperar.

—Ya me contarás. Ahora, discúlpame. Debo comenzar.

María asintió y se sentó. Una mujer con pequeño pañuelo rojo al cuello pasó al frente y presentó a Pedro, que comenzó su discurso hablando de la necesidad natural del hombre por los demás seres humanos que lo rodean para alcanzar en este mundo la verdadera felicidad. Era claro y preciso: las personas se necesitan unas a otras para ser felices. Los oyentes no podían estar más de acuerdo con sus postulados. Luego de unos minutos, viendo que había atrapado a la concurrencia y tenía a la gente de su lado, introdujo el concepto de «República» para explicar que, como institución, estaba cargada de virtudes porque los hombres que la componen persiguen el bien común. Y los oyentes, en un juego de asociación, concluyeron que, para ser felices,

necesitaban a la República. Pedro, gran orador y ferviente creyente de su prédica, daba la vida por sus ideales. Y esa entrega pasional se notaba en cada frase de su parlamento.

María, sumergida en el mar de vocablos, se sentía nadar en el discurso de Pedro. Daba brazadas entre las palabras y sólo aceptaba salir de ellas lo justo para lograr esa mínima bocanada de aire indispensable para seguir viva. Porque María casi no respiraba por oírlo, quería ahogarse en sus explicaciones, deseaba quedarse allí, oyéndolo por siempre.

Pedro le gustaba como hombre, pero había algo más: lo admiraba, le atraían sus ideas. Porque a través de lo que él decía, se encontraba con todo lo que alguna vez su padre había intentado explicarle; esos argumentos que ella no había acabado de comprender, ahora, al fin, adquirirían sentido. Años atrás, no había entendido pero hoy, a través de las palabras de Pedro, sí. El concepto de «República» era un pretexto para la verdadera plataforma: el hombre y sus derechos, el hombre y su libertad, el hombre viviendo en plenitud.

Estas ideas claras le ayudaban a tomar cabal sentido de la realidad en España, le permitían observarla tal cual era y entender qué misión tenía ella en ese mundo.

Pedro continuaba... El hombre. El bien común. La República. Cada persona merecía respeto. El ser humano tenía derechos. Todos debían luchar por ejercerlos con libertad, defenderlos, nadie debía quedar excluido.

María oía el discurso y se llenaba de sentimientos que jamás antes habían subido a su corazón. Los descubría esa noche. Fogonazos de valentía, audacia y nobleza se enseñoreaban de su alma. Pensamientos colosales y al mismo tiempo sublimes la hacían sentir libre e invencible. Ella tenía algo que hacer en esta vida. Ella debía luchar. Su país, su pueblo la necesitaban, también los seres humanos. Estaba maravillada de entenderlo. De repente, soñaba con realizar grandes cosas. A su espíritu venían metas tremendas, casi desmesuradas. Podía identificar la bella experiencia que estaba viviendo con un cielo de miles de soles espléndidos que la iluminaban.

Pedro terminó el discurso y todos gritaban una y otra vez «¡Viva la libertad!».

María también alzó su voz. Lo hizo desde el fondo de su alma y cuando las palabras salieron de su boca se sintió viva por primera vez en su vida. Ya no tenía miedo a quedarse sin trabajo, ni de responder que no a un pedido o una exigencia de Marcos. El puesto que ejercía, si bien él se lo había dado, no era ni una concesión ni un favor. Los seres humanos tenían derecho al trabajo digno. María también se liberaba del temor a volver con Aquiles. No sería necesario; ella era fuerte. Ya no habría opresiones; ella no estaba sola. Todas esas personas que la rodeaban —y más, muchas más, en el barrio, en Madrid y más allá también— la defenderían porque pensaban igual. Se sentía una mujer actual. Llevaba el corazón desbordado.

Tenía que agradecerles a los franceses y sobre todo a Pedro el haber conocido algo tan maravilloso como la libertad. Porque, si no fuera por sus ideas, ella hubiera muerto sin saber algo tan decisivo como era creer en un mundo mejor, y en la posibilidad de lograr juntos una España más justa, más sana.

Cuán triste habría sido su existencia si no hubiera descubierto esos ideales; cuán pobres sus sueños sin esa libertad y esa clase de respeto por el ser humano, pensó María, y se secó dos lágrimas.

Cuando Pedro terminó, bajó del tablado y, sorteando saludos, fue directamente hacia donde estaba sentada María. Ella se puso de pie. Durante su ponencia, desde arriba, la había observado con atención, vislumbrando cada gesto y descubriendo ese brillo en los ojos que le hablaban de lo acontecido en su interior. La semilla acababa de ser sembrada. Él estaba seguro; lo sabía porque conocía muy bien el sentimiento, lo percibía a diario y era el motor que lo había empujado estos años a vivir como vivía.

Frente a María, ambos de pie, él le dijo:

—Vamos, niña. Hoy tenemos que comer juntos. No nos demoraremos, así tu hermanito no se preocupa.

María asintió. Le gustaba todo lo que encerraba esa frase. Su sonrisa le hacía sentir que todo estaría bien. Le respondió:

—Sí.

Parecía inevitable marcharse juntos de allí esa noche. Ambos estaban borrachos del mismo licor. Tenían idénticos síntomas. Se entendían con sólo mirarse. Las ideas ligadas a la República y al respeto por el hombre los envolvían de forma sobrenatural.

Caminaron hasta llegar a Casa Alberto, en la empinada calle de las Huertas, el lugar que Pedro había elegido para compartir una comida. Allí se sentaron y empezaron a conversar de lo sucedido momentos antes. María le contó lo que había significado su discurso: el corolario de un proceso de búsqueda que había iniciado poco tiempo atrás con la lectura de periódicos, pasando a las ideas de los franceses.

—Y hoy, tus palabras... tan claras, tan reales.

Él sonreía contento.

Esa noche, más relajada que la anterior, luego de intercambiar detalles sobre el discurso, hablaron de sus vidas, de asuntos cotidianos, de cómo don Federico, el padre de Pedro, se había quebrado una pierna, de cómo la casera de María le ayudaba con Manolito... Conversaban de sus sueños, de sus gustos, de cómo imaginaban el futuro. Entonces, al tenerse enfrente, mirándose a los ojos mientras se relataban retazos de vida, el mundo que los rodeaba desapareció. Sentados en las sillas de madera con almohadones de tela floreada ellos ignoraban la comida. Casi no probaban bocado ni bebían mucho. Estaban ebrios de palabras y frases.

Esa noche María le relató algunas de las experiencias y las penurias padecidas en los últimos años. Pedro la oía, se solidarizaba, le dolía imaginar a una mujer tan joven lidiar con tantas tristezas y desventuras. ¡Dos personitas durmiendo una noche en la calle! Le parecía inhumano, su corazón sensible se torturaba. Y eso que María no le contó los detalles de lo sucedido con Aquiles Tormo; sus besos, sus insinuaciones, sus avances constituían pormenores vergonzosos, que prefirió guardar. Sólo le relató que el hombre le había propuesto casamiento o noviazgo, y nada más, pero fue suficiente para impresionar a Pedro. No hacía falta hablar de las afrentas que había sufrido. Nunca le había contado a nadie, y todavía no se sentía preparada para hacerlo.

No necesitaba explayarse en los detalles morbosos, con lo que había dicho ya se sentía aliviada. Hablar significaba, también, liberarse. La transformación que experimentaba en su interior le quitaba temor. Y eso era suficiente para vivir mejor.

—Así fue como Manolito y yo nos mudamos al cuarto donde vivimos. La propuesta de tu hermano Marcos llegó en el momento justo porque me encontré con una vía de escape. Él fue muy bueno... —reconoció y, al decirlo, sintió un pequeño cargo de conciencia. ¿Qué pensaría su jefe si supiera que estaba allí con Pedro? Con Marcos habían tenido dos besos y unas pocas calles recorridas de la mano. ¿Era importante? Le pareció que no y no le prestó atención. Él no era nada de ella, ni cortejador, ni pretendiente. María le había aclarado que necesitaba tiempo; además, se había propuesto dejar de temer las opiniones de su jefe. Viviría su vida como quería y no ya a través de los ojos de Marcos por más que hubiera sido su benefactor. Optimista, terminó la frase —: Con el trabajo de La Bellota mantengo a Manolito.

—Qué valiente eres, María, qué valiente. No sé qué habría sido de mí si me hubiera tocado vivir algo así.

—Pues lo habrías enfrentado como has hecho con lo que te ha tocado, por ejemplo, marcharte

de tu casa por las razones que crees correctas. ¿Sabes...? Así, como tú, también pensaba mi padre.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—Ay, lo hubieras querido. Era bueno y soñador, creía en el ser humano —dijo María y se quedó mirando al vacío. Trataba de encontrar las palabras para describirlo pero no le bastaban. Un tanto descorazonada, agregó—: Ya te mostraré una foto de él... cuando las recupere. Porque luego de escapar, no me atreví a volver a la taberna.

—¡Ay, María!

—Allí dejé las fotos y demás recuerdos que me quedaban de mis padres. Pero descuida, pronto iré. Antes me sentía una niña con miedo; ahora, no.

—¡Pues vamos ya mismo! ¡Estamos a unas pocas calles!

—¡Estás loco! Es de noche.

—Qué importa.

—No.

—Entonces, vamos mañana. Yo me ofrezco a acompañarte.

María lo miró, era un buen hombre. Se acordaba de la noche anterior, cuando le pidió al chofer del taxi que la cuidara. Su propuesta de acompañarla a Los Santos formaba parte de la protección que le brindaba. Pensó en sus recuerdos y en cuánto deseaba recuperarlos, y se sintió tentada. Esperó unos segundos y dijo:

—Creo que aceptaré que me acompañes. Pero...

Pedro imaginó que María se negaría porque al día siguiente —domingo— ella desearía estar con Manolito. Para asegurarse de que irían, se anticipó:

—El lunes, después de que salgas de la jamonera, nos encontraremos e iremos juntos.

Siguieron charlando y él le contó lo que soñaba para España y algunos detalles más de su vida, que a María le parecieron extraordinarios: había publicado un libro y estaba escribiendo otro, trabajaba para un periódico, tenía amigos por todo el mundo con los que cultivaba una estrecha relación epistolar. Era gente que pensaba como él y apoyaba a la República. Pedro era austero, odiaba los lujos y el dinero, creía que la opulencia dividía a los seres humanos. No era un ser humano común.

Un rato después, pensando en la hora y en Manolito, Pedro pagó y salieron a la calle, y, sin darse cuenta, mientras continuaban conversando, caminaron sin rumbo fijo. La charla entre ellos no tenía fin. Parecía que habiéndose buscado toda la vida al fin se habían encontrado y necesitaban ponerse al día de todo lo que les había sucedido en el tiempo que no habían estado juntos.

Avanzaron paso tras paso, dando un interminable rodeo para evitar despedirse hasta que, al desembocar en el corazón de Morería, enfilaron hacia la casa azul. Avanzada la medianoche, llegaron a la casa de doña Isabel.

—Aquí es donde vivo.

Pedro miró el lugar, era tal cual lo había imaginado de acuerdo a los detalles que ella le había contado durante la cena. Volvió la mirada hacia el rostro de María. Lo encontraba extremadamente dulce y atractivo; y sus ojos celestes, tan transparentes como ella.

—María, me ha gustado conocerte.

—Para mí estos dos días han sido maravillosos, llenos de descubrimientos.

Se miraron largamente. La noche madrileña y su ruidoso silencio los envolvía. La ciudad, en ese 1936, era una mezcla perfecta de aldea y gran metrópoli: se oían grillos de cerca, y motores de autos a lo lejos. Algunas voces salían de las pocas ventanas que quedaban con luz. Un halo de

niebla casi sobrenatural los envolvió.

—Hay neblina —dijo ella.

—Sí, y te está abrazando como quisiera hacerlo yo y no me atrevo. ¿Me permites? —dijo Pedro haciendo un gesto envolvente con sus brazos pero sin tocarla; los dejó suspendidos en el aire aguardando una respuesta.

Ella asintió con un pestañeo y él la estrechó con un abrazo firme y tierno que fue un pacto. Porque sus cuerpos cercanos parecieron prometerse que se darían muchos más en lo que les quedaba de vida. Sus siluetas realizaban una alianza tácita, invencible.

Pedro aflojó sus brazos sólo un poco, lo justo para poder mirarla pidiéndole permiso para besarla. Los ojos claros se lo concedieron. Pedro unió sus labios a los de ella. Dulzura, pasión, ternura y, otra vez, pacto.

María, aunque antes besada por Aquiles y Marcos, esa noche conocía lo que era un beso por primera vez. Lo que había tenido hasta ese momento era una burda copia. Puso el alma en los labios, su corazón así se lo pedía sin mediar razones. Rarezas del amor, que estalla donde él quiere, y, muchas veces, donde menos se lo espera.

Se besaron al abrigo de la oscuridad del porche de la casa azul, antiguo solar donde se había erigido la malograda posada del Dragón.

Se despidieron con tres frases y sin ganas. La hora lo exigía. Ella había regresado mucho más tarde de lo que se había propuesto.

—El lunes te espero a las seis y media en... —estudió un lugar equidistante— la plaza de la Santa Cruz y de allí iremos a ese antro para buscar tus fotos.

—Allí estaré —prometió ella.

Con pesar, dándose media vuelta, entró a la casa. Subió las escaleras hasta su cuarto y, una vez dentro, constató que Manolito dormía. En la oscuridad fue hasta la ventana y miró la calle. En la esquina, aún estaba Pedro y la saludaba con la mano. Ella hizo lo mismo. Estaba segura de que a pesar de la falta de luz él la había divisado en la penumbra.

Dio tres pasos y, a punto de caer rendida en la cama pensando en cuánto tendría para contarle a Azucena cuando la viera, oyó que su hermano se movía.

—Mayi, ¿a quién saludabas?

—¡Niño! ¿Qué haces despierto? Saludé a... —iba a decir «un amigo», pero no pudo—. Saludé a Pedro.

Decir el nombre le gustó. Entonces se dio cuenta. Él nunca sería un simple amigo. Había realidades imposibles de contradecir. Él jamás tendría ese papel en su vida. Porque con Pedro tenía una conexión especial. Ella nunca podría sentirlo lejano, así como nunca podría amar a Marcos. Estaba segura. La relación con su jefe había muerto antes de nacer. El último aliento había expirado esa noche. A Pedro, sí, ¡podría amarlo! Es más: creía que ya lo amaba tal como si hubiera esperado por él toda su corta vida. A Marcos, no, jamás de los jamases. Para muestra bastaba lo que acababa de vivir esa noche con Pedro Díaz Montero.

Pedro, antes de dejar atrás Morería, pasó por el Mesón del Segoviano para beber una copa. Quería pensar con tranquilidad lo que acababa de vivir. Le agradaba ese lugar, ya había estado allí cuando, apenas iniciado en la escritura, había conversado con Azorín el día que conoció a Antonio Machado y a una tropa de artistas que se alojaban en las posadas de la calle de la Cava. De pie, frente a la barra del bar, con el vaso en la mano, se dio cuenta de que por primera vez no se sentía solo, ni siquiera se había acordado de esa abrumadora sensación de soledad que lo perseguía a donde fuera. Percibía un estado parecido a la felicidad. Se sorprendió al revivir ese sentimiento olvidado que no disfrutaba casi desde su niñez.

* * *

A las seis en punto, María salió de la jamonera. Caminó apurada hasta la plaza de la Santa Cruz. Había pasado todo el domingo y gran parte de su día laboral pensando en este momento. Encontrarse con Pedro le daba una felicidad que se opacaba ante su regreso a Los Santos. Pero bien sabía que, si quería recuperar sus recuerdos, debía enfrentarse a Aquiles. Por suerte, Pedro estaría a su lado. Pensó en la cara de Aquiles y el miedo y el asco se le instalaron en la boca del estómago. La alteración provocó que sus pies aminoraran la marcha. Su cuerpo no quería volver a ese lugar; su razón, sí. Su interior llevaba adelante esta lucha cuando divisó la alta figura de Pedro y todos los temores se le disiparon. Vestido de traje beige y camisa blanca almidonada, bien acicalado, la esperaba con una sonrisa tranquilizadora.

—Vine temprano para que no te pusieras nerviosa y corriéramos el riesgo de que te retractaras.

María sonrió angustiada; Pedro había adivinado sus pensamientos.

—Vamos —dijo decidida.

Caminaron uno al lado del otro conversando unas pocas palabras sobre Manolito y otras sobre Aquiles y sus parroquianos. Precavido, Pedro intentaba imaginarse con qué se encontrarían cuando pisaran la taberna.

Al ver el letrero de Los Santos, el corazón de María dio un brinco. Se paró en seco. Pedro percibió el estupor que la embargaba y le dijo:

—Vinimos por lo que es tuyo...

Ella asintió y se fortaleció.

Ambos prosiguieron.

* * *

Esa tarde, Aquiles Tormo charlaba tranquilo con Ángel Pérez en un rincón de la barra mientras bebían una caña. Podía darse el lujo de hacerlo porque el día se había presentado tranquilo desde temprano y Ramón, el nuevo y joven ayudante, cumplía sus tareas con bastante eficiencia. Si bien el chico no era una lumbrera, al menos sabía servir cerveza del grifo. Aquiles nunca se permitiría dilapidar el dinero con un inútil o un inexperto al que hubiera que enseñarle lo básico. El chico venía con experiencia, había trabajado en la antigua cervecería Santa Bárbara, pero ni de cerca tenía la gracia de María. Debía andar detrás, explicarle cómo quería las cosas, señalarle detalles... Y eso le consumía la paciencia, como en este momento.

—¡Ramón, corre la cortina de la ventana! Está entrando el sol y molesta a los clientes —le pidió Aquiles al notar que la pareja sentada en la punta hacía malabares para evitar que no le diera en la cara.

—Enseguida, don Aquiles, recojo lo que hay en las mesas y voy —respondió tranquilo el muchacho mientras levantaba las tazas y los vasos que habían dejado los ocupantes de dos mesas que acababan de marcharse.

—¡Hostia! ¡No entiende que le estoy pidiendo que lo haga ahora mismo! ¿Acaso no ve que la pareja de la esquina ya no sabe cómo acomodarse por culpa del sol? —se quejó Aquiles con su amigo Ángel.

—Hay cosas que sólo las ve el dueño —le respondió sabiamente el impresor.

Aquiles se puso de pie dispuesto a correr él mismo las cortinas y a darle una reprimenda al joven Ramón.

Resuelto a solucionar el percance, se dirigió hacia la ventana. Pero antes de abandonar su cómoda ubicación junto a la barra, próxima a la puerta, vio la figura de un fantasma. Dos. La muchacha que acababa de ingresar a su local se parecía a María y el hombre que la acompañaba, a Marcos Díaz Montero. No podía ser María; tampoco el jamonero. La mujer era más alta y mayor; el hombre, esbelto y con menos kilos. ¡Coño! ¿Eran o no? No podía estar seguro.

La muchacha caminó hacia él. Vestía traje rosa con falda, muy apretada.

—Buenas tardes, don Aquiles —saludó. La voz de María reverberó en las paredes que tantas veces la habían oído.

«Es», pensó Aquiles impresionado.

—Niña... —dijo en una mezcla de alegría, de amor, pero también de rencor. Llevaban varios meses sin verse; él llevaba muy bien la cuenta. La partida de María, un hito en su vida, había marcado un antes y un después. Aquiles controló sus emociones y utilizó un tono normal—: ¡Niña, tanto tiempo! ¿Qué tal vas?

—Bien... —dijo carraspeando nerviosa.

—Me alegro —repuso. La voz de Aquiles sonó falsa y distante.

—Vine por la bolsa que dejé olvidada el día que me marché —explicó María. Pero en su cabeza formó la frase: «La bolsa que dejé aquel día en que quiso forzarme a tener sexo y debí escapar con un solo zapato en los pies».

Aguardó la respuesta de Tormo. No quería hablar de más; sus palabras eran las justas y necesarias; su mirada, de hielo. Si no mantenía distancia, podría quebrarse y llorar amargamente. Las manos temblorosas le sudaban.

Aquiles, sin reponerse aún de su asombro, supo que se encontraba frente a otra persona. El pelo corto y dorado pegado al rostro, los labios maquillados, esa falda provocativa adherida al cuerpo... le confirmaban que aquella chiquilla que atendía su taberna se había transformado en una mujer. Su corazón de hombre despechado buscaba pretextos en la nueva imagen de María para dejarla mal parada ante su mirada.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Aquiles intentando dilucidar si el caballero que la acompañaba era o no su antiguo cliente.

María se dio cuenta de lo que sucedía.

—Le presento a Pedro Díaz Montero, don Aquiles.

Pedro extendió su mano y Tormo, que al fin entendió que se trataba de un hermano del hombre que conocía, le estrechó la suya en un saludo forzado y cargado de desconfianza.

—Así que vienes por tus pertenencias... Sígueme, vamos a buscarlas —dijo Aquiles y con una seña le indicó que lo siguiera al interior de su casa. Ya vería qué le diría cuando estuvieran solos.

Al oírlo, María se desfiguró. Pedro lo notó e intervino:

—Por favor, ¿podría traerlas usted? Sería lo mejor... pues estamos apurados.

Tormo se dio vuelta y lo fulminó con la mirada. «¡Hostia! Y este mequetrefe, ¿quién se cree que es?», se preguntó.

Pedro, que pareció adivinar sus pensamientos, hizo una maniobra astuta. Con auténtico cariño, posó su mano en el hombro de María. Para Aquiles quedó demostrado: «Estos dos tortolitos tienen algo», pensó.

—Como quieran —atinó a decir. Miró a María y añadió—: Te la traeré.

«¿Qué y cuánto habrás tenido que machacar, niña, para ganarte el favor de los Díaz Montero?», rumiaba Aquiles, mientras se perdía por el pasillo que conducía a su morada. «Tu puesto en La Bellota te habrá costado unos buenos revolcones», se agujoneaba. «Y si no, ¿a cuento de qué viene con este tipejo, si ella no es una impedida y no necesita bastones?» Había visto cómo la contemplaba y la tomaba del hombro, pero si el mamoncillo este era su novio, se lo habría presentado como tal. Aunque María no hubiera abierto la boca, salvo para decir el nombre y pedir su bolsa, Aquiles sabía que allí había otra cosa. Estaba todo dicho: María había caído bajo. Se sintió tonto. Él, que la había respetado, que le había ofrecido protección y viajes y propuesto matrimonio; él, que la veneraba como a la Virgen; él, que teniéndola a su merced, nunca la había tomado por la fuerza... Él, sí, él se sintió idiota, despechado, traicionado. La María que conoció ya no existía. Ya no era la chica virginal, sino una mujerzuela atiborrada de experiencias carnales. Antes de aceptar su decente propuesta, había preferido pagar cualquier precio y entregarse a estos tíos jóvenes.

Rabioso, le dio el toque final a su pensamiento: «María, qué puta eres». Qué pena que no había querido acompañarlo para descolgar la bolsa de su dormitorio... Se hubiera desquitado refregándole todo lo que de ella pensaba. Desagradecida, hubiera sido lo primero; después, mucho más.

Llegó a su cuarto, tomó la bolsa y le dio una última mirada. Entonces, cometió un acto despreciable que ni él mismo comprendió: la abrió, la acercó a su boca y escupió dentro. Luego, sintió vergüenza; él no era así, no sabía qué coño le pasaba cuando se trataba de María. Ella lo había ofendido en lo más profundo de su ser. Le había ofrecido absolutamente todo, convertirla en su esposa, legarle sus bienes... ¡Y ella lo había engañado! ¡Había planeado la huida en sus propias narices y con los Díaz Montero! Recordó aquella semana de febrero, los importantes cambios producidos en el país y en su vida, repasó sus movimientos, los de ella y los de Manolito... Al recordarlo, exclamó con voz audible: «¿Qué será de la vida del pobre niño!». Y al escucharse, se perdonó los exabruptos; incluso, se sintió una persona decente y bienintencionada. Más tranquilo, retornó al salón.

Cuando ingresó, vio que María y Pedro cuchicheaban en un rincón. Desde la barra, Ángel no se perdía detalle de la situación ni las reacciones de su amigo Aquiles.

—Aquí tienes, María —dijo el tabernero y extendió la bolsa de tela que había provocado su regreso.

—Gracias —dijo secamente María.

—Vuelve cuando quieras y dale mis recuerdos a tu hermano —pidió. Y, conociendo la debilidad de ella por Manuelito, le preguntó—: ¿Está bien el niño?

—Sí, muy bien. Se los daré.

—Adiós —saludó Pedro mientras le extendía la mano para despedirse.

María lo imitó. Y, mientras caminaba y dejaba atrás una parte de su reciente pasado, se prometió que jamás volvería a ese horrible lugar. Pero dio dos pasos y el mismo engranaje que desde las oscuridades habían puesto en funcionamiento la destrucción de Madrid también allí movió una pieza. Y su destino y el de esa taberna quedaron unidos.

Minutos después, a dos calles de Los Santos, debieron suspender la marcha a raíz del mareo de María.

—Regresar a ese lugar me ha sentado fatal —explicó.

—No te preocupes, ya has recuperado tus cosas. Ven, sentémonos allí —señaló el banco vacío de la plaza de la Santa Cruz—. ¿Tienes fuerzas para llegar? Quiero que me muestres las fotos de tus padres.

María cruzó decidida. Reencontrarse con el contenido de la bolsa la reconfortaría. Y así lo hicieron: ubicados en el banco, bajo la sombra de un árbol, ella le mostró las fotos y cada uno de sus pequeños tesoros, fragmentos de la felicidad de otras épocas.

A Pedro le agradaba ver las fotografías y demás fruslerías de altísimo valor sentimental que le permitían conocer más a esta mujer que, con sólo dieciocho años, acumulaba ya tanta triste experiencia. Esa chica que se le había metido en el corazón, que le quitaba el sentimiento de soledad y de la que nunca más quería separarse.

Planeaban volver a verse. Irían al cine, pasearían por el Parque del Retiro, visitarían la Casa del Pueblo para ayudar. María quería trabajar para que la libertad y los derechos del hombre —a la postre, también, los suyos— fueran respetados. Ella había descubierto que no era una pobre muchacha sino una mujer llena de derechos por los cuales pelear. Y Pedro Díaz Montero era un paladín de los derechos de todos los débiles y afligidos. Ella lo admiraba, pero no se engañaba, sentía algo más profundo por él.

María y Pedro se verían todos los días de la semana, y de la siguiente y de la otra. El pacto que sus cuerpos habían hecho en el primer abrazo exigía el cumplimiento de sus cláusulas.

Saturnino Moratín

Durante la tarde, después de haber terminado sus tareas, Saturnino Moratín caminaba por el Paseo de la Castellana con Noemí a su lado. Ese día había comenzado sus labores de madrugada más temprano que nunca para contar con tiempo de asearse, perfumarse, ponerse su mejor, aunque gastada, ropa y, al fin, encontrarse con la chica. Vestía una camisa blanca zurcida por él mismo en la zona de la espalda. Con unas puntadas diestras había salvado el percance y con el pañuelo rojo —la capa que tapaba su escasez— las disimulaba.

Luego de faltar al horario convenido en repetidas ocasiones, al fin habían podido concretar la cita. A veces, la extensa jornada de trabajo le impedía presentarse; otras, los quehaceres domésticos no le dejaban poner un pie en la calle. Pero ahí estaban, juntos y conversando.

La familia que empleaba a Noemí había viajado a Guadalajara para asistir a una boda y regresaría al día siguiente. Ella, para justificar su ausencia, avisó que realizaría unas diligencias pendientes.

Él la miraba mientras hablaba y se daba cuenta de que Noemí era muy bonita. La chica irradiaba belleza en proporción semejante a Saturnino. Juntos, uno al lado del otro, componían una clase de hermosura que llamaba la atención de los transeúntes. Pero ellos, sumergidos en la charla, ni se percataban de lo que generaban alrededor.

Al principio habían conversado de tonterías, pero luego Noemí se explayó sobre su trabajo de criada en la casa grande del Ensanche. La lujosa residencia del barrio de Salamanca, morada de una familia compuesta por el matrimonio y cinco hijos, ya mayores, permanecía al cuidado de varios sirvientes. El plantel de mucamas nunca daba abasto. La tarea principal de Noemí consistía en ordenar los cuartos donde dormían y el lavado y planchado de la ropa de la familia. Por sus manos cada día pasaban desde manteles y sábanas hasta las camisas que los señoritos de la casa precisaban —blancas, inmaculadas y almidonadas— para asistir a la universidad, sumado a los elegantes vestidos de la señora y de las niñas. A veces, por la humedad, la lluvia o algún contratiempo, la colada no se secaba y debía planchar hasta altas horas de la noche. Tanta ropa permanecía bajo su responsabilidad que se sentía abatida y sin fuerzas. Las camisas blancas y sus cuellos duros podían llegar a dar más trabajo que un vestido, le explicaba ella. Su patrona, además, se mostraba muy exigente cuando se trataba de la ropa de sus hijos universitarios.

Saturnino, acostumbrado a la libertad de sus trabajos, que lo obligaban a moverse de un lado a otro como un saltimbanqui, y rebosante de las ideas que le infundían en la Casa del Pueblo, no entendía cómo la chica soportaba el rigor de sus patrones.

Noemí le contó que era de Cuatro Caminos, pero como le daban techo y comida, sólo regresaba unas pocas veces al mes a su humilde vivienda, donde aún malvivían sus padres, ya mayores.

—Deberías venir conmigo a la Casa del Pueblo —le sugirió Saturnino—. Allí te explicarán tus derechos.

—No puedo. Trabajo todos los días, incluidos los fines de semana. Sólo tengo libre algunos domingos.

—Pues entonces, de noche.

—Quizá... Pero debería escaparme un día que termine temprano. Habría que ver cuándo...

—Estás cerca, maja, que andando no te tardas ni quince minutos. ¿Por qué no vienes hoy?

—No sé. Es una locura...

—Aprovecha esta noche, que tus patrones regresan mañana. Mira, si vas, te prometo que te esperaré en la puerta. Ven, niña, a las nueve y media de la noche.

—No sé...

—No te pasará nada, tus patrones no se enterarán... Y puedo asegurarte —dijo Saturnino con franqueza— que te cambiará la vida.

Ella dudaba. Pero las palabras y sus besos terminaron por convencerla.

Emprendieron el camino de regreso y, frente a la iglesia alemana, se sentaron en un banco. Luego de una animada charla, se despidieron con otro beso y la promesa de encontrarse en poco tiempo.

Saturnino partió apurado. Su última conquista lo había llevado al otro extremo de Madrid y tenía más de media hora a pie hasta la corrala. Sus amigos, Chicho y Miguel, seguramente, ya lo estarían esperando.

No se equivocó. Al subir al trote las escaleras de la corrala, en el corredor del primer piso, se topó con ellos.

—¿Dónde coños has estado, chaval? —preguntó Chicho.

—¡No paras de trabajar! ¿Acaso quieres hacerte rico? —le reprochó Miguel.

—¡Gilipollas, si yo no trabajo, no como! Hablas así porque eres un niñato, el mantenido de tu madre, que todavía te da de comer en la boca —le recriminó Saturnino al muchacho, hijo de la dueña de un par de habitaciones de la corrala, que siempre manejaba dinero.

—¡A ver si la acaban! Basta ya de tanta cháchara, que hoy tengo algo importante para contarles —anunció Chicho.

Ambos lo miraron con interés.

—Estuve reunido con los hombres del piso alto, mis amiguetes... —dijo señalando la parte superior del edificio.

—¿Con quiénes? —preguntó Saturnino un tanto distraído, aún con la mente en su encuentro con Noemí.

—Con los comunistas de arriba, esos tíos con los que tú también has hablado. Me contaron que han recibido una partida de armas.

—No me has dicho nada que te reuniste con ellos —se quejó Miguel, que había estado sentado allí con su amigo los últimos quince minutos.

Chicho, que aguardaba el momento de mayor impacto para dar la noticia, no había abierto la boca hasta ese instante.

—¿Armas? ¿Y quién se las ha dado? —preguntó Saturnino.

—Vinieron del extranjero y se las entregaron a los más comprometidos. Los hombres me contaron que se están equipando porque esperan lo peor —explicó Chicho—. Y a cambio de muy poco —añadió con cara pícaro—, miren lo que conseguí —dijo y, levantándose la ropa, sacó una pistola.

—¡Hostia! ¿Y eso? ¿Para qué queremos armas? —preguntó preocupado Miguel.

—Vendrán los militares a Madrid. Y cuando lleguen, ¡les plantaremos cara! —exclamó Chicho y luego repitió lo que había oído de boca de los anarquistas.

—Pero en la Casa del Pueblo no han dicho nada.

—Quizá lo mantengan en reserva, pero los de arriba lo saben y están formando la checka junto con los vecinos de la corrala. Parece que han sumado a los obreros de Vallecas. Viene un lío gordo, tíos. Y debemos estar preparados.

—Yo también quiero una —dijo Saturnino.

—Y yo... —se apuntó Miguel para no ser menos.

—Veremos qué puedo hacer. Vamos a hablar con los hombres que me la dieron.

Se pusieron de pie y subieron las escaleras.

* * *

Un rato después los muchachos se marchaban contentos a la reunión que se celebraría en la Casa del Pueblo. Los hombres del piso de arriba los habían recibido de buena gana y, aunque ya no tenían pistolas disponibles, los conectaron con la persona que, por unas pesetas, se las conseguiría. «El pueblo armado defenderá a Madrid», sentenció el cabecilla antes de ponerlos frente al vendedor.

Miguel, con tal de que pudieran salir a fanfarronear los tres juntos con un cachorrillo en el bolsillo, se mostró dispuesto a invertir sus ahorros en dos Browning 7.65, una para él y otra para su amigo Saturnino. Después de convenir el precio, pactaron que al día siguiente realizarían la transacción.

De camino a la reunión, los muchachos dieron por descontado que, a partir de mañana, el barrio los respetaría. Saturnino al fin se sentía mayor. ¡Un arma para él solo!

Ya en la puerta de la Casa del Pueblo, Saturnino no necesitó esperar a Noemí, que había llegado unos minutos antes de lo pactado. Sonrientes y de la mano, ingresaron expectantes para participar de la actividad programada.

Debió ocultar la exultación que le provocaba la inminente adquisición porque no deseaba alarmlarla. Una pistola era cosa de hombres. Y en breve tendría una entre sus manos.

1- Estoy muy contenta de haber venido, ha hablado usted tan claro que creo que ha cambiado mis pensamientos para siempre.

CAPÍTULO 11

CAFÉ GIJÓN

*El Café Gijón, fundado en 1888,
se encuentra ubicado en el paseo de Recoletos 21.
Siempre gozó de fuerte presencia literaria
y artística entre sus visitantes.
Durante la guerra civil fue lugar de reunión de los
milicianos y hasta cuartel republicano.
También fue sitio de tertulia de los periodistas
extranjeros que cubrían la contienda.*

Madrid, 2014

Ese sábado por la tarde, Rafael y Alba mantenían una importante conversación. En el Café Gijón, sentados frente a dos tazas de manchado, hablaban en profundidad y con el corazón en la mano. El lugar lo había elegido Paco, el representante, con la excusa de entregarle el contrato que esa noche Rafa debía presentar en el pueblo de Pioz antes de la actuación.

Ambos habían aprovechado la cita con el representante para encontrarse un rato antes y tener tiempo de hablar tranquilos. Esa semana, a pesar de que vivían juntos, se habían visto poco. Alba llevaba adelante una gran campaña de *marketing* en La Bellota que involucraba carteles en la vía pública y costosas difusiones en televisión, radio y revistas. Había aceptado hacerla a regañadientes después de muchas discusiones con su padre, quien prácticamente la había obligado a planificarla. Alba sentía un peso enorme sobre sus espaldas cuando La Bellota se convertía en su cliente, pues si algo no salía bien, tenía a Daniel encolerizado preguntándole qué había pasado. Y porque al fin y al cabo, La Bellota era el universo de su padre, donde ella se sentía asfixiada.

Rafa y Alba convivían un poco en el recoleto piso de Diego de León, y mucho en el departamento de Vallecas. A pesar del lujo, Rafa seguía prefiriendo Vallecas y, a decir verdad, muchas veces también Alba. Pese a la sencillez, allí gozaban de un ambiente distendido que les permitía vivir con mayor libertad.

Para su sorpresa, el primer lunes que Rafael se despertó en el piso de Alba y fue a la cocina, se encontró con una extraña. Así fue como conoció a Angélica, una mujer mayor de nacionalidad peruana, que aseaba la casa de Alba tres veces a la semana. Rafa reconoció que tenerla resultaba cómodo, pero que, a cambio, resignaba privacidad. Porque los días en que ella realizaba su trabajo, se convertía en la dueña de la casa; Angélica mandaba y ellos debían acomodarse y limitarse a transitar por los espacios permitidos.

Alba jamás hablaba de organizar un encuentro entre su padre y Rafa. Tampoco a él la idea le interesaba, pues, por ahora, consideraba que sería arriesgado e imprudente conocer al dueño de la empresa, cuya hija era su pareja. Quería seguir trabajando en La Bellota hasta que fuera el

momento de regresar a la Argentina.

—Alba —dijo Rafa tras posar la vista en los cuadros que colgaban en las paredes del Café Gijón—, durante este tiempo, en que tenés tanta presión debido a la campaña, quiero que estés atenta a lo que sabés que te hace mal.

Rafael, que sabía por boca de Alba que los momentos de tensión la arrastraban a lesionarse a sí misma o a usar drogas, seguía de cerca el esfuerzo que ella hacía para no caer en el agujero negro, como llamaba a sus crisis.

—Claro, claro... Estaré atenta... Si aparece el agujero negro y desea tragarme, le daré batalla. Sé que si me atacan los problemas y me siento miserable, me estreso y puedo caer.

—¿Estás yendo al psicólogo?

—En la última semana no he podido, tengo demasiadas tareas y no me alcanza el tiempo.

—Apenas puedas, tenés que regresar. Pero creo que también es necesario que hables con tu padre al respecto. Tenés que contarle de los ataques que te hacés a vos misma, de los dolores y presiones que no podés enfrentar. Cuando peleás con él, se desatan tus crisis. Y él debería saberlo para controlar su vehemencia.

—Mi padre no es fácil, Rafa. Quiere que haga lo que él piensa que es lo mejor. Eso involucra grandes responsabilidades en La Bellota, exigencias que a mí no me interesan en absoluto. Rechazo la idea de trabajar en la jamonera, pero cuando se lo digo, lo toma como algo personal. Mi padre pronto se retirará y ridículamente habla de que quiere dejarme al frente de la compañía.

—Pero él debería entender que tenés otras ocupaciones... que hacés *marketing* para otras empresas... —Rafael sabía que realizaba trabajos para pequeños comercios, aunque ninguno de la envergadura de La Bellota—. Además, están tus cuadros.

—Y esas actividades le molestan y lo enojan. Mi vida le parece un desperdicio, porque todo lo que elijo le parece poco.

—Tenés que explicarle cuáles son tus deseos.

—Lo he intentado, pero nunca se resigna y me exige que participe más en la empresa, que me involucre en el negocio. Y cuando no lo hago, me lo echa en cara. La única solución es alejarme de él.

—No me parece una buena decisión. ¿Y por qué él actúa así? —preguntó Rafael, que intuyó que ambos, tanto Alba como su padre, estaban enfermos. No era normal que no entendiera ni respetara la elección de su hija.

—Se pasó la vida con un padre opresor. Mi abuelo, Marcos Díaz Montero, fue siempre muy exigente con sus hijos. Mi tío nunca obedeció sus mandatos, pero sí mi padre. Y ahora él quiere imponérmelos a mí.

—¡Tenés que contarle! Por favor, contale que cuando te presiona, se producen los cortes en tus brazos y la necesidad de sustancias —insistió Rafa.

—Algún día, algún día lo haré.

Rafa le tomó la mano y movió afirmativamente la cabeza. Al menos, desde hacía unas semanas, ella se mostraba receptiva y aceptaba esa posibilidad. Antes, se había negado en forma a contárselo a su padre. También la había visto negarse a reunirse con Lupe, su amiga de juergas cuando de consumir sustancias se trataba.

—Hacelo pronto, estoy seguro de que te ayudará.

—¡Pero estoy mejor, Rafa! No me presiones tanto.

Rafael entendía que, al pedírselo, caminaba por una delicada cornisa; presionarla también podía empujarla al mismo abismo.

—Busco lo mejor para vos —dijo sincero, sin saber qué más agregar.

—Lo sé, pero a veces, cuando hablas de esta forma, te pareces a mi psicólogo.

—Por algo será —dijo sonriendo y abrazándola.

Alba también le sonrió y le dio un beso ruidoso en la mejilla. Como pareja, vivían un buen momento; la pasaban muy bien juntos, se apoyaban, se hacían felices, se quitaban las penas uno al otro. Pero, a veces, la vida igual dolía.

Siguieron hablando del tema hasta que media hora después llegó Paco, y Rafa se lo presentó a Alba. El hombre conversó con ellos unos minutos, le dio algunas instrucciones sobre el show de la noche y, tras entregarle el contrato, se marchó.

—No me gusta ese tío... —dijo Alba mientras releía el acuerdo.

—¿Por qué? —quiso saber Rafa.

—En estos papeles, este tal Paco sólo aparece para cobrar lo que tú ganarás cantando.

—Lo sé, pero no te olvides de que soy un inmigrante y no tengo acceso a seguridades de ninguna clase.

—Pero para cantar en la fiesta del ayuntamiento a nadie le importa si eres inmigrante.

—Estas son las reglas del juego: las acepto y canto o sigo trabajando en el metro.

—Entiendo que debes correr el riesgo. La suma es tentadora, claro.

—Imaginate que en la fiesta de Pioz ganaré lo que en el metro o en las terrazas me lleva una semana. Sé que estás acostumbrada a otra cosa, que tenés un padre poderoso. Pero yo no tengo otra opción y necesito trabajar.

—Tal vez tengas razón respecto a mi padre, pero tenerlo no me asegura la felicidad, ya habrás visto... —reflexionó mostrando las marcas en su brazo. Luego añadió—: Vamos, Rafa, que hasta Pioz tenemos un buen rato.

—Vamos...

Dos horas después, arribaron al pueblo y con la última luz de la tarde alcanzaron a ver el castillo que, con sus muros antiguos un tanto abandonados, llamaba la atención de los visitantes.

—¡Pero qué lindo es! No sabía que Pioz conservaba un castillo —exclamó Alba.

—Yo, tampoco. No sé cómo se me pasó —respondió en broma Rafael, que no conocía nada, salvo Madrid.

—Gilipollas —le respondió riendo.

Mientras avanzaban y se adentraban en el pueblo, les costaba conseguir estacionamiento. Al fin, sin lugar donde aparcar, decidieron dejar el coche fuera del pueblo, ya que muchas de las calles estaban valladas para el encierro de toros que habría al día siguiente.

A la Plaza Mayor, donde tendría lugar el evento principal, llegaron a pie. Rafael buscó al empleado del ayuntamiento y le entregó el contrato. El hombre lo invitó a pasar a la oficina, donde, con prisa, lo firmó. Cuando salieron del lugar pudo observar la organización del entorno.

El escenario había sido montado en la plaza, frente al antiguo edificio del gobierno. Un poco más allá, los carritos ofrecían perritos calientes, patatas bravas y golosinas, que hacían el acompañamiento perfecto junto a la rueda de tiro al blanco con decenas de peluches, los premios que recibirían los que embocaran al estafador hombrecillo de plástico que daba vueltas y que, por tramposo, resultaba imposible derribar.

Esa tarde, los niños del pueblo, enfervorizados y de fiesta, correteaban de un lado a otro mientras los padres charlaban distendidos con una caña en la mano. Los adolescentes, en una punta de la plaza, sintiéndose mayores por una noche, hablaban de las fechorías que perpetrarían durante la velada: fumarían un porro y harían un botellón a pesar de no tener permiso para beber. Las lamparitas de colores que comenzaban a encenderse, y los banderines rojos y amarillos, colgados a lo largo de todo el perímetro de la plaza, le daban un marco de color a esa fiesta que

cada uno disfrutaba a su manera.

Rafa observaba y le agradaba este mundo, hasta ese momento desconocido por él. Los españoles, ya no tenía dudas, exudaban alegría y orgullo por sus festividades; les gustaba reunirse al aire libre y disfrutar de las cosas simples de la vida que, a la postre, eran las verdaderamente importantes. Por momentos, si se sumergía en la historia de esta nación, no podía entender por qué se habían embarcado en semejante guerra civil.

Alba y Rafa tomaron algo fresco y comieron un bocata. Luego se sentaron en el banco largo que estaba sobre la pared de la iglesia, y allí se quedaron el rato que faltaba para que Rafa fuera tras bambalinas antes del show.

Finalmente, a las diez de la noche Rafa subió al escenario. Algo nervioso, inició su actuación con el repertorio sugerido por Paco: pasodobles, rumbitas y la dichosa canción de la camisa negra.

La bonita noche y el aire festivo hicieron que el público le respondiera enseguida con buen ánimo. La gente comenzó a tararear las canciones; algunos, incluso, cuando el ritmo lo pedía, a bailarlas. Al principio de la actuación, Rafa estaba inquieto pero con el transcurso de los minutos y al comprobar que su show gustaba y que se habían enamorado de su carisma, se distendió y disfrutó de hacer la función desarrollando su personalidad en el escenario. Se producía el ida y vuelta que unía al artista con los espectadores. Entre canción y canción, contaba un chiste y la gente se lo festejaba. Hacia la mitad de la actuación, tocó música de El Barrio y todos, incluidos niños y ancianos, salieron a bailar.

Desde el escenario, Rafael veía que Alba, vestida con su jean azul muy apretado y la remera blanca con inscripción, con una cerveza en la mano, bailaba sola mientras cantaba las canciones. Como buena española, también se divertía en la fiesta del pueblo.

El show era un éxito.

* * *

Tres horas después, retornaban a Madrid con Rafa al volante, pues él no había bebido alcohol. El Audi serpenteaba las curvas y contracurvas por el camino de regreso entre la montaña y el campo. Hasta Los Santos de la Humosa era un descenso pronunciado, casi peligroso. Rafa, concentrado en el recorrido, se sobresaltó cuando Alba, medio adormecida y sin abrir los ojos, exclamó:

—¡Carajo! ¡Estuvo muy buena la fiesta y también tu actuación! Ahora sólo espero que te paguen.

—Ojalá sea pronto —dijo Rafa con su mirada celeste puesta en la ruta.

A veces, se cansaba de las inseguridades que pesaban sobre él por ser un inmigrante. Hubiera preferido volver de Pioz con el dinero en el bolsillo después de haber trabajado. Pero como él mismo le había dicho a Alba: estas eran las reglas del juego para él en España.

Mientras conducía, asumió que su abuela María seguramente debió lidiar con situaciones similares cuando arribó a la Argentina. ¡Cuánto deseaba saber más sobre su pasado ahora que él atravesaba circunstancias parecidas a las que vivió María Álvarez! ¿Acaso él habría venido a Europa porque llevaba en la sangre los mismos genes que la movilizaron a ella a marcharse setenta años atrás? ¿Sería que había un tipo de persona propensa a buscar nuevos lugares para vivir y lo había heredado? ¿O estaba ahí porque sus genes lo habían traído entendiendo que España era también un poco su tierra? No tenía las respuestas; sólo sentía que estaba en el lugar donde debía. Y eso para él significaba mucho, porque el último tiempo vivido en Argentina no

había sido así y lo había pasado muy mal.

De todas maneras algunas puertas se abrían justamente por su nacionalidad. En *La Guía del Ocio*, por ejemplo, después de ver una publicidad de Baires, un restaurante argentino de primer nivel ubicado en Tres Cantos, cerca de Alcobendas, llamó por teléfono para ofrecer su espectáculo y consiguió que le tomaran una prueba. Si gustaba, tocaría esa misma semana por una muy buena paga.

Mientras conducía, Rafael meditaba en los asuntos pendientes de esa semana, trazaba planes y distribuía tiempos. Por esos días albergaba la esperanza de que Alba, quien había mejorado la relación con su padre gracias a la campaña de *marketing*, consiguiera preguntarle al hombre sobre María Álvarez. Habían convenido que ella le mostraría la foto que Rafa le había pasado por teléfono, esa en la que la chica rubia aparecía junto a su abuelo Marcos.

* * *

Mientras Alba dormía en la cama del apartamento de Vallecas, Rafa utilizaba la mañana del domingo para darle la clase de piano a Pepe. El día anterior, con su actuación en Pioz, había sido imposible.

Alba llegaría al bar hacia el mediodía porque el viejo los había invitado a almorzar. Rafael sentía que, día tras día, Pepe se volvía una persona muy importante e imprescindible. El afecto nacido entre cañas y clases era mutuo.

—Para la fiesta de Sigüenza, me avisas. Me gustaría verte cantar.

—Pues claro, dalo por hecho.

—¿Y qué tal vas con la hippie?

—Allá vamos... —dijo sonriendo. Luego añadió—: Somos agua y aceite. Imaginate que ella es española y yo, latino. Ella es la hija del dueño de la jamonera y yo, músico del metro.

—Sí, y ella, morocha y tú, rubio... ¡Ja! Pero te diré algo de Cervantes: «El amor nunca hizo ningún cobarde».

—Estoy de acuerdo. Me gusta la frase. Ah, Pepe, y ya que lo mencionás... Me ha llevado su tiempo, pero he terminado la primera parte.

Pepe abrió la boca, luego exclamó:

—¡Joder! Buen tocho te has comido, pero si ya lo has leído, ¿a qué esperas para devolvérmelo? ¡Yo, aquí, sufriendo porque no lo tengo en la mesilla de luz!

—Le mandaré un mensaje a Alba pidiéndole que lo traiga cuando baje. A ella también le gusta el *Quijote*. Seguramente ustedes se llevarán bien.

—Cuando la conozca, te diré mi opinión de la hippie.

—En un rato la tendrás almorzando en tu cocina.

—La he visto de lejos, es una delgaducha que sólo comerá dos bocados de mi comida.

—No te fies, tiene sus días y momentos. Además, siempre estoy yo para comerme su parte.

—Mira que ya está lista la merluza en salsa verde. Sólo tengo que poner la olla al fuego. Es más: si quieres, vamos tomando una cañita para calentar motores.

—¡Pepe, antes debemos terminar nuestra clase!

—¡Tienes razón, chaval! —exclamó con el cariño de siempre.

Una hora después, llegó Alba con el libro en la mano y un vino blanco en la otra que acababa de comprar en el chino de la esquina, el único lugar abierto en varias calles a la redonda.

—¡Joder, macho! ¿No sabes que no tienes que ir a los chinos? —se enojó Pepe.

—¿Por qué no? —preguntó reactiva.

A Rafa le preocupó el tono de sus voces.

—Porque ellos quieren invadir el mundo... Y España, primero que todo.

—Ah... —dijo Alba bajo la mirada nerviosa de Rafa, que no quería que empezaran la relación con el pie izquierdo. Él había aprendido a conocerla y sabía que Alba estaba en contra de cualquier discriminación, pues entre sus diplomas se contaba el de protectora de los animales, patrona de los pobres y ausentes, defensora de los inmigrantes cualquiera fuera el país. Además, tenía cierto rechazo por quienes querían decirle qué debía hacer. Pero ella muy tranquilamente le respondió:

—¡Pues, Pepe, que yo opino lo mismo que tú! Pero esta era una emergencia vitivinícola.

Se sentaron a la mesa de la cocina de Pepe. La casa contaba con una sala, pero él dijo que allí no comerían ni locos porque no la había usado nunca en su vida. Calentó la comida y almorzaron sobre el mantel azul con flores blancas, que —aclaró— había comprado para que hiciera juego con las paredes.

Durante la conversación, Pepe le elogió a Alba la frase de la remera blanca que traía puesta y ella contó que un diseñador se las estampaba especialmente, de acuerdo a sus ocurrencias. Rafael oía por primera vez esa explicación y pensaba que esta mujer no paraba de sorprenderlo.

Tímidamente, Pepe quiso saber si esa persona no le podría confeccionar algunas con las frases del *Quijote*.

—¡Pues claro, Pepe! ¿Por qué no? Esta semana te averiguaré.

El almuerzo avanzó y las paredes celestes de la cocina de Pepe se alegraron durante esa calurosa siesta de domingo. Ellos, tres solitarios acostumbrados a almorzar en soledad los domingos, se prodigaban compañía gracias a la vida que había unido sus caminos. Se entretenían charlando de las diferencias entre América y Europa, de los distintos gobiernos, de Cataluña y su ambición independentista, de los jamones y sus calidades, de la receta de la paella, de la vigencia del *Quijote*. Al final, establecieron un duelo para ver quién sabía más frases del libro. La pareja no lo hizo mal, pero sucumbieron ante el experto, que les ganó por goleada.

La compañía mutua les alegraba el día, les quitaba la soledad, les creaba esperanza, les daba regocijo. Los seres humanos habían nacido para disfrutarse y no para hacerse doler. Pepe, que en esa sobremesa así lo entendía, sintiéndose pleno, hasta perdonaba los deseos invasores e imperialistas de China; tenía que reconocer que, si no fuera por el vino que llenaba las copas gracias al chino que abría los domingos, la cuota de júbilo estaría incompleta.

Al despedirse, Pepe le dijo a Alba:

—Oye, hippie, que la próxima te toca cocinar a ti.

—Pues bien, virtuoso pianista, haré paella y competiremos para ver a cuál de los dos le sale mejor.

—Duelo de paellas y de frases del *Quijote* nuevamente. Rafael decidirá a cuál de nosotros le sale mejor —respondió Pepe entusiasmado.

—A mí no me busquen de jurado. Mejor cocino yo comida argentina, así no hay problema —propuso Rafael.

Los dos españoles parecían haberse caído bien; mejor no arriesgarse a una competencia, ni siquiera de comida.

* * *

Ese lunes por la mañana Rafael se encontraba trabajando en el saloncito del museo desde temprano. El fin de semana había sido agradable pero también cansador y emotivamente movilizador. Al regresar del almuerzo había hecho una larga llamada por Skype con su hijo y aprovechó para presentarle a Alba. Ambos, tras observarse con detenimiento durante segundos a través de la cámara, sólo se saludaron con un nervioso «Hola». Pero qué esperar, si Facundo aún era un niño y ella no tenía relación con pequeños.

Para su hijo y para Alba la comunicación significó caer en la cuenta de la existencia real del otro. Allí estaban, corporizados, y no como meros nombres que pronunciaba Rafael. Las personas que más amaba tenían existencia real, aunque cada uno viviera en continentes distintos.

Padre e hijo habían charlado animadamente, aunque cuando cortó, Rafael permaneció en silencio. Había una realidad: él veía y escuchaba a Facundo y el mundo se le derrumbaba. Esa tarde, al ver el estado en el que quedó después de la llamada, Alba lo comprendió. Ese derrumbe sentimental que muchas veces él había intentado poner en palabras —y no había logrado explicar — Alba, al fin, pudo entenderlo.

A media mañana, mientras en su escritorio Rafael tomaba un café y clasificaba los papeles, Lola interrumpió su concentración.

—Ey, chaval, mira lo que he encontrado para ti —dijo contenta extendiendo una vieja lámina.

—¿Un almanaque?

—Sí, el calendario con el que la jamonera celebró los cincuenta años. Lo he conseguido de pura casualidad. Lo ha traído un proveedor.

Rafael lo tomó entre las manos y lo miró con detenimiento durante unos segundos. La imagen le resultaba familiar, el dibujo de los soles encimados uno sobre otro lo transportaban a algún lugar sumamente agradable. Le recordaban algo, pero no podía saber qué.

—Me parece que podríamos enmarcarlo junto con el resto del material que me has dejado — dijo Lola.

—Sí, pienso lo mismo —acordó Rafa y, sin dejar de mirar los soles, añadió—: ¿Sabés? Esta figura me recuerda algo...

—Es muy particular, no sé qué podrá recordarte. La verdad... intuyo que debe haber sido moda eso de superponer figuras repetidas porque lo he visto en otras publicidades de la época.

Rafael se remontó al año 1936, la guerra civil, su abuela llegando a la Argentina, la casa de la yaya... ¡la cocina de María! Un toque de la memoria, una chispa de sus recuerdos de niño y lo recordó: durante años su abuela había tenido colgado un cuadrito con esa misma figura cerca de la mesa junto a la puerta.

—¡Ya sé! —exclamó eufórico.

—¿A qué te recuerda?

Rafael se había olvidado de que estaba con Lola y que nunca le había contado por qué un día sus pies lo habían conducido a La Bellota.

—Es una larga historia. Pero creo que ya es hora de que te la cuente.

Lola levantó las cejas sorprendida. Él prosiguió:

—Mi abuela, mi yaya María, trabajó en esta jamonera. El día que llegué por primera vez a La Bellota no buscaba trabajo, sólo vine hasta acá porque tenía curiosidad de conocer el lugar y saber algo más de María.

—Recuerdo que una vez me contaste que tu yaya era española.

—Ella tenía este mismo calendario colgado en una pared de su casa, encuadrado bajo un vidrio —señaló Rafa.

—Le habrá traído buenos recuerdos. ¿Y qué quieres saber de ella que tú no sepas y que

nosotros sí?

Lola no entendía. Rafael comprendió que sería difícil explicarle. Por esa misma razón no lo había dicho desde el principio.

—Ella se fue a la Argentina en 1936 y no volvió más a España. Nunca quiso hablar de su pasado, nunca nos confió detalles de los años que pasó aquí, pero en los últimos meses de su vida empezó a insistir con que teníamos que venir a Madrid y a esta jamonera porque acá estaba una parte de la historia de la familia.

—¡Qué locura! Cosas de la guerra, seguramente. Ya te he dicho que fue una época muy dura. Y muchos deben haber quedado con heridas abiertas e historias inconclusas.

—Me gustaría alguna vez llegar a saber qué era lo que ella deseaba que conociéramos de su historia.

—Bien, Rafael, si te parece, un día de estos, cuando visite a mi madre, le preguntaré si escuchó hablar de ella. ¿Te mencioné que mi madre trabajó aquí, verdad?

—Sí, me habías contado... Gracias.

—Está viejita pero bastante bien de la cabeza. ¿Cómo me dijiste que se llamaba tu yaya?

—María Álvarez. Mirá, esta es ella —dijo y le mostró la foto que había guardado en su teléfono.

—Bien, cuando puedas, me la reenvías. Ahora me voy, tengo mucho trabajo y hoy tu suegro está terrible —dijo con cara pícara.

Rafael no le respondió. Que ese hombre fuera su suegro, en cierta manera, lo avergonzaba; incluso, sospechaba que podría acarrearle algún problema. En este caso, la discreción se imponía.

Cuando Lola se marchó, Rafael continuó recordando retazos de la historia de su abuela. Una vez, ella les había contado que su partida de España había sido tan repentina que ni siquiera cargó una muda de ropa, que al puerto de Buenos Aires había llegado desprovista de maleta, aunque había conservado la ramita de un rosal que la había acompañado durante un largo trayecto en el bolsillo del saco. Por lo tanto, razonó, si había llevado el almanaque que luego enmarcó, la lámina guardaba un significado importante. ¿Cuál? ¿Qué escondía de especial ese calendario? Ella, que nunca quería hablar de España porque decía que sólo tenía tristezas para contar, sin embargo, había expuesto el almanaque durante años en su casa para verlo a diario.

Rafa exhaló un fuerte suspiro y se pasó las manos por el pelo claro, como hacía cuando estaba inquieto. Le faltaban respuestas. Aunque renovaba esperanzas, pues con la madre de Lola se abría otra puerta de información.

* * *

Esa tarde, Rafael salió de la jamonera y se dirigió al centro con tres metas claras. Aunque la dejaría para el final, la más importante sería probarse en el restaurante Baires con la intención de que le asignaran un día de la semana. Antes, pasaría por lo de Paco para cobrar la actuación del sábado; luego cambiaría por billetes las monedas que recibía en el metro.

El pago en metálico —los cincuenta euros que recaudaba cada día o los casi cien de las jornadas completas— representaba un voluminoso problema traducido en monedas. No había hucha ni frasco que alcanzaran. En el departamento podía llegar a amontonar cientos de ellas, desde la de céntimo a la de dos euros. Y no era fácil usarlas en las compras diarias, aunque la cajera del Mercadona, simpática y enamorada de Rafa, solía recibírselas. Pero no en todos los lugares encontraba personal dispuesto a contar de a uno, dos, cinco y diez centavos. Rafa se

tomaba la molestia de pedir en el banco blísteres de todos los colores para luego meterlas allí cada noche y, de esa forma, sólo en ciertos sitios, se las aceptarían. En la Caixa le habían permitido abrir una cuenta con el pasaporte, donde depositaba lo que ganaba y, según sus necesidades, luego lo retiraba o compraba con la tarjeta de débito. Pero no querían monedas, así que... ¡Ah, qué problema las monedas!

Otra forma de cambiarlas era metiendo decenas de las más chicas en las máquinas expendedoras de bebidas instaladas en el subsuelo del subterráneo. Pero, en lugar de retirar una lata de gaseosa, echaba atrás la operación y la máquina, en vez de devolverle los céntimos, le entregaba monedas de un euro y de dos. La tarea, larga y tediosa, que le habían explicado cómo realizar personas inmigrantes como él, por más sencilla que fuera, tenía su bemol.

Rafa llegó al metro y dedicó media hora de esa tarde para transformar el cambio chico que cargaba en su mochila en monedas de mayor denominación. Luego, se marchó a la oficina de Paco, quien, tras unos minutos de espera y otros de charla superflua, le soltó los setecientos pavos y el contrato de su próxima presentación, en Sigüenza.

Rafael se fue contento y, en la esquina de las calles de Fuencarral y de las Infantas, gritó un «¡Sí, sí...!» de alegría con el brazo en alto. Los ojos atónitos de los transeúntes no entendían qué le pasaba a ese rubio loco.

Un minuto después, Rafa marcó el número de Alba para contarle que todo había salido bien. Ella respondió enseguida.

—¡Hola!

—Alba, buena noticia: me pagó Paco.

—¡¡Bien por ti!!

—Tenemos que festejar. ¿Quieres que tomemos una caña y después me voy a hacer la prueba al restaurante Baires? ¿Dónde estás?

—Eh... no creo que pueda llegar a tiempo. Estoy en el médico...

Se produjo un silencio incómodo. La respiración de Rafael se inquietó. Los fantasmas de siempre. Al fin se animó a preguntar:

—¿Todo bien?

—Ahora, sí. Este mediodía, al llegar a la jamonera, no sé qué pasó... Me mareé y casi me desmayo. Sólo había bebido un café...

En la mente de Rafa rondaba la duda. ¿Y si ella le estaba mintiendo?

—¿Estás segura de que no es otra cosa?

—Segura —respondió ella, que había entendido la entrelínea.

—¿Quieres que vaya para allá?

—No es necesario, estoy bien, ya terminé aquí. El médico dice que está todo en orden, que puedo marcharme.

—¿Te veo en Vallecas?

—Cuando termines, si puedes, búscame en el trabajo.

—¿En la jamonera?

Rivas-Vaciamadrid estaba lejos y ella nunca le pedía algo así. Tampoco era su único trabajo.

—Sí. Es que mi coche quedó en el estacionamiento y no quiero regresar conduciendo. Además, ya tengo listos los afiches de la campaña y quisiera mostrártelos.

—Ah... sí. Bien, ahí estaré en dos horas.

* * *

Un rato después Rafa conocía Baires. Apenas ingresó, vio que se trataba de un restaurante lujoso. Para la prueba cantó «Sobreviviendo», de Víctor Heredia, bajo la mirada atenta del argentino cincuentón para quien había elegido especialmente esa canción con el fin de impactarlo. Tenía la edad justa para que la disfrutara. Al lado del hombre que escuchaba estaba Nikolai, su socio ruso, quien había invertido un buen dinero en una decoración moderna y minimalista, con mesas de madera oscura y vidrio, manteles de lino blanco y copas de cristal. En el salón se destacaban los enormes floreros —también de cristal y del tamaño de una persona— repletos de corchos.

Rafael terminó y los socios hablaron entre sí. Luego le dijeron que les había gustado mucho su actuación, charlaron un rato más sobre su repertorio y finalmente lo contrataron para que cantara dos veces a la semana. Le pagarían muy bien.

Rafael salió contento —otra buena oportunidad laboral se le había presentado—, pero una preocupación le daba vueltas en su cabeza y no lo dejaba disfrutar el momento. Algo en la voz de Alba lo inquietaba. Siempre estaba el miedo a las recaídas. Él había aprendido a quererla, y no quería verla sufrir.

No sabía muy bien cómo construirían un futuro los dos juntos. Pero ese pequeño detalle no era determinante porque tampoco sabía cómo construiría el propio. Se sentía como un niño que recién está aprendiendo a caminar, daba sus primeros pasos con la inseguridad de quien se lanza a lo desconocido. Por lo tanto, si lo interrogaban sobre su porvenir, para Rafa sería igual a que a un niño le preguntaran cómo haría para ganar una carrera en las olimpiadas. Ya llegaría el momento de tener las respuestas —estaba seguro—, porque sentía que cada día avanzaba un poco más. Ya había salido de la crisis con la que había llegado a Europa; ahora acariciaba sueños nuevos, volvía a creer en sí mismo, había vuelto a sentir alegría y a dormir en paz por las noches. Y Alba tenía mucho que ver en ello, por eso la amaba, pero más allá del amor que abrigaba por ella, deseaba ayudarla a alejarse de esa destrucción latente que parecía acechar en su interior.

Al ver la hora, se apuró. No quería llegar tarde a buscarla y, sobre todo, que le contara, mirándose a los ojos, cómo había sido eso del desmayo. En su semblante descubriría la verdad.

Cuando el colectivo donde viajaba se detuvo frente a la jamonera era bien entrada la noche. Ingresó y el guardia lo saludó. En el estacionamiento vio el Audi, y fue directamente al ala vieja donde había quedado el sector de *marketing*.

En minutos, Rafa se encontró con Alba y se dieron un largo beso. No se veían desde la mañana y se habían extrañado. Al separarse de ella, Rafa descubrió a su alrededor varios atriles enormes. Cada uno mostraba una lámina con fotos y letras.

—Míralas... ¿Te gustan? —preguntó mientras encendía las potentes luces de la sala para que se lucieran los carteles.

Una foto mostraba un grupo de jóvenes sonrientes alrededor de una mesa donde había bebidas y un jamón marca La Bellota. Otra, a una joven pareja de picnic en el parque, también comiendo jamón. Y así, varias más de este tipo a las que se les sumaban carteles con texto, sin imágenes, sólo con los eslóganes de la publicidad.

Las observó una por una.

—Sí, están muy buenas. Has estado muy creativa... —dijo Rafa. Pero él, más que apreciar láminas, quería saber lo del desmayo y, a punto de darse vuelta para preguntarle cómo había sucedido, sintió el cuerpo de Alba pegándosele a la espalda y sus brazos frágiles rodeándolo por detrás.

—Debo estar creativa porque...

Ella, acercando su boca al oído de Rafa, le dijo un secreto.

La frase penetró en la cabeza de Rafael y partió sus pensamientos en mil pedazos.

Rafael cerró fuerte los ojos temiendo que fuera un sueño, los volvió a abrir y repitió para sus adentros la oración que acababa de oír. La armó, ya no sílaba por sílaba, sino letra por letra, de tanto miedo que le dio.

«P-o-r-q-u-e... e-s-t-o-y... e-m-b-a-r-a-z-a-d-a.»

Rafael se dio vuelta y la miró a los ojos. ¿Acaso ella estaba bromeando?

—¿Estás segura de que...?

No se atrevía a decir la palabra.

—Sí, me lo confirmó el doctor. Estoy embarazada —dijo Alba sonriendo sin ningún problema de pronunciarla. Luego, con la mirada en su rostro, agregó—: No me lo esperaba, pero me puso contenta. Y tú, Rafa, ¿qué sientes...?

—Yo... —balbuceó sin articular lenguaje. No sabía si de la emoción, del miedo, de la ternura —o todo junto— se había quedado mudo. Amaba a Alba pero esto sí que jamás lo hubiera esperado ni planeado. Ella no tenía idea de lo que significaba tener un hijo. Porque una vez que llegaba uno, nunca más se vivía en singular. Se lo amaba de una forma especial, particular, como si respirara a través de él. Y si cuando vino a España estaba sufriendo tanto fue porque justamente Facundo se hallaba de por medio. Pensó en su hijo y, sin poder contenerse, se largó a llorar. Un hijo, otro hijo... las emociones lo empujaban y lo golpeaban.

—Rafa, ¿qué pasa? ¿Te puso mal?

—No, pero un hijo...

Él ni siquiera estaba cerca del que ya tenía. Cómo explicarle que se alegraba y que, al mismo tiempo, se le abría un abismo.

La noticia lo mantenía en estado de shock.

—¿Quieres que no lo tengamos?

—Alba, claro que sí. Ya lo quiero aunque mida medio centímetro. Pero ¿te das cuenta de que todo cambiará?

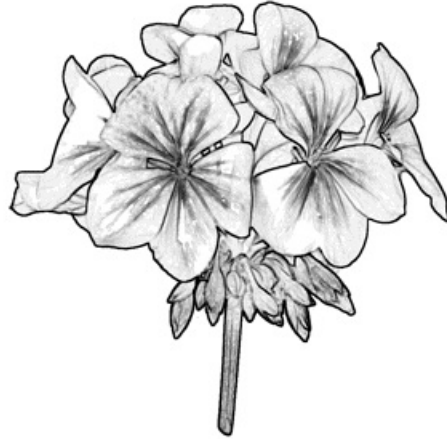
—Sí, me lo imagino. Pero yo te amo y estoy contenta con la noticia.

—Y yo, a vos. Y claro que también me pone... me emociona —confesó evitando la palabra «contento».

Algunos fantasmas se agitaron ante Rafa: la inestabilidad de Alba, su precaria situación económica, su obligado regreso a la Argentina, donde Facundo lo esperaba. Entonces, sin querer que la preocupación se apropiara de su vida, se centró en la frase que había oído decir a su abuela María: «No importan las circunstancias, un hijo es una bendición».

La abrazó muy fuerte, bajo esas luces que encandilaban en el saloncito de la jamonera. No quería pensar en nada negativo.

¿Qué le depararían los próximos meses, el próximo año? No lo sabía, pero hacía un tiempo que había dejado de luchar contra el universo, ya no se empecinaba con alcanzar un destino determinado. Ahora, más bien, le abría los brazos a lo que este quisiera mandarle. Ya no se aterrorizaba pensando en que en su vida todo podía salir mal. Había abierto las manos y soltado para que viniera lo que tuviera que venir. Fluir, y dejar que la vida fluya. Aprendía que allí, justamente, estaba la magia de la vida.



GERANIO

Pelargonium x hortorum

HISTORIA: También conocido como «malvón», el geranio procede de la región sudafricana del cabo de Buena Esperanza y fue introducido en Europa hacia 1690. La industria cosmética francesa lo cultivó para extraer el aceite de geranio rosa, muy empleado en perfumería. Luego se propagó extensamente en países como España, Italia, Suiza, Marruecos, Egipto, China y Japón.

USO MEDICINAL: El aceite medicinal actúa como antidepresivo, aplaca la ansiedad y la tensión nerviosa; calma dolores y combate infecciones. También es utilizado como afrodisíaco. Se puede consumir en forma de infusión o bien masticando sus hojas directamente.

SIGNIFICADO: «Soy feliz contigo.» Alegría de pasar tiempo con alguien.

DICE LA LEYENDA... «Regálales una planta de geranio a las personas con las que quieres tener una relación pacífica.»

CAPÍTULO 12

EL GERANIO DE MARÍA

Madrid, 1936

Es común que a nuestro paso por una ciudad podamos observar en numerosos lugares la inconfundible flor del geranio, que acompaña al hombre donde fuere. Pero el encuentro frecuente con ella no le quita lo bonito ni lo original. El geranio tiene la especial característica de ser hermafrodita, pues en la misma planta conviven flores masculinas y femeninas y no necesitan polinización, sus pétalos están separados unos de otros y en el interior de la cápsula de su fruto se encuentra la semilla.

—¡Mayi, Mayi, ven a ver! —gritó Manolito que, parado sobre una silla, estaba apostado en la ventana del balconcico que daba a la calle. Divisar a la gente y ver a los automóviles pasar a lo lejos, sobre la plaza de los Carros, era una actividad que le gustaba hacer los fines de semana cuando se despertaba tarde. La calle mostraba una algarabía especial durante los domingos cuando los vecinos visitaban las iglesias de San Andrés, San Francisco el Grande y de San Isidro Labrador, tan cercanas como equidistantes.

—No puedo, debo terminar de cocinar. Después te quejas de que tienes hambre y que la comida no está lista.

—Ven, Mayi, te aseguro que te gustará.

María dejó los huevos que preparaba para agregar al salmorejo y se acercó a la ventana.

—¡Ay, al fin! —dijo mirando una pequeñísima flor roja que había nacido de los geranios. Si se ponía a pensar, hacía mucho que no veía flores en ningún balcón. Doña Isabel, al igual que doña Encarnación Díaz Montero, se quejaba de que una peste había invadido sus plantas. Aunque lo único verde que tenía en el balconcico era un geranio en una maceta, junto a los tallos de rosa que le había dado Encarnación y que había puesto en la lata donde antes guardaba las lavandas secas.

—¡Te dije que te pondrías contenta! —insistió el pequeño sonriendo.

María, poco dada a la jardinería, había puesto el geranio porque sabía que teniendo un chiquillo en la casa era necesario. Las tisanas de esa planta eran buenas contra las aftas de la boca y las colitis. Y si ya no había flores se lo debía al intensivo uso que le dio para contrarrestar la última dolencia de su hermano.

—Ahora, baja de allí y pon la mesa.

Manolito obedeció, pero, al mirar la fuente de la comida, hizo mala cara.

—No quiero salmorejo —protestó—. No me gusta.

María lo regañó con la mirada. Él ya no recordaba los tiempos malos —«Los niños olvidaban fácil», pensó—; en cambio, ella se acordaba perfectamente cuando Aquiles les mezquinaba la comida o el primer mes que vivieron en este cuarto cuando algunos días, por temor a que no les alcanzara el dinero, habían comido sólo pan y leche. Esos recuerdos le servían para tener presente la fragilidad de su economía. Un mes sin salario, un traspíe, y no tendrían qué llevarse a la boca.

—¿Sabes, Manolito? Acá, muy cerca de donde nosotros vivimos, en el barranco, hay niños que no tienen nada para comer. Así que debemos ser agradecidos y gozar con lo que tenemos.

—¿Cómo sabes que hay chicos sin comida? ¿Los has visto?

—Lo sé y punto —le respondió.

Su hermano era pequeño para explicarle que en la calle no se hablaba de otra cosa que no fuera la huelga de la construcción y del hambre que había traído en las familias de Cuatro Caminos, Chamberí, Las Ventas y otras barriadas populares de Madrid. Porque así como existían los niños burgueses de las casas acomodadas de las zonas lujosas que salían a la puerta con sus niñeras —muchas, francesas— también estaban los chavales con hambre en Las Rondas, Vallecas y muy cerca, en las casuchas próximas al Manzanares. Ella había visto niños hambrientos repartiendo panfletos políticos a cambio de un bocadillo. Apenas Manolito creciera un poco tendría que ser educado y enseñado sobre las injusticias del mundo. Por ahora aprendería a comer salmorejo y a respetar la comida aunque no le gustara. Había muchos a quienes les faltaba.

Por esos días, el Socorro Rojo organizaba una actividad para recaudar dinero a fin de enviar alimentos a los campesinos de un pueblo que estaban muriendo de hambre. Claro que era un secreto a voces que la falta de comida provenía de la ausencia de trabajo porque los campos seguían sin ser sembrados. Sus dueños, que juzgaban excesivo el aumento, se negaban a pagarles las pocas pesetas que reclamaban los jornaleros. En el país existían más de dos millones de campesinos sin tierras, y sólo veinte mil personas poseían la mitad de los campos fértiles. Provincias enteras estaban en manos de un solo hombre.

Pedro, enterado por sus amistades de la actividad de la institución, le había avisado a María y ella se había anotado para colaborar en la recaudación de alimentos. La sociedad parecía un volcán a punto de estallar. Los pobres pedían comida, los ricos exigían orden, la izquierda se había organizado y la derecha, endurecido. Los militares se hallaban descontentos y listos para actuar; ya contaban con la venia de la Iglesia.

En la España de 1936 cada día se sumaba una nueva problemática de orden político y nuevos hechos de violencia. Ya nadie tenía paciencia con el otro —y viceversa—, y los dos bandos intransigentes pronto perderían los estribos.

Minutos después, María y Manolito comían en la mesa ubicada junto a la ventana, sentados en las únicas dos sillas que cabían en el lugar. Los domingos eran para disfrutar, y más en este caso en que, cuando bajara el sol, pasearían los tres por el Parque del Retiro. Pedro y Manolito, al fin, se conocerían.

María, tras varios encuentros y besos con Pedro, creyó que sería oportuno presentárselo a su hermano, así como enfrentar a Marcos para ponerlo al corriente de lo que estaba ocurriendo con el fin de no verse obligada a rechazar sus invitaciones gastronómicas. En un par de oportunidades, había logrado excusarse con el pretexto del trabajo pendiente y se había quedado sentada en su escritorio comiendo un bocadillo. Su razón era tan cierta como nulo su interés por pasar tiempo con Marcos. Si su jefe insistía, sería imprescindible abordarlo para aclararle que no quería ningún tipo de relación que no fuera la estrictamente laboral. Comprendía que Marcos, si había abrazado alguna esperanza, se desilusionaría, pero anhelaba que no lo tomara a mal. Sabía que de su humor dependía el trabajo que le daba de comer.

* * *

La mañana del lunes venía siendo especialmente difícil para María. Tras un domingo intenso, se

había acostado tarde. Pedro y Manolito habían congeniado bien —un alivio para ella— y disfrutaron del parque hasta la llegada de una agradable noche de verano, la que los animó a compartir la cena. Pedro los invitó a comer en un lugar bonito ubicado en las cercanías. Las horas se alargaron, demoraron el regreso y se acostaron pasada la medianoche, luego de controlar los cuadernos de Manolito y alistar la ropa para la escuela y el trabajo.

Esa mañana estaba cansada y para peor en la oficina había labores importantes por hacer. Los vinos no se vendían como Marcos esperaba y, empeñado en aumentar las partidas, deseaba realizar una oferta más agresiva. Para ello era necesario revisar la carpeta de cada comprador y confeccionar una lista con los posibles nuevos clientes. Pese al tiempo que le dedicaba a la tarea, María no podía concluir la debido a que Marcos la interrumpía constantemente con pequeños encargos.

A punto de terminarla, Marcos se acercó a su escritorio para pedirle que se presentara en su oficina, pues necesitaba que escribiera en la máquina la carta que le dictaría. María se levantó con pasos lentos, ocupó su lugar y se dispuso a tipearla. Tras varios errores mecanográficos, dejó de teclear y le dijo:

—Perdón, creo que necesitaré cambiar la hoja por una nueva.

—Es casi mediodía... Lo que necesitas es comer. ¿Vamos?

La frase fue una invitación a una de esas incursiones culinarias que tanto disfrutaba Marcos y que habían compartido en varias ocasiones.

—Gracias, comeré aquí.

—Pero... ¿qué te sucede?

—Estoy cansada.

Marcos se acercó y le tomó la mano. Ella se tensó.

—¿Crees que no me doy cuenta de que ya no quieres almorzar conmigo? ¿Y que tampoco me permites que te dé la mano? Por no hablar de cuánto hace que no me permites un beso... Te escapabas de mí...

—Nosotros no debemos besarnos, no somos nada.

—Pues yo creía que sí.

—Te pedí tiempo.

—Pues ya has tenido bastante.

—Justamente, me ha servido para tomar mi decisión. Marcos, tú me agradas, me gusta el empleo, compartir todo esto —dijo señalando las carpetas del escritorio—, pero una relación amorosa es otra cosa.

—¿Me rechazas? ¿Me dices que no quieres nada conmigo?

Marcos no lo podía creer, la idea no le entraba en la cabeza. Él era el jefe y ella, la secretaria. Cualquiera otra chica de las que trabajaban allí hubiera muerto por estar en la posición de María.

—Creo que es lo mejor. Los sentimientos que tengo por ti son de otra naturaleza.

—¡Mierda! ¡María! —se le escapó. Exasperado, molesto, no podía asumir que lo rechazara. Se disculpó—: Lo siento, no quise ser grosero. Pero lo que dices, sencillamente, no puede ser...

—He querido ser sincera contigo. Tú has sido muy bueno y...

—Retírate —dijo transformando de repente el trato en formal.

—Perdóname —pidió María sintiéndose culpable.

—Retírate —repitió con voz lejana y fría.

María se quedó helada. No le conocía esa faceta. Sólo lo había visto así cuando despidió a la señora encargada del salón de ventas.

Ella se puso de pie, salió de la oficina y regresó a su escritorio, en el hall. El temor invadió su

interior, pues Marcos podía despedirla de inmediato. Pero recordó aquella noche, la del discurso de los franceses, en que se había prometido a sí misma no volver a tener miedo de un patrón, de un jefe. Había asimilado la idea que su padre había intentado transmitirle: «La condición de seres humanos nos equipara más allá de la cuna donde hayamos nacido. Nadie puede mancillar nuestra honorabilidad». María asumió que la convivencia con Marcos sería difícil durante las próximas horas, pero se acomodaría con el correr de los días. Si ella actuaba bien, la vida tenía que devolverle la misma moneda.

Además, era inevitable ir contra la corriente del sentimiento que tenía por Pedro, con quien había entablado una relación maravillosa. Congeniaban, compartían ideas y sentían que el mundo desaparecía cuando estaban juntos.

Decidió continuar con el trabajo. Ese mediodía ni siquiera pararía para comer. Los nervios no le permitirían probar bocado. Enfrascada en la confección de las listas, vio pasar a Marcos y bajar las escaleras rumbo a la calle para comer... solo. No le dijo ni una palabra, ni siquiera la miró. Simplemente la ignoró, como si no estuviera allí. A María no le importó, sino que resolvió hacer lo mejor posible su trabajo.

Dolido, Marcos le pidió al chofer que lo llevara a su casa en lugar de Lhardy, donde había pensado almorzar con María. Necesitaba tranquilidad, un sitio donde pudiera sentirse querido para atemperar el ramalazo de su empleada. Su orgullo le había impedido poner en palabras su ira. Enamorado, había creído que entre ellos principiaba una relación. Sin embargo, se dio de narices contra un final abrupto. Se sintió muy mal, dolido.

* * *

Ese mediodía, Pedro salió del periódico contento tras recibir la paga por los últimos artículos. Y lo más importante: habían causado revuelo en la ciudad. No había café, salón o tertulia donde no se comentaran sus argumentos sobre la responsabilidad de las clases pudientes dentro de la sociedad y que, de su decidida participación, dependía la construcción del país. Su firma en los artículos, asociada a una familia con un apellido vinculado a la derecha, llamaba la atención. En algunos círculos se preguntaban si este Díaz Montero era hijo de don Federico. Y muchos, al saberlo propietario de la jamonera, se llevaban un buen chasco. Pero allí radicaba la finalidad de sus escritos: que la gente comprobara que se podía romper con el *statu quo*, que era posible cambiar de mentalidad. «Cambiar», «cambiar», qué palabra tan sencilla y qué difícil de implementar.

En el Socorro Rojo estaban haciendo una gran tarea al respecto. Pedro pensó en María, en su decidida participación para colaborar, y se puso contento. Y más aún al recordar que esa tarde recibiría la visita de ella y Manolito, a quienes había invitado para merendar en su apartamento con la excusa de que lo conocieran. Para agasajarlos, cuando saliera de la Casa del Pueblo, pasaría por la pastelería La Duquesita, de la calle de Fernando VI, que le garantizaba la mejor tarta de chocolate, la debilidad del pequeño. Querer a María incluía, también, querer al niño porque juntos formaban un nudo indisoluble, una piña. Después de todo lo que habían pasado juntos, no podía ser de otra manera.

* * *

En la residencia de los Díaz Montero se vivía una jornada de paz y amor. Don Federico, que, ya sin yeso, iba mejorando del golpe, leía tranquilamente en la sala los tres periódicos de siempre: *El Debate*, por la orientación católica y de derecha, su predilecto; y *El Liberal* y el *ABC*, para conocer qué publicaba el bando contrario. Últimamente, había sumado el diario gráfico *Ahora*, cuya imparcialidad se desdibujaba en un oprobioso apoyo al gobierno.

Al lado de Federico, Encarnación bordaba un mantel y Anita, las servilletas. Trabajaban juntas haciendo vainillas y puntos complicadísimos para el ajuar de la joven. Faltaban pocos meses para la boda y Encarnación quería que ese mantel estuviera listo para cuando su hija se fuera de la casa.

Luego de una lectura meticulosa de *El Debate*, don Federico ojeó *El Liberal*. Al pasar las páginas, le llamó la atención ver su apellido en la firma de un largo artículo. Increíblemente, miró y confirmó que lo había escrito Pedro. Carraspeó.

—¡Hostia! —exclamó y se acomodó mejor los anteojos. El título a cinco columnas lo puso nervioso: «LA RESPONSABILIDAD DE LOS RICOS».

Encarnación lo percibió pero no dijo nada. Esa era una expresión propia de su marido cuando leía el diario. Anita ni siquiera se percató; seguía luchando por deshilar la tela para lograr la vainilla.

—Madre, no crees que deberíamos empezar a elegir el vestido de novia.

—Podemos comenzar esta semana. Pensaba que fuéramos a...

Encarnación no pudo terminar la frase porque Federico, que llevaba cinco minutos concentrado en la lectura, la interrumpió con un grito desahogado:

—¡Me cago en la leche, en la hostia y en la Santa Iglesia Católica!

—¡Por Dios, Federico, no puedes hablar así! —le reprochó Encarnación que, abandonando su tarea, le preguntó—: ¿Qué puede ser tan terrible para que blasfemes de esa manera?

—¡Pues tu hijo! ¡Pedro acaba de escribir un artículo donde nos critica abiertamente a todos!

El rostro de Encarnación se llenó de inquietud mientras se persignaba.

Él continuó leyendo pero Encarnación ya no puso sus manos en el bordado sino que se dedicó a controlar el rostro de su marido. Podía ver que Federico cada tanto se rascaba la cabeza y refunfuñaba. Sus pies, que siempre se movían solos por el Parkinson, ahora lo hacían a un ritmo frenético. Se preocupó y, ensimismada en el movimiento de los zapatos de su esposo, no pudo prever el nuevo grito que la sobresaltó.

—¡La madre que nos parió! No puede hacernos esto, seremos el hazmerreír de todos nuestros enemigos. O peor aún: nuestros conocidos pensarán que compartimos sus opiniones y tomarán represalias contra la familia. ¡Estas son épocas muy peligrosas! ¡Maldito chaval!

—Papá, te lo tomas a la tremenda... si es sólo un artículo y mañana será otro día.

—¿Que no me lo tome en serio? ¡Ya verás qué dirán tus suegros, Anita! Pedro no entiende que no se puede llevar el apellido Díaz Montero y andar por ahí escribiendo sandeces.

Inquieta, la chica frunció la cara; no se le había ocurrido pensar en cuánta molestia podía causarles la opinión de su hermano. Pero su padre tenía razón.

—Son cosas de jóvenes —terció Encarnación para calmar los ánimos.

Pero lejos de serenarse, don Federico señaló:

—¡Mujer, mujer... le hemos dado demasiada libertad cuando teníamos que ajustar la rienda!

—Pedro es un hombre, ya no se lo puede corregir.

—Ah, claro, cuando te conviene dices que es un joven, y cuando no, lo transformas en un hombre. ¡No lo defiendas!

—Cálmate o te pondrás malo —le pidió Encarnación. Hacía mucho que no veía en ese estado

a su esposo. Él ya no se enfurecía ni se entusiasmaba por nada. El artículo realmente lo había conmocionado y afectaba su frágil salud.

—No me calmaré, mujer. Y bastante culpa has tenido tú en esto, porque te lo has pasado condescendiéndolo.

—¿Yo...?

—¡Pues claro! Tendríamos que habernos puesto firmes cuando era un niño y traía a casa al hijo del fontanero para que le diéramos chocolate con churros. ¿O ya no te acuerdas?

—Lo recuerdo. Pero Pedro siempre fue un niño piadoso y eso no es malo. Aún hoy se preocupa por los demás.

—¡Coño! ¡Es que no entiendes! Él ya no es piadoso, ¡es republicano...! Si ya no se ha hecho comunista...

Encarnación volvió a persignarse.

—Padre, ¿te parece que hablemos con los Osuna? —dijo Anita refiriéndose a sus suegros, preocupada por las consecuencias que podría depararle el artículo.

—Pues que antes me maten. No pienso andar ventilando con nadie lo que escribió tu hermano.

—¡Pero pueden tomarlo a mal! —se quejó ella.

—¡Ya, ya, anda, Anita, acábala!

—Pero si tú mismo fuiste quien dijo que ellos podían molestarse... ¡Y ahora no quieres hacer nada!

—Mira, niña, déjalo estar. Cuando me enfermé, prometí desentenderme de este tipo de problemas. Sólo que Pedro, aj... me saca de las casillas —dijo y tiró al suelo el diario del artículo. Se quedó con *Ahora*.

Anita dejó los hilos, las agujas y explotó:

—¿Será posible que vuestra consideración sea para mis hermanos?! Ni siquiera ahora que estoy por casarme me prestan atención.

Su madre intentó calmarla:

—Pero, Anita, ¿qué dices..., niña?

—Estoy harta, quisiera haber nacido varón para llevar adelante la jamonera o para escribir artículos. Así, al menos, me tendrían en cuenta.

—Hija, quédate tranquila, pronto prepararemos tu fiesta —prometió Encarnación.

—¿Cómo vamos a prepararla si ni siquiera podemos hablar del vestido? Siempre están de jaleo con los gemelos. Porque cuando no son sus peleas, son los grandes negocios de Marcos, o las ocurrencias rebeldes de Pedro. —La muchacha terminó la frase y, poniéndose de pie, comenzó a buscar la salida rumbo a su cuarto. Desde la puerta de la sala, mientras lloraba, gritó—: ¡Debería convertirme en republicana, como Pedro! ¡Al menos así podría hacer algo con mi vida además de casarme!

Con tantos cambios en el país y en su entorno, a ella no se le hacía fácil encontrar su lugar. Dos caminos se abrían: ser una mujer como lo habían sido su madre y su abuela, o cambiar completamente sus ideas y transformarse. Sabía que podía hacerlo, pero no se sentía preparada para pagar el precio de dejar de ser una niña mimada que sólo tenía que preocuparse por vestidos, salidas y un futuro marido.

Ella había visto cómo las republicanas abrazaban la causa, dispuestas a todo, y se granjeaban el respeto más allá de su sexo. La opción le resultaba atractiva.

—¡Putá madre! ¡Lo único que nos falta! —sentenció don Federico y, doblando el ejemplar de *Ahora*, comenzó a darse aire con el periódico durante unos instantes.

—¿Te sientes bien?

—No lo sé, mujer, me late muy fuerte el corazón.

La última frase fue el detonante para que Encarnación se levantara de la silla, fuera por Aída, le pidiera que trajera al doctor, y en la casa se desatara una parafernalia de corridas, controles médicos y remedios.

El revuelo terminaría dos horas después con Federico descansando en cama y la recomendación del médico de no darle disgustos. Anita había vuelto por un rato para ayudar, pero luego se había encerrado nuevamente en su cuarto.

Encarnación, agotada física y emocionalmente, se tendió en el sillón de la sala. Cuca se condeolía de ella:

—Señora, ¿quiere que le prepare algo de beber?

—No, Cuca. Sólo necesito descansar.

—¿Por qué no se va un momento al patio? Seguramente le hará bien —le sugirió la mujer. No había mal que ese lugar no le quitara a Encarnación.

—Tienes razón, Cuca —reconoció.

Con el último vestigio de energía que le quedaba, caminó hasta la puerta de la sala y salió. Afuera, miró el cielo celeste y respiró hondo; siempre la recibían perfumes agradables y coloridos extraordinarios. Aspiró y pudo sentirlos, aunque los había menos. La peste seguía invadiendo sus plantas y ella no podía contrarrestarla. Los pulgones habían penetrado en el patio por los rosales y de allí siguieron extendiéndose a las demás plantas. Se acercó para controlar sus rosas y entonces lo descubrió: los pocos rosales que el día anterior había visto vivos, ya no lo estaban. Todos, absolutamente todos, habían muerto.

Observó el ejemplar de las rosas de Provenza que su madre le regaló para el casamiento, su preferido por el bonito color rosado, y supo que también había sucumbido.

—¡Dios mío, qué pena tan grande! —exclamó en voz alta.

Y sentándose en el banco, se tomó la cabeza con las manos y comenzó a llorar amargamente.

Con esas rosas se habían ido para siempre los recuerdos de su juventud. Pensó en la discusión con Ana, en la enemistad de sus hijos, en la salud de su marido y sintió que una negrura se había desatado en el cielo de su casa, algo que escapaba de su control. No se trataba sólo de su jardín sino de algo mayor y muy malo que estaba ocurriendo. Lo podía sentir en el aire. Sus plantas y la tierra lo percibían; por eso no podía ganarle a los pulgones. ¿Acaso la fulminante aparición de la peste se relacionaba con la debacle del país? Lo que fuere, su pobre jardín sufría la reverberación de la caída, como si el eco de esa negrura traspasara la tierra y llegara a las raíces.

Se hallaba llorando cuando le pareció escuchar la voz de Marcos. Le llamó la atención, no era común que regresara para almorzar. Bueno, al menos comerían todos juntos. «Sólo falta Pedro», pensó con su doliente corazón de madre. A través de la ventana vio el rostro de su hijo recién llegado. Él tampoco lucía muy bien. Iba serio, casi amargado.

* * *

María y Manolito, sentados a la mesa del comedor del departamento de Pedro, lucían sus mejores ropas: ella, ataviada con un vestido blanco con lunares; y su hermano, con un impecable conjunto de marinerito. La ocasión lo merecía: habían sido invitados a merendar en la casa de un Díaz Montero. María le había dado tantas recomendaciones sobre cómo comportarse, que el pobre niño no se movía de la silla por miedo. No recordaba qué estaba permitido y qué prohibido. Sus ojos claros sólo se centraban en el tartín de chocolate que tenía ante sus ojos sobre la mesa y que Pedro

al fin partía para servir en los platos. María nunca había visto una delicia de esa naturaleza con semejante decoración. «Una obra de arte», reconoció.

—Mira, Manolito, que la pedí de chocolate sólo por ti, eh... —dijo Pedro haciéndole un guiño.

El niño sonrió y extendió las manos para recibir el plato con la doble porción que le daba Pedro.

—Gracias por invitarnos —dijo María.

—Gracias a ti por haber venido —dijo él.

Sus ojos de hombre enamorado lo delataron: si la chica hubiera tenido cien hermanos, él, gustoso, los hubiera invitado a todos a comer la torta que le pidiesen. Aunque reconoció que deseaba estar a solas con ella. Se besaban esporádicamente y en la calle, con apuro. Pero aun así se sentía radiante. Llevaba varias semanas cerca de María y podía decir por primera vez que conocía la felicidad. La soledad que solía acompañarlo había desaparecido por completo permitiéndole ingresar en un estado de paz que, por pleno, lo ponía en alerta.

Comieron la tarta mientras hablaban acerca del libro de Pedro, pues a María la lectura le había despertado varios interrogantes. Luego fue inevitable mencionar detalles de la casa. Pedro se disculpó por lo elemental del lugar, pero María, inclinada a valorar los ambientes bonitos, lo encontraba, a pesar de lo pequeño, muy fino. Admiraba la mesa, el mantel, la vajilla... y otros objetos que contrastaban con el lienzo barato, los cubiertos de diferentes procedencias y dos tazas cascadas y desiguales que ella tenía en su cuarto de la casa azul. Resultaba imposible que fuera de otra forma, pues todo su dinero iba a la comida, la ropa y el alquiler. Evidentemente, ella y Pedro tenían prioridades muy diferentes, reflejo de sus orígenes. María le agradecía a su padre las enseñanzas legadas y su insistencia para que realizara estudios formales, dos puntales que, ahora, le permitían hablar con Pedro de igual a igual, y entenderse. La cultura siempre sería un noble vehículo de comunicación más allá de la posición social que otorgara el dinero. «Se puede ser pobre, culto y digno», afirmaba su padre.

Los dos podían conversar sobre la actualidad política y social, ampliar los temas que sobrevolvaban en las tertulias, que se exponían en las tribunas de los periódicos o que se hablaban en la Casa del Pueblo. Les gustaba enzarzarse en largos debates desde puntos de vista diferentes aunque había algo muy fuerte que los unía, que los trascendía: ellos compartían idénticos ideales.

Cuando charlaban sobre la actividad de María en el Socorro Rojo, Manolito los interrumpió:

—¿Puedo ponerme de pie? —preguntó cuando terminó su segunda porción de tarta. Las recomendaciones de su hermana lo mantenían atado a la silla.

María y Pedro se rieron.

—Sí, claro —le respondió Pedro.

Una vez de pie, Manolito volvió a preguntar:

—¿Puedo ver los libros? —señaló la biblioteca. Desde su sitio había alcanzado a vislumbrar algunos volúmenes infantiles.

—Ve y toma el que te apetezca —le sugirió Pedro.

Manolito fue hasta la biblioteca y sacó los libros que le interesaban, los llamativos de figuras coloridas.

—¿Son tuyos? —le preguntó el pequeño a Pedro.

—Sí, de cuando era un chavalín.

El chico se sentó en el suelo junto a la biblioteca y admiró el tesoro que tenía junto a sus pies. En su casa sólo había dos libros de niños, los que leía y releía.

—Si quieres, puedes llevarte algunos a tu casa... Este de aquí, este... ¡Ea! Este también —

propuso Pedro señalando varios más, que eran los que estaba dispuesto a dar al tiempo que le comentaba a María que sentía un apego especial por ciertos ejemplares y que deseaba conservarlos en su biblioteca, quizás, hasta viejo.

—Oh, claro... Te entiendo. Esos libros son para ti algo así como la bolsa de recuerdos para mí.

Los dos rieron. La recuperación de aquel petate los había unido entrañablemente. Y, mientras recordaban las circunstancias, Manolito exclamó contento:

—¡Gracias, Pedro!

En la mesa, al escuchar la felicidad del niño, sonrieron con la complicidad de saberse unidos por un momento de plenitud.

Pedro, de pie junto a ella, le dijo:

—Ven, María, que también tengo algo para ti.

La condujo de la mano hasta un mueble que había en el hall y, mientras él buscaba en los cajones, ella miró de reojo el dormitorio de Pedro. Desde donde estaba, observó la misma austeridad y los detalles de estilo del resto de la casa. Su cama grande tenía un edredón azul. La mesa de luz sostenía una lámpara que, estaba segura, era de estilo francés por el colorido *vitreaux*.

Ensimismada en los detalles, la voz de Pedro la pilló distraída.

—Toma, esto lo he comprado para ti —dijo y le extendió una bonita caja de color lila.

Ella, que no esperaba un regalo, lo abrió sorprendida.

—¡Pedro, qué hermosos!

—Te los compré en La Violeta.

María sabía bien de dónde provenían esos bombones fabricados con flores de violeta. En más de una ocasión, había pasado por el romántico frente de la bombonería de la plaza de las Canalejas y, admirando el escaparate, se había permitido soñar con una de esas bonitas cajas. ¡Qué muchacha no querría una! Sobre todo ella, que gustaba de los objetos delicados.

Observó los dulces color lila con forma de flor y los pétalos tentadoramente azucarados que, dentro de la caja adornada con cintas de tela de seda, se ubicaban, uno al lado del otro, separados por delgados papeles. Ella, que jamás había tenido entre sus manos nada semejante, que nunca nadie le había obsequiado nada —salvo sus padres para los cumpleaños—, se emocionó al ver esa caja tan fina, tan bella y, seguramente, tan cara. Alguien la había comprado pensando sólo en ella.

—Pedro... —alcanzó a decir y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—María, ¿por qué te pones así? Se supone que son para que te alegres y te des un buen atracón —dijo sonriendo.

—Me gusta el regalo... —intentó, en vano, explicarle lo que sentía.

Pero Pedro la miró con sus ojos oscuros y penetrantes y pudo adivinar lo que pasaba por su mente. La abrazó con cariño y la tuvo así durante un largo rato.

—María, te quiero... Te quiero y cuidaré de ti... Tranquila, María —la contuvo—, que nos aguardan muchos momentos felices. Lo malo ya pasó.

María lloraba.

Él la besó en la boca y todo su ser sintió amor por ella. Su cuerpo de hombre la deseó y su corazón la adoró.

María pudo sentirlo. Se conmocionó.

Se dieron un beso largo olvidándose por unos momentos de la presencia de Manolito.

—María, quiero que seas mi novia. ¿Aceptas?

Lo miró con amor y no dudó la respuesta.

—Sí.

Pedro volvió a besarla en la boca, pero esta vez más corto. Luego le echó el cabello hacia atrás y, mientras se contemplaban, le secó las lágrimas y le acarició el rostro. Ahora eran el uno del otro.

La realidad, poco a poco, se hizo presente. Si formalizaban un noviazgo, había situaciones por enfrentar.

—¿Tú crees que nuestra relación provocará problemas en la jamonera? —preguntó Pedro, que sabía bien cuán difícil podía llegar a ser Marcos. Además, los gemelos sumarían un nuevo objeto de disputa.

—No lo sé.

—¿Quieres que hable con Marcos? —se ofreció a interceder.

—No —respondió terminante.

—¿Por qué? Él tendrá que entenderlo. Al fin y al cabo, es mi hermano y mis sentimientos están de por medio.

—Aun así, lo mejor será que hable yo.

—¿Seguro que prefieres eso? —preguntó extrañado.

—Pedro, debo confesarte que él ha tenido un cierto interés en mí.

El muchacho no podía creer lo que oía. La dejó continuar.

—Nunca me hizo una proposición formal, pero...

Pedro explotó:

—¿Pero has tenido algo con él?

—Marcos nunca me pidió que fuera su novia pero solíamos almorzar juntos. Desde el principio le aclaré que no me sentía preparada para mantener una relación.

Su mente de hombre fue más fuerte.

—¿Te besó?

—Sí, algún tonto beso... al principio —reconoció aunque más de una vez se había arrepentido de habérselo permitido.

—¿Sientes algo por él?

—¡No, claro que no! Eso sucedió hace mucho, cuando aún no te conocía. Marcos sabe que no lo quiero y que entre nosotros no habrá nada. Se lo he dicho claramente —explicó agradeciendo haber hablado con su patrón.

—Está bien, eso es lo único que me importa —dijo Pedro.

Con su tono de voz intentó que le quedara claro que no la torturaría por lo que le había contado. Entendía que pertenecía al pasado y no había sido importante. Ya no hablarían más del asunto, no tenía sentido. Podía ver en los ojos de María y sentir en sus besos que ella lo quería. Y respecto a Marcos, lo peor que podía pasar era que quisiera despedirla; en tal caso, él mismo le buscaría otro empleo. Se lo explicó en pocas palabras para tranquilizarla y ella, calmada, se lo agradeció.

—De todas maneras, hablaré cuanto antes con Marcos para que sepa que hay alguien más en mi vida —dijo María con seguridad.

—Maneja los tiempos como quieras pero en algún momento tendrás que decírselo. Sobre todo, porque es mi hermano.

La opinión de Marcos no le importaba demasiado, pero María trabajaba allí y quería evitar malentendidos. Además, él tenía planes. Se los comentó:

—Imagínate que quiero llevarte a mi casa para que conozcas a mis padres.

—Tienes razón, pero ¿sabes...? Ya conozco a tu madre.

Pedro la miró sorprendido. Esa tarde María era una verdadera caja de sorpresas. No estaba muy seguro de si eso le gustaba o no.

—¿Cómo sucedió?

—Una vez acompañé a tu hermano para buscar la llave del depósito y me la presentó.

Pedro no quiso preguntar más pero, por si aún no había entendido, le aclaró:

—Lo que yo digo es que quiero llevarte y presentarte como mi novia.

No le importaba si Marcos la había llevado por una diligencia. Él pretendía otra cosa.

—Me hace ilusión...

María y él se besaron hasta que la voz de Manolito los volvió en sí. El niño los observaba.

—¿Son novios?

Los dos se miraron y rieron.

—Sí —respondió él y María asintió con la cabeza.

Manolito los escrutó destemplado.

—María, no me has contado... —le reprochó.

Ella se soltó de Pedro y fue hasta el niño mientras le decía:

—Pedro me acaba de pedir que sea su novia —explicó cómo había nacido la relación. Amaba a su hermano y no quería por nada del mundo que se sintiera relegado.

Pedro la oía atentamente, le gustaba su transparencia, tal como había sido cuando le contó lo de Marcos. Esperaba que ese acercamiento que había tenido con su hermano alguna vez no les trajera ningún problema.

Marcos y él nunca coincidían en nada; esta, era una de las pocas veces en que lo hacían. ¿Sería una mera casualidad que ambos se hubieran fijado en María? No lo creía. Al fin y al cabo, eran gemelos; y ella distaba mucho de las típicas chicas con las que tenían contacto.

María y Manolito agradecieron sus obsequios y, al caer la noche, se marcharon. Ella llevaba una consigna inamovible. Al día siguiente debía comunicarle a Marcos que en su vida había otra persona: Pedro.

Había dos opciones: que lo tomara bien o que lo tomara mal. En el primer caso, la relación continuaría con cierta normalidad; en el segundo, sería muy probable que la dejara sin trabajo. Ante esta situación, Pedro tendría que ayudarle a encontrar otro empleo. Si bien Madrid se hallaba revuelta y alterada, estaba segura de que él tenía suficientes contactos como para sortear la contrariedad del despido.

María, inocente, no imaginaba el centenar de alternativas que podrían presentársele en tan sólo un mes. La vida en Madrid cambiaba a pasos agigantados.

Saturnino Moratín

A las nueve de la noche, el cielo de verano de Madrid todavía presentaba claridad. Saturnino había tenido una jornada larga, bastante más prolongada que la habitual, y acababa de dar por terminada su faena en el baño del último de los tres locales. Ese día, los trabajos se le fueron retrasando porque muy temprano se había presentado en la oficina del sindicato para averiguar cómo debían tratarlo en la taberna Los Toros. Además, durante el estío, el calor insoportable provocaba que las labores se hicieran con lentitud.

Cansado y acalorado como se hallaba, hubiera preferido quedarse en la corrala para descansar. Pero ahí estaba, camino al descampado que había al final del Portillo de Embajadores, camino al Manzanares, donde se encontraría con sus amigos para practicar puntería. Este asunto

de la pistola —se lamentó— le quitaba tiempo a su descanso, situación que se repetía, dado que Chicho —el único que sabía usarla— se había compenetrado con la misión de enseñarles a disparar.

Saturnino, con el arma en el bolsillo, y a metros del descampado, supo dónde se encontraban sus amigos. El estampido de los disparos lo guiaba con exactitud. Pensó que los vecinos de la zona seguramente también oirían el ruido, pero comprendió que a nadie le importaría escuchar unos disparos en la convulsionada Madrid sobre la que, a cada minuto, caía la noche.

Al lado de sus amigos, Saturnino divisó que apuntaban contra una tabla grande, improvisada diana. Chicho y Miguel, aturdidos por los fognazos, no notaron su presencia. Cuando lo descubrieron, le dijeron:

—Saturnino, apúrate, ven a probar, que queda poca luz.

—Hala, hala, ven...

—Queremos ver cómo anda tu pulso —añadió Miguel, decepcionado por su puntería. Sus manos y sus ojos se dirigían al sitio indicado, pero la bala se iba a otro, muy diferente al elegido. Una sola vez había acertado al blanco; el resto de los proyectiles siguió de largo.

Saturnino sacó el arma del bolsillo y, sin preámbulo, disparó. La fuerza de la pistola le desvió la muñeca y la bala se perdió entre los hierbajos. Chicho y Miguel lanzaron una carcajada. Intentó una segunda vez y dio en el centro.

—¡Bien, chaval! ¡Eres bueno! Casi tanto como yo —dijo Chicho que, si bien tenía cierta experiencia con armas, era más engreído que experto.

Durante un rato los tres muchachos se dedicaron a disparar. Luego, ante la noche cerrada, decidieron conservar las pocas balas que les quedaban y emprender el regreso a la corrala.

—Podríamos dar una vuelta por la Gran Vía... ¿quieren...? —propuso Miguel, que era el que se levantaba más tarde.

—Yo no iré, mañana temprano debo trabajar —se atajó Saturnino, que ese día se hallaba especialmente cansado.

—Yo también debo trabajar —comentó Chicho para empardar los tejos.

—Tú le ayudas a tu tío... Si vas medio dormido, no te dirá nada, pero en cambio a mí... —se justificó el muchacho.

—¿Sabías, Saturnino, que eres muy, muy aburrido? —le espetó Miguel.

Saturnino lo empujó fuerte y, riendo, le apuntó con el arma. Miguel, en señal de defensa, hizo lo mismo al tiempo que le dijo:

—¡Bang, bang!

Llevaban la muerte entre sus manos, pero, inconscientes, no le temían, sino que la desafiaban. Porque los tres, ante la escena que componían, comenzaron a reír divertidos mientras avanzaban por el descampado hasta dar con las luces de los coches que pasaban por la ronda de Atocha. Madrid, mitad pueblo, mitad gran ciudad, empezaba a transitar sus horas nocturnas. Los tres muchachos comenzaban a marchar hacia la etapa más negra de sus vidas.

* * *

Saturnino se acostó cansado, como siempre, pero un haz de entusiasmo lo atrapó justo antes de dormirse: al día siguiente vería a Noemí. Él, que había salido con otras chicas —incluso, algunas mayores—, en el último tiempo había perdido interés en todas. Sólo Noemí ocupaba su cabeza.

Los encuentros esporádicos no lo desalentaban; al contrario, encendían su deseo de verla. Los

días señalados de la semana en que la chica se presentaba en el mercado de la Cebada con la instrucción de sus patrones de aprovisionarse de los productos frescos que llegaban desde Toledo, Saturnino corría calle arriba tras finalizar sus labores en Los Toros para verla. Algunas noches, cuando Noemí se animaba a ausentarse de la residencia, asistían a las reuniones que se celebraban en la Casa del Pueblo.

Saturnino pensó en ella y un sueño tranquilo lo venció. Soñaba que tenía un buen trabajo y que ganaba lo suficiente para invitarla a comer en la taberna Carmencita.

CAPÍTULO 13

LA VIOLETA

*La Violeta es una casa que elabora artesanalmente
caramelos con la flor de la violeta.
Está ubicada en plaza de Canalejas 6.
Fue fundada en 1915, y tiene una fachada
con una vidriera que transporta a otra época,
igual que el interior, con su mostrador
y lámpara antigua de cristal.
Los caramelos tienen la forma de la flor,
son de color morado y están hechos
con esencia de violeta.
Es anécdota que el rey Alfonso XIII
los compraba para su esposa, la reina
Victoria Eugenia, y para su amante,
doña Carmen Ruiz de Moragas.*

Madrid, 2014

Rafa cruzó la calle y, al saberse a pocos metros de la plaza de Canalejas, decidió aprovechar y pasar por la casa La Violeta, donde compraría algunos caramelos especiales para llevarle a la madre de Lola, que esa semana lo esperaba. Su jefa le había conseguido un encuentro con la mujer que, aunque viejita, decía que estaba lúcida para hablar de lo que fuera; tal vez, podría brindarle algún dato sobre su abuela María.

Al conocer que esperaba un hijo con Alba, Rafael se sentía aún más movilizado para desentrañar la historia de su abuela en España. Desde que le dio la noticia del embarazo, un mes atrás, Alba y Rafael no se habían separado ni un día. De lunes a viernes vivían en Vallecas y los fines de semana se instalaban en Diego de León. Todavía no le habían contado a nadie, pues aguardaban a que se cumplieran los tres meses para estar seguros de que el embarazo marchaba sin contratiempos. Rafa suponía que su regreso a la Argentina estaría supeditado al nacimiento del bebé, lo que atrasaba sus planes y dilataba el reencuentro con Facundo, asunto difícil que debería abordar con el niño. Indeciso, sin encontrar el momento preciso para contarle la novedad, dejaba que el embarazo avanzara. La idea de un hijo lo emocionaba y lo ponía contento, pero a veces lo aterrizzaba, sentía que estaba traicionando a Facundo al tiempo que, dada su situación, asumía que se trataba de una locura concebir otro hijo. Entonces, para desterrar fantasmas, recordaba nuevamente la frase de su abuela María: «No importan las circunstancias, un hijo es una bendición».

La actividad laboral de Rafa seguía igual: por la mañana trabajaba en La Bellota organizando

el museo que pronto sería inaugurado; por la tarde continuaba cantando en el metro; y los fines de semana los repartía entre las clases de piano a Pepe, y las presentaciones en el restaurante Baires y en los pueblos donde lo mandaba Paco. Claro que después de las primeras actuaciones había comenzado a demorarse en los pagos. En ese momento, le debía el importe equivalente a dos shows, y cada vez que Rafa le preguntaba por el dinero adeudado, el representante prometía cancelarlo la semana siguiente.

Debido a este percance, había sopesado la posibilidad de rechazar el próximo evento en Almadrones. Pero como Pepe no estaba al tanto e insistía con verlo en el escenario, había terminado aceptando.

—¡Tengo que verte en vivo, chaval! —había dicho el viejo.

Rafa cruzó la calle e ingresó a La Violeta. De inmediato se sintió transportado a otro siglo; sus antiguos escaparates, la lámpara de cristal, la báscula añosa lo hacían sentir parte de una película del siglo pasado. En otras oportunidades había pasado frente a la tienda pero nunca había entrado, y ahora, que se hallaba ante el mostrador y apreciaba los caramelos color lila con forma de flor de cinco pétalos azucarados y tentadores, se le ocurrió que sería buena idea llevar dos latas: una para la viejita que visitaría y otra para Alba.

Compró dos pequeñas para asegurarse de que le entraran en la mochila porque luego iría a cantar al metro.

* * *

Un rato después, en los pasillos de la estación, Rafa se cruzó con Papi, el mantero senegalés al que le había comprado la cazadora y con el que alguna vez había charlado. El hombre de color, después de ofrecerle sus productos, le dijo que ese día, a pesar de que era temprano, ya regresaba a su casa porque sentía que estaba ocupando demasiado tiempo en ganarse la vida y no la estaba viviendo. «Ganarme la vida hace que la pierda», comentó sonriendo, en un buen español.

La frase dejó a Rafael sensible y meditabundo. En cierta manera, tenía razón. El pensamiento lo llevó a distinguir ciertas conductas humanas que no solía considerar. Esa jornada, por ejemplo, miró el mar de gente que pasaba por el pasillo del metro en la hora pico y se preguntó: «¿Qué sucedería si un día todos los seres humanos de una gran ciudad nos rebeláramos y no quisiéramos salir de nuestras casas para cumplir con las obligaciones diarias? ¿Qué pasaría si todos al mismo tiempo decidiéramos abandonar los senderos de hormiguitas que recorremos cada día, como lo acaba de hacer Papi?».

En tal caso, razonó, el mundo y los sistemas que se conocían se derrumbarían porque no habría quién maneje los aviones, ni quién venda comida, ni quién atienda los hospitales... Se desataría la anarquía. Concluyó que si todos se rebelaran al mismo tiempo los seres humanos vivirían en el caos total.

Meditando estas cosas profundas comprendió que, desde que sabía que un hijo suyo venía en camino, muchas veces se encontraba contemplando la vida diaria con una mirada nueva y profunda que le permitía descubrir escenarios a los que antes no les prestaba atención, como el de los yonkis y su vida triste y miserable. Sensibilizado, también podía distinguir que las señoras madrileñas mayores siempre estaban atentas a las canciones que él interpretaba y dispuestas a entregarles sus euros, tanto a él como a quien necesitara ayuda en el metro; podía ver que los oficinistas viajaban hastiados de sus vidas y encerrados en sus propios problemas.

Esa tarde recordó el día en que Rumen le dijo —con razón— que el metro era de todos

porque, si dejaba de lado su ojo acostumbrado y observaba con detenimiento, encontraba que, más allá de los pasajeros y de los músicos, en los subsuelos y vagones podía toparse con una serie de personajes extraños que se repetían cada día y que sentían como propio el metro. Allí estaba Tortuguita, un rumano que mendigaba porque tenía las manos y la cara dañados por una quemadura de ácido que, según contaba para sospecha de sus oyentes, había sido fruto de un accidente de trabajo. O las rumanas embarazadas que con voz lastimera repartían papelitos explicando su situación de indigencia. O el paralítico serbio que mostraba sus piernas de hierro arremangándose los pantalones. O el rumano que no tenía brazos y pedía que le echaran monedas en el tarrito que llevaba en su boca, apretado por sus labios.

Gente, gente y más gente que con sus miserias trataba de llamar la atención en esa vidriera viva llamada «metro», personas que buscaban la moneda que lograra mitigar sus congojas. Porque cada ser humano cargaba con sus propios dolores y debía enfrentar los que le tocaba.

A varios kilómetros de allí, Alba pensó lo mismo y decidió entrar a la oficina de su padre lista para enfrentarlo. Acababa de pasar por el museo donde, después de hurguetear la caja azul, había encontrado la foto de María Álvarez con los hermanos Díaz Montero.

Desde que le había comunicado a su papá que estaba en pareja con un argentino que trabajaba en su empresa, Alba evitaba coincidir con los horarios de Rafa para no despertar ninguna suspicacia en Daniel. Por otro lado, también había prescindido de reproducirle a su novio las frasecitas hirientes que le largó aquel día: «¡Siempre lo mismo contigo, Alba! Teniendo acceso a todo lo mejor, eliges lo peor». ¿Para qué contarle semejante comentario punzante?

Alba ingresó a la oficina de su padre con la foto en la mano.

Daniel Díaz Montero, sentado frente a su escritorio, levantó la vista de los papeles, deslizó sus gafas hacia la punta de la nariz y miró a su hija.

—¿Vienes a hablar de la campaña? ¿O a darme alguna de esas terribles noticias a las que ya me tienes acostumbrado? Porque si me das a elegir, prefiero lo primero.

—A ninguna de las dos cosas. Necesito mostrarte algo y que me digas qué sabes.

Alba le extendió la foto.

Daniel la tomó y la escrutó durante unos segundos. Luego expresó:

—Es mi padre, su hermano y una secretaria de La Bellota.

—¿Sabes algo de esa chica?

Daniel levantó la vista y, quitándose los lentes, preguntó:

—¿Por qué?

—Estamos eligiendo fotos y necesitamos nombres y anécdotas. Ya sabes...

—«Estamos...» ¿Así que ahora estás ayudando en el proyecto del museo? —lanzó sarcástico.

—Sí, sólo un poco.

—Tengo que reconocer que el tío argentino logra cosas que yo no.

—Obvio —contestó Alba comenzando a fastidiarse. No quería pelear pero parecía inevitable, pues no se quedaría callada.

Por suerte, su padre no la oyó, sino que, entretenido, observando de nuevo la foto, conjeturó:

—Mira, el nombre de la chica rubia no lo sé, pero ten por seguro que estará registrado en las nóminas de empleados, en algún viejo listado. Tengo entendido que ella fue la causante de cierta enemistad entre los hermanos Díaz Montero. Parece que por esos tiempos los gemelos tenían interés en la muchacha. Al menos, eso solía comentarse, tú sabes, chiticallando en reuniones familiares.

Daniel siguió mirando la foto y Alba, incontinentemente, preguntó:

—¿Ambos tenían interés? ¿Qué más sabes de eso?

—Nada más. El resto es historia familiar y la conoces.

—Pero alguien debe saber.

—Pues los dos hermanos ya están muertos. ¿Dime, Alba, por qué coño te interesa esta historia?

Ella no respondió la pregunta, sino que anunció:

—Me voy... Debo continuar trabajando con la campaña.

—Tenemos que hablar de las láminas. Quiero hacerte unas sugerencias.

—Espera a verlas terminadas. Es tarde, Daniel, mejor conversamos mañana —dijo Alba llamándolo por el nombre de pila como solía hacerlo mientras caminaba hacia la puerta.

Alba se marchó deseando que pronto llegara la noche para contarle a Rafa lo que su padre le había dicho. ¡María Álvarez había enamorado a los hermanos y ambos habían terminado peleados por esa mujer! Ingresó a la sala de *marketing* y continuó trabajando durante un par de horas. Odiaba producir campañas como esta porque la obligaban a pasar mucho tiempo en la empresa, algo que, justamente, no le gustaba. La próxima vez —se propuso— le diría que no a su padre, pues prefería ponerse al servicio de cualquier otra empresa o negocio que hacerlo para La Bellota. Y, si le daban a elegir, optaba por pintar cuadros. *Marketing*, sí, le atraía, pero pintar le llenaba el alma.

En el metro, a esa misma hora, tras encontrarse con Rumen, Rafa decidió tomarse un descanso. Ambos necesitaban beber algo para renovar fuerzas y continuar trabajando un rato más. La garganta se cansaba; las piernas, también.

Como siempre, el lugar elegido para tomarlo fue el bar Yakarta de Plaza Elíptica. Aurelio, el mozo, en cuanto los vio entrar, los saludó con sincera alegría. Rumen y Rafael se acercaron a la barra y comenzaron a charlar mientras esperaban las cañas que habían pedido.

—Día bueno hoy —dijo Rumen, conforme con el dinero que llevaba reunido en la hucha.

—Sí, creo lo mismo.

Rafa aún no había contado su recaudación.

—Muy bueno para todos, menos para los rumanos —dijo el búlgaro.

Rafa se echó a reír. Cada vez que los cruzaban en el metro y les preguntaban cómo iba el día, los músicos rumanos sólo daban respuestas lastimosas. Evidentemente, se trataba de una forma de ser, no podían ser los dueños de la mala suerte.

—Bulgaria y Argentina optimistas —dijo Rumen divertido.

—Rumania, no —agregó Rafa y rieron juntos.

—¿Cuándo vas a tu país? —preguntó Rumen cambiando de tema.

—Falta...

—¿Poco falta?

No había manera de que pusiera el verbo en el lugar correcto de la oración.

—Creo que me quedaré en Madrid más tiempo de lo que había planeado.

—¿Y tu hijo?

—Tendrá que esperar. Porque espero otro hijo...

—¿¡Hijo nuevo!?

—Sí, Alba está embarazada.

Rafa, que no le había contado a nadie, sintió que podía hablarlo con Rumen.

Su amigo le palmeó la espalda sonriendo con alegría.

—¡Muy bien, argentino! ¿Contento?

—¡Sí!

Rumen lo abrazó y dijo:

—Los hijos siempre son lindos. Ponen contentos a nosotros.

—Lo sé. Estoy empezando a ilusionarme... —comentó Rafa, quien en un par de ocasiones se había encontrado pensando enternecido si sería nena o varón y qué rostro tendría la criatura.

—¿Vas a casarte?

—¡Nooo!

Rafa ni siquiera se había divorciado de Juliana. Cuando regresara a Buenos Aires, formalizaría la separación.

—¿Llevar tu chica a tu país?

—Aún no lo sé.

—¿Cómo poner nombre al bebé?

—No lo sé.

—¡Argentino no sabe nada!

—Tenés razón —respondió con franqueza. Había muchas cosas sobre su futuro que desconocía absolutamente.

—Argentino sabe lo más importante: ¡cómo hacer un bebé!

Ambos se reían mientras disfrutaban la caña que les trajo Aurelio, quien aprovechó unos minutos libres y se sumó a la conversación de los dos extranjeros.

* * *

Unas horas más tarde, mientras Rafa cenaba los tallarines que Alba había cocinado en el departamento de Vallecas, ella le contó los descubrimientos que había hecho sobre María. Impresionado, Rafa la puso al tanto de que pronto visitaría a la madre de Lola. Aunque en su paso por la jamonera la mujer no coincidió con María, su ingreso a La Bellota se produjo a los pocos años y, quién sabe, tal vez conservara en su memoria alguna referencia.

«¡Así que mi yaya había enamorado a los hermanos Díaz Montero!», pensó. Al fin encontraba un dato que, tal vez, fuera la punta del ovillo.

Después del cimbronazo del hallazgo, que concentró la atención durante la cena, decidieron acostarse temprano. Estaban cansados, el calor los agotaba.

Rafa salió de bañarse y se encontró con Alba tendida en la cama viendo televisión con el pijama de tréboles azules puesto y comiendo de la lata los caramelos de violetas que le había dado un momento atrás. Se acostó a su lado y, bajo las sábanas, se relajó mientras escuchaba el ronroneo del aire acondicionado y las explicaciones que Paco León, en su papel de Luismi, le daba a su novia Paz. Con ese capítulo de *Aída*, Alba reía hasta las lágrimas.

Rafa, sumergido por completo en ese clima familiar y acogedor, sintió la calma después de un día de trabajo fructífero, y el disfrute distendido de saberse al lado de su mujer, esa española que esperaba un hijo suyo. La jornada había terminado y ya nadie esperaba nada de él. Su pie de hombre tocaba cariñosamente el de Alba.

La normalidad de la noche y la rutina de los que se aman llenaban el cuarto hasta empaparlos por completo. Entonces, reconociendo ese sentimiento se dio cuenta de que por primera vez en mucho, mucho tiempo, volvía a disfrutarlo. La última vez que lo vivió se remontaba a los buenos tiempos pasados con Juliana.

Enumeró: «Tengo trabajo, mando dinero para mi hijo, ahorro para mis sueños. Amo a Alba, espero un hijo con ella. Vivimos juntos, hoy cenamos tranquilamente mientras hablábamos de lo que sucedió en nuestro día». La vida normal y diaria también era hermosa. No se necesitaban

grandes momentos para ser feliz. Se dio vuelta y miró a su española. Y sin siquiera pensar, su boca dijo lo que le dictaba el corazón:

—Te quiero, Alba.

—Yo también te quiero, Rafa —repuso olvidando la televisión.

Él comenzó a besarla. Amaba esa boca con labios en forma de corazón y ese cuerpo menudo que muchas veces le daba placer hasta torturarlo, ese al que poco a poco se le iban borrando las marcas de las lastimaduras en los brazos. Alba se quitó el pijama, y él se trepó sobre ella. A punto de penetrarla, una duda se clavó en su interior y le preguntó:

—¿Qué dice tu padre de nosotros, Alba?

—Nada.

—¿Segura?

—Ay, sí.

¿Para qué contarle la frase de hoy o la de aquel día? En ninguna quedaba bien parado. Al final de cuentas, no había otras. Su padre no hablaba del argentino. Más bien lo ignoraba.

Rafael, de inmediato, abandonó sus ideas y estas también lo abandonaron a él porque el cuerpo sediento de Alba le reclamaba terminar lo que había empezado, consumir lo que la avidez de la piel les exigía. La penetró dando una suave embestida en el interior de Alba, pero antes de dar otra, extendió la mano y prendió la luz del velador.

—¿Qué haces, loco?

—Quiero verte el rostro.

—¿Por qué?

—Porque siento que hoy es un día especial y no quiero olvidarme ningún detalle de este momento.

Y con la luz iluminándolos hicieron el amor mirándose a los ojos.

Rafa era feliz. Y de manera plena. Reconoció que llevaba una larga temporada sin sentirse así, que los diez mil kilómetros habían servido para recuperar esa perdida y anhelada sensación de completo bienestar, que casi había olvidado que existía. Se sintió invencible, y sin miedos. Alba, a su lado, también era feliz.

Sin embargo, ella sí tenía miedo; sobre todo a sí misma.

* * *

El plan de ese fin de semana presentaba una leve alteración porque Rafa no le impartiría la clase de piano a Pepe, quien había adelantado que, por un tiempo, se tomaría las tardes del sábado y del domingo para descansar. Últimamente, se quejaba de los horarios del bar, decía que lo agobiaban. «Los años no pasan en vano y este físico se cansó», solía bromear. Agustín, aunque buen ayudante de Pepe, sólo trabajaba medio día porque más no podía, estudiaba en la universidad.

Esa tarde de sábado, mientras Rafa se alistaba para partir al pueblo de Almadrones, donde cantaría por orden de Paco, Alba, ya vestida de jean y camisola hindú, misteriosamente le dijo:

—Voy bajando para buscar a Pepe.

—Esperame y vamos los dos —le pidió Rafa.

—Que no, terminate tranquilo que yo bajo ahora.

Rafa se encogió de hombros y se tomó su tiempo. Cuando estuvo listo, vestido de impecable conjunto de remera negra y jean azul comprado en Zara de la Gran Vía, decidió bajar. Cerró la puerta del apartamento con llave. Su guitarra y el equipo de sonido ya habían sido cargados en el

Audi. Los altavoces y demás dispositivos siempre los ponía el ayuntamiento del pueblo en el que actuaba.

Una vez que Rafa llegó a la puerta de la casa de Pepe, entró sin tocar. La confianza que tenían se lo permitía. Apareció en la sala y Alba, sentada en el sofá, al verlo lanzó un silbido y gritó:

—¡Guapo!

Rafa sonrió complacido y preguntó:

—¿Y Pepe?

Alba estaba por responder pero no fue necesario. El viejo apareció desde el pasillo y exclamó:

—Aquí vengo y estoy listo.

Rafa lo miró y, helado, no supo qué decir.

Pepe vestía una remera blanca... ¡con una frase inscripta en letras negras! Rezaba: «POR LA LIBERTAD, ASÍ COMO POR LA HONRA, SE PUEDE Y DEBE AVENTURAR LA VIDA». Del *Quijote*, naturalmente. Y claro, portaba sus mejores pantalones, unos pinzados de vestir, color negro, marca Christian Dior, y unos zapatos negros de cuero con cordones que, según sus ideas de la moda, era lo que se merecía semejante remera. Además, aclaró que Alba lo había surtido de remeras con varias frases distintas, pero que las estrenaría poco a poco para no cansar con el estilo.

Rafael estaba a punto de reír ante los comentarios de Pepe pero Alba, que adivinó sus intenciones, lo fulminó con la mirada y en un segundo comprendió que debía llamarse a silencio o ardería Troya.

Un rato después, arriba del Audi, el trío viajaba por la ruta E-90 rumbo a Almadrones. Como siempre, a la ida conducía Alba; de regreso, Rafa.

—La noche está en pañales... —comentó Pepe con voz feliz apenas partieron. Luego recordó que no visitaba ese pueblo desde 1978.

—¡Madre mía, Pepe, qué pilas de años tenés! —dijo Rafa divertido.

—¡Vete a tomar por el culo! Ya sabrás tú también alguna vez lo que es el paso del tiempo. Y pórtate bien, que si no, te abuchearé cuando cantes.

Lo que continuó en esa velada fue una seguidilla de buenos momentos, uno mejor que el otro, porque el viaje en coche fue amenizado por alegres charlas que se suscitaron durante los más de cien kilómetros que los separaban de Madrid. La llegada al pueblo fue serena y con fácil estacionamiento; el recital, emocionante y muy divertido. La receptiva gente de Almadrones bailaba y cantaba al son de la guitarra y de la voz de Rafa. Desde el escenario, él veía cómo bailaban Alba y Pepe; ella, muerta de risa; el viejo, muy serio, como si en esa danza de pies duros le fuera la vida. Rafa, pensando en esos dos y en él mismo, recordó una frase que en su país se decía cuando la gente congeniaba: «Hay equipo». Ese viejo que llevaba puesta una remera con una inscripción del *Quijote* y vestía pantalón y zapatos de traje y esa chica de pelo rosa y camisola hindú eran sus compañeros, los que la vida le había puesto a su lado.

Después de la función de Rafa, tras comer algo en el pueblo, emprendieron el regreso tranquilo. Rafa conducía en silencio mientras arribaba a una conclusión: aunque Paco no le pagara este show, había valido la pena visitar Almadrones porque los tres lo habían pasado estupendamente.

En el viaje de vuelta, Pepe y él, sentados adelante, comenzaron una charla tranquila y profunda sobre la vida, los pueblos, sus fiestas y los hombres. Hablaban casi en secreto para no despertar a Alba, que iba en el asiento de atrás durmiendo plácidamente y despatarrada por completo.

Entre las palabras cómplices de los dos hombres, Rafa se animó a comentar:

—Si te cuento algo, Pepe, ¿te lo quedás sólo para vos?

—Pues claro, hombre, dime...

—Alba está embarazada.

Pepe levantó las cejas y dijo:

—¡Joder, macho! —Se rascó la cabeza y, emocionado, repitió—: ¡Joder, macho, qué bien haces los deberes! Yo, con setenta y dos años, no he tenido ningún chaval y tú, a los treinta y seis, ya tienes dos y con distintas mujeres. ¡Me alegro por vosotros! —exclamó en un susurro y, agarrándole con ambas manos la cabeza a Rafael, que seguía conduciendo, le encajó un beso en el pelo. Continuó—: Ahora, dime bruto cabezón, ¿cómo es que me pides que no se lo diga a nadie? ¿Cómo piensas ocultarlo? ¡En tres meses lo verá el mundo entero!

—Lo sé. Lo sé. Pero hemos decidido dar la noticia cuando estemos seguros de que todo marcha bien.

—Lo acepto. Cuando la buena nueva sea oficial, festejaremos.

—¡Vale!

Después de un silencio que sirvió para que repasaran sus pensamientos, Pepe habló:

—Oye, que no he tenido hijos porque la vida no lo quiso, porque sí tuve mujeres a las que amé y me amaron.

—Deberías contarme más de esas historias.

—Si te cuento, tienes para escribir un libro...

Rafael sonrió. Pepe se hacía, cada día, más importante en su vida; y Alba y él, en la del viejo.

Cuando llegaron, bajaron del coche medio adormecidos y Pepe desapareció dentro de su casa. Mientras ingresaba al departamento, Alba controló su móvil y descubrió cuatro llamadas de su padre y varios mensajes sobre lo mismo: Daniel le pedía tratar con urgencia un asunto de la campaña. Ella explotó:

—¡Por dos cojones! ¡No pienso hablar de trabajo un sábado por la noche ni tampoco un domingo! No entiende que no soy como él, me gusta tener una vida más allá de la jamonera.

—Tal vez quiera verte y conversar sobre otras cosas, y usa la campaña como excusa.

—Lo conozco y te puedo asegurar que no es así. Jamás me llama por otra cosa que no sea trabajo. —Luego, como si hablara más para sí misma que para Rafa, rezongó—: ¡Para invitarme a almorzar no se hace tiempo, pero para hablar de trabajo sí!

Rafa se abstuvo; no quería meterse. Además, a las cuatro de la mañana, con el cansancio del show y del largo viaje, lo único que deseaba era dormir.

* * *

Era lunes por la tarde y Alba, conforme a su costumbre de ir a La Bellota una vez que Rafa había terminado su jornada, ingresó en el estacionamiento de la empresa. Durante el fin de semana le respondió los mensajes a su padre con cierta parquedad. Con claridad, le indicó que abordarían aspectos de la campaña en cuanto se encontraran en las oficinas. Y, aunque no obtuvo ninguna respuesta de Daniel, cerró con tono de reproche: «Si no hablamos de trabajo, entre nosotros dos no hay diálogo».

Antes de presentarse en el despacho de su padre, Alba, vestida de jean y remera con inscripción, pasó por la sala de *marketing*, donde había enrollado las láminas principales que ahora llevaba en sus manos.

Daniel la vio aparecer.

—Alba, no las hubieses traído, hubiera ido yo para allí.

—Pensé que no tendrías ganas.

—Claro que sí. Ya sabes cómo me interesa esta campaña que estamos por lanzar.

Chacinas La Bellota se había propuesto introducir en la sociedad el mensaje de que el jamón constituía el alimento ideal para compartir en los festejos y demás actividades sociales que realizaban las personas jóvenes de veinte a treinta años. La campaña estaba dirigida especialmente a ese público, pues no necesitaban captar a la gente más grande, que ya amaba los jamones de La Bellota.

—¿Y qué te parece? —preguntó Alba mientras las desplegaba.

—No las abras, ya estuve por el sector y las vi expuestas sobre los atriles.

—Ah...

Su padre no había aguantado y se le había adelantado.

—Me encantan. Has captado bien la idea que veníamos desarrollando —dijo Díaz Montero.

—Me alegra.

—Quiero decirte que estoy contento. He notado que vienes trabajando con responsabilidad y lucidez como nunca antes.

Alba, sin saber qué decir, sólo se encogió de hombros. No estaba acostumbrada a este tipo de comentarios de parte de su padre. Aunque tenía que reconocer que nunca antes había puesto tanto empeño en un trabajo encomendado por La Bellota. No deseaba contradecirlo, ni desatar un momento desagradable y aceptó el halago sin chistar. Además, la campaña sería un buen broche, pues estaba casi segura de que se encontraba ante el último trabajo que haría para la jamonera. Después de varias sesiones, junto a su psicólogo había acordado que lo mejor sería limitarse a mantener una relación filial con su padre, y no laboral. Al menos por ahora, que para ella representaba un sacrificio trabajar en la jamonera. Necesitaba priorizar el vínculo filial para lograr mejorarlo. Por otro lado, le rondaba la idea de que durante un año, por lo menos, se dedicaría exclusivamente a pintar y a criar a su bebé. Intuía, además, que en algún momento Rafael regresaría a su país, y ella quería estar libre de compromisos para acompañarlo.

Alba se sentó frente a su padre y hablaron un rato más sobre los jamones ibéricos de la última partida. Daniel le contó que esas piezas recién llegadas de Ladrada presentaban una calidad excepcional. El tiempo de cada una de sus etapas había sido respetado a rajatabla y su punto era inmejorable. Ella le comentó que lo había notado porque la fragancia que se esparcía cerca del depósito hacía que las papilas gustativas comenzaran a funcionar. El color y la textura también auspiciaban que serían un auténtico manjar. «Son perfectos», apreció Daniel y luego le propuso a Alba que se llevara un jamón de bellota para que le diera su opinión, detalle que aceptó encantada.

Alba se puso de pie para marcharse, asombrada por los quince minutos de charla civilizada que acababa de mantener con su padre.

—Me voy —anunció—, debo continuar trabajando un rato más en mi sector.

Antes de dar un paso, Daniel Díaz Montero unió tres palabras que nunca le había dicho:

—Alba, te felicito.

—Gracias —dijo sonriendo.

Se dirigió hacia la puerta pensando cuánto le costaría a su padre entender su decisión de no continuar trabajando allí. Pero no se preocupaba porque La Bellota contaba con personas capaces para esa tarea y no preveía problemas en el horizonte. Para su padre se trataba de un gusto personal delegar en ella el comando de la campaña, no una necesidad. Gente capaz le sobraba.

Además, ella quería ser dueña de su tiempo, abrigaba el sueño de realizar una exposición de pinturas, meta que algún día concretaría.

Antes de cruzar el umbral, Daniel volvió a llamarla:

—Alba...

—¿Sí...? —dijo dándose vuelta.

—Esas remeras que usas...

—¿Qué tienen mis remeras? —Su voz sonó rebelde y a la defensiva.

—Te quitan seriedad... Una pena, porque el trabajo que estás realizando es muy bueno.

—¿Qué carajo tiene que ver una cosa con la otra?

—Que por un lado eres una gran profesional y por el otro pareces una yonki... No creo que sea conveniente que la gente se confunda contigo. Creo que debes parecer lo que de verdad eres.

Por muchas razones, las palabras de Daniel fueron una dolorosa bofetada para Alba, quien estuvo a punto de desatar un gran escándalo con gritos y discusiones, de esos que los dos solían protagonizar para entretenimiento de los empleados, pero, después de sopesar que no trabajaría más con él, se calmó y se dijo a sí misma que no valía la pena. Entonces sólo lo miró fulminante y se marchó.

* * *

Rafael, sentado frente a Paco Mercado, esa tarde pensaba lo mismo que Alba. Ante la sarta de pretextos por los cuales no podía pagarle, Rafa dudaba entre armar o no un gran jaleo con acalorados gritos de queja. Pero como con esta actuación ya le debía tres y, a juzgar por las excusas, no había miras de pagárselas, optó por callarse con la convicción de que no trabajaría más para el hombre. Los primeros shows se los había abonado en tiempo y forma, pero luego relajó los pagos y desde entonces debió perseguirlo para que cumpliera el compromiso. Rafael sabía que Paco tenía bajo su órbita a varios artistas, a quienes les conseguía regularmente actuaciones en los pueblos, y se preguntaba si se comportaría del mismo modo con el resto de su *staff* o sólo con él, que, por ser inmigrante, no podría reclamarle legalmente. Una oficina lujosa, un coche caro y ciertos detalles le demostraban que Paco manejaba mucho dinero.

Mientras Paco esgrimía sus excusas, la mente de Rafael ya estaba lejos de allí. Recordaba la frase de Einstein —«Loco es aquel que, haciendo la misma cosa, espera resultados diferentes»— y se convencía de que no podía seguir creyendo en que Paco le pagaría. Tenía que acabar la relación con ese hombre. Por suerte, le quedaba el restaurante Baires, donde le abonaban bien, y siempre estaba el metro, ese lugar que nunca defraudaba a la hora de cantar y ganar dinero. Pocos días atrás también le habían propuesto presentarse en La Catedral, un gran edificio de dos plantas que funcionaba como restaurante y discoteca para mil personas, abierto por tres socios, un abogado español, un dominicano y un boliviano.

El representante continuaba:

—Entonces, como el ayuntamiento se demoró, mi banco no lo ingresó. Por lo que, como te dije, tendrás que seguir esperando...

Paco lo observaba. El argentino no había dicho ni una palabra desde que inició su perorata. Rafael se puso de pie y sus movimientos tomaron por sorpresa al hombre. Luego caminó hasta la puerta y desde allí le dijo:

—Paco, cuando tengas el dinero, me llamas al móvil y vengo a buscarlo.

—Está bien, pero no te vayas, que aún debo entregarte el contrato para que presentes el

próximo sábado —dijo mientras revolvía en el cajón.

Cuando halló el papel y se lo extendió, escuchó:

—No te lo recibiré, Paco, porque no trabajaré más para vos.

—Pero no puedes hacer eso, necesitas el trabajo.

—No te confundas, para vivir necesito el dinero que da el trabajo —remató con una larga y franca mirada, una que Paco no pudo sostener porque bajó la vista. Y sin agregar nada más, Rafael desapareció por la puerta ante la cara de asombro de Paco, que creía que seguirían conversando.

En la calle, mientras caminaba por la Gran Vía, Rafa se sintió conforme con la decisión que había tomado. A veces, razonó, las relaciones empezaban bien pero con el tiempo, por una razón u otra, se iban arruinando y, en vez de dar alegrías y satisfacciones, producían dolores o insatisfacciones. Por miedo, comodidad o falsas expectativas, también a veces las personas se quedaban esperando hasta que eso cambiara, algo que finalmente nunca sucedía. Y así pasaban meses, y hasta años, viviendo mal por no tomar una decisión radical que al principio es dolorosa, pero que con el tiempo resulta liberadora. Esto se aplicaba al ámbito laboral, a la amistad, a la pareja o a cualquier clase de relación. A él mismo y a Juliana les había ocurrido cuando prolongaron por mucho tiempo los malos momentos.

La ruptura con Paco significaba una novedosa actitud. Rafa se había animado a cortar una relación que no le hacía bien y que, si la prolongaba, lo dañaría. Una lección más de las que venía aprendiendo en este continente. Una más que le permitía madurar, caviló, y deseó que pronto pudiera aprender todas las que aún le faltaban. Lo deseó con tanta fuerza y con el corazón tan sincero que el universo se lo concedió. Claro que si Rafael hubiera sabido de qué se trataba la lección que tendría que aprender en los próximos días, jamás lo hubiera pedido.



NARDO

Polianthes tuberosa

HISTORIA. Esta planta tiene sus orígenes en el centro y sur de México. En 1594 fue llevada a Europa por Simón de Tovar, fundador del primer jardín botánico de Sevilla. Una variedad parecida crece al pie del Himalaya, donde se la venera como planta sagrada.

USO MEDICINAL: Su uso está descrito en textos antiguos para tratar el insomnio, las arritmias cardíacas y los problemas de los sistemas digestivo e inmunológico. Por su aroma, considerado uno de los más viejos del mundo, está presente en las ceremonias espirituales.

SIGNIFICADO: En hebreo, «nardo» significa «luz». Se asocia con la tranquilidad y la humildad.

DICE LA LEYENDA... que durante el Renacimiento, las mujeres jóvenes tenían prohibido acercarse a esta flor porque se creía que su aroma las embriagaba al punto de que podían llegar a perder la voluntad de mantenerse castas.

CAPÍTULO 14

LOS NARDOS DE CARMEN

Biarritz, Francia, junio de 1936

Los nardos son flores cuya característica sobresaliente es su atrayente perfume y lo que produce en las personas. La planta pertenece a la familia de la valeriana, por lo que su aroma es fuertemente sedante, capaz de borrar las huellas del cansancio más profundo. Se emplea en tratamientos contra las tensiones, la histeria y como complemento para tratar la epilepsia. El perfume de nardo, fuerte y especial, tiene notas de jazmín y miel, lo que lo vuelve casi narcótico, produciendo gran placer y relajamiento en la mente y el cuerpo de los individuos. Aspirar frente a una planta repleta de nardos hace olvidar por unos instantes gran parte de las preocupaciones.

A Carmen Delgado, una de las cosas que más le cautivaban del chalet que alquilaban en Biarritz durante las vacaciones estivales eran los grandes macizos verdes, repletos de nardos. Pararse frente a ellos y aspirar su perfume durante unos minutos era un pequeño placer que se permitía un par de veces al día para compensar las obligaciones que tenía como joven madre y esposa de un político de la talla de su marido, influyente líder de la oposición española. Su rol de compañera le exigía atención y apoyo al trabajo de su esposo.

Las accidentadas vacaciones en la ribera francesa no transcurrían de la manera que había soñado. Por estas épocas, ser españoles y participar de la política no era tarea fácil y no les permitía descansar plácidamente en familia, como ella pretendía. Su marido, José María Gil Robles, dirigente de la Confederación Española de Derechas Autónomas, partido opositor al Frente Popular, permanecía en constante comunicación con Madrid. Las noticias que llegaban desde la capital eran el pan de cada día. Durante la semana, además, algunas personalidades de su coalición lo habían visitado especialmente para abordar asuntos candentes y por más de tres horas se habían encerrado en la sala para debatirlos.

Por esos días, su esposo había redactado una serie de proposiciones para que el gobierno las implementara con la urgencia que demandaba acabar con el estado de caos que se vivía en España. Su moción había sido firmada por los diputados de la CEDA, más las minorías monárquicas y agrarias y, en principio, se debatiría el 16 de junio. Sin embargo, *El Heraldo* acababa de publicar desfachatadamente que sería aplazado por culpa de la misma derecha. Con sarcasmo, sostenía que se debía «al pavor que les infunde su propia sombra». Después de leer el artículo, indignado, su marido se preparó para viajar.

Ella, que había pensado que al día siguiente celebrarían juntos el primer cumpleaños de José, su único hijo, mientras le daba el toque final a la torta, esa mañana cayó en la cuenta de que su esposo viajaría a Madrid y no estaría para el festejo.

—Tomaré el expreso de Irún —comentó José.

Ambos sabían que lo aguardaba una larga travesía por delante. Carmen le rogó:

—Sólo te pido que tengas cuidado. Madrid está muy peligroso. Las páginas de los diarios rebosan de muertes... y por estos días no parece muy popular pertenecer a la derecha.

—Lo sé, Carmen. Tomaré mis recaudos. Me instalaré en el piso de la calle de Velázquez — dijo refiriéndose al aristocrático apartamento que alquilaban desde que se habían casado, dos años atrás.

Él desapareció rumbo al cuarto para ultimar detalles del viaje y ella salió al jardín para llorar tranquila. Jamás le pediría que se quedara, no podía. Cuando se casó, sabía bien qué le esperaba. Y, ante los graves acontecimientos, no podía negarle a España la presencia de su marido. Ella y su esposo soñaban con un país mejor, donde criar los varios hijos que anhelaban. Y si él tenía que marcharse, resignada, esgrimía su mejor respuesta cuando, justamente, no había respuesta: «Dios así lo quiere».

En el parque, frente a los nardos, Carmen aspiró fuerte y disfrutó del perfume. Poco a poco, al cabo de unos minutos, se fue calmando. Luego, buscando distraerse, cortó algunos para poner en el florero de la casa.

Cuando regresó a la cocina y vio a su esposo vestido de traje y con la pequeña maleta en la mano, comprendió que era la despedida, que no habría cumpleaños con padre para Joselito, que su marido no probaría la tarta de chocolate. Pero no dijo nada, sino que se persignó y le dio la bendición como hacía cada vez que él debía enfrentar algo importante. Luego, tomó del florero uno de los nardos, el más pequeño que halló, y lo sujetó en el ojal de su traje a rayas de color azul.

—Para que estés guapo... para que te dé suerte.

Por último, se dieron un beso largo en la boca y José María Gil Robles se marchó. Iba rumbo a dar uno de los discursos más importantes de su vida. Uno que, con los años, se estudiaría en los libros de historia.

* * *

Durante el viaje, José María Gil Robles repasó la ponencia que ofrecería en el Palacio de las Cortes de Madrid. Había confeccionado una larga lista con los desmanes y atentados ocurridos en los últimos meses. Ante la contundencia de los hechos, pensó, no habría opinión ni subjetividades, nadie podría contradecirlo. Allí radicaba el punto fuerte de su discurso. Y la triste realidad indicaba que desde el 16 de febrero —día en que la República ganó las elecciones— y el 15 de junio de 1936 habían ocurrido los siguientes hechos:

- Muertos: 269.
- Heridos de diferente gravedad: 1287.
- Iglesias totalmente destruidas: 160.
- Templos asaltados e incendios sofocados: 251.
- Agresiones frustradas: 215.
- Atracos consumados: 138.
- Tentativas de atraco: 23.
- Centros particulares y políticos destruidos: 69.
- Centros particulares y políticos asaltados: 312.
- Huelgas generales: 113.
- Huelgas parciales: 228.
- Periódicos totalmente destruidos: 10.

- Periódicos asaltados, intentos de asalto, destrozos: 33.
- Bombas y petardos explotados: 146.
- Bombas recogidas sin explotar: 78.

Repasó la larga enumeración. Sólo había elegido los hechos más importantes aunque estaba seguro de que el territorio español había sido testigo de muchos otros que no se habían difundido. Se quedó dormido bajo el incesante traqueteo del vagón.

* * *

Horas más tarde, cuando José María llegó a Madrid, antes de ingresar al Palacio de las Cortes, decidió beber un café. Lo necesitaba para aplacar su nerviosismo; sabía que estaban decidiendo el destino del país. Eligió el tranquilo bar que funcionaba dentro del Hotel Palace, donde a esa hora nadie lo molestaría y podría repasar una vez más su exposición. Sentado, con la taza en la mano, recordó el cumpleaños de su hijo y la despedida con su esposa. Reparó en su aspecto, en cuánto se había arrugado su traje y quiso palpar la flor que Carmen le había prendido en la solapa. Entonces, se dio cuenta de que la había perdido. Se apenó.

Para homenajear el gesto y recuperar la bendición que le había dado cuando se la sujetó al ojal, decidió que al momento de salir a la calle compraría una igual o parecida en el puesto de la esquina y se la colocaría en el mismo lugar. Una vez que terminó su café, halló el kiosco cerrado. Apesadumbrado, desistió. «Las vendedoras han desaparecido junto con las flores», pensó.

Pero la vida continuaba y lo esperaban. Apurado, con sus denuncias en la mano, Gil Robles subió los escalones del palacio sin poder quitarse de la cabeza una triste realidad: la bella Madrid estaba colmada de violencia y vacía de flores. Los atentados diarios invadían la metrópoli y mataban la alegría.

* * *

En la jamonera La Bellota, los empleados trabajaban a media máquina. Esa semana, la falta de clientes relajaba el ambiente. Las ventas del salón grande ubicado bajo las oficinas habían caído. La misma suerte corría el despacho mayorista a hoteles y restaurantes. El madrileño de a pie compraba lo esencial, cuidaba el bolsillo, frecuentaba menos los restaurantes. La inestabilidad del país provocaba una merma de visitantes extranjeros en los hoteles.

La economía madrileña sufría los desarreglos políticos y La Bellota sentía el impacto. Marcos, alterado por el malestar general, también penaba por María, que días atrás, muy solemnemente, luego de un largo rodeo, le había explicado que acababa de iniciar una relación con alguien, que le avisaba para evitar malentendidos. ¡Qué tupé! Si al final de cuentas ellos dos nunca habían sido nada, salvo lo que aún eran: una simple y rasa secretaria y su jefe, más aun, el dueño. ¡Qué le podía importar que estuviera con alguien! Pero una cosa era pensarlo y otra, muy diferente, experimentarlo, porque verla y hablar cada día con ella le recordaba que no había sido elegido, sino rechazado. Y eso, le molestaba. Él, que la había ayudado, que le había abierto la puerta del mundo grande llevándola a Lhardy y restaurantes con clase que de otra manera jamás hubiera conocido, que le había permitido estudiar mecanografía... Él, que... se sentía traicionado.

Sentado en el sillón de su escritorio, vino a su mente la inevitable pregunta que había tratado de ahuyentar: «¿Con quién estará noviendo?». Si cuando le contó estuvo por nombrarlo, tenía que ser importante. Seguro que se trataría de algún muchacho elemental de la pocilga donde vivía. De la jamonera, seguro, no; él lo hubiera notado.

—¡Basta! —se dijo a sí mismo en voz alta y luego, con rabia, se convenció: «¡No me importa! ¡María no me interesa!».

Contrataría una nueva asistente para no verse obligado a tenerla cerca. Si aún no la había despedido o bajado al salón de ventas, simplemente se debía a que no le había encontrado reemplazante.

A Marcos no le gustaba perder y María se había vuelto un eterno recordatorio de su fracaso, lo que le imprimía una molesta tensión a la labor de la oficina. Desde la partida de Pedro, su presencia se había vuelto vital y todos estaban acostumbrados a tratar asuntos importantes con ella, que se movía como pez en el agua en los distintos sectores de La Bellota.

—Marcos, no te olvides de que hoy te esperan en Getafe —dijo María asomándose por la puerta de la oficina de su jefe.

Él se sobresaltó. Ensimismado en sus pensamientos, le costó entenderla. Ver su rostro dulce le provocó cosquilleo y rabia a la vez.

—Por favor, María, toca la puerta antes de entrar, me has interrumpido.

—Perdón —se disculpó. Nunca antes le había petitionado que se anunciara. Siempre habían trabajado sin restricciones. O entraba ella a la oficina, o salía él al hall para darle órdenes, pero en el último tiempo María se veía obligada a recibir indicaciones en la oficina de su jefe. Y ahora había una nueva regla: debía golpear.

* * *

Al finalizar su jornada, María salió apurada. Azucena la esperaba para acudir al taller de la modista. Enamorada de Pedro como estaba, llevaban mucho tiempo sin juntarse. Su verdadera preocupación por esos días consistía en aguardar la hora de salida para visitar con Manolito el departamento de Pedro.

Los encuentros con su novio contaban con la inevitable presencia de su hermano, que, lejos de apenarla, la ponía feliz porque los dos hombres eran sus amores.

Durante las maravillosas tardes que compartían, Pedro encontraba la forma de entretener a su hermano con chocolates, lápices de colores, libros y juguetes para permitirles conversar tranquilos e, incluso, prodigarse una intimidad de besos.

Las interminables charlas de la pareja versaban sobre la actualidad del país y la necesidad de que llegaran pronto los buenos tiempos. Pedro hablaba de esos sueños y se entusiasmaba de tal manera que la hacía soñar a ella también. En esa España habría trabajo para todos, los salarios serían justos, los campesinos dejarían de pasar hambre y miseria y los doce millones de analfabetos —que representaban casi la mitad del país— aprenderían a leer y escribir. Los niños recibirían ropa, libros, juguetes... Al aire libre, en el campo, en lugares impensados, improvisarían pantallas para que los labradores, por primera vez en su vida, vieran una película. Según el plan trazado, pronto iniciarían las proyecciones de cine. El engranaje ya había sido puesto en movimiento; el cambio al fin se hacía realidad. La organización de las actividades se desarrollaban bajo la premisa de que en la nueva España todas las personas tenían derechos, incluido el de disfrutar el arte en sus múltiples expresiones. Por primera vez, el ser humano sería

lo más importante. Para eso luchaban desde el gobierno de la República. España sería una gran nación sin analfabetos ni pobres, un país donde el respeto al ser humano mediara en todas las relaciones.

Cuando María oía hablar a Pedro, un hombre de hermoso corazón y grandes ideales, sentía que lo admiraba, que lo quería aún más. ¡Qué privilegio compartir con él cada día!

Durante sus charlas también ahondaban cuestiones personales, proyectos conjuntos y, tímidamente, aparecía la idea de vivir juntos. Pedro, que se manifestaba contrario a la institución del matrimonio y que creía sólo en el amor, punzaba a María, que se debatía entre esa moderna propuesta y la de concretar una boda como la que —creía— hubieran deseado sus padres. La inevitable preocupación por las formas se esfumaba cuando Pedro incluía en los planes a Manolito.

Los besos entre ellos eran cada vez más osados; jóvenes y enamorados como estaban, bastaba una pequeña chispa para que se desatara el fuego. Pero como sólo podían verse en la casa de Pedro y en compañía de Manolito, la intimidad no les alcanzaba para concretar lo que sus cuerpos reclamaban. A medida que los días transcurrían, María comprendía que Pedro, tan apasionado en sus ideas, también lo era como hombre. Y a ella le gustaba que así fuera.

* * *

Cuando María salió de la jamonera, se dirigió apurada hacia donde la aguardaba Azucena.

La amiga, al tenerla cerca, exclamó:

—¡Al fin apareces, niña! ¡Decididamente has abandonado por completo el mundo de los simples mortales que no estamos viviendo una gran historia de amor como tú!

—¡Ostras! ¡Cómo extrañaba las tonterías que dices! —comentó María y la abrazó.

Ubicadas en el tranvía, rumbo a la modista, las muchachas conversaban sobre la apasionada relación con Pedro y la angustiante situación que vivía el país. En el atelier, sin abandonar los temas que las mantenía ocupadas —y preocupadas—, eligieron las telas para que la mujer les confeccionara los modelos que observaron en las revistas. María, que había pensado que no se compraría nada, gracias a la insistencia de Azucena, terminó encargando una gran pañoleta verde y un vestido de falda acampanada color azul marino que era el último grito de la moda. Su amiga, al final, se inclinó por un vestido lila y una pañoleta a juego.

Cuando terminaron su peregrinaje tras la moda decidieron beber una horchata en el bar Chicote, una terraza de la Gran Vía, donde hablaron de sus vidas y de los eventos en los que lucirían los atuendos encargados.

Esa tarde ninguna de las dos imaginó que esas prendas las acompañarían en momentos decisivos. A Azucena más pronto que a María.

* * *

Pedro, instalado en una de las oficinas de la Casa del Pueblo, abrió la carpeta en la que venía trabajando hacía semanas y eligió la hoja donde había volcado su plan de acción para el área cultural. Su ambicioso propósito incluía actividades dirigidas al pueblo, dinámicas nuevas a las que la gente no estaba acostumbrada. Pero, justamente, allí estaba su meta: promover y aumentar

el acercamiento a la cultura de cada español, hacerlo disfrutar de cosas que ni sabía que existían. Pensar en que por primera vez había un gobierno con apertura para implementarlo era maravilloso. Pero no se engañaba, los problemas que enfrentaba el Frente Popular para poner orden insumían grandes esfuerzos. La Iglesia y el Ejército, lejos de ayudar, se dedicaban a incitar los desmanes para luego endilgarle al gobierno que no podía controlar el desacato. Si el gobierno no acomodaba pronto el punto débil, de poco serviría el triunfo electoral por el que tanto habían luchado.

Repasó en su carpeta los principales temas que abordaría. Y entre sus pensamientos se coló el rostro de María; no podía pasar muchas horas sin pensar en ella. En verdad, estaba enamorado y le gustaba pasar tiempo con esta joven a la que encontraba terriblemente atractiva. Si bien se veían en espacios públicos y su hermano se interponía entre ellos durante los escasos momentos de intimidad, reconocía que bastarían un par de horas sin nadie alrededor para que el muro que los detenía se derrumbara sin más, envueltos por la pasión. Pedro quería acostarse con María, pero no le parecía correcto proponérselo; aunque tampoco su rutina le permitía concentrarse en hallar el momento adecuado para dar este paso crucial para ambos.

Con la meta fija en mejorar la sociedad, durante mucho tiempo se había abstenido de comenzar una relación larga con una mujer. No les había dado verdadera cabida, ni dedicación. María había llegado de casualidad ingresando suavemente en su vida y volviéndose esencial para él.

Se puso de pie y terminó de leer las hojas que tenía en las manos justo cuando se presentaron los dos hombres que esperaba.

—Pedro, estamos prestos para hablar de la planificación cultural.

—Perfecto, pasen. Tengo listo el programa.

—Sólo te advierto que únicamente disponemos de media hora. Luego debemos organizar una reunión para esta noche.

—¡Hostia! Si no teníamos ninguna programada —protestó. Justo aparecía un impedimento cuando debían dedicarle tiempo a la cultura.

—Lo sé, pero nos ha llegado información y necesitamos tratarla con urgencia.

Pedro observó a sus compañeros y no necesitó explicaciones. Con sus caras sacó sus propias conclusiones.

—Puedo imaginarme de qué se trata —dijo Pedro con tristeza y enojo mientras movía la cabeza negativamente. Luego añadió—: Venid, sentémonos. Así, al menos, aprovecharemos los minutos que tenemos.

El fantasma de los enemigos políticos nunca desaparecía, estaba allí, sin dejarlos avanzar. Ocupados en combatir los problemas intrínsecos de la política, nunca llegaba el momento de luchar contra los verdaderos enemigos: el hambre, el analfabetismo, la incultura. «¿Por qué tanto egoísmo, por qué?», se preguntó el corazón de Pedro mientras abría la carpeta. Le costaba entender a los seres humanos.

* * *

Pedro esa tarde regresó inquieto a su casa. A pesar de que sabía que en breve llegaría María, en su mesa no había tarta, ni golosinas; además, debería marcharse pronto. En cuanto la viera, le explicaría los motivos de su partida, la acompañaría hasta el tranvía y se encaminaría a la reunión programada unas horas atrás a causa de la información recibida. Vivían tiempos decisivos y

aguardaban su presencia.

Estaban preocupados ante la inminente sublevación militar que se avecinaba y había que organizarse lo mejor posible para contrarrestarla, tomar recaudos. Ese tema los ocuparía durante el encuentro previsto.

Pedro se hallaba preparando un café negro cuando María, de buen humor, arribó sonriendo dulcemente con Manolito de la mano.

—Pedro, no has puesto las tazas en la mesa... —observó Manolito al descubrir el mantel vacío. Allí faltaban los churros que Pedro había prometido el día anterior.

—Pequeño, tendrás que perdonarme. Te los debo para la próxima merienda. Hoy tengo ciertos problemas por resolver.

—Te perdono —dijo el niño en tono resignado.

—Busca alguna golosina en el cajón del mueble del recibidor —propuso Pedro.

Manolito fue en esa dirección mientras María miraba a Pedro expectante.

—¿Qué sucede?

Para que él cambiara de rutina, debía haber pasado algo grave.

—Han llegado datos certeros acerca de una sublevación militar. Parece ineludible y será en estos días. Tenemos detalles y apellidos.

—¡Ay, no! ¿Estás seguro?

—Sí, ha entrado un cargamento de armas y municiones por la frontera de Navarra. Por eso debo reunirme ahora mismo con los dirigentes socialistas con los que elaboraremos una estrategia de defensa.

La palabra «armas» alertó a María.

—¡Qué horror! ¿Es una reunión general? ¿Van todos?

—No, sólo algunos. Formaremos una mesa chica informal en el café Del Madroño, en la calle de Preciados, junto al teatro. En forma preventiva, hasta aclarar el escenario, no utilizaremos ninguna de las oficinas de la Casa del Pueblo.

—Pedro, ¿y ahora qué sucederá?

—En el mejor de los casos será un alzamiento sin fuerza y podrá ser sofocado.

—¿Y en el peor?

Pedro la miró largo. No tenía una respuesta concreta, pero estaba seguro de que llevaría implícita la palabra «tragedia». Esta vez el pueblo no aceptaría fácilmente que los militares tomaran el poder. Venían trabajando unidos, sabían que habían ganado en las urnas y estaban cansados del sojuzgamiento de las clases altas y de la Iglesia. Pelearían hasta el final, darían la vida. Por lo menos, en Madrid y en otras importantes ciudades. Al fin le respondió:

—En el caso de que hubiera un levantamiento militar grande, sería terrible...

María lo miró y lo encontró realmente preocupado.

—Pedro, ¿qué haremos?

Por un momento, él se arrepintió de haberle confiado sus íntimas cavilaciones, pues sólo la inquietaría. Y ella era frágil como también su situación económica, no podía desentenderse del trabajo; lo necesitaba para mantener a su hermano.

—No nos preocupemos de antemano —le dijo y, esbozando una tenue sonrisa, intentó transmitirle seguridad. Luego, acercándose y mirándola a los ojos, agregó—: Pase lo que pase, yo estaré a tu lado.

—Lo sé —dijo ella—. Pero mi situación no es lo único que me preocupa. Sucede que contigo también he aprendido a soñar con un país nuevo donde nadie vuelva a tener los miedos que yo tuve alguna vez. Y me duele que la República se nos muera antes de nacer. —María pensaba en

Azucena, en su hermano, en la gente querida con la que había despertado a la nueva idea de vida.

Pedro la abrazó muy fuerte. Amaba a María por su dulzura, por su ingenuidad, por ese rostro de ojos tan claros que lo transportaban al cielo y por sus formas femeninas que movilizaban su cuerpo de hombre. Pero por sobre todo, porque era valiente y, juntos, soñaban los mismos sueños. María lo comprendía, entendía la vida de la misma manera que él. Y eso justamente era lo que le había quitado la soledad de antaño. Él estaría siempre para ella, estaba seguro. Se lo repitió y se besaron en la boca, esta vez, bajo la mirada de Manolito, que comenzaba a acostumbrarse a semejantes expresiones de cariño.

Luego de charlar un rato, bajaron a la calle. Pese a la negativa de María, que insistía en marcharse con Manolito, Pedro los acompañó hasta la parada del tranvía. Después de despedirse, cuando ella y su hermano ya estaban arriba del vehículo, Pedro, persiguiendo el vagón, le avisó en un grito:

—¡Hoy el gobierno hablará al pueblo por radio! ¡No te olvides de escuchar el discurso! Nos vemos mañana.

Ella asintió con la cabeza mientras el tranvía se alejaba.

María viajó preocupada por los acontecimientos relatados por Pedro. Cuando llegó a su casa, para distraerse, puso agua en el fuego para hervir la carne y las verduras con las que prepararía un cocido mientras Manolito jugaba a la pelota con sus amigos. Luego, al bajar el sol tras una tarde calurosa, regó las plantas y se detuvo a observar su balcón. Si bien la rosa parecía haber prendido, algo les pasaba a las plantas, no tenían la fuerza ni el vigor habitual. El geranio, tan noble, se estaba secando, tal como si una extraña peste lo estuviera atacando. Por esos días otras mujeres se quejaban de lo mismo. Recordó el comentario de Encarnación y pensó que tal vez fuera la misma que asolaba su patio. Meditó un minuto en ello y enseguida se olvidó del tema; tenía preocupaciones más importantes, como la sublevación militar, que podía cambiarlo todo, incluida la vida que llevaba. Temía que pudiera ocurrirle algo a Pedro.

Desde el balcón podía ver a su hermano jugar a la pelota con los demás niños. Hacía poco que habían terminado las clases —para Manolito, su segundo año lectivo— y a ella no le había quedado otra alternativa que darle más libertad y romper la regla que le había impuesto acerca de no jugar en la calle mientras ella no estuviera en la casa porque, aunque estuviera trabajando en la jamonera, ahora lo dejaba salir con la condición de que no se alejara más allá de la calle de Bailén, que ni se le ocurriera acercarse a las escaleras del barranco. En la habitación Manolito se aburría. En medio de sus inquietudes, verlo jugar desde el primer piso fue un remanso. Estaba agradecida de que pudiera llevar una vida normal.

Observó la olla. En un rato estaría listo el cocido. Planeaba cenar temprano para luego escuchar la radio en la casa de doña Isabel. La conversación con Pedro la había dejado alterada y ávida de noticias.

* * *

Luego de cenar, Manolito se tendió en el suelo para jugar con sus canicas, como le gustaba hacer por la noche cuando estaba cansado. El calor lo agotaba y tenderse en las baldosas frescas lo reconfortaba. María partió a lo de doña Isabel.

Llegó al mismo tiempo que Charito. Doña Juana ya estaba sentada junto a la casera mirando el aparato.

—La cosa está que arde —dijo doña Isabel cuando las vio entrar.

—¿El calor del día? —preguntó Charito.

—¡No, mujer, la situación política! —exclamó doña Isabel comenzando a sintonizar la radio.

Charito era tan buena como elemental.

—Se espera violencia —anunció María sin atreverse a contar los detalles que Pedro le había confiado.

—Los militares se levantarán... ¡no hay dudas! Te lo digo yo, niña, que he vivido mucho.

María se sentó en una silla junto a los demás en el momento en que el gobierno comunicaba que no desconocía los planes del enemigo de desestabilizar la República, a la que prometía defender con todas las garantías legales y las fuerzas físicas disponibles en el país. Por último, pedía al pueblo tranquilidad, unidad y coraje.

Conmocionadas, las mujeres intentaban comprender el alcance del mensaje, pero, sin intervalo, la transmisora irradió al aire las noticias.

—¡Calla, calla! —pidió doña Isabel.

La primera mencionaba los discursos de José María Gil Robles y Dolores Ibárruri en las Cortes. La segunda informaba sobre la reciente explosión de la bomba número cuarenta y nueve sobre un café de la calle de Preciados, próxima al teatro. La explosión había dejado heridos y muertos. Había trascendido que un grupo de dirigentes socialistas se encontraba reunido en un local.

Las palabras «Preciados», «teatro», «dirigentes» y «socialistas» penetraron en la cabeza de María y sus pensamientos armaron un nombre que explotó en su boca:

—¡Pedro!

Se puso de pie como un resorte.

—¡Niña! ¿Qué sucede?

María tartamudeó:

—Dijeron que estalló en un café de la calle de Preciados, ¿verdad?

—Así es.

—¡Pues debo irme ya mismo!

—¿Conoces a alguien allí? —preguntó la casera.

Cada jornada la tragedia pintaba la ciudad y los madrileños habían aprendido a agradecer por las noches que la desgracia no los hubiera tocado durante el día. Últimamente, regresar sanos a sus casas parecía un milagro.

—Sí, conozco —respondió, aunque en su cabeza la frase fue mucho más larga: «Sí, conozco a Pedro Díaz Montero, el amor de mi vida».

María se marchó corriendo sin siquiera saludar, necesitaba recoger su cartera y partir ya mismo. Dio dos pasos y se acordó de su hermano. Se paró en seco y desde la puerta exclamó:

—Doña Isabel, por favor, mire a Manolito mientras me ausento.

—Claro, niña, ve tranquila —respondió la mujer y comenzó a explicarles a las otras dos lo que ella venía conjeturando: que María tenía un novio republicano.

Charito, al oírla, puso mala cara y se persignó. De derechas y ultracatólica, para ella esa era mala palabra y el hombre, un indeseable.

La casera y doña Juana sonrieron cómplices, dando su aprobación a la relación. En las últimas elecciones, ambas habían votado al Frente Popular y, si era republicano, pertenecía a su bando.

Pese al nefasto anuncio de calamidades, cuando la radio dio espacio a un concierto de música ligera, la camaradería femenina —que incluyó a Charito— primó y las tres mujeres brindaron con el anís que sirvió doña Isabel. Al levantar las copitas, doña Juana exclamó:

—¡Por el amor! ¡Que triunfe lo bueno y que el pretendiente de María no se haya muerto!

El deseo extraño no las sorprendió, les pareció normal brindar pidiendo que alguien siguiera con vida. Un año atrás, nadie hubiera pronunciado esas palabras al chocar las copas. Sin embargo, la violencia, las bombas y la muerte formaban parte de la vida cotidiana de los madrileños.

* * *

María le explicó a su hermano que debía salir. No le dio detalles salvo que se iba porque Pedro la necesitaba. Manolito, que ya estaba en la cama, a punto de dormirse, no le prestó mucha atención. Ella tomó la cartera, bajó las escaleras corriendo y en segundos estuvo en la calle. En cuanto vio un taxi, no lo dudó, y subió de inmediato. Su presupuesto no le permitía utilizar a menudo el servicio, caro para su exiguo bolsillo, pero en esta ocasión agradeció que existiera.

Enseguida llegó a la calle de Preciados. Pero no pudo acercarse al lugar porque el fuego dominaba el sitio. Las llamas, altísimas, medían varios metros y los bomberos aún no podían controlar el incendio. Intentó preguntar a los vecinos y a los curiosos, pero nadie contaba con información certera. Un comedido le contó que había escuchado que los heridos habían sido trasladados al hospital, pero, encogiéndose de hombros, dijo que no sabía a cuál.

Mirando las llamas, envuelta en llanto y desesperación, no acertaba a establecer cuál sería el hospital más cercano. ¿Estaría en el VOT, aldeaño a la casa de doña Isabel? Dudó. Tras analizarlo, se encaminó al Hospital Provincial de Madrid, donde alguna vez habían atendido a su padre. De seguro los habrían llevado allí. Con paso firme, rumiando lo peor, tras veinte minutos de marcha firme, llegó al nosocomio y, armándose de valor, pidió información. Cuando la recepcionista le brindó los nombres de los heridos que habían recibido tras el estallido, María respiró aliviada, pero volvió a preocuparse porque la mujer le explicó que no podía garantizarle que ahí estuvieran todos los damnificados, que quizá... en otros sanatorios...

—¿A cuáles?! —preguntó.

—Lo siento, no lo sabemos —le respondió.

La noche avanzaba y ella, de pie, sola en la puerta del hospital, no sabía si regresar a su casa o proseguir la búsqueda. Pero ¿a dónde ir, cómo hacerlo? Ya no disponía de suficiente dinero.

Pasaría por el apartamento de Pedro. Tal vez sus vecinos... Se encontraba muy cerca de la residencia de los Díaz Montero, pero no podía preocupar a la familia con sospechas... Además, si la bomba no lo había lastimado y se encontraba bien, seguramente habría regresado a su casa. Una luz de esperanza se encendió en su interior al entrever la posibilidad de que Pedro se hallara indemne. Y mientras caminaba se olvidó de sus ideas de izquierda y recurrió a Dios, al suyo, no al de las mujeres de la Acción Católica, o el de los curas. Ese que le respondió cuando le pidió ayuda el día que huyó con Manolito. Esta situación ameritaba implorarle.

Rezó durante todas las calles que caminó hasta llegar al edificio de Pedro. En el pórtico, respiró hondo y ansiosa subió las escaleras. Golpeó y esperó por unos instantes. Del otro lado no se escuchaban sonidos ni había luz. Tras dos minutos, inmóvil frente a la puerta, intuyó que Pedro no estaba y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas mientras se mordía el dedo índice. Pero desde el interior una voz conocida y amada preguntó:

—¿Quién es?

Ella tragó saliva y, con un hilo de voz, alcanzó a decir:

—Yo, María...

Cuando la puerta se abrió, desde las sombras de la sala emergió Pedro. Su casa estaba en

completa oscuridad.

—María...

—Pedro...

Se abrazaron durante un largo rato, allí, en el recibidor.

—Pensé que la bomba... creí que te había pasado algo muy malo.

—Por poco me mata. Pero aquí estoy.

—¿Qué pasó? Cuéntame...

—Cuando la reunión terminó, Pablo Amuchástegui y yo salimos rumbo al café Varela para continuar nuestra plática... fuimos los primeros en marcharnos... Y a unos cincuenta metros, oímos la terrible explosión... ¡ensordecidora...!

—¡Oh, qué horror!

—Con Amuchástegui volvimos corriendo a ver qué había pasado y allí vimos... a dos de nuestros compañeros que se desangraban ante nuestros ojos... transeúntes que justo caminaban por la acera yacían muertos, despedazados... o tendidos en el suelo malheridos...

Pedro detuvo su relato; no le salía la voz. María se percató de su estado de conmoción.

—Ya me contarás, Pedro, lo importante es que estás bien —valoró, lo tomó del brazo y añadió—: Ven, vamos adentro.

Una vez que ingresaron, ella tanteó el interruptor de la luz. No entendía por qué Pedro no la había prendido.

—¿Por qué estás a oscuras?

—No lo sé. No podía encenderla... estoy paralizado... No acabo de quitarme de la cabeza esas personas lastimadas... sin brazos, sin piernas... No sabes cómo gritaban...

María al fin encontró el interruptor y pudo accionarlo.

—Pedro, deja de pensar y ve a la cama. Recuéstate un rato. Te prepararé un té. ¿O quieres un vaso de agua?

—Agua —dijo él con voz imperceptible.

Por primera vez María era la fuerte y Pedro, el débil. Ella lo guiaba y lo cuidaba; él se dejaba.

Lo condujo hacia el cuarto, donde el calor de una típica noche de verano madrileño resultaba sofocante. Mientras él se tendió en el lecho, María fue a la cocina por el vaso de agua y luego se lo entregó. Lo bebió en silencio sentado en el borde de la cama. Parecía indolente al calor, ausente de este mundo, como si hubiera quedado atrapado en el fuego de la calle de Preciados. Ella le preguntó:

—¿Quieres algo más?

—Apaga la luz, por favor...

—No creo que sea buena idea.

—¡Apágala, por favor!

Él no se lo dijo, pero tenía miedo. Temor a que explotara otra bomba, a que vinieran por él, a que todo saliera mal, a...

—Está bien, pero entonces abriré la ventana para que entre claridad de la luz de la calle y un poco de aire.

Él no le respondió, María apagó la luz y abrió las dos hojas. El ambiente se volvió agradable, un soplo de viento entró y los refrescó. Por la ventana, desde la cama, se veían las estrellas. Ella se tendió junto a él en el lecho y se abrazaron. Así estuvieron un largo rato, en completo silencio, apreciando el ruido rítmico de sus respiraciones. Hasta que Pedro habló:

—María, qué corta es la vida, qué frágil...

Él no podía sacar de su mente la imagen de los cuerpos ensangrentados, mutilados, e intentó hablar de lo sucedido. Pero María, asustada por su estado, no se lo permitió.

—Shhh... tranquilo —le dijo muy suavemente al oído y le cerró la boca con un beso largo intentando calmarlo.

Lo besó, lo besó y lo besó buscando arrancarlo de ese mundo violento en el que se había metido y no podía salir.

Lo besó y lo besó hasta que logró introducirlo en el universo de ellos dos, en el de esa noche, en el de esa cama, en el del amor que se tenían y en el de sus cuerpos que poco a poco iban pidiendo más del otro.

Lo besó y lo besó hasta despertar en él su fuerza de hombre.

Llevaban un rato en ese estado semiinconsciente envueltos en penumbras y pasión cuando Pedro, olvidado de sus dolores y temores, arrastrado por su instinto, se trepó sobre María, y así, con la ropa puesta, se besaron y acariciaron como nunca antes. Sin límites.

Hasta que ella abrió los botones de nácar de su blusa blanca y, haciendo a un lado la enagua, le ofreció sus pechos. Esa noche, María pagaría el precio que fuese para sacar del horror al hombre que amaba. Pedro los besó con ternura y luego con ardor. La luz escasa apenas si le permitía ver sus curvas, pero su sed las adivinaba todas. Ella gimió y las manos de Pedro buscaron los lugares secretos de María que aún no habían sido explorados, esos que se escondían bajo la ropa interior que él quitó. Los dedos de hombre delinearon bordes, sinuosidades, relieves, una... y otra vez, y otra.

Tres minutos de delirio mutuo y Pedro, arrastrado por la correntada de pasión que sentía por su amada, se olvidaba de la violencia vivida horas antes. María era el presente, el hoy, el ahora... era la vida. Y esa fuerza lo empujaba a olvidar, a amar. Se aflojó la cremallera de su pantalón y urgido apoyó su piel de hombre contra el interior húmedo de ella, que esa noche lo llamaba por su nombre.

—¿Quieres, María? —le preguntó con la voz queda por el deseo.

—Sí, pero...

—Dime...

—Yo nunca he hecho esto...

—Lo sé. Sólo dime si quieres...

—Sí —le respondió María, y esa palabra fue el prelude para que la normalidad se instalara nuevamente en la mente de Pedro, porque ahora él volvía a cuidarla y ella se dejaba cuidar.

Pedro acababa de sanar; la huella del horror vivido horas antes se borraba indefectiblemente y de un plumazo. En el altar del amor se deshacían los dolores de la vida, las inexperiencias de los que no saben, las inseguridades del alma humana.

El arremetió con suavidad contra la piel de mujer. Una vez, dos... ella gimió y sus piernas delgadas y blancas abrazaron la espalda de Pedro. Un instante y ambos danzaban al son de la música de pieles, caricias, gemidos y fluidos.

La noche avanzó y entre temblores y descubrimientos se escuchó «Te amo». Uno, en voz de hombre; y otro, en voz de mujer.

La suerte estaba echada. En la vida de María Álvarez y Pedro Díaz Montero se abría el primer capítulo de toda una historia que se escribiría en el Viejo Continente, donde estaban, y en el Nuevo, que ya los llamaba por su nombre. Escribirían esa historia que tendría letras compuestas con trazos de sangre y aroma a flores. Fuerza de tormenta y suavidad de pétalos.

Era la madrugada cuando María miró la ventana y descubrió que entraban las primeras claridades de la mañana.

—Debo irme, mira la hora que es —dijo y se puso de pie de un salto.

—No quiero que te vayas, desayuna aquí, al menos.

—No puedo. Debo marcharme ya mismo —dijo y, tras vestirse y calzarse, le dio a Pedro un beso en la boca y partió sin más, sin comentario, ni explicación.

Pedro se quedó mirando la puerta del cuarto hasta que ella desapareció. Luego oyó el picaporte de la calle. Ella ya estaba afuera. Se había ido y él se había quedado solo. Un viejo sentimiento de soledad lo hirió de muerte.

Entonces se dio cuenta: él nunca más podría vivir sin María Álvarez. Ella tenía que instalarse en su casa. Se lo propondría cuando la viera de nuevo. Ni siquiera habían quedado cuándo volverían a verse, pero no tenía dudas de que sería esa tarde, porque si ella no venía, él mismo se internaría en Morería y, si fuera necesario, tiraría abajo la puerta de la casa azul.

Se puso de pie y se calzó los zapatos, blancos por el polvillo de los escombros. Entonces recordó: la bomba, la República, los enemigos del Frente Popular... y conjugó una idea: debía seguir luchando. Luchar hasta ganar, llegar hasta las últimas consecuencias. Porque estaba en juego algo muy valioso: los derechos de todos los españoles, los presentes y los venideros. Entre los españoles de las próximas generaciones incluía a sus propios hijos, esos que alguna vez tendría con María, pensó. La experiencia vivida durante la noche le provocaba el deseo de tenerlos con ella. Lo reconoció. Quería hijos con María. Tal vez más adelante...

Pedro no se equivocaba en sus sueños, sólo que jamás hubiera imaginado cuándo se cumplirían.

María retornó a su casa meditando sobre lo sucedido durante la velada. Había sido maravilloso; agradecía haber tomado la decisión de marcharse de Los Santos. De haber permanecido, habría terminado teniendo sexo con Tormo y jamás habría conocido la bella experiencia compartida con Pedro. Pensó en él y sintió que lo amaba, que no se arrepentía de haber cedido al deseo. Recordó una frase que había escuchado cierta vez decir a su padre y que nunca comprendió hasta ese momento: «El sexo con amor es doble sexo». A pesar de su simplicidad, él había sido un hombre sabio.

Se apuró. Llegaría justo antes de que Manolito abriera los ojos. Por suerte, en vacaciones dormía hasta más tarde. Luego desayunaría y, en una hora, se presentaría en el trabajo.

* * *

Esa mañana, María estaba especialmente distraída en La Bellota. Por eso, demoró en responder al llamado de Marcos.

—Perdón, me quedé trabajando en...

—Descuida. Era sólo para avisarte que desde mañana regresas al salón de ventas, tu lugar lo ocupará Paula Heredia, la muchacha que he tomado para tu puesto.

María primero se sorprendió, luego se adecuó a la situación.

—Aceptaré lo que creas mejor. Yo estoy aquí para servir en donde sea más útil —repuso. No estaba enojada con Marcos, sino más bien le daba pena. Ella estaba viviendo un momento maravilloso y nada lo empañaría. Al menos, se contentó, no la había despedido. Y eso ya era mucho.

María sólo tenía pensamientos para Pedro y la tarde que planeaba pasar en su compañía. Habían tenido sexo casi sin pensarlo. Y, hoy, para estar tranquilos, dejaría a su hermano en la casa azul. Quería volver a tener intimidad con Pedro y hablar del futuro. El porvenir estaba a la vuelta

de la esquina, y si ellos dos se hallaban juntos, lo esperaba con deleite. No imaginaba nada que pudiera quitarle la felicidad. Claro que había cosas que ni ella ni ningún madrileño aún podían vislumbrar.

Saturnino Moratín

Saturnino, a pesar de que esa madrugada le costó levantarse, lo hizo contento. La noche anterior se había acostado tarde. Después de compartir la reunión en la Casa del Pueblo, acompañó a Noemí hasta la Castellana, pero, aprovechando la bella noche de verano, estiraron la velada sentados en el banco de la plaza. Para qué volver a la corrala si, entre el calor y el hacinamiento, sería imposible dormir. Además, los patrones de la chica se hallaban de viaje y los hijos mayores —que permanecían en la casa— no la controlaban. Por primera vez, juntos habían hecho planes para un futuro. Y él la había besado mucho.

Saturnino, lleno de imágenes felices, esa mañana tomó el café contento. Miró el reloj y se apuró. En media hora debía presentarse, como siempre, en la taberna Los Toros.

Salió de su casa a pasos tan rápidos como sus alpargatas se lo permitieron. En la espalda llevaba su infaltable pañuelo rojo.

Llegó a la puerta de la taberna, justo a las seis y media, conforme al horario pactado. Al ingresar a la cocina se encontró con don Amadeo, el dueño. Le pareció extraño; allí no solía cruzarlo. El cocinero era quien le daba las instrucciones cada jornada y ese día no lo veía por ningún lado.

Don Amadeo, de pie junto a la alacena donde se guardaban los cacharros de cocina, le explicó que quería hablar con él. Saturnino aceptó y se dispuso a oírlo.

—Mira, muchacho, te esperaba porque lo que tengo para decirte debe conversarse en persona.

—Sí, diga, como usted mande...

—Ya no necesitaremos tus servicios aquí —dijo tajante, sin preámbulos.

Saturnino quedó sorprendido por la noticia. Cuando al fin pudo articular palabra, preguntó:

—Pero ¿por qué...? Me las apaño, jamás llego tarde...

—Sucedete que no te necesito más.

—No es posible. ¿Quién pelará las papas y limpiará los trastos? Alguien debe hacerlo.

—Tú no te preocupes, que yo sabré qué hacer con mi cocina.

—Entonces no es verdad que no me necesita.

—Vale, muchacho, que aquí no quiero gente que se pasa el día en el sindicato.

¡Coño! Alguien le había contado. ¿Quién habría sido?

—Pues yo no estoy todo el día allí, sino que fui a informarme sobre los...

El hombre no lo dejó terminar.

—¡Pues claro! ¿A qué, si no...?

—Usted deberá modernizarse y adaptarse a las nuevas leyes.

—Hala, hala, vete de una buena vez, que ya no quiero verte por aquí.

Saturnino, lleno de rabia e impotencia, salió a la calle. Si se quedaba un momento más en la cocina, le partiría la cara al hombre. O peor aún: sacaría la pistola y...

Una hora después, sentado en la escalera de la corrala, se desahogaba con Chicho. Su amigo, que buscaba consolarlo, le decía que seguramente encontraría un trabajo mejor. Aunque los dos sabían bien que, por estas épocas, con suerte encontraría algo, pero no mejor. Las tiendas no tomaban personal; al contrario, despedían a los dependientes que habían trabajado durante largos años, hombres que conocían el oficio y la clientela. Madrid, extraña y desconocida, bullía de

violencia y miedo. Muchos comercios cerraban sus puertas a la espera de que el clima político mejorara; incluso, algunos dueños preferían marcharse de la ciudad.

Luego de conversar con su amigo, Saturnino controló varias veces la hora. Ansiaba que llegara el mediodía para contarle a Noemí lo que le había sucedido.

En lugar de encontrarla en el mercado de la Cebada, se instaló sobre el Paseo de la Castellana, en la esquina de la calle de Lista, bajo la sombra del frondoso plátano donde solía esperarla. Pero Noemí nunca salió. Era evidente que sus patrones se lo habían impedido.

Dos horas después, Saturnino se fue maldiciendo entre dientes, renegando de no tener un trabajo decoroso, de estar lejos de su familia desde hacía años, de no poder ver a su novia cuando lo quisiera. En resumen, de la vida que le había tocado. Sentía que no tenía nada y que no podía asirse a ninguna ilusión; las había perdido todas. Recordó que, cuando se hallaba desamparado, las conferencias en la Casa del Pueblo funcionaban como su tabla de salvación. Pero por estos días no había ninguna reunión programada. De todos modos, bien podía asistir y encontrarse con los camaradas que compartían sus ideales, comprometidos en la transformación de la sociedad. Ya vería si podía echar una mano entre los miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. A pesar de su corta edad, comprendía que la situación cambiaría sólo si dejaban gobernar al Frente Popular, que había prometido priorizar a los pobres, a los humildes, a los trabajadores. Esa era la única solución para que él y tantos otros en su misma condición dejaran de llevar una vida miserable.

Entrada la tarde, tras los recados, concluyó el día más amargado que nunca. Sabía que en breve debería pagar el alquiler y no tendría con qué, salvo que resignara el dinero que ganaba para comer. Deseó no tener que elegir entre lo uno y lo otro.

CAPÍTULO 15

CAFÉ DEL HOTEL PALACE

El bar del Hotel Palace, ubicado en la plaza de las Cortes 7, ha sido y es uno de los lugares más refinados de Madrid. Su café es famoso por la calidad premium. Desde que se abrió, ha sido frecuentado por los que viven y visitan Madrid, quienes se maravillan ante la preciosa cúpula de cristal. Cuenta entre sus visitantes a Ernest Hemingway, Madame Curie, Mata Hari, Pablo Picasso, Cary Grant y Salvador Dalí.

Madrid, 2014

Rafael caminó los pasos que le quedaban hasta el ingreso del Hotel Palace y agradeció estar bien vestido. La entrada, por lo fastuosa, amedrentaba a propios y extraños. Desde su inauguración, en 1912, el hotel estaba considerado uno de los más lujosos del Madrid del siglo pasado.

Alba, que sabía que ese día él debía realizar trámites para iniciar la ciudadanía española —la que le permitiría permanecer en el país legalmente—, y que ella debía pasar a buscarlo por el centro, le propuso que se encontraran en el bar del hotel para tomar un café y luego partir en su coche hacia Rivas-Vaciamadrid, donde se celebraría el acto inaugural del nuevo edificio de La Bellota. «Cosas de niña bien haberlo citado en el Palace», pensaba Rafael porque ella había insistido y lo había convencido de conocer el bello recinto de la arquitectura madrileña.

Rafa comprendió que, en cierta manera, Alba tenía razón, y era el día indicado para echarle un vistazo, pues irían elegantemente vestidos. Él llevaba puesto un traje azul con camisa blanca y estaba seguro de que ella no traería puesta ninguna de sus remeras estampadas con palabrotas ni sus mochilas hippies porque el cóctel de la jamonera ameritaba otra clase de vestimenta.

Ese día, Daniel Díaz Montero presentaría a la sociedad las nuevas instalaciones durante una inauguración oficial, y hablaría acerca de los extraordinarios números alcanzados en tan sólo semanas gracias a la campaña de publicidad que había diseñado Alba. Media Madrid hablaba acerca de los innovadores afiches que ocupaban las carteleras de la vía pública y comentaba la publicidad que se pasaba en la televisión filmada con la joven modelo de moda. Y lo más importante: a pesar de que aún quedaba mucho camino por recorrer, la acción de *marketing* ya se reflejaba en las ventas, lo que auspiciaba un éxito total. El padre de Alba había dicho que La Bellota tenía mucho por festejar y había querido hacerlo de manera formal con un cóctel en la jamonera, al que estarían invitados los proveedores, los compradores, la prensa y funcionarios del

gobierno. Cómo no hacerlo, si la empresa concitaba la atención, pues era una de las principales del país debido al movimiento económico que producía tanto por las ventas internas como por las exportaciones.

Rafael ingresó al salón donde funcionaba el café del Palace y la belleza del lugar lo impresionó. La cúpula de cristal del techo era realmente hermosa e impactante, al igual que la delicada decoración *art nouveau*.

Aún se hallaba disfrutando del encanto de los detalles cuando vio que Alba entraba al salón. Estaba realmente guapa, vestía un traje negro de saco con pantalón de vestir, y por debajo asomaba una camisa de seda color turquesa puesta dentro del pantalón. El pelo lo llevaba en una coleta —de peluquería, seguramente, por lo perfecta y tirante— de la que sólo se escapaba un único mechón que delicadamente le caía sobre una de sus mejillas. Las mechas rosas casi no se notaban.

Él se puso de pie y se saludaron con un beso.

—Estás muy diferente, aunque me gusta. Veo que no traés tu mochila —dijo sonriendo divertido.

—Pues a mí no me gusta ni medio, me parece que soy otra. Por momentos me desespero y me pregunto qué hago aquí. Entonces pienso: «Es la última vez que haré esto». No tenía cartera, así que traigo todo en los bolsillos del saco —dijo ella sacando las llaves del Audi, un billete y dos papelitos para mostrárselos a Rafa.

Realmente estaba alterada. Trató de calmarla.

—Tranquila, no necesitás cartera, y estás muy linda.

—Y muy nerviosa... Se supone que debo decir unas palabras ante los invitados. No sé cómo fue que me metí en semejante brete. Me arrepiento de haber aceptado.

—Todo saldrá bien. ¿Traés el papel con las anotaciones de lo que dirás?

—No. Sólo daré unos agradecimientos.

—¿Entonces por qué te preocupás?

—Ay, es que no quiero hacer más esto.

Rafael la notaba colapsada. No pensó que el evento la desestabilizaría de esa manera. Observándola, por un instante se preocupó, pues ella estaba embarazada, en su vientre llevaba un hijo suyo. Él no se olvidaba de su fragilidad emocional.

Le tomó las manos, que encontró temblorosas, y mirándola a los ojos le dijo:

—Todo estará bien, has hecho un gran trabajo. Tu padre por primera vez en su vida está conforme. ¡Alegrate!

La precaria estabilidad de Alba le daba miedo y al mismo tiempo lo compelia a protegerla. Ella era una mujer talentosa y muy inteligente, pero a veces esa misma sinuosa personalidad que la hacía especial, le jugaba malas pasadas y no le permitía ver ni aun lo más obvio.

Ella pensó por unos instantes, y sí, pudo verlo.

—Tienes razón.

—Bien, chavala, disfrutá tu momento.

—Eso haré.

—Además, como vos decís: tranquilizate pensando que nadie te obliga a una próxima vez. Si no querés hacerlo más, decís que no y asunto terminado.

—Ay, mi chico, gracias...

—Pidamos nuestros manchados y disfrutémoslos, que para eso me has traído aquí.

Ella asintió con la cabeza y, distendiéndose, miró a su alrededor.

—Es bello, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, mucho.

El mozo se les acercó y ella agradeció tener a Rafael a su lado; sus palabras la habían calmado, al menos por un rato. Ya vería cómo enfrentaría lo que tenía por delante en las próximas horas. A las doce empezaba el evento. Disponían de casi una hora para el café del Palace. Luego debían marcharse para llegar a tiempo.

Rafael la miraba sin comprender cabalmente cómo había logrado estar en ese lugar y en ese país, que ella fuera su mujer y que juntos esperaran un hijo. ¿De qué manera la vida lo había metido en este tren? Trataba de no buscarle demasiada explicación porque, a veces, la razón lo dejaba más confundido y asustado. Decidió disfrutar el momento que estaba viviendo, existir hora a hora; más tarde, ya vería. Tomaron el café hablando nimiedades.

Rafa quiso saber lo mismo que cada mañana:

—¿Y cómo está mi hijo?

Solía preguntárselo apenas abría los ojos, pero hoy se había ido del departamento cuando Alba todavía dormía.

—Muy bien, dice que se quedará quietito y no molestará.

—No le haga mala prensa... nunca molesta, jamás te ha hecho sentir mal.

Era verdad. Hasta ahora no había tenido ni un solo malestar. Y ya llevaba más de dos meses de embarazo. Pronto harían pública la noticia. Rafael no quería imaginar qué diría el padre de Alba cuando se enterara. A veces, temía que lo tomara muy mal, pero otras se aferraba a la esperanza de que se pusiera contento porque, al fin y al cabo, ese niño sería un descendiente para la dinastía Díaz Montero, tan importante para él.

* * *

A las doce, el presentador contratado para el evento ocupó su lugar delante del auditorio en el ala nueva de La Bellota y abrió el acto dándoles la bienvenida a todos los presentes y anunciando las maravillas de esta gran empresa familiar que había perdurado desde 1886. Enseguida anticipó que en breve subiría al estrado Daniel Díaz Montero, quien en ese momento ocupaba el liderazgo de la compañía.

Sentado en una de las sillas de la primera fila, el padre de Alba sonreía complacido. A su lado, muy relajado, se hallaba su hermano Juan, que ese día había aparecido para conocer la nueva construcción.

Rafael, buscando ser prudente, se había quedado de pie al fondo. Mientras escuchaba las primeras palabras del presentador, observó algunos movimientos nerviosos de Lola, a cargo de los detalles de lo que vendría después de los discursos: las cazuelas de calamares, los pinchos de morcillas y demás tapas acompañadas por copas de vino tinto y blanco. Primero se haría el acto, luego el corte de cinta y las fotos. Por último, la comida sería servida por los diez mozos contratados a tal efecto.

Rafa, acostumbrado a trabajar con Lola, al notar que se hallaba contrariada y sobrepasada, se le acercó y le preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—Por favor, pídeles a los mozos que hablen más despacio. Ya empezó el discurso, y se los oye desde aquí. Yo no puedo moverme —dijo Lola, ubicada tras la última fila, atenta para resolver contingencias.

Rafael se dirigió a la cocina donde estaban los hombres con sus bandejas repletas de copas

servidas y les pidió silencio. Luego regresó hasta Lola y le dijo:

—Listo. ¿Algo más?

—No, muchas gracias. Creo que estoy más nerviosa yo que Díaz Montero.

—Alba está igual que tú.

—Pobrecilla. Su padre casi la obligó a decir unas palabras.

—Me contó.

—Por suerte, pronto me jubilo y ya no pasaré más nervios de esta clase. Me quedaré en casa tejiendo como la abuela que ya soy, tal como hace mi madre. Hablando de ella, ¿cuándo irás a verla? Te está esperando.

—Lo sé, pero han sido unos días de locos entre la inauguración y mis trámites.

—Hazte un tiempo. Es sólo una tarde.

—Decile que iré la semana que viene. Te lo prometo.

Ambos vieron a Alba acercarse a ellos.

—Ven, Rafael, siéntate a mi lado, acompáñame, que, si no, creo que me escaparé de este horrible gentío.

Rafael miró a Lola y le levantó las cejas. No estaba seguro de que sentarse junto a Alba y ante los ojos de todos fuera lo mejor. No era bueno poner nervioso a Daniel en una jornada como esa.

—Ve, hijo, ve, que no pasa nada —dijo Lola pensando que mucho peor que ellos dos estuvieran sentados juntos era que Alba se marchara sin dar su parlamento.

De camino a las sillas, ella comentó:

—Veo a mi padre con el papel de su discurso y me arrepiento de no haberme preparado uno.

—Ya lo hablamos... Aseguraste que sólo dirías dos o tres palabras y que por eso no lo necesitabas.

—Tienes razón.

Rafael y Alba se sentaron juntos en la segunda fila en el momento en que su padre subía al estrado. Desde allí, antes de comenzar a hablar y mientras acomodaba el micrófono, el hombre le dirigió una mirada, pero luego se centró en los papeles que tenía en la mano. Unos instantes de carraspeos y comenzó a leer.

Daniel Díaz Montero, ante los oídos atentos de los presentes, primero agradeció a los que de una forma u otra eran o habían sido parte de La Bellota, porque juntos habían construido esta gran empresa que hoy continuaba en expansión, luego recordó los primeros tiempos de la jamonera y las vicisitudes que había atravesado para continuar estando de pie, mencionó algunas crisis económicas, incluida la guerra que vivió el país. Por último, contó los planes para el futuro y terminó con una larga frase emotiva donde unió lo familiar y el *marketing*:

—Estoy muy feliz de que mi hija Alba Díaz Montero haya sido quien diseñó la campaña que ya habrán visto en las calles y en los medios. Ella ha sabido captar lo que queríamos comunicarle a la comunidad, pues, pese al reciente lanzamiento de la publicidad, ya apreciamos buenos resultados en las ventas. Toda Madrid habla de los desafiantes afiches ubicados en las avenidas. ¿Verdad, Alba querida...? —dijo lo último sonriendo con el micrófono en la mano y como señal para que su hija pasara al frente.

Alba sintió un escalofrío en el estómago y miró aterrorizada a Rafael, quien, pese a sus propios nervios, le devolvió su mirada celeste tranquilizadora, le apretó la mano amorosamente y luego se la soltó. El momento de moverse sola había llegado. El presentador se acercó a ella y le entregó un micrófono.

Con el dispositivo en la mano se puso de pie, subió los dos escalones y, arriba del estrado, le dio un beso a su padre antes de empezar el breve discurso que había preparado.

Sus primeras palabras fueron de agradecimiento por la confianza y el respaldo de la empresa, que le había permitido formar parte de la aventura de planificar la campaña. Habló durante unos instantes sobre el proceso de producción y, de repente, sin haberlo preparado, comentó lo que significaba el jamón para ella y su familia; luego, describió cómo esa pasión los había acompañado a lo largo de esos años. Las palabras y las explicaciones venían claras y contundentes a su mente, pues reflejaban aquello que vivía cada día. Contó que había diseñado los afiches pensando en el amor que ella tenía por ese producto tan español y relató una jugosa anécdota de cuando niña.

Rafael comprendió que Alba hablaba más allá de lo que había preparado, y que lo hacía natural y estupendamente con frases vivas, no sacadas de un papel.

No podía creer que ella se hubiera soltado de esa manera y estuviera contando tantos detalles e historias hermosas. Alba no tenía un escrito en las manos, sólo había pensado decir algunos agradecimientos, todo lo demás le había venido desde su corazón y así, tal cual, lo había narrado. Y justamente tenía que ver con lo principal: el jamón, no la empresa.

Rafael sonreía. Lo miró a Daniel y percibió su emoción, al borde de las lágrimas. Cuando Alba terminó, su padre le dio un abrazo. Estaba seguro de que su hija al fin había encontrado el camino y que estaba lista para seguir sus pasos. Ella no podría haber hablado de esa manera si no amaba la empresa como él, meditó Daniel.

Entonces, sin encontrar la diferencia —que Alba sí hallaba— entre el amor al jamón y el sentimiento hacia la empresa, tomó el micrófono e impulsivamente hizo algo que nunca debería haber hecho y dijo palabras que jamás debería haber pronunciado en público:

—Queridos amigos, este clima íntimo y tan emotivo que estamos viviendo hoy aquí me da pie y me anima a contarles algo que iba a anunciar más adelante...

Alba lo miró sin entender, él prosiguió:

—Quiero decirles que estoy pronto a jubilarme, pero que, por suerte, este imperio ya tiene sucesor... ¡mi hija Alba! —dijo señalándola. Luego continuó—: Estoy convencido de que ella seguirá mis pasos, por eso tengo el orgullo de anunciarles que será la primera vez que estará en las manos de una mujer. Así que aquí les presento a quien seguramente será la próxima directora de Chacinas La Bellota, mi hija Alba Díaz Montero...

Los fotógrafos del periódico y los de la revista de negocios que ese día los acompañaban se pusieron de pie y de inmediato lanzaron varios flashes al padre y la hija. Y luego varios sobre Alba, verdadera estrella de la jornada tras semejante anuncio y debido al emotivo discurso que había pronunciado.

A estas alturas, ella había empezado a temblar pero ya no de nervios, sino de enojo e impotencia. Se preguntaba por qué su padre le hacía eso y allí, delante de todos, por qué nunca la respetaba si le había explicado muchas veces que no le gustaba trabajar en la jamonera y le había aclarado que jamás se haría cargo de la empresa... Si justamente ese era el motivo de muchas de sus discusiones. Esa misma mañana, incluso, mientras bebía el café en el Palace había pensado que no volvería a pisar la jamonera, ya que ni siquiera quería seguir diseñando el *marketing*.

La mente de Alba trabajaba a mil revoluciones pero el cuerpo se hallaba inerte y su boca, muda. Sus manos unidas apretaban tan fuerte el micrófono que estaba haciéndose daño. Cuando lo notó, relajó los dedos y entonces se percató de que ella también tenía micrófono para hacerse oír y así como su padre había dicho adelante de todos lo que se le había dado la gana, ella también podía hacerlo si quería. Y entonces, acercándose el micrófono a la boca, habló:

—Perdón, pero creo que mi padre se equivoca, y es necesario aclararlo ahora mismo —dijo Alba, que ya se imaginaba saliendo en la portada de la revista de negocios como la sucesora.

Desesperada por huir de esa terrible imagen mental, se animó a agregar—: Creo que él malinterpretó mi discurso. Yo nunca estaré al frente de la compañía. Amo el jamón pero no la jamonera.

El joven periodista que acababa de tomarle una foto fue más rápido que los demás e hizo una pregunta dispuesto a sacar tajada de la situación:

—Señorita Díaz Montero, ¿usted no quiere aceptar el puesto porque cree que no es el adecuado para una mujer? ¿Por eso no acepta?

El muchacho pensó que si ella se enredaba y le contestaba que sí, tenía nota de tapa en el suplemento del diario del domingo; si le decía que no, también, porque demostraba que algo andaba mal en la dinastía Díaz Montero; sobre todo, después de un mensaje tan confuso y diferente entre padre e hija.

Alba respondió:

—No soy una empresaria, sino una simple artista que pinta cuadros. Los que me conocen, saben que es así —pronunció la frase con cierta gracia. A los presentes les causó simpatía la ocurrencia, pues también sonrieron; aunque no sabían si la joven bromeaba o si decía la verdad.

Daniel la escuchó con el rostro desfigurado. En los últimos minutos había atravesado distintos estados: los nervios de dar su discurso, la alegría por el interés concitado, la emoción de escuchar a su hija dando el propio como una líder nata y su rechazo absoluto bajo la forma de una desmentida categórica ante todos los presentes. ¡Y ahora Alba decía de sí misma que sólo era una simple pintora! Después de semejante declaración pública, jamás podría aspirar a ser la mandamás de La Bellota. Se sobrepuso como pudo y por su micrófono dijo sonriendo:

—Me parece que para realizar el traspaso del liderazgo de la empresa todavía nos falta mantener algunas charlas en los almuerzos familiares de los domingos. ¿Verdad, Alba?

Todos sonrieron.

Alba lo miró, estaba enojada. ¿De qué mesa del domingo hablaba su padre? Ellos nunca se juntaban el fin de semana. Su padre tenía el poder de sacarla de sus casillas, de aflorarle la rebeldía, de enojarla hasta el límite.

Acercándose, le dijo en voz alta pero sin micrófono:

—¿De qué hablas, padre? Jamás nos reunimos.

Ignorándola, y rogando que nadie la hubiera oído, Díaz Montero agregó:

—Ahora iremos todos juntos a cortar la cinta para que puedan tomar algunas fotografías y conocer las nuevas y modernas instalaciones de La Bellota.

Daniel, sin dar lugar a otro comentario de su hija, la tomó del brazo y la llevó casi a la rastra. En segundos las manos de ambos desataron el moño de cinta azul de terciopelo conforme al plan original. Los invitados, que recorrieron y admiraron los detalles de la flamante nave, se olvidaron del padre, de la hija y sus controvertidos dichos.

Retirados en un rincón, los dos anfitriones continuaron su altercado.

Rafael, atónito aún con la escena, ahora veía los movimientos de ambos y no sabía si acercarse o no.

—¿Cómo pudiste hacerme eso! —protestó Díaz Montero.

—¿Yo? ¿Hacerte? Tú mentiste allá arriba. Jamás dije que estaría al mando de la jamonera. Ni siquiera pienso trabajar acá.

—¡Alba, me has hecho quedar en ridículo! Cuando hablé, al menos, te di un lugar de privilegio entre mis palabras pero tú me has dejado como un perfecto gilipollas.

—Pero eso no es nada ante la falta de respeto que me confieres como persona. ¡No me oyes! Me pasas por arriba tal como si yo no existiera y no tuviera poder de decisión.

Daniel la tomó de la mano y la metió dentro de una de las oficinas. Y allí siguieron discutiendo.

—¿Cómo pudiste decir que estaré al frente de la jamonera? Siempre que has querido meterme en la dirección te he dicho que no.

—Hija, ante semejante discurso, pensé...

—Siempre piensas lo que te conviene para lograr tu objetivo. Lo que dije nada tenía que ver con una aceptación a lo que sabes que rechazo.

—Alba, deja de comportarte como una niña. Es hora de que asumas tu responsabilidad en la jamonera. Yo ya estoy viejo.

—Pues busca a otra persona. Porque yo jamás lo haré.

—¿Qué quieres? ¿Que la dirijan los hijos de mi hermano Juan?

—Bien podrían. Él es tu hermano y ellos, tus sobrinos. Y sabes que quieren esos puestos.

—¡Claro, después de que él se mantuvo ajeno a la empresa! Juan nunca se preocupó de nada que no sea cobrar sus dividendos. Además, yo dejé todo de lado para que te quede a ti.

—Pues yo no la quiero.

Daniel no podía creer que Alba le rechazara el tesoro que le quería legar y en el que había dejado la vida. Indignado, explotó:

—¿Y qué piensas hacer de tu vida? Porque ya tienes veintiocho años y algo debes hacer.

Alba lo miró enojada.

—Ya te lo he dicho: pienso pintar cuadros.

—¿Y el piso de Diego de León tengo que seguir pagándolo yo mientras tú pintas?

—Pues no lo pagues más. Yo casi no vivo allí. Siempre estoy en Vallecas, en la casa de Rafael.

—¡Ridículo! ¡Vallecas, por Dios!

—Pues piensa lo que quieras, yo no necesito lujos para ser feliz. Sólo deseo que me dejen vivir en paz y hacer lo que me gusta junto a las personas que amo.

—¡Claro! Y ahora dime que te quieres casar y tener hijos con el argentino así pensaré que realmente estás loca.

—Pues vete preparando porque quiero tener un hijo con él —dijo Alba mostrando sólo la punta del iceberg.

—¡Alba, no puedes ser tan idiota! Siempre la misma. Cuando tu madre nos dejó, hice lo que pude para criarte y poder seguir al mando de la empresa con la intención de que algún día la tuvieras tú. Y ahora me sales con esto... Eres muy, muy idiota. No sé por qué espero otra cosa, si es lo que siempre me demuestras.

—¡Y tú siempre me demuestras lo mal padre que eres! Lo único que siempre quise fue tu tiempo y nunca me lo diste. Y ahora, con lo que haces, sólo logras mi infelicidad.

—¡Pues tú igual! ¡Realmente me arrepiento de haber...!

La miró profundo y no terminó la frase. Estaba muy enojado. Se arrepentía de haber tenido hijos, por lo menos en ese momento. Se contuvo, no lo verbalizó, pero Alba lo adivinó:

—¿De qué? ¿De haberme tenido? Dilo de una buena vez y blanquea lo que sientes para mostrar lo mal padre que eres...

—¡Sí, sí! ¡Me arrepiento de haber tenido hijos que rechacen todo lo que les doy! ¡Y sí: también soy un mal padre! ¿Y ahora qué más tienes para decirme? Porque ya nada de lo que me digas me importa.

Alba lo miró deshecha. Ella lo había empujado a expresarlo pero ahora, tras escucharlo de su boca, se sentía quebrantada. Quería desaparecer del mundo. Si su madre no la había querido y su

padre se arrepentía de haberla tenido, ella no merecía estar viva. Odió la jamonera, odió a su padre, odió la vida... Y llena de esos nefastos sentimientos, el agujero negro tomó el control de su interior como hacía mucho tiempo que no pasaba.

Alba, a punto de responder una frase terrible, fue interrumpida por unos golpes en la puerta. Lola la abrió con cuidado y les dijo:

—Por favor, deben salir, los invitados piden por ustedes...

Padre e hija se miraron con rabia y ganas de continuar su disputa. Ambos se habían convertido en el típico caso de dos personas que se necesitan, de dos polos que se atraen, no para amarse sino para pelear. La relación estaba completamente enferma. Tóxica.

Daniel, guiado por el deber ser, pudo soltarse del sentimiento de riña e ignorando a Alba se dirigió hacia la puerta, salió y caminó junto a Lola, que le daba indicaciones sobre quiénes requerían su presencia.

Alba también salió de la oficina aunque movida por algo muy diferente y dañino; sus pasos eran guiados por su negro agujero interior. En el pasillo encontró la salida de emergencia y se dirigió al exterior; continuó hasta el estacionamiento tanteando en el bolsillo de su traje la llave del Audi y fue directo a su coche.

En minutos avanzaba por la carretera sin importarle los riesgos que entrañaba hablar mientras conducía y marcaba los números de sus amigos para montar una de sus nefastas tertulias. Lupe respondió y le dijo que la esperaban encantados. Alba siempre era bienvenida pues su billetera gorda de niña adinerada garantizaba que a la reunión no le faltara ningún aditivo que aumentara la diversión. El grupo —íntimo de Alba hasta poco tiempo atrás— gustaba de esas fiestas quitapenas, tal como las llamaban, aunque sabían que a la larga también añadían penas. Pero nada podía detenerlos, como tampoco a Alba. Su mente se había programado para vivir con ellos un aquelarre y su cuerpo lo pedía sin escuchar nada más, ni siquiera la voz interior que le recordaba que Rafael la amaba, que en su vientre albergaba un bebé al que debía cuidar. Era como si las cosas bellas de la vida hubieran quedado del otro lado de una línea y ella estuviese en la parte contraria, incomunicada, sin oído ni ojos para verlas o disfrutarlas, sin recordar que existían. El agujero negro estaba ahí, haciéndose del control de su vida y pidiéndole todo. Y, Alba, lastimada, se lo entregaba a cambio de un poco de alivio.

Iba conduciendo por la A-3, carretera de Valencia, cuando los carteles luminosos de la autopista anunciaron que había un atasco a causa de un accidente de tránsito y los coches, incluido el de Alba, se detuvieron. Ella, desesperada, calculando que se le agregarían al menos treinta minutos a su recorrido antes de llegar a la sustancia que la volviera insensible, comenzó a llorar. Se secaba las lágrimas con las manos mientras cada tanto daba una mirada a su rostro en el retrovisor; su imagen le hacía mal, le dolía ver a esa chica llorando, era la Alba niña-mujer, que sufría como venía haciéndolo desde pequeña. Desesperada ante la demora del tránsito, abrió la guantera y la revolvió hasta que encontró lo que buscaba: un cortaplumas Victorinox. Y del abanico de elementos, eligió el que le pareció más filoso. Cerró muy fuerte los ojos y se lo clavó en la muñeca. Cuando sintió dolor, los abrió y, al ver brotar la sangre, insistió serruchando su piel con el filo y, tal como si cortara una tela, cortó su carne. Recién cuando el dolor físico fue tan fuerte que la constriñó, ella pudo respirar profundo y, al fin, dejar de ahogarse.

* * *

La recepción por la inauguración de las instalaciones de La Bellota continuaba con éxito. Copa en

mano, entre cazuelas de mariscos y delicias de la casa, los visitantes paseaban por la flamante nave. Daniel Díaz Montero charlaba y actuaba de forma automática como un perfecto coherente. Rafael, a estas alturas, había acabado sin éxito la frenética búsqueda de Alba. Después de recorrer cada rincón de la jamonera, se dirigió al estacionamiento. Buscó el Audi; tampoco lo encontró. ¡Mierda! ¿Dónde estaba? Ver el espacio vacío donde siempre estacionaba fue un golpe bajo. Significaba, además, que se había retirado sin decirle nada. Tomó su teléfono e intentó comunicarse con ella. Dos intentos y ambos le dieron ocupado. ¡Carajo! ¿Con quién hablaba tanto? De repente, un rayo de lucidez —que hubiera preferido no tener— se lo reveló: con sus amigos... esos malditos amigos. Esos que jamás la llevarían a un lugar sano, ni le darían un consejo bueno, ni cuidarían su bienestar. Esos pobres desdichados que sólo servían para compartir momentos de juerga con sustancias ilícitas. Pudo imaginársela preguntándole a Lupe dónde se reunían. Y se aterrorizó al recordar que Alba estaba embarazada.

Rafael continuó insistiendo pero las siguientes llamadas lo mandaron a la casilla porque el teléfono de Alba acababa de ser apagado. Convencido de que ya no aparecería por la empresa, entró a la jamonera dispuesto a marcharse y en medio del gentío se cruzó con Lola.

—¿Todo bien? —preguntó la mujer.

—Me voy. Alba ha desaparecido.

Ella enarcó las cejas y frunció la boca. El gesto de pena le decía que conocía bien los problemas de Alba; sobre todo los que podían suscitarse después de una discusión como la que había oído un rato atrás.

Rafael salió a la calle y tomó el bus rumbo a su apartamento con la pequeña esperanza de encontrarla en Vallecas. El camino se le hizo eterno.

Al no encontrarla, creyó volverse loco. Inquieto, como león enjaulado, caminó de un lado a otro dentro de su pequeña casa. Por momentos creía que lo mejor sería irse al metro a cantar y no permanecer encerrado allí pasando nervios mientras aguardaba novedades, aunque también consideraba conveniente quedarse por si Alba regresaba. Cada tanto tomaba el teléfono e intentaba dar con ella, pero nada.

Durante el resto de la tarde, Rafael trajinó cientos de kilómetros por el suelo del departamentito y meditó un millar de tristes pensamientos. Luego se dedicó a limpiar los pisos de la casa de forma rabiosa, acomodó la pequeña biblioteca y también los papeles que tenía dando vueltas desde hacía semanas. Y cuando ya no supo más qué hacer porque la noche había caído y la preocupación le hacía doler el alma, decidió dar una vuelta por la plaza de los yonkis. Tal vez ella...

Salió del edificio y caminó por la avenida de la Albufera. Cuando llegó a la calle del Monte Igueldo tomó a la izquierda y se dirigió hacia el bulevar Puente de Vallecas para recorrerlo en busca de Alba. Temprano aparecían las primeras personas que requerían los servicios de un camello que les vendiera mercancía. Los miró con detenimiento, alguna vez Alba había buscado lo mismo en ese lugar.

Desde un rincón, junto a un árbol, observó los movimientos lentos y poco coordinados de dos hombres, vio sus pantalones caídos, el pelo revuelto y escuchó algunas risas chillonas e incoherentes. Entonces, se impresionó al proyectar un final similar para Alba. Y se entristeció más al considerar cuánto podría sufrir el hijo que ella llevaba en el vientre. Al formarse la imagen de la criatura, Rafa se desesperó. No quería que nada le pasase a ninguno de los dos. El rostro de Alba y los dolores espirituales que la aquejaban le vinieron a la mente y, sin poder contenerse, se quebró y lloró. Él la amaba, y la quería con todos sus problemas y adicciones. Amaba su ser lleno de escabrosas sinuosidades emocionales. Sí, la amaba sin importarle nada. Ojalá ella no

consumiera sustancias dañinas, ojalá él no se hubiera enredado con alguien dependiente de drogas, pero ya se había involucrado y, para bien o para mal, la suerte estaba echada porque él igual la amaba.

Se volvió a su casa caminando despacio, vencido y con las piernas tiesas, pasándose las manos por su pelo rubio como hacía cuando estaba muy perturbado. Eran casi las diez de la noche.

Al llegar a su edificio, vio que el bar de Pepe casi no tenía gente y entró. El viejo, al verlo, sonrió contento y exclamó:

—¡Hola, chaval! ¿De dónde vienes y a dónde vas con esa terrible cara?

La voz alegre de Pepe sonaba descontextualizada para su estado de ánimo.

—Voy a mi casa. Vengo de...

Pepe lo miró a los ojos, el muchacho estaba desencajado.

—¡Coño! ¿Qué ha pasado?

—Alba está desaparecida.

—¿Cómo «desaparecida»? ¿Se largó? —preguntó creyendo que se trataba de una pelea de enamorados.

—Se peleó muy feo con su papá, hicieron un escándalo en el cóctel de la jamonera y Alba se marchó muy mal.

—¡Carajo! Qué pena. Quizá se fue porque necesitaba un poco de soledad.

—No, Pepe. Ella consume drogas y temo lo peor.

—Chaval, chaval... ¡Qué mala cosa esa mierda! —dijo Pepe apenado. Fue imposible no recordar el embarazo y, aunque no lo mencionó, añadió—: Ven, tómate una caña conmigo.

Rafael no respondió pero apoyó todo el peso sobre el mostrador, señal que Pepe interpretó como un sí porque acomodó los vasos debajo del grifo.

Estaban por tomarse sus cervezas cuando el móvil de Rafa comenzó a sonar. Era un número desconocido. Atendió.

—¿Señor Rafael Becerra?

—Sí.

—Le hablamos del Hospital de La Princesa...

La palabra «hospital» le hizo doler; su significado, también: médicos, enfermedad, dolor, desgracia... Alba.

Tres frases más y cortó. Le explicó a Pepe que Alba estaba internada, que, al parecer, una supuesta conocida la había llevado en un taxi hasta allí y que había dado el nombre y el número de móvil de Rafael.

—Vete, vete, no te demores más y tenme al tanto. Háblame al teléfono fijo, que mi móvil nunca sé dónde está y seguro que tampoco tiene carga —dijo mientras le daba un abrazo apurado.

* * *

Un rato después, Rafael ingresó al hospital de La Princesa por segunda vez en su vida, pero por primera vez tomaba contacto con la zona de obstetricia, donde lo recibió un hombre mayor vestido con guardapolvo blanco que le preguntó si era el marido de la paciente, como había afirmado la amiga que la había traído. Rafael aclaró que eran pareja y que vivían juntos. El hombre que se presentó como el doctor Ronco lo hizo pasar y sentarse en un consultorio, y le explicó que Alba se hallaba inconsciente después de sufrir un aborto espontáneo, que había llegado intoxicada con cocaína y sin conocimiento. Y le aclaró que, si bien su cuerpo se encontraba estable, aguardaban a

que despertara porque aún no había recobrado el conocimiento. Las próximas cuarenta y ocho horas serían cruciales para evaluar su pronóstico que, por ahora, era reservado. Atónito, Rafael no podía creer la pesadilla que oía de boca del médico, quien agregó que había esperanzas, pues su ingreso era reciente y Alba, muy joven. Respecto a la pérdida del bebé, dudaban en atribuirle la causa al consumo de cocaína. Conjeturaban que sí, pero nunca tendrían la certeza.

Rafael, aún en estado de shock, se puso de pie y, tras despedirse del doctor, salió al hall y allí, en un rincón escondido, apoyado junto a una máquina expendedora de bebidas, lloró amargamente. Alba estaba mal y habían perdido al bebé. Se sintió culpable. Tal vez, si él se hubiera entusiasmado más con el embarazo... Tal vez, no había cuidado de Alba lo suficiente... Sus emociones oscilaron y entonces también se enojó con ella. ¿Por qué tenía que consumir drogas? ¡Eso no estaba bien! ¿Por qué no se cuidó si sabía que sería madre? Se indignó con las respuestas, pero aun así la siguió amando. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Ella nunca cambiaría? Todavía la siguió amando.

Después de quince minutos, al recobrar cierta lucidez, comprendió que debía avisarle a Daniel Díaz Montero. No sabía su número de teléfono, así que decidió hablarle a Lola, quien se lo facilitó sin muchas preguntas. No era difícil imaginar qué habría sucedido si Rafael le decía que Alba había sido hospitalizada.

Al cabo de unos instantes, Rafa se comunicó con ese hombre desconocido que pagaba su sueldo todos los meses y que había criado a esa niña que se había convertido en su mujer... porque aquí estaba él, Rafael Becerra, sufriendo como lo haría un esposo. Darle la noticia al padre no fue fácil, no entendía bien quién le hablaba, ni qué le había pasado a Alba. Rafael le pidió que se presentara en el hospital, donde le explicarían los detalles, y acordaron verse allí.

Las noticias que recibió Daniel Díaz Montero al llegar al hospital lo conmocionaron. Si fue un golpe duro conocer que su hija permanecía inconsciente producto de una intoxicación por consumo de cocaína, aún lo sacudió más enterarse de que acababa de perder un bebé. Su hija llevaba una existencia muy diferente de la que él le conocía.

El argentino y el español, sentados en el sillón de cuero blanco del pasillo del hospital, se estudiaron mientras conversaban sobre Alba. Como siempre, la voz de Díaz Montero tenía algo que a Rafa lo hacía sentir en confianza. El padre de Alba comprendía que ese hombre rubio nada tenía que ver con lo sucedido, sino, por el contrario, conmocionado, con las emociones a flor de piel y rastros de llanto, presentaba dificultades para articular en forma coherente el desenlace. El sentimiento profundo por su hija era inocultable. A medida que hablaba, Rafael percibía que el hombre descubría que Alba no era quien parecía ser, ni lo fuerte que él suponía, sino que su hija seguía siendo la misma niñita de años atrás, cuya eterna rebeldía constituía su escudo, su defensa.

Durante unos minutos los hombres hablaron de Alba, de lo sucedido y... de nada más. Porque después de las preguntas de rigor hechas por Daniel, esas que lo condujeron a entender que su hija tenía adicciones que no conocía, permanecieron en silencio, sentados uno al lado del otro, cada uno en su propio mundo de autorreproches, de descubrimientos y de dolor.

A la una de la madrugada una enfermera les sugirió que regresaran por la mañana. Si se producía una novedad, los mantendrían informados. Los dos hombres, de pie, escuchando las indicaciones, decidieron marcharse. Díaz Montero le ofreció a Rafael llevarlo a su casa; y así, en el Mercedes Benz del padre de Alba, viajaron en un silencio denso e incómodo sólo cortado por las preguntas que realizó el hombre recién cuando ingresaban a Vallecas. Quería saber por qué Rafael había abandonado la Argentina.

—Atravesaba una crisis conmigo mismo y elegí España porque mi abuela era española — respondió Rafa, simple y sincero.

—¿Y allí de qué trabajabas?

—Soy profesor de música. Doy clases en escuelas. Y previo a mi partida, hasta unos meses atrás, tuve un restaurante.

El interrogatorio que Díaz Montero deseaba prolongar tras las dos preguntas, se vio truncado de forma abrupta cuando Rafael anunció: «Llegamos, aquí es mi casa».

Daniel detuvo el vehículo y, mientras Rafa descendía, apreció el edificio. Luego comentó:

—Así que aquí es donde mi hija ha estado viviendo los últimos meses...

—Así es —afirmó como única respuesta.

Se despidieron pactando verse en la mañana en el hospital. Rafael había hecho dos pasos en dirección al portal cuando escuchó:

—Ey, Becerra...

—¿Sí?

—Lamento lo de la criatura... en verdad.

Rafael valoró la frase.

—Yo también lo lamento. Teníamos ilusión.

El padre de Alba también valoró esa respuesta.

Se saludaron con la mano en alto y cada uno siguió su camino. A ambos les parecía mentira que ella estuviera inconsciente. Mientras Rafael subía las escaleras rumbo al primer piso, unas preguntas se colaron en su mente: ¿y si Alba no despertaba nunca más? ¿Y si pasaban meses o años para que eso sucediera? Se sintió morir.

A varias calles de allí, dentro del Mercedes Benz, Díaz Montero se hizo la misma pregunta y también se sintió morir, pues la última conversación con su hija había sido la atroz pelea de la mañana. Ella no podía irse, desaparecer así como así y dejarlo. Ellos, como padre e hija, tenían mucho por hablar. Él debía decirle que no era verdad que se arrepentía de haberla concebido, le urgía decirle que la amaba. Estacionó el vehículo sobre la avenida de la Albufera, que lucía oscura, y, apoyando la cabeza sobre el volante, lloró por primera vez desde que se enteró de lo sucedido.

Los dos hombres que amaban a Alba esa noche lloraban porque ella no estaba. Su mente se hallaba muy lejos de allí y no sabían por cuánto tiempo.



MARGARITA

Bellis perennis

HISTORIA: Esta flor tiene su origen en el centro y norte de Europa. Con el tiempo se ha extendido alrededor del mundo, por lo que también suele encontrársela en Asia Menor, Nueva Zelanda y Estados Unidos.

USO MEDICINAL: Las flores pueden ingerirse frescas o secas. Con ellas se crean remedios caseros para tratar males como fiebres, gripes y resfriados. Posee un alto contenido en clorofila, con propiedades muy depurativas.

SIGNIFICADO: Inocencia, pureza y simplicidad.

DICE LA LEYENDA... que en la Antigüedad se creía que beber durante quince días pequeñas dosis de margaritas prensadas y empapadas en vino curaba la locura.

CAPÍTULO 16

LAS MARGARITAS DE SEBASTIÁN

Madrid, 1936

Sebastián Zurita llegó al Lion, el café donde trabajaba desde su apertura, en 1931. A sus sesenta años, ostentaba el título de camarero más antiguo de la firma. Le pagaban un buen salario —qué más podía pedir— por las tareas que realizaba con gusto entre la selecta concurrencia con la que a menudo charlaba. A veces, incluso, podía permitirse el lujo de probar exquisiteces, restos de platos caros que, en ciertas oportunidades, le regalaban. Sebastián, que vivía solo, concebía al café como su casa; allí pasaba más tiempo que en su hogar. Su trabajo le daba ciertos beneficios que él apreciaba y, por ende, lo cuidaba realizando con dedicación tareas que no estaban dentro de sus obligaciones pero que le agradaban, como quedarse después de su hora de salida para acomodar, o limpiar las mesas con un líquido especial que había conseguido para impregnarlas de buen aroma. Prefería hacerlo él antes que dejarlo en manos de la mujer de la limpieza. Consideraba que las mesas eran lo más importante de un sitio que servía alimentos y él quería pasarles el trapo hasta que quedaran brillantes de tan lustradas.

También le gustaba colocar flores en un jarrón ubicado en la punta derecha de la barra. Él mismo se encargaba de conseguirlas; generalmente, las cortaba de su jardín o se las pedía a alguno de sus vecinos cuando veía que sus balcones rebozaban de bellezas de estación. Pero últimamente le costaba aprovisionar el jarrón. Las flores de Madrid, siempre tan bellas gracias al sol rabioso y brillante que disfrutaba la ciudad, por primera vez estaban mustias, casi no crecían. La débil floración generaba ejemplares pequeños y sin color. Esa mañana había cortado lo único que por esos días crecía en su patio, unas simples margaritas, y asimismo le había costado conformar un ramillete con flores en buen estado. Si la escasez persistía, declinaría con la costumbre de decorar la barra.

No se explicaba qué estaba sucediendo. Sólo unos pocos detallistas lo comentaban, porque, en general, los parroquianos se encontraban tan concentrados en la disputa entre los dos bandos políticos que la ausencia de flores no le importaba a nadie. No había tertulia donde no se comentara las quemas de iglesias, los linchamientos, las bombas, las muertes, los atentados y las desapariciones a manos de las checas, esos grupos que actuaban al margen de la ley. Rondaba, además, un temor latente por no caer en ninguna trampa y terminar acusado; o, peor aún, muerto.

Sebastián acomodó en el florero —quizá, las últimas— margaritas. Apreció el adorno y, sentimental, lo apoyó en la barra con la esperanza de que duraran toda la semana. Le costaba despedirse de esta costumbre.

—Oye, Sebastián, ¿no sabes si ya han llegado los demás?

La voz de Samuel Ros, un cliente asiduo, lo sorprendió.

—Creo que vi bajar a dos... ¡Ah...! Y un caballero preguntó por usted —agregó.

—Debe ser mi amigo Marcos Díaz Montero —dijo al recordar aquel encuentro mientras buscaban taxi en el Paseo de la Castellana.

Samuel bajó las escaleras, apurado y contento. Disfrutaba de las reuniones que celebraba allí con los intelectuales de derecha, y no deseaba hacer esperar a Marcos, que, por lo poco que había hablado con él la noche en que lo invitó, opinaba igual que sus amigos. Antes de pisar el último peldaño, gritó:

—¡Sebastián, envíame un café doble!

El viejo camarero le respondió de inmediato:

—¡Marcha un doble!

Algunos clientes, como Samuel Ros, lo llamaban por su nombre; cómo no hacerlo, si él les conocía la vida mejor que sus propias madres o esposas. Porque en su puesto se enteraba cuándo estaban bien, cuándo mal y ciertos asuntillos de índole reservada, como el nombre de las amantes de los señores más católicos de la ciudad o los planes que tramaban los hombres de la derecha. Porque allí, en el subsuelo, en la modernísima sala de tertulias, junto al mural de la ballena alegre pintado por Hipólito Hidalgo de Caviedes y Gómez, él había escuchado ciertos comentarios, que, si los reproducía, más de uno podía ser encarcelado. Sebastián había visto entrar gente con una pistola en el bolsillo de la chaqueta.

Así era ese café al que él consideraba su vida: un cambalache, donde los grandes señores que se reunían en el subsuelo, comandados por José Antonio Primo de Rivera y falangistas hasta la médula, se dedicaban a criticar al gobierno republicano, mientras que los intelectuales que ocupaban las mesitas de arriba, a ensalzar la República. Porque en la barra, varias veces a la semana, tomaban café diferentes intelectuales de izquierda, como Rafael Alberti y García Lorca.

Otra tertulia de las de arriba la formaban el poeta Guillermo de Torre y el escritor y jurista Francisco Ayala.

El café tenía sus propias armónicas contradicciones: piso alto y piso bajo. Lion, arriba; La Ballena Alegre, abajo. Caballeros de la derecha y señores de la izquierda. Intelectuales y gente del vulgo. Charlas que decidían el destino de un país y conversaciones triviales. Mezclas extravagantes que se permitían sólo en ese sitio, dicotomía que con los años motivaría el estudio de los historiadores.

Sebastián bajó los escalones manejando con pericia la bandeja cargada de pedidos. El bullicio y el humo de los puros reinaban en el ambiente. Miró al grupo principal de caballeros y se sintió complacido, todos estaban bien atendidos; incluso veía contento al hombre nuevo, al que acababan de mencionar como propietario de La Bellota, la casa de sus jamones preferidos aunque prohibitivos por el precio.

Marcos Díaz Montero, sentado al lado de Samuel Ros y otro caballero, criticaba al gobierno en forma encubierta, usando frases aplicables a una relación amorosa. Los tiempos en que las palabras se decían con absoluta impunidad habían acabado. Con los ánimos caldeados, en Madrid las opiniones no se perdonaban; ni siquiera en ese reducto donde los presentes aún se sentían seguros. Por una frase indebida, cualquiera podía resultar asesinado.

—Todo ha cambiado... Uno ya no puede decir lo que piensa en ningún lado, salvo en su casa —dijo uno de anteojitos redondos, típicos de los intelectuales de la época.

—Terrible —respondió Marcos, que aún no se animaba a soltar demasiadas palabras, pese a coincidir con lo que escuchaba. Todavía estaba estudiando a los asistentes.

—Imagínate que yo ya ni me pongo traje para salir a la calle, pues temo que me peguen un tiro por usarlo —dijo el hombrecillo haciendo resbalar los lentes por la nariz para poder mirarlo de modo cercano.

Marcos, más seguro y con ánimo de tantear a los presentes, se animó a comentar:

—Lo sé... y algo habrá que hacer.

Algunos, no todos, apoyaron esta afirmación. Como en la izquierda, donde cada partido imponía su propio límite, dentro de la derecha había divergencias acerca de la conveniencia de actuar para derrocar al gobierno.

Marcos sonrió. La charla con estos hombres de la derecha iba poniéndose interesante. Había que ver hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Entre ellos, por lo pronto, él comenzaba a sentirse como pez en el agua.

La conversación política encubierta iba llegando a su fin. Si bien no hubo acuerdo entre sostener el noviazgo o fijar la fecha de casamiento, cuando vaciaba el segundo café, Marcos aceptó el convite para asistir a la próxima tertulia. Deseaba con ardor conocer qué harían con esta mujerzuela —eufemismo que usaban para hablar de la República—; además, reconoció que en el sitio podría concretar buenos negocios. Uno de los asiduos concurrentes, Arturo Artoz, había mostrado interés por empezar a comprar los vinos de la bodega de Getafe.

* * *

María llegó a la zona de los cafés de la Gran Vía y de lejos vio a Azucena sentada a una de las mesitas. Hacía un tiempo que su amiga se había cortado el pelo muy corto y lo llevaba teñido de rojo. Tenía puesto el vestido lila y la pañoleta del mismo tono que juntas le habían comprado a la modista. Azucena le había solicitado encontrarse allí porque quería contarle algo importante. Realmente debía serlo. El día anterior había faltado al trabajo y hoy se había negado a adelantarle detalles en la jamonera.

Cuando se encontraron, se saludaron con cariño.

Conversaron dos palabras y María, que estaba expectante, fue directa:

—Cuéntame de una vez por qué me has citado aquí.

—Tengo una noticia que quería dártela... sentadas... tranquilas.

—¡Habla de una vez! —rogó María.

—Me voy de Madrid, regreso a Calatayud.

—¿Te vas? ¡¿Por qué?!

—Por varias razones... Supongo que no lo sabes, pero el lunes estalló una bomba en la calle de mi casa.

—¡Nooo!

—Pues sí, señora, y terminé en el hospital, aunque únicamente por previsión porque sólo estuve sorda un par de horas.

—¡Ay, cuánto lo siento!

—No te preocupes, que no me ha pasado nada. ¡Pero el susto, madre mía..., no me lo quita nadie! Además, tendré que mudarme a la fuerza, pues una pared de la casa se derrumbó... Así que lo mejor será marcharme...

—¿Y por qué no te mudas a otro edificio?

—María, tú sabes cuán bajos siguen los sueldos de la jamonera. Los dueños se han empeinado en no aumentarlos.

María la oía y hubiera querido decirle que Pedro no era igual a su hermano, pero eso no serviría de consuelo. Su amiga estaba conmocionada, y en ese estado siguió hablando:

—El dinero que gano ya casi no me alcanza para mantenerme y para enviarle a mi madre enferma.

—Pero ¿qué harás en Calatayud?

—No lo sé. Trabajaré en alguna de las casas de las familias ricas.
—¿No hay algo mejor?
—No lo creo. Pero allí gastaré menos que viviendo aquí y pagando alquiler.
—¿Regresarás?
—Me encantaría. Ojalá algún día pueda hacerlo.

María la escuchaba y se llenaba de pena. Si a Azucena le daban a elegir, estaba segura de que se quedaría en Madrid porque estimaba la vida en la ciudad. Pero aquí no tenía muchas posibilidades; aunque, por lo que le decía, tampoco habría nada bueno para ella en Calatayud.

A la chica le sucedía lo mismo que a muchos jóvenes dispuestos a trabajar y progresar. Sin embargo, entre los magros salarios y la violencia desatada, la capital los expulsaba.

Durante un largo rato conversaron sobre la decisión y sus implicancias, de la conveniencia de estar cerca de su madre, de cómo sería volver al pueblo. Y luego de juramentarse promesas de mantener viva la amistad por correspondencia, se despidieron con la tristeza de no saber cuándo volverían a verse.

María se marchó pensando cuándo llegaría el día en que podría ver a su país cambiado y en paz. Tantos dolores diarios entristecían la vida. Apuró sus pasos, Pedro la esperaba.

* * *

María y Pedro caminaron rumbo al apartamento conversando sobre la decisión de Azucena. «Ya vendrán tiempos mejores», fue el consuelo que esbozó Pedro cuando María no pudo esconder la pena que le provocaba la partida de su compañera. «Para eso trabajamos», remató con convicción. Ella le creyó y sintió alivio. Él le ayudaba a ver la vida de otra forma.

Desde la noche en que habían tenido sexo, permanecer juntos se había vuelto vital. Ya no podían vivir sin tenerse el uno al otro, al menos una vez al día.

María frecuentaba el apartamento con Manolito y, en ciertas ocasiones, Pedro la esperaba en el horario de salida, a unas calles de La Bellota, y partían juntos para hacer el amor una vez, dos y hasta tres. Habían descubierto un mundo nuevo, el de la piel y el desenfreno, del que ya no podían prescindir.

Caminaban apurados por la estrecha calle de la Montera hacia el piso de Pedro. Ella, con vestido veraniego blanco a lunares azules; y él, de traje claro. Todos los minutos contaban porque, al cabo de unas horas, María empezaba a ponerse ansiosa pensando en su hermano, que estaba solo, y quería regresar cuanto antes a su casa. Pedro lo sabía, lo entendía y la apoyaba para que ella se marchara a tiempo.

Desde que Marcos la relegó al salón de ventas, María experimentó un alivio. Si bien el salario se vería afectado, ya no debía trabajar fuera de horario, ni estar pendiente de la agenda de su patrón. Y lo más importante: ya no estaba obligada a verlo a cada rato; de hecho, había jornadas enteras en las que ni lo cruzaba.

—María, debemos pensar en tu mudanza —dijo Pedro—. Y si es necesario, que dejes de trabajar...

—No hay apuro, pensaba que... —respondió ella, pero fue interrumpida por dos muchachos que, en una loca carrera, la atropellaron.

Trastabilló y, Pedro, con lo justo, antes de caer al suelo, logró sujetarla.

—¡Joder! Pero ¿y estos, qué se han creído...? —gritó Pedro, listo para ir tras ellos y reprenderlos. Pero unos instantes le bastaron para descubrir que, por detrás, tres hombres

perseguían a los muchachos.

María y Pedro, en el medio de ambos grupos, no supieron dónde guarecerse cuando los hombres sacaron las pistolas y abrieron fuego. Los otros respondieron. Y las balas silbaron peligrosamente sobre sus cabezas.

—¡María, al suelo! ¡Tírate ya mismo! —exigió Pedro empujándola sin contemplación y cubriéndola con su cuerpo.

—Pedro, ¿qué suce...? —quiso preguntar.

Pedro le exigió:

—Sígueme.

Agazapado, trató de moverse por el suelo hacia el umbral de la puerta de un edificio. Ambos se arrastraban despacio pero las balas que iban y venían a su alrededor no les permitían avanzar.

—¡¡Viva la República!! —vociferó uno de los jóvenes.

—¡Hijos de una gran puta! ¡Ateos de mierda! —respondió el bando contrario.

—¡Viva la República! ¡Muerte a los traidores! —insistieron los otros.

—¡Viva el rey! ¡Viva Dios y que ardan en el infierno los ateos comunistas!

El ruido de las balas se mezclaba con los insultos y los gritos aterrorizados de los transeúntes que, al igual que ellos, habían quedado atrapados en el tiroteo.

En el exacto instante en que uno de los muchachos vitoreó a la República, cayó al suelo herido por una bala que le perforó el abdomen. En pocos segundos un gran charco de sangre se formó junto a él. Un poco más allá, cayó un hombre del bando contrario y en el piso sus gritos fueron pasando de lastimeros a terroríficos. La sangre le brotaba a borbotones de la garganta; asustado, sabía que se moría.

Un minuto más de balacera, corridas, gritos y los contendientes desaparecieron dejando tras ellos los dos cuerpos tirados en la calle de la Montera.

Tras la conmoción, Pedro se puso de pie y corrió hasta el cuerpo más cercano; luego de constatar que no respiraba, inspeccionó el otro, que también estaba muerto.

Miró a María, que aún permanecía sentada en el piso, y le dijo con pesadumbre:

—No hay caso... —Luego, extendiéndole la mano, agregó—: Vamos.

Ella se puso de pie y continuaron su marcha, como el resto de los madrileños, que poco a poco se acostumbraban a la muerte. Incluso Pedro, después de aquella explosión de la que se salvó, ya no era el mismo. Alejándose de la Montera, podían escuchar el ulular de las sirenas aproximándose.

—Qué horror, podríamos haber muerto —caviló María.

—Así es. Por esa razón quiero que vengas a vivir a casa. Cuanto menos tiempo pases en la calle, más a salvo estarás.

Hubo un instante de silencio y ella, al fin, respondió:

—Está bien, me mudaré esta semana.

Avanzaban de la mano, apretándose las fuertes, bajo un mutismo total, con sus corazones acongojados. Tantos sueños buenos para el país y ahí estaban: hermanos matándose unos a otros. La escena los había enfrentado a la triste realidad, esa que, si bien sabían que existía, ahora vivirla de cerca los había sacudido. Porque una cosa era hincharse de ideales en un acto político y defender una postura; y otra, muy diferente, presenciar una masacre. Sentían ganas de echar por la borda los principios con tal de que las matanzas acabaran. Los sueños republicanos tenían un precio muy alto. Ante el encuentro con la muerte, nada se mantenía en pie. Ambos pensaban lo mismo pero ninguno abrió la boca.

Ni siquiera volvieron a conversar cuando llegaron al piso. En silencio, al traspasar la puerta,

comenzaron a besarse. Y allí mismo, en el suelo de la sala, él le hizo el amor con pasión, buscando destejer sueños incumplidos y tejiendo nuevos del color del futuro. Se arrancaban la ropa con premura mientras sus pensamientos los llevaban a lugares esperanzadores donde algún día todo habría terminado y vivirían en paz. Volverían a disfrutar de las cosas simples de la vida, esas que dan satisfacción a los mortales, como familia, trabajo, buenos momentos con amigos. Muy pronto la vida volvería a la normalidad, se prometían a sí mismos para poder seguir viviendo.

Dos horas y diez minutos después, la ansiedad hincó a María para que partiera hacia la casa azul. Su mundo se dividía en dos: el que compartía con Pedro y el que tenía con Manolito. Su hermano, niño aún, la necesitaba; ella era lo único que él tenía en este mundo.

Pedro decidió visitar a sus padres y junto con María salió a la calle. Presenciar el tiroteo y ver la muerte de cerca le había dejado un sabor amargo. Quiso asegurarse de que su familia se encontrara bien. Le preocupaban sus padres, Anita y hasta el mismo Marcos.

* * *

No muy lejos de allí, Marcos, que había dado un pequeño paseo tras salir de la tertulia del café Lion, caminaba rumbo a la Plaza Mayor. Pero el tumulto que se formó en la calle de la Montera lo obligó a interesarse en un reciente enfrentamiento allí acaecido. Y, al ver cómo la policía y un médico levantaban los dos cuerpos de un tiroteo para subirlos a una ambulancia, se preguntaba a sí mismo: «¿Por qué el gobierno no interviene para detener esta locura?». En el bar habían platicado sobre el número de policías al servicio de la República. Un cálculo aproximado sostenía que la fuerza contaba con una cantidad escandalosa, que equivalía a la mitad del Ejército en tiempos de paz. ¡Ningún país normal disponía de tantos agentes del orden! Por lo tanto, pensó indignado: «El gobierno cuenta con los medios necesarios para actuar y no lo hace».

Los peligros acechaban el normal desarrollo de la vida cotidiana. Como integrante de una familia acaudalada, él corría serios riesgos todo el tiempo. Sabía de amistades atacadas en la vía pública a plena luz del día; de otras a las que habían raptado y luego devuelto malheridas. Incluso, algunos hombres no regresaban, y todos sabían bien qué significaba.

Para peor, los negocios flaqueaban. Las ventas de la jamonera habían decaído terriblemente. Quizá fuera momento de cerrar y de marcharse al campo durante una temporada. Ante un levantamiento militar, lo mejor sería instalarse en la casona de Ledrada y aguardar hasta que regresara la calma. Hablaría con sus padres, se lo propondría. Algunos familiares ya se habían marchado.

Se enojó con la situación, con el país y con la política. ¡La puta madre! Él sólo quería trabajar, progresar y no lo dejaban. ¡Justo se tenía que armar semejante jaleo cuando compró el viñedo y la bodega de Getafe! Se estaban perdiendo de ganar mucho dinero. Si fueran épocas normales, estarían llenando las arcas. Para muestra bastaba ver la gran venta que cerraría con Arturo Artoz. Maldijo la situación que no le permitía llevar una vida normal y expandir sus negocios.

Marcos miró la hora y aceleró sus pasos. La policía había cortado la calle de la Montera debido al tiroteo y, un poco más allá, a causa de un incendio provocado por razones políticas, también la calle Mayor. Él se había demorado demasiado durante el paseo que dio tras la tertulia del café Lion y los cortes le habían agregado calles por caminar hasta La Bellota. Llegaría tarde para darle órdenes a Paula, la nueva secretaria. Se consoló pensando que seguramente lo

esperaría, pues le había advertido que le suministraría instrucciones importantes.

A pesar de que apresuró el paso, cuando llegó a La Bellota descubrió que Paula Heredia se había retirado a las seis en punto. Se sintió contrariado y molesto con la chica. María nunca le hubiera hecho un desplante semejante, sino que lo hubiera esperado. María, María... ¿Por qué no lo había querido? ¿Por qué lo había rechazado? ¿De quién coño se había enamorado? Ese hombre había arruinado sus planes. Lo odió sin conocerlo.

* * *

En la casa de la familia Díaz Montero ver entrar a Pedro por la puerta de las gárgolas y compartir un café con él se convirtió en una verdadera fiesta.

En la cocina, Encarnación se desvivía buscando algún polvorón con azúcar de los que solía tener en las alacenas. Se trataba de la masita preferida de su hijo a la hora de beber café. Cuando al fin encontró un par, gritó «¡Eureka!» y partió feliz a la sala con la bandeja. Ella tenía a su hijo en la casa y deseaba consentirlo como cuando era pequeño.

Pedro y Anita, en la sala, conversaban animadamente.

—Hermano, ¿por qué no te quedas a cenar?

—No puedo, chiquita, esta noche tengo un compromiso, pero vendré en la semana y cenaré con ustedes.

—Prometes lo que luego no cumplirás...

—¡Que sí! Te prometo que vendré el viernes.

Al escucharlo, con la bandeja en la mano, Encarnación dijo:

—Mira que te tomo la palabra, y haré paella.

—¡Perfecto! Entonces, me tendrán aquí para cenar.

Se hizo silencio. Sentado en la sala, Pedro disfrutaba del placer que se siente cuando se regresa a la casa paterna. Las paredes que lo rodeaban estaban llenas de recuerdos de su niñez. La sala lo relajaba. En especial, el cuadro de El Greco, que la presidía. Sentía que estos ambientes seguían acogiéndolo como si fueran su casa.

Anita miraba a su hermano y sonreía por el placer de verlo. Los reconfortantes lazos de familia daban cobijo, serenidad y paz.

—Sigues tan callado como siempre —insinuó su hermana riendo.

Pedro reconoció que tenía razón. En el seno familiar, nunca había sido un dechado de palabras. Con María, en cambio, hablaba un poco más. Ella sabía cómo hacer para que volcara sus ideas en verbo. Feliz de ver a su madre y Anita, decidió poner ahínco en la charla y respondió:

—Tienes cara de pícara. ¿Estás portándote bien?

—Pues claro, pronto seré una señora casada.

—¿Cómo van los preparativos para la boda? —quiso saber.

—Muy bien, estamos considerando los vestidos —dijo Encarnación.

—¡Pero si falta medio año! —exclamó Pedro.

—El vestido de una novia es demasiado importante para dejar su elección para el final.

Pedro no pudo evitar contemplar a su hermana y recordar a María, que, pese a tener casi la misma edad, llevaba una vida tan diferente.

—¿Y tú? ¿Qué haces todos los días? Cuéntanos —le pidió su madre.

—Trabajo mucho.

Anita lo miró sonriendo y expresó:

—Hum..., sólo trabajo, qué vida aburrida. ¿No será que tienes una chica por allí?

—Has acertado, sí, la hay —reconoció sin pensarlo mucho. Tener a María en su vida se le hacía normal y necesario.

Encarnación lo miró asombrada. Su hijo, tan dedicado a la política, le daba semejante noticia. Debía ser una chica con sus mismas ideas; estaba segura, Pedro no aceptaría otra cosa.

—Háblanos de ella —pidió Ana.

—¿Para qué hablar? La traigo a tomar el té una tarde, así podrán conocerla mejor —obvió comentar que su madre la conocía. Ya vendría con María y se enteraría.

—Está bien, pero tráela pronto —requirió Encarnación.

—Pues claro —dijo Pedro justo cuando apareció don Federico.

El hombre entró despacio y tembloroso. Al ver a su hijo, se emocionó. Pedro encontró a su padre desmejorado. Después de varios días sin frecuentarlo, lo halló diferente; le dio pena. Se acercó a él y se dieron un abrazo. Hablaron trivialidades de hombres porque don Federico, a propósito, no mencionó el artículo que tanta ira le había provocado. Veía tan poco a su hijo que eludió empañar el momento.

Los cuatro charlaron un rato de la jamonera, de la salud de don Federico, de los continuos errores de Cuca, tan mayor y olvidadiza. Y de la terrible peste que atacó el jardín de Encarnación. Conversaron de todo, salvo de política, que la evitaron para ahorrarse enfrentamientos. Bebieron café y comieron polvorones durante un buen rato. Hasta que Pedro, al comprobar la hora, se puso de pie y exclamó:

—Debo marcharme, tengo una cena de trabajo.

Don Federico hubiera querido señalarle que trabajar consistía en presentarse todos los días en la jamonera, no dedicarse a escribir artículos o darle horas a un comité. Se abstuvo, amaba a su hijo más que a la política. Además, su interior le decía que no se verían muchas más veces; presentía que la muerte acechaba. Últimamente se notaba débil.

Pedro se despidió de manera cariñosa. Al besar a su madre, ella dejó correr una lágrima que intentó secar con las manos.

Apenado, envuelto en una sensación de melancolía, al alejarse de la puerta de calle, Pedro se encontró con su hermano, que, por la hora, regresaba a la casa para cenar.

—¡Marcos!

—Pedro... ¡qué sorpresa...!

—Vine de visita. Hacía mucho que no veía a nuestros padres y quise estar un rato con ellos. Los extrañaba.

—Y sí... aunque tu vida sea otra, siempre extrañarás —dijo Marcos. Había algo de reproche en el tono de su voz.

—En cierta manera, sí. Pero no me arrepiento.

—¿Sigues participando en la política?

—Sí.

—Estarás feliz... Pues así lo querías.

—Me siento conforme porque sé que hago lo correcto. Aunque no te niego que a veces tengo ganas de disfrutar de una vida más tranquila, formar una familia, tener una bonita casa con patio... y esas trivialidades —comentó y sus ojos se posaron en las gárgolas—. Me he descubierto un par de veces soñando con una rutina apacible.

—Y con una mujer al lado... —deslizó Marcos, que sabía que esos sueños eran propios de un hombre que deseaba sentar cabeza. Qué suerte la de su hermano, que podía detenerse a pensar en

esas cosas; no como él, que tenía sobre sus espaldas el peso de llevar adelante La Bellota.

—Sí... —reconoció Pedro, que entrevió que se encontraba ante la oportunidad de aclararle que María era su novia. Había transcurrido suficiente tiempo y él, probablemente, aún no lo sabía. Pero su hermano, que había cavilado el resto de la tarde torturándose con las decisiones que debía tomar, le ganó de mano.

—Mira, Pedro, supongo que tú tienes allí afuera toda una vida, pero aquí seguimos teniendo otra... bajo condiciones muy complicadas. La jamonera no vende bien, sumado a que la política ha transformado la vida cotidiana en peligrosa... Y para nosotros, que somos de la derecha, más aún. Más que a ti.

—Lo sé.

—Te pido que esta semana pases por La Bellota. Debo tomar decisiones importantes. Y después no quiero reproches.

—Nunca te reprocharía nada, tú estás a cargo. Pero si me necesitas, iré.

—Te espero una mañana cualquiera.

—Esta semana pasaré —señaló Pedro.

—Bien, ahora me voy a cenar. Doña Encarnación debe estar esperándome con la mesa lista.

Se despidieron con cierta frialdad. Marcos parecía achacarle a su hermano todos los males: los que sufría el país y los que pesaban sobre la jamonera, incluidos los de su propia vida.

Marcos abrió el picaporte de la casa mientras pensaba «Mi hermano sigue encerrado en su vida; lo demás no le interesa un comino».

Pedro, a unas pocas calles de allí, pensó: «Mi hermano sigue encerrado en su vida; lo demás no le interesa un comino». Sólo que agregó: «Ni siquiera le ha importado lo que tenía para contarle de María. ¡Pues si no tuvo disposición para escucharme, que se entere solo!».

Una hora después, Marcos aprovechaba la mesa familiar para comentar con sus padres el plan de cerrar por un tiempo la jamonera. Ante las razones expuestas, Encarnación y Federico se negaban a creer que la situación del país fuera tan grave. Ellos, como personas mayores, eran reticentes al cambio y creían que su hijo exageraba. Marcos les había dicho: «Esperaremos una semana; luego tomaremos la decisión». Los vio tan negados a la idea que evitó mencionar la posibilidad de mudarse a Lledrada.

* * *

María esa noche observó la caja de utensilios que había traído de la casa azul y decidió dejarlos allí dentro y no mezclarlos con el menaje del departamento de Pedro. No tenía sentido colocarlos en las alacenas, pues él tenía de todo, más lindo y más nuevo.

La mudanza de ella y Manolito al departamento de Pedro se resolvió con rapidez. Al salir del trabajo, recogieron sus pocas pertenencias. Una caja, la maleta pequeña de los hermanos y dos grandes que aportó Pedro bastaron para meter ropas y utensilios y desistir de contratar un camión.

La despedida de doña Isabel, Charito y doña Juana resultó triste y, al mismo tiempo, alegre. Aunque dolidas por la separación, también rieron a lo grande con las ocurrencias de Charito, empecinada en darle una veintena de bendiciones. Para no olvidarlas, la joven madre las había escrito en un papel y, a la hora de leerlas, resultaron tan graciosas, exageradas y aspaventosas que la misma Charito, dándose cuenta de que se había abusado, las abrevió hasta dejarlas sin sentido ante los ojos atónitos de las mujeres. Doña Isabel y doña Juana, que habían respetado la postura católica de Charo, al verla riéndose de sí misma, terminaron acompañándola con carcajadas. A

todas les pareció una verdadera exageración de la chica bendecir a María con ángeles y arcángeles para que la cuidaran de las fieras salvajes del campo que encontraría en su camino. Porque en la ciudad de Madrid, a lo sumo, podía llegar a cruzarse con algún pobre perro muerto de hambre. Al oírla, María se desternillaba de risa.

Ella, cada tanto, se preguntaba cómo hacía la ingenua Charito para sobrevivir en este mundo, siendo madre soltera y manteniendo a su hijo. Pero María descubría que, a veces, cuando se vivía con fe, la vida parecía responder de la manera que se esperaba.

Sabía que extrañaría a las tres mujeres, pero, aun así, estaba feliz en su nuevo hogar... grande, mejor ubicado y con una radio donde cada velada podría escuchar las noticias. Pero sobre todo y lo más importante: allí estaría junto a Pedro todos los días. Podría cocinarle, despertarse a su lado cada mañana y dormirse abrazados por las noches.

María terminó de ordenar la cocina y miró con satisfacción los pequeños cambios que como mujer había hecho en ese apartamento que, hasta su llegada, había sido dirigido a la manera masculina. A su lado, tendido en el suelo, su hermano jugaba a las canicas sumergido en su propio mundo. La felicidad de María contrastaba con la apatía de Manolito, que, acostumbrado al cuartito de la casa azul —que sabía propio— y a jugar con los niños del vecindario, desaprobaba el cambio. Por más lindo y grande que fuera el piso, la mudanza no le causaba gracia, como tampoco verse obligado a vivir en un lugar donde tendría que compartir el cariño de su hermana.

Su camita había sido armada en una esquina del comedor.

—Manolito, ¿has visto qué lindo es el cuarto de baño? —le preguntó María tratando de sacarlo de su ostracismo.

—Sí, y muy grande —respondió sin mirarla.

—Y lo mejor: es sólo para nosotros. Ya no tendremos que compartirlo con otras personas.

—Claro que sí... con Pedro.

—Es diferente; él vive aquí.

—Nosotros, también —dijo Manolito con una mueca de reproche.

—Escúchame, pequeño, no quiero volver a verte haciendo esas caras. Pedro ha sido muy bueno en traernos a vivir a su casa. Ahora, ve a bañarte, aquí no tendrás excusas y podrás asearte a diario.

—Después. Ahora estoy jugando.

—No, ahora. Ya es tarde —dijo María con autoridad.

Manolito, aunque de mala gana, se puso de pie y fue rumbo al cuarto de baño refunfuñando.

«Qué difícil es educar a un niño», pensó María. Durante el último año, ella había madurado mucho criando a su hermano. Opinaba que los niños, cuando se vivían tiempos duros, lo entendían y resultaban más dóciles; pero venían épocas de bonanza y empezaban con caprichitos. Educarlos para bien era una labor trabajosa. Suponía que la tarea que realizaba con Manolito le serviría de experiencia cuando tuviera sus propios hijos, los que pronto tendría con Pedro. Al menos, eso quería ella, pero habría que ver qué opinaba él al respecto. Nunca habían hablado del tema y decidió abordarlo apenas tuviera la oportunidad. No era descabellado pensar que en cualquier momento podía venir un bebé.

María experimentaba novedades y encrucijadas. Vivir con un hombre, concebir un hijo o arriesgarse a ponerse en sus manos, como cuando él le pedía que dejara el trabajo, la obligaban a plantearse opciones determinantes.

Ella se quitó el delantal y fue hacia la habitación donde estaba Pedro, que al verla le dijo:

—Bueno, niña, acabo de acomodar mi ropa y he logrado dejarte la mitad de mi armario.

—Gracias —respondió María, abrazándolo por detrás.

Pedro la sintió cerca y la buscó para hacerle el amor.

—No, Pedro, está Manolito bañándose —dijo quitándose de encima entre risas. Luego, señalando el lecho, añadió—: Nos vemos más tarde, en esa cama.

Ella era feliz. Tanto como hacía muchos años no lo era.

* * *

Esa noche, la actividad acabó tarde en el apartamento. Había dado trabajo que Manolito se acostara, pero finalmente se quedó dormido en su camita del comedor y María logró ducharse. Cuando salió del baño, fue al cuarto y, al ver a Pedro leyendo un libro, tendido en la cama con la cabeza apoyada en el respaldo, con la camisa blanca abierta y las piernas cruzadas con el pantalón puesto, en medias pero sin zapatos, sintió que no podía pedirle más a la vida. Su existencia estaba en paz y bajo control. Se hallaba en el lugar exacto donde debía estar; y eso, no tenía precio. Ella sabía bien lo que era no tener dónde reposar, o que alguien pretendiera obligarla a quedarse en un sitio indeseado. Viejos fantasmas que llevaban el nombre de Aquiles quisieron atacarla, pero se escapó. La fuerza del hoy se hacía presente en la imagen de Pedro tendido en la cama, esa que de ahora en más sería la suya.

Envuelta en la toalla, se acostó junto a él, que seguía sumergido en la lectura. Ella anheló tener uno de esos camisones bellos de satén y puntillas que había visto en las revistas para cautivar a Pedro. Se puso de pie y fue hasta la cómoda, tomó su frasco de perfume y se roció el cuello y las muñecas. Al menos, olería a lavandas.

El aroma sacó a Pedro de las páginas del libro.

—¿Qué haces?

—Me perfumo. Ya que no tengo lindos camisones.

Pedro pudo adivinar lo que pasaba por la mente de María.

—Yo no necesito nada de eso. Te amo tal como eres. Pero si un camisón te hace feliz, mañana te compraré uno bien bonito. Ahora, ven aquí... —pidió con los ojos implorantes de hombre que reclama lo que le pertenece.

Ella dejó la toalla en el suelo y se metió desnuda en la cama. Él no necesitaba nada más que sentir ese cuerpo de piel muy blanca cerca suyo para que su hombría creciera. La acarició certeramente y ella le respondió con un gemido. Y durante media hora fueron piel, lavanda, saliva y sexo. Lo tenía adentro, estaba adentro. Ellos consumaban su propia danza una vez más.

Un rato después, con la calma de regreso en el cuarto, ambos yacían acostados, uno al lado del otro. María apoyaba su cabeza sobre el regazo de Pedro. La luz se hallaba apagada, pero por la ventana entraba claridad junto con una brisa suave.

—Pedro...

—Hum... —respondió medio dormido.

—Necesito preguntarte algo importante.

Él abrió un poco los ojos buscando espabilarse.

—Dime...

—¿Qué sucedería si yo quedara embarazada?

Él sonrió. La respuesta era simple:

—Tendríamos un hijo. El primero de todos los que me gustaría tener contigo.

—¿De veras...?

—Claro. Mira, María, estaba pensando que, si te deja más tranquila, esta semana pasamos por

el registro civil y nos casamos. No es que me importe mucho ese trámite pero a veces pienso que tú lo quieres. Así que estoy dispuesto. Pero iglesia no me pidas, porque ya sería mucho para mí.

—Pedro, ni siquiera conozco a tu familia y quieres que nos casemos.

—Pues esta misma semana veremos a mis padres. Ya les dije que los visitaríamos.

—¡Pedro, no me habías dicho!

—Me habré olvidado. Iremos al registro civil y luego a verlos.

—¿Quieres que nos casemos antes o después de visitarlos? —preguntó María aún sin entender.

—Pues me da exactamente lo mismo. Elige tú.

Pedro Díaz Montero era diferente a la mayoría de los hombres. María tampoco era una chica cualquiera. Por algo la vida los había unido. ¿Acaso tenían que hacer juntos grandes cosas?

* * *

Muy temprano por la mañana, la primera en que María y Pedro se despertaron en la misma cama, ambos abrieron los ojos casi al mismo tiempo. Estaban felices de saberse juntos. Pedro, todavía en pijama, abrió la ventana del balcón y entonces vio la vieja caramelera de lata que hacía de maceta del rosal que María había traído en la mudanza.

—¿Y esta planta?

—Es mía. Me dio pena dejarla en lo de doña Isabel. ¿Sabes? Era de tu casa materna.

—No puedo creerlo: ¡tú tienes una planta de mi casa y yo, no! —se lamentó sonriendo.

—Me la regaló tu madre cuando la conocí.

—Pues debes haberle caído muy bien para que te la regale. Te ayudaré a colocarla en una maceta —dijo Pedro y, mirando la planta con detenimiento, añadió—: Me gustan esos rosales, me traen recuerdos de mi infancia... Imagina que me crie viéndolos. ¡Si habré correteado entre ellos!

—Entonces la cuidaré mejor. Si prendió, creo que fue porque ella quiso... Apenas si pude regarla —reconoció.

—Cuando mi madre se entere de que prendió el esqueje, se pondrá contenta. Creo que la peste mató todos los rosales que tenía en el patio. Pronto podrás darle un gajo.

—Tienes razón. Estará encantada.

—Ya sabes, esta semana iremos a verla.

Ella asintió con la cabeza y, saliendo de la cama, fue hasta el balcón, y juntos miraron la planta por unos instantes.

María y Pedro, sin saberlo, esa mañana asistían a un pequeño milagro, el del rosal. En Madrid, las plantas no crecían; apenas las más fuertes se mantenían en pie, y las nuevas no venían. Ellos dos, como las demás personas de la ciudad, preocupados por sus rutinas, la tensa situación política y la violencia de las calles, ni siquiera se daban cuenta. El mundo verde de Madrid presentía lo que acaecería sobre la ciudad. La tierra lo sabía y se conmocionaba. Porque los tallos —tozudos y estériles— se negaban a reproducirse para morir en los meses venideros.

De pie, en el balcón, se tomaron del talle uno al otro, y así, abrazados, mirando de frente la bella vista de la ciudad, disfrutaron por unos momentos los primeros rayos de sol de la mañana. Desde donde estaban se distinguían varios edificios. María fijó la vista en la punta del moderno rascacielos de la Compañía Telefónica Nacional de España; sonrió, le agradaba recorrerlo hasta que los tejados más próximos ocultaban su silueta. Jamás hubiera imaginado que muy pronto esta torre correría serios riesgos de ser atacada y quedar en ruinas. Porque sobre Madrid se produciría

una hecatombe y la ciudad sería cubierta de destrucción y dolor. María y Pedro, como muchos, quedarían atrapados en la catástrofe.

Saturnino Moratín

Esa mañana, temprano, Saturnino se levantó de la cama y no supo bien para qué. Deseó no haberse despertado o conciliar el sueño hasta más tarde, porque a la calle no saldría. Había pasado las mañanas de las últimas dos semanas buscando trabajo, y no había encontrado; parecía que en ninguna parte de esta gran ciudad que era Madrid precisaban a alguien como él.

El rechazo había sido la constante. Estaba harto, y decidido: ya no saldría más por las mañanas a buscar empleo. ¿Para qué? Si no conseguía nada. Llevaba una semana sin abonar la corrala; la última paga la había sufragado con el dinero que ganaba en sus trabajillos de la tarde mientras la estrechez lo obligaba a saltarse una de las comidas del día.

Vivía preocupado. Un rictus de desasosiego se le había grabado en su atractivo rostro y no desaparecía aunque durmiera la noche entera. Lo descubrió un día, al levantarse. Frente al espejo, con los dedos, quiso suavizar el entrecejo, pero no lo logró.

Saturnino rebuscó en la alacena y descubrió que sólo le quedaba un poco de carne seca y un tomate. Pensó que sería mejor reservarlo para la noche, cuando regresara con mucha hambre luego de realizar los trabajillos. Pasaría buena parte del día sin comer; al menos, trataría de aguantar hasta la tarde cuando, finalizada la estiba de bolsas en la panadería, le dieran el bollo de siempre. Quizá, si se animaba, pediría dos.

Ahora desayunaría sólo una taza de café. Se lo preparó con azúcar y, mientras lo bebía, calculó que aún le quedaba para tres tazas más; por lo tanto, tenía asegurado el desayuno de los próximos tres días. Cuatro, si lo tomaba lavado.

También trataba de organizar su jornada hasta que fuera la hora de cumplir con su primera obligación de la tarde. No sabía cómo. Sin nada que hacer, ni nada que comer, era para volverse loco. Por suerte, esa noche había reunión en el comité. Con los ánimos caldeados, cada partido mandaba a llamar a sus afiliados casi todos los días. La tertulia, como el café y los pastelillos que distribuían, le levantaría el ánimo. Él no era el único que pasaba hambre; había visto a hombres grandes —en huelga desde hacía semanas— que se desesperaban por esos refrigerios. Chicho y Miguel, seguramente, también irían. No tenía certeza; sólo lo suponía, pues llevaba dos días sin verlos. Orgullosos, evitaba juntarse con ellos porque no quería que lo descubrieran muerto de hambre. Para librarse del humillante trance pensó que lo mejor sería vender la pistola, pero desistió cuando entrevió que Miguel se enojaría. Una breve satisfacción a costa de quedarse desprotegido; no le pareció buena idea y prefirió seguir escuchando el silbido de sus tripas.

Reunirse con Noemí lo enfrentaba a la misma dicotomía. Deseaba pasar tiempo con ella, pero no le apetecía que su novia se enterara de su escasez. En los últimos tiempos, además, ella se había mostrado reticente a encontrarse al mediodía o, si lo hacía, sólo permanecía por diez minutos; y él no sabía por qué. Al menos, estaba seguro de que esa noche estaría presente en el comité. Ella, como los jóvenes que asistían, estaba prendada del ambiente de las tertulias.

Sorbió el café lentamente mientras deseaba que fuera la noche. O la tarde, la hora de presentarse en el trabajo.

* * *

En el comité, cuando faltaba poco para el inicio de la reunión, Saturnino se encontró con Chicho y Miguel. Ambos tomaban el café y comían los pastelillos que distribuían entre los asistentes. Saturnino se zampó su tentempié y en su paladar la delicia fue mayor. Había pasado el día con el bollo de la panadería.

—¿Dónde coños has estado, tío? Te buscamos y no te encontramos.

—En la calle, buscando trabajo.

—¿Y has pillado algo?

—No.

—Tendrás que seguir buscando, pero, por favor, no desaparezcas porque mañana a la noche nos han invitado a una reunión especial donde habrá chicas —le dijo Chicho.

—Para qué le dices a Saturnino, si él sólo tiene ojos para Noemí. Está... e-na-mo-ra-do —silabeó Miguel risueño.

Al oír el nombre de su novia, Saturnino notó que, por obra de los pastelillos, se había olvidado de aguardarla en la puerta. Bebió el último sorbo de café y de un bocado engulló lo que quedaba de pastel. Todavía masticaba cuando salió a la calle.

Noemí ya lo esperaba apoyada en la puerta.

—Perdón, no me di cuenta de la hora... —dijo y la halló más linda que nunca.

—No te preocupes —le respondió contenta de verlo.

Saturnino le dio un beso en la boca. En verdad, ella era hermosa a rabiar. Él la quería.

—¿Cómo has estado?

—Bien... Todo lo que se puede estar, si no encuentras trabajo.

Comprensiva, lo alentó:

—Pronto encontrarás, no te desanimes.

—Ya no sé qué hacer por las mañanas... me levanto y me quedo dando vueltas. A veces, he ido a buscarte a la esquina pero no te encontré. Mañana iré a buscarte al mediodía. Será mejor que quedarme en casa.

—No, mejor nos vemos a la noche.

—Pero tengo tiempo libre y quiero verte. Siempre has podido escaparte a esa hora.

—Ya no puedo hacerlo.

—¿Me dices la verdad o me mientes para no decirme abiertamente que ya no deseas que te busque?

—No digas bobadas.

—Entonces, ¿por qué no puedes? ¿Qué ha cambiado?

—Nada.

—¡Mierda! ¿Se puede saber qué está sucediendo? Desde que te conozco que siempre me has dicho que la única hora libre era al mediodía —dijo Saturnino, que presentía que le ocultaba algo.

—Suced... —añadió— que justo a esa hora debo ordenar los cuartos y colgar toda la ropa limpia en los roperos.

—¿Justo a esa hora, que era la única en que podíamos vernos! ¿Por qué no lo haces por la noche, como antes?

Ella lo miró con detenimiento. Saturnino llevaba mala cara, lo hallaba destemplado y sufriente. Entonces lo decidió, mejor decirle la verdad y no que creyera que no lo quería. Ella sí lo quería. No podía engañarlo. Cansada de callar, le dijo lo que había pensado que jamás le confesaría:

—Te contaré la verdad... —hizo silencio y al fin le salieron las palabras—: Uno de los señoritos de la casa donde trabajo ha empezado a perseguirme. Donde estoy se me aparece, y

cuando me encuentra sola se me pone muy cerca y me dice cosas melosas e intenta besarme y tocarme —dijo las últimas palabras al borde del llanto.

—¿Qué dices, Noemí...!

Realmente lo había impresionado lo que ella acababa de decir. Tardó unos instantes en reaccionar, hasta que al fin explotó:

—¿No puedo creerlo! ¡Hijo de una gran puta!

—Por eso es que debo ordenar todo en los cuartos al mediodía, que es el horario en que ellos están tomando clases en la universidad. No quiero que me encuentren en las habitaciones por las tardes o por las noches y tener que estar a solas con alguno de los muchachos.

—¿Sólo te molesta uno?

—Sí.

—¿Por qué no hablas con tus patrones?

—Temo que, para evitar problemas, me despidan.

—¿Por qué no me contaste antes?

—No tenía sentido. Te hubieras cabreado.

Ella tenía razón: saberlo le hacía sentir que quería ir y agarrar a ese estúpido niño bien de camisa almidonada. Agradeció no haber vendido la pistola porque, si ese tipejo le ponía una mano encima a Noemí, él lo mataría.

—Noemí, vete de esa casa mañana mismo.

—¿A dónde?

—Vuélvete con tus padres.

—¿Qué dices! Ellos no pueden mantenerme. Quédate tranquilo, aguantaré. Tal vez todo se calme pronto... Si no es así, me marcharé.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Él hubiera querido decirle que se fuera de allí y que fuera a vivir con él. ¿Pero qué podía ofrecerle a ella? Nada. Ni siquiera tenía lo indispensable para subsistir él.

Conversaron del problema y de posibles soluciones durante un rato más, hasta que Saturnino le dijo que, si ese señorito de cuello estirado le hacía algo, él lo mataría con sus propias manos. Intentando tranquilizarlo, Noemí le pidió que entraran a la reunión. Así lo hicieron pero en Saturnino era tal el desasosiego que no le permitió concentrarse en nada, ni siquiera volvió a servirse café ni a comer pastelillos. Una espina se le había clavado en su interior, una dolorosa que se sumaba a las otras que venían destilando su veneno desde hacía años.

CAPÍTULO 17

CAFÉ LION

*El café Lion fue fundado en 1931. En Alcalá 59
actualmente funciona un pub irlandés.
En el subsuelo aún se encuentra el mural
«La ballena alegre», obra de Hipólito
Hidalgo de Caviedes. Previo a la guerra,
el Lion era uno de los pocos lugares,
si no el único, donde se reunían pacíficamente
los personajes de ambos bandos políticos;
arriba, los intelectuales republicanos
y en el subsuelo, junto a la ballena,
los pensadores falangistas.
Solían visitarlo José Bergamín Gutiérrez,
Federico García Lorca, José A. Primo de Rivera,
Samuel Ros y el torero Ignacio Sánchez Mejía.*

Madrid, 2014

Esa tarde, sentado en la terraza del pub irlandés The James Joyce, Rafael terminó la llamada con su hijo y colgó con lágrimas en los ojos. Atravesaba un día tristísimo; al dolor de saber que Alba seguía internada desde la noche anterior y que habían perdido el bebé, venía a sumársele que no podía ver ni abrazar a su hijo Facundo. Por eso, se contentó con hablar con él. Por suerte, los horarios les coincidieron, y Juliana, poco afecta a las llamadas imprevistas, había aceptado. Pero a pesar de que Facu significaba la vida y la alegría en medio de sus congojas, esta vez la charla no había logrado que su ánimo mejorara.

Temprano, por la mañana, Rafael se había presentado en el hospital, donde le comunicaron que la paciente seguía inconsciente, sin novedades, y que al mediodía podría verla en la terapia intensiva.

Del Princesa se marchó a la jamonera, donde trabajó a media máquina porque, entre la distracción propia de su estado y la charla con Lola, interesada en saber de Alba, mucho no pudo realizar. La mujer lo visitó en el museo para obtener las noticias que no se atrevía a preguntarle a Díaz Montero, quien se hallaba encerrado en su oficina bajo la estricta orden de que no lo molestaran.

Al conocer los detalles, Lola se apenó profundamente y Rafael permaneció meditabundo hasta que, hacia el mediodía, antes de cumplir su horario habitual, se retiró para ver a Alba. Ni bien llegó al Hospital de La Princesa, se enteró por boca de la enfermera de que Daniel Díaz Montero acababa de marcharse luego de ver a su hija.

Para Rafael caminar los pasos que lo llevaron hasta la sala de terapia fue difícil. Pero una vez allí, ver a Alba postrada en esa cama resultó terrible. Observar su rostro de niña dormida, su boca sin sonrisas ni voz, lo había herido de muerte. Descubrir que el cuerpo menudo, más delgado que nunca, se hallaba conectado a cables le había provocado un dolor y un miedo tan hondos como hacía mucho que no sentía. Ella estaba mal y el hijo con el que se habían ilusionado se les había muerto. A pesar de que sólo le habían permitido permanecer unos minutos, había salido de ese cuarto tan conmocionado que necesitó alejarse muchas calles antes de bajar a las entrañas del metro. Con el ánimo por el suelo, prefería no cantar, pero necesitaba el dinero.

Se subió al tren, y allí, cantando entre los vagones, asfixiado por la tristeza, acometido en algunos momentos por los deseos de llorar, comprendió lo que había escuchado de otros músicos que allí cantaban o tocaban: «Si trabajas en el metro, tienes que tomarlo como un trabajo especial. Llegas a los vagones después de una discusión con tu mujer, o con fiebre, pero como sea, el show debe continuar. Aquí no hay carpeta médica». Sabía de Miguelito, el ecuatoriano que había ido a hacer música al metro el mismo día en que supo que, del otro lado del Atlántico, su madre había muerto, y allí, en el subsuelo, se había quedado tocando desde la mañana a la noche, mientras, cada tanto, le caían lágrimas.

Rafael ese día había pasado varias horas cantando en la línea 2 hasta que, lleno de congoja, sin saber muy bien dónde ni para qué, terminó bajándose en la estación Retiro. Había caminado por la calle de Alcalá buscando un lugar donde estar en paz y soledad para pensar tranquilo sobre lo que le estaba pasando hasta que, al ver una mesa vacía en la terraza del pub irlandés The James Joyce, antiguo café Lion, decidió sentarse. Había necesitado hablar con su hijo, sentirlo cerca. Los silloncitos al aire libre parecían haberlo estado esperando para que pudiera hacer la llamada a Facundo.

Y ahora, terminada la conversación con su hijo, todavía sentado en el Lion, bebía el último sorbo de su café mientras sentía que el sol de la tarde le daba en el rostro. Miró la hora, aún faltaba un rato para ingresar de nuevo a la visita de terapia de la tarde. Estaba a tres kilómetros pero decidió cubrir a pie la distancia que lo separaba del hospital; necesitaba moverse, cansarse, airearse, reflexionar, rogar por Alba, mandarle sus pensamientos positivos. Pagó, se puso de pie y avanzó con la guitarra al hombro por el paseo de Recoletos. En menos de veinticuatro horas su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Al pensarlo, una vez más se dio cuenta de cuán importante era Alba para él.

Cuando llegó al Princesa y subió al piso de la terapia, notó movimientos apurados y nerviosos. Entonces, con miedo, presumió lo peor. Quiso saber, preguntar, pero la enfermera y el doctor a los que vio corriendo un instante atrás, habían desaparecido puertas adentro y no tenía a quién consultar. Transcurridos cinco minutos, aún sin información, llegó el padre de Alba. Se saludaron, conversaron dos palabras y la enfermera que apareció, al comprobar que ambos eran parientes de Alba Díaz Montero, les comunicó que la paciente acababa de reaccionar y que, si el médico que en ese momento se encontraba con ella lo consideraba pertinente, podrían verla esa tarde.

Daniel y Rafael se miraron y descubrieron que ambos sonreían emocionados al borde de las lágrimas.

Al ver la escena, la enfermera preguntó:

—¿Alguno de ustedes es Rafael? Ella ha pedido verlo...

—Ve, ve... —dijo Daniel.

Rafael dio unos pasos hacia la puerta, pero la mujer lo frenó.

—No, todavía. He dicho que debe terminar el médico. Y él avisará si se puede.

—Perdón, perdón —se disculparon nerviosos.

La hora y media de espera que siguió equivalió a cuatro; ambos estaban ansiosos. Al fin, el médico salió y les explicó que Alba se encontraba bien, que podrían verla, pero que debería seguir bajo estricta observación por cualquier daño o secuela que se hubiera producido a causa del episodio vivido.

Un rato después, concluidas las explicaciones e indicaciones del facultativo, Rafael ingresó al cuarto. De pie, desde la puerta, alcanzó a ver a Alba y, mientras se dirigía hacia ella, observó cómo al descubrirlo le fruncía la nariz haciendo cara de pena y dolor físico.

Se acercó despacio. Y ya a su lado, le besó la frente. Alba lo miró con cariño aunque, sedada y tranquila, parecía ajena a este mundo. Se quedaron juntos en compañía silenciosa. Atento a la recomendación del doctor, que le sugirió evitar los temas traumáticos, Rafa sólo le dedicó frases de cariño y preguntas sobre cómo se sentía.

Pasada media hora, sin olvidarse de que afuera aguardaba Daniel, el hombre que tenía la llave de la sanación de Alba, Rafa anunció:

—Tu padre está en el hospital, Alba. Desde que se enteró de lo sucedido, ha venido regularmente a visitarte. Lo he visto muy preocupado.

—¿Vino hoy? —preguntó con cierta incredulidad pues asumía que a él no le interesaba su suerte.

—Sí, y hemos coincidido en todos los turnos de visita —aclaró Rafa y luego agregó—: ¿Quieres que le diga que pase?

—No... mejor, no.

—Pues si no lo deseás, por esta vez está bien. Pero en algún momento sería bueno que...

—Sí, pero no hoy. Mañana, por favor.

—Claro, se lo diré.

La enfermera indicó que la charla había sido suficiente, que la paciente debía continuar con su reposo.

Se despidieron con un «Te amo» que guardaba múltiples significados. Él: «Aquí estoy, a pesar de todo». Ella: «Haré lo que me pidas para enmendar el error».

Afuera, en la sala de espera, Rafa tuvo la dura tarea de comunicarle a Díaz Montero que su hija no quería verlo.

—Hoy no se sentía bien, pero mañana, cuando esté mejor, seguramente querrá —trató de sonar menos cruel.

El hombre, apesadumbrado, bajó la vista, tal como si estuviera impedido de realizar una acción de vida o muerte.

—Si tiene tiempo, podemos tomar un café —propuso Rafa conmovido por la desazón que trasuntaba el padre de Alba—. A la vuelta hay un bar.

Daniel asintió y ambos salieron a la calle.

Unos minutos después, sentados frente a frente en el café de la esquina del Hospital de La Princesa, los dos conversaron con la verdad sobre la mesa. Debían hacerlo si querían salvar a Alba; aun así, no sabían si lo lograrían, pues sacarla del barranco no sería fácil. «La vida le dio otra oportunidad», sentenció el médico. Aprovecharla, ahora dependía de ella.

Rafael, que contaba con información que Díaz Montero no tenía, habló primero y, sin preámbulos, le reveló que Alba tenía adicciones, que usaba cocaína desde hacía dos años, que había empezado con marihuana durante la adolescencia. Incrédulo ante las explicaciones de Rafa, el hombre se horrorizó al saber que su hija se cortaba los brazos para paliar el dolor emocional y que las discusiones laborales se incluían entre los principales desencadenantes. El remate llegó

con una afirmación tremebunda: Alba creía firmemente que él nunca la había querido.

Daniel balbuceó algunas frases:

—¿Por qué? ¿Por qué? Es verdad que cuando su madre nos abandonó yo me refugié en el trabajo. Pero siempre intenté involucrarla en la empresa, legarle la jamonera.

—Ella rechaza La Bellota porque la identifica con lo que le quitó a su padre. Por lo menos, así lo señaló su psicólogo.

—¿Y ese hombre qué carajo ha hecho por Alba?!

Rafael no podía relatarle en una hora los pormenores de una existencia que, para este padre, resultaba verdaderamente extraña.

—Cuando asiste a las sesiones, Alba mejora mucho, pero se siente bien y ya no regresa.

Daniel, a medida que recibía los detalles que le brindaba Rafael, comprendía qué poco sabía sobre su hija. Superado por el tenor de la información, incapaz de enfrentarla, al fin reflexionó en voz alta, más para sí mismo, que para Rafael:

—La vida a veces es demasiado compleja... Uno trata de hacer lo mejor y parece haber hecho lo peor...

—Todo se puede remediar. Alba tiene una nueva oportunidad de vida.

La charla continuó apenas un rato más y, al despedirse, el abrazo que se dieron mostró que entre ellos había surgido una extraña intimidad.

Daniel le confió que volvería al día siguiente para intentar ver a su hija. Y Rafael, al escucharlo, concluyó que el padre de Alba era igual a ella. Ambos tenían una fachada de dureza, ambos ocultaban sus sentimientos de dolor.

«Ojalá logren entenderse», deseó mientras las escaleras de la estación Diego de León lo conducían de regreso a su casa. No cantaría en el metro; iría a Vallecas para contarle a Pepe la gran noticia: Alba había despertado y estaba bien. El viejo había estado pendiente en todo momento, tal como si fuera su familia, esa que él tenía tan lejos, recordó acongojado.

* * *

Al día siguiente, después de la charla con Daniel y animado por la mejoría de Alba, Rafael trabajó con ahínco en la jamonera. Temprano, Lola le había avisado que Díaz Montero, pese a los problemas, había puesto fecha a la inauguración del museo. Por lo tanto, debía apurarse y ultimar detalles, pues en una semana abriría las puertas. Alba tenía razón: su padre era un maníaco del trabajo.

Sin demora, a la hora de salida de la jamonera, Rafael partió al hospital. Sin embargo, tras su arribo le indicaron —dado que sólo podía pasar una visita por vez— que debía aguardar para ver a Alba, que en ese momento recibía al señor Díaz Montero. Sorprendido, esperó sentado en uno de los sillones blancos mientras rogaba que padre e hija pudieran conversar en paz.

Recostada en la cama de la habitación común donde la habían instalado desde que esa tarde la sacaron de terapia, Alba exponía tímidamente sentimientos guardados por años. Díaz Montero, que se había propuesto no hablar para no dañarla, se limitaba a escucharla con primorosa atención. Comenzaba a comprender que su personalidad e ideas actuaban como una fuerza arrolladora que lastimaba a su hija. Por lo tanto, se proponía ser cuidadoso.

Cuando el hombre salió y saludó a Rafa de manera cordial, casi alegre, él suspiró aliviado: significaba que padre e hija habían mantenido un encuentro reconfortante.

Díaz Montero se marchó, regresaba a la jamonera con otro semblante. Rafa, optimista, ingresó

a la habitación y vio otra vez a Alba acostada en la cama, aunque en esta ocasión notó en su rostro una expresión diferente. En alerta y sin sedantes, no esperó a que él llegara a su lado, sino que a unos pasos de distancia le habló:

—Lo siento, Rafael. Hice algo muy horrible. Entiendo que me odies —dijo moviéndose en la cama con visibles signos de dolor.

—No digas eso, Alba —respondió él acercándose y dándole un beso en la mejilla.

—Te entenderé si me rechazas, si no quieres nada más conmigo.

—Alba, quedate tranquila, lo importante es que te pongas bien.

—Pero el bebé... —lloraba.

—Shhh... —dijo él y, llenándole el rostro de besos, añadió—: Ya tendremos tiempo de hablar de lo sucedido. Estoy aquí, a tu lado.

Rafael comprendió que, con Alba fuera de peligro, tendrían que procesar lo ocurrido. Él la amaba, pero no sería fácil compartir la vida con alguien con un problema que rayaba lo autodestructivo y sólo seguiría adelante si ella decidía cambiar. De todas maneras, este no era el momento adecuado para abordar el tema. Cualquier camino sería difícil —reconoció—, pero estaba feliz de que hubiera regresado a la vida. La quería profundamente.

* * *

Tres días después de la nefasta noche en que Alba fue internada, el doctor Ronco esa mañana le dio el alta. Si bien Rafael se alegró por el anuncio, también tenía miedos. Él amaba a Alba pero no quería revivir lo sucedido. Deseaba ayudarla pero no quería quedar atrapado en la telaraña que solía envolverla.

Alba, tras analizar cuál sería el mejor lugar para instalarse y pese a la insistencia de Daniel, que en vano intentó convencerla de llevarla a su casa explicándole que allí recibiría atención y un sinnúmero de beneficios, finalmente se inclinó por el departamento de Vallecas. Y ahora, ahí estaban, listos para abandonar el hospital.

Hasta el momento, entre enfermeras y acotados horarios de visita, Alba y Rafael apenas habían conversado sobre lo sucedido. Las menciones, breves y poco profundas, habían quedado relegadas por la felicidad de saber que ella se encontraba bien, recuperándose y que no había secuelas. Pero ese mediodía, mientras se marchaban, varios interrogantes se cernían sobre sus pensamientos.

Daniel Díaz Montero los esperaba en la puerta con su Mercedes para llevarlos hasta el departamento de Rafael.

Cuando Alba se subió al coche, ellos conformaron un trío extraño. Pero ahí estaban los lazos dándole sentido a la vida, viejos sentimientos uniéndose a los nuevos, emociones sanas que trataban de crecer y otras —un tanto enfermizas— que debían extinguir. Y los tres tratando de hacer lo mejor para que la vida no doliera. Sobre todo para Alba, que casi los había abandonado, y a quien habían logrado salvar por milagro.

En pocos minutos y por primera vez, Díaz Montero conoció el interior de un departamento de Vallecas. Al ingresar a la casa de Rafa no pudo dejar de preguntarse cómo se hacía para vivir en un sitio con tan poco espacio y para cocinar en ollas de color fucsia. Pero al percibir la felicidad con la que su hija se quedaba allí, se despidió asumiendo que, quizá, no fuera tan malo.

* * *

Tres horas después, Rafa, temeroso de dejar sola a Alba en el departamento de Vallecas, decidió que esa tarde no iría a trabajar al metro. Lo acechaba, además, una gran incógnita: ¿cómo seguir adelante con la normalidad de la vida después de lo que había sucedido?

Porque si bien Rafa no tocaba el tema de la actitud irresponsable que la condujo a la pérdida de un hijo, todavía se hallaba molesto. Cuando meditaba, más se contrariaba. Por suerte, Pepe llegó de visita con una bandeja de canelones para la cena y, con su humor, logró rescatarlo de sus negros pensamientos.

El viejo abrazó a Rafael y luego de darle un beso a Alba, que se encontraba acostada en la camita, le dijo:

—Hippie, hippie... no pensé que fueras tan gilipollas.

Alba no respondía, sólo hacía caras de que el viejo tenía razón.

—¿Y tú, chaval, no trabajarás hoy en el metro?

—No. Ya veré mañana.

Alba se metió en la conversación:

—Estaré bien, debes ir y seguir haciendo tu vida.

—Pues... si quieres trabajar, yo puedo cuidar a Alba —propuso Pepe.

—Dejen de preocuparse por mí, que puedo sola.

—Mira que «Es consuelo de desgracias que alguien se duela de ellas» —citó Pepe con voz grave el *Quijote*, y luego, contemplándola a los ojos, agregó—: Y yo, de corazón, me duelo de lo que te ha pasado.

Ella sintió la mirada de cariño y respondió:

—Lo sé, Pepe —reconoció al borde de las lágrimas.

—Hala, hala, niña, que si no vengo a cuidarte, te perderás de comer mis comidas...

—Entonces, ven cuando quieras, que si traes en las manos lo que cocinas, te abriré la puerta —respondió ella otorgándole el permiso.

Se quedaron charlando un rato más y cuando Pepe se iba, Rafael le puso la televisión a Alba para que viera *Aída*, su programa. Los dos hombres abandonaron el cuarto y el viejo, ya en la puerta, insistió:

—De veras, Rafa, que puedo pasar cada día para ver si Alba necesita algo cuando te vas al metro.

—Sí, Pepe, gracias. Creo que aceptaré tu oferta, al menos durante esta primera semana.

Rafael no se sentía tranquilo pensando que desaparecería de Vallecas desde la mañana a la noche y que la dejaría sola.

Se despidieron y Rafael regresó preocupado porque tampoco terminaba de darle forma a lo que estaban viviendo, ni a lo que estaba sintiendo. Oscilaba entre la alegría de saber que Alba se recuperaba, la tristeza de haber perdido al bebé y el enojo con ella por lo que hizo.

* * *

Al día siguiente, Rafael recuperó su rutina: por la mañana fue a la jamonera y por la tarde, al metro. En lo que iba del día había llamado a Alba varias veces para asegurarse de que estuviera bien. Pero mientras cantaba en la línea 6 del metro, la preocupación por ella lo constriñó de tal manera que deseó emprender el regreso. De inmediato, meditó que debía controlar su sentimiento porque ese desasosiego se mezclaba con el enojo.

Descendió del vagón en la estación Legazpi y se sentó en uno de los bancos. Necesitaba

pensar en soledad para encontrar respuestas.

Durante sus cavilaciones, Rafa vio que Papi, el mantero senegalés, se acercaba. El muchacho, que lo había divisado de lejos, venía en su dirección saludándolo con una mano en alto; en la otra, cargaba una bolsa negra de plástico repleta de mercancía. Rafa, que deseaba estar solo, rumiando sus problemas y decisiones, intuyó que, además de ofrecerle los productos que vendía, el senegalés quería conversar.

—Hola, argentino. Hoy tengo zapatillas para vender —le dijo hablando como siempre en un buen español.

—No, gracias. Hoy no tengo un buen día —le aclaró para que entendiera que esa tarde no compraría ni conversaría.

Pero el muchacho no pareció entender el mensaje y le respondió con una pregunta:

—¿Por qué?

Rafael se encogió de hombros.

El senegalés continuó:

—No estés triste, argentino, tú no estás aquí para cumplir las expectativas de nadie; tampoco los demás para cumplir las tuyas. Cada uno debe cumplir las propias y ser feliz.

La frase parecía haber dado en el blanco porque involucraba lo que sentía. Alba no estaba en este mundo para encajar a la perfección en el suyo. O la aceptaba tal como era, o debía alejarse.

Rafa sonrió con agradecimiento y le dejó ver la punta del iceberg.

—A veces, Papi, los seres humanos nos dañamos los unos a los otros.

—Las personas nobles perdonan y los sabios se perdonan a sí mismos. ¿Qué necesitas, ser noble o sabio?

—Las dos cosas.

—Qué bueno que lo sabes. Entonces ya puedo irme tranquilo a mi casa. A pesar de que es temprano, mi día de trabajo terminó —remató mitad en serio y mitad en broma.

—¿Te vas porque ganarte la vida te está haciendo perderla? —preguntó Rafael en broma, que recordó la frase que Papi le largó la última vez que se cruzaron.

—No, porque hoy tengo un cumpleaños —dijo risueño mostrando sus dientes blanquísimos.

El senegalés, una mezcla perfecta de sabiduría y diversión, parecía que, después de haber sufrido tanto, había aprendido a vivir con lo que le tocaba. Rafa tenía presente que el hombre había dejado su tierra, sus padres y hermanos sin la certidumbre de volver a verlos alguna vez, y aun así sonreía. Rafa comprendió que debía tratar de aprender de su actitud. También, a no menospreciar lo que los otros tenían para enseñarle a vivir mejor porque razonó que, si esa tarde él se hubiera escabullido —como intentó— para no toparse con el senegalés, se hubiera perdido la oportunidad de escuchar la frase que le había cambiado el día.

Tras despedirse, solo y sentado en el mismo banco, Rafa tomó una decisión: él amaba a Alba y no volvería a echarle culpas por lo sucedido. Intentaría ser noble y sabio perdonando y perdonándose, porque él tampoco se perseguiría más endilgándose errores pasados. Lo que había ocurrido —aceptó resignado— por algo había sido; ya no pensaría en la pérdida del bebé ni en las razones que la desencadenaron. Aceptaría que ella no estaba en este mundo para cumplir sus expectativas, sino para cumplir las propias y ser feliz con su elección. Al igual que él no existía para cumplir las de nadie.

El vendedor senegalés —originario de un país que Rafael casi no podía figurarse cómo era— le había acomodado las ideas. Porque jamás se le hubiera ocurrido que el hombre pudiera darle semejante lección. La vida ofrecía sorpresas. Sólo había hablado dos o tres frases con el mantero pero le habían bastado para hallar respuestas a sus interrogantes. El camino que tenía por delante

no sería fácil pero al menos había encontrado la punta del ovillo. Cuando llegara, hablaría con Alba para desenredarlo.

* * *

El día había terminado temprano para Rafa. Subió al metro para regresar a su casa y sentado, con la cadencia del vagón, cubrió todo el trayecto pensando en las frases de Papi.

Cuando llegó a Vallecas, sintió que los astros se habían alineado porque Alba, que estaba sentada en el silloncito bordó, apenas abrió la puerta, se puso de pie y le dijo:

—Rafael, quiero cambiar, realmente quiero hacerlo. Deseo ser mejor persona, y no sólo por ti, sino también por mí. Tengo que conseguirlo. ¿Me entiendes? Ayúdame, por favor...

—Claro, Alba... —balbuceó Rafa impactado por las palabras que, sorprendentemente, contenían la misma esencia transmitida horas atrás por el senegalés.

Rafa también se impresionó al ver que el cabello de Alba lucía castaño por completo. Las mechas rosas ya no existían, se las había sacado.

—Me quité el rosa —comentó cuando notó que él había reparado en ese cambio—. Ya no quiero pelear contra el mundo ni contra nadie. Hoy hablé con el psicólogo... acordamos una cita semanal y me comprometí a no abandonar la terapia. También saqué turno con un psiquiatra especializado en mi trastorno.

—Me encanta lo que me decís, Alba. No sabés cómo lo he esperado.

—Hace un rato conversé por teléfono con mi padre y mañana me espera para almorzar en la taberna Carmencita. Intentaré entenderme con él...

—Cuenta conmigo para construir una relación con Daniel... —alcanzó a decir Rafa entre las frases de Alba, que se encontraba elocuente, necesitada de hablar, de exteriorizar lo que sentía.

—Lo que sucedió fue muy triste y muy malo. Perdimos un hijo... —recordó con llantos, pero, en medio del sollozo, continuó—: No quiero que tengas que volver a sufrir por mi culpa. Tampoco quiero tener que sufrir yo de nuevo por mis errores.

—Alba, no te culpes más. Ya pasó... —la consoló Rafael con un abrazo.

Y así, apretados el uno contra el otro, estuvieron unos minutos hasta que comenzaron a besarse.

—Rafa, fóllame...

Él sonrió.

—No podemos, Alba, el médico dijo que debíamos esperar unos días más.

—Qué difícil es ser una chica obediente. Pero si así lo quieres, lo seré.

—Bueno, tampoco exageres —dijo Rafa y ambos comenzaron a reírse.

El entusiasmo de poder vivir una nueva etapa los ponía felices. A pesar de que el monstruo con el que tendrían que luchar era enorme, abrigaban esperanza.

Un rato después, vestido con un pantalón deportivo y una remera blanca estampada con una frase del *Quijote*, Pepe golpeaba la puerta del departamento por segunda vez en el día. A la hora del almuerzo había traído comida y, ahora, de nuevo, llegaba con una fuente de pimientos del piquillo rellenos para la cena. En cuanto vio a Alba, exclamó:

—¡Joder! ¡Qué pelito, hippie!

—Pues tendrás que empezar a decirme Alba. Porque de hippie me queda poco. Seré otra, ya verás.

—Pues por mí, no cambies nada. Eres muy linda por dentro y por fuera tal como estás. Sólo

creo que tienes que portarte un poquito mejor, sólo eso.

Alba se rio.

—Lo intentaré —respondió y comenzó a poner la mesa.

En la cocina, Pepe y Rafa abrían una botella de vino y conversaban.

—Argentino, te diré lo que vengo pensando.

—Decime...

—No deberías volver tan pronto a trabajar en el metro. Todo el día es mucho para que Alba se quede sola.

—Lo sé, lo he pensado. Creo que me quedaré por las tardes.

—Supongo que te preocupa el dinero que no ganarás. Así que he decidido hacerte una propuesta: no vayas al metro por un mes pero trabaja conmigo en La Media Verónica. Necesito ayuda, majo, y estarías cerca para subir y ver que Alba se encuentra bien.

—¿Y Agustín? —preguntó Rafa en referencia al ayudante.

—Ese muchacho viene cuando quiere y no cuando yo lo necesito.

—Pepe...

Rafa, emocionado, tenía claro que el viejo no necesitaba ayuda, que su propuesta tenía por finalidad darles una mano. Pepe pareció adivinarle los pensamientos.

—De veras que quiero un encargado para descansar más tiempo. Así que acepta de una buena vez.

—Gracias, acepto. No sabés el gran favor que me hacés. Me preocupaba tener que dejarla sola acá todo el día.

—Que no pasa nada, chaval, que de verdad quiero descansar. Y si te parece bien, empezamos mañana.

—Perfecto, Pepe —dijo mientras abrazaba al viejo.

Esa semana la rueda de la vida daba una gran vuelta en las existencias de Rafa, Alba, Daniel y Pepe. Porque Alba comenzó a almorzar con su padre, y con esa comida se instauraría la rutina de reunirse todos los viernes. Ese sería un tiempo y un espacio donde padre e hija abordarían los temas postergados durante tanto tiempo. Las paredes de azulejos blancos, amarillos y azules de la taberna Carmencita los verían hablando en profundidad por primera vez en sus vidas, escucharían charlas alegres y parlanchinas, pero también otras tristes y llorosas. Porque reconstruir lo que se había malformado costaba lágrimas y esfuerzo.

Rafael inició su labor en La Media Verónica y, así, afianzó la relación con ese hombre español como nunca hubiera pensado. El fuerte lazo creado entre ellos marcaría el futuro. Para el argentino era el padre que extrañaba; para el español, el hijo que no había tenido.

Durante ese mes, Alba retomó su actividad artística y volvió a pintar. Tras los primeros días de zozobra, salía cada mañana después de desayunar de «mi casa de Vallecas» —como solía decirle— rumbo a «mi trabajo en el departamento de Diego de León», donde pasaba encerrada con sus acuarelas y lienzos las horas que Rafa trabajaba en La Bellota. Pintar le hacía bien —casi como una terapia— y ya proyectaba realizar una exposición. El psicólogo y el psiquiatra la alentaban pero también la controlaban mientras que Daniel, Pepe y Rafa la contenían.

Esa semana, Rafael y Rumen bebieron un largo café en el Yakarta. Sintiendo en confianza con el búlgaro, Rafa se animó a explayarse sobre sus sentimientos y le contó acerca de las viejas y dolorosas emociones que lo habían acometido sin permitirle avanzar en la vida, así como de las nuevas, más optimistas y liberadoras. Rumen no hablaba mucho pero escuchaba atentamente y eso a Rafael le hacía bien. El búlgaro sólo atinó a decirle que lo comprendía porque años atrás también había perdido un hijo.

El café en el Yakarta se coronó con la cena largamente prometida y ese mismo día, al caer el sol, Rumen y Mima visitaron el departamento de Vallecas para probar por primera vez en sus vidas la humita argentina hecha en la olla fucsia. La velada transcurrió entre risas, anécdotas y charlas habladas en el medio español de Rumen y el lenguaje de señas con el que se hacía entender Mima. Alba se veía a sí misma entre los búlgaros y su argentino y entonces se preguntaba de qué manera la vida se las ingeniaba para introducir en nuestra existencia personas traídas de la otra punta del mundo para ayudarnos a ser felices y vivir mejor. Parte de existir en plenitud — concluyó— tenía que ver con las personas que nos rodeaban, las relaciones sanas y amorosas que construíamos con ellas y con dejarse llevar hacia los lugares que la bóveda celeste proponía.

Rafael, poco a poco, más liberado de los problemas, recobraba el interés por completar la historia de María y esa misma semana había acordado que visitaría a la madre de Lola. Las aguas turbulentas parecían haber pasado y la normalidad de la vida diaria regresaba tímidamente, así como volvían las ganas de cumplirle a la yaya María. Sobre todo ahora, que sentía que España, en una pequeñísima porción, también le pertenecía. La Hispania comenzaba a enamorarlo, y él, como tantos inmigrantes que vivían allí, no podía resistirse a sus amores, los que ese país le prodigaba cada día durante las caminatas que hacía por las callecitas de Madrid, o en los chatos de vino que a veces tomaba de pie y en los mariscos frescos que cada tanto comía en las tabernas bulliciosas que quitaban cualquier pena. O en el sol brillante de las tardes otoñales que, junto con el idioma repleto de zetas y la vibrante música española, comenzaban a arrullarle el alma. O al sentir el aroma a chocolate caliente que salía de la churrería San Ginés cuando pasaba cerca ahora que los días estaban más frescos. Aspirar el aroma a café del bar de Pepe junto con el abrazo que el viejo le daba cuando lo veía era un cariño que le prodigaba la vida española. Cada uno de estos detalles de la existencia diaria se le volvía imprescindible. Claro que no se olvidaba de que en Argentina tenía un hijo cuya madre de ninguna manera permitiría que se lo trajera al Viejo Continente. Su corazón comenzaba a dividirse ante esos incipientes escenarios que pronto traerían elecciones impensadas.



AZUCENA

Lilium candidum

HISTORIA: Originaria de Asia y América del Norte, se propagó hacia el continente europeo y el Mediterráneo, lugar donde comienza a ser venerada por las antiguas civilizaciones. Se utilizaba como símbolo en escudos y emblemas. En el templo de Salomón pueden hallarse algunas de estas flores representadas en esculturas; y, siglos después, debido a su asociación con lo puro, en las pinturas medievales y renacentistas de carácter religioso.

USO MEDICINAL: Las azucenas son utilizadas como un remedio casero común para tratar los cortes y las heridas. Para que sea efectivo, es necesario colocar el polvo de las hojas o de las flores directamente en la zona. Beber una infusión preparada con las flores es una excelente manera de limpiar y purificar la sangre.

SIGNIFICADO: Inocencia, candor y pureza.

DICE LA LEYENDA... que la leche materna de la diosa Juno dio lugar a la Vía Láctea y al color blanco característico de estas hermosas flores. Es por eso que dan vida al significado de unión pura y eterna de los amantes.

CAPÍTULO 18

AZUCENAS PARA ENCARNACIÓN

Madrid, 1936

La flor de la Azucena posee el atributo de la belleza para el deleite de los ojos, las propiedades medicinales para el provecho del cuerpo, y el significado del equilibrio basado en sus seis pétalos para que lo disfrute el espíritu.

María, de pie junto a la puerta del cuarto que compartía con Pedro, esa siesta apreció la hermosa azucena roja ubicada en el centro de la mesa dentro de un florero. Sabía que, si remojava sus pétalos en licor, podía tratar una contusión; y si los ponía en aceite, servían para calmar el dolor de oídos, como había hecho alguna vez con Manolito. Pero en esta oportunidad sólo deseaba que la flor conservara su lozanía, que luciera bonita. Pese a que hacía sólo un día que la tenía en la casa, el calor había hecho estragos, y ya se hallaba algo mustia. Le daba pena, le había costado mucho conseguirla. Por estos días las flores escaseaban en Madrid, y se podía llegar a pagar una fortuna por un ejemplar. Pero María había logrado que la florista de la calle de San Bernardo con la que a menudo echaba unas palabritas se la dejara barata.

La había adquirido con el fin de entregársela a la madre de Pedro el día que merendaran en su residencia. A pesar de que habían organizado con tiempo la visita, los últimos acontecimientos políticos los habían obligado a postergarla. Y ahora la flor poco a poco se iba ajando, sin llegar a su destinataria. Resultaba imposible dedicarse a hacer visitas y sociales en una Madrid convulsionada. Sobre todo, si se vivía con un hombre tan vinculado a la política como Pedro. En estas épocas, en que se estaba decidiendo el destino de España, el teatro, los paseos o las tertulias se volvían un lujo, una pérdida de tiempo que él no podía darse, aunque fuera merendar en la casa materna. Ni siquiera había podido cumplirle a su hermano Marcos la visita prometida a la jamonera.

Durante la semana se habían producido dos hechos fratricidas que enrarecieron el clima de la calle: el teniente José del Castillo había sido asesinado y a las pocas horas se tomó represalia por el acto en contra del líder monárquico José Calvo Sotelo.

Castillo, militar encarcelado durante un año por su negativa a disparar contra el pueblo, *motu proprio* se había insertado en la Guardia de Asalto y se había afiliado a la Unión Militar Republicana Antifascista. Su adhesión al socialismo, además, lo había convertido en objeto de varios atentados hasta que la noche del domingo, rumbo a su puesto de trabajo, unos pistoleros le dieron muerte en la esquina de Fuencarral y Augusto Figueroa.

Al día siguiente, indignados, los guardias de asalto salieron de su sede con una lista de las personas que detendrían. El primero en ser sacado de su casa y subido al coche fue Calvo Sotelo, que, durante el traslado, resultó asesinado y su cuerpo abandonado en el muro del Cementerio del Este. Como líder político de la oposición, sus opiniones y sus críticos discursos parlamentarios hacia la República daban pie para el levantamiento del Ejército, motivo que le había granjeado el resentimiento de la izquierda.

Todavía impresionada por las muertes, tan frescas como resonantes, María pensó en Pedro. El reloj marcaba las tres y ya debería haber regresado para almorzar, como le había prometido. Se preocupó. Y la inquietud, sumada al calor, le arreboló las mejillas. Se apantalló con una revista política que tenía a mano. Era el mes de julio y el verano madrileño se presentaba asfixiante. Observó a su hermano que, muy cerca, se hallaba tendido en la cama, ajeno al calor. Absorto, leía por quinta vez *Las aventuras de Tom Sawyer*, historia que lo apasionaba.

María caminó hasta el balcón y trabó los postigos del apartamento. Por la tarde, convenía más entornar las ventanas que mantenerlas abiertas. Desde que La Bellota había cerrado sus puertas y cesanteado al personal, compartía el día con Manolito. Al principio se preocupó al saberse desocupada, pero, tras comprender que la decisión la superaba, adoptó una actitud más serena y agradecida porque no acababa de explicarse cómo viviría con su hermano si no fuera por Pedro, que los había instalado en el departamento. Al fin de cuentas, Azucena había hecho bien en marcharse, aunque le había enviado una carta contándole que soñaba con regresar.

El lunes, a última hora, Marcos Díaz Montero había mandado a llamar a todos los empleados y, ante ellos, con un discurso breve, les explicó que la tienda cerraría por un mes. A María no le sorprendió la noticia, que sabía de boca de Pedro, pues durante un encuentro casual en el café Lion Marcos le había anticipado que barajaba esa posibilidad.

La acuciante situación del país le permitía vaticinar que La Bellota no reabriría en lo inmediato. Sin solución aparente, los problemas de España semejaban una bomba de tiempo, y era cuestión de días para que explotara. Bastaba con ver lo que había sucedido con Castillo y Calvo Sotelo.

María volvió a mirar la hora, los minutos pasaban y Pedro no regresaba.

* * *

Convocada por Marcos, la familia Díaz Montero se hallaba reunida en la sala. No podía esperar otro momento. Necesitaban moverse con rapidez.

Doña Encarnación, abstraída en detalles fútiles, como la comida de la cena, impacientó a Marcos, que la interrumpió:

—Madre, perdona, pero ahora que hemos cerrado La Bellota debemos abordar otra cuestión muy importante. Por eso los reuní con premura —anunció como preludeo a la conmovición que causarían sus palabras. Vacilando, sin saber cómo empezar, hizo un pequeño silencio.

—¡Joder, Marcos! ¡Habla de una buena vez! —exclamó su hermana.

—¡Anita, cuida tu boca! —pidió Encarnación.

Él comenzó a explicar:

—Como bien saben, el ambiente en la calle está peligroso, hay atentados, delitos contra la propiedad, tiroteos... La gente porta armas y las exhibe sin ningún pudor. Las checas actúan sin control, ajustician movidas por el odio. Nadie se siente a salvo después de los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo.

—¡Hijos de puta! ¡Muy desalmado hay que ser para matar a un buen hombre como ese! —exclamó don Federico, que veneraba los discursos del diputado Calvo Sotelo.

—De eso se trata... Si la noticia altera así a papá, no pueden imaginarse cómo están sus allegados políticos.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Encarnación, que no entendía a dónde quería llegar su hijo.

—Intentar salvarnos. La ciudad está a punto de sufrir algo muy terrible y, cuando eso suceda, nosotros ya no debemos estar aquí.

—¿Y dónde crees tú, hijo, que estaremos más seguros que en esta casa?! —exclamó preocupada Encarnación.

—En el campo. En la casa de Ledrada.

—Los padres de Ernesto se marchan esta noche a la finca que poseen cerca de Valladolid —aclaró Ana.

—Pues nosotros debemos adoptar una decisión similar.

—No parece descabellado —se entusiasmó Anita.

Ella sacaba cuentas: si el próximo mes la encontraba en Ledrada, podría verse con su novio con más asiduidad que si se quedaba en Madrid.

Don Federico carraspeó nervioso, contrariado ante la idea de enfrentar una mudanza. Con sus problemas de salud, la casa le brindaba cobijo, aquí se sentía a resguardo, aquí tenía todo a mano, incluido su doctor, que vivía a unas calles.

—¿Y cuándo piensas que deberíamos empacar? —preguntó Encarnación resignada, aunque bien sabía que varios conocidos ya habían emprendido la retirada hacia lugares tranquilos, donde se corría menos peligro. Dos meses atrás le hubiera parecido una locura, hoy ya no.

—Cuanto antes, mejor —dijo Marcos.

—¿Pero de qué fecha hablamos? —insistió don Federico, que era el más preocupado.

—Mañana jueves... A más tardar, el viernes.

Encarnación se espantó:

—¡Eso no es posible! No podemos reunir en tan poco tiempo todo lo que necesitamos llevar. Hacer maletas y compras para un mes demanda días.

—Madre, no me estás entendiendo: es cuestión de vida o muerte —insistió Marcos.

—Ay, hijo, no creo que sea tanto así —dijo don Federico.

Anita también se quejó:

—Precisamos más días para empacar.

Marcos decidió hablar con claridad. Había sopesado que no sería necesario mencionarlo pero, ante la reticencia de su familia, les anticipó:

—Habrá un golpe de Estado. Los militares se sublevarán en las próximas horas.

—Con más razón: debemos quedarnos —opinó Federico—. ¡Al fin subirá un gobierno coherente que traerá control y orden!

—¡Mierda! ¡Pues si les apetece, quédense a celebrar! Pero será bajo su responsabilidad. Yo me iré mañana. ¿Acaso no entienden? A los militares no les será fácil tomar Madrid, les llevará un par de días. Y durante esas jornadas, nosotros y todos los que apoyamos a la derecha, quedaremos atrapados por el fuego. ¡Bastante hemos demorado la partida! No necesito explicarles que comerciantes, hacendados y familias de nuestra posición ya se han marchado.

—¿Y cómo estás tan seguro de que habrá un golpe?

Marcos, ya harto, les dijo lo que no quería develar:

—Porque he estado participando en reuniones. Gente muy poderosa de Madrid apoya la revuelta. Háganme caso: tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes.

Federico Díaz Montero miró por la ventana con melancolía. Hubiera preferido quedarse en su casa aunque le dijeran que allí moriría; odiaba que a su edad lo obligaran a mudarse. Pero, como hombre de familia, debía garantizar el bienestar de su esposa e hijos.

—Está bien, Marcos. Si crees inevitable esta retirada forzosa, la haremos. Dirige tú cómo la llevaremos a cabo, que nosotros te seguiremos —expuso don Federico, rendido.

—Nos marcharemos mañana, y si no podemos, el viernes. Recojan lo mínimo e indispensable, pues no contamos con demasiado espacio. Nos iremos en nuestros vehículos.

—Hijo, ten en cuenta que convendría llevar una suma importante de dinero. Nos ausentaremos por mucho tiempo y habrá que pasarlo... —señaló don Federico que hasta hacía pocos meses manejaba las cuentas bancarias.

—No te preocupes, estoy en ello —aseguró Marcos, que preveía una estancia más prolongada en Ladrada.

«Quién sabe qué ocurrirá en las próximas semanas», meditó. Dedicaría el resto del día a organizar el dinero y a cerrar la venta de vinos a Arturo Artoz, el hombre que había conocido en el Lion. Sabía que estaría obligado a correr el resto del día, pero se negaba a perder la oportunidad de ganar esa buena suma de dinero por la convulsión política. Completaría el monto que el banco se había negado a darle el día anterior, concretaría la venta a Artoz y saldría volando de Madrid.

—¡Dios mío, Cuca y Aída! ¡No podemos dejarlas aquí!

—Por favor, madre, arréglate con una sola sirvienta. En el coche no hay lugar para dos. Si es por conseguir ayudantes, allá habrá otras.

—No se trata de eso... Me apena dejarlas en este tumulto.

—A ellas no les pasará nada. Aquí correrán peligro los ricos y, como han visto, sobre todo los católicos.

—Pues si ya está decidido y no queda otra opción, me voy ahora mismo a preparar las maletas —dijo Encarnación. Pero, al ponerse de pie, la atacó la incertidumbre propia de la gallina a la que le falta un pollito. Preguntó—: ¿Y Pedro? ¿Qué hará él? Debemos avisarle.

—Madre, él hará lo que se le dé la gana, fiel a su costumbre —respondió contrariado. Lamentó que doña Encarnación, cuándo no, se preocupara por Pedro. Seguramente su hermano tendría la cabezota puesta en el vulgo, los pobres y desconocía los problemas que los Díaz Montero debían enfrentar. Meditó que, una vez más, su ausencia lo obligaba a actuar en soledad para salvar a la familia, porque su gemelo el republicano estaría por allí, en algún lugar, peleando quién sabe qué ridícula batalla.

—¿Tú crees que él corre peligro aquí en Madrid? —preguntó Encarnación.

—No lo sé. Pero por ahora, ten por seguro que corremos más peligro nosotros que él.

—Hijo, avísale que nos vamos y, por favor, pregúntale si quiere venir.

—Si te deja más tranquila, madre, lo haré. Me encargaré hoy mismo de verlo, pero estoy persuadido de que él no querrá marcharse.

—Pobre Pedro, me prometió que vendría a merendar junto con una muchacha —dudó; no sabía cómo nombrarla—, con su prometida... Quiere que la conozcamos. Las muertes de esos dos hombres quizá le hayan impedido visitarnos...

Marcos la escuchó atentamente y masculló: «¿Pobre Pedro? De pobre, no tiene nada». Así que su hermano no sólo se mantenía ajeno a las vicisitudes, sino que había entablado una relación formal con una mujer... porque presentarla en su casa como novia sólo podía indicar que iba en serio. Pedro había intentado contarle aquella noche en que se encontraron en la puerta de la casa. Seguramente se trataba de una mujer socialista o una feminista de carácter sufragista. O algo peor. Él no buscaría otra cosa.

Cansado de escuchar las contemplaciones hacia su hermano, Marcos se puso de pie y, decidido, anunció:

—Me voy, tengo mucho por resolver.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó Anita.

—No creo que puedas. Debo realizar cosas de hombres.

—Las mujeres podemos hacer más cosas de las que crees.

—No me vengas con ideas republicanas.

—Eres muy retrógrado.

—Anita, debo encargarme del dinero que está en el banco, de alistar los coches y concretar una última venta de vinos... Es decir, y a ver si te enteras, actividades de hombres.

—Pues algún día, entérate tú, Marcos, conduciré mi propio coche, manejaré mi cuenta bancaria y celebraré negocios. Aunque tenga que hacerme republicana para ello.

—Cállate, niña, no digas bobadas —exigió horrorizado don Federico.

Marcos, acercándose a Anita, le dijo al oído con una sonrisa:

—Si quieres trabajar, realizar negocios, conducir tu coche y administrar tu dinero, entonces, no te cases. Si lo haces, irás directamente al matadero.

Aunque los republicanos concibieran mujeres libres e independientes, Marcos sostenía que, al final, el género femenino cedería a la institución del matrimonio, un contrato en el que la mujer entregaba su libertad a cambio de las seguridades provistas por el hombre. Y las mujeres — precavidas— siempre querrían seguridades. Por lo cual, todo seguiría igual.

—Escúchame, mal hermano, si vas al centro, llévame a casa de Ernesto. Necesito contarle la noticia de nuestra partida antes de que ellos se vayan al campo.

—Vamos, pero regresa temprano porque debes tener lista tu maleta —la conminó. Luego, mirando a Encarnación agregó—: Madre, regresaré tarde. Por favor, no me esperen para cenar.

Cuando los hermanos se marcharon, don Federico, sobrepasado por la noticia, le pidió a su esposa:

—Por favor, mujer, encárgate de la maleta. Yo no me siento bien.

Encarnación, una vez sola en la sala, llamó de inmediato a Cuca y Aída. Debía contarles y empezar con la tarea.

* * *

En el piso alto de la calle del Pez, María volvió a mirar la hora. Pasadas las cinco, seguía sin noticias de Pedro.

—Mayi, ¿puedo jugar a la pelota?

—No.

—¿Por qué? Desde que vinimos a vivir aquí no me dejas hacer nada. Estoy siempre encerrado.

La queja de Manolito le dio pena. Su hermano tenía razón.

—¿Y con quién quieres jugar?

—Hay unos niños que me saludan desde su ventana. A veces, bajan y juegan en la calle. Hoy están en la acera. ¿Los ves? —dijo apoyado contra el cristal.

—Ve, Manolito, ve, pero no te vayas lejos —dijo María.

Al fin de cuentas, la calle donde ahora vivían era mucho más segura que donde estaba la casa azul.

El niño sonrió y salió corriendo.

Para calmar sus nervios y aunque no le encontraba sentido, pues todavía tenía el almuerzo de Pedro intacto, María se puso a preparar la cena. Ponerse en acción la distraería de su preocupación.

Llevaba un rato triturando tomates para un gazpacho cuando sintió que la puerta de calle se abría. Se dio vuelta y ansiosa descubrió la figura de Pedro.

—¡Ay, al fin! He estado tan preocupada por ti.

—¿Y por qué tanta inquietud?

—Porque me dijiste que vendrías a almorzar y mira la hora...

Pedro, con la vista clavada en el reloj de la pared, se pegó con la mano en la frente. Recién se daba cuenta de la hora.

—Perdón, María, no me acordé... Tú sabes, la Casa del Pueblo es un hervidero. Están organizando patrullas y barricadas para contener el levantamiento militar.

Ella lo abrazó y le dijo:

—Eres muy tonto... No hagas más esto, me preocupo demasiado.

—Tienes razón —dijo arrepentido. María estaba en lo cierto: últimamente no prestaba atención a nada que no fueran los movimientos políticos. Le aclaró—: María, no tienes por qué preocuparte, siempre estoy en la Casa del Pueblo o en el café Lion. Puedes buscarme allí cuando quieras.

—¡Ah, claro, el señorito quiere que lo busquen!

Él, intentando tranquilizarla, puso su mejor sonrisa. María se le había enojado.

—Perdón, trataré de que no vuelva a suceder.

Él quería complacerla, la amaba y no deseaba entristecerla. Su vida de enamorados a veces se empañaba con las tareas que realizaba y la tumultuosa época que les había tocado vivir. Trató de crear un buen momento.

—Mira, se me ocurre una idea: iremos a casa de mi madre para merendar con ella.

María, sorprendida, preguntó:

—¿Hoy? ¿Ahora?

—Sí.

—¿No es tarde?

—Estamos con los minutos justos para beber con ella un té o una horchata. Además, si la semana que viene vamos a pasar por el registro civil, al menos, debemos poner al corriente a mis padres.

Ella sonrió. Era verdad: estaban planeando casarse y debían avisarles a los Díaz Montero. Además, hacía mucho que quería visitar a Encarnación. No era lo mismo presentarse en calidad de secretaria de Marcos, como aquella vez en que lo acompañó a buscar una llave, que verla ahora como novia y futura esposa de Pedro. María sentía una imperiosa necesidad de visitarla. La mujer le agradaba, y quería que le relatara detalles de la infancia de Pedro, sus correrías y otras tonterías de esa clase. También deseaba contarle que había prendido el gajo del rosal que le regaló en aquel primer encuentro.

María salió a la calle para darle instrucciones a Manolito: que en una hora entrara a la casa, que no hiciera travesuras, que regresaría para preparar la cena. Luego se atavió con un solero celeste y, a punto de tomar la flor que había comprado, desistió. Le pareció que no valía la pena obsequiar una azucena maltrecha.

Luego partieron. Antes pasarían por la Panadería del Pozo. María compraría unos bartolillos rellenos con crema pastelera para llevar a la casa de los Díaz Montero. Pedro le daría con ese gusto y todos los que ella pidiera; se lo debía, pues la había preocupado demasiado.

* * *

Si Cuca se sorprendió al ver llegar a Pedro de improviso y tomado de la mano de una joven, para Encarnación fue una conmoción. ¡Su hijo Pedro traía una novia y nada menos que la bonita muchacha que durante un tiempo había sido la secretaria de Marcos! «¿Cuándo nació semejante romance?», meditaba sin atreverse a preguntar, pero Pedro, siempre tan transparente y transgresor, se dedicó a relatar con lujo de detalles la llegada de María al acto de los franceses y el impacto causado al verse. Muy serio, mientras María se ruborizaba, le contó cómo lo había enamorado oírla hablar en francés.

—¿Así que hablas francés fluido? —la interrogó Encarnación muy interesada mientras servía en la mesa los bartolillos junto a la jarra de horchata.

—Sí, bastante.

—¿Y en qué colegio has estudiado? ¿En el Liceo Francés de la calle Marqués de la Ensenada? —preguntó Encarnación, que llegaba a la conclusión de que la chica, para ser republicana, tenía clase.

—¡Oh, no! Mi padre era español pero mi madre, francesa. Ella me enseñó.

—Ah... —respondió Encarnación. Pedro era realmente especial. Porque enredarse con la hija de una francesa, habiendo tanta española pura...

Encarnación charló un rato sobre la incipiente relación —sólo lo justo, para no pasar por mal educada—, pero apenas pudo, abordó el tema que ocupaba su mente: la inminente partida.

—Pedro, ha sido muy bueno que vinieras a casa. Necesitábamos hablar contigo. Tu hermano planeaba verte hoy.

—¿Hablar? ¿Qué sucede?

—Urge contarte algo importante.

Pedro la miró sorprendido. Con los ojos le pidió que prosiguiera.

—Nos marchamos a Ladrada por un mes. Nos instalaremos en la casona hasta que el revuelo político se aplaque.

Pedro suspiró aliviado. Supuso que se trataba de algo malo relacionado con la salud de su padre.

—Madre, me parece una muy buena idea. En Madrid hay demasiados peligros.

—¿Y tú no vendrás? —preguntó en un intento por convencerlo. Quería llevarse a todos sus hijos. No le gustaba la idea de abandonar a Pedro.

—Madre, ya sabes la respuesta. Mi lugar está aquí.

—¡Pero aquí cunde la violencia...! —protestó—. No me agrada que te quedes solo.

—No estaré solo, María estará conmigo —dijo mirando a su novia y luego agregó—: Madre, vamos a casarnos.

Encarnación abrió sus ojos, incrédula. Su hijo tenía el don de dejarla sin palabras. No sabía si felicitarlos o pedirles que desistieran de tomar una decisión repentina. Su mente divagó entre las respuestas y su boca explotó en un comentario práctico:

—¡Ah, Pedro...! Pero qué mala época para organizar una fiesta. Mira a la pobre Ana... Con este viaje, seguramente, su boda se retrasará.

Si fueran tiempos normales, como los que se vivían sólo meses atrás, ella se hubiera puesto a dilucidar si la novia que traía su hijo a la casa le agradaba o no; o con qué clase de familia se emparentarían. Hubiera hablado a solas con Pedro sobre el tema. Pero, en esta extraña época, ella no podía luchar contra enemigos que no suponían una auténtica amenaza. Otros, verdaderos y malignos, acechaban. «Ojalá Pedro sea feliz con la mujer que eligió», pensó tratando de tranquilizarse.

—Madre, nosotros no haremos fiesta. Solamente pasaremos por el registro civil. Ni siquiera

visitaremos la iglesia. Y será muy pronto.

Evitó decirle cuándo. El anuncio bastó para alterarla.

Encarnación no podía creer lo que oía. Escudriñó a María y, aún sorprendida, le preguntó:

—¿Y esta hermosa mujercita qué opina?

María, que hasta el momento se había mantenido bastante callada, al fin habló:

—Doña Encarnación, yo a Pedro lo quiero mucho, y lo único que deseo es estar cerca de él, e intentar hacerlo feliz.

—Niña...

—Además, entiendo que Pedro tiene una misión en esta vida, y pienso acompañarlo para que la cumpla.

A Encarnación le gustó lo que dijo María. Su hijo, diferente al resto de los muchachos, había encontrado una chica que parecía comprenderlo y, por lo que veía, lo quería bien. Aun así, esta conversación y la mantenida con Marcos dinamitaban su mundo de seguridades.

—Yo les aconsejo, si me permiten —se animó a sugerir—, que aguarden un poco.

La chica parecía buena, los dos decían quererse, pero ¿casarse? ¡Una locura!

Pedro, que intuía lo que pasaba en el interior de su madre, le dijo:

—Quédate tranquila, madre, no te preocupes por nosotros. Prosigan con el plan de refugiarse en Ladrada... será lo mejor.

Encarnación suspiró. Al menos, en esto sus hijos estaban de acuerdo. Había temido que Pedro se opusiera a la idea de Marcos.

Pedro prosiguió:

—Cuando regresen, seguramente la próxima semana, hablaremos de nuestro casamiento.

Su madre volvió a suspirar aliviada.

Ya más tranquila, le contó que se llevarían a Cuca y que no sabía qué hacer con Aída. Cuando Pedro le daba su parecer, apareció don Federico, que, tras saludar a la pareja, no acertaba qué decir. «La juventud ha enloquecido», pensó. Ellos, próximos a una mudanza por la gravedad de los acontecimientos políticos y su hijo... ¡les presentaba a su novia!

María observaba a don Federico y encontraba en él ciertas expresiones parecidas a las de Pedro. Podía imaginarse envejeciendo junto a él.

Los cuatro conversaron acerca de la parte práctica de la mudanza, mientras María estudiaba a sus suegros y apreciaba los detalles de la casa, como el imponente cuadro de El Greco que presidía la sala y que mostraba una jauría en plena caza junto a su dueño.

Luego de un rato, la joven pareja comenzó a despedirse. En dirección a la puerta, Pedro aprovechó para comentarle a su padre algunas ideas sobre lo que se avecinaba en los próximos días y cómo debían actuar.

Encarnación, que iba unos pasos adelante junto a María, se lamentaba de que no hubiera conocido a Anita, pero sobre todo se apenaba por el tiempo en que no vería a su hijo Pedro. Reconoció, además, que sería duro abandonar la casa y el patio, aunque de este ya quedara poco; arrasado por la peste, no se parecía en nada a su vergel. Ella misma no salía a verlo por el dolor que le causaba la desolación. Al oír su lamento, María lo recordó.

—¡Doña Encarnación, me estaba olvidando de contarle una buena noticia! He plantado el tallo de rosa que me dio, y ha prendido.

La mujer, extrañada, exclamó:

—¡Niña, no puedo creerlo! ¡Qué felicidad!

Ella, que había creído que los rosales de su casamiento habían desaparecido para siempre, acababa de enterarse de que había un pequeño ejemplar creciendo por obra y arte de María.

—¡Ahora tú tendrás que darme un tallo a mí! —pidió Encarnación.

—Pues claro, para eso lo cuido con amor todos los días. Pedro me ha contado la importancia de esos rosales para usted.

Ante la frase, Encarnación la miró a los ojos, ambas se observaron con detenimiento por unos segundos y en esa mirada unieron hilos en el mundo de lo que no se ve. El reloj de la existencia de ambas acababa de hacer un clic inquebrantable. Ellas, sin saberlo, en ese instante unieron dos siglos y dos continentes, sentando precedentes para las futuras generaciones.

Encarnación abrazó a María y ambas sintieron un cariño entrañable la una por la otra. Algo inexplicable las unía. El mundo de la naturaleza en forma de una rosa de Provenza había dado el primer paso ensamblando lo que debía adherirse para siempre. Porque el hoy, en complicidad con el mundo verde, así lo había dispuesto para darle forma al porvenir.

Un rato después, María y Pedro se marcharon juntos de la casa de las gárgolas, abrazados. Eran felices, hablaban de casarse en un mes, cuando regresaran los Díaz Montero. Ellos no sabían cuán diferente podía ser la vida en treinta días, ni cuán frágil y esquiva podía ser la felicidad cuando esta quería; la dicha de un día para el otro podía transformarse en una niña caprichosa que niega sus amores por más que se la espere, ame y desee.

* * *

María y Pedro llegaron al departamento y escenas cotidianas se adueñaron de sus vidas. Manolito se quejaba de hambre y de las horas que lo habían dejado solo. Enojoso y famélico, había tratado de preparar la cena, con varios intentos fallidos. Había hervido los garbanzos para servirselos con chorizo pero, cuando los tuvo listos, se percató de que no había embutido en la casa.

Pedro lo felicitó por la tentativa, pero también se reía mientras espiaba los garbanzos y le hacía señas a María.

—¿De qué te ríes, tonto?

—¡Manolito! ¡Esa boca! —exclamó María.

—Ven, niño, acompáñame, que iremos juntos a comprar el chorizo, que si no nos apuramos, don Carlos cerrará, y él siempre tiene buena carne. Además, traeremos algún dulce de la panadería para ti.

Manolito, olvidando su enojo, fue tras Pedro y partieron juntos bajo la mirada atenta de María, que los acompañó hasta la puerta. Ella no era tonta, no cualquier hombre toleraría lo que Pedro aceptaba con mansedumbre y dulzura. Él, especial en muchas maneras, se complementaba con ella en cada una de esas formas. Se sintió agradecida, feliz, plena. Tanto, que tuvo miedo.

* * *

Esa noche Marcos llegó a su casa más tarde que nunca. Sus padres, en el cuarto matrimonial, ya se hallaban descansando. El día había sido extenuante. Había descubierto que los bancos se negaban a entregar grandes sumas de dinero; mucho menos la cantidad que pretendió retirar. Después de una larga espera, volvieron a solicitarle que regresara. De nada sirvió que le recordara al gerente que le había sugerido eso mismo el martes.

Preparar los autos también se había complicado. Los talleres donde se ponían a punto los

motores estaban atiborrados de madrileños que se iban de la ciudad. Era un secreto a voces lo que se avecinaba. Si bien Marcos había logrado convencer al mecánico para que supervisara sus vehículos, bien entrada la noche el chofer logró que estuvieran listos.

Marcos aún debía organizar la protección de la jamonera. Un cerrajero colocaría candados en el local y un sereno dormiría allí por las noches. Pero no lograba determinar qué clase de violencia podía acontecer durante los próximos días. Amargado, recordó que no había podido dedicarle ni un minuto a la gran venta de vinos que le haría a Artoz.

* * *

Al día siguiente, María llegó al apartamento a la hora del almuerzo y halló contento a Manolito, que, conforme al nuevo permiso otorgado, había podido jugar toda la mañana en la calle con sus nuevos amigos. Poco a poco, el niño iba acostumbrándose a la nueva casa. Con Pedro habían pasado gran parte de la mañana trabajando juntos en la Casa del Pueblo hasta que ella regresó para cocinarle a su hermano y almorzar juntos. Pedro se quedaría hasta las cinco y por la noche los tres irían a la sede.

—Mayi, ¿de veras me llevarán con ustedes esta noche?

—Sí.

—¿Hay otros chicos en la Casa del Pueblo?

—Algunas personas que tienen hijos pequeños suelen llevarlos. Tendrás que portarte bien y quedarte a nuestro lado. Nada de corretear en la calle.

Su hermano dejaba de ser un pequeño para ser un niño mayor y en el último tiempo le gustaba demasiado la calle. ¿Pero qué podía hacer ella, si todos los niños jugaban en la puerta? Con Pedro habían hablado sobre la posibilidad de llevar esa noche a Manolito a la Casa del Pueblo, como lo hacían otros trabajadores, y estaba segura de que a su hermano le gustaría. Si había otros niños, no la pasaría mal.

María comenzó a preparar una ensaladilla. Hacía calor, pero el día se presentaba agradable, lindo, normal... Nada más distante de lo que en verdad sería esa jornada, para ella y para el resto de los españoles porque a muchos kilómetros de allí, en la sala de cartografía del Ejército, en Melilla, el Marruecos español, los oficiales tomaban decisiones que traerían consecuencias para muchos, entre los que estarían María, Pedro y Manolito.

* * *

Era bien entrada la tarde cuando Marcos, sentado a una de las mesitas del Lion, se sintió contento. Tenía casi todo organizado para salir de viaje a Ladrada. Al fin el banco le había entregado la cantidad de pesetas que había requerido el día anterior. Los vehículos estaban en perfecto estado para emprender los muchos kilómetros que tenían por delante. La jamonera había quedado cerrada y asegurada con llaves y candados. Un hombre recomendado por su chofer, al que le había pagado por adelantado el mes que estaría fuera, sería el sereno encargado de cuidar la edificación de La Bellota por las noches. Después de ese tiempo, solucionada la inestabilidad —como pensaba que sucedería—, él regresaría.

Su parte en la organización de la partida estaba resuelta, sólo aguardaba que su madre y Anita

tuvieran listas las maletas para cuando llegara a la casa. La noche anterior no había podido ver a su familia, tampoco esa mañana, pues debió utilizar las horas de la madrugada para que el tiempo le alcanzara. Molesto, juzgaba que toda la responsabilidad de la familia y del negocio recaía sobre él. Podía imaginar a su hermano andando muy suelto por Madrid en reuniones políticas y sociales. Sintió rabia y envidia al mismo tiempo. Pero no podía quejarse, ambos habían hecho su elección de vida y, así, trazado su destino, meditaba Marcos, sin poder dimensionar hasta dónde llegaría el peso de esas decisiones.

A la hora señalada, bajaría al subsuelo, donde se reuniría con Arturo Artoz para concretar la venta. Le entregaría la documentación necesaria para que el hombre retirara los vinos y, a cambio, recibiría una abultada suma de dinero. Era lo último que le restaba hacer.

A través del vidrio de la ventana, notó que caía la noche. Pero no se preocupó; pronto regresaría a su casa para partir a Ledrada. Terminó el café y le dijo al camarero:

—Sebastián, sírreme otro igual, pero en La Ballena Alegre.

—Como guste, señor, enseguida se lo llevo —respondió el hombre solícito.

Sabía bien que el muchacho Díaz Montero pertenecía al grupo elitista que se encontraba en el piso de abajo, como también tenía presente que su hermano pertenecía al bando republicano que se reunía arriba.

Marcos bajó las escaleras y se acomodó en una punta del salón junto al dibujo de la ballena. Se hallaba mirando la pintura cuando en ese preciso momento Pedro ingresó al café por la puerta principal junto a dos hombres. Los tres se instalaron en una de las mesas, junto al vidrio. Pedro sabía bien que se le había hecho tarde y nuevamente le fallaría a María, pero esta vez la gravedad de los acontecimientos así se lo había exigido. Él no podría haber desarrollado de otra manera su día. Tenían certezas de que los militares se habían sublevado en Melilla; seguramente, el próximo paso de la derecha sería tomar Madrid.

* * *

María, que no podía concentrarse, dejó el libro que intentaba leer. Pedro no regresaba a la hora convenida. ¿Por qué lo hacía de nuevo? Esta vez, se enojaría de verdad. Afuera, la noche comenzaba a caer y pronto sería la hora de asistir a la Casa del Pueblo, pero aún no llegaba. Lo cual le pareció extraño, porque podía llegar tarde a muchos lugares, pero no a una reunión importante. Reparó en este detalle y sintió que algo no andaba bien, pero no quiso prestarle atención a su presentimiento. La última vez que Pedro se retrasó había sentido lo mismo, pero él llegó sano y salvo. Decidió encender la radio y escuchar las noticias.

Saturnino Moratín

Era la noche cuando Saturnino, Chicho y Miguel se hallaban de pie, bajo la ventana, en la parte de afuera de un café de la calle de Alcalá, muy cerca del Palacio Heredia Spínola. Habían decidido apostarse allí para poder oír las noticias, dado que el lugar contaba con una radio y la voz del locutor salía clara y nítida hacia la calle. Varias personas habían tenido la misma idea. A su lado, tres hombres y dos mujeres, que evidentemente tampoco tenían aparatos receptores en sus viviendas, los acompañaban y se enteraban junto con ellos de lo que estaba ocurriendo con el poder político de España.

Si bien Saturnino y sus amigos no habían visto nada anormal durante las horas de la tarde mientras vigilaban discretamente los accesos a los cuarteles —a petición de la checa a la que se habían integrado—, esa noche, como todos los madrileños, querían oír las noticias y salir de la duda. El rumor de una sublevación había sonado con fuerza durante toda la jornada.

Tras cinco minutos de escucha bajo la ventana, todos los oyentes reunidos al fin tuvieron la certeza de lo que se venía sospechando. El locutor lo decía bien claro: los militares se habían sublevado contra la República en Marruecos. La ciudad de Melilla había caído en sus manos. Los edificios públicos habían sido tomados; la Casa del Pueblo junto con los demás centros del Frente Popular, clausurados; y los dirigentes de la izquierda junto con los republicanos, detenidos. Si bien en algunos lugares de Melilla los adeptos a la República intentaron sofocar la sublevación, los militares se impusieron y, ante los disturbios, declararon la ley marcial.

Ante la noticia abundaron los cuchicheos dentro y fuera del café. En las voces y gestos había pavor y tristeza pero no asombro. La traición esperada por los republicanos al fin se concretaba. Las preguntas temidas arreciaban: ¿llegaría la sublevación a España?, ¿alcanzaría a Madrid?

Terminado el último parte, después de un minuto de tétrico silencio, un grito inundó el salón del café y salió por la ventana:

—¡Que vengan esos cabrones hijos de la gran puta! ¡Que vengan y verán lo que les espera, porque por aquí no pasarán! ¡Viva la República!

Otras voces se acoplaron:

—¡Viva la República! ¡Mierda!

—¡Viva!

—¡Madrid será el ataúd de los fascistas!

Las exclamaciones optimistas pulularon dentro del café y por la calle de Alcalá.

Chicho, Saturnino y Miguel también vitorearon la República desde su lugar mientras poco a poco comenzó a disolverse el grupo que se hallaba bajo la ventana. Los tres muchachos, todavía impactados, comenzaron a caminar rumbo a la Casa del Pueblo en busca de más información. La radio había solicitado que cada madrileño se presentara en el comité de su partido.

Avanzaban mientras a su alrededor escuchaban claramente que la gente comentaba lo sucedido. Pero a pesar de que muchos se apuraban para llegar a la seguridad de sus casas, en sus voces, más que miedo, había enojo. La situación ya la habían vivido otras veces, sólo que en esta oportunidad todos sentían que estaban preparados para enfrentar al enemigo.

Después de la conmoción por la noticia, el primero en hablar fue Miguel:

—No puedo creerlo... Mira que estuvimos controlando el cuartel y no vimos nada.

—¡Y qué vamos a ver! ¡Si todo ha comenzado en Marruecos! Porque los muy hijos de puta han empezado por allí, pero vendrán a Madrid. Eso te lo aseguro como que me llamo Saturnino Moratín.

—Las autoridades republicanas han pedido que mantengamos la calma, aseguran que tienen el control —Miguel repitió a pie juntillas lo que acababan de decir en la radio, aunque él mismo buscaba creerlo.

Pero Saturnino puso en palabras lo que los tres venían pensando:

—¡Mierda! ¿De qué control hablas, tío? La calle ya era un caos antes, imagínate lo que será de ahora en más.

—Pues a mí no me agarrarán desprevenido —dijo Chicho mostrando el arma que llevaba pegada al cinto. Él, como muchos, en los últimos días la exhibía sin pudor ni censura alguna. Luego añadió—: Esta pistola matará a varios cabrones traidores de la República.

Saturnino prometió lo mismo; enseguida, también Miguel. Ambos estaban conmovidos. La

República y todas las ideas que esta representaba, esas que habían conocido en la Casa del Pueblo y leído en el periódico, habían sido atacadas. Y ellos serían sus paladines a la hora de defenderlas. Una emoción sublime les hacía sentir que habían nacido para estar presentes en este momento histórico. Defender a esa República que les había prometido lo que siempre les había faltado era la meta de su vida en esa noche.

* * *

María apagó la radio y se puso de pie. Pese a que aguardaban la noticia que acababa de escuchar, la efectiva sublevación del Ejército la alarmó. Aún tenía erizada la piel de los brazos. Muchas preguntas llenaban su cabeza: ¿cuál sería el paso siguiente que darían los militares? ¿Vendrían por Madrid? ¿Qué estaría pasando en la calle? ¿Dónde estaba Pedro? Él no había llegado. ¡Y eso que le había prometido venir a las cinco! Le atribuía a la noticia la culpa de su atraso, pero, aun así, no podía dejar de preocuparse. Las muertes de los líderes políticos ocurridas a principios de la semana provocarían una escalada de violencia. ¿Qué hacer? Se debatía entre salir a buscarlo o seguir esperándolo. Caminó por la salita del apartamento durante unos minutos y entonces lo decidió: iría a su encuentro. Quería estar segura de que se hallaba bien. Pero ¿a dónde acudir? Él le había dicho que podía ubicarlo en la Casa del Pueblo o en el Lion. María tomó la cartera y le gritó a Manolito, que estaba en el cuarto:

—Saldré por un rato.

—Pero ¿no saldríamos juntos?

—Creo que no, los militares se han sublevado.

El niño levantó las cejas. No comprendía por completo el significado, pero la voz de su hermana le indicaba que sucedía algo grave.

—¿Y qué haremos? —preguntó esperando instrucciones.

—Tú, por ahora, nada. Yo buscaré a Pedro.

—Pues entonces me quedaré leyendo —dijo poniéndose de pie y eligiendo de la biblioteca el libro de Tom Sawyer por enésima vez.

María partió tan apurada que ni siquiera lo vio, tampoco le dio un beso ni las recomendaciones habituales. Claro que Manolito podía recitarlas de memoria: no salir a la calle, no jugar con fuego, no abrir la puerta a extraños, etcétera, etcétera.

Al pisar la acera, María distinguió que los movimientos de las personas eran distintos a los que había siempre a esa hora. Se podía percibir una adrenalina diferente en el ambiente. Se apuró, primero pasaría por la Casa del Pueblo y luego, por el Lion.

* * *

Marcos y Arturo Artoz, en el Lion, escucharon la noticia del levantamiento militar en la radio del café y, a pesar de que la esperaban, ahora, ante el hecho consumado, les parecía mentira. Se reservaron de demostrar la felicidad que los embargaba; allí, mejor, llamarse a silencio, pues nadie podía adivinar qué reacciones se desatarían.

Marcos llevaba en el bolsillo la abultada suma de dinero que Artoz le acababa de dar por la venta de los vinos. No había querido cheques, ni depósitos. Suficientes problemas había tenido él

mismo en el banco, que le retaceó los billetes hasta último momento.

Si bien la transacción lo obligó a permanecer en Madrid cuando hubiera preferido estar lejos para evitar presenciar cómo los militares acomodaban la ciudad, al menos se iba satisfecho luego de concretar una buena operación. Compartir las mismas ideas políticas siempre hacía más fácil congeniar a la hora de entablar negocios. Como todos los hombres elegantes que poblaban las mesas del café, Marcos y Arturo se pusieron de pie dispuestos a marcharse de forma urgente. Marcos fue rumbo a las escaleras del bar mientras Arturo pagaba la cuenta.

* * *

María ingresó al Lion bastante desesperada. Antes había pasado por la Casa del Pueblo, donde le informaron que Pedro se había marchado temprano y que no lo veían por allí desde la mañana. Por lo tanto, si tampoco lo hallaba en el café, tenía un grave problema.

Ella echó una rápida mirada entre los parroquianos del bar en busca de los cabellos castaños de Pedro, esos que llevaba cortos atrás y largos delante. Los ojos claros de María escudriñaron una a una las cabezas del salón y entonces lo encontró: camisa blanca almidonada, cabello perfectamente peinado. ¡Pedro! ¡Era él! ¡Y estaba allí! Respiró aliviada y se acercó a la mesa:

—¡Pedro!

—¡María! —exclamó poniéndose de pie inmediatamente. Se sentía en falta.

—Estaba tan preocupada por la hora y las noticias... que fui a la Casa del Pueblo y, como no te hallé, vine hacia aquí —explicó María mientras saludaba a los contertulios, amigos de Pedro. Los conocía, participaban en la Izquierda Republicana.

—Perdón, perdón, pero ha sucedido lo que temíamos... —dijo Pedro atizado por la culpa y preocupado por el levantamiento militar.

—¿Qué haremos ahora que se han sublevado? —preguntó María sin preámbulos, aún desestabilizada por la noticia. Comenzaba a temer por la vida de Pedro.

—No mucho, hasta no tener más claridad. Por lo pronto, hemos anunciado por la radio el pedido de que los afiliados se presenten en la sede.

—Sí, lo he oído. Los partidos de la coalición realizaron un pedido similar.

—Nosotros nos marchábamos a nuestro comité cuando tú llegaste —aclaró uno de los amigos de Pedro poniéndose de pie.

Los cuatro buscaban la salida en el momento en que Marcos Díaz Montero subía las escaleras, quien, al verlos, se detuvo estupefacto. No daba crédito a sus ojos: su hermano, con dos hombres y... ¡María Álvarez! No lo podía creer. ¿Qué hacían ella y Pedro en el café? ¿Por qué estaban juntos? La pregunta le trajo una certeza molesta: ellos continuaron frecuentándose a sus espaldas.

Los observaba prodigarse un trato de gran familiaridad. Ella seguía tan simple y bonita como cuando la conoció. Subió unos peldaños más para escudriñar sus movimientos y, a través del vidrio, los vio salir a la calle. Pero María y Pedro se detuvieron muy cerca de la puerta para charlar con otros hombres reunidos en la terraza. Marcos, que no les quitaba los ojos de encima, enseguida lo notó: ¡su hermano tomaba por la cintura a María y la apretaba contra él!

¿Acaso ellos dos eran algo?! Su hermano seguía conversando sin sacar la mano del talle femenino. ¡Él no dejaba de abrazarla! De repente, Pedro hizo un movimiento y, dándose vuelta, le tomó a María el rostro con la mano libre y le dio un pequeño beso en la boca.

—¡Joder!

¡Ellos eran pareja! ¡No podía ser! Sintió estupor y rabia. Pedro había intentado hablarle de

una mujer... ¡y ella debía ser María! Más conversaciones venían a su mente: su madre había comentado que Pedro llevaría a la casa a su novia... María. Pedro le había contado que esa mujer que había aparecido en su vida le había hecho desear las cosas normales de la vida, como formar una familia... María.

Los descubrimientos seguían: ella no había querido continuar una relación con él porque había iniciado una con otro hombre: ¡Pedro! Qué tonto se sentía al haber creído que se trataba de algún muchacho del lúgubre lugar donde vivía María.

Sacó cuentas, y la suma de los días dio en su contra: Pedro y María estaban juntos desde hacía mucho tiempo.

¡Maldito Pedro! ¡Maldita María!

Lleno de rabia, los vio alejarse abrazados, charlando animadamente. Marcos terminó de subir las escaleras y también salió a la calle. Avanzó unos pasos, contempló cómo avanzaban tomados de la mano y la imagen le lastimó las pupilas, le hizo doler, hirió su orgullo de hombre. Tenía deseos de enfrentarlos en ese preciso momento y espetarles en la cara lo que opinaba de ellos.

A punto de acelerar el paso para alcanzarlos, se contuvo. La pareja se detuvo para conversar con un grupo compuesto de mujeres y hombres que, por sus vestimentas, los supo republicanos. El único hombre de traje e impecable camisa, como siempre, era Pedro. ¡Su hermano nunca comprendió que no pertenecía a esa gente! Pensó que la imagen mostraba a Pedro como el verdadero traidor a los de su clase. Traidor a su familia, traidor por quitarle la mujer que le gustó a él primero. Traidor. Traidor.

Marcos pasó al lado del grupo, que hablaba con vehemencia sobre la sublevación, y sintió una alegría arrolladora de que al fin hubiera sucedido. «¡Qué poco le queda a Pedro de felicidad y liderazgo! Toda la parodia de la República acabará muy pronto y el país retornará a su cauce... Y quién sabe —se esperanzó—, quizá María vuelva a ser mi secretaria. O mejor aún: si me lo pidiera, la rechazaré.» Luego trató de pensar en un futuro menos amargo que el momento que estaba viviendo y siguió caminando con la certeza de que debía dejar de pensar en ellos y enfocarse en la rápida retirada de Madrid junto a sus padres. Debían huir. Pronto la ciudad sería un caos. Cuando llegara a la casa, les pediría salir de inmediato, sin aguardar al alba. Temía que cortaran los caminos.

* * *

Cuando Saturnino, Miguel y Chicho se dirigían a la Casa del Pueblo, un grupo de hombres les cortó el paso. Con malas formas, quisieron saber nombres y filiaciones políticas. Descreído, uno les pidió carnés.

—¡Muestren la papeleta del sindicato o del partido!

—¡Pero, tío! ¿Eres gilipollas o qué? ¿Por quién nos has tomado? —respondió indignado Saturnino mostrando su espalda, que lucía el pañuelo rojo.

El hombre, al verlo, respondió:

—Perdón, compañero, pero debemos actuar con rapidez. Si no le dejamos claro al enemigo que por aquí no pasarán, entonces, perderemos Madrid.

Otro de los hombres que llevaba bordadas dos alas rojas en el cuello de la camisa agregó:

—Bien harían, muchachos, en trabajar por la causa republicana.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó Miguel.

—Pues meterles miedo a los señoritos de la derecha que se han quedado aquí en Madrid.

Ocupen una esquina, pidan documentos, pregunten si son afiliados.

—¿Y si no lo son? —continuó Miguel, que no terminaba de entender cómo podían pelear contra un enemigo lejano, sublevado en Marruecos.

—Si no lo son, hagan con ellos lo que quieran. En nuestra Madrid republicana nadie los culpará de nada. Pero comiencen esta misma noche —propuso el otro hombre.

—¡Eso haremos! —afirmó Chicho a la espera de la confirmación de sus dos amigos, que asintieron de inmediato.

Saturnino aclaró:

—¡Estamos dispuestos a todo!

El hombre del bordado se dio vuelta para mirar a unas personas que se acercaban por la calle; debían continuar con la requisita de los que venían hacia ellos. Antes de irse quiso aclararles más aún cuál era el panorama:

—Si encuentran a un partidario de la derecha, pues propíenle una buena tunda y déjenlo tirado en la calle, que su vida no vale un céntimo. Esos cobardes, que han atacado la República, no merecen vivir, ni ser llamados españoles.

—¡Hala, chavales, a perseguir traidores! —dijo el otro, exultante, agitando la pistola.

Miguel frunció el ceño y le mostró su arma, evidenciando que estaba dispuesto a disparar.

Los hombres, haciendo una mueca de beneplácito, les permitieron continuar a los muchachos. El encuentro les dejó claro que no era noche para irse a dormir así, sin más. Necesitaban informarse, organizarse, pelear. ¿Aunque contra quién? El enemigo parecía estar lejos para descargar el enojo que ellos sentían.

Tras avanzar unas calles, se toparon con otro grupo de hombres. Esta vez, nadie los increpó. Estaban ocupados en registrar y golpear a un transeúnte del que, por su elegante vestimenta, se descontaba su adhesión al bando contrario.

Esa noche en Madrid, una prenda equivocada, una palabra confusa o un gesto indolente establecían la diferencia entre la vida o la muerte. Ante la alta traición de la España monárquica y clerical, el enojo y la indignación se reflejaban en cada uno de los movimientos de los rojos.

A metros de donde se encontraban los tres amigos se escuchó un disparo. Al levantar la mirada, divisaron cómo caía un hombre al suelo, ultimado sin preámbulos. Miguel tosió y se rascó la cabeza. Nunca había estado tan cerca de la muerte y agradeció haber invertido su dinero en las armas que hoy portaban. Sin dudas, enfrentaban horas decisivas para el país. ¿Qué hacer ante la confusión que los rodeaba? Necesitaban instrucciones.

—¡Militares hijos de puta! ¡Levantarse contra el gobierno después de lo que costó ganar las elecciones! ¿Qué creen que harán ahora los muy cabrones? —preguntó Miguel.

—¡Pues qué van a hacer! Mi tío dice que lo que han hecho siempre: querrán venir a Madrid para cerrar los comités y fusilar a los rojos.

—¡Eso nunca lo permitiremos! —exclamó Chicho exaltado, que no podía imaginar su vida cercenada, sin sus reuniones en la Casa del Pueblo, donde había encontrado refugio e instrucción.

—¡Antes prefiero la muerte! —afirmó Saturnino, quien intuía que, si dejaban caer al gobierno republicano, se le escaparía la única esperanza de salir del estado de miseria en el que se hallaba sumido. Las prioridades estaban claras: ante todo, la República y su partido; después, la existencia de todos los seres humanos, incluida la propia.

Dos muchachos con una bandera roja y negra en las manos pasaron corriendo a su lado. Chicho los reconoció: anarquistas de la corrala.

—¿A dónde van?! —les preguntó Chicho.

—Pues a darles su merecido a los traidores —respondieron los dos muchachos sin detener la

marcha.

—¡Pero a dónde van?! —insistió Chicho, que esa noche estaba más exaltado que nunca. No soportaba otro minuto sin actuar. Él quería defender a la República.

—Vamos a la esquina del café Lion, donde se juntan los señores bien y los falangistas. Pensamos darles un buen susto.

—Pues vamos con ustedes —respondió Chicho.

Saturnino, que a estas alturas sentía cómo el hambre le hincaba el estómago y la rabia le latía en las sienes, asintió con entusiasmo:

—¡Vamos por esos malditos!

Los anarquistas se adelantaron mientras los tres amigos no tardaron en escoltarlos.

Se podía observar cómo el ambiente de las calles de la ciudad de Madrid se pervertía minuto a minuto. Por miedo, las mujeres cerraban las ventanas, los carros aceleraban la marcha, los taxis dejaban de prestar servicio, los negocios bajaban sus persianas, las calles se despoblaban... la metrópoli asfixiaba. Aquello que las flores habían presentado tiempo atrás, al fin, hacía su aparición. Esa noche la hidra comenzaba a asomar la punta de su cabeza.

Entre los madrileños se podía palpar miedo y valor, decepción y esperanza, tristeza y enojo, todo, al unísono. Brotaban los deseos de pelear para acabar —de una vez y definitivamente— con esta nueva afrenta. El pueblo entero quería quedarse en la ciudad para luchar. Los republicanos y la amplia gama de partidos de la izquierda formaban una sólida fraternidad contra la insurrección militar. Y no se darían por vencidos.

Saturnino, Chicho y Miguel avanzaban por las calles cuando vieron un republicano que, con vehemencia, se esforzaba por explicar a modo de discurso la traición ante un grupo improvisado que respondió «¡Viva la República!». Luego presenciaron una riña protagonizada por dos hombres que se propinaban recios puñetazos: tal vez se trataba de un transeúnte que se negó a la requisita o de dos vecinos enemistados por una vieja rencilla avivada por los atípicos sucesos de la noche.

En la Madrid revuelta y armada se podía morir en cualquier momento. Saturnino y sus amigos, tres pistoleros encolerizados, formaban parte de la viva escena que la ciudad componía esa velada.

Rezagados por los espectáculos que presenciaron, antes de alcanzar la esquina a la que se dirigían, reconocieron a los dos muchachos de la corrala, que regresaban por la otra acera con un trofeo: un hombre vestido de traje al que apuntaban con una pistola. Uno de ellos, al reconocer a Chicho, les gritó:

—¡Apúrense, que aún quedan dos o tres más de estos malditos falangistas! Están saliendo como ratas asustadas de un barco que se hunde. Detengan al dueño del hotel Madrid —dijo refiriéndose a un conocido falangista.

—¡Allá vamos! —dijo Chicho.

—¡Tampoco dejen escapar a Díaz Montero, el dueño de la jamonera! Viene para aquí. Lo conozco bien. Es un reverendo hijo de puta con sus empleados. A mi tía, después de años de trabajo, la despidió sin más —gritó el de pelo con fijador.

Los tres amigos apuraron el paso mientras escucharon lo último que les gritó el muchacho:

—¡Viste traje y sombrero claro!

Efectivamente, cuando se encontraban a media calle del café, vieron aparecer al hombre descripto.

—¡Ey, Díaz Montero! —lo llamó Chicho por el nombre.

Marcos se dio vuelta. Pero de inmediato se arrepintió, consciente de que acababa de caer en la trampa: venían por la importante suma de dinero que tenía encima. ¿Alguien había visto cuando

Artoz le hizo el pago?

Los muchachos se cruzaron a la vereda opuesta para obstruirle el paso a Díaz Montero.

—Oye, oye, ¿a dónde ibas con tanta prisa...? ¿A tu jamonera? —preguntó Chicho.

—Así que eres el dueño y te gusta despedir gente... —añadió Saturnino que aún tenía muy presente cómo lo había echado el dueño de la taberna Los Toros.

—Seguro que también odias al sindicato... —le achacó Chicho.

Marcos, mudo, sentía cómo se desdibujaba su rostro al escuchar las acusaciones.

—Seguro que eres un malparido falangista —dijo Chicho empujándolo a los brazos de Saturnino.

—Hala, hombre, ven conmigo —dijo al recibirlo.

El sombrero se fue al suelo y Miguel lo aplastó de un pisotón.

La proximidad con Saturnino le permitió a Marcos ojearlo mejor y, en medio de sus temores, estuvo seguro de conocerlo de algún lado. Ese rostro especial, ese pelo tan claro. Descubrió el pañuelo rojo y entonces tuvo la certeza de dónde. ¡La famosa noche en que Pedro dio el discurso y él lo espió!

Saturnino estaba por registrarlo cuando apareció otro señorito por la misma calle a pocos metros de ellos.

—¡Ey, a ver tú, también, detente...! Y muéstrame tus documentos. Porque esta noche nadie que tenga una camisa tan blanca y un cuello tan estirado pasará por aquí sin nuestro permiso. ¿Acaso no oyeron en la radio lo que hicieron sus amiguetes de Melilla?

—Yo, yo no hice nada... —dijo el muchacho asustado.

El tupé de la respuesta enojó a Chicho, que abandonó a Marcos a manos de Saturnino y se dedicó a revisarlo. Pero, cuando parecía que lo dejaría pasar, lo abofeteó y le dijo:

—Para que aprendas a respetar al gobierno elegido en las urnas.

El muchacho lloriqueó. A Chicho le molestó sobremanera y, sacando la pistola, le apuntó.

—No, no, por favor —rogó el muchacho.

—Déjalo ir —le pidió Saturnino, que aún tenía acorralado a Marcos.

Chicho, aunque de mala gana, dejó que se marchara. Pero, mientras se iba, le disparó varios tiros en los pies. El joven, aterrorizado, comenzó a dar saltos tratando de esquivar las balas.

Los movimientos les provocaron unas carcajadas altisonantes que retumbaron en la calle. La imagen les recordó a las mujeres del burdel cuando, para entretenerlos, bromeando, daban las cabriolas típicas del canacán. En medio de las risas, el muchacho se perdió con grandes zancadas en la oscuridad de la noche.

—Ahora queda el señorito de los jamones —dijo Chicho, ansioso de acción, y empujó a Marcos con tanta fuerza que lo hizo trastabillar.

Pero cuando un nuevo transeúnte, un hombre de barba, vestido de traje claro, se acercó a ellos, Miguel propuso:

—Yo me encargo de este; ustedes terminen de una buena vez con el hijo de puta del jamonero.

Miguel pronunció las últimas palabras y se alejó con la pistola en la mano rumbo al barbado.

Dispuesto a registrarlo, Saturnino puso contra la pared a Marcos, que asumió que sería mejor ofrecerles la importante suma que llevaba en el bolsillo antes de que la encontraran. Quizá se ensañaran si pensaban que había pretendido ocultarla.

—Puedo darles dinero, tengo mucho...

Saturnino detuvo sus manos, lo miró indignado y exclamó:

—¿Por quién nos tomas?!

Esa noche nada de lo que dijera un señorito sería bien interpretado.

—De veras: tengo dinero...

—Ustedes, los ricos, quieren arreglar todo con sus sucias pesetas. Esto no se trata de billetes, entiéndelo —dijo Saturnino.

—A ver si eres más valiente que el otro marica que salió corriendo —dijo Chicho y le apuntó con la pistola en la frente. Luego, acercándosele hasta tenerlo a sólo centímetros, lo miró a los ojos y añadió—: ¿Acaso llorarás si no aceptamos tu dinero?

Marcos optó por permanecer callado. Pero Chicho, que deseaba que el jamonero exteriorizara su miedo, que entendiera quién mandaba y demostrarle que no se quedarían de brazos cruzados viendo cómo les quitaban la República, lleno de rabia, exclamó:

—Ruega por tu vida, ahora, imbécil.

Marcos seguía mudo.

—¿Que no escuchas? Te estoy diciendo que me ruegues para que no te mate. ¿O realmente quieres tu muerte?

La palabra «muerte» impactó en el interior de Marcos y lo llenó de temor. Y el miedo lo volvió audaz, ocurrente, agudo... mentiroso. Y de su boca salió:

—No les rogaré, porque no soy quien buscan... Yo te conozco a ti —dijo mirando a Saturnino.

—¡A mí no me conoces de ningún lado! —gritó el muchacho.

—Que sí, hombre, que sí. ¿Acaso no recuerdas que estuve en un acto en la Casa del Pueblo?

Saturnino pensó. La cara le resultaba conocida...

—Estabas el día que di un discurso... cuando aún pedíamos por la liberación de los presos políticos. Me ves vestido con traje, pero soy republicano —intentó recordar la noche en que vio al chico de pañuelo rojo abrazado a su hermano Pedro.

Chicho insistió:

—¡Me cago en tus putos muertos! ¡Deja de decir sandeces y ruega por tu vida como te he ordenado!

—Es un charlatán de feria. Dispárale de una buena vez... —exigió Saturnino.

Chicho comenzó a apretar el gatillo. Él lo había dicho muy claro y no mentía: no le temblaría la mano si tenía que matar a uno de los traidores.

Miró a Marcos y se lo dijo:

—Mira que te mato, eh...

Entonces Marcos aterrorizado, comprendiendo que realmente iban a dispararle, alcanzó a decir con voz queda:

—Te ruego por mi vida, pero me confundes... me confundes con mi hermano.

—¿Qué hermano, ni qué leches!

—Pues te digo que al que buscas es a mi hermano. Él es el dueño de la jamonera —dijo jugándose la última carta.

Saturnino reconoció que su presa tenía un parecido al hombre que había dado aquel discurso que tanto lo había impactado. ¿Cómo se llamaba? Pensaba y pensaba...

—Soy Pedro Díaz Montero —mintió Marcos descaradamente.

Saturnino oyó el nombre completo y entonces lo recordó. Pero, aun así, le ganaba la indecisión. Los muchachos de la bandera roja y negra habían dicho el mismo apellido. Había algo que no encajaba.

—Opino que no lo dejemos pasar —señaló Chicho, a quien este asunto lo estaba cansando. Al fin de cuentas, todavía no había podido usar la pistola contra ningún maldito traidor.

—Déjalo —pidió decidido Saturnino al recordar que el día del discurso, incluso, lo había abrazado.

—No —dijo Chicho.

—¡Que sí, joder! —insistió Saturnino.

—¡No!

—Pero no seas mostrenco, hombre. Te aseguro que dio un discurso republicano. Será su hermano el jamonero el hijo de puta.

—Pero este no tiene hermano, te lo digo yo, que sé bien cuando alguien miente —señaló Chicho.

—Sí, tengo... —dijo Marcos, a quien el miedo no le impedía olvidar el odio que había sentido al ver a Pedro besando a María. Reafirmó sus dichos, sólo que esta vez agregó las palabras que cambiarían el destino de su vida, el de su gemelo y el de varias personas más en este y en el Nuevo Continente—: Sí, claro que tengo un hermano. Allí viene caminando con su novia de la mano —dijo y, señalando a la pareja, añadió—: Es a él a quien buscan.

Saturnino trató de convencer a su amigo:

—Déjalo, es verdad. Él fue quien dio un discurso cuando se reabrió la Casa del Pueblo. Estoy seguro.

Cuando Chicho iba a responderle, oyeron un disparo muy cercano. Ambos giraron el rostro y vieron a Miguel junto al hombre de barba, que peleaban cuerpo a cuerpo tirados en el suelo. Chicho cubrió los pasos que había hasta allí y Saturnino, a punto de hacer lo mismo para socorrer a su amigo, antes le dijo a Marcos:

—¡Hala, hala, desaparece, que yo te creo...!

Marcos inició su retirada con precaución, aún le quedaba pasar por donde los otros dos peleaban con el barbado. Tenía paso obligado por allí.

Mientras sus amigos reducían al hombre de barba, Saturnino decidió saltar sobre su nueva presa que, con su novia de la mano, se aproximaba hacia sus garras.

Marcos, medroso y aturdido, aminoró su marcha frente a los otros dos que ya habían reducido al barbado y mostraban sus amenazantes pistolas en las manos.

Chicho, que de lejos divisó cómo Saturnino se dirigía hacia el supuesto hermano, al descubrir a Marcos a su lado exclamó:

—Vete, sigue tu camino, desaparece. Pero te juro que si el que viene allí no es quien dices, te buscaré donde estés y te mataré.

Temblando, Marcos continuó su marcha. Sólo había dado dos pasos y transcurrido unos segundos y a él ya le pesaba en su conciencia lo que había dicho unos instantes atrás. Todavía le faltaba vivir días, meses y años con las frases repitiéndose en su interior, una y otra vez, acompañadas de la imagen de Pedro y María tomados de la mano acercándose a los tres jóvenes asesinos. Aunque... ¿esos tres muchachos eran realmente los asesinos? ¿O también se podía matar con palabras? Esa pregunta se la haría por décadas, aunque nunca desearía oír la respuesta.

Chicho permaneció dubitativo. Algo no le cuadraba. «¿Qué clase de hombre acusa a su hermano y lo entrega mansamente a sus verdugos?» No era normal, reflexionó. «¿O por estas épocas revueltas sí lo es?» Y confundido, sin respuestas, se apuró en acompañar a Saturnino. Si este no resultaba ser quien el delator les había asegurado, todavía podían atraparlo en la huida. Le dio una última mirada a Miguel y le dejó entrever que la vida del barbado quedaba en sus manos, que si quería lo matase.

Unos metros más allá, en la noche calurosa de Madrid, se escuchó la voz de Saturnino, que, a pesar de sus diecisiete años, sonó como la de un hombre duro, muy duro:

—Oye, tú...

—¿Sí...? —preguntó Pedro, apretando la mano de María, que acababa de tensarse al oír la

voz desconocida.

—¿Eres Díaz Montero de la jamonera?

Pedro, sorprendido, respondió con una frase que tuvo gusto a sentencia de muerte:

—Sí. ¿Por qué?

—Por esto —dijo y le apuntó con el arma en la frente—. ¡Sabemos bien quién coño eres!

María gritó:

—¡Nooo...!

Pedro levantó el brazo intentando darle pelea para defenderse. Saturnino lo miró sin ver. Sus ojos se fijaron en la camisa blanca immaculada de su oponente, idéntica a las que Noemí le había descrito que vestían los señoritos de la casa donde trabajaba. Pulcra, delicada, almidonada.

La voz de Chicho se escuchó detrás de él:

—¡Mierda! ¡Es igual al hermano que lo acusó!

Pero Saturnino no lo oyó. La fina camisa lo había transportado muy lejos de allí, enfundándolo en su papel de defensor de la República y de todo lo que ella encarnaba.

Tras un forcejeo, Saturnino logró apoyar la pistola contra el estómago de su enemigo. María, que gritaba desesperada al comprender la confusión, intentaba articular una frase coherente para detener la injusticia.

—¡No, compañero...!

Pero Saturnino no escuchó, sino que miró el rostro de Pedro sin ver. Su mirada sedienta de justicia sólo veía lo que sus pensamientos le permitían. Su mente trastornada dirigía la acción de sus manos y le dictaba que, quien tenía enfrente, representaba al señorito que, aprovechándose de su acomodada situación, acosaba a Noemí y hasta podía llegar a lastimarla; ese hombre personificaba al dueño de la taberna Los Toros, que lo había despedido arbitrariamente; encarnaba a los ricachones que comían todos los días, mientras él pasaba hambre; a los que se habían levantado contra la República para impedir que a ellos, los pobres, les dieran lo que era justo; representaba al patrón de su padre, que lo explotó cosecha tras cosecha a cambio de unos paupérrimos duros hasta consumirlo. Este señorito de traje y camisa almidonada simbolizaba todo lo malo que existía sobre la faz de la tierra; lo que él saboreaba amargamente desde su corta edad.

Entonces, con la mente atiborrada de los atropellos sufridos, Saturnino lo halló culpable de todos sus dolores. Y el odio y el resentimiento guiaron sus manos, que, en un acto justiciero, jalaron el gatillo.

«Bang... bang...»

Dos tiros se escucharon en la noche de Madrid. Dos que se unieron a otros que retumbaron muy cerca. Los primeros impactaron sobre el cuerpo de Pedro Díaz Montero, ese joven republicano que tanto había luchado para que personas como Saturnino pudieran vivir una vida diferente.

Pedro cayó al suelo y María, dando un largo grito lastimero, se lanzó a su lado de rodillas. La sangre que cubría la camisa de Pedro comenzó a esparcirse sobre la acera.

—Lo he matado —dijo Saturnino conmocionado, aún con el caño humeante.

—¡Y yo, al de barba, coño! —contó Miguel, que apareció detrás de Chicho. Luego añadió—: El muy sinvergüenza tenía un arma escondida.

Sus disparos y los de Saturnino, al unísono, se fundieron en una sola detonación.

Chicho, el más lúcido de los tres, percibió el estado de conmoción de sus amigos y les exigió marcharse.

—¡Vámonos ya! —gritó mientras empujaba a Saturnino para que reaccionara.

Saturnino pareció volver en sí y los tres pistoleros se esfumaron en la noche. Por más

ofendidos que estuvieran con la sublevación militar algo les decía que lo que acababan de hacer no estaba bien.

María, aún de rodillas, se deshacía en frases incoherentes. Pegó su rostro al de Pedro y con uno de sus brazos le rodeó la cabeza, a modo de abrazo, como si con ese gesto pudiera prolongar su existencia.

—Pedro... No, no, no... —repitió en un susurro mezcla de llanto y ruego.

Él abrió los ojos y le ofreció esa sonrisa con la que siempre buscaba tranquilizarla. Exánime, con la vista dirigida hacia arriba y, como si ya no perteneciera a este mundo y habitara otro, propio, lejano y mejor, señaló:

—Mira... los balcones de Madrid no tienen flores...

Luego cerró los ojos con un parpadeo tranquilo, entregado al sueño de los que se acuestan en paz, tal como lo hacen los que se han preparado para ese momento durante toda su existencia. Al comprenderlo, María lanzó un alarido tan profundo y doloroso que los vecinos abrieron sus ventanas para ver qué sucedía. Su mundo se quebraba en mil pedazos y la cúpula azul que era el cielo en esa noche de verano caía de golpe y con todo su peso sobre ella hasta aplastarla.

María se fue deslizando hasta quedar acostada por completo al lado de Pedro. Hombro con hombro, cadera con cadera, pie con pie... mano con mano. Porque en su locura ella soñaba que lo tomaba del brazo y avanzaban juntos por la calle de Alcalá. Se quedó en silencio, sin moverse ni un milímetro, casi sin respirar, apretando fuerte los ojos. Tal vez fuera un sueño, una pesadilla. Tal vez, si permanecía inmóvil, podría quebrar el hechizo y despertar. Permaneció muy quieta mientras su vestido blanco a lunares se iba tiñendo por completo de sangre.

Entonces, sintiendo cómo una humedad horrenda le subía desde la cintura a la espalda, abrió los ojos y comprobó la irreversible verdad, y, por unos instantes, deseó morir con él. Si Pedro no estaba, ella tampoco quería estar. No deseaba vivir. Y tristemente el deseo se le hizo realidad porque un trozo de María Álvarez murió allí, esa noche. Irremediablemente, un pedazo de ella nunca más volvería a latir.

Transcurrieron tres minutos eternos, de esos cuyo tiempo no se puede contabilizar, y luego dos personas se acercaron para socorrerlos. Pero ella no los vio, tampoco oyó la ambulancia que llegó. María recién regresó a este mundo cuando Pedro le fue quitado de su lado.

* * *

Dos horas después de los tremendos acontecimientos, Chicho, Miguel y Saturnino, mientras charlaban, justificaban sus acciones con benevolencia. Les deban formas aliviadoras que les permitían seguir viviendo: Saturnino había matado por la República; Miguel, para salvar su pellejo. La vida continuaba.

La conciencia no torturaba, el hambre no se iba y la República no volvía.

El mundo parecía seguir girando con normalidad, aunque faltaba Pedro. A pesar de que María asumió que debería avisarle a la familia, se abstuvo. Ellos se enterarían. Las malas noticias volaban.

Mientras tanto, en la casa de los Díaz Montero, Marcos, desde que había llegado, trataba de no pensar ni imaginar qué había sucedido tras su huida. Cuando lo dejaron seguir su camino, y él estaba a más de una calle del conflicto, había oído varios tiros de pistola. A pesar de sentirse tentado de voltear, no lo hizo por miedo a ver lo indeseado, sino que apuró más sus pasos empeñado en marcharse cuanto antes a Ledrada.

Cuando llegó a su casa, encontró que sus padres y Anita, que habían cenado temprano con la firme convicción de que partirían de madrugada, ya se hallaban acostados. Los levantó y les explicó que, con la sublevación en ciernes, debían cargar los vehículos y marcharse sin demora esa misma noche. Pero en su fuero íntimo quería alejarse porque temía que en cualquier momento llamaran a la puerta con una terrible noticia.

Frenético, Marcos daba órdenes, supervisaba los víveres, cargaba las maletas, aprontaba los vehículos que conducirían él y su chofer. Transpirado y exhausto, con las manos temblando por el esfuerzo de una hora de intensa labor, ingresó a la cocina para pedirles que ocuparan sus sitios en los coches. Pero al verlos tan tranquilos bebiendo un té, explotó:

—¡Pero en qué idioma debo decirles que tenemos que marcharnos!

—Cálmate un poco, hijo. No puedes conducir en ese estado —dijo su madre y, luego, con autoridad, insistió—: Te calmas o no viajaré...

La frase que Encarnación no concluyó resultó premonitrice. Los violentos y repetidos golpes a la puerta la interrumpieron. Don Federico y su esposa se miraron alarmados. Cuca fue a atender y su señora la siguió por detrás agitada por la sorpresa. A la medianoche sólo se daban disgustos.

Al oír los golpes, Marcos se desplomó en una de las sillas de la cocina. No sabía quiénes eran, pero podía adivinar a qué venían. Y un frío se le instaló en la boca del estómago, ese mismo frío que lo acompañaría mientras viviera y cada vez que pensara en lo sucedido en las proximidades del Lion. Ese frío que en los años venideros no lo dejaría dormir por las noches y lo volvería una persona enferma, propensa a sufrir de úlceras estomacales. El país, sus propias decisiones y el destino habían creado la telaraña donde había quedado atrapado.

Esa noche, todos los apuros por largarse —para no saber y no tener certezas— resultaron en vano porque los gritos de su madre, que le llegaban desde la sala, le confirmaron lo que intuía y no deseaba conocer.

Pedro había muerto.

Marcos alcanzó a ver cómo Encarnación se tapaba la cara con las manos y salía corriendo para desahogarse en el patio. No se atrevió a seguirla para consolarla. No podría mirarla de frente. Ni ese día, ni los venideros.

En la oscuridad de la noche, ella buscó soledad en ese lugar querido. Necesitaba la compañía y el consuelo de sus plantas. Pero, mirando su jardín a la luz de la luna, sólo distinguió cadáveres de tallos que alguna vez estuvieron erguidos. Y en su patio, convertido en un verdadero cementerio, lloró amargamente y sin consuelo mientras se le revelaba la razón de la debacle: sus plantas, que sabían que la desgracia sacudiría a la familia, habían perdido fuerza hasta fenecer.

Su descubrimiento constituía una verdad, pero una verdad incompleta. Las plantas sabían, presentían, porque su mundo estaba unido al de los humanos con el mismo aliento de vida. No sólo habían intuido la muerte de Pedro, sino que habían percibido todas las que sobrevendrían en los próximos días, meses y años. Ellas, al igual que las flores, renuentes a soportar lo que los hombres planeaban para la ciudad, habían preferido desaparecer antes que compartir la vida con ellos y con sus planes de muerte.

Encarnación lloró, lloró y se inculcó conforme a la instrucción religiosa que había recibido de niña. Se sentía responsable por no haber educado mejor a su hijo. Tal vez, si le hubiera inculcado otros preceptos, aún lo tendría con ella. ¡Si al menos le hubiera quitado de la cabeza esas ideas republicanas! Y de las culpas generales pasó a las particulares: si Pedro no hubiera sido su hijo predilecto, si ella les hubiera prodigado cariño por igual a sus hijos... Entonces, Dios... Y hacia el final de sus yerros pronunció la frase que el padre Ricardo le había exigido que jamás pronunciara: «¿Por qué, Dios, por qué?». Ella reclamaba razones, pero esa noche el cielo estaba

mudo.

Pedro había muerto y en la casa de los Díaz Montero sus moradores lloraban o aullaban de dolor. La familia consternada no podía comprender el motivo del ataque, que, según le explicaban, había sido perpetrado por un grupo de muchachos republicanos. ¿Acaso se trataba de una venganza? ¿Una confusión? Aún no había respuestas. La única certeza, la única verdad, la más dolorosa era la ausencia de Pedro.

CAPÍTULO 19

ANTIGUA PASTELERÍA DEL POZO

La Antigua Pastelería del Pozo, fundada en 1830, se encuentra en la zona de la Puerta del Sol, en la calle del Pozo 8, próxima a una surgente de agua a la que se le atribuía milagros curativos. De la panadería considerada la más antigua de España son famosos sus roscones de Reyes, sus bartolillos y sus hojaldres, como las empanadas de bonito, las agujas de ternera y las bayonesas.

Madrid, 2014

El domingo a la tarde, Rafael metió dentro de su mochila la lata con caramelos de violetas y las dos fotos de su abuela María en las que posaba junto a los jóvenes hermanos Díaz Montero. Con cuidado, el viernes las había extraído de una de las vitrinas del museo. Como tenía el día libre, pues no trabajaba en La Media Verónica, aprovecharía para visitar a la madre de Lola, que vivía en un antiquísimo edificio de departamentos ubicado en la calle del Pez.

Listo para partir, le dio un beso a Alba y, como le daba pena dejarla sola, volvió a preguntarle por enésima vez:

—¿Estás segura de que no quieres acompañarme?

—No, cariño, ya te dije que si esa señora sabe quién soy, le costará hablar sobre las cosas que tú quieres saber.

—Sí, tal vez tengas razón, pero me hubiera gustado que fuéramos juntos —dijo la última palabra y le dio otro beso antes de marcharse.

Tomó el metro en Portazgo y, después de media hora, bajó en Sol con la idea de pasar antes por la Antigua Pastelería del Pozo. Llevaría algunas de las especialidades de hojaldre para tomar el té junto con las damas, tal como habían quedado. Quería ser cortés y todo le parecía poco ante el gran favor de recibirlo para conversar sobre su abuela.

Cuando llegó al mostrador de la panadería no tuvo dudas: eligió los bartolillos rellenos con crema pastelera. La vendedora lo atendió con amabilidad y terminó comprando un paquete lleno. Pagó y partió ansioso a su cita mientras saboreaba uno por el camino. El aroma dulce de la crema, el sabor perfecto y la vista de los bellos edificios hicieron que sus sentidos estuvieran de fiesta. Madrid tenía esos regalos para sus habitantes y Rafael había aprendido a degustarlos.

* * *

Media hora más tarde, después de dar un rodeo por el barrio, Rafael llegó al edificio y lo recibió una empleada, Marta, que lo hizo entrar a un típico piso antiguo madrileño, de esos que quedaban en algunos reductos del centro. Los muros eran gruesos y las ventanas rectangulares tenían diminutos balcones de rejas de hierro forjado con dibujos. La decoración interior pertenecía a otra época; los muebles mostraban claramente que allí vivía alguien de edad avanzada. Parecía que cada objeto mostraba el paso de las diferentes modas según las décadas: carpetas tejidas al crochet de los años cincuenta, sillones de patas finas de los sesenta, los cuadros de línea simple de los setenta y los adornos aparatosos de las décadas ochenta y noventa. El minimalismo brillaba por su ausencia. Con los años, las casas acumulaban objetos y más objetos, y los ambientes se llenaban. Nada se tiraba a la basura porque cada cosa encerraba un recuerdo, una prueba de que se había sido joven y de que se había tenido una vida.

Rafa aún se hallaba observando la sala cuando entró Lola y le presentó a su madre. La viejita que llevaba puesta falda negra y blusa de flores le contó que la habían bautizado con el nombre de Jesús, pero le pidió que la llamara Chus, como todos la conocían. La presencia del argentino le había despertado el deseo de relatar sus vivencias juveniles.

La mujer de cabello completamente blanco, como Lola, le contó detalles de la fiesta con la que sus hijos la agasajaron cuando cumplió los noventa años. Rafa entregó el paquete de bartolillos que Lola dispuso en una bandeja y Chus le pidió a Marta, la mujer que la cuidaba, que sirviera el té moro y le alcanzara los álbumes de fotos, incluido el de su casamiento.

Chus le relató cómo su esposo y ella habían comprado el piso, pagando cuota tras cuota durante toda su vida. Luego, al servirse un bartolillo, exclamó:

—¡Son mis preferidos!

Y dándole un mordisco, Chus le contó con lujo de detalles el día que los probó por primera vez y cómo su difunto esposo la consentía desde los tiempos en que, aún de novios, la visitaba en la casa paterna. Cuando acabó el bartolillo, tomó una servilleta y abrió el álbum para mostrarle a Rafa un retrato en particular, una de su esposo de aquella época.

Mientras pasaba las hojas, aprovechando que su madre estaba entretenida, Lola llamó aparte a Rafael con un pretexto y le advirtió con una sonrisa:

—Tendrás que guiarla hacia lo que tú quieres saber o ella te contará su vida entera... Sobre todo, de sus hijos y nietos.

Rafa sabía que esa tarde debería tener paciencia para oír los relatos de Chus, pero los disfrutaba. La mujer, en cierta manera, le recordaba a su yaya por el mismo tonito de voz, el andar lento y los ojos muy claros.

Después de elogiar la foto de su esposo, Rafa le preguntó por los años en que trabajó en la jamonera. Chus le contó que en 1941, con sólo diecisiete años, comenzó como dependienta en el salón de ventas de La Bellota, donde permaneció hasta su jubilación. Con un suspiro de grata remembranza, mencionó que allí había conocido a quien fuera su marido por cincuenta años.

Durante el relato, Rafael echó cuentas y estableció que su abuela y Chus no habían sido contemporáneas en la jamonera, por lo que supuso que no sabría nada de María. Aun así, decidió intentarlo. Si estaba en el piso de esta nonagenaria, en vez de haberse quedado tranquilo en su casa viendo televisión tendido en la cama junto a Alba como correspondía a un buen domingo por la tarde, era porque quería conocer detalles de la historia.

—Mi abuela también trabajó en La Bellota... Y según mis cálculos, también era muy joven cuando empezó. Se llamaba María Álvarez.

—No recuerdo a ninguna María, tampoco ese apellido.

—Le mostraré unas fotos de mi abuela —propuso Rafa, que las sacó de su mochila.

Chus las contempló durante unos segundos y dijo:

—Esas fotografías, junto con otras parecidas, estuvieron colgadas durante un tiempo en el hall de entrada de La Bellota... Las exhibieron el año en que conmemoraron al hermano muerto — dijo. Y, señalando con el dedo índice a Pedro, acotó—: Este falleció primero... en la época de los atentados, al comienzo de la guerra... El otro, ya de mayor.

—Físicamente son casi iguales —comentó Rafa ante la imagen de los Díaz Montero.

—Sí, eran gemelos —indicó y, mirando nuevamente la imagen, agregó—: El de traje claro fue mi jefe durante muchos años. Era muy bravo. Se llamaba Marcos.

—Yo también llegué a conocerlo. ¡Hombre! Era el padre de Daniel, o sea, el abuelo de Alba —comentó Lola, que sabía que todo lo que tuviera que ver con la chica sería de interés para Rafael.

—¿Y esa muchacha rubia es tu abuela? —le preguntó Chus a Rafa.

—Sí.

—Uh, uh... —Puso los labios como si fuera a silbar.

—¿Por qué dices así? ¿Sabes algo, madre? —inquirió Lola.

—¿De veras quieres saber lo que se decía? —Chus volvió a preguntarle a Rafa, ahora, con tono misterioso.

—Sí.

—Se comentaba que había sido novia de ambos. Pero que se quedó con el que se murió. Y eso contrarió a Marcos.

Era lo mismo que Alba había dicho que le contó su padre. Tenía que ser verdad.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Pues, niño, cuando colgaron las fotos, los empleados empezaron con el cotilleo. Tú sabes... El rumor creció tanto que Marcos, evidentemente enterado del revuelo causado, las hizo quitar de la pared y nunca más volvieron a aparecer.

—Algo sobre eso había escuchado —aclaró Rafa.

La viejita prosiguió:

—Imagínate que por esa época Marcos había empezado a noviar con la que sería su esposa y los comentarios no lo dejaban bien parado.

Lola guardaba prudente silencio, pues la conversación la ponía un tanto nerviosa. Ella todavía trabajaba en la jamonera y Daniel Díaz Montero, el hijo de Marcos, era su jefe. Pero Rafa era el novio de Alba, lo cual convertía todo en un gran enredo.

—¡Qué pena, Chus, que no conociste a mi abuela! —comentó Rafa abatido—. Seguramente hubieras sido su amiga y ahora podrías contarme muchas cosas de ella.

—Mira, recuerdo que había una empleada, una chica de Calatayud... que en la época de la guerra había abandonado la jamonera... Luego, cuando regresó, la conocí y la traté... Y le escuché decir que el Díaz Montero que murió y esa chica rubia habían vivido juntos. Que fueron pareja.

—¡Pareja! ¿Y esa muchacha cómo lo sabía?

—Decía que había sido su amiga.

—¿Y ella cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Pero ella era un terremoto, por eso la tengo bien presente. ¿Sabes? Ahora que la hemos citado... también recuerdo que decía que la chica rubia, o sea tu yaya, era huérfana y tenía un hermano.

—¿Un hermano...? Mi yaya jamás nos habló de eso. Lo que sé es que sus padres murieron cuando era casi una niña.

—Yo qué sé, chico... Tal vez sean inventos de la gente. Yo simplemente te cuento lo que viene a mi memoria. Pero estoy segura de que esa muchacha dijo eso. ¡Ea! También contó que la noche anterior a empezar a trabajar en la jamonera, tu tía durmió en el pórtico de La Bellota, sentada y al frío, junto a la puerta de los ángeles tallados. ¡Ay, mi madre, que eso se me ha quedado muy grabado! Imagínate qué peligroso y qué triste.

—¿Se refiere a la puerta que hay ahora? —Rafael le preguntó a Lola, aún incrédulo por los datos revelados por Chus y ocultados por su abuela, quien nunca había contado esos detalles.

—Sí, claro. La puerta tallada pertenecía al inmueble que se demolió, donde antes funcionaba la jamonera —dijo Lola.

—¿Por qué mi tía habrá tenido que pasar la noche allí? —preguntó Rafael desconcertado, sin saber exactamente qué quería obtener.

—Pues supongo que para asegurarse el trabajo.

La verdad fluía. Por primera vez salía a la superficie, pero la época en que los hechos habían transcurrido resultaba tan lejana que algunos detalles se contaminaban.

—¿Y de qué más te acuerdas, Chus? —preguntó impresionado Rafael, a quien los datos de su abuela le daban otra visión sobre su vida. Si lo que la anciana decía era verdad, su tía había tenido un hermano, había pasado una noche a la intemperie para conseguir trabajo, había enamorado a los dos hermanos Díaz Montero, y vivido con el que se murió.

—Déjame pensar... pues creo que nada más. Ahora te mostraré una foto de mi casamiento que te gustará. Porque seguramente tu abuela usó un vestido igual al mío, que era la moda de esa época.

—No lo creo. Mi abuela tenía unos años más que tú y además se casó en Argentina, con un argentino. Sus hijos nacieron allá.

—Pues lo bien que hizo porque la guerra aquí fue terrible. Pero ya te digo que de eso prefiero no hablar.

—No te preocupes, que lo que me has contado me ha servido.

Él recordaba que Lola le había relatado lo mal que la habían pasado durante el sitio de Madrid los españoles de esa época. María, incluso, nunca había querido hablar de esa época porque decía que sólo tenía tristezas para contar.

Los tres charlaron un rato más mientras tomaban una segunda taza té y comían otros bartolillos. Lola aprovechó para hablar sobre algunos detalles de la inauguración del museo que se haría esa semana. Ella se quejaba de que Díaz Montero vivía para el trabajo y no la dejaba descansar. Pero Rafael creía que, debido a tantos años de trabajo con el hombre, ella se había contagiado y eran iguales. Porque ese domingo Lola le daba las indicaciones del protocolo que seguirían el día de la apertura del museo. Otra vez habría discursos. Ella le decía que esperaba que no se desatara ninguna parafernalia como la última vez. Rafa deseaba lo mismo. Se lo dijo con las manos unidas en son de ruego.

Media hora más tarde, antes de despedirse, Lola insistió con que Rafa le llevara a Alba algunos bartolillos de los muchos que habían quedado. Ella se retiró a la cocina para ponérselos en un recipiente y Chus, acercándose a Rafa, le dijo en voz baja:

—Me acordé de algo pero no quise decírtelo delante de Lola, pues seguro que luego me regañará.

—Sí, por favor, contame...

—Todo el mundo decía que Marcos, mi jefe, había tenido que ver con la muerte de su hermano. Que despechado como estaba por lo de tu abuela, lo había acusado para darle un susto, pero que las cosas se le fueron de las manos y su pobre hermano terminó muerto.

—Ah... qué terrible. ¿Y cuándo fue eso?

—¡Pues cuando era novio de tu abuela! ¿Cuándo va a ser?

—O sea que él murió mientras vivían juntos... —dijo Rafa impresionado ante la idea.

—Estoy casi segura de que sí. Al fin y al cabo es lo que se decía. Pero no digas que yo te lo conté, mi hija me mataría. Porque quién sabe si esos dichos son verdad. Eran tiempos muy revueltos. ¡Y pasó hace tanto! Yo era una chiquilina a quien le interesaban las historias románticas. Y esta fue muy comentada porque el apellido Díaz Montero estaba en juego.

Lola llegó justo cuando Rafael estaba por preguntarle algo más, pero la cara que puso Chus le hizo entender que el diálogo había terminado. Estaba su hija y eso era el fin de las confidencias.

—Qué bueno que estás bien de la memoria para relatarme lo que me has contado.

—La verdad es que estoy perfecta, ¿verdad, hija?

—Sí, madre, estás mejor que yo —dijo Lola riendo.

—Pues he dicho todo lo que sé. Más información, no tengo. Pero si quieres, vuelve algún día para charlar y ver más fotos... Serás muy bienvenido.

Rafa se despidió agradeciéndole de una y mil formas. Realmente le había dado muchos datos importantes que él no sabía sobre su yaya.

Se marchó caminando hacia la entrada del subterráneo mientras pensaba que seguramente las historias que había oído esa tarde de boca de Chus era lo que su abuela quería que ellos conocieran de su vida en España. Por eso en los últimos tiempos les pedía que vinieran a Madrid y pasaran por la jamonera. Pensó que le hubiera gustado saber más de ese hermano que la yaya tenía y del que nunca habló. ¿Sería verdad? Pero ¿por qué nunca les había contado? Sabía bien que sería muy difícil dar con más datos; evidentemente, no había nadie más que supiera de ella y de ese hermano. Deseaba llegar pronto a Vallecas para contarle a Alba que los dichos de su padre coincidían con lo que le contó la madre de Lola. Era extraño saber que su yaya y el abuelo de Alba habían tenido un romance, pero que no habían terminado juntos porque María eligió quedarse con el otro hermano. Le costaba imaginarse a la yaya de joven, viviendo en Madrid con un Díaz Montero. Ella, que siempre había sido tan seria y pasó toda su vida con el mismo hombre, ahora tenía un pasado. Porque había vivido con un hombre antes de estar casada con el abuelo Rafael durante casi sesenta años. Ellos habían sido una linda pareja, esas para admirar e imitar. Jamás hubiera pensado que ella alguna vez había estado tan enamorada de otro hombre como para vivir con él. Sobre todo porque eran otras épocas, claro que esos eran los años de la guerra y eso convertía en extrañas muchas historias. Por momentos, incluso, le entraba la duda acerca de su veracidad.

* * *

Un rato después, Rafael llegó al apartamento y Alba, que se hallaba recostada leyendo en el pequeño sofá bordó, abandonó su libro y lo llamó a su lado.

—Ven aquí, guapo mío, y cuéntame qué pasó, pues quiero saberlo todo.

Rafa se sentó a su lado y le relató en detalle las experiencias vividas durante la tarde. Alba se puso de pie y, mientras preparaba dos copas para tomar el vino que había comprado para la cena, le dijo:

—No puedo creerlo. Se ve que es verdad esa historia de que tu abuela enamoró a los hombres de mi familia... Qué pena no saber más acerca de ese hermanito.

—Me quedan tantos interrogantes... pero no sé dónde seguir la pista.

—Puedo volver a preguntarle a mi padre. Pensaba hablar con él para avisarle que iremos a Lledrada.

—¿Lledrada? ¿De donde viene la producción de jamones?

Rafa siempre escuchaba mencionar ese sitio en la jamonera, pero nunca había oído que allí hubiera una casa.

—Sí, allí tenemos una finca antigua y muy hermosa. Hace años que no voy. Podríamos visitarla y pasarla muy bien. ¿Qué opinas?

—Tendría que ser un fin de semana para no faltar a La Bellota y al bar.

—Me parece bien. Quizá tengamos suerte y encontremos algo sobre tu abuela.

—¿Por qué pensás eso?

—Cuando no sabemos dónde meter algo y no lo queremos tirar porque tiene que ver con la familia o la empresa, lo enviamos para la casa de campo.

—¿Y qué clase de cosas envían?

—De todo... libros, fotos, cuadros, alguna vajilla especial con historia. Ese lugar es algo así como la sede de la dinastía Díaz Montero. Mi abuelo Marcos siempre la mantuvo impecable.

—Pensé que tu abuelo Marcos y su esposa siempre vivieron en una casa en el centro de Madrid.

—Así es, igual que mis bisabuelos, doña Encarnación y don Federico, pero la casa de las gárgolas en la calle de Argumosa y la de Lledrada son muy diferentes.

—¿La casa de las gárgolas aún existe?

—Sí, y si te apetece, también podemos pasar a verla. Tal vez sea nuestra última oportunidad porque está a punto de ser transformada en cinco apartamentos.

—Vamos esta semana —pidió él.

—Perfecto. Ese día, si quieres, también podemos aprovechar para pasar por el cementerio y ver las tumbas de Marcos y Pedro. Supongo que te interesará.

Rafael afirmó con la cabeza.

Sin saberlo, poco a poco, él iba metiéndose en ese universo que años atrás había sido el de María Álvarez y lo hacía de la mano de Alba, tal como si alguien lo hubiera planeado todo desde el principio de los principios.

* * *

Ese lunes, Rafael ingresó al estacionamiento de La Bellota una hora antes de su horario de trabajo. Había llegado temprano porque tenía mucho por hacer debido a que al día siguiente inaugurarían el museo. Pero al pasar por la puerta de entrada y ver los ángeles tallados, su apuro se desvaneció. No pudo evitar detenerse y pensar en María mientras miraba con detenimiento el tallado de ángeles. Le parecía increíble que su abuela, siendo una chiquilla, hubiera dormido al abrigo de esas figuras una fría noche de invierno. Las contó: eran dieciséis y ninguna igual a la otra. ¿Ella también las habría contado? Rafael pasó su mano sobre algunos de los ángeles. ¿María los habría tocado? Al hacerlo, sintió una extraña vibración bajo la yema de los dedos y entonces estuvo casi seguro de que sí. A veces, los destinos, las decisiones, los continentes y los sentimientos se unían unos con otros en un objeto. Rafael no lo sabía, pero algo dentro suyo presentía que así sucedía con esa puerta. Y allí estaba, la magia de la vida manifestándose una vez más.

Una puerta de dos hojas de madera y muchas historias marcadas en ella; un objeto que, por su

belleza, en sí mismo constituía una obra de arte. Pudo imaginarse las manos que la tallaron con paciencia; también el día en que los dueños de La Bellota la colocaron; y, por último, casi pudo ver a esa muchacha rubia sentada allí pasando frío toda una noche, esperando a que abriera la jamonera para obtener un puesto. María había sido una chica humilde y, sin embargo, había enamorado a los dueños del lugar. Ya en esa época debió haber sido una mujer especial. Pensó en todo lo que ella debió haber luchado y se sintió orgulloso de llevar su sangre. Pensó en su yaya y por primera vez se preguntó si tal vez él no se hallaba, en ese momento y en ese lugar, sólo por ella y no por él. Una duda se le presentó clara: ¿él estaba en España porque así lo había decidido? ¿O simplemente había sido empujado a ese país porque debía venir a desentrañar la vida de María? ¿O por ambas cosas? Porque él estaba encontrándose a sí mismo en esa tierra. Los pensamientos se le enmarañaban cuando la voz de Lola, que ya estaba dentro del establecimiento, vino a sacarlo de su ensimismamiento.

—Buenos días, Rafael... Excelente idea que vinieras antes. Hoy el museo debe quedar listo.

—Pensé lo mismo, por eso vine temprano. Pero llegué y me entretuve mirando la puerta: después de lo que me contó tu madre, estos ángeles han cobrado otro valor para mí.

—Cuando hoy llegué y pasé por aquí, también me imaginé a la muchacha rubia —dijo Lola tocando la puerta mientras Rafael ingresaba.

El día empezaba y sus afanes, también.

Unas horas más tarde, por ese mismo lugar, Alba ingresó a la jamonera y, al apreciar la puerta, no pudo evitar pensar en María Álvarez.

Para ella se trataba de la primera visita a La Bellota después del escándalo que terminó con su internación en el Princesa. El psicólogo le había aconsejado que, si se sentía preparada, fuera, pues sería un hito en su camino de sanación. Y ella estaba allí cumpliendo lo que le había prometido a Rafael: que lucharía para sanarse. Llegó con la misma camisa de seda turquesa que vistió la última vez, sólo que hoy la había combinado con un pantalón de jean. Llevaba el pelo castaño, tal cual era su color. Traía mochila tejida en telar. Su exterior comenzaba a mostrar la armonía que ella estaba logrando por dentro. Aunque muchas veces se encontraba preguntándose «¿Podré lograrlo?», «¿Aguantaré sin caer?». Luchaba contra los momentos de flaqueza y contra los pensamientos que intentaba espantar.

Alba ingresó y, detrás suyo, las personas invitadas a la inauguración. La Bellota, otra vez, recibía invitados, aunque menos. Otra vez Díaz Montero tenía un discurso para decir, no obstante, la prensa no vendría. Otra vez habría festejo, pero sin brindis ni comida.

Respecto a la presencia de Alba, después de sopesarlo mucho, Daniel terminó decidiendo que, si su hija asistía al evento, actuaría como si ella no estuviera presente. Y, para no incomodarla, así lo hizo, porque cuando llegó la hora de dirigirse a la concurrencia, no la nombró, ni la hizo partícipe del futuro de la jamonera. Ni siquiera la miró mientras hablaba.

Sólo cuando finalizó su exposición, y en el momento en que pareció que nadie los miraba, se acercó a ella y le dio un incondicional y simple abrazo de padre. Claro que en su discurso sí estuvo presente el nombre de Rafael Becerra, a quien le agradeció con la sincera frase: «Este colaborador que, con cariño y profesionalismo, ha venido desde Argentina para ayudar en el proyecto de recobrar la memoria de la empresa».

Esa mañana, durante la recorrida por el museo, Rafa observó las paredes revestidas con los cuadros enmarcados junto a los muebles y escaparates, y se sintió orgulloso dado que gran parte del material reunido en la colección había sido seleccionado por él, junto con Lola y el arquitecto. Apreciar la vitrina donde se exhibían las fotos de la década del treinta y ver entre esas imágenes la de su abuela siendo una chica lo llenaba de intensa emoción mientras se preguntaba en qué

momento se había establecido esa conexión entre él y ese lugar. Concluyó, inevitablemente, que todo estaba más conectado de lo que uno creía, que sólo era necesario esperar y dejarse llevar para que los pies de las personas fueran transportados a donde debían estar.

El evento, tranquilo pero exitoso, estaba a punto de finalizar. Cuando Alba y Rafael, después de charlar un largo rato con el arquitecto, se despedían de algunos conocidos, Díaz Montero se les acercó con una propuesta.

—¿Quieren que almorcemos juntos? —preguntó.

Alba se dio vuelta y miró a Rafa. Ella no tenía más obligaciones que cumplir con su plan de pintar en Diego de León, pero como Rafa debía trabajar con Pepe, aguardó su respuesta. Aún faltaban unos días para librarse del compromiso asumido que tanto les había servido para estar cerca durante su convalecencia.

—Tengo muy poco tiempo, debo regresar para trabajar en La Media Verónica. Pero vayan ustedes, es una hermosa idea la de comer juntos.

Díaz Montero los miró a ambos y sugirió:

—¿Por qué no vamos los tres a comer a La Media Verónica?

Rafa sonrió.

—Pues por mí, encantado, así me alcanzaría el tiempo para almorzar con ustedes, pero la comida que servimos allí es muy sencilla —aclaró Rafa, convencido de que ese no era el tipo de lugares que frecuentaba el padre de Alba.

—¡Pero es muy sabrosa y Pepe se pondrá contento! Seguro que querrá comer con nosotros —vaticinó ella entusiasmada.

—Me gusta la idea de comer comida española sencilla —sentenció Díaz Montero.

Dos palabras más dedicadas a la organización del plan de almorzar en el bar y los tres se marcharon a Vallecas.

* * *

Ese mediodía, la mesa ubicada junto a la ventana del bar La Media Verónica se hallaba de fiesta; su dueño, también. Pepe atendía feliz y personalmente al trío que, para su sorpresa, había llegado media hora atrás. Les acercó una botella de Protos cosecha 2011 que había guardado para una ocasión especial y les sirvió la fabada asturiana hecha por sus propias manos, esa que él también comió, porque al fin se sentó y, tal como lo había vaticinado Alba, almorzó con ellos. La charla se daba entretenida, suelta y agradable. Rafael ese mediodía conocía por primera vez una faceta distendida de la personalidad de su suegro; él, que siempre hablaba de trabajo, hoy conversaba de temas mundanos como un simple mortal. Porque en la mesa los cuatro conversaban de vino: que si un Rioja era mejor que un Ribera del Duero o viceversa, que si los nuevos vinos de Valdepeñas podían superar a los demás. Hablaban de comidas: que si la fabada salía más rica con judías o frijoles; de política: que si estaba bien o no que Cataluña se independizara... tema que hermanaba a Pepe y Díaz Montero de recia manera bajo la bandera antiindependentista. Pero la hermandad se rompía a la hora de abordar otros asuntos políticos, como era recordar los dos bandos de la guerra civil; tanto dividió aguas que, para no discutir, debieron abandonarlo y pasar abruptamente a la historia de Vallecas, a la época en que esa zona apenas era un caserío, un municipio aparte, como los de Vicálvaro o Chamartín. Tal vez no fueran los temas que Díaz Montero solía conversar, ni el bar la clase de lugar que frecuentaba, pero guiado por el amor a su hija y el firme deseo de que se curara, se amoldaba a la situación. Claro que mal no la pasaba porque le

interesaban mucho los detalles que Pepe contaba de la antigua Vallecas, de los tiempos en que su familia se vino de Málaga y el padre del viejo compró el bar a un madrileño solitario, enfermo y golpeado por la guerra.

Alba, al ver a los mayores entretenidos en sus propias charlas, lo miraba a Rafael, le sonreía y le tocaba la pierna bajo el mantel. Después de la pérdida del bebé, su vida sexual aún no se había reanudado y ella la extrañaba. Ya se hallaba lista.

Pepe fue por el postre y Alba le preguntó a su padre:

—¿Te acuerdas de la foto que una vez te mostré en la que salía el abuelo Marcos junto a su hermano y una chica rubia?

—¿Cuál...?

—Una antigua, en la que aparecían con la secretaria que tú dijiste que fue novia de los hermanos Díaz Montero.

—Ah, sí, sí. Vi esas fotografías en las vitrinas.

—Pues esa chica era la abuela de Rafael.

Daniel abrió los ojos. Jamás hubiera esperado semejante noticia.

—Me has sorprendido. ¿Cómo que esa mujer era tu abuela? ¿Siempre supiste que ella trabajó allí?

—Sí. Justamente fui a la jamonera porque quería conocer un poco más de su vida aquí, en Madrid... Ella partió muy joven a la Argentina. Pero al fin terminé trabajando en La Bellota, y empezando una relación con Alba...

—Las vueltas de la vida, uno nunca sabe a dónde nos llevarán —remató Daniel.

Comentaron algo más del tema pero cuando Pepe llegó con un plato lleno de yemas de Santa Teresa todos se olvidaron de las conversaciones y se dedicaron a saborear el postre y el café.

Un rato después, Alba y su padre se marcharon; ella, a Diego de León para pintar; el hombre, a su casa. Mientras se dirigían al Audi, ella le contó a Daniel que el fin de semana que Rafael no trabajara en el bar, irían a Ladrada; el padre le recordó que debía hacer una llamada a los caseros para que le tuvieran lista la casona.

Daniel se subió al coche con la alegría de saber que Alba visitaría el campo; hacía muchísimo tiempo que no iba. Sin dudas, el argentino ejercía sobre ella una buena influencia. Se notaba que amaba a su hija, gran punto común entre ellos que superaba cualquier diferencia que pudieran mantener. A veces, el cariño entre las personas borraba las distancias de un plumazo porque, cuando él encendió el motor de su Mercedes último modelo, dentro de La Media Verónica Rafa y el viejo hacían lo que debían: trabajar atendiendo pedidos para ganarse el pan.

Claro que para que naciera un cariño de esa naturaleza entre dos personas tan distintas se tenían que compartir situaciones límite, como tener inconsciente en el hospital a un ser querido, un precio que nunca nadie hubiera querido pagar pero que a ellos les había tocado sin elegirlo.

En el bar, Pepe reía y, mientras palmeaba a Rafa, le repetía una frase de Cervantes: «El amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados y viene a ser poderoso como la muerte».

A pesar del paso de los años, el autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* exudaba sabiduría.

* * *

Esa noche Rafael terminó de trabajar en el bar y subió al apartamento esperando encontrarse con

Alba, pero no la halló. Barajó la posibilidad de que hubiera regresado de pintar en Diego de León y luego hubiese salido a comprar algo para comer, aunque un par de indicios le sugirieron que no había rastro de que ella hubiera estado en la casa. Preocupado, decidió llamarla. Marcó su número pero Alba no respondió. Viejos fantasmas lo atormentaron. ¿Acaso podía haberse juntado con los amigos? La imagen de la plaza de los yonkis vino a su mente y le hizo doler. ¿Acaso ella...? Insistió con llamarla otra vez, y otra, y otra. Sin respuesta, comenzó a sentirse mal del estómago por los nervios. Miró la hora: más de las diez y media de la noche. No lo dudó, lo decidió enseguida: tomaría el metro a Diego de León. Ella le había dicho que estaría allí. ¡Pero ya era muy tarde y además no contestaba su teléfono!

Cargó la llave del piso de Alba y salió apurado; tanto, que ni siquiera le comentó a Pepe que ella no estaba, sino que se fue directamente a la boca del metro. Una vez sentado en el vagón, los pensamientos oscuros lo mantuvieron alterado durante todo el viaje. Trataba de rechazarlos pero venían a su mente una y otra vez.

Cuando llegó a la estación Diego de León, se bajó corriendo y así, agitado, alcanzó la puerta del edificio. Tocó el portero eléctrico, esperó unos instantes, pero, sin paciencia, marcó su huella en el aparato agradeciendo que Alba lo hubiese obligado a hacer el trámite para que su ingreso fuera irrestricto. Ya en el lujoso hall, tomó el ascensor y los seis pisos hasta llegar al de Alba fueron un suplicio. Comenzaba a creer que ella no estaba allí. Se preguntó qué decisión tomaría si Alba nuevamente cometía una locura, qué haría si ella tenía una recaída. Abandonó esos interrogantes porque no quería enfrentarlos. ¿Cuántas veces podía alguien atormentarse con el mismo pensamiento durante el minuto que tardaba el ascensor en subir seis pisos? Se hacía preguntas ridículas tratando de huir de sus negros nubarrones.

Cuando llegó, sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta. El departamento estaba a oscuras. Pensó: «Mala señal».

Prendió la luz y, al no verla por ningún lado, a punto de desmoronarse, divisó una luz a través de la puerta del estudio de Alba. Deseoso de que fuera verdad, se acercó despacio y abrió la puerta.

Y entonces allí la vio...

Alba, sin zapatos, con medias rayadas en los pies, vestida sólo de remera blanca y bragas de igual color, con el pelo recogido en un rodete desordenado y el pincel en la mano, lo miró sorprendida. Llevaba pintura de color en los dedos y en el rostro. La luz de los reflectores era fortísima y les permitía observarse en detalle.

—Rafa... ¿qué haces aquí?

—Alba, es tarde, pensé que...—dijo él mientras le estudiaba el rostro. Pero al verle facciones frescas y lúcidas, exhaló un suspiro de tranquilidad. Alba estaba sobria.

—¿Qué hora es? —preguntó ella mientras se daba vuelta para buscar su móvil.

Rafael caminó en su dirección en el momento en que Alba encontró su teléfono. Lo miró y exclamó:

—¡Ay, qué tarde es! Perdón, perdón. Nunca pensé que fuera esta hora.

—Te llamé varias veces...

—Sí, acabo de verlo —reconoció al mirar la pantalla de su móvil. Luego explicó—: Disculpa... Lo bajé para que nadie me molestara mientras pintaba.

—Toqué el timbre... —dijo Rafa.

—Lo escuché, pero cuando atendí, nadie me respondió.

—Me preocupé tanto que no esperé y subí volando... —dijo posando sus ojos por primera vez en algo que no fuera Alba, develándose para él el mundo de colores que lo rodeaba. Porque

recién en aquel momento descubrió las brillantes tonalidades que golpearon su mirada. Allí, en esa enorme habitación, alrededor de ellos dos había al menos nueve murales pintados y terminados, uno más bello y colorido que el otro. La producción lo impactó. Hacía mucho que no iba al piso, y nunca supuso que ella hubiera adelantado tanto. Impresionado, comentó—: Alba, qué tremendo, son hermosos...

—¿De verdad te gustan?

—Sí... y son muchos.

—Realizarlos ha sido mi principal terapia.

Rafael los observó con detenimiento. Uno llamó especialmente su atención: se destacaba una figura femenina de espalda, desnuda y con alas.

—Se llama «La mujer alada».

Había otro pintado, extremadamente vistoso, con muchas alas de papel blanco en todos los tamaños, posiciones cuyos cuerpos eran flores de distintos colores. En un tercero había hombres suspendidos en el aire que vestían trajes negros pero también con alas en la espalda.

—Estos tres murales pertenecen a la colección «Alas». Estos otros, a la colección que se llama «Pies» —señaló tres más en los que se podía ver gente de diferentes razas avanzando descalza por un camino.

—Están muy buenos.

—La idea es simbolizar: alas para volar y pies para avanzar —dijo Alba y luego, deteniéndose en los últimos tres que estaban en la punta, casi separados, expresó—: Y ojos para contemplar y descubrir.

En uno de estos se podían distinguir miradas de toda clase de ojos. Pero otro era el rostro de una mujer que miraba de forma tan realista que asustaba.

Alba repitió:

—Te presento las colecciones «Alas para volar», «Pies para avanzar», «Ojos para descubrir».

Rafael observó a Alba, que allí, de pie, vestida de esa forma y con la cara pintada, parecía una inventora loca en medio de su obra. Alba era creativa; su alma, sensible y especial, le traía problemas pero también le otorgaba la capacidad de producir arte en la forma brillante que acababa de plasmar.

La abrazó y sintió su cuerpo menudo entre sus brazos. La arrulló con una canción muda que sólo sonaba en su mente pero su música era tan potente que los aturdió por completo. Rezaba: «Alba, Alba, cúrate. Alba, cúrate, que la vida sería muy triste sin ti».

Rafael sabía que el amor sanaba de verdad; por eso ella tenía que lograr curarse. Él mismo había experimentado qué clase de poder tenía ese sentimiento. Porque había llegado a España siendo un hombre roto y ahora estaba entero. El amor de Alba lo había remendado con paciencia.

Ella lo miró profundo, como si sus oídos realmente hubieran escuchado la canción, y se besaron. Y allí, sobre el suelo de madera, rodeados por ese mar de colores y esas formas creadas por ella, hicieron el amor por primera vez luego de haber perdido el embarazo. Rafa penetraba con ansias esa piel de mujer y no podía evitar recordar que en ese espacio cálido que ahora lo albergaba dándole placer había estado su hijo, ese niño que ambos habrían tenido juntos. Irrumpía en su interior y se le confundía la pasión, el ardor y los sentimientos que el recuerdo le provocaba. Una lágrima le caía en medio de su enardecimiento de hombre.

Alba, debajo de él, apretaba con sus manos la espalda de Rafa y cerraba fuerte los ojos. Ella sólo quería sentirlo y que la hiciera volar, ya casi no se acordaba de que alguna vez albergó un niño porque había tenido que olvidarse por completo para acallar las voces acusadoras que

anidaban en su interior y ya no las traía a la superficie para poder seguir viviendo. Esa noche se dejaba arrullar por la canción de Rafa y la acompañaba con sus gemidos. La luz potente del estudio mostraba los cuerpos monocromáticos de un hombre y una mujer junto a la colorida obra plasmada en los nueve murales. El sentimiento que los unía les otorgaba alas para volar, pies para avanzar y ojos para descubrir un porvenir.

* * *

A varios kilómetros del departamento de Diego de León, esa noche Pepe cerró la puerta y las ventanas del bar, apagó las luces y, sentado en la oscuridad, alumbrado sólo por la claridad que provenía del exterior y que entraba por el vidrio, tomó decisiones. No eran las que hubiese querido adoptar; sin embargo, bien sabía que en la vida no se elegían las cartas de la baraja y, de todos modos, había que jugar la partida. Peor era darse por vencido. Cuando volviera a ver a Rafael y a la hippie, hablaría con ellos. Aunque lo mejor sería encontrar el momento adecuado para abordar a esos dos a los que quería como a los hijos que no había tenido. Se puso de pie y, con las dos hojas de papel en las manos, se alejó rumbo a su casa con pasos lentos. Leer esas páginas le había cambiado la vida. A Rafael Becerra y Alba Díaz Montero probablemente también se las cambiaría. Sólo que aún no lo sabían.



PALMA ARECA

Dypsis lutescens

HISTORIA: La areca es una especie de palmera originaria de Madagascar, África, que abunda en los bosques tropicales húmedos desde Malasia hasta las Islas Salomón. Se cultiva en las zonas tropicales de Asia, África y Oceanía, principalmente en sabanas y terrenos cercanos al mar.

USO MEDICINAL: Sus semillas (nueces de betel), ricas en sustancias grasas, son muy utilizadas en Asia tropical para ser mascadas luego de las comidas, estimulando la actividad salival y favoreciendo la digestión. En interiores, la palmera actúa como un humidificador natural, ya que quita las toxinas de los ambientes.

SIGNIFICADO: Se identifica con los poderes de la mano: fuerza, habilidad, destreza, poder.

DICE LA LEYENDA... que a los descendientes de quien planta una palma areca en su casa nunca les faltará tierra propia.

CAPÍTULO 20

PALMAS ARECA PARA PEDRO

Madrid, 1936

La palma areca es una planta ornamental con propiedades curativas, útil por su acción sobre el sistema nervioso vegetativo y, por su carácter antihelmíntico, usada para expulsar parásitos intestinales. Pero su mayor virtud consiste en ser amiga del aire que respiramos porque purifica y filtra el ambiente de las habitaciones donde reside el ser humano. María no lo sabía; Encarnación, sí. No obstante, ese día y en ese momento, a ninguna de las dos parecía importarle.

Por la tarde, enfundada en el vestido de color azul marino de manga corta —el más oscuro que encontró entre sus ropas y el que estrenaba ese triste día—, María caminó con esfuerzo y cuidado la calle del Doctor Fourquet, la última que le quedaba hasta alcanzar la casa de la familia Díaz Montero. No se trataba de que le costara caminar porque le pesaran los pies, sino que debía marchar con cuidado porque, desde que ocurrió el fatídico suceso, no podía quitarse la sensación de que flotaba. Sentía que sus pies no pisaban tierra firme, sino que lo hacían sobre nubes o algodones. Estaba segura de que la horrible sensación física provenía de la terrible congoja de su corazón. Después de lo acontecido, ella ya no era ella. María se había convertido en otra.

De pie, frente a las gárgolas de la residencia de la familia de Pedro, observó la puerta abierta de par en par y gente que pululaba, que entraba y salía. Una vez en su interior, se sintió sumergida en un universo tropical. El hall estaba repleto de hojas de palmeras areca y, entre estas, algunas flores blancas.

María respiró hondo buscando darse fuerzas. Llegar y presentarse allí para participar del velatorio se le había hecho terriblemente difícil. Sentía que, habiendo estado unida a Pedro con un lazo fuerte y profundo, ahora llegaba a esa casa casi como una extraña. Porque, aunque le hubiese gustado, no había llegado a estrechar vínculos con la familia.

Además, inevitablemente, se toparía con Marcos y temía no poder contener su furia cuando tuviera enfrente al entregador, al traidor mal hermano. Este encuentro le quitaba el interés por acompañar a los deudos. Ambos sabían bien qué había sucedido la noche anterior. Ella recordaba perfectamente la frase que había dicho uno de los homicidas: «¡Es igual al hermano que lo acusó!». María prefería callar la verdad que sólo conocían los asesinos y ellos dos; nadie más. Estaba decidida a no abrir la boca, pues nada le devolvería a Pedro.

A María le costaba caminar y respiraba con dificultad. Vivir le dolía. Pero allí se encontraba: haciendo lo que debía, como lo había hecho con Manolito, a quien, pese al dolor que la embargaba, le contó lo sucedido. Con pocas palabras, como pudo, le explicó lo que para el niño constituía una nueva pérdida.

Esa tarde, su hermano permanecía al cuidado de una vecina que se ofreció a estar en el apartamento, ese lugar que ocupaban sin saber por cuánto tiempo más. Su vida sin Pedro y sin trabajo había tomado un giro peligroso. Por ahora, no podía pensar en nada, no le daba la cabeza. El dolor, demasiado grande, la remontaba a una sensación conocida: enfrentarse nuevamente a la

muerte, como cuando sus padres fallecieron.

Avanzó sólo unos pasos entre el gentío que esa tarde se había congregado en la casa y enseguida descubrió que el ataúd había sido dispuesto en la sala principal, debajo del imponente cuadro de El Greco que la presidía. No quiso acercarse, ni mirar los detalles, convencida de que Pedro ya no estaba allí. El hombre que ella amaba se había ido para siempre. Y si se había presentado en esa casa, se debía a doña Encarnación y don Federico.

En la sala y en los dos cuartos contiguos destinados al sepelio había un sinfín de personas de los más variados estratos sociales: gente ataviada con la ropa más fina y cara de Madrid hasta miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas y hombres de alpargatas que, dejando de lado su orgullo, y por cariño a ese hombre que les había entregado su vida en la lucha por sus necesidades, ahora entraban a la casa de quien consideraban el enemigo. Pero María, que no se percataba de estos detalles, sólo veía un mar de rostros entre los que buscaba a los padres de Pedro con la intención de saludarlos y retirarse para seguir llorando su dolor en soledad.

En las horas previas, los Díaz Montero habían sostenido acaloradas discusiones por el lugar donde se haría el velatorio. La gente de su partido había querido realizarlo en el comité y con todos los honores; al igual que lo pidieron otras entidades republicanas con las que él había trabajado como artífice de la coalición del Frente Popular. Desde el Ateneo de Madrid al Socorro Rojo, propusieron velarlo en sus respectivas sedes, pero al final primó —y se respetó— la voluntad de Encarnación: su hijo sería velado en la casa paterna.

También había sido una batalla, aunque menor, conseguir la cantidad de hojas verdes de palma areca que había elegido Encarnación con la intención de alivianar el ambiente de tanto dolor. Difícil, también, fue encontrar ornamentación para la ocasión, pues, ante la notable escasez, las floristerías no daban abasto y debían apelar a la buena voluntad de los proveedores de otras ciudades. A pesar del esfuerzo, Encarnación consideraba que las pompas lucían ralas, mucha palma y poca flor para su gusto. Sin embargo, ella desconocía el tenor de la demanda de Madrid: mucha muerte para tan pocas flores.

María se abrió paso entre la gente hasta que divisó a Encarnación sentada junto a Marcos. Impactada por la imagen, su mirada fue tan intensa que Marcos la presintió y, al descubrirla, sus ojos oscuros se conmocionaron. Mientras ambos se estudiaban, el mundo que los rodeaba desapareció bajo una mirada larga, dolorosa, difícil, llena de reproches, censuras y lamentaciones.

María sintió que sus piernas se dirigían hacia Marcos. Su garganta, que tenía mucho por recriminarle a ese hombre, así se lo exigía. A pesar de su decisión de mantenerse en silencio, no podía impedir que sus pies la llevaran ante el gemelo, pero, cuando estuvo muy cerca, su mirada se posó en el rostro de Encarnación y, durante unos instantes, María contempló a esa mujer con los ojos del alma y la descubrió tan llena de dolor, tan consternada, tal como si hubiera perdido los cimientos de su vida, como si se hubiese quedado sin suelo donde pisar y sin aire que respirar. La vio sin vida. «Una casa sin cimientos», pensó y se dio cuenta de que ella experimentaba exactamente lo mismo. Entonces supo que, por cariño a esa mujer, le pondría freno a su garganta y a sus pies. Se abstendría de enfrentar a Marcos para recriminarle su miserable proceder, segura de que sería incapaz de añadirle otro calvario a esa pobre madre.

Se paró en seco en el medio de la sala entre las demás personas. Una fuerza dentro suyo le pedía saludar a Encarnación; otra, le impedía acercarse, pues allí también estaba Marcos. No quería sentirlo cerca. Mucho menos, ofrecerle sus condolencias. No podía. No, no y no. Todo su ser se negó a estar a centímetros de ese hombre. Comenzaba a sospechar que, tal vez, la decisión de estar en ese lugar había sido una equivocación. Además, ¿quién la consolaría a ella, al fin y al

cabo, tan doliente como una joven viuda?

A punto de volver sobre sus pasos, la madre de Pedro, que estaba cerca, la reconoció y le habló con la voz quebrada.

—Niña..., has venido —pronunció en un murmullo. Agobiada, luchaba contra sus propios fantasmas de culpabilidad, que insistían con punzantes interrogantes: «¿Acaso se trata de un castigo? ¿Acaso este es el inevitable desenlace por mi manifiesta predilección por Pedro?». «No, claro que no», le respondía su razón.

La mujer se puso de pie y María comprobó en sus ojos un mar de congoja. Sin pensarlo, ambas se abrazaron y, mientras lloraban y sus lágrimas y sentimientos se mezclaban, un lazo profundo, casi sobrenatural, corolario de encuentros pasados que vislumbraron esta ligazón, las unió. Dos mujeres, dos destinos, dos dolores que enlazaban dos continentes. Aunque todavía no lo sabían, ellas creaban el puente para los que vendrían. El abrazo las consoló por unos instantes porque, cuando se soltaron, el dolor volvió a arremeter con violencia.

Luego de intercambiar unas pocas palabras de rigor, Encarnación quiso conocer detalles que María, temerosa de nombrar a Marcos y revelar la verdad, evitó responder, lo que le permitió a la mujer conjeturar que la muerte no tenía explicación ni razón, producto de una emboscada absurda, sin sentido. Desconsolada, le contó que al día siguiente, una vez que sepultaran a Pedro en el Cementerio del Este, se marcharían al campo de Ledrada, pues en Madrid no se podía seguir viviendo. Aquí corría el riesgo de perder otro hijo y con uno bastaba. María, sin taparse los oídos, no la escuchaba. Prefería abstraerse de esa sentencia.

Marcos, muy cerca de las dos, no quería mirarlas. No podía, no lo soportaba.

Al cabo de un rato, María saludó a don Federico, a quien encontró disperso y confundido. Luego, Encarnación le presentó a Anita, quien no paraba de llorar.

Ante la proximidad de Marcos, María optó por escabullirse tras las palmas areca. No quería confrontarlo; temía de lo que era capaz de hacer. Había transcurrido una media hora extenuante cuando respiró profundo y se desahogó: «Hecho está, he cumplido».

Desde el pórtico, junto a las gárgolas, antes de buscar la salida, dio una última mirada al féretro, su despedida final de Pedro. Allí quedaban el amor y los sueños de otra vida. Caminó despacio. Se iba con el deseo de no regresar nunca más a la casa donde vivía Marcos Díaz Montero, el cómplice del asesinato de Pedro Díaz Montero, el único hombre que ella había amado. Pedro, ese republicano idealista, inclinado a pensar en las necesidades de los demás más que en las propias.

María atravesó el umbral de la casa y comenzó a caminar rumbo al departamento. Con cada paso se alejaba del mundo íntimo de dolor que albergaba la residencia de los Díaz Montero y se sumergía en el turbulento universo impersonal que esa tarde le proponía Madrid.

En cada esquina se arremolinaban personas conmocionadas por la noticia de los nuevos levantamientos en Sevilla y varios lugares de la nación, que se sumaban al de Marruecos.

A través de los altavoces colocados en las calles de Alcalá, de la Montera y en la Gran Vía, los transeúntes escucharon que los ministros del gobierno instaban a la población a no perder la calma ni el orden. Pese a los levantamientos —aseguraban—, en el resto del país había tranquilidad.

Pero como las organizaciones sindicales habían decretado la huelga general y se encontraban en estado de alerta, los madrileños se habían volcado a las calles. Incrédulos, murmuraban reunidos en las esquinas, en las terrazas de los cafés, en los abastos y en los mercados. Bañados por el estupor y deseosos de proteger a la República, consultaban cómo armarse contra los posibles asaltantes de la ciudad.

Cuando la tarde caía, la Puerta del Sol concentraba a los hombres y las mujeres que bajaban de los barrios para escuchar los discursos. El numeroso grupo reunido frente al Ministerio de Gobernación permanecía absorto al oír la ponencia oficial, que ponderaba y reclamaba calma.

Pero era imposible calmar a la masa beligerante. Durante su marcha hacia el departamento, María se había topado con varios grupos que entonaban la consigna «¡Armas para el pueblo!». Los privilegiados mostraban revólveres y fusiles como si estuvieran en una trinchera, mientras que el resto se pasaba el dato: «Las Juventudes Socialistas tienen fusiles...», «En la calle de la Flor reparten pistolas».

María oyó que un muchacho le comentaba a otro que en Cuatro Caminos la gente construía una barricada. No fue una sorpresa; acababa de atravesar dos bocacalles donde los guardias de asalto vestidos con mono azul y carabina al brazo detenían y registraban los coches para apresar a los reaccionarios que aún permanecían en la ciudad, en tanto que aquellos que intentaran abandonarla serían atrapados por los controles apostados en las carreteras.

Para ese entonces, la cédula de identidad carecía de valor y los únicos salvoconductos válidos eran un carné sindical o de un partido de izquierda.

Claro que, como siempre, los poderosos se las arreglaban y algunos, como los Díaz Montero, ya habían conseguido unos falsos. Durante los trámites del sepelio de su hermano, Marcos había gestionado la documentación que les abriría el camino a Ladrada y un vehículo sencillo, muy diferente a los que utilizarían en un principio para escapar. Incluso, contaba con indicaciones certeras sobre qué camino tomar y cómo sortear el puesto de control. El dinero obtenido por la venta de vinos a Arturo Artoz debió destinarla íntegramente para solventar los nuevos gastos. Y, previsor, ya preparaba un monto semejante para el caso de que fuera necesario obtener el exilio en Francia u otro país de Europa.

María, al llegar a la puerta del edificio donde la esperaba Manolito, dio una última mirada a la ciudad y, no muy lejos de allí, pudo ver a un grupo de jóvenes que, enarbolando una bandera roja y negra, entonaba «La Internacional». Ella distinguió el inconfundible verso: «Agrupémonos todos en la lucha final» y la arenga de los que cerraban fila: «A las barricadas acudid, anarquistas».

Ellos, en medio de los hermosos y antiguos edificios, exhibían una algarabía propia de quien demuestra que no tiene temor ante lo que está por venir. Metrópoli y ciudadanos unidos componían una postal de juventud, arrojo, valor, ideales y belleza. Construían un cuadro mágico.

En poco tiempo y en ese mismo lugar, los españoles conformarían postales de horror y destrucción. En unas horas comenzaría la más cruel contienda de hermanos. Con el golpe militar fallido, la guerra civil hacía tímidamente su aparición, aunque había llegado para quedarse.

La medianoche dio paso al domingo y al inicio de un claro, luminoso y cálido día de verano. Pero ya nadie prestaría atención a la temperatura, ni a la fecha que marcaba el calendario. De ahora en más, el tiempo tendría otras unidades de medida: cuántas armas se conseguían, cuántas órdenes se recibían, cuántas raciones de comida se distribuían; se mediría por cuántos hermanos caían en la línea de fuego, cuántos partes de guerra se emitían, cuántas batallas se ganaban... o perdían.

La normalidad desaparecería de España por tres largos años porque el trigo permanecería en los campos sin recoger, los niños se quedarían sin jugar, los españoles pasarían hambre, los hogares serían destruidos por bombas, los muertos partirían sin despedida y los jardines de Madrid no tendrían flores. España se rajaría en dos mitades por un fuerte hachazo. Y dormir helado, tendido en el piso del metro, sería cosa de todos los días.

Beber un café alegremente en la Gran Vía, comprarse un vestido nuevo, cenar copiosamente o

disponer de un bonito centro de mesa con rosas serían recuerdos del pasado.

* * *

En su despacho del Ministerio de Marina, José Giral dictó el desesperado telegrama que recibiría el presidente francés: «Nos ha sorprendido peligroso golpe militar. Ruego ayuda con armas y aviones. Fraternalmente, Giral». La misiva no surtiría el efecto deseado, pues la ayuda no llegaría debido a que Francia e Inglaterra se obligarían mutuamente a abstenerse de participar en la contienda.

Alemania e Italia, en cambio, que ya apoyaban activamente al bando de los nacionales, en pocas horas enviarían sus aviones al rescate del general Francisco Franco, varado en África, dado que la Marina española, leal a la República, se negó a buscarlo. Diez flamantes naves alemanas y doce italianas aterrizarían en Marruecos para rescatar al militar y a su gente.

El mismo día en que el Marruecos hispano y su cielo ardían, en Madrid la casa de los Díaz Montero, también. Esta, como otras residencias de los potentados madrileños que se habían refugiado en las embajadas y el campo, era saqueada. A pesar de la pena de muerte establecida por la milicia para evitar los desvalijamientos, la situación se le iba de las manos al gobierno, pues pocos obedecían la orden de sacar sólo armas, colchones, mantas y víveres. Las checas enardecidas y salvajes se multiplicaban en las barriadas e infundían terror en las calles de Madrid. Durante la negra jornada en que una turba encegueda ingresó a la vivienda de los Díaz Montero muchos bienes fueron destrozados, quemados o robados. Así desaparecía para siempre, entre otros objetos valiosos, un tesoro familiar: el amado cuadro de El Greco, contemporáneo a la creación de «El expolio». En una gran fogata, con las gárgolas como testigos, los recuerdos violados ardían junto con las fotos de la familia. Y así se consumía una prueba que testificaba que, alguna vez, habían sido una familia feliz. La guerra devoraba lo que encontraba a su paso.

CAPÍTULO 21

CEMENTERIO DEL ESTE

Debido a la epidemia de cólera en 1884 surgió el cementerio de la Almudena como provisorio junto a la Necrópolis del Este, que se estaba construyendo. Actualmente ese nombre engloba el cementerio civil de Madrid y el cementerio hebreo. En él han sido inhumadas al menos cinco millones de personas. Se encuentra ubicado entre las avenidas de Daroca y de las Trece Rosas y la carretera M-23. Contra sus muros fueron fusiladas casi tres mil personas durante el franquismo.

Madrid, 2014

Era mediodía cuando Alba rechazó por tercera vez la llamada de Lupe. Se bajó del coche mientras imaginaba la nefasta invitación que deseaba extenderle su amiga. Llegó a La Bellota vestida de jean y suéter negro de cuello alto para buscar a Rafael un rato antes de su horario de salida. Desde que el museo había sido inaugurado, él realizaba tareas administrativas en el sector de Lola, donde se sentía cómodo. Además, estaba contento, pues le habían dado continuidad laboral.

Al subir al Audi, Rafa le contó a Alba cómo había sido su jornada y de inmediato planearon el recorrido que harían durante la siesta, que la aprovecharían para visitar el cementerio del Este y la casa de las gárgolas. Luego, Rafa iría a cumplir con sus responsabilidades en La Media Verónica porque, pese a la insistencia de Pepe, no aceptó tomarse la tarde libre. Ante la tozudez de Rafa, el viejo le dijo:

—Pues entonces tómate el tiempo que necesitas para las visitas porque hoy abriré más tarde.

Durante las últimas semanas, Pepe tenía horarios distintos y relajados. Muchas veces, incluso, salía con la excusa de realizar trámites. Tantas, que Rafa le comentó a Alba: «Pepe debe tener una novia». Ella, muerta de risa, le contestó que estaba loco.

Lo cierto era que el tiempo de trabajar en el bar iba llegando a su fin, y Rafa volvería a cantar al metro. Estaban muy agradecidos con Pepe porque el trabajo le había permitido permanecer cerca de Alba durante los primeros días de su convalecencia. Pero ya hacía bastante que ella desarrollaba su vida de manera independiente. Claro que siempre estaba monitoreada por Rafael, por Daniel, por el psicólogo y el psiquiatra, y hasta por Pepe. Asimismo, Rafael no podía evitar que le latiera fuerte el corazón cuando no le respondía rápido el teléfono; sabía que en estos casos las recaídas eran altamente probables y se ocupaba con ahínco de que no reincidiera.

Con la intención de ayudar, Rafael se había reunido con el psicólogo que la trataba, quien le explicó los tres grados de dependencia a las sustancias. El primero, de tipo social, se daba cuando la persona consumía porque su entorno se lo pedía; es decir, el típico caso de los que utilizaban estupefacientes porque se reunían con gente que los consumían. El segundo estadio se vinculaba con la dependencia emocional; en este caso, la persona necesitaba la sustancia para sentirse animada, para percibir las sensaciones placenteras que la droga daba. Cuando se transitaba este grado, le explicó el psicólogo, resultaba más difícil salir del circuito y abandonar la dependencia. Por último, el tercero, el peor y más grave: el de la dependencia física a una droga implicaba que el cuerpo la necesitaba y sus órganos se la exigían al punto de ser casi imposible abandonarla. Alba se encontraba en el segundo: dependiente emocional, y contra eso luchaba. Todo lo que fuera serenidad emocional le hacía bien.

Compartir tiempo de calidad resultaba indispensable para promover y favorecer su estabilidad general. Por ese motivo, ella misma había insistido en mostrarle el cementerio y la casa de las gárgolas.

Esa tarde, Alba condujo por la M-30 hasta la zona de Las Ventas rumbo al cementerio de la Almudena. Al llegar, estacionó el vehículo y se dirigieron a la bella entrada de arcos de estilo modernista con resabios de neomodéjar. Ella había ido al lugar en un par de oportunidades; una, la recordaba bien, cuando murió su abuelo Marcos. Pero para Rafael, que era su primera vez, la imagen de Dios padre ubicada en el arco central fue impactante. Caminaron unos pasos y ambos ingresaron a un submundo de sosiego y paz. La belleza de los jardines llenos de pájaros, la exquisitez de la capilla y los enormes y lejanos espacios —que los visitantes recorrían en un bus— a Rafa lo transportaban a otro universo, a una Madrid, para él, hasta entonces desconocida.

Alba y Rafa, abrigados con sus camperas de cuero, avanzaron de la mano hasta llegar al panteón de los Díaz Montero, ubicado muy cerca del perteneciente a la familia Zorrilla Alaber, ambos, con estilos similares. En silencio apreciaron ese sepulcro construido para el descanso eterno de los cuerpos. Era modernista, con detalles de vírgenes y santos, columnas y cúpula alta y negra, acompañadas de ventanas y puertas convexas. Alba le explicó que allí estaban sus abuelos, Sara y Marcos; y sus bisabuelos, Encarnación y Federico. El cuerpo de su tía abuela Ana había quedado en Francia porque así lo había dispuesto ella, pero que aquí también descansaba el de Pedro, quien había muerto joven y no había llegado a casarse.

—Tal vez —elucubró Rafa—, si él no se hubiera muerto, se habría casado con mi abuela. Se supone que ellos vivían juntos cuando falleció.

—¡Claro... y tú no estarías hoy aquí conmigo! Prefiero que haya sido como fue —dijo Alba abrazándolo por la cintura. Luego añadió—: Mira...

Ella señaló una placa grande y especial fijada en una de las paredes. Se acercaron para poder leerla. Estaba dedicada a Pedro y contenía palabras de despedida de su familia, dolida por lo joven que había partido de este mundo. Alba nunca antes le había prestado atención, le impresionó el dolor que había en ese mensaje. Ella no sabía, ni llegaría a saber, que quien la había redactado era su bisabuela Encarnación sentada en la sala de la casa de las gárgolas llorando sin parar.

En el mismo muro había otras tres placas también dedicadas al gemelo. Una, que llevaba muchas firmas, decía: «A PEDRO DÍAZ MONTERO, CON ADMIRACIÓN Y CARIÑO PORQUE SIEMPRE SE RECORDARÁ EN MADRID LO QUE ÉL HIZO POR LOS HUMILDES». Otra rezaba: «PARA PEDRO, PORQUE SOLAMENTE LAS ALMAS ESPECIALES SON LLAMADAS TAN PRONTO A LA ETERNIDAD. TU AMIGO JOAQUÍN ARDERÍUS». En la última se podía leer: «PEDRO, FIEL Y VALIENTE, HACEDOR DE SUEÑOS. TE RECUERDA CON ADMIRACIÓN EL PARTIDO SOCIALISTA».

Rafael comentó:

—Me da pena que este hombre se haya muerto tan joven. Se ve que fue alguien comprometido con la sociedad. Me gusta saber de él, me hace imaginar por qué lo quería mi abuela.

—Pedro era el único republicano de la familia. Eso trajo muchas discusiones.

—No debe haber sido fácil para él.

—Era un apasionado de sus convicciones, había escrito libros sobre ese tema. Lo asesinaron por sus ideales.

Rafa meditaba que esa, seguramente, debía ser una de las tristezas de las que María siempre se había negado a hablar, esas que habían sucedido en su otra vida, en la de Madrid, en la española. Un mar había partido su existencia en dos, y cada una le había quedado en un continente diferente.

—¿Dónde habrá vivido Pedro con mi abuela? —se preguntó Rafael a sí mismo en voz alta. Pero Alba le respondió:

—No lo sé. Pero si quieres, vamos a la casa de las gárgolas así la conoces. Allí él vivió con sus padres y mi abuelo hasta que se fue de la casa.

Ellos jamás podrían imaginar que Pedro y María habían vivido en el mismo edificio donde residía Chus. ¿Casualidades? ¿O causalidades? Como fuera, Madrid parecía grande pero a la hora del entretejido citadino de las relaciones humanas la capital era un pañuelo y sus dibujos bordados se comunicaban entre sí.

—Vamos a esa casa —propuso Rafa un tanto melancólico.

El encuentro con la muerte y sus lugares siempre impactaba, hacía pensar en la finitud de la vida y replantearse la existencia que se llevaba. Al meditar en las ausencias, se quería abrazar a los que habían partido, y también a los que sí estaban y eran importantes. A Alba, allí, podía tenderle los brazos; pero no a su hijo. Otra vez añoraba a Facundo.

Rafa y Alba se marcharon del cementerio, tomados uno de la cintura del otro, caminando despacio y en silencio, disfrutando del sol de ese frío día. Alba se deleitaba observando los pájaros cuando su teléfono volvió a sonar. Miró y cortó sin atender. Lupe, si lo deseaba, podía ser muy insistente.

Cerca de los arcos de la salida, ella fue la que al fin habló:

—Rafa...

—¿Sí...?

—¿Cuándo piensas volver a la Argentina?

—No sé la fecha exacta, pero ya estoy muy próximo. Llegué a España el primero de enero y cuando menos nos demos cuenta serán las Navidades.

«Ya estoy muy próximo...», pensó Alba y el corazón le latió fuerte. ¿Qué sería de ellos dos? Ella no deseaba separarse de él bajo ningún pretexto. Rafael se había convertido en una parte esencial de su vida. Y si él le decía que se iba al fin del mundo, ella lo seguiría.

—¿Iremos juntos?

—No sé si es buena idea. Tenemos que analizar qué es lo mejor.

—Pero regresarás, ¿verdad?

—Si no venís conmigo, ¡por supuesto!

—¿Pero cuándo regresarás exactamente?

—Alba, casi no tengo respuestas. Antes tengo que ver cuándo me iré...

La maldita distancia requería viajes, organización, dinero y mucha buena voluntad.

Siguieron caminando, cambiaron de tema y ese, al menos por el momento, pareció quedar olvidado. Pero Alba siguió pensando en la partida inminente. Verse obligada a separarse de

Rafael consistía en una raíz de amargura.

* * *

Si para Rafael y Alba había sido nostálgico visitar el cementerio, entrar a la casa de las gárgolas lo fue más. Había algo en esa propiedad que los transportaba a otra época, algo que justamente parecía tener que ver con ellos dos. Era una extraña sensación.

En su interior, la residencia conservaba algunos muebles finos pertenecientes a otras épocas. Pero hacía mucho tiempo que nadie la ocupaba. Por respeto a su último morador, la familia la había conservado tal como la había dejado Marcos y así se la habían alquilado a un extranjero amigo que, hasta su muerte, la habitó durante sus cortas estancias en España. Los Díaz Montero, cansados de mantener una vivienda tan grande, incómoda y a la que había que hacerle profundas reformas, habían aceptado la sugerencia del arquitecto, quien les propuso transformarla en cinco apartamentos.

Alba fue llevando a Rafael de la mano por cada cuarto mientras le daba las explicaciones pertinentes: que esta es la sala principal y que al hogar de la pared grande sus abuelos solían encenderlo durante los inviernos, que ese largo corredor llevaba al sector donde vivía la servidumbre, y que la zona con techo de vidrio en otra época había sido un invernadero.

—Ahora te mostraré lo más lindo que tiene la casa —dijo Alba y, abriendo la puerta, salieron al patio.

A pesar de que se notaba la falta de una mano amorosa sobre las plantas, el lugar se veía bien cuidado. Cada quince días, un jardinero mantenía el escaso verde que aún permanecía en pie en la casa, inclusive las plantas del balcón grande.

—Qué hermoso... no se puede creer que exista un vergel así en esta zona de Madrid —admiró Rafael caminando por el sendero que dividía el solar en dos.

—Sólo estuvo abandonado durante los años que duró la guerra civil. Mi abuelo solía contar que, cuando volvieron a habitarla, se dieron con que la casa había sido saqueada y que el patio era un páramo seco al que costó restaurar. ¡Ah...! Y las flores... Contaba que les llevó varias temporadas recuperar el esplendor de antaño, que toda la gente de Madrid se quejaba de lo mismo. Las flores no nacían.

—Puedo imaginar cuán querido debe haber sido este lugar para la familia.

—Siempre hubo alguien que lo cuidó. Primero, mi bisabuela Encarnación; luego, mi abuela Sara. Pero como ella murió joven y mi abuelo Marcos no volvió a casarse, el patio quedó a cargo del jardinero y desde entonces perdió algo del encanto.

—Es muy lindo —dijo Rafael admirando el cantero grande de las rosas.

—En la época de mi bisabuela, este patio y los balcones de la casa llegaron a ser famosos en el barrio... por lo hermosos, claro.

Rafael posó sus ojos en los rosales.

—Alba, no vas a creerlo pero mi abuela tenía un patio muy parecido en su casa.

—Claro que te creo. ¡Ella también era madrileña!

—Sí, y tenía un sector igual a este, con rosas —comentó Rafa señalando los rosales. Y agregó —: Ella solía decirnos que sus rosas eran españolas, que las había traído en el barco.

—¿Por qué no? Tal vez se llevó un gajo —dijo Alba soñadora.

Ambos se descubrían extraños, pues estar en ese lugar equivalía a unir dos épocas, dos mundos. Era traer a María y a los abuelos de Alba a ese patio. Incluso, a Pedro, porque después

de la visita al cementerio y de leer las placas recordatorias, Rafael sentía que lo había conocido.

Se sentaron en el banco junto a un pequeño limonero joven, quizá recientemente plantado. Se estaba muy bien allí. La paz inundaba el lugar. Ambos disfrutaban el momento; Rafa, inmensamente.

—Qué pena que transformen la propiedad en departamentos —dijo Rafael, que se vislumbró encantado viviendo en esa casa y en ese patio.

—Así es la vida moderna... ya nadie tiene tiempo de cuidar lugares como este.

—¿Sabés? Por un momento tuve un *déjà vu*. Me pareció que ya había estado antes en este lugar.

—¿Aquí?

—Sí, a veces, también suele pasarme cuando camino por algunas calles de Madrid.

—Pues a mí, Rafa, no me parece raro... Estás hecho de la misma carne que tu abuela, y ella vivió aquí. Algo tienen que sentir tus genes. Los científicos aseguran que el cuerpo tiene memoria.

Tal vez Alba tuviera razón, tal vez esa idea no fuera tan descabellada. Porque en su interior algo se conmocionaba cuando pisaba ciertos lugares de este país. Era verdad que su carne estaba hecha del mismo ADN de María, esa chica de ojos cristalinos que una vez había andado por esos mismos lugares que ahora le provocaban una intensa emoción. Porque aunque Rafael no reconocía los sitios, su piel, constituida de esos mismos genes, sí lo hacía, y lo llenaba de sensaciones fuertes y extrañas. Algo de María volvía a esos lugares en los pies de Rafael. Él estaba hecho de su sangre, y ese líquido elemento entendía lo que ocurría.

Ambos se quedaron un rato más sentados en el banco, guardando silencio, aspirando aromas perdidos, captando fragancias del pasado que parecían regresar. En ese patio siempre retumbarían las voces de Encarnación, de su marido, de sus hijos y la de María agradeciéndole que le regalara la rosa de Provenza.

Había transcurrido una hora cuando decidieron marcharse, el tiempo pasado allí les había dejado una sensación de placidez y se marchaban contentos. Comentaban la extraña y agradable experiencia vivida mientras se subían al coche rumbo a Vallecas, pues Rafa debía continuar en La Media Verónica, labor que quería cumplir a rajatabla como una forma de agradecimiento al viejo. Mientras que Alba continuaba negándose a las insistencias de Lupe, quien en el último mensaje le indicó que pasaría por el departamento de Vallecas.

* * *

Cuando Rafael y Alba llegaron al barrio, Pepe recién abría el bar. Les pareció raro dado que a esa hora habitualmente ya contaba con algunos parroquianos apostados en la barra. Desde el episodio de Alba, el viejo ya no tomaba clases de piano, hecho que tampoco resultaba normal. Cuando él los divisó a través del vidrio, los saludó con la mano invitándolos a pasar.

—¡Qué suerte que llegaron! Quiero hablarles.

—Cuéntanos, Pepe...

—¿Conmigo también? —preguntó Alba. Asumió que, si conversaban sobre el trabajo, ella sería un estorbo.

—Sí, con los dos, y como ya lo dijo el *Quijote*... —puso voz grave y declamó—: «Una confidencia, por lo general, tiene tanto de confianza como de indiscreción». Pero lo cierto es que hoy necesito ser indiscreto con ambos.

Los tres se sentaron alrededor de una de las mesas del bar. Ninguno hizo bromas como

acostumbraban gastarse. Había algo en el tono de su voz que preocupaba.

—Eh... —empezó a decir el viejo mirando por el vidrio de la ventana. Parecía querer relatarles algo y no se atrevía.

—Me asustás, Pepe, hablá de una vez... —ordenó Rafa.

La preocupación que percibió en sus rostros lo empujó al extremo contrario y optó por avanzar por otro camino. Y usando como pretexto su estilo abrupto y divertido, se salió del brete exclamando:

—Es que... ¡Como en la vida no todo es trabajar, me he dado el lujo de comprar las entradas para que vayamos a ver a El Cigala!

Rafael y Alba quedaron estupefactos, pues habían asumido que les daría una mala noticia y ahora salía con esto. Lo miraron durante unos instantes y se largaron a reír.

—Nos preocupaste... —respiró Rafa.

—¡Pepe! ¡Hombre, que has comprado para nosotros también! ¡Son caras! —exclamó Alba.

—Pues el dinero es para gastarlo en lo que disfrutamos. En realidad, compré cuatro, una para tu padre. No quiero que se ponga celoso y diga por allí que le he robado a la hija y al yerno.

—No creo que se oponga a que le robes al yerno. Tal vez hasta lo tome como un favor —comentó Rafa con picardía.

—Cállate, gilipollas... —dijo Alba pellizcándole el brazo.

—Se trata de un recital muy exclusivo que dará el día veinticuatro de diciembre.

—¿El día de Navidad?

—Sí.

—Todavía falta pero me encanta la idea —opinó Alba—. Después, si les apetece, los cuatro podríamos ir a cenar y festejar juntos.

—Me parece buena idea pasarla aquí en Madrid —dijo Rafa y luego, como si hablara para sí mismo, agregó—: ¡Quién sabe en qué país me encontrará la próxima Navidad!

Durante un rato los tres hablaron sobre el show que presenciarían en breve. Pepe se hallaba exaltado. En cambio, Alba estaba apesadumbrada, pues el último comentario de Rafael la había desestabilizado. La posibilidad de separarse por unos meses la angustiaba. Rafael, por su parte, se preguntaba qué sería lo que Pepe estuvo a punto de contarles y terminó callando.

Para asombro de la pareja, la charla le permitió a Pepe contar que era amigo lejano, pero amigo al fin, de El Cigala. Mientras lo escuchaban no sabían a qué atenerse porque a veces el viejo hablaba en serio y otras, en broma. Rafael no pudo dejar de preguntarle de dónde lo conocía.

—¡Hemos sido vecinos del glorioso barrio de Embajadores, chaval!

La charla, por lo entretenida, iba para largo pero los clientes comenzaron a llegar y a hacer sus pedidos. El trabajo llamaba. Alba decidió marcharse y los dos hombres comenzaron sus labores.

Ella subió las escaleras rumbo al apartamento pensando en el viaje de Rafael a su país. La idea le provocaba un gran dolor; y por unos instantes, llena de este negro sentimiento, un maléfico destello trajo a sus pensamientos el rostro de su amiga Lupe, y sus negras propuestas, esas que le había hecho durante todo el día y que significaban la posibilidad de borrar de un plumazo la horrible sensación que en ese momento punzaba su interior. Pero Alba, al identificar lo que su mente quería hacer para doblegar su voluntad, rechazó la idea y también el rostro de Lupe. De forma urgente, sentada en un escalón, le escribió que no viniera. Luego entró al departamento y, sentada en el silloncito bordó, se cuestionó: «¿Cuánto más podré aguantar? ¿Cuánto...?». Era una pregunta que se hacía a menudo. Sobre todo, ante el inminente viaje de Rafael y el dilema que le

provocaba no tener certezas de nada.



PIMIENTO

Capsicum annuum

HISTORIA: Se considera a México como su centro de domesticación, donde se han encontrado semillas en restos arqueológicos de 6500 a 5000 años a.C. Allí aún hay variedades silvestres, como la conocida popularmente con el nombre de «chiltepín» o «chile loco». Cristóbal Colón llevó semillas a Europa, desde donde se diseminó al Medio Oriente y África. En la actualidad, China es el mayor productor de este fruto.

USO MEDICINAL: El fruto es rico en vitamina C; su consumo facilita la cicatrización de heridas, regula el colesterol y aporta una alta dosis de ácido fólico. El té de flor del pimiento ayuda a reducir la hipertensión.

SIGNIFICADO: La flor del pimiento se identifica con la simplicidad.

DICE LA LEYENDA... que si una flor de pimiento se coloca sobre la torta de cumpleaños, el agasajado vivirá más años.

CAPÍTULO 22

LA FLOR DEL PIMIENTO Y DOÑA ISABEL

Madrid, 1936

Para que una planta de pimiento crezca, basta con sembrar la semilla en una maceta, dejarla al sol y regarla. En poco tiempo se obtendrá una buena cosecha. Previo al nacimiento del fruto aparece una flor blanca, que, no por pequeña, es menos bella.

Doña Isabel se acercó a las macetas donde había plantado las semillas del último pimiento que tuvo en sus manos y observó contenta que entre las hojas verdes había florecillas blancas. ¡Cuánto hacía que no veía una flor! Ya se había olvidado cuán lindas eran. Le pareció un milagro. Y lo mejor de todo: ¡pronto cosecharía pimientos! Por estos tiempos, los alimentos escaseaban y los madrileños debían formar largas colas para conseguir algo de harina, papas o carne, un poco de aceite de oliva, leche o chocolate.

El gobierno, próximo a instaurar el reparto de comida por cartillas, no podía desconocer que los adinerados especulaban y trapicheaban con los alimentos. Por eso, doña Isabel creía que ese mal no lo frenaría un cartón. Aunque en su mesa no había variedad, no podía quejarse, pues no pasaba hambre. Se las arreglaba. Y lo que recibía, lo compartía con los cercanos más necesitados.

Como esa tarde que cocinaba para sus visitas una tortilla de papas con tres huevos; pocos, pero suficientes para permitirse celebrarlo como una fiesta. Para coronar su obra, cortó la ramita verde con más hojas y la flor más grande. Un pimiento menos, se lamentó, pero nadie le quitaría la alegría de adornar su mantel con una florecilla. La colocó en un vaso de aluminio que ubicó en el centro de la mesa y luego miró la hora. En breve llegarían María y el niño. Hoy, además de esperarlos para comer, necesitaba contarles algo importante.

Antes de salir a la calle, María se dio una mirada en el espejo colgado en el recibidor, junto a la puerta, y se acomodó el cabello detrás de las orejas. De aquel corte moderno ya no quedaba nada. El pelo le había crecido y ahora lo llevaba suelto, bastante largo y no al hombro como antes. Se inspeccionó el rostro y se encontró demacrada, muy delgada. Desde la muerte de Pedro, nunca más había podido comer con normalidad. Desde la fatídica noche, se sentía mal del estómago, nauseosa y sin apetito. De todos modos, como la comida escaseaba, podía dejarle su ración a Manolito sin sufrir hambre. Tomó la cartera y le dijo a su hermano:

—Vamos, es la hora. Ponte un abrigo.

Los días empezaban a estar más frescos.

Manolito se calzó el jersey de rombos celestes, su preferido, y ambos salieron del edificio donde todavía vivían tomados de la mano rumbo a la casa azul. Su antigua casera, que solía recibirlos y compartir la mesa con ellos, le había advertido:

—No quiero que el pequeño pase hambre, niña. Si te quedas sin comida, te vienes para casa.

Y María, que al principio no había querido aceptar, ahora iba a menudo porque le daba pena escuchar cómo Manolito se quejaba de hambre.

Desde el inicio de la sublevación, coincidente con su desgracia, había intentado en vano

conseguir trabajo o una tarea que le permitiera recibir unas pocas pesetas. Pero en la ciudad alterada no abundaban las posibilidades de empleo. La gente cerraba sus tiendas y dejaba Madrid. Los que aún permanecían sólo pensaban en cómo subsistir el tiempo que durara la guerra. Claro que, también, por temor al inminente arribo de los fascistas, muchos abandonaban los pueblos y se radicaban en la metrópoli con sus muebles, trastos y herramientas de labranza. Igual que arribaban a la capital los periodistas de distintas partes del planeta que querían contar qué sucedía en España.

La normalidad había quedado suspendida en la caótica ciudad donde desfilaban las tropas de milicianos. La actual rutina incluía barricadas, corresponsales internacionales, pillos, mosquetes, trapicheo de víveres y cigarros, saqueos, discusiones, fusilados, fotografías, presos, tiros, desorientación y miedo. De balcón a balcón, las telas reafirmaban las proclamas que se habían difundido y que el pueblo había adoptado como grito de guerra: «¡NO PASARÁN!», «¡MADRID SERÁ LA TUMBA DEL FASCISMO!». Y en los muros se podía leer: «DISCIPLINA DE HIERRO EN EL EJÉRCITO POPULAR».

En las paredes del centro María había visto los carteles pintados por los estudiantes de bellas artes, que pedían ayuda al pueblo para salvar los cuadros y demás obras. Una comisión las recolectaba de museos, iglesias y casas particulares de los poderosos y las ponía a resguardo con el plan de sacarlas de Madrid antes de que el vandalismo o los ataques de los nacionales destruyeran el patrimonio artístico español.

La ciudad estaba extraña. Sus movimientos, aromas e imágenes sabían diferente. Hasta sus calles habían cambiado de nombres: la del Pastor ahora se llamaba Javier Bueno; la de San Isidro, Largo Caballero, y así muchas otras. Madrid se estremecía a cada hora con los sucesos anormales que se producían en sus barrios, fábricas y hospitales.

El bando nacionalista, el de los militares sublevados, pretendía tomar Madrid. Pero el pueblo, entusiasmado con la defensa y organizado para la resistencia, permanecía firme, en pie, soportando un alto precio, el de la falta de alimentos, falencia que, en el caso de María, se agravaba por su condición de desempleada. Parecía una viuda y no llevaba luto; parecía una madre soltera, pero era una hermana responsable.

María se percató de que su vestimenta contrastaba con la de la mayoría de los hombres y las mujeres jóvenes con las que se cruzaba a su paso. Su atuendo desentonaba con los monos y overoles oscuros que vestían los milicianos. Los hombres habían dejado los trajes; las mujeres, las prendas elegantes. Ella llevaba a Manolito de la mano; los milicianos, un fusil al brazo.

Al notarlo, reconoció que hubiera dado cualquier cosa por entregarse a la defensa de Madrid, pero debía pensar en su hermano porque ir a trabajar al comité significaba dejarlo solo todo el día. Además, últimamente el cuerpo no le respondía, carecía de fuerzas, como si su salud estuviera quebrantada y se hubiera contagiado una enfermedad. En un par de ocasiones había pasado por la sede de la Casa del Pueblo con la intención de ayudar, de colaborar en la organización, pero, exangüe, debió marcharse. En la última oportunidad, había regresado cansada, triste y con dos bolsas de comida porque, además de reconocerla, habían notado su fragilidad. Pero los víveres apenas si habían alcanzado para unos días. No podía volver por raciones extras si no cooperaba.

Al llegar a la esquina, María y Manolito se toparon con la barricada que los hombres habían construido un mes atrás con los adoquines que arrancaron de la calle durante los primeros días de la sublevación.

Cuando vieron pasar a María, lejos de pedirle el carné sindical, los milicianos se dedicaron a silbarla con admiración. No hacía falta exigirle que exhibiera su filiación; conocían bien el

peregrinaje de esa silueta.

El muchacho más extrovertido exclamó:

—Aquí viene mi muñequita rubia con su hermano. A ver, cariño, cuándo te pones el mono y vienes con nosotros a cuidar la calle.

Ella los saludó con la mano. Los tenía ubicados, eran buenos muchachos, republicanos de pura cepa que permanecían en Madrid para defender la República.

A pesar de la situación, aún reinaba el buen humor y muchos se saludaban con la mano en alto aclamando «¡Salud!».

Por la acera, dos calles más adelante, los hermanos se toparon con uno de los tantos confesionarios arrancados de las iglesias que ahora cumplían la función de recaudar donativos para solventar los gastos de la guerra.

Al llegar a la calle del Almendro, María se sentía agotada por completo. Por suerte, golpearon la puerta y doña Isabel los recibió con su calidez habitual y pronto los sentó a la mesa dispuesta para tres.

Cada vez que regresaba a esa casa, mirando a su alrededor, María se llenaba de recuerdos; su breve estancia allí había sido decisiva. Pensaba que quizá, más adelante, pudiera volver y alquilar un cuarto. Desconocía cuándo, pero sabía que pronto debería abandonar el departamento que compartió con Pedro. Los meses que él había pagado por adelantado pronto pasarían y ella no tenía cómo solventar el arrendamiento. Cuando el plazo se cumpliera, se vería obligada a marcharse. Esta preocupación, sumada a las demás, la mantenía con la mente en vilo.

—¡Pero, niña, qué callada estás! ¿Te sientes bien?

—Sí —dijo María sin mencionar que desde hacía un tiempo las fuerzas le fallaban.

—Pues alégrate un poco, porque mira lo que les he preparado... —dijo y descubrió el sartén con una tortilla de papas recién cocida.

El delicioso aroma se esparció por el ambiente.

—¡Qué rico! —exclamó Manolito.

La mujer la cortó en tres pedazos y sirvió uno en cada plato. Luego agregó:

—El pan, se los debo. Ya saben que resulta imposible conseguir aunque sea un trozo.

Los motivos sobaban: el sitio que sufría Madrid y la falta de trigo. Podían verse intactos los trigales camino a Sigüenza. Las espigas maduras habían rogado ser cortadas, pero, sin que nadie las recogiese, ahora se malograban en la planta. Los hombres, ocupados en la guerra, habían dejado perder la cosecha, una tarea que, por estos días, parecía trivial.

—Gracias, doña Isabel, gracias... —dijo María al borde de las lágrimas, que no hallaba palabras para reconocer el gesto de su antigua casera. Por estas épocas, convidar una tortilla equivalía a regalar una joya, ni más ni menos.

Manolito siguió a su hermana:

—Gracias, doña Isabel.

—Nada, niños, nada. ¡Coman de una vez! —propuso la mujer engullendo el primer bocado de su porción.

María tomó el tenedor y, al llevárselo a la boca, se percató del improvisado florero que adornaba la mesa.

—¡Oh, una flor! —exclamó sorprendida y, mientras probaba la tortilla, añadió—: Hace tanto que no veía una.

La miró embelesada, sus pupilas no captaban esa figura desde hacía meses.

—Sí, y mejor, niña, ni te cuento de dónde la he sacado, que ya me estoy arrepintiendo de haberla arrancado. Tendré un pimiento menos —explicó señalando la maceta de la ventana.

María, que entendió, sonrió; recordó la última frase que Pedro pronunció el día que murió en sus brazos.

Se lo contó a doña Isabel, pero, al traer a la mesa a Pedro, el primer bocado de la tortilla le quedó atravesado en la garganta.

—¿Nunca se supo nada de los asesinos de Pedro? —preguntó la mujer.

—No —dijo María abandonando el tenedor, algo descompuesta.

A partir de aquella trágica noche, en Madrid y en todo el país se había desatado una parafernalia de miles de asesinatos y fusilamientos. La de Pedro era una muerte más, y nadie se preocupó por averiguar qué pasó ni quién la perpetró.

Doña Isabel, al percatarse del lúgubre estado de María, decidió cambiar de tema. Si no la entretenía, pensó, no comería la tortilla, y la chica requería alimentarse. La veía extremadamente delgada.

La casera comenzó a hablar de los bombardeos a Sigüenza, de cuánto resistía la ciudad y de cómo el megáfono se había vuelto un arma esencial para los enfrentamientos. Durante las guardias, muchas veces los militares escuchaban cómo los milicianos los exhortaban del otro lado: «¡No luches contra tu propia clase! ¡Únete a nosotros!». De ese modo, algunos hombres alistados en contra de su voluntad tomaban coraje y terminaban cambiándose de bando.

Luego, Isabel y María repasaron la información que se conocía por la radio: los nombres de los pueblos ganados y perdidos por las milicias de la República. Mientras tanto, para su contento, Manolito engullía el segundo pedazo de tortilla y, de reojo, miraba las sobras del plato de su hermana, que ya estaba de sobremesa, prestándole atención a lo que la mujer quería decirle.

—Mira, niña, tengo que contarte...

Por el tono de su voz se trataba de algo serio. María se preocupó.

—¿Sí...? ¿Qué sucede?

—Me marcho de Madrid.

La noticia no la sorprendió. Por esos días la gente se mudaba, volvía al pueblo, a la casa de un pariente. Nadie parecía estar conforme con el lugar en que le tocaba vivir porque la guerra incomodaba a los madrileños, quienes pretendían mudarse a un sitio mejor, más seguro y con visos de normalidad.

—¿A dónde?

—A casa de mis primos, en Valencia.

—¿Y qué sucederá con sus pensionistas?

—Esa es la razón, hija, de mi decisión: mis inquilinos se marchan o no pueden pagarme, y tarde o temprano no tendré de qué vivir.

Manolito, que oía la conversación, hizo su intromisión.

—¿Y qué pasará con los pimientos? —dijo señalando las macetas.

Ambas se miraron sonriendo.

—Pues una planta te la daré a ti y las otras me las llevaré con mis bártulos.

Los tres rieron. Ellas, por la ocurrencia; el chico, porque se llevaría una planta que le daría pimientos. Por esos días, él tenía muy claro el valor de los alimentos.

—¿Qué piensa hacer con la casa? —preguntó María.

—Quedará cerrada, aunque estoy segura de que la tomarán los milicianos. Pero no me importa, prefiero que sea de ellos y no de los fascistas.

—Doña Isabel, que la mudanza sea con suerte —deseó María.

—Gracias. Y ustedes, niños, deberán cuidarse, que dicen que aquí se pondrá peor. Quise avisarles... porque la comida cada vez faltará más y...

—No se preocupe, doña Isabel —la interrumpió María—. Estoy segura de que estaremos bien —pronosticó sin convencimiento. ¿Qué otra cosa podía decirle?

Cuando llegó la hora de la despedida, doña Isabel fue por la planta de pimientos y se la entregó a Manolito. Luego los acompañó hasta la puerta y allí abrazó muy fuerte a María, y besó ruidosamente varias veces al niño. La mujer y María lagrimeaban, pues ambas sabían que terminaba una etapa. Algo dentro de ellas les decía que no se verían más. ¿Qué sucedería con sus vidas? ¿Qué pasaría con los españoles? ¿Qué acontecería con los habitantes de Madrid? ¿Y con sus hogares? No había respuestas. En esos días, la vida era sólo lucha.

A poco de desatarse el conflicto, en un reportaje concedido al periodista estadounidense Jay Allen, el general Francisco Franco había afirmado:

—Salvaré a España del marxismo, cueste lo que cueste.

—¿Eso significa que tendrá que matar a la mitad de España? —preguntó Allen.

—Repito: cueste lo que cueste.

Luego de esa categórica declaración, entrevistado y entrevistador no necesitaron explayarse más. Los lectores españoles habían comprendido perfectamente la profundidad de la frase: la lucha iba al todo o nada.

* * *

María y Manolito ya se habían alejado del barrio y, cuando iban a atravesar la Plaza Mayor, el niño, que llevaba la planta en la mano, notó que se desviaban del camino que los conducía al departamento.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a su hermana.

—Quiero ver algo —respondió y avanzó por la calle que llevaba a la plaza del Progreso.

Manolito, que reconoció dónde estaban, continuó en silencio. Y los hermanos, como cualquier vecino del barrio, pasaron por la puerta del bar Los Santos. María no dejaba traslucir su inquietud; sin embargo, el corazón le latía con violencia porque a través del vidrio había logrado divisar parte del interior, el mobiliario y la figura delgada de Aquiles Tormo. El lugar no había sufrido cambios y, pese a las dificultades económicas, contaba con parroquianos.

—Estaba don Aquiles... ¿Lo has visto? —le preguntó Manolito mirando hacia arriba buscando distinguir qué cara ponía su hermana.

Conmocionada, no le respondió.

El niño insistió:

—¿Lo has visto?

Ella respiró hondo y le dijo:

—Sí, lo vi. Ahora vamos a casa.

—¿Para qué vinimos?

—Porque sí... Sólo quería pasar —evitó darle explicaciones sin atreverse a poner en palabras el pensamiento que la había guiado hasta allí.

Estaba desesperada. Necesitaba que ocurriera algo extraordinario para que todo cambiase de golpe, meditó, sin saber que algo extraordinario estaba sucediendo. Más precisamente, en su interior.

* * *

En el bar Los Santos, su dueño se hallaba estupefacto, creía haber visto un fantasma. Apoyado en el mostrador, mientras observaba distraídamente hacia fuera a través del vidrio de su local, Aquiles vio pasar dos figuras tan parecidas a María y su hermano que quedó impactado. La semejanza —sobre todo, la del pequeño— le dio la impresión de que podían ser ellos, pues la muchacha tenía otro pelo y un cuerpo escuálido. Aquiles recordó la última vez en que la vio, cuando vino por su bolsa... tenía un aspecto tan diferente, estaba tan cambiada, que concluyó que esa chica que acababa de pasar enfrente de la taberna bien podía ser María. Pero ¿por qué había transitado por allí? No pudo evitar preguntarse cómo la estaría tratando la guerra y deseó fervientemente que un día, no muy lejano, cuando la situación recrudesciera, ella, que se le había negado, volviera para rogarle por trabajo. Sería el momento de servirle el plato de la venganza. Aunque para qué engañarse... También quería que regresara porque todavía pensaba en ella.

Luego del rodeo, María prefirió regresar al departamento andando por la Gran Vía y luego por la calle de San Bernardo, pues el ajetreo comercial le infundía cierta seguridad. Pero al doblar en la calle del Pez, a pocos pasos de su vivienda, los hermanos vieron cómo una persona caía del cuarto piso del edificio de la acera de enfrente y se estrellaba contra el suelo. El ruido a huesos rotos los detuvo en seco.

Enseguida, varias personas corrieron hacia el lugar del impacto. Pero los gritos de desesperación, al darse con el cuerpo sin vida, sólo le agregaron dramatismo al cuadro.

María le tapó los ojos a su hermano, que, aun sin ver, quiso saber qué había sucedido.

—¿Se cayó?

—Seguramente —respondió, aunque estaba segura de lo contrario. O alguien la había lanzado o la persona había tomado la decisión de arrojarse.

—Ve, entra a casa —le pidió María—. Yo veré si puedo echar una mano.

Manolito obedeció y ella se acercó.

En el suelo, rodeado por un manchón de sangre, yacía el cuerpo inerte y desencajado de una mujer. A su lado, otras tres lloraban sin consuelo. Por lo que María logró escuchar, comprendió que eran sus hermanas. Ni ella ni nadie podían hacer algo por la pobre infeliz.

Un vecino relató entre los presentes que la sublevación había pillado a la mujer de visita en Madrid mientras que su hijo de diecisiete años y su esposo habían quedado en Badajoz, donde —acababan de informarle— ambos habían sido asesinados en la plaza de toros junto con otros paisanos republicanos.

María conocía la noticia que había circulado durante la semana y que había conmocionado a propios y extraños, pues, aunque ni los corresponsales extranjeros ni los periodistas locales acertaban en la cifra final —oscilaba entre mil y cuatro mil—, todos coincidían en llamar «masacre» a los fusilamientos producidos a manos de los soldados marroquíes contratados que respondían al bando nacional.

En una escena dantesca, miles de civiles y militares republicanos fueron encerrados en la plaza de toros de Badajoz y fusilados en pelotones de veinte en veinte ante la fervorosa mirada de los nacionalistas que, instalados en las gradas, vociferaban como un domingo de feria taurina. Sin arte ni verónicas, hasta embanderillaron a las presas antes de quitarles la vida.

En el *Journal de Genève*, su reportero Jacques Bretel cronicaba: «Alrededor de mil doscientas personas han sido fusiladas. Hemos visto las aceras de la Comandancia Militar empapadas de sangre. Los arrestos y las ejecuciones en masa continúan en la plaza de toros. Las calles de la ciudad están acibilladas de balas, cubiertas de vidrios, de tejas y de cadáveres abandonados. Sólo en la calle de San Juan hay trescientos cuerpos».

Ante los detalles que aportaba el vecino y los lamentos de las mujeres, que clamaban justicia,

María agradeció que ella y su hermano sólo estuvieran pasando hambre, manifestación menor del horror.

«Fiera guerra esta», meditó. Y recordó aquella advertencia de Pedro: «Si la rebelión militar es grande, el resultado será terrible porque el pueblo defenderá la República». Batalla tras batalla, bañados de sangre y más sangre, la conjetura se había hecho realidad.

María se despidió del hombre y subió a su casa. En esta circunstancia, lo mejor que podía hacer era estrecharse en un abrazo con su hermano y leerle un libro de cuentos. Esa tarde, con comida en la barriga, lo más importante era estar juntos. Lo que harían al día siguiente ya se vería.

* * *

Esa mañana María se levantó temprano. Durante la noche las bombas habían caído en la zona oeste, sobre todo, en el barrio de Argüelles, poblado de imprentas. Pero a ella le preocupaba otra cosa. En un rato su hermano se despertaría famélico, luego de marcharse a la cama con un minúsculo plato de lentejas en su estómago. Anticipándose al hambre que tendría, rebuscó en la cocina hasta que halló dientes de ajo, un poco de aceite y un puñadito de ciruelas pasas. Necesitaba conseguir alimentos.

Las prácticas rutinarias —preparar un almuerzo, sentarse a la mesa— se volvían difíciles, cuando no imposibles, de llevar adelante.

Sin importarle cuán débil se sintiera, María planeaba visitar la Casa del Pueblo y colaborar, única opción si quería conseguir comida. Estaba segura de que allí le darían víveres, al menos, en memoria de Pedro porque muchos la recordaban como su mujer. Trabajaría hasta el mediodía y regresaría con algo para llevarse a la boca. En una breve nota, le explicó a Manolito lo que haría para evitar que se preocupara ante su ausencia. Sobre la mesa le dejó las ciruelas pasas —al menos, tendría con qué entretener el estómago— y abandonó la casa con sigilo para no despertarlo.

Apenas puso un pie en la calle, se sintió cansada y mareada. Sospechó que podía haber contraído una enfermedad mala y que, tal vez, debía ir al hospital. ¿Qué sucedería con Manolito si a ella le pasaba algo? La respuesta a esa pregunta no la soportaba.

«Madrid sigue igual de caótica», pensó al tener que suspender su marcha para darles paso a los camiones cargados de milicianos que cantaban alegres cancioncillas de victoria, seguidos por dos carros atiborrados de bártulos de una mudanza; sumado a que las paredes del barrio se mostraban íntegramente empapeladas de afiches revolucionarios. Aunque luego reflexionó: «Este caos no es malo, pues los madrileños luchan unidos por la República sin importar su pertenencia partidaria». Desde la sublevación militar se habían reducido las divisiones entre los que ahora cerraban filas para defender la ciudad.

El malestar que la aquejaba le impidió disfrutar del nuevo clima que se respiraba. De haberse sentido mejor, probablemente vestiría overol y un birrete y lucharía codo a codo con los demás. Pero apenas si podía caminar para encontrar comida.

Y así, deteniéndose por tramos, llegó a la Casa del Pueblo. Allí, las secretarías de los sindicatos no daban abasto, el café no tenía respiro con las noticias sobre el incendio desatado en la cárcel Modelo, la biblioteca del piso superior servía de sala de reuniones y los dos salones, el chico y el grande, bullían con el centenar de personas que parecían muy ocupadas con el almacén de víveres que ahora funcionaba en el lugar. Antes de la sublevación, los bustos de Marx y Pablo Iglesias habían sido testigos de discursos grandilocuentes, como el último de Pedro, pero ahora

tocaba hacer, poner manos a la obra, dirigir la defensa de Madrid, como sugerían los frescos de Quintanilla Isasi, «El pueblo en marcha», que decoraban el salón grande. En una punta, un muchacho atendía los requerimientos de vivienda de las familias que habían abandonado sus pueblos por los ataques y venían a instalarse en Madrid. A fin de darles casa, se había confeccionado un listado con las grandes residencias que los ricos habían dejado en su huida de la ciudad. Un poco más allá, una mujer entregaba remedios a cambio de una autorización. Enfrente, un hombre sellaba una gran pila de papeles —permisos, visados, credenciales— y los entregaba uno a uno a los miembros del partido que los requerían. Parecía que en estas épocas cada movimiento necesitaba un documento que lo respaldara. Además, cuando se trataba de aprovisionar a las milicias, como el dinero no corría, las organizaciones utilizaban vales de compra que se cambiaban por mercaderías, lo que suponía un engorroso papelerío.

María observó su entorno y, entre varios rostros, encontró uno conocido, el de una muchacha de cabello rojo integrante de las JSU. Se acercó y se saludaron efusivamente. La chica sabía bien la historia de María, pero no mencionó a Pedro ni las circunstancias de su fallecimiento. La muerte, tan corriente por estos días, había dejado en el olvido la de Díaz Montero.

María se ofreció para trabajar y la joven enseguida la guio hasta donde había dos mujeres armando paquetes con zapatos, chaquetas y latas de conserva que se enviarían al frente. Las muchachas miraron a la recién llegada con cara de pocos amigos. Con una seña, la más perspicaz le pidió a la pelirroja que se acercara y le cuchicheó algo al oído. Pero la joven respondió en voz alta:

—Quédense tranquilas: es la mujer de un camarada caído, alguien de extrema confianza — dijo con autoridad y se marchó.

María agradeció que, al fin, alguien recordara a Pedro, aunque no había pronunciado ni siquiera su apellido. Ojalá lo hubiera nombrado. Para ella habría sido música: «Pedro Díaz Montero», dijo para sus adentros y el rostro de Pedro y su hermosa sonrisa vinieron a su mente mientras preparaba los paquetes. Él ya no estaba; sin embargo, ella todavía lo amaba. ¿Cómo se hacía para seguir vivo cuando se había muerto una parte esencial de uno mismo? ¿Cómo se respiraba cuando se amaba a alguien que ya no se hallaba en este mundo?

* * *

María llevaba varias horas armando bultos para el frente cuando, al límite de sus fuerzas, a punto del desmayo, decidió que había llegado el momento de partir. Una de las chicas ya había sido reemplazada y María, comprendiendo que podría retirarse, observó el salón para buscar a la pelirroja con la intención de pedirle víveres. Pero no la halló por ningún lado. Esperó un rato y decidió avisarle a su compañera que debía marcharse. La muchacha, al oír su explicación, asintió con la cabeza.

María tenía claro que no podía volver a su casa sin comida para Manolito. Para eso había colaborado durante buena parte de la mañana. Entonces, sin remordimiento, movida por el agotamiento y el hambre, confesó sin vueltas:

—Necesito comida. Mi hermano y yo estamos pasando hambre.

La chica, observando su delgadez, concluyó que no mentía.

—Toma, llévate una —dijo y le extendió una lata grande.

María la interrogó con los ojos, indecisa, sin saber si debía aceptarla o no. Le preguntó:

—¿No me dirán nada?

La muchacha dudó. Al fin exclamó:

—¡Ya, métetela entre la ropa, mujer, que aquí todos están ocupados! Nadie morirá por una lata menos.

María la sostuvo en la mano, miró su falda y la blusa; imposible esconderla. El tiempo, agradable aún, no exigía abrigo. Entonces, con la venia de la muchacha, dio la media vuelta y atravesó el salón con el tesoro a la vista. Caminó entre el gentío, ajeno a su presencia. Nadie le impediría llevarse su alimento. Nadie la detuvo. Nadie pareció percatarse de que la muchacha rubia llevaba algo en las manos.

Cuando se dio cuenta, María ya estaba en la calle. Y la lata de sardinas era suya. La olió buscando el delicioso aroma a pescado, pero no sintió nada. ¡En qué estaba pensando! ¡Era una lata! Imaginó el contenido y se desesperó por probarlo. Casi podía sentir el sabor en su boca inundada de saliva pidiendo alimento. Entonces, el hambre se impuso al cansancio y logró que apurara sus pasos.

Al llegar al departamento, Manolito ya tenía la mesa puesta: dos platos, dos tenedores y dos vasos. María se enterneció al comprobar que su hermano en ningún momento había creído que regresaría con las manos vacías. Más allá de las circunstancias, el niño confiaba firmemente en ella, como hace un hijo con sus padres.

Se sentaron a la mesa y, luego de abrirla, María dividió su contenido en cuatro partes: dos para mañana, una grande para su hermano y otra más pequeña para ella, aunque no pudo terminarla. Las náuseas la atacaron otra vez y tuvo que esforzarse para no vomitar. Tragó saliva y apretó fuerte los ojos. No podía darse el lujo de que se perdiera esa comida. ¿Quién podía saber cuándo conseguiría más?

—¿Te encuentras bien, Mayi? —preguntó Manolito, que percibía el estado de su hermana.

—Sí... Bueno, más o menos.

Fue lo único que se atrevió a decirle. Realmente se sentía mal y, a estas alturas, temía un fatal desenlace.

—Ve a acostarte, que yo recogeré la mesa —dijo el niño.

Ella asintió y se acostó un rato en el silloncito de la sala, donde se quedó dormida.

La despertaron los gritos que entraban por la ventana. Aguzó el oído y reconoció las voces de sus vecinas, las tres hermanas de la mujer de Badajoz. Pese a convivir a diario con la muerte, el caso de la suicida se había vuelto famoso en la ciudad. Las mujeres, que no habían dejado de relatarlo a quien quisiera oír las alimentando el odio contra los nacionalistas que habían desencadenado la desgracia familiar, ahora promovían que los vecinos las acompañaran a la cárcel Modelo para impedir la fuga de los falangistas que apoyaban el alzamiento.

El rumor creciente, difundido por un periódico, indicaba que los presidiarios pertenecientes al bando nacional, tanto civiles como militares, sintiéndose victoriosos y envalentonados por las batallas ganadas por el Ejército, planeaban fugarse. La creciente indignación de los madrileños había motivado que el Comité Provincial de Investigación Pública de Madrid, responsable de controlar la represión contra los sublevados, al mando del miliciano Felipe Sandoval, se apersonara para comprobar la veracidad de la sospecha.

María sabía —lo habían comentado profusamente esa mañana en la Casa del Pueblo— que la cárcel había sufrido un incendio, que el fuego se había iniciado en la galería que ocupaban los falangistas y que la ametralladora de los milicianos apostada en la azotea no había dudado en disparar para contener el tumulto.

Mientras Manolito aún dormía ajeno al revuelo, María vio desde su ventana cómo una multitud, encendida y guiada por las tres hermanas, desaparecía por la bocacalle en dirección a la

cárcel con el propósito de ajusticiar a los promotores de la sublevación.

María siguió el curso de los acontecimientos a través de los partes radiales. En uno se mencionaba que, aprovechando el ingreso de los bomberos, algunos presos habían huido. Cuando el niño despertó y preguntó qué sucedía, su hermana le explicó la grave situación.

Las autoridades llegaron a la cárcel y se encontraron con una multitud enfurecida que reclamaba la liberación de los presos comunes. Caso contrario, amenazaban con entrar por la fuerza para matar a los falangistas que aún permanecían confinados. Tras rápidas gestiones, el director obtuvo el permiso para la liberación. Sin embargo, cuando se iba a hacer efectiva la orden, descubrieron que ya habían dejado escapar a doscientos presos comunes.

En medio de la confusión, a las siete de la tarde se liberó al resto de los reclusos. Pero los treinta más peligrosos de la derecha, juzgados en forma sumaria, pocas horas después fueron ejecutados en el sótano de la cárcel.

Madrid entera hablaba de que esos fusilamientos fueron la respuesta republicana a la masacre de Badajoz.

Entrada la noche, María oyó a las hermanas festejar y llorar al mismo tiempo. La venganza tenía un sabor tremendamente fuerte y gustoso, pero amargo y venenoso. Porque nada devolvería a los muertos queridos. Nada.

* * *

El domingo lo pasaron con la ración de sardinas que había guardado. Pero a la mañana siguiente, María se despertó y otra vez tuvo que lidiar con el mismo desesperante problema. En la casa no había comida y tampoco se le ocurría cómo obtenerla. Mientras Manolito dormía, ella debía encontrar una solución.

Se sentó en el silloncito y luego de sopesar las ideas que había cavilado desde el día anterior, atrapada, sin salida, tomó una terrible decisión: se presentaría en Los Santos. Tal vez, Aquiles pudiera emplearla.

Se quitó la falda y la vieja blusa rosa tejida. Como no se sentía cómoda con los colores claros, se calzó el vestido azul marino, la única prenda lo suficientemente oscura que le permitía exteriorizar el luto. Mirándose en el espejo, descubrió que el cabello le caía otra vez largo sobre la espalda. Asumió que debía acicalarlo, pero apenas se pasó el peine lo justo y necesario para no estar desalineada. De ninguna manera quería que Aquiles la viera atractiva. Sólo deseaba un trabajo, más exactamente quería... comida.

Salió a la calle sin cartera. Con las costumbres y las prioridades alteradas, ya nadie se preocupaba por accesorios superfluos. En cambio, la pesadumbre de la muerte que se extendía cada día se dejaba sentir en forma de llanto y lamento. Especialmente ese día silencioso en que los deudos iban en procesión hacia el cementerio.

La distancia hasta el bar se le hizo eterna. «Ojalá tuviera una bicicleta», pensó. Los tranvías habían vuelto a suspender sus líneas.

Cuando llegó, permaneció unos instantes frente a la puerta de Los Santos. Caviló durante unos segundos luchando contra dos fuerzas interiores: una, la sensata, le decía que no atravesara ese umbral; la otra, la sensible, la del hambre, porfiaba. Su cuerpo famélico le ganó la pulseada a la razón.

Un pie adelante, el otro, dio dos pasos e ingresó. La figura de Aquiles no había sufrido alteraciones: calvo, delgado pero con la tripa abultada y el ceño, formado por una sola línea,

fruncido. María avanzó. Tormo secaba vasos mientras la observaba; él la había descubierto desde el instante en que llegó y, dubitativa, se detuvo en la entrada.

Se saludaron parcamente. Ella sabía a qué venía. Él, también. La chica lucía demacrada y delgada. Aun así, era necesario ponerlo en palabras. Hablar.

Aquiles supo que su sueño —una pesadilla para María— se había hecho realidad. Después de imaginarla tantas veces regresando arrepentida, rogándole por trabajo, al fin la tenía en una mano.

Él abandonó el mostrador y con una seña le indicó que tomara asiento en una de las mesas, junto a la pared. El bar estaba desierto. Apenas dos parroquianos tomaban café mientras conversaban ensimismados, en voz baja.

María se lo largó sin rodeos:

—Necesito trabajar, y quizás usted...

Ella no pensaba explicarle lo que había vivido en los últimos meses.

—¡Ay, niña, qué cosa esta guerra! ¡Nos deja a todos de brazos caídos!

Él no pensaba preguntarle qué le había sucedido en los últimos meses.

—Mi hermano y yo no tenemos comida, estamos pasando hambre.

—Ya, ya... Puedo imaginarlo. ¡Todo se ha trastocado! No creas que para mí es fácil. No hay billetes circulando, ni harina para el pan, café apenas si consigo, bebidas alcohólicas las obtengo por un contacto... Echa tú las cuentas. Y los clientes, ya ves, cada vez son menos. Si hasta he alquilado el cuarto de atrás.

Explicaciones demasiado largas para una conversación que recién comenzaba. ¿Acaso Aquiles le estaba diciendo que no? Pues si era así, que se lo soltara de una vez y ella se marcharía de inmediato. Se lo preguntó:

—Pero ¿puede emplearme o no? Realmente preciso trabajar. Aunque sea por la comida.

—Mira, la verdad sea dicha, niña: no preciso a nadie. Cómo será que he despedido a Ramón. Con la poca gente que entra, lo que hago yo alcanza y sobra.

—Entiendo... —dijo María empezando a ponerse de pie.

—Espera, espera... que yo... para que ustedes no pasen hambre, y en memoria de tu finado padre, puedo hacer un sacrificio y tomarte.

—¿De veras?

El rostro de María se iluminó.

—Claro. Pero tendríamos que arreglar bajo qué términos.

María se sentó de nuevo.

—Yo no podré pagarte. Pero te daría casa y comida, como antes.

—No necesito más.

María sabía que trabajo con salario en metálico no hallaría ni debajo de las piedras del Manzanares.

—Igual que antes... casa y comida, pero...

—Dígame... —expresó ansiosa.

—Como te dije, niña, he alquilado el cuartucho. Allí ahora vive mi amiguete Ángel, así que ustedes tendrían que dormir en la casa.

María se puso en alerta.

—Seré sincero, niña, si quieres quedarte aquí, tendrías que dormir conmigo... en mi cuarto.

—¿Con usted?

—Sí, en mi cama. Y al chavalito le armaríamos un catre en la cocina. Pues así están las cosas. Todo ha cambiado.

Ella se mantuvo en silencio, mascando bronca y resignación, hasta que al fin respondió:

—Pues eso sí que no lo tenía en mente. No creo que acepte su propuesta.

—Pues piénsatelo, los tiempos están difíciles. Ya no hay olor a tomillo y espliego. A mí me vendría bien tener una mujer, y a ti, un hombre que te dé casa, comida y protección.

María se puso de pie lamentándose por su ingenuidad. «Las cosas en Los Santos no han cambiado.»

Aquiles percibió su contrariedad y, para doblar su voluntad, trató de sonar como antes, cuando su lado benevolente y sus buenas intenciones eran reales:

—Mira, niña, yo podría cuidar a Manolito como si fuera su padre. Y si se diera el caso, hasta podríamos tener un hijo que crezca como su hermano. ¡Ea! —se ilusionó—. ¿Por qué no?

La mirada de María se cargó de horror, lo saludó y salió a la calle alterada, convencida de que se trataba de una vileza propia de un descarriado.

Aquiles, aún sentado a la mesa, reflexionó y fue sincero consigo: no deseaba concebir un hijo con esta mujerzuela que, seguramente, ya se había echado unos polvos con otros hombres, empezando por los hermanos de La Bellota. Si ella volvía a esta casa, la trataría como lo que era: una puta.

Durante el tedioso regreso al departamento, María se topó con mujeres mendigando. ¿Acaso ese sería su destino? No halló solución. Seguía sin comida y sin trabajo. Al llegar, descubrió que, por suerte, Manolito aún dormía. Se quitó el vestido y volvió a ponerse la falda y la vieja blusa rosa tejida. Completamente desalentada se sentó en el silloncito de la sala. Todavía meditaba qué hacer cuando escuchó que golpeaban a la puerta. Se esperanzó. ¿Se trataría de un vecino que, adivinando sus penurias, le traía alimentos?

Cuando abrió la puerta, se encontró con un hombre mayor, de gafas y aire intelectual. Parecía el típico madrileño que con el advenimiento de la República había dejado atrás los trajes para salvar el pellejo disfrazado —ahora— de proletario. En este extraño y peligroso mundo que resultaba la Madrid actual, una ropa equivocada podía ser causal de muerte.

—Señorita, soy Fernando Contreras, administrador de los apartamentos.

María le extendió la mano y se presentó. Ya podía imaginarse a qué debía su visita. Por su forma de hilar las palabras y de actuar, comprendió que el hombre se hacía pasar por empleado, pues un propietario de edificios podía ser ajusticiado por su fortuna.

Tras dos frases, también advirtió que Contreras estaba muy al tanto de la muerte de Pedro. Conocía detalles de su historia y de la relación que ella había mantenido. El hombre quiso saber si seguiría viviendo en el piso.

—Porque si es así, señorita, en una semana usted debería pagarme —dijo mirando con descaro las curvas del busto que a María se le marcaban a través de la blusa tejida.

—Por ahora, señor, no tengo el dinero, pero tal vez pueda conseguirlo... —respondió María cruzando los brazos para evitar esa mirada que ella conocía bien.

—¿Podría...? Hum... ¿Cuándo? Porque yo no puedo esperarla tanto...

—¿Me daría usted dos semanas?

—Puedo darle tres o cuatro, si quiere. Piénselo. La semana que viene, cuando cambia el mes, vendré a esta misma hora... Y, si quiere, comienza a pagarme.

—Pero no tendré el dinero tan pronto...

—Niña, por favor, somos grandes y Madrid está revuelta. Así que si quieres una casa para vivir, debes pagarme de alguna manera. Aceptaré que pagues sin dinero sólo porque me agradas. No hago esto con cualquiera.

María entendió. Era el segundo hombre que en el día le proponía lo mismo. Evidentemente, la guerra hacía florecer en las personas sus peores miserias.

Ofendida, le respondió:

—No creo que me interese su oferta.

—De todas formas, niña, pasaré cuando cambie el mes. Ya sea para que me pagues... o para que me entregues la llave y desocupes el piso —dijo Contreras mientras posaba otra vez la mirada en los pechos de su inquilina.

Cuando el hombre se hubo marchado, María cerró la puerta y quiso llorar. Pero no pudo, ya no le quedaban lágrimas; debía continuar. Fue hasta la pared de la cocina donde Pedro había colgado el calendario de La Bellota repleto de soles amarillos y se puso a sacar cuentas de los días que le quedaban hasta principio de mes, fecha en que Contreras pasaría. Miraba los días y trataba de organizar su partida. Tal vez en las proximidades encontrara un edificio abandonado, una casa... Observaba los soles del almanaque cuando lo descubrió: dos más dos son cuatro. Y julio, agosto y, pronto, septiembre... tres meses.

—¡No puede ser!

Volvió a mirar los cuadraditos que correspondían a cada día en el almanaque y llegó a la tremenda conclusión: estaba embarazada. Hacía dos meses que no le venía la regla. Con la muerte de Pedro, las tristezas, los problemas y el hambre no se había percatado. ¡Por eso eran las náuseas! ¡Por eso se sentía mal! No la atacaba ninguna terrible enfermedad. Ni dejaría solo a Manolito. Ella sería madre.

Madre de un hijo de Pedro. «Madre...», suspiró. La palabra le supo a miel.

Una mezcla de alegría y preocupación se apoderó de su ser. Ella, que había creído que de Pedro no le quedaba nada, ahora se enteraba de que en su seno crecía un niño del hombre que había amado.

Pero con el descubrimiento vino a sumarse otro problema: dos criaturas dependían de ella. No podía darse por vencida. Tenía que ser fuerte. Resistir.

Se tocó la panza mientras repetía: «¡Embarazada! ¡Embarazada!». Y los ojos se le llenaron de lágrimas. Este hijo era como agua para una flor, le daba nuevas fuerzas. La empujaba a continuar.

Debía subsistir a cualquier costa, resistir como fuere. Tenía que salvar a su hermano y a ese bebé que llevaría la preciosa sangre de Pedro. Pudo imaginar la criatura con los ojos oscuros y el corazón lleno de ideales, como Pedro, y entonces lo resolvió. No podía largarse y vivir debajo del puente de la indigencia como les había visto hacer a muchas mujeres porque, al fin y al cabo, terminaría acostándose con hombres por comida.

Tras un largo debate interior, caminando nerviosa por la salita, decidió que volvería a lo de Aquiles y le propondría un trato.

Espió a Manolito y comprobó que seguía dormido. Sin vacilar, salió a la calle. Atacada por nuevas molestias, hizo dos arcadas y, apoyándose en un árbol, vomitó líquido en el cantero. Luego siguió caminando. Aclarado el origen de su malestar, aquel temor a una enfermedad desapareció. Nada la asustaba. Al contrario: la idea de un hijo cambiaba su interior, sus límites, sus fuerzas. Se sintió suficientemente fuerte para enfrentar lo que estaba por hacer y recorrió el mismo camino. Pero en esta ocasión, las calles no le supieron igual. Ella llevaba un hijo en su vientre. «¡Embarazada de Pedro!», repitió. Y su ser se conmocionó.

Aquiles se sorprendió al verla traspasar la puerta de su local. Pero pronto comprendió que el orgullo le había durado dos horas. Esta vez, él no se movió del mostrador. Incólume, muy pagado de sí mismo, dejó que ella se acercara y, cuando la tuvo enfrente, le preguntó:

—¿A qué se debe tu regreso?

—Necesito hablar sobre su propuesta.

—Dime... —dijo entusiasmado. No pudo evitar que se le notara en la voz y que le brillaran

los ojos. Si había vuelto era por algo...

—He decidido aceptarla.

—Pues vaya, vaya, que me has sorprendido... agradablemente, claro.

—Acepto. Pero tengo algunas condiciones.

—Habla, muchacha...

—Mi hermano y yo viviremos con usted en esta casa. Realizaré las tareas necesarias: fregar, cocinar, atender la cafetería y lo que mande. Pero a su cama sólo iré dos veces a la semana. El resto, dormiré con mi hermano en la cocina.

—¡Mujer, que no es lo que había pensado!

María inspiró ruidosamente mientras fijaba la vista en la calle a través del vidrio de la ventana. Ese mismo día, más temprano que tarde, su hermano y ella deberían llevarse algo a la boca. Entonces agudizó su ingenio, y relajó sus límites. Al fin agregó:

—A su cama iré tres noches: lunes, miércoles y viernes. Pero sólo tendremos sexo y volveré a dormir con el niño. No quiero que mi hermano se entere.

A Tormo, la palabra «sexo» le sonó a musiquilla. María entendía bien qué estaban mercando y de qué iba el trato. Meditó unos segundos y dijo:

—Vale, vale. Me parece bien.

No precisaba dormir con ella. En otra época lo había deseado pero ahora ya no le interesaba. Hasta podría ser incómodo. Le bastaba con poseerla. Y tres veces a la semana —casi día de por medio— sería adecuado para su edad, que ya no estaba para satisfacer calenturas de mozalbete ni echarse al jergón a un ritmo diario, que al final, tampoco ella podría responderle después de partirse la espalda fregando en el bar y la casa. Le pareció un buen arreglo.

—¡Trato hecho! —exclamó intentando tomarle la mano. Pero ella, disimuladamente, la corrió.

—Me marchó para buscar mis cosas.

—Ve, que aquí te espero.

María caminó hacia la puerta. Se hallaba vacía; salvo, de una palabra: «resistir». El vocablo repiqueteaba en su interior desde el momento en que tomó la decisión de regresar al bar. Esas letras comenzaban a enraizarse en sus profundidades. Si lo pensaba demasiado y se arrepentía, podía quedarse sin la oportunidad.

«Resistir» sería su mantra por los siguientes meses. No pensaba quedarse toda la vida con Aquiles, ni siquiera un año. Se marcharía antes, en cuanto surgiera la ocasión. Mientras tanto, necesitaba con urgencia techo y comida. Salvada la emergencia, planearía una nueva huida de la casa de Aquiles. Si lo había hecho una vez, bien podría hacerlo otra. Y llegada la ocasión, sabría cómo, pues la chiquilla indefensa de meses atrás ahora era una mujer. Había trabajado y estudiado, se había enamorado de un hombre que la había correspondido con pasión y del que esperaba un hijo. No le temía a Aquiles en absoluto, no le temía a nada en este mundo. «Resistir», se dijo a sí misma una vez más y se acarició la barriga. No quiso detenerse a meditar si esa palabra era compatible con «dignidad». No podía. No debía. Corría el riesgo de desmoronarse. Y ella tenía un hermano y un hijo en quienes pensar.

* * *

A última hora de la tarde, María llegó a la casa de Aquiles con la misma maleta con la que se había marchado aquella noche helada de invierno. Manolito, además, cargaba la planta de pimienta que le había regalado doña Isabel y los gajos de rosas que doña Encarnación le había

dado a su hermana. El esqueje apenas si había crecido unos pocos milímetros y con mucho esfuerzo, pero valía la pena aguardar su desarrollo, pues esa planta era hija de los rosales que habían visto jugar a Pedro en el patio cuando niño. Entre sus ropas, también venía el paisaje lleno de soles del calendario —testigo de muchos días felices— que Pedro tenía colgado en la cocina de su apartamento. Recuerdos que los humanos se empeñan en guardar cuando la felicidad está lejos para creer que existe.

A los ojos de un desprevenido, ella volvía para enfrentarse a la misma situación que había abandonado: el funcionamiento del bar, las partidas de mus de cada martes, la actitud miserable de Aquiles y su lascivia constante. Sin embargo, María no era la misma y eso lo cambiaba todo.

Manolito, que, al conocer la novedad se había negado, accedió tras la convincente explicación de su hermana. Sin comida ni un duro, sin trabajo ni salario, y con el desahucio en ciernes, comprendió que no había otra solución. Al fin de cuentas, él sólo quería desayunar o almorzar, o lo que fuere que le tocara a esa hora, porque ya era la tarde, y todavía no había probado bocado. Le dolía la panza y si contenía las lágrimas era por María, a la que no quería añadirle tristeza.

Cuando llegaron a la casa, Aquiles ya había montado en la cocina la camita donde dormirían los hermanos. Se las mostró. Manolito enseguida se sentó sobre la frazada de cuadros naranjas y miró el entorno que lo rodeaba. Era una cocina, tenía que haber comida.

María la pidió sin vergüenza:

—Aquiles, necesito que nos dé algo de comer hoy mismo.

Ya no lo trataría de «don». Al fin y al cabo, sería su mujer.

—¿Ahora...? —preguntó el hombre.

—Sí.

—No tienen de qué preocuparse, ya mismo les pongo un platillo.

—Gracias.

—Mira, niña, si respetas tu parte, jamás dejaré de cumplir la mía.

—La cumpliré.

—Pues, entonces, bien haré en servirles un buen plato de estofado. Ah, y ten presente que hoy es lunes.

—¿Lunes? —preguntó sin entender.

—Lunes, miércoles y viernes —recalcó Aquiles diferenciando bien cada palabra.

María tragó saliva.

Con la decisión tomada, no podía echarse atrás. Se atenía a su palabra o sufriría algo peor.

—Una vez que cierre el bar y el niño se duerma, visitaré su cuarto —respondió segura pero en voz baja para que su hermano no oyera.

—Mira que te espero —dijo él mientras sentía que todo el cuerpo se le encendía. Al fin esa noche María sería suya.

Al cabo de unos minutos, Aquiles les sirvió estofado de lentejas hecho con chorizo de pescado. La escasez obligaba a agudizar el ingenio y los españoles fabricaban embutidos de pescado, o de migas de pan con pimentón, tortillas de cáscara de naranja y pan de lentejas. Bajo esas condiciones, los madrileños habían aprendido a cocinar guisos sin carne, fritos sin aceite, cocidos sin papas y dulces sin azúcar.

Manolito devoró el plato, ella —aún nauseosa— apenas si logró ingerir la mitad. Pero la vida continuaba.

* * *

Cuando el niño se durmió, María fue al cuarto de Aquiles, que la esperaba ansioso, caminando por la habitación. Él buscó contacto visual, pero ella lo evitó. Mirarlo a los ojos era un gusto que no le daría, ni esa noche ni ninguna otra. Tormo se sentó en el borde de la cama, y le pidió:

—Desvístete, María, quiero verte. No sabes cómo he soñado con este momento.

En silencio, ella se fue sacando una a una las ropas. Al suelo iban cayendo el vestido, las enaguas...

—Quítate todo.

Sostén, bragas...

Cuando quedó completamente desnuda frente a él, fijó la vista en un clavo de la pared del cuarto. La imagen le facilitó olvidarse de que estaba allí. Aquiles, al contrario, desquiciado ante la imagen de piel blanca y de curvas de casi una niña se lanzó sobre ella. Quería abarcar el cielo con las manos, meter el mar en un vaso. Quería adorar esa imagen y lastimarla al mismo tiempo.

En minutos, sobre su cama y sin pantalones, Aquiles Tormo consumaba el pacto convenido con movimientos mecánicos. Para María, el vaivén de su cadera no era otra cosa que el cumplimiento efectivo de un contrato porque ese acto nada tenía que ver con lo que ella había conocido con Pedro.

María apretaba fuerte los ojos y abría las piernas. «Resistir. Resistir.» El mantra le teñía el alma y le recubría la piel permitiéndole soportar las embestidas.

El cuerpo de Aquiles iba desbocado; el de María, quebrantado. Y ambos se movían al son del equilibrado ritmo de la discordancia. Cada partícula del aire del cuarto vagaba desangelada, rota, arruinada, maltrecha, enferma, desahuciada.

Por la ventana de la calle entraban fuertes estruendos que parecían acompañar cada arremetida que Aquiles daba al interior de María. Madrid estaba siendo bombardeada y herida como nunca antes; el cuerpo de María, también.

Franco había dado la orden de quebrantar la ciudad, y ellos dos ni se percataban. El acto que consumaban los abstraía de la realidad hasta el infinito. Para uno, por lo gozoso; para el otro, por lo repugnante.

Madrid ardía y, lastimada, lloraba. María, igual. Ciudad y mujer no hallaban consuelo.

CAPÍTULO 23

LA PLAZA MAYOR

La Plaza Mayor de Madrid empezó a construirse en 1580 y se inauguró en 1619. A lo largo de los años ha sido usada como mercado, sitio de ejecuciones de reos, beatificación de santos —como San Isidro, patrono de la ciudad—, escenario de corridas de toros, espectáculos y conciertos. Es y ha sido lugar de reunión de los madrileños y visita obligada de miles de turistas al año.

Madrid, 2014

Ese viernes por la tarde Alba y Rafael terminaron de comer un bocata en el Museo del Jamón y, tras pagar la cuenta, salieron a la calle. Ella se había antojado de uno de calamares de ese lugar y él le había dado el gusto. Muy rara vez Alba los comía de otra cosa que no fuera de jamón, y siempre elegía que fuera de La Bellota.

Rumbo al estacionamiento para buscar el coche, ambos atravesaron la Plaza Mayor tomados de la mano bajo el sol luminoso que calentaba el ambiente de ese día frío. Los dos vestían jean, remera y campera de cuero; los dos también llevaban mochilas con mudas de ropa para pasar unos días en Ledrada. Durante la caminata, Alba le contaba a Rafa acerca de la exposición de cuadros que planeaba y, mientras desgranaba sus ideas, se exaltaba. Su entusiasmo creciente la obligó a detenerse en plena Plaza Mayor y, en medio de los transeúntes, le explicaba detalles mientras se recogía con un broche el pelo castaño que ahora llevaba muy largo. Rafael la miraba, la escuchaba con atención, le gustaba verla ilusionada con ese proyecto; sabía que le hacía bien. Igual que visitar Ledrada.

Habían estado a punto de desistir de hacer el viaje debido al trabajo de ambos. Sin embargo, cuando lo hablaron por la mañana temprano antes de que él se fuera a La Bellota, decidieron que sería mejor no postergarlo, pues más adelante el frío podía ser atroz, con temperaturas bajo cero y carreteras clausuradas por la nieve. Si bien Rafael no lo expresaba, en su interior estaba convencido de que debían concretar el viaje al campo porque Alba lo necesitaba. Él sabía bien cuándo se hallaba sobrepasada, y hacía unos días que la percibía en ese estado. Desconocía la razón, pero la intuía.

Cuando terminó su horario en la jamonera, y antes de que Alba pasara a buscarlo, Rafa le hizo una larga llamada a su hijo por si, como le había anticipado Alba, en la casa de campo de Ledrada no contaba con buena señal. Pero el niño casi no le prestó atención al dato. Ya no lo extrañaba

como los primeros meses, estaba más suelto y menos pendiente de su padre; parecía, incluso, que se había acostumbrado a no verlo, presunción que a Rafa le dolía, porque no quería que su hijo lo olvidara, aunque aceptaba que, de ese modo, Facundo sufriría menos. Se debatía entre los dos pensamientos. Comenzaba a sentir que el tiempo de regresar se acercaba, tenía que hablarlo con Alba. Tal vez, aprovecharía la mansedumbre del campo para tratarlo.

Subieron al coche y emprendieron el viaje con Rafael al volante. Tenían más de doscientos kilómetros por delante y, si querían llegar con la luz del día, debían apurarse. Las jornadas habían comenzado a acortarse. El invierno acechaba nuevamente y pronto empezarán los días helados.

El bonito y agreste paisaje los hizo olvidarse de los problemas y de la ciudad. Conversaban y se alejaban del mundanal ruido, disfrutando de la tarde y de la vista verde, ondulada y solitaria. De la música almacenada en el pen drive sonaba Drexler, gran compañero de viaje, que decía que una canción lo había traído hasta aquí, como a ellos dos.

Habían recorrido más de la mitad del trayecto cuando decidieron detenerse en un barcito de la ruta que los había tentado. Aunque precario, les servía para sus propósitos de tomar una taza de café caliente.

Luego de los minutos que duró el alto prosiguieron viaje; esta vez conducía Alba porque conocía las bifurcaciones del camino y cómo llegar a la casona, ubicada a un par de kilómetros del pueblo.

Distraídos, escuchando música y observando la puesta de sol, casi no se dieron cuenta de que estaban próximos a llegar. Rafael percibió que Alba disminuía la velocidad para abandonar el asfalto y tomar un camino de tierra. «Un atajo», comentó ella y enseguida divisaron la arboleda que daba a un camino serpenteado de encinas y fresnos. Tras conducir unos metros por el sendero, ante ellos apareció una casona enorme, antigua, señorial, blanca, con tejas rojas, de estilo castellano. Muy cerca había una réplica pero pequeña.

—Allí viven los caseros —le explicó Alba mientras descendían y se ponía la campera. Se hacía de noche y Ladrada tenía varios grados menos.

De inmediato aparecieron los caseros, un matrimonio mayor, españoles de unos sesenta años, que les daban la bienvenida. Alba se los presentó: Pola y Rocky. El hombre les pidió las maletas para entrarlas pero Alba le explicó, para su asombro, que sólo traían las mochilas, mientras la mujer los guiaba hacia el interior de la vivienda.

Cuando ingresaron, Rafael se sorprendió por el tamaño de la casa. La enorme sala tenía al fondo un gran hogar encendido, cuyas llamas fulguraban brindándole calidez al ambiente. Rocky le agregó leña; si no fuera por ese fuego, de otro modo, el sitio estaría helado.

La mujer los acompañó hasta la habitación que les había preparado.

—Señorita Alba, le he acondicionado el cuarto que está aquí abajo y no en el primer piso. Me pareció que aquí estarían mejor, pues hace mucho tiempo que nadie se instala arriba y la humedad... Aquí no tendrán frío, mi marido ya les dejó prendida la salamandra.

—Gracias —dijo Alba mientras avanzaba a pasos rápidos por el interior de la casa de forma entusiasta, como una niña llegando al lugar de vacaciones.

—¿Te gusta, Rafa? ¿Te la imaginabas así?

—Me gusta. Es más grande de lo que creí.

—Ya verás lo que es el verde y las montañas con la luz del día.

La mujer les explicó que les había dispuesto la mesa en la cocina porque le parecía más hogareño que el comedor, y que en el horno les había dejado una fuente con carne, papas y zanahorias a la que sólo faltaba calentarla. También había sacado de la bodega una buena botella de vino.

Alba charló un par de palabras más y, luego de agradecerle las atenciones, doña Pola se marchó.

Un rato después, Alba y Rafael cenaban sentados a la mesa de la cocina.

—Hizo bien en armarnos aquí y no en la sala.

—Sí, pero contame de la casa, Alba. ¿Desde cuándo la tienen?

—Creo que desde 1880, más o menos; aunque ha tenido ya varias remodelaciones. Los cuartos para la familia son los que has visto arriba, en el primer piso. Este, donde dormiremos nosotros, antes lo utilizaba la servidumbre porque cuando se instalaban aquí mis abuelos y mis bisabuelos traían a sus criadas de Madrid.

—Cuando llegamos, me pareció que la casa era más alta y que tenía más pisos.

—Has visto bien... ¡es más alta! Tiene un segundo piso pero no está dividido en cuartos sino que es un gran salón que ocupa toda la superficie de la casa. Mañana te lo mostraré.

—¿Un salón?

—Sí, allí hay un ping pong, un pool, juegos de mesa y varios muebles repletos de libros, fotos, recuerdos que los integrantes de la familia vamos trayendo. Colecciones.

—¿Colecciones?

—Una de vasos traídos de diferentes partes del mundo, otra de soldaditos de plomo, hasta una de monedas...

—Los Díaz Montero son raros —dijo Rafa sonriendo.

—Todas las familias son raras a su propia manera, porque no hay una igual a la otra.

—Tenés razón. Algún día conocerás la mía.

—Eso espero.

—En un par de meses deberé regresar a la Argentina. ¿Vendrías conmigo?

—Si me lo pides, sí. Pero... y cuando nos vayamos, ¿regresarás a España? ¿O querrás quedarte?

Alba había tocado el punto neurálgico. Al oírla, pensó que ella le había formulado una pregunta con la respuesta más difícil de su vida, esa con la que él se batía en una lucha cuerpo a cuerpo. Porque desde hacía un tiempo había comenzado a sentir propia a España. Pero allá, en América, tenía un hijo, y el niño nunca podría radicarse en Madrid. También estaban su padre, su hermana, sus amigos... Pero acá se hallaba Alba, haciendo el contrapeso. Su corazón comenzaba a dividirse en partes idénticas y ninguna le ganaba a la otra, lo cual se volvía una dolorosa complicación que requería una difícil decisión.

Rafael, aún sin respuesta para esa pregunta, le dijo:

—Menos averigua Dios, y perdona.

—Ajá... ya veo que no tienes una contestación para darme —respondió ella, que había aprendido el significado de esa frase argentina.

—Alba, allá tengo un hijo. Tal vez no comprendas pero...

—Lo sé. Y sí, comprendo —contestó con el recuerdo patente de que ella, alguna vez y por unos meses, había sido madre.

Permanecieron en silencio por unos minutos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Desde hacía un tiempo, Rafa abrigaba una convicción relacionada con descubrimientos realizados en base a su propia vida: que las personas, a veces, no hallaban su destino en el lugar donde habían nacido, que no todos los seres humanos tenían la suerte de encontrar en su tierra el lugar que les correspondía en este mundo. Muchos, como él o su abuela, a veces debían viajar para abrazar la felicidad en otras latitudes, recorrer muchos o pocos kilómetros para, al fin, hallarse a sí mismos y encontrar un propósito en la vida. Y, una vez que se descubrían con paz

interior, entonces, elegían ese sitio para asentarse y echar raíces, tal como si esta tierra los hubiera esperado desde el principio de los principios. Pero claro, Rafael se topaba con un impedimento: Facu vivía del otro lado del Atlántico. Y no tenerlo a su lado le provocaba sufrimiento. Pero ante la proximidad de fin de año, pronto debería tomar una decisión.

La pregunta que Alba le había hecho parecía un acertijo sin respuesta. Por lo menos, todavía. Decidió relajarse y, al menos por esa noche, olvidarse de la cuestión. Quería disfrutar el descanso de una reparadora estadía en el campo.

—Mañana, cuando salga el sol, subiremos al salón del segundo piso y nos sumergiremos en los recuerdos. Tal vez encontremos algo de lo que buscas y, si no hay suerte, al menos, te divertirás... Ya verás.

—Empiezo a creer que aquí no habrá nada de María.

—¿Por qué?

—Esto no es como Madrid, donde puedo imaginarla caminando, paseando o trabajando... Este lugar es lejano y extraño a ella, aquí sólo se palpa a los Díaz Montero.

—No te olvides de que ella estuvo muy enamorada de Pedro. Así que guarda alguna relación... Por algo estamos aquí.

—Tenés razón —reconoció pensativo.

—Disfrutemos el momento —propuso ella y le sirvió más vino en la copa.

Un rato después, Rafael y Alba hacían el amor en la camita del cuarto de abajo. Y sus gemidos ardorosos se unían a los cientos de la misma naturaleza que había escuchado esa casa.

* * *

Por la mañana se levantaron y desayunaron con el pan casero que les trajo doña Pola. Luego partieron para hacer una caminata por el sendero de montaña. La felicidad les sonreía, disfrutaban de la compañía en ese hermoso lugar. Toda decisión o preocupación había sido dejada de lado por la dicha de estar juntos.

Era la siesta cuando Alba, después de almorzar, preparó café, lo sirvió y le dijo a Rafa:

—Tómalo, que luego nos vamos al salón de arriba.

Rafa le hizo caso y un momento después subía la escalera angosta y bastante escondida ubicada en una punta del pasillo que conducía al segundo piso.

Alba llegó al último peldaño, abrió la puerta del salón y comenzó a sonreír feliz. Acababa de reencontrarse con el lugar donde evidentemente había vivido buenos momentos.

—¡Cuánto hace que no entraba aquí! —exclamó Alba al ver los objetos queridos mientras indagaba cuanto había a su alrededor—. Mira, Rafa, este Monopoly era mío... ¡Y también este Pictionary! —dijo sacando las cajas de una gran pila donde había varios juegos de mesa.

Rafa, sorprendido ante lo que tenía frente a sus ojos, no le prestó atención, sino que le preguntó:

—¿Esta es la colección de soldaditos antiguos?

Se los señaló mientras la miraba con admiración. Se trataba de una mesa con cientos de miniaturas de plomo desplegadas una al lado de la otra, de pie, tal como si —a juzgar por los uniformes— estuvieran por luchar en la Primera Guerra Mundial.

Rafael recordaba haber visto uno o dos casi idénticos en una casa de venta de antigüedades en San Telmo, pero aquí había unos ¡quinientos!

Alba se dio vuelta, lo miró y le respondió:

—Sí, eran de mi bisabuelo Federico cuando niño —comentó y continuó inspeccionando los juegos de mesa.

A esa hora de la siesta, el gran salón, con al menos diez ventanas pequeñas, se mostraba extremadamente luminoso. Con las paredes pintadas de amarillo, el efecto se potenciaba. En una punta había una alfombra roja con dos sillones del mismo color. Y repartidos en cada uno de los extremos del lugar estaban las mesas de ping pong y de pool, una bolsa para boxear que colgaba desde el techo y varios canastos llenos de juguetes bastante modernos entremezclados con otros muy antiguos.

Una de las paredes se hallaba cubierta por una biblioteca que se extendía de punta a punta y del piso hasta el techo. Rafael calculó rápidamente que las estanterías albergarían unos mil volúmenes.

—¡Qué hermosa biblioteca! —exclamó.

—Algunos ejemplares son muy antiguos... Los han ido trayendo los diferentes integrantes de la familia... Tú sabes... cuando no deseamos desprendernos de algo muy querido pero ya no sabemos dónde meterlo porque ocupa espacio o está viejo, ¡viene a parar aquí, al trastero de la familia!

Mientras Rafa la escuchaba, pensaba que los Díaz Montero formaban una verdadera dinastía. Y que esa casa perdida en un pueblo de la provincia de Salamanca permanecería allí por siempre y recargada de recuerdos, como una manera de demostrarles a las generaciones venideras que ellos existieron alguna vez.

Alba se acercó a uno de los armarios, abrió las puertas y sacó tres cajas muy grandes.

—Son fotos... Ven, las miraremos juntos —propuso apoyándolas en uno de los sillones y sentándose de piernas cruzadas en la alfombra. Rafa se ubicó a su lado.

Alba dio vuelta una de las cajas sobre la alfombra y cientos de imágenes de todas las épocas cayeron sobre las piernas de ambos, como trayendo a ese momento presente el pasado atesorado en esas fotografías.

Rafael tomó una que le llamó la atención.

—¿Sos vos?

La imagen mostraba a una niñita de aproximadamente ocho años con pelo largo, vestida con un jean que le quedaba muy suelto por su delgadez. Muerta de risa, exhibía una boca sin los dientes de arriba.

—Sí, fue la última vez que vinimos cuando aún mi madre estaba con nosotros. Luego ella se marchó y ya no volvimos más a esta casa por años. Yo regresé de grande... con amigos, un fin de semana que conduje mi propio coche sin rumbo.

—Qué pena.

—De mi madre no hay fotos porque mi padre las hizo desaparecer a todas. Yo conservo esas dos que has visto en mi casa, pero nada más.

Alba tenía los ojos llorosos.

—Mirá esta —dijo Rafael buscando distraerla para sacarla del estado de tristeza, y agregó—: Es de la jamonera, y muy antigua. Hubiera servido para el museo.

—¡Pero cómo íbamos a saber que estaba aquí! —replicó ella.

—La pondré aparte... Tal vez podamos agregarla en una de las vitrinas junto con las que ya están exhibidas.

Poco a poco fueron revisándolas a todas mientras Alba daba breves explicaciones acerca de quién era quién o precisiones sobre cuándo o dónde habían sido tomadas. Rafael contemplaba algunas con atención, como las de Pedro y Marcos, retratados de pequeños y adolescentes, pero a

otras las pasaba de largo porque no le interesaban. Comenzaba a pensar que no encontraría nada que le sirviera para su búsqueda cuando metieron todo lo visto en la caja y vaciaron la segunda de igual forma que la primera.

Rafael pescó del montón una que le interesó. Mostraba a un grupo de obreros colocando la puerta de los ángeles en el antiguo edificio de la jamonera. La miraba con atención meditando que ese debía ser el pórtico donde durmió María. Alba descubrió entre las fotos un sobre amarillento con llamativas estampillas; lo remiró de atrás para adelante y leyó el matasellos del remitente —«BUENOS AIRES»— y el destinatario —«FAMILIA DÍAZ MONTERO»—. Le interesó y espió el contenido: encontró dos fotos. Cuando las extrajo, sus pupilas captaron la imagen y la reconocieron. ¡El rostro de María Álvarez retratado bien de cerca! Parecía algo más delgada que en las fotos tomadas en las oficinas de La Bellota, pero era ella, no tenía dudas. Los ojos clarísimos, el pelo rubio, la boca en forma de corazón se lo confirmaba.

—¡Rafa, es María! ¡Mira...! ¡Te lo dije! —expresó en un hilo de voz, casi no le salían las palabras por la emoción.

Tanto habían buscado algo así que, ahora que lo encontraban, no podían creerlo.

Rafa, sorprendido, abandonó la foto de la puerta tallada y tomó la que Alba le daba. Enseguida exclamó:

—¡Sí, es ella...! Pero qué triste es su mirada en esta foto...

Alba, que sopesaba la otra que había salido del mismo sobre, descubrió algo que la enmudeció. Rafael, que seguía estupefacto, tardó unos instantes en reconocer el estado de sorpresa. Cuando lo hizo, preguntó:

—¿Qué pasa, Alba? ¿Es otra de mi yaya?

—Sí, mírala. ¡Joder! No vas a creerlo... —y extendiéndosela, terminó la frase—: ¡Se la ve embarazada!

Él la observó. La imagen mostraba a María con un sobretodo negro abierto que dejaba ver un vestido cuadrillé y un embarazo de varios meses. A Rafael las ideas se le mezclaron. Si ella estaba embarazada, esa foto tenía que ser de Argentina porque el primer hijo, su padre, había nacido allá... Pero ¿cómo había llegado hasta acá?

¿O la yaya había estado embarazada en Madrid antes de conocerlo a su abuelo? Semejante foto cambiaba toda su historia familiar. Asustado, tomó el sobre con urgencia y, al comprobar que había sido remitido desde Buenos Aires, se tranquilizó. Por un momento había llegado a pensar que...

—Alba, son de Argentina, fueron tomadas allá y las envió un tal Ignacio Saura del diario *La Nación*. Por la fecha, fijate, deben ser de cuando estaba embarazada de mi padre. Eso fue al poco tiempo de llegar a Buenos Aires, cuando se casó con mi abuelo.

—No son de Argentina... —insistió ella.

—Que sí, leé el remitente —porfió.

—Ya lo vi. Fueron enviadas desde Buenos Aires pero están tomadas en Madrid. Rafa, ella estuvo embarazada en España.

—¿Antes de casarse con mi abuelo? ¡Imposible!

—Mira, mira... Está apoyada en el antiguo puente de Arganda. ¿No lo ves?

Rafa miró lo que circundaba la figura de María embarazada, pero si no conocía el puente actual, menos conocería el antiguo. Ni siquiera había ido a Arganda.

—¿Estás segura de que se trata de ese lugar?

—Sí, segurísima, la estructura metálica es muy conocida... Hay muchas fotos de ese puente. Además está el paisaje, mira detrás de ella... Ese lugar está a menos de treinta kilómetros de

Madrid.

Rafael buscó la otra foto, la del rostro, que en el reverso tenía escrita a mano una breve misiva con tinta negra:

Buenos Aires, febrero de 1937

Estimada familia Díaz Montero, les remito estas fotografías con la ilusión de que lleguen a las manos de María Álvarez, a quien le prometí enviárselas donde sea que ella estuviera. Se me ocurrió mandárselas a ustedes, pues supongo que entenderán el porqué. Espero que el nacimiento haya sido bendecido.

IGNACIO SAURA

El desconcierto pintaba el rostro de Rafael. Al fin explotó:

—¡Dios! Pero si mi padre nació a principios de 1937 y cumple los años en... —calculó. Él sacaba las cuentas y no podía creerlo. El bebé que María llevaba en su seno en esa foto de finales de 1936 tenía que ser su padre, don Ignacio Becerra—. Alba, ¿creés que mi yaya y Pedro Díaz Montero tuvieron...? —dejó la pregunta en suspenso. No se atrevía a poner en palabras sus pensamientos.

—Si la fecha del nacimiento de tu padre es la que tú sabes —razonó Alba—, entonces Pedro y María son sus padres. Tienen que serlo, ellos vivían juntos en Madrid cuando fue asesinado y coinciden las fechas.

—Salvo que hubiera estado embarazada en Madrid, pero de otro hombre —conjeturó Rafa, que trataba de rever todas las posibilidades.

—Pues... ¡chaval! Entonces este Ignacio Saura no le hubiera enviado esas fotos a los Díaz Montero y con ese texto. Este hombre sabía que ese bebé era de Pedro Díaz Montero... ¡Por eso las remitió a la casa de las gárgolas!

—No sé —dudó Rafa.

—Suponer que era hijo de otro hombre es mucho más difícil e improbable... hasta ridículo, quizá. María y Pedro vivían juntos, ella era su mujer. Coinciden las fechas.

Rafael se puso de pie y exclamó:

—¡Entonces mi padre es hijo de ellos! —concluyó la frase y comenzó a caminar como un loco por el salón. Luego añadió—: Pero ¿por qué mi abuelo nunca dijo nada? ¡Siempre hablaban de los cuatro hijos que habían tenido juntos! ¡Jamás dijeron otra cosa!

—Quizá nunca lo contaron porque esos asuntos siempre resultan temas difíciles de hablar, no se hablan, se esconden. Además, Rafa, ten en cuenta que era otra época.

—Pero mi abuelo adoraba a María.

—Tal vez, justamente, por eso. Y si tu abuela no quería hablar de la guerra...

—Aun así, no puedo creerlo. Esto quiere decir que mi padre es hijo de un Díaz Montero.

—Sí, y que tú también eres un Díaz Montero.

El mundo que Rafael había construido desde niño se caía a pedazos, lo que siempre había creído inamovible se le derrumbaba. Tal vez si este descubrimiento lo hubiera hecho mientras vivía en Argentina, lejos de España, de Alba, de la familia Díaz Montero, de la labor que lo vinculaba con la jamonera, sin dudas, se hubiera impresionado menos. Pero estaba aquí, en la tierra de su abuela, del otro lado del océano y en esa casa, reino de esa familia que, ahora y para

su sorpresa, descubriría que era un poco la suya.

—Alba, entonces se supone que somos parientes.

—Es verdad —reconoció impactada.

—¿Somos algo así como... primos segundos?

—Creo que sí —dijo ella.

—Me impresiona. Casi tuvimos un hijo —dijo Rafa.

—¿Y qué tiene? ¡Tampoco es tan malo! Conozco primos hermanos que se casan.

—Sí, claro, tenés razón, pero todo esto me parece una locura.

Durante un rato más, estimulados por el revelador descubrimiento, continuaron revolviendo las fotos de esa caja; luego, Alba rebuscó en el armario y dio con otra caja más, que también examinaron. Agotado el material, volvieron a mirar todo de nuevo creyendo que podía haberseles escapado algo importante, pero no encontraron nada más.

Acomodaron y después bajaron con el sobre y las dos fotografías en la mano. Necesitaban tomar un café, pero no en esa casa. Rafael propuso:

—Vamos a un bar de Ledrada, por favor. Quiero respirar un aire que no sea el de los Díaz Montero.

—No te pongas así. Abriguémonos, pues, y bajemos al pueblo. Allí conozco uno que sirve buen café.

Se pusieron las camperas de cuero, subieron al Audi y, mientras avanzaban hacia Ledrada, reincidieron en el tema. Por momentos, ambos buscaban escapatorias a la veracidad del hallazgo. Pero no encontraban puntos de fuga, ni evasivas: todo indicaba que María Álvarez y Pedro Díaz Montero habían tenido un hijo y que no era otro que el padre de Rafael, don Ignacio, quien había sido criado por Rafael Becerra como si fuera propio junto con los que el matrimonio luego concibió.

* * *

A la tarde le siguió la noche; y al café, la cena, pero por más que las horas transcurrieron y que pasearon por el pueblo de Ledrada, y que en esa velada comieron un delicioso y típico hornazo en un restaurante junto a la Plaza Mayor, Rafael seguía impactado con la idea de ser un Díaz Montero y no podía dejar de darle vueltas al asunto, pues no sólo lo involucraba a él, sino también a su padre. Y, sobre todo, incluía la idea de haber vivido una vida con identidad ajena.

Regresaron a la casa entrada la noche, Alba se bañó, se puso el pijama celeste de pantalón y mangas largas que había traído y se metió en la cama. Rafael, que ya estaba acostado, seguía pensativo mirando el techo. Alba percibía que la noticia no le había caído bien. Creía entenderlo porque entrañaba una crisis de identidad.

—Deberías descansar, Rafa. Con el sol de la mañana, verás todo nuevo —dijo Alba mientras apagaba la luz del velador.

—Trato, pero no puedo —se sinceró Rafael mirando por el vidrio de la ventana el bello cuadro que conformaba la luna. Su claridad entraba a la habitación. Él agregó—: Deberíamos haber cerrado los postigos, mañana la luz nos despertará a primera hora —vaticinó y regresó a su ostracismo.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Medito sobre qué hacer: si debo contarle o no a mi padre lo que descubrí. Él es un hombre mayor y no sé si romper su mundo ideal con esta noticia. Pero al mismo tiempo entiendo que no

sería bueno engañarlo. ¿Le cuento ya mismo por teléfono? ¿Espero? ¿O me callo para siempre?

—Tienes que hacer lo que te dicte tu corazón.

—La prueba de fuego será cuando vayamos juntos.

Alba sonrió, venía imaginándolo hacía mucho. Rafa continuó:

—Porque ahora puedo callarme, pero si vamos y te presento como una Díaz Montero de la jamonera y no abro la boca para contarle que su mamá trabajó allí y que el dueño de ese lugar fue su padre... Ocultarlo sería horrible.

—Lo entiendo. Creo que debes hacer con él lo que te gustaría que hagan contigo en una situación semejante.

Rafael no respondió sino que continuó en silencio.

Alba lo observó con la claridad que entraba por la ventana; él no podía abstraerse del problema. Tenía el rostro preocupado y la mente se le había quedado tildada en esa circunstancia. Pensó que este hombre acostado a su lado siempre estaba presente cuando lo necesitaba, y ahora le tocaba a ella sacarlo de ese estado. Bajo las sábanas se quitó el pijama y, sin ropa, en silencio, se trepó y se sentó sobre él mientras lo besaba en la boca.

Cuando la vida se ponía amarga, el amor de Rafael la sanaba. Por eso esperaba que esta vez el suyo tuviera el mismo poder. Desnuda de ropa, vestida de piel y aroma a Miyake lo siguió besando, brindándose por dentro y por fuera, entregándole su interior y su cuerpo. Hasta que él aceptó y lo tomó todo. Porque ella se acomodó sobre el cuerpo de Rafael y él la penetró. Y al son acompasado de sus movimientos y sentimientos huyeron juntos de los monstruos que muchas veces la noche soltaba sobre los mayores. Alba le gemía muy suave en el oído a Rafael y de ese modo sutil lograba acallar los dilemas sin responder. Unos minutos y los fluidos hechos del mismo ADN se intercambiaban. La vida lo había dictaminado así mucho antes de esa noche, más precisamente en 1936.

Un rato después el silencio regresó al cuarto, pero Alba lo rompió:

—Quiero que sepas que aunque seas un Díaz Montero... ¡yo te amo igual! Pero... ¿y tú me quieres a pesar de lo que ahora sabes? —preguntó preocupada. Temía que el saberse parientes, en lugar de unirlos, los separara.

Rafael sonrió.

—Chavala tonta, yo te amo.

Se abrazaron bajo las sábanas. Y así se quedaron dormidos.

* * *

Al día siguiente, tal como Rafael lo había predicho, la luz los despertó muy temprano. Unos minutos después, un rayo de sol les dio en pleno rostro. En el campo no había edificios que lo taparan. Pero la noche había traído descanso y buen ánimo. Se levantaron y fueron a desayunar. Pola les había dejado café caliente, pan recién horneado, queso de cabra y dulce casero.

—¡Somos ricos! —aseguró Rafa sonriendo.

—La fiesta está completa —respondió ella preparando las tostadas.

El reposo había traído las respuestas que Rafael buscaba y las decisiones vinieron claras a su mente. Creyendo estar en lo correcto, lo comentó con Alba:

—He decidido contarle a mi padre lo que descubrimos, pero no lo haré por teléfono sino personalmente. Viajaré en breve. Y quiero que vengas conmigo. Creo que es lo mejor. No quiero dejarte sola acá.

—¡Rafa...! —dijo ella y se le echó al cuello. Luego añadió—: Quiero conocer tu país.

—Te llevaré a ver los lugares donde viví de niño. Te gustará Buenos Aires. Es una gran ciudad y, en cierto modo, parecida a Madrid. También te presentaré a Facundo y a toda la familia, mi hermana, su esposo, mis tíos.

—No veo las horas de conocer a tu padre. Quiero comprobar cuán parecido es a Pedro Díaz Montero.

—¡Alba, qué niña...! ¡Dejate de fantasías! Respecto a hablar con mi padre, tiempo al tiempo... Primero pienso indagar en el diario *La Nación* qué saben de este hombre que mandó las fotos.

—Pero ya debe haber fallecido.

—No importa... Quiero saber qué hacía él en Madrid, por qué envió las fotos desde Argentina. No sé, algo más...

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en Argentina? —consultó Alba, que no terminaba de entender el plan.

—No lo sé. ¿Qué dirías si te propusiera vivir allá un año? ¿O tal vez para siempre?

La pregunta tomó por sorpresa a Alba. Pero hacía mucho que ella no se atecía a nada, más precisamente desde que su mamá se había marchado cuando tenía ocho años. Se lo dijo, fue sincera:

—Rafa, he vivido vacía y llena de miedos... pero si estamos juntos, no los tengo. La verdad es que prefiero Madrid antes que Buenos Aires, que ni siquiera conozco, pero quiero estar contigo. Y entiendo que tú tienes allí a Facundo.

La miró con profundidad mientras esa declaración penetraba en su cerebro.

—Gracias, Alba —dijo y no acotó nada más. Sabía cuánto significaba lo que ella acababa de confesarle.

Hablaron un rato más sobre posibles fechas para viajar, de planes, clima y estadía. Pero la suerte ya había sido echada. Ellos partirían en breve a América. Antes, debían darle la noticia del viaje a Daniel Díaz Montero, a Pepe y a Rumen. ¿Qué les esperaba allá? No lo sabían. Pero algo los empujaba hacia ese continente.

* * *

El jueves posterior al fin de semana disfrutado en Ladrada, Alba y Rafael ingresaron juntos al despacho de Daniel Díaz Montero y le contaron la noticia: en pocos días partían para Buenos Aires. La novedad lo sorprendió tanto como al resto de las demás personas de la empresa que se fueron enterando, como Lola y los colaboradores más cercanos.

Daniel, ubicado en su escritorio, observaba a la pareja sentada frente a él y, mientras los escuchaba, lamentaba que se marcharan justo en el momento en que comenzaba a llevarse bien con su hija. Pero qué podía recriminarle, si la veía más plena que nunca. Sólo insistió con que volviera pronto. Alba lo tranquilizó, aunque sabía bien que se iban sin fecha de regreso. Él le sugirió que no desarmara el piso de Diego de León, que al menos lo conservara así por un par de meses para que, cuando regresasen —o «regresara»—, tuvieran dónde instalarse. Si bien no lo dijo, pensó que si la relación con el argentino fracasaba, al menos su hija podría establecerse en un sitio seguro y conocido. Daniel le pidió encarecidamente que, antes de marcharse, concretara la exposición de cuadros.

—Tu producción, Alba, no puede quedar en la nada. Debes exponerla —indicó Daniel que,

con su mente comercial, vislumbraba para su hija un posible futuro como artista.

—No sé, tenemos mucho por organizar. Estaba entusiasmada, pero creo que no me alcanzará el tiempo...

—Claro que sí. Yo puedo hablar con Pupé, de Galería Kreisler —comentó entusiasmado con la idea de ofrecerle ayuda, de ponerla en contacto con una vieja amiga. Pero, al verla sería, y como no quería imponerle una decisión propia que desencadenara una crisis, enseguida agregó—: Siempre que tú me autorices.

A Alba la frase le agradó y, por primera vez en su vida, aceptó que llamara a Pupé, o a hasta la mismísima Tamara Kreisler.

Un rato después de la charla, Rafael se retiró para continuar trabajando en su box. Pero Lola lo interrumpió.

—No puedo creer lo que acabo de enterarme... ¡se van...!

—Así es.

—Justo que había encontrado un ayudante a mi medida... se me va. ¡Hombre! Ahora no podré jubilarme.

—No soy imprescindible, Lola, ya encontrarás uno mejor y pronto te jubilarás. Aunque si sigues lúcida como tu madre bien podrías trabajar por varios años más.

—¡Ah, Rafa! Hablando de mi madre, tengo un mensaje para ti.

—Contame...

—Mi madre dice que si quieres conocer cómo fue vivir en la Madrid sitiada, pues, que con mucho gusto te espera un día en su casa. Me ha dicho que te aclare que no hablará de política, que sólo te contará un par de anécdotas para que entiendas cómo vivió tu abuela por esos días.

—Por favor, decile que le agradezco el gesto. Y que trataré de pasar a verla. Pero ya sabés cuánto hay por hacer antes de un viaje... Además por la tarde he vuelto a cantar en el metro... hasta que nos vayamos.

—Le diré —respondió Lola e, inmediatamente, le dejó instrucciones sobre la labor administrativa y se retiró.

A Pepe le habían dado la noticia el lunes, inmediatamente después de regresar de Ladrada. Esa tarde, además, para Rafa había sido el último día de trabajo en La Media Verónica.

Al enterarse del viaje, Pepe casi se desmaya. Y si bien durante la cena bromeó al respecto, Rafa y Alba notaron que le había sentado fatal conocer la partida, sumado a que su antiguo profesor de piano ese día acababa su labor como ayudante en el bar. Pero cómo no sentirse mal si ellos tres eran familia, un trío unido no por la sangre, sino por los lazos del corazón.

Aun así, Pepe no había entrado en sentimentalismos y sólo se había dedicado a hablar de la organización del día en que asistirían al show de El Cigala. Cuando el viejo le entregó la entrada que había adquirido para Daniel, le dijo a Alba:

—Y por favor, niña, cuando se la entregues, le dices a tu padre que no me vaya a fallar porque «La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu».

—Le diré —contestó Alba que, por la voz grave de Pepe, captó que se trataba de una frase del *Quijote*.

—Y también dile que debe venir porque... ¡Coño! ¡Que la pasaremos muy bien!

Alba se había comprometido a realizar lo que fuera necesario para convencerlo, aunque, después de tantos años de distanciamiento, ella ni siquiera sabía si a su padre le gustaba El Cigala.

Un rato después de su charla con Lola, Rafa partió de la jamonera con la guitarra al hombro rumbo al metro. Hacía más de un mes que no cantaba allí. Y ahora, a punto de retornar, percibía

cuánto lo había extrañado. Se trataba de una actividad que había llegado a disfrutar. Cantar en un vagón, incluso, había funcionado como uno de los primeros pasos hacia la reconstrucción personal, cuando aún penaba por Madrid, con su interior destruido. Agradecía a ese público anónimo que, con su atención o con una moneda, le había hecho sentir que él tenía mucho para dar. Porque más allá de que ese trabajo le había ayudado para pagar el colegio de su hijo, también le había permitido sentir que valía como persona, que aún tenía alas para volar, para animarse a realizar cosas intrépidas, como pararse por primera vez ante todos esos desconocidos y cantarles confiando en que les gustaría. Esos vagones y esos espectadores, de alguna manera, lo habían salvado en muchos y diversos sentidos. Se sintió agradecido con la vida y con el país de la tía. Porque en España también había conocido a Alba.

Caminaba por Madrid lleno de emociones encontradas cuando se topó con la boca del subte y, dejándose tragar por las escaleras, llegó al andén, donde eligió un vagón y se subió. Era momento de empezar, el show debía continuar. Inició su repertorio con «Flor pálida» y, a medida que la interpretó, se llenó de recuerdos y melancolía al pensar que pronto se iría y que toda esa vida y esas experiencias quedarían como simples aventuras de una efímera existencia en la capital española. Porque cuando regresara a la Argentina, quién sabe, se sumergiría en un trabajo de profesor en los mismos colegios de siempre o cada mes se dedicaría a pelear por el cobro de cuotas de los alumnos de la academia que planeaba fundar. Quería esa vida normal en su país y, al mismo tiempo, ya no. Había construido una nueva en España y comenzaba a amarla y valorarla. Se daba cuenta de que todavía no la había dejado y ya la añoraba. El rostro de Facundo sellándose en sus pupilas deshizo todo plan que no fuera el de volverse a la Argentina. Y siguió entonando la canción.

Llevaba un buen rato cantando enzarzado en sus pensamientos cuando desde el vagón vio a Rumen en la estación Avenida de América. Acomodó rápido sus bártulos y se bajó de inmediato. Necesitaba hablar con él, contarle que regresaba a su país. Ya en el andén, le gritó:

—¡Rumen!

El búlgaro se dio vuelta y lo vio.

—¡Argentino!

Caminaron, se encontraron y se abrazaron.

—Mucho tiempo sin venir. Qué bueno, tú volver —dijo Rumen.

Rafa sonrió; su amigo seguía tan atravesado para hablar como siempre.

—He regresado para cantar, pero será por poco tiempo. Me voy para mi país.

—¡Ah, mola mogollón...! ¡Es lindo volver! ¿Todo está bien?

—Sí, debo regresar... Quiero ver a mi hijo y pasar tiempo con él.

—Claro, sin familia, fiestas tristes... ¿Y Alba?

—Viene conmigo, me acompañará.

—¡Muy bueno, muy bueno! —celebró con el pulgar hacia arriba y añadió—: Otro día tomamos café, y charlas con Rumen, así tú contarme todo.

—Es que me voy pronto...

El búlgaro lo miró fijo y adivinó que Rafael se iba en breve, sin fecha de retorno.

—Argentino irse, ¿pero después regresar pa' España?

—No lo sé, supongo que sí, pero no sé cuándo.

¿Cómo decirle que tal vez se marchaba para siempre? No fue necesario, él comprendió. Porque dijo de forma lastimera:

—Ay, amigo...

«Amigo», nunca mejor dicha esa palabra que en ese momento. Porque, para él, Rumen

encarnaba todos los sentidos de esa palabra. Tenía que hallar la forma de contarle al búlgaro qué significaba para él y debía ser en ese preciso momento porque quién sabía cuándo la vida los pondría frente a frente de nuevo.

—Rumen, quiero decirte que en todo este año has sido muy importante para mí. Me has hecho sentir acompañado y ha sido muy especial conocerte. Te considero un amigo del alma —Rafael dijo la última frase tocándose el corazón con dos palmadas, luego añadió—: Te he sentido cerca a pesar del idioma y de todas esas pequeñeces a las que a veces los seres humanos les prestamos demasiada atención...

—Rumen te quiere, argentino —dijo el búlgaro mirándolo a los ojos con la franqueza inocente que lo caracterizaba.

Rafa estaba a punto de quebrarse, pero el hombre agregó:

—¿Y por qué dices «a pesar del idioma»? Si Rumen habla muy bien el español. La que habla mal es Mima —lo dijo sonriendo mostrando sus dientes blancos y perfectos traídos de su última visita a Bulgaria.

Rafael empezó a reírse y dijo:

—¿Será porque hablas atravesado? —siguió riendo.

—Argentino, eres un perfecto gilipollas.

—Y Rumen, ¡también!

Los dos se rieron. Hablaron unos pocos minutos más y se despidieron como si fueran a verse muy pronto en Plaza Elíptica. Era lo mejor. Otra cosa los hubiera hecho llorar a ambos. La vida los había puesto en ese país, ajeno para los dos, y allí, en los vagones del metro, la música los había unido y los había hecho conocer y acompañarse.

Rafa se subió nuevamente al tren y mientras empezaba a cantar «Princesa», de Sabina, reflexionó que conocer a Rumen había sido otra de las muchas cosas buenas que debía agradecerle a España. Si este país no les hubiera abierto las puertas a él y a este hombretón búlgaro jamás se habrían conocido. El pórtico abierto de la Hispania, sin saberlo, iba entretejiendo vidas, uniendo destinos y logrando que cada uno alcanzara los propósitos designados desde la bóveda celeste. Porque no eran designios de hombre, sino superiores.



OLIVO

Olea europaea

HISTORIA: Se cree que el hombre domesticó el olivo entre el 6000 y el 5000 a.C. Algunos sostienen que fue en Asia Menor, donde crece salvaje en bosques frondosos; otros, en la zona del Líbano y Palestina. Su cultivo fue introducido en España durante la dominación de los fenicios. Con el descubrimiento de América, se extendió más allá del Mediterráneo.

USO MEDICINAL: Cura heridas y otras afecciones de la piel. La decocción de hojas secas es muy útil para bajar la fiebre.

SIGNIFICADO: Árbol de la paz, la victoria y la protección.

DICE LA LEYENDA... que Zeus cedería la región que Atenea y Poseidón se disputaban a quien otorgara el regalo más útil para la humanidad. Poseidón trajo un caballo y explicó que aliviaba el trabajo del hombre. Atenea ofrendó un ramo de olivo y explicó que de los ricos frutos se podía extraer un aceite que, puesto en la comida, hacía más fuerte a los hombres; y que servía como combustible para las lámparas. Zeus nombró ganadora a Atenea, quien pasó a ser la soberana de la zona que hoy se llama Atenas.

CAPÍTULO 24

EL OLIVO DE AQUILES

Madrid, 1936

El olivo tiene la característica de ser una planta muy leal, ya que su rusticidad le permite desarrollarse en multitud de climas y suelos, pero, si estos últimos son demasiado pobres o secos, no producirá frutos, igual que si los fríos llegan a valores de 0 a -5 °C se ocasionarán daños en las ramas más jóvenes. Por debajo de los -10 °C toda la copa puede perecer.

María, a pesar del frío, abrió la puerta y salió al patio de la casa de Aquiles para tirar el agua sucia del balde y entonces lo vio, lo descubrió... el patio parecía un cuadro pintado en blanco y negro. Se quedó inmóvil observando por unos instantes los distintos tonos de gris. El polvillo de los bombardeos y la falta de verde habían transformado el lugar en una triste pintura monocromática. El olivo, lo único vivo del lugar, en una punta mostraba su perfil bañado de polvo simulando un viejo actor en su última representación antes de morir. Le dio pena. ¡Qué poco quedaba de la luminosa y soleada Madrid! Sus patios verdes habían desaparecido. Si hasta los funcionarios del gobierno de la República se habían marchado de la metrópoli y se habían asentado en Valencia por temor a las bombas. Las flores parecían haber huido junto con ellos, pues hacía mucho tiempo que era imposible hallar una en Madrid. Hasta el rosal de Encarnación, al que había ubicado junto a una de las ventanas de la cocina esperando a que pasara un poco el polvo, luchaba entre la vida y la muerte. La proximidad de los bombardeos daba como resultado la horrible ceniza. Claro, los madrileños preferían esa consecuencia, y no una explosión que podía producir pérdidas irreparables como la destrucción de la vivienda o la muerte de un ser querido... o de uno mismo.

Aun así la vida se abría paso a empujones y la gente, en medio de sus desgracias, seguía aferrándose como podía a una rutina cargada de ciertas normalidades, como visitar los paseos públicos o asistir al teatro. Porque en la ciudad faltaba la comida y sobraban las bombas, pero en las salas se interpretaban las obras *No pasarán*, *El pueblo en armas* y *Viva la República*. En los cines se exhibían filmes rusos como *El gran experimento* y *El acorazado Potemkin*. Por las noches se acudía al cine y por las mañanas se hacía la cola para conseguir un boniato, lentejas, o un hueso para sopa o la comida que mandara la cartilla. Las mujeres pasaban horas de pie, en la fila, de manera firme y estoica a pesar de que a su lado muchas veces explotaban bombas. Claro que, aun en el estado más puro de la República, seguían existiendo privilegios, porque los pudientes enviaban por las raciones a sus domésticas, mujeres que no habían querido abandonar sus empleos para no verse en la calle. Pero ya no parecía extraño que por las noches, luego de servir la cena y lavar los platos en las residencias donde trabajaban, partieran a las reuniones de comité.

Con altibajos, Manolito se adaptaba al regreso abrupto que suponía volver a la casa de Tormo. Por momentos, el niño caía en una crisis de ostracismo que el plato de comida diario, o algún juego con amigos, lograban disipar. Los chicos del barrio solían reunirse frente a los

portales, jugaban en las plazas y, aunque ni las madres ni María lo permitieran, correteaban por las calles de Madrid como si fueran sus patios.

María salía poco de la casa pero, si lo hacía, ya no le rendía cuentas a Aquiles como en otras épocas. Cuando se ausentaba lo hacía con dos propósitos: continuar en contacto con la realidad y encontrar una posibilidad cierta que le permitiera marcharse, alguna manera de romper el trato.

En sus incursiones por la ciudad solía ver columnas de niños guiados por hombres de improvisada apariencia militar, quienes los conducían y los reunían en plazas para transmitirles los valores de la República. Con gusto, ella lo hubiera enviado a Manolito pero deseaba tenerlo siempre a mano por si se presentaba la oportunidad y podían abandonar la casa con urgencia. Desde que había oído que en Valencia se vivía mejor, María deseaba toparse con la persona que pudiera ayudarlos. En ese lugar había comida y playa —recordaba bien el sol del Mediterráneo, los baños que tomaba con sus padres en Barcelona—, no existía el miedo constante a los bombardeos y, sobre todo, había trabajo. Los valencianos aún vivían con cierta tranquilidad.

Pero debía conseguir al samaritano que se apiadara y quisiera llevarlos, objetivo nada sencillo, sobre todo para María, que no contaba con dinero para sufragar el costo. Si bien la carretera que comunicaba Madrid con Valencia estaba protegida por los milicianos, la ruta se encontraba en mal estado y los suministros de gasolina no eran seguros, ni constantes. Se decía que a ambos lados de la ruta se podían ver decenas de autos accidentados o abandonados que, descompuestos, no habían encontrado quién los arreglara; y, sin combustible, no habían podido continuar la travesía. El viaje de Madrid a Valencia no resultaba fácil ni lo hacía cualquiera.

María prestaba atención a las conversaciones del bar, incluso de desconocidos, en su afán por lograr la tan deseada posibilidad de largarse.

Al mismo tiempo, su vientre constituía un asunto importante que requería de su constante atención. Al principio, cuando muy a su pesar había cedido a la demanda de Aquiles, temió por la vida del bebé, pero luego, al comprobar que la regla seguía sin venirle, se tranquilizó. Su hijo quería vivir y ella haría lo que estuviera a su alcance para que así fuera. Lo amaba sin conocerlo.

Las noches en que le tocaba estar con Aquiles, María cerraba los ojos y sólo pensaba en la palabra que había acuñado como escudo en su interior: «resistir». La repetía una y otra vez para sus adentros mientras él, echado sobre su cuerpo, consumaba el acto ruidosamente.

«Resistir» hasta que se le presentara la ocasión. Sabía, lo presentía, que sólo era cuestión de tiempo para que la esperanza a la cual se aferraba —una vida mejor en Valencia— pronto se hiciera realidad. Necesitaba que se produjera, además, antes de que el vientre comenzara a notársele.

Apoyada en el muro de la casa, mientras aún reparaba en el triste patio gris, María se cruzó con Ángel, que acababa de abandonar el cuarto del fondo, donde ella antes había vivido con Manolito. Cuando pasó debajo del olivo, se saludaron. El impresor conocía los detalles del arreglo, pues su amigo celebraba la llegada de cada lunes, miércoles y viernes. Desde hacía dos meses, cuando bajaba el sol, ya no quería que nadie ni nada lo molestara.

María, que había terminado de asear la casa, se preparó para continuar con el salón de la taberna. Ingresó con el cubo, el estropajo y demás implementos para fregar.

En el mostrador, Aquiles y Ángel bebían un café mientras conversaban animadamente sobre la suerte de un viejo conocido.

—Entonces, ¿lo de Ferrán Segovia es verdad? ¿Está muerto? —preguntó Aquiles.

—Y que me parta un rayo. Anoche fui a la arboleda y pude comprobarlo. Entre los diez cuerpos que estaban bajo los pinos del descampado, junto a la avenida, se hallaba el de Segovia —explicó Ángel.

—¡Joder! Hacía mucho que no se oía de una ejecución tan grande.

El día anterior, Ángel se había arrimado a la zona para ver con sus ojos los restos de una ejecución en masa porque entre los diez fusilados se encontraba un amigo. Si bien las checas, las patrullas y los particulares que habían aplicado la ley y metido balas a gusto se habían calmado, y los ajusticiamientos espontáneos habían mermado con la creación de tribunales populares y consejos municipales, por las noches aún podía suscitarse una masacre.

Ángel, pensativo, agregó:

—Me impresionó, ¿sabes? No podía creer que lo hubieran asesinado con los otros. Segovia era republicano... Y, cómo no, tenía carné de afiliado al Sindicato Único de la Construcción.

—Pero ya sabes, en las épocas del padre Ricardo, Segovia había sido su amigo.

—¡Que nones, Aquiles! ¡No era amigo! —exclamó Ángel—. El cura lo contrataba como carpintero... tú sabes... para arreglar techos o construir bancas, púlpitos y sabrá Dios cuántas cosillas de madera tienen las iglesias.

—Pues no me vengas con esa, tío. Yo también tengo un primo carpintero y jamás fue a trabajar con los curas —dijo enojado Aquiles y añadió—: ¿Qué decía la gente que, como tú, anduvo husmeando en el lugar?

—Ya sabes, por estas épocas a nadie le importan unos cuantos muertos. ¡Imagínate! Allí mismo, junto a los cuerpos, había una pareja que no paraba de besarse —relató Ángel.

—Estos espectáculos se han convertido en moneda corriente. Dicen que cuando mataron a los hombres que encontraron con papeles de la derecha, los Cabrera fueron a ver la ejecución con sus tres niños —dijo Aquiles.

—No me extraña, que aquí no hay para inciensos. Ayer había varios niños correteando alrededor de los cuerpos. Pobre Segovia... no me resigno a creer que lo fusilaron por traidor. Yo hablaba seguido con él sobre los conflictos sociales y las reivindicaciones de la República.

—En estas épocas, Angelillo, uno puede morir en cualquier momento. O te mata un bombardeo o te acusan de traidor y... ¡bang, bang! —hizo la seña de un disparo, luego añadió—: Por eso lo diré de nuevo: mientras se pueda, a esta vida hay que disfrutarla.

Aquiles repitió la frase que desde que se acostaba con María se había convertido en su lema.

Ángel le respondió:

—Tienes toda la razón. Y para no contradecirte, creo que aceptaré tu invitación y participaré en la próxima partida de mus.

—¡Perfecto! ¡Será mañana!

—Lo he pensado y creo que arriesgaré el dinerillo que me queda. Tal vez me vaya bien y logre duplicarlo.

—No apuestes todo, sólo la mitad, por las dudas —le sugirió Aquiles intentando quitarle el miedo porque su amigo, que solía anticipar el lance, luego, pretexto mediante, se arrepentía.

Contrariamente a lo que podía sospecharse, desde que se había desatado la guerra, los madrileños se interesaban más que nunca por los juegos de azar. Las partidas de mus que se jugaban en el bar cada martes contaban con más adeptos. A los parroquianos que solían asistir regularmente se les habían sumado algunos periodistas extranjeros que cubrían la contienda para los diarios de sus países. El dinero fresco que aportaban los corresponsales entusiasmaba a los madrileños, que tanto lo precisaban.

—Mañana vendrá un francés que escribe para el *Journal de Genève*. Y el Colorado prometió llegar puntual —aclaró Aquiles.

—Pues seguramente también me tendrás aquí. ¿Jugarás tú? —preguntó Ángel.

—No lo sé. Si hay lugar, tal vez... Me conformo con la ganancia de lo que consumen los

extranjeros y las propinas que dejan.

Pese a que los camareros habían luchado por la supresión de las propinas como una forma de dignificar su oficio, unos estadounidenses —ajenos a este reclamo— habían dejado una cifra de respeto que equivalía a lo que Aquiles embolsaba en un mes.

—Has tenido suerte que hayan elegido Los Santos —comentó Ángel y luego añadió—: Volveré más tarde para que me cuentes sobre la partida de mañana, pero ahora veré qué cosillas me aguardan en la imprenta.

Para salvar el pellejo, cuando se desató la guerra, el encargado de la Imprenta Municipal, un hombre que simpatizaba con la Falange, había huido a Francia, lo que obligó a los empleados a reorganizarse para mantener el taller en funcionamiento. Al día de hoy, para satisfacción de los afiliados al Arte de Imprimir, las máquinas servían exclusivamente a los intereses de la República.

—Vete, pero no cuentes conmigo esta noche. Hoy es lunes, y ya sabes...

María, que muy cerca de los amigos se dedicaba a limpiar los pisos, escuchó el día de la semana y las náuseas, que por esos días habían mermado, resurgieron.

Dos palabras se unieron en sus pensamientos y vinieron a salvarla: «lunes... resistir».

* * *

Esa noche Aquiles cerró temprano el local. No tenía sentido mantenerlo abierto hasta más tarde. La gente prescindía de un café o una copa y, a veces, por atender a una sola persona, demoraba su escaqueo con María.

Cada día de los pactados tenían sexo una vez, pero en ciertas ocasiones, todavía encendido, luego del acto, a Aquiles le gustaba jugar durante un rato más, prolongar el sexo con caricias e intimidad. El trato era que ella podía irse del cuarto cuando él se lo permitía. De todas maneras, a lo sumo pasaban juntos dos horas, no más, porque María se había vuelto cerrada, aburrida y ya no cruzaba palabras con él. Para su consuelo, Aquiles reconocía que la chavala jamás se quejaba. Cumplía con su parte sin entusiasmo, pero sin restricciones.

Al caer la noche, Aquiles bajó las persianas de la taberna, apagó la luz y se marchó a su cuarto. Planeaba celebrar una velada especial con María, a quien intentaría animar con una pequeña sorpresa. Durante el fin de semana, de visita en el mercado de Torrijos, había conseguido cambiar un chorizo de pescado por un camisón rojo usado, cortito y escotado de esos que se habían puesto de moda apenas ganó la República cuando todos querían vestir ropas de ese color. Tiempo atrás, cuando lo había visto en un escaparate, jamás hubiera intentado comprar uno, pues no tenía mujer y María se le escurría como agua entre los dedos, pero ahora... De yapa, en la transacción había logrado incluir unos zapatos de tacones, tan frecuentes antes de la guerra, pero ahora desaparecidos.

Sacó el camisón del cajón de la mesa de luz y, de la puertita de abajo, los zapatos. Colocó las prendas sobre la cama y las observó: el camisón pequeño tenía encaje transparente a la altura de los senos y los zapatos altísimos estaban recubiertos de charol negro. Excitado, pudo imaginar cómo le sentaría el conjunto a María. Entusiasmado, volvió a guardarlo en el mismo lugar a sabiendas de qué poco faltaba para que llegara el momento de disfrutarlo.

* * *

Un rato después, acostado y tapado hasta el cuello con la rústica sábana blanca, Aquiles oyó que María tocó a la puerta.

—Pasa, chiquita... —dijo cariñoso.

María ingresó a la habitación y, sin mediar palabra, comenzó a quitarse la ropa. No tenía sentido esperar. ¿Para qué? Si Aquiles no tardaría en exigirselo. O peor aún, se la arrancaría con violencia, desbocado por el ardor.

Completamente desnuda, se metió en el lecho. Él la recibió y la besó sin demora. Intentó buscar su lengua con la suya, pero como María no respondía, la boca de Aquiles bajó por el cuello y lo humedeció con su saliva. Enseguida, la penetró.

Durante las primeras noches, Aquiles había intentado tocarla antes de empezar con la intención de arrancarle un gemido de disfrute, pero ella no parecía gozar de ninguna caricia, sino al contrario, por lo que él había desistido y ahora sólo procuraba su propia satisfacción.

Aquiles llevaba un rato de besos en el cuello y de fuertes embestidas cuando pronunció las palabras que —María lo había aprendido— anunciaban el final.

—¡Dios, sí, sí, sí! —chilló Aquiles y lanzó un grito furibundo, un bufido de bestia.

Ella repitió para sus adentros varias veces: «Resistir, resistir, resistir».

Dos minutos después, Aquiles se separó de María y volvió a su lado de la cama para apoyar la cabeza en la almohada.

«Al fin ha terminado», pensó María sin imaginar los planes de Tormo.

Mientras permanecían desnudos en la cama, mirando el techo y las manchas de humedad, María aguardaba la próxima exigencia o la licencia para marcharse.

Aquiles giró y, con un pequeño movimiento, rebuscó en la mesa de luz hasta que sacó lo que había guardado. Y, dándose vuelta, extendió las manos y le dijo:

—Toma. Los he comprado para ti y quiero que te los pongas esta noche.

Ella, desestabilizada, se preguntó por qué existía ese tipo de prenda. Entonces se acordó: vino a su memoria aquella vez que había deseado un camisón así para seducir a Pedro. El recuerdo la quebró y, sin poder contenerse, le cayeron dos lágrimas por las mejillas, que de inmediato se secó con las manos.

María obedeció: se calzó el camisón y los zapatos, que, asombrosamente, eran casi de su número. Le entraban, aunque le provocaban dolor.

Aquiles, tendido en la cama, boca arriba, con las manos puestas detrás de la cabeza, que descansaba en la almohada, y las piernas cruzadas, la miraba embelesado. «¡Por Dios, qué mujer!», pensó admirando a través del encaje los pechos blancos que —por alguna razón, inexplicable para él— estaban enormes desde hacía un tiempo. Su mirada subió por el cuello y deseó ver la nuca que tanto le había atraído. Se lo pidió:

—Recógete el pelo en una coleta como cuando eras una chiquilla y trabajabas aquí.

Ella lo miró resignada.

—No tengo con qué —dijo con voz tan normal que nadie hubiera sospechado que protagonizaba una escena sexual.

Aquiles rebuscó en la mesa de luz y encontró un hilo de empaquetar. Se irguió y se lo dio.

María lo tomó y, como pudo, se hizo una coleta alta para no contradecirlo. Tormo no le pedía gran cosa; además, en otras ocasiones podía exigirle caprichos mucho peores, como había sucedido una fatídica noche. Por lo tanto, acató sin chistar.

Desnudo, Aquiles se bajó de la cama para dar una vuelta alrededor de ella y observarla a sus anchas. Quería ver centímetro a centímetro de esa figura, quería que la imagen le entrara por los ojos hasta que llegara a cada rincón de su cuerpo de hombre. Esa noche tenía el ambicioso plan de

volver a poseerla, trámite que nunca había podido repetir.

La miró con lascivia y concupiscencia sin pestañear hasta desearla a rabiar. La miró hasta querer comerla de un bocado, hasta ver en ese rostro de pelo recogido a la chiquilla que tantas veces se le había negado. Y entonces, lleno de recuerdos, rabia, pasión y deseo, se acercó a ella por detrás y, tomándola con fuerza de la coleta, la pegó a su cuerpo y le dijo lo que tantas veces, enojado, había imaginado:

—Ven aquí, puta, que te daré lo que te mereces...

Escuchar su propia voz, saberse parte de esa escena y sentir la proximidad de ese cuerpo enfundado en el pequeño camisón rojo provocó el efecto esperado. Entonces, sin dejar de tironearla fuertemente del pelo, la penetró por detrás con violencia una, dos, tres y muchas más veces...

Él: quería lograr lo que se había propuesto, batir su propia marca.

Ella: resistir, resistir, resistir.

Media hora después, ambos habían logrado su meta.

María se quitó el camisón y se vistió, segura de que a Tormo, extenuado como nunca, ya no se le antojaría otra cosa. Además, ella deseaba desesperadamente lavarse.

Aquiles se espabiló al notar los movimientos y abrió un poco los ojos. Con el deseo aplacado y la respiración sosegada, la vio tal cual era y le dijo:

—Niña, al fin te has engordado un poco...

María no respondió. Se apuró a ponerse la falda y el jersey. Él agregó:

—Salvo que estés embarazada de mí —lo dijo sonriendo, incrédulo de sus palabras.

Luego de calzarse sus zapatos bajos, María abandonó el cuarto pensando que debía apurar la partida, caso contrario, si Aquiles asumía que el niño era suyo, entonces, sus posibilidades se reducían a cero.

En su cama, Tormo meditó que los deseos de los hombres equivalían a olas del mar: iban y venían. Porque un día querían una cosa y al siguiente, otra. En su época de enamorado, había deseado concebir un hijo con María; luego, tras su regreso, había desistido; pero ahora, después de una noche gloriosa, renovó aquella idea. Tal vez, equivocadamente, había creído que no podría seguir un ritmo diario de sexo, pero lo sucedido hoy demostraba lo contrario. Por lo tanto, no sería mala idea renegociar con María pasar juntos más noches. «Lunes, miércoles y viernes, para un semental como yo, es poco», meditó justo antes de que el sueño lo venciera.

CAPÍTULO 25

LA PUERTA DEL SOL

La Puerta del Sol es la plaza donde se proclamó la Segunda República en 1931. Allí se encuentra la estatua de El Oso y el Madroño, símbolo de Madrid. También el Reloj de la Casa de Correos desde donde se tañen las campanadas de fin de año para los miles de personas que se reúnen allí para comer las uvas y celebrar el Año Nuevo. Sobre ella está el kilómetro cero, el punto donde comienzan las carreteras radiales españolas.

Madrid, 2014

Rafael caminó por la Puerta del Sol y le dio dos vueltas a su bufanda. El centro de Madrid en diciembre era realmente helado. Acababa de salir de una tienda sobre la calle del Arenal, que se asemejaba a una agencia de viajes pero que, por lo pequeño y precario, no llegaba a serlo. Allí, gracias al dato de los músicos del metro, había comprado los pasajes más baratos que en ninguna otra parte; aún más que en internet. Como hombre a la antigua, y porque así le había enseñado don Becerra, Rafa había insistido en comprar también el de su novia por más que ella fuera millonaria. Cuando habían hablado de adquirirlos, Alba había intentado usar sus tarjetas de crédito, las de los colores maravillosos que le permitían comprar sin límite, pero Rafa no se lo había permitido, pues, para poder darse ese pequeño lujo y otros similares, había trabajado día y noche durante todo ese año.

Ahora que tenía los pasajes ya no podrían echarse atrás; el vuelo salía en una semana. Caminó con las manos en los bolsillos hasta llegar al costado de la plaza donde había menos tránsito de gente. Allí, apoyado contra el escaparate de un comercio, llamó a Juliana. Debía avisarle que en unos días estaría en Argentina. Ella contestó enseguida.

—Hola, Rafa, estoy trabajando pero no quise dejar de atenderte.

Por el horario, ella estaría en su consultorio.

—Es un minuto nada más. Quería comentarte que al fin sé la fecha exacta de mi regreso. Acabo de comprar el pasaje y mi avión sale el próximo lunes.

—Ah...

—Decile a Facundo, por favor.

—Sí, le digo.

—Mirá que paso Navidad acá; pero Año Nuevo, en Argentina, y quiero estar con él.

Hubo un pequeño silencio del otro lado de la línea. Él percibió cierta incomodidad y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Ay, como no sabía que venías, ya armamos en...

—Juliana, hace un año que no veo a mi hijo, organízalo como quieras, pero él va a estar conmigo.

—Está bien —aceptó poco convencida.

—Nos vemos pronto.

—Sí, nos vemos.

Rafael pensó: «Para muestra, basta un botón». Ya imaginaba la lucha que le esperaba con su ex por las horas y los días con Facu. ¡Y eso que todavía no le había dicho que viajaba con Alba!

Marcó el número de su padre para contarle. Pero como no le respondió, le envió un mensaje explicándole que llegaría a tiempo para pasar Año Nuevo con él y el resto de la familia; también le pidió que organizara que su hermana Florencia y su esposo estuvieran en Buenos Aires para esa fecha. Luego continuó caminando rumbo a la casa de la madre de Lola. Había decidido concretar la charla pendiente. Temía que, si la postergaba para el final, sobrepasado con los quehaceres del viaje, ya no pudiera reunirse con Chus.

Llegó hasta el departamento, tocó timbre y enseguida lo atendió Marta, la señora que cuidaba a la anciana, y lo hizo pasar a la sala.

En pocos minutos apareció Chus, que lo recibió con su lucidez habitual:

—Hola, Rafael, qué bueno verte por aquí. La última vez fue hace catorce días y ya me dijo Lola que en este tiempo tu vida ha cambiado muchísimo, me contó que estás por volver a tu país.

—¡Ay, Chus, cómo te acordás de las fechas! Ya quisiera a tu edad tener tu cabeza. Así es: me voy para Argentina y gracias por invitarme de nuevo.

—Sí, le pedí a mi hija que te avisara porque creo que es importante que sepas cómo se vivió en Madrid durante el sitio, cómo fueron esos tiempos... Sobre todo el primer año, que fue el que tu abuela vivió aquí. Siéntate, por favor, que le he pedido a Marta que nos traiga dos cafés.

La señora que la cuidaba se acercó con dos tazas humeantes.

Rafael se sirvió azúcar y Chus comenzó a contar la historia desde el principio. Describió el clima previo al conflicto, los recuerdos propios de una niña en una ciudad como cualquier otra, los paseos que realizaba con su familia, la ropa que usaba a sus doce años, la edad que tenía cuando se desató la guerra.

—De repente, las chicas de mi edad dejamos de admirar a las glamorosas actrices de Hollywood vestidas de seda y pasamos a mirar con fascinación a las jóvenes españolas que usaban overol y se decían ser iguales a los hombres. Mira, chaval, por esos tiempos mi modelo cambió abruptamente.

—Qué interesante.

—¡Ya lo creo! Claro que esto fue al principio, podría decirte que la época de la alegría y la emoción. Después vino la etapa de la inseguridad y la muerte; y a continuación, la del hambre; y por último, los bombardeos.

—Contame, por favor —pidió Rafa, aunque esa tarde Chus quería hablar y no necesitaba que la alentaran.

—En esa primera época siempre estaba latente el peligro de ser acusado aun de lo que no habías hecho y de que alguien ejerciera justicia por mano propia. A los pleitos y rencores por pertenecer a un bando o al otro, al rojo o el azul, venía a sumársele el peligro de las vendetas personales por deudas o por amores... Y algunos hombres terminaban ajusticiándose con el

pretexto de la política.

—¿Con quién vivía usted?

—Con mis dos hermanos y mi madre. A mi padre lo mataron en esos primeros días revueltos, a poco de empezar la guerra. ¡Pobrecillo él, apareció muerto junto al paredón del cementerio! Un famoso «paseílllo» se llevó su vida. Creo que ese fue uno de los peores tiempos, pues todos vivíamos con miedo, aterrorizados, rogando por que no nos mataran... sin importar a cuál bando se perteneciera.

—Pobre su madre, quedar sola al cuidado de tres niños.

—Sí, ya lo creo. En la época del hambre, ella nos daba a nosotros, sus hijos, casi toda su comida. Cuando empezó la guerra, mi madre pesaba setenta kilos pero cuando terminó, treinta y cinco... ¡Imagínate!

—¡Qué terrible!

—No sabes qué indigno era hacer filas por horas y horas, a veces en medio de bombardeos y del frío que nos congelaba, para que nos dieran un poco de aceite y las dos patatas que nos tocaban. Y eso, en las mejores épocas... porque en las peores, madre mía, sólo repartían lentejas. Y no me quejo, pues esas legumbres nos salvaron de morirnos de inanición.

—Mi yaya siempre agradecía la comida y besaba el pan —acotó.

—Yo también lo hago cada vez que almuerzo. ¡Porque he visto cada cosa!

—Me lo imagino.

—No sé si realmente puedes imaginarlo, Rafael, porque en esa época si bien afloró la peor parte de los españoles, también surgió la mejor, pues he visto a gente caerse al suelo por falta de fuerza a causa de la desnutrición pero compartir una parte de su comida con otros. O salvar de la ejecución a su peor enemigo por lo que creía justo. También he visto las miserias más grandes, como fusilar al inocente, aún sabiendo que lo era.

—Qué tiempos tremendos, Chus... A lo largo de la historia, el ser humano ha sido capaz de cometer los crímenes más horribles y de realizar las bondades más sublimes... pero durante una guerra, estos gestos deben notarse mucho más.

—Cada día, cuando por la mañana abro la ventana y veo el sol, pienso que sale para todos sin importar las atrocidades que hayan cometido en la noche. Pero creo que esto es así gracias a una suerte de equilibrio, a los buenos actos realizados durante esas mismas horas y que compensan la balanza, como pasar la noche sentada en una silla dura de hospital cuidando a un ser querido. Porque el ser humano es capaz de quitar la vida pero también de dar la suya por el prójimo.

Chus había abierto la compuerta de su sabiduría, la de las informaciones y anécdotas de su vida en época de guerra y esa catarata inundaba la sala del departamento, que se llenaba de recuerdos. La anciana relató uno muy vivo, grabado en su memoria y que daba la dimensión de lo ocurrido en aquellos días sombríos.

—Jamás podré olvidarme de la imagen de mi madre con un pedazo de carne entre sus manos. Lo cargaba, tú sabes, como si fuera un tesoro.

Y Chus le relató la historia de un caballo que tiraba de un coche y que, por cansancio y falta de alimento, había caído rendido, sin vida, al suelo en pleno centro. Al verlo, los madrileños muertos de hambre enseguida se le echaron encima con un cuchillo en las manos y en menos de veinte minutos no dejaron nada del pobre animal. Cada persona se había llevado a su casa la parte que había podido cortar para comerla esa misma noche.

—¿Sabes cómo lo sé? —le preguntó la mujer a un Rafael azorado—. Mi madre fue una de esas personas. Ese día cenamos carne de caballo.

Chus le contó que por esas épocas sólo subsistían los más fuertes, que el ayuno apretaba tanto

que la gente se vendía por un plato de comida, que las mujeres —algunas, casi niñas— se acostaban con hombres viejos a cambio de alimentos para no morir de hambre. El frío del invierno nos carcomía a todos por igual. Los niños eran delgadísimos. Pero aun en medio de la miseria se seguían dictando clases. La educación no se posponía por nada, ni siquiera por hambre.

Ella hablaba y Rafael sólo asentía. Parecía imposible detener las ideas que, una tras otra, venían a la mente de Chus y que en la cabeza de Rafa tomaban la forma de imágenes de María sufriendo las crueldades de la guerra.

—En la casa de mi tía Pocha, que tenía un bebé de meses, todas las tardes se juntaban las mujeres del barrio que estaban amamantando... Unas diez madres llegaban con sus niños porque las que tenían leche ponían al pecho a los críos de las mal alimentadas. Se compartía lo que había, aunque también se mataba por un bacalao seco.

—¡Por un pescado! —exclamó Rafael impresionado.

—Sí. Yo vi con mis propios ojos disparar un tiro a un hombre por un pescado —dijo Chus con vehemencia y agregó—: Figúrate que mis hermanos más chicos no sabían lo que era una banana, no conocían esa fruta, la vieron por primera vez ya grandecitos.

Chus tenía una y mil anécdotas que le servían a Rafa para comprender la clase de vida que su yaya había llevado en ese tiempo y las razones por las que había preferido callar. La viejita le abrió su corazón aclarándole que jamás antes había conversado de estos episodios con nadie, que hubiera deseado olvidarlos, pero que, no sabía muy bien por qué, hoy sentía la necesidad de contárselos. Al oír su confesión, Rafa no pudo dejar de recordar que su abuela se había vuelto verborrágica cuando comprendió que se le extinguía la vida.

Rafael no se animaba a preguntarle a qué bando había pertenecido. A Chus, que había evitado mencionarlo, parecía no importarle. Con noventa años sólo le quedaban las enseñanzas de aquellos tiempos. Rafa nunca había oído rencor en su voz. Ella era una de las renacidas, tal como había escuchado Rafael que llamaban a las personas que habían pasado por esa experiencia traumática y no guardaban odio, sino deseos de construir un futuro.

Había caído la noche cuando Rafael, emocionado, se despidió de Chus y se marchó muerto de frío rumbo a la boca del metro mientras pensaba: «¡Pobre yaya... qué difíciles épocas vivió!». Ser joven, no tener padres ni dinero, que asesinen a su hombre y estar embarazada... Recordó la foto que la mostraba con panza y una idea terrible se alojó en su cabeza: ¿y si ese niño no era de un Díaz Montero, sino de otro hombre con el que ella se hubiera tenido que acostar por hambre? En tal caso, ¿de quién era hijo su padre? La idea le dolió, y deseó volver pronto a la Argentina para ver si lograba averiguar algo acerca de ese Ignacio Saura que había enviado las fotos y figuraba en el remitente del sobre que se habían traído de Ledrada. Rumió: «Ignacio... se llama igual que mi padre». Y más se impresionó. ¿Qué había sido de ese hermanito que, se suponía, tenía María? Otra pregunta sin respuesta.

Llegó al metro y logró subirse al convoy que justo entraba en la estación. Sentado en el vagón, miró la hora y comprobó que era tarde, pero Alba lo esperaba para cenar. Pensó en ella y se puso contento. Quería verla, no estaban juntos desde la mañana. Se encontraba feliz porque viajaría con él a Argentina, y porque pasarían la primera Navidad juntos en España. Él ya no concebía la vida sin ella.

Miércoles de Navidad

Rafael, sentado en el silloncito bordó, vio ingresar al comedor a Alba y de inmediato abandonó el libro que estaba leyendo para hacer tiempo mientras ella se preparaba. No era para

menos: Alba acababa de ingresar enfundada en un bonito vestido mini negro con mangas anchas y bordados en el frente; en los pies llevaba botas bucaneras altísimas, de nobuk. Ella jamás se vestía así. La encontró muy sexy.

—¿Estoy bien?

—Muy bien... tanto que corrés riesgo de que te lleve de nuevo a la cama.

—De verdad, dime... ¿no es demasiado?

—No, Alba. Vamos a la gala que da El Cigala y luego a la fiesta de Navidad. Así que estás perfecta... y hermosa.

Ella sonrió, se puso una enorme bufanda negra y una campera muy abrigada, y partieron a la casa de Pepe para buscarlo, como habían quedado. Daniel les había avisado que los aguardaba con su Mercedes en la esquina. Los cuatro irían en su coche.

Pepe los esperaba listo, sentado en la sala, vestido de impecable traje azul.

—Pepe, ¿no estás desabrigado?

—No, llevaré mi abrigo de paño —dijo mostrando su sobretodo negro muy abrigado y añadió—: Además, me he precavido, miren... —Y muy orgulloso se abrió tres botones de la camisa blanca y mostró que debajo llevaba puestas, una arriba de la otra, dos remeras blancas estampadas con inscripciones del *Quijote*. Muy contento con el uso que les estaba dando, exclamó mientras exhibía las frases de ambas—: ¡Esta vez llevo puestas dos!

Rafael se empezó a reír sin parar. Pepe lo miró con fiereza y vociferó:

—¡Pues que te den, coño! Pero si tú vas con jean y a ti nadie te dice nada.

Alba, solidaria con Pepe, tomó con sus manos el borde de su vestido y lo levantó bien alto; tanto, que los dos hombres vieron sus medias negras con ligas y sus bragas de igual color. Más arriba se podía observar una remera blanca con la inscripción: «MIS SECRETOS SON SÓLO MÍOS». Ella también se había abrigado con una de esas camisetas que ya casi no usaba. Dio una vuelta sobre sí misma y de atrás se le vio el trasero con tanga.

Rafael, impresionado por la forma en que ella se mostraba, exclamó:

—¡Joder, Alba! ¿Qué hacés? Por lo que mostrás, parece que tus secretos no son sólo tuyos sino de todos.

—¡Pues, niña, qué panti tan sexy llevas! ¡Me empalmas! —dijo Pepe con la intención de provocar a Rafa.

Rafael explotó:

—¡Joder, macho, ustedes dos me tienen cansado!

Alba y Pepe, muertos de risa, uno de cada lado, tomaron del brazo a Rafa y, así, amarrados, se dirigieron a la calle. Y ya afuera, con cariño, Pepe le tocó la cabeza a Rafa para que se le pasara el enojo. En la esquina, Daniel los esperaba. Y los tres se subieron al coche de buen humor.

Habían previsto asistir al recital y, de allí, ir a comer a un lugarcito muy *cool* que quedaba cerca del teatro. Las reservas para cenar estaban hechas desde el día anterior. Seguramente, se quedarían hasta las doce para brindar los cuatro juntos.

Media hora después, Rafa, Alba, Daniel y Pepe se hallaban sumergidos a pleno en el recital de El Cigala.

Pepe era fanático del artista desde siempre, por eso había comprado las entradas. Lo oyó cantar «Lágrimas negras» y se volvió loco. Aplaudía y miraba a Daniel mientras decía para todos:

—¿Han oído? No puede ser tan bueno. Este chaval es la leche.

El grupo y todos los presentes en el teatro disfrutaban del concierto. Tarareaban las canciones, aplaudían, hacían palmas y sonreían. Rafa, sentado al lado de Alba, aprovechaba que el vestido dejaba al descubierto sus piernas de medias negras y ponía su mano sobre el muslo, bien arriba,

justo al límite de donde llegaba la liga. ¡Qué importaba, si estaban en penumbras! Nadie los veía, pero ellos sí sentían, y mucho. La yema de los dedos índice y mayor de Rafa quemaban la piel de Alba. Tanto que, por un momento, ella se dio vuelta y, mirándolo, abrió grande los ojos en risueño reproche, pero él la besó en la boca y continuó con el juego.

Las canciones se abrían paso, una tras otra. A «Inolvidable» le sucedió «Soledad», y a esta, «Corazón loco». Y tal como decía la letra de la balada, así de loco era el estado del corazón de Alba, que iba al galope porque las manos de Rafael habían subido por la cima empinada de sus piernas derribando el último bastión de ropa interior y ahora indagaban los lugares secretos y húmedos buscando crear un acorde perfecto.

El Cigala comenzó a cantar «El día que me quieras»; su voz se oía clara: «Acaricia mi ensueño/ el suave murmullo de tu suspirar». Y la mano de Rafa creó un re entre las piernas de Alba que la hizo suspirar en un suave murmullo.

«Cómo ríe la vida/ si tus ojos negros/ me quieren mirar», continuaba El Cigala. Y los ojos de Alba, cargados de deseo, lo miraron otorgándole a Rafa el permiso para la música que él quería ejecutar en ese momento.

Do. Re. Mi. Fa. Sol... Sus dedos diestros sabían hacerlo. Ya lo habían hecho otras veces.

Sol. Fa. Mi. Re.

«Y si es mío el amparo/ de tu risa leve, que es como un cantar/ ella aquieta mi herida/ todo, todo se olvida.» Alba cerró los ojos y se olvidó de todo, ya no importaba dónde estaba, quién era y ni qué hacía allí. Ella había perdido su voluntad y sólo se dejaba dirigir por la mano de Rafael, que en esa noche era la dueña absoluta de su cuerpo.

Sólo faltaba el acorde final para ejecutar la canción completa y los dedos de Rafa se detuvieron. Ella abrió los ojos y en la penumbra lo miró pidiendo más, por favor...

«El día que me quieras/ la rosa que engalana/ se vestirá de fiesta/ con su mejor color/ y al viento las campanas/ dirán que ya eres mía.» Él le hizo caso y su mano continuó el certero recorrido buscando la armonía perfecta y allí, en un do, re, mi, al fin logró hacerla suya. Se lo mostraba la imagen de Alba que, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, respiraba ardorosamente. En su interior, la música sonaba fuerte y llegaba a cada rincón de su cuerpo.

«Y locas las fontanas/ me contarán su amor», dijo El Cigala. Y todas las fuentes secretas del cuerpo de Alba al fin explotaron a un mismo tiempo al son de la canción mejor interpretada. A su lado, Rafael también respiraba entrecortadamente, tenía una suave sonrisa marcada en los labios, estaba feliz de haberlo logrado. Sus manos habían tocado las cuerdas correctamente y logrado la canción que buscaba. Amaba darle placer a esa mujer que tenía a su lado, porque la amaba a toda ella.

Unos instantes y el recital continuó para Alba y Rafael, que se sumergieron nuevamente en la actuación y, ya en calma, se dedicaron a deleitarse con la voz del cantante. Pepe y Daniel, metidos en el mundo de la música, venían disfrutando cada minuto. Pero para Rafael la calma duró poco porque El Cigala cantó «Garganta con arena» y él, que aún tenía los sentimientos a flor de piel por lo vivido un rato antes con Alba, ahora se emocionaba con esa canción, la preferida de su padre.

Música, aplausos, charla, intimidad y hacia las diez de la noche el recital llegó a su fin. El Cigala se despidió bajo el aplauso cerrado del público. Y a Pepe, emocionado, se le ocurrió que antes de marcharse deseaba saludarlo. Alba trató de hacerlo desistir, de llevarlo hacia la puerta, pero no hubo caso. El viejo seguía insistiendo con saludarlo.

—No nos dejarán pasar —dijo Daniel, a quien el plan le parecía alocado.

—Que sí —contestó con vehemencia.

—Mirá, Pepe, ahí está la gente de seguridad. No dejan entrar a nadie —comentó Rafael.

—¡Que yo conozco a Diego y pasaremos! —insistió Pepe—. ¡Vamos!

Lo acompañaron hasta una puerta que conducía hacia los camarines para no dejarlo solo, pues fe de que los dejasen entrar no tenían. Pero Pepe, una vez frente al hombre de seguridad, dijo su nombre completo con apodo y señas y le pidió pasar explicándole que era amigo personal de El Cigala.

—Soy Pepe, José Navarro Flores —se presentó con la misma voz grave que ponía cuando recitaba fragmentos del *Quijote*.

El guardia desapareció y regresó en tres minutos diciéndoles que podían pasar, que el señor Diego los aguardaba en su camarín.

Ingresaron tras bambalinas aún asombrados por la influencia que podía llegar a ejercer Pepe y en instantes los cuatro saludaban a El Cigala. Y mientras conversaban animadamente, Rafa concluyó que Pepe tenía los condimentos de un personaje. Se sacaron una foto con el músico usando el teléfono de Alba y, charlando dos palabras más, se marcharon. No querían molestar, era Navidad y el cantante se aprestaba para pasar la Nochebuena con sus seres queridos. Además, ellos también tenían sus planes.

Pepe, que ahora caminaba rumbo a la salida exhibiendo una gran sonrisa en el rostro, tanto de felicidad como de orgullo, expresó:

—¿Qué dije? Que El Cigala y yo somos amigos. Lejanos, pero amigos al fin.

Daniel se rio y lo felicitó. Pepe comenzaba a caerle bien porque descubrió que ambos tenían puntos en común: así como a él, en su faz de empresario, le gustaba abrir puertas en los negocios, Pepe abría las de su interés. Reconoció que los dos eran muy diferentes, pero que, evidentemente, caminaban por la vida con la misma actitud.

Los cuatro, muertos de frío, recorrieron las pocas calles que los separaban del restaurante. Pero cuando entraron, el calor del ambiente, bullicioso y distendido, les volvió el alma al cuerpo. Era Nochebuena y muchas de las personas allí reunidas acababan de salir del recital, al igual que ellos. Parecía que muchos habían tenido la misma idea y llegaban al mismo tiempo quejándose del frío pero alegres por la velada festiva.

En un clima de llana informalidad, se sentaron a la mesa y un joven camarero los atendió sonriente. Eligieron y pidieron el vino, pues el menú estaba pactado de antemano. El día anterior, cuando confirmaron la reserva por teléfono, habían optado por uno de los platos sugeridos: besugo al horno.

Mientras aguardaban el pedido, Rafael se apartó un poco y fue al rincón más tranquilo que encontró e hizo un par de llamadas a sus seres queridos. En Europa llevaban varias horas adelantados y era el momento justo para contactarse con los suyos. Primero habló con Facundo; luego, con su padre, su hermana y cuñado; también con sus tíos, que estaban pasándola juntos en casa de don Becerra.

Un rato después, en plena comida, mientras degustaban el pescado, los comensales de una mesa cercana, divertidos y contagiados por el espíritu del espectáculo que acababan de presenciar en el teatro, empezaron a cantar flamenco. Pero otro de los comensales que, sin dudas, sabía hacerlo profesionalmente se puso de pie y se sumó al canto. Desde las otras mesas, las personas acompañaban con palmas y... ¡olé! En pocos minutos, sin haberlo organizado, se armó una improvisada fiesta flamenca, donde los propios asistentes eran los actores principales que animaban esta Navidad que Rafa sentía extraña y hermosa al mismo tiempo, porque hacía frío y no calor, como en su país. Comían de entrada sopa de almendras y no vitel toné como en su casa; y de plato principal, besugo al horno y no asado con ensaladas variadas como en Argentina; y cantaban y bailaban flamenco en vez de algo de moda como hacía su familia en Buenos Aires. Había

supuesto que estaría triste, tal vez extrañando su tierra y su gente; sin embargo, se hallaba feliz, contagiado de esa alegría española que cada vez sentía más propia y junto a su madrileña favorita, porque miraba a Alba y se sentía feliz de verla tan bien y tan repuesta. Ojalá que nada la hiciera volver a caer.

Los cantos y la fiesta seguían... y todos disfrutaban. Pepe se puso de pie y se dirigió al fondo del salón, de donde regresó con una persona que traía una guitarra en las manos. Rafa la recibió e intentó sacar unos acordes que, sin mucho trabajo, logró. En instantes, el argentino tocaba flamenco, los presentes palmeaban, los más talentosos cantaban y el resto animaba con «¡Olé!». Pero todos se divertían. Una pareja se puso de pie y comenzó a bailar. Y a la fiesta ya no le faltó nada.

La noche avanzaba y la felicidad pintaba el rostro de los presentes. Rafa terminó su actuación recién nacida y un hombre se acercó y lo abrazó para felicitarlo.

Alguien, desde una punta, gritó avisando que eran las doce y todos corrieron a llenar sus copas para brindar. Rafael chocó la suya con Alba y la abrazó, hizo lo mismo con Pepe y con Daniel, que ya había saludado a su hija. Rafa regresó a su mujer y la apretó muy fuerte contra él mientras los dos hombres se saludaban entre sí y brindaban con los de su alrededor. Daniel se llevó a Alba para presentársela a un conocido que había encontrado en una de las mesas del restaurante. Pepe seguía charlando con la gente y Rafa, solo, se sentó para observar el bullicioso festejo. Pensaba que había empezado a amar este país que había llenado de alegría su vida, el país de la yaya. Parecía un acertijo: María se había ido de España para encontrar la alegría en Argentina y él, siguiendo la pista de su pasado, aquí había encontrado la dicha. El descubrimiento lo emocionó. ¡Cuánto extrañaría este griterío español que estaba viviendo! Sería difícil acostumbrarse a vivir sin el arte flamenco, sin las zetas, sin el metro como escenario, sin las paellas, sin... no le alcanzaban las palabras para identificar todo lo que venía a su mente, invadida por sentimientos y sensaciones. España se le había metido dentro y formaba parte suya.

Esa noche, el cuarteto que conformaban se marchaba caminando un tanto tambaleante rumbo al coche de Daniel. Estaban un poco ebrios, pero aun así, Pepe tuvo una idea y la dijo en voz alta:

—Rafa, deberías dar un show una vez a la semana en La Media Verónica... Los jueves o viernes por la noche... interpretar canciones españolas y latinas.

A todos les gustó la idea, aunque tal vez parecía buena sólo porque habían bebido unas copas de más y era Navidad, porque ninguno pareció recordar que en menos de una semana la pareja partiría hacia América.

* * *

El viernes por la tarde Alba reapareció ante Rafa con el mismo vestido negro que a él tanto le había gustado. Pero esta vez ella no le preguntó si le parecía apropiado, ni él la elogió; estaban apurados, con los minutos contados para llegar a la galería de arte Kreisler de la calle de Hermosilla. Se trataba nada menos que del día de la inauguración de la exposición de cuadros de Alba. Salieron ansiosos de Vallecas rumbo a la boca del metro.

En menos de una hora ambos ingresaron en el enorme salón y miraban los coloridos cuadros de Alba, que refulgían sobre las paredes blancas. La obra los impactó agradablemente.

—¡Imponente! No parecen los mismos cuadros que estaban en mi apartamento —reconoció Alba tomando del brazo a Rafael y hablándole al oído.

—Desde el primer día que los vi, los hallé vibrantes y fuertes. Aquí, al fin se lucen como

corresponde —dijo Rafael.

Enseguida se les acercó a saludarlos Pupé, la directora de la galería, que ese día vestía túnica blanca larga al piso. Amiga de Díaz Montero, Pupé les contó que conocía a Daniel desde que eran veinteañeros, cuando ambos habían coincidido en un grupo que salió de viaje por Italia con la misión de visitar museos para ver arte.

—No lo puedo creer, no me imagino esa faceta de Daniel —dijo Alba, que aún seguía llamándolo por su nombre de pila.

—Ah, él siempre fue muy serio y responsable. De ese viaje Daniel tuvo que volverse antes que los demás porque su padre, don Marcos, lo mandó a llamar debido a un problema que se suscitó con los jamones y necesitaba que él se hiciera cargo. ¡Pobre, no me olvido más! ¡Todos nos apenamos tanto!

Alba escuchaba y prestaba atención, le ayudaba a comprender a su padre, ese hombre al que en los últimos meses venía conociendo más que en todos los años anteriores.

Se hallaban en plena charla cuando Daniel llegó para saludarlos y se incorporó al grupo. Un camarero del servicio que él había contratado se acercó con una bandeja y todos tomaron una copa de vino. Mientras bebían, Pupé les contó que tenía grandes expectativas sobre la venta de los cuadros de Alba; Daniel, por su parte, les compartió detalles interesantes acerca del mercado de cuadros que, según había leído en un artículo de una revista de negocios, estaba creciendo a pasos agigantados.

Rafael, al notar que la charla se había puesto técnica y que Alba acababa de darse vuelta para saludar a un grupo de personas conocidas, aprovechó y se retiró para recorrer la exposición, algo que no había podido hacer desde que habían llegado a la galería.

Rafa se paseó frente a las imágenes de la mujer alada, entre la de los hombres de traje volando por el cielo azul y la de las alas de papel. A continuación, observó con detenimiento los pies descalzos avanzando y también la colección completa denominada «Ojos para observar». Todas le gustaban, cada una le provocaba distintas sensaciones, amén de que estaba orgulloso de Alba.

Luego apreció las obras de los demás artistas que exhibían en la galería y, al terminar su recorrido, decidió tomar tranquilo y en soledad una segunda copa, esta vez de champagne. Se instaló en un rincón sereno de la punta. Sentado cómodamente en un sillón de diseño vanguardista, con formas estrafalarias y forrado en cuero color fucsia, se sintió en su casa, rodeado de las ollas de su cocina, y, desde allí, se dedicó a observar su entorno. Vio que Alba conversaba con una copa en la mano y la halló tan sana y alegre que el corazón le dio un brinco de felicidad. Cruzó los dedos deseando que siguiera así, aunque estaba tranquilo porque algo le decía que Alba estaba poniendo todo de su parte y eso era lo importante. Miró al resto de los presentes y le pareció mentira que en tan sólo un par de días toda Madrid —ellos inclusive— sería parte de una realidad lejana. Le dio pena, sabía cuánto extrañaría la vida que había construido aquí, pero se sintió en paz, sabiendo que al fin vería a su hijo. Levantó la copa y miró a través del cristal y de las burbujas el cuadro de los pies que avanzaban y pensó: «Esto es lo que Madrid me dio en este año: pies para avanzar». Se bebió de un sorbo lo que le quedaba de champagne y, poniéndose de pie, se unió al grupo que animaba Alba. Llegó a su lado y la tomó por la cintura, quería tenerla cerca. Por momentos, percibía que esta actividad se la robaba. Ella lo miró sonriente y él volvió a sentirla suya.

Unos instantes después, Daniel se ubicó en el mismo trono de cuero fucsia. Él no tenía una copa en la mano, sino sólo pensamientos que bullían en su mente, porque de la observación que hacía sacaba varias conclusiones: que el argentino y su hija se amaban, se notaba por cómo él la

tomaba de la cintura y en la cálida mirada que ella le devolvía; que los cuadros se venderían y que Alba, si se administraba bien en su carrera, podía llegar a ganar buen dinero con su producción artística. Después de oír el valor que Pupé le brindó a una mujer interesada por un cuadro de la colección «Ojos para descubrir», no tenía dudas de que su hija prosperaría en este ambiente. Por último, disfrutando de la plenitud del momento, agradecía haber tenido ojos para descubrir lo que Alba sentía. Si hubiera seguido adelante enceguecido y obtuso, tal vez hubiera terminado lastimando la vida de su hija de una manera irremediable.

Se hallaba sumergido en estas apreciaciones cuando Pepe, que recién ingresaba a la galería, lo descubrió muy arrellanado en el sillón y el viejo, sintiéndose perdido entre tanta gente desconocida, se le acercó. Los dos hombres se saludaron con aprecio y Daniel, cediéndole el asiento, le pidió un minuto para regresar con una copa de vino para él y con Alba para que pudiera saludarla. Pepe aceptó y, sentado en el sillón fucsia, mirando a su alrededor, pensó: «¡Qué linda es la vida! ¡Qué bellos los colores, y qué hermosa la gente feliz!». Lástima que los años para vivir una existencia tuvieran fecha de caducidad. Porque nadie se salvaba de recibir alguna vez el triste aviso de que sus días en esta tierra terminaban. Algunos lo recibían de improviso, sin tiempo para procesar que llegaba el desenlace, se estrellaban contra el final como un fogonazo; a otros se lo entregaban más tranquilamente en dos hojas de papel impresas recién salidas del laboratorio, como las que él tenía desde hacía varios días en su mesa de luz.

Minutos después, Pepe recibió la esperada copa de vino blanco y la resplandeciente figura de Alba, que exhalaba felicidad y traía su propia bebida en la mano. Daniel y Rafa se les unió y los cuatro realizaron un improvisado y risueño brindis.

Pupé, ubicada junto al cuadro de la mujer alada, hizo sonar una moneda sobre su copa. Era el llamado a todos los presentes para que se acercaran y oyeran las breves palabras que servirían para dejar inaugurada formalmente la muestra. Los distintos grupos de invitados aceptaron el llamado y formaron un semicírculo cerca de Pupé, quien realizó una introducción acerca de lo que significaba la palabra «arte» y luego brindó interesantes apreciaciones sobre la obra de Aldi Alarcón. Pupé, especialista en su tarea, captaba la atención del público mientras nadie parecía percatarse de que la artista estaba un poco más allá, justamente en el rincón, sentada en el sillón fucsia disfrutando el momento a su manera. Pues Alba se había quitado los zapatos altos que le apretaban y miraba a sus seres amados junto a sus queridos cuadros, y eso le daba la cuota más grande de placer. Lo demás lo consideraba una mera formalidad y no le interesaba tanto.

Transcurridos unos minutos, cuando Pupé habló sobre la creadora de la obra, los presentes buscaron a Alba con los ojos y a ella no le quedó otra opción que abandonar su rincón de incógnito y dirigirse hacia la anfitriona con los zapatos en la mano bajo la mirada del público que, con pasmoso esnobismo, pensaba que Aldi Alarcón debía ser en verdad una gran artista porque andar descalza en la exposición era una excentricidad propia de alguien especial.

La velada celebrada en la galería Kreisler iba llegando a su fin. Cuando el grueso de los invitados se hubo marchado, Pupé, sabiéndose sola, se sentó en el sillón fucsia y, encontrándolo cómodo, pensó que el artista que lo había diseñado realmente tenía razón en haberle puesto por nombre «El trono de la observación». Y concluyó que sería bueno que todos los seres humanos tuviéramos uno en casa para, cada tanto, observar con detenimiento lo que nos rodeaba y analizar cómo discurría nuestra vida. Ella misma comenzó a evaluar cómo marchaba su existencia.

Afuera, en la puerta, Alba y Rafael invitaban a su padre y a Pepe a comer una pizza. Se trataba de su último viernes en Madrid. Nadie podía saber cuánto tiempo transcurriría para que pasaran otro en la ciudad.



ROSA DE PROVENZA

Rosa × centifolia

HISTORIA: En siglo XVII, los floricultores holandeses cruzaron las rosas gallica, moschata, canina y damascena para obtener alrededor de doscientas variedades híbridas de colores blanco, amarillo, rosa o rojo. En la ciudad provenzal de Grasse, capital mundial de la industria del perfume, se extienden grandes plantaciones de estas rosas.

USO MEDICINAL: El agua de rosas se utiliza como tónico facial rejuvenecedor; y, por su agradable sabor, como bebida o condimento para platos dulces, flanes y helados. Los pétalos son astringentes, antiinflamatorios, antisépticos y cicatrizantes.

SIGNIFICADO: Gracitud.

DICE LA LEYENDA... que si se planta una rosa de Provenza en el jardín, el amor jamás se separará de la persona. La planta se atará al dueño de la casa que la elige y lo acompañará siempre sin importar cuántas veces se mude.

CAPÍTULO 26

LA ROSA DE PROVENZA Y MARÍA

Madrid, 1936

La rosa de Provenza o de cien hojas es una rosa que nació en Holanda en el siglo XVII como resultado de una mezcla de distintas especies. Sus flores son redondas con numerosos pétalos delgados, superpuestos, extremadamente perfumados y, por lo general, de color rosado. Su fragancia es nítida, firme y con notas de miel muy dulce. Se necesitan cuatro mil kilos de estas flores para producir un litro de esencia con la que luego las industrias se encargarán de fabricar tónicos faciales y hepáticos de gran calidad.

Esa tarde, antes de salir a la calle, María controló el pequeño rosal de Provenza que fuera de Encarnación y que había puesto en la cocina. La planta se hallaba fuerte, había crecido unos centímetros y lucía un luminoso color verde. Pensó que se trataba de un milagro, como el hijo que llevaba dentro. Antes de marcharse, para asegurarse de que continuaría así, la sacó al patio. Al reparo, junto al portón, tendría más posibilidades de continuar creciendo. Le hizo una suave caricia con el dedo índice a varias de sus hojas y luego partió. Ella no se percató pero los verdes cogollos le respondieron con un pequeño tigmotaxismo.

Sin saberlo, María acababa de realizar el mismo arrumaco que por años Encarnación le había prodigado al rosal madre de esa planta, y hoy, los tallos receptivos y sensibles, lo habían reconocido.

Tras concluir los quehaceres de la casa, ahora partía muy abrigada hacia la Puerta del Sol con el propósito de hablar con una persona que —así se lo habían referido— se dedicaba a llevar gente a Valencia. La paz que vivía esa afortunada ciudad, sumado a que el gobierno de la República se hallaba instalado allí, atraía a muchos madrileños, que asumían que estarían más seguros.

María se protegió el cuello con una bufanda roja. Le dio dos vueltas y también se tapó las orejas. La helada se notaba en el ambiente. Se apuró. Debía regresar temprano porque era martes y las partidas de mus se habían vuelto sagradas; sobre todo para Aquiles, que esas noches representaban una buena porción de sus ingresos. Los extranjeros que se sumaban pagaban sus refrigerios y sus apuestas en dinero fresco, un bien escaso por esos días cuando se trapicheaba en especies.

La falta de pesetas causada por la especulación de los adinerados que acaparaban el circulante obligó a desempolvar las viejas monedas de plata que ya no tenían validez legal. La emisión descontrolada del papel moneda, por otro lado, había generado una gran inflación que ponía en jaque el valor de la peseta. En un filme exhibido en los cines se trataba de tranquilizar al pueblo explicando que con lo que valía el patrimonio artístico —compuesto por las obras que habían ido acumulando los reyes de España— podía apañarse la guerra por diez años. Claro que ese cálculo no calmaba a nadie, sino lo contrario. Porque vivir diez años más en una Madrid sitiada resultaba descabellado.

En esa semana las bombas habían caído en Atocha, el Hospital Provincial, el Casino, Ciudad Universitaria y el distrito del Congreso. El corazón mismo de la ciudad había sido atacado. El bombardeo había alcanzado al Prado porque, buscando atacar el hotel Savoy, residencia de los asesores soviéticos, las bombas habían impactado en el museo. En forma preventiva, el gobierno había puesto a resguardo en el sótano del edificio las obras de Goya, Tiziano, El Greco y Velázquez, entre otros. Un primer convoy con cuadros importantísimos ya había salido para Valencia mientras en el museo y en otros edificios con piezas de valor incalculable —como la basílica de San Francisco el Grande, dueña de una colección del barroco español e italiano— se embalsaban los cuadros para alistar un siguiente envío. El gobierno de España había dictaminado por decreto que el tesoro artístico lo acompañaría a donde fuera que se instalara.

La noticia del ataque al Museo del Prado había sacudido a los diarios del mundo entero. El patrimonio artístico de los españoles era considerado también patrimonio de la humanidad. En Londres, el periódico *The Times* había formulado un largo interrogante: «¿Tiene alguna razón el gobierno republicano de España para no explicar al mundo las medidas que ha tomado respecto a la seguridad de los tesoros de los que es responsable?». Curiosa pregunta, además, pues provenía de una nación que se preocupaba por las pinturas a las que consideraba joyas pero, por otro lado, se había negado a acoger niños españoles cuando se lo habían pedido.

María había visto varias veces caer desde los aviones enemigos papelillos que anticipaban qué barrios serían bombardeados. Pero, luego de varios anuncios incumplidos o de arrojarlos en barrios distintos, ya no les hacía caso, convencida de que los avisos tenían por finalidad crear pánico entre los ciudadanos.

«El miedo cunde en Madrid, sí, pero aquí nos levantamos cada mañana», razonó María al ver que Manolito, junto con dos compañeros de la escuela, jugaba a la pelota en la plaza del Progreso bajo el sol de la tarde de invierno. Ella intentó imaginarse qué pensarían las madres de esos niños, pues hasta un ciego podía ver que ella vivía en la casa de Aquiles porque se acostaba con el viejo a cambio de comida y techo. ¿Esas mujeres serían condescendientes con ella? ¿O se dedicarían a criticarla en sus charlas diarias? La vida se había salido de los carriles normales y la guerra tenía la fuerza para trastocar cada acto diario y cada valor que, por importante y sublime, los hombres, hasta ese momento, creían inamovibles.

María meditaba sobre las habladerías de las que sería objeto y también sobre las insistencias constantes de Aquiles, que le proponía tener sexo a diario. Hasta el momento, ella se había negado pero no sabía hasta cuándo podría imponer su límite, pues el hombre, dueño de la casa y la comida, detentaba el poder. Preocupada, se sorprendió al comprobar que había llegado a la Puerta del Sol. Ahora buscaría la dirección del contacto que podría fletarlos en un camión a Valencia. ¿Cuánto dinero le pediría?

* * *

Esa noche, en la cocina, aún vestida con la falda verde de lanilla y el jersey negro de cuello alto con el que había ido al centro, María terminó con apuro de preparar la comida de la cena. La visita a la Puerta del Sol había trastocado sus horarios y estaba demorada. En la mesa ya se hallaban sentados Manolito, Aquiles y Ángel, quien había sido invitado porque luego participaría de la partida de mus. Dada la escasez de alimentos, el vecino había aportado su propia ración de lentejas para agregarla a la sopa. Por pequeña que fuera, tenía valor, pues por esos días una cena bien servida valía lo que una alhaja de la reina.

Sus manos ágiles sirvieron la comida que había elaborado: caldo de lentejas y aros de cebolla fritos, una combinación que se repetía entre los madrileños. La legumbre, un infaltable de la cartilla de racionamiento, estaba presente a diario, mientras que freían la cebolla buscando semejar los añorados y lejanos calamares. Paradojas de lo imprevisible: esta cena, tan poca cosa por ese tiempo, se volvería un platillo muy deseado en apenas un año, cuando la gente sería capaz de matar por alimentos. Porque, tal como lo había predicho doña Isabel, la falta de comida iba *in crescendo* cada día.

Los cuatro comensales sentados a la mesa de la cocina de Aquiles, a los ojos de cualquier desprevenido, daban la impresión de que una familia común y corriente cenaba con un amigo. Pero hubiera bastado adentrarse en los interiores de cada uno para darse cuenta de qué lejos estaban de serlo. Manolito, que odiaba a Aquiles y ya no toleraba su presencia —menos, compartir la mesa con él—, comía apurado para marcharse. María, apesadumbrada, engullía su plato mientras meditaba cómo hacer para juntar la altísima suma de dinero que le habían requerido por los dos asientos en el camión a Valencia. Aquiles, por su lado, se llevaba la cuchara a la boca mientras dividía sus pensamientos entre el deseo de poseer a María esa noche aunque fuera martes y en cómo mover las manos con suficiente destreza para que no se notara que se servía más comida, hecho imposible de ocultar dado que los alimentos de su plato constituían el doble que el de los demás comensales. Ángel engullía lo suyo atacado por una duda: si María y su amigo funcionaban como una pareja, ¿debía sentir pena por la chica o admiración por Aquiles? Porque la muchacha era hermosa y apetecible, pero el precio que pagaba Aquiles por tenerla lo convertía irremediabilmente en un ser despreciable. Él jamás hubiera estado dispuesto a tanto.

La charla mantenía un curso normal. Las apariencias engañaban a cualquiera.

—¿Te has decidido a jugar el dinerito que vienes guardando? —preguntó Aquiles, que conocía los requiebres de su amigo: prometía apostar pero luego se quedaba en rodeos.

—Sí. Aunque ya sabes... me da miedo.

—¡Hombre! ¡El que no arriesga, no gana!

—¿Y quiénes vendrán esta noche? —inquirió Ángel.

—Viene el Colorado, Sánchez y un periodista argentino.

—¡Ea! Si yo juego, tú no podrás hacerlo, zascandil, que el mus sólo acepta parejas.

—No te preocupes por mí. Yo jugaré cuando la situación lo amerite. Más bien debo estar atento a lo que consume el grupo.

—¿Y los norteamericanos?

—Regresaron a su país —respondió Aquiles.

—¡Qué pena! ¡Porque esos, tío, sí que soltaban buenas propinas!

Los dos hombres y los hermanos Álvarez terminaban la sopa cuando oyeron que desde la calle arreciaban fuertes estruendos, señal de que la zona volvía a ser bombardeada. Permanecieron atentos e inmóviles hasta que tuvieron la certeza de que las sirenas no ululaban; por ende, no necesitaban moverse al refugio aéreo ubicado frente a la casa. Las bombas seguían cayendo, pero más lejos. Respiraron aliviados y continuaron comiendo los últimos bocados de la cebolla frita. Como ellos, mucha gente desobedecía y no acudía a los refugios. Era peor vivir preocupado por la posibilidad de la muerte, a que la muerte realmente cayera del cielo.

Tras unos minutos de sobremesa, los hombres decidieron continuar la charla en la taberna. Manolito se acomodó en la cama y de inmediato cerró los ojos, mientras María lavaba los platos.

El niño, cansado, se durmió enseguida. Aquiles apareció en la puerta en el momento en que ella finalizaba la faena y le pidió:

—¡María, ven a servirnos! El Colorado aún no ha llegado y, si no aparece en los próximos

minutos, jugaré yo.

—En un momento estaré allí —respondió mientras secaba el último plato y consideraba que, sin dudas, la noche sería larga. Cansada, inspiró con fuerza.

Aquiles, que la vio extenuada, se acercó y, extendiendo su mano por detrás de la cintura, le desprendió el delantal.

—Ven ahora, niñita. Empecemos ya mismo —le susurró al oído—, así no terminamos tan tarde. ¿No te gustaría que fuéramos a dormir temprano?

Lo miró sin entender hasta que comprendió.

—Aquiles, hoy es martes...

—Lo sé, niña, lo sé. Fue una simple idea —dijo y, buscando tomarla de la mano, añadió—: Vamos ya.

Pero ella lo esquivó y sólo lo siguió. Así eran los avances, insinuaciones que intentaban doblegar su ánimo y ganarle por cansancio.

Antes de salir le dio una última mirada a su hermano y comprobó que dormía profundamente. Ojalá ella pudiera retozar a esa hora en la cama tan ricamente como el pequeño. Las partidas de los últimos martes se habían extendido hasta la madrugada. A pesar de que el juego siempre le había gustado y que en ciertas ocasiones le recordaba momentos felices junto a su padre, ahora, entre tantos problemas y angustias, ya no le hallaba gracia.

María entró al salón y los presentes la saludaron. Sánchez, con un «Buenas noches»; el periodista argentino le extendió la mano y se presentó: «Ignacio Saura».

En un primer momento, debido al trato, el periodista creyó que María era la hija del dueño. Pero, tras observar con agudeza ciertos detalles y reparar en algunas palabras, concluyó que se trataba de una pareja por conveniencia.

Los hombres se sentaron a la mesa mientras María se dedicó a servir las copas con anís del Mono. Durante la espera, el visitante dio detalles de su estancia y les relató que desde hacía un mes cubría la guerra para *La Nación* de Buenos Aires, diario que lo había enviado a Madrid luego de conocerse los primeros bombardeos fuertes. Con cuarenta y un años, hijo de un aragonés que había migrado joven a la Argentina después de haber participado activamente en la Primera República Española, Saura se manifestó a favor de esta forma de gobierno y contrario al alzamiento nacionalista.

Transcurrido el tiempo prudencial de espera y en vistas de que el Colorado no llegaba, decidieron armar las parejas. Si el ausente se presentaba, luego lo incorporarían. Por ahora, jugarían Sánchez con Ángel y Aquiles con el argentino. Si bien ninguno de los amigos rechazó abiertamente a Saura, el dueño del bar, en su calidad de anfitrión, se vio obligado a formar dupla con el desconocido.

Ángel temblaba de ansiedad porque había decidido apostar todo lo que tenía en su bolsillo: se trataba de lo ahorrado para afrontar una contingencia, como marcharse de apuro del país si los nacionales ganaban la guerra.

Las cartas se repartieron y las parejas intercalaron miradas entre ellas y sus contrincantes. Tal vez, se les podía escapar una seña y descubrir a qué se enfrentaba cada uno. Comenzaron entusiastas.

Pero al cabo de unos minutos de juego, Ángel se sentía agobiado por el tenor de las apuestas y porque no le llegaba una buena jugada. Para peor, con una mueca burlona, Aquiles, para satisfacción del argentino, cortaba el mus sin permitirles cambiar sus cartas.

Volvieron a repartir mientras Sánchez asumía que Ángel no tenía una buena racha, pues no lo acompañaba con nada y en cada mano repetía la seña de estar vacío. A medida que avanzaban, se

sentía frustrado con sus mentiras de patas cortas. Definitivamente, sólo jugaba con sus cartas ante la pareja con mucha suerte porque las barajas de Aquiles y el argentino eran inmejorables.

A pesar del cansancio, María logró interesarse en la partida. El juego la transportaba a su niñez, cuando formaba pareja con su padre, y le permitía olvidarse momentáneamente de sus males. Miraba las cartas de Sánchez, el jugador más cercano, y analizaba qué naipe debía jugar para acertar.

Enzarzados, los que llevaban la delantera reían, mientras Sánchez deseaba recibir una buena jugada, una que no lo obligara a recurrir a las mentiras que tan mal venían saliéndole. Ángel, sumido en su nerviosismo por los diecisiete tantos de diferencia —muy abultada para lo que estaba en juego—, delataba la mentira que arruinaba a la pareja. Sánchez y Ángel perdían, inexorablemente.

Aquiles y el argentino, hermanados por el triunfo, disfrutaban del buen momento que les tocaba compartir. Ángel veía cómo la mitad de su dinero se iba por el retrete, y le costaba introducir la mano en el bolsillo para sacar más billetes.

El argentino y Aquiles estaban a cuatro tantos de coronar la partida que, sin dudas, ganaban desde el principio. El juego se había convertido en una burla y debían decidir si continuarlo o no, cuando Ángel, ante el vértigo de tener que apostar lo que le quedaba de sus ahorros —mermados a más de la mitad— se rascó la cabeza, se puso de pie y, alterado, explotó:

—Me abro, no sigo, me voy —dijo caminando hacia la barra donde María preparaba la ronda que los hombres acababan de pedirle.

—Ya, relájate, Angelillo, que es sólo dinero... —respondió Aquiles enojado porque su amigo se retiraba aunque emocionado por su buena suerte.

—¡Joder, no puedes dejarme así! ¡Aún me tengo fe! —exclamó Sánchez, que deseaba remontar la pérdida.

—¡No te cabrees, hombre! Bebamos un sol y sombra más y luego lo decides —propuso Aquiles poniéndose de pie con la intención de poder devolverlo a la mesa. Aunque su amigo quedara desplumado, no quería que se retirara. Presentía que hoy ganaría como aquella noche inolvidable, a principios de año, cuando le tocaron todas buenas y se forró con unos kilitos. No podía permitir que Ángel se fuera, no—. María, abre la botella de coñac francés —ordenó señalando la más cara—. La que está arriba. Hoy invita la casa.

Ella lo miró para comprobar que había escuchado bien.

—¡Que la abras, niña! —insistió.

María bajó la botella del estante alto. Cuando la destapó, oyó que Aquiles seguía con su copla:

—Ángel, juguemos una partida más. Si te vas, nos arruinas el juego.

—No, Aquiles, la apuesta está alta, y he decidido no gastar los ahorros que me quedan.

—Pues si quieres, la bajamos... un poco, claro. Pero acabemos la fiesta en paz.

—Se dice fácil, Aquiles, pero no me arriesgaré. Mira cómo me ha ido hasta ahora. ¡Si me tienen de los cojones! Una mala noche se acaba con un nuevo día.

María repartió el coñac y el anís en las copas.

—Sírvete, Ángel —invitó Aquiles y le entregó la bebida a su amigo—. ¡Salud!

—¡Salud! —respondió con la copa en alto y el morro caído.

Los dos hombres tomaron un trago, dos.

Un poco más allá, sentados a la mesa, Sánchez y el argentino charlaban animadamente. El periodista, un hombre culto y agradable, narraba que su padre le había enseñado a jugar al mus, que su apasionante trabajo lo llevaba por rincones insospechados, que tenía billete para regresar a

la Argentina en una semana pero había recibido un telegrama de la redacción instruyéndolo para que lo cambie y permanezca en España con la misión de cubrir el salvataje que se hallaba realizando el gobierno de la República de los cuadros del Museo del Prado y demás obras de arte a las que, pomposamente, la prensa denominaba el «tesoro artístico español». Al mundo le interesaba saber qué futuro planeaban darle.

Después del bombardeo que había tocado al museo, el gobierno había decidido acelerar los planes de sacar de Madrid todas las obras. Entusiasmado, Saura les relató que, tras enviar el primer convoy de camiones con las pinturas, se alistaba el segundo de los muchos que las autoridades planeaban despachar con los frescos de Tiziano, El Greco, Tintoretto y Goya. El celo con el que se trabajaba, comentó Saura, bien valía un extenso artículo. Con sus propios ojos había visto cómo embalaban «Las meninas», de Velázquez, en una caja de madera fabricada a medida. Dentro, el bastidor se hallaba ajustado con almohadillas; y las pinturas, cubiertas con cartón y boata. Los responsables de alistar el convoy que saldría al día siguiente, adelantó el periodista, eran la escritora comunista María Teresa León y su compañero, el poeta Rafael Alberti.

María se acercó a los hombres que conversaban entretenidamente y les entregó las copas de sol y sombra con coñac importado.

—Vaya, no está nada mal —reconoció Sánchez al darle un sorbo.

El argentino aspiró el aroma y sonrió complacido.

María, al recoger las copas sucias, vio una enorme suma de dinero sobre el paño verde. Atónita, calculó que allí habría unos... El monto que formó en la cabeza se aproximaba al importe que le había requerido el dueño del camión para llevar dos personas a Valencia. Miró las pesetas con avaricia, deseando que fueran propias. «Ojalá pudiera llevármelas, ojalá pudiera ganármelas. Ojalá...»

Entonces, por primera vez en la noche, ansió que le permitieran jugar. «Al menos, si tuviera la oportunidad de sentarme en la mesa —deseó con ahínco—, quizá, podría ganar la suma que necesito para viajar... para largarme de aquí... para alejarme de Aquiles». Y al pensar en él, las ecuaciones no le cerraron: jamás se lo permitiría por la sencilla razón de que, si lograba hacerse del dinero, ella querría marcharse. Aquiles, que de tonto ya no tenía ni un pelo, se daba cuenta de que ella odiaba acostarse con él.

María regresó a la barra con pasos lentos y el secreto deseo de que su cabeza resolviera este acertijo. Precisaba jugar, ocupar el lugar de Ángel. No conocía otra forma de lograr semejante cantidad de pesetas. Tal vez, si Ángel renunciaba y los otros tres querían seguir jugando... ¿podía entrar! Pero la idea chocó con otro gran problema: sin dinero para apostar, no la aceptarían.

Absorta, cuando llegó a la barra con la bandeja en la mano casi se choca con Aquiles. Levantó la vista sin pensar y sus ojos se encontraron con los de Tormo conformando una de esas miradas íntimas que él siempre buscaba, pero que ella jamás le concedía. Un instante de profundidad y los ojos celestes encontraron en los verdes la lascivia que conocían muy bien. Él quería más, siempre sería así, nunca se conformaría. María lo sabía. Aquiles la miró en profundidad deseando enseñorearse de su cuerpo, pero también de su alma de mujer. Había una realidad: él añoraba adueñarse de María hasta borrarle la voluntad y doblegarla por completo. Porque si en la cama matrimonial la muchacha no se le entregaba por decisión propia, entonces él provocaría que esa obstinación desapareciera. Y la única manera de lograrlo era quitándole todo reducto de libertad, sometiéndola todos los días y todas las noches en su lecho. Y que ella no pudiera decidir nada porque ya todo lo tenía resuelto él.

María le leyó en los ojos las ideas. Ella, que desde que se había instalado en la casa nunca le había regalado esa mirada, ahora se le revelaba que nunca podría satisfacerlo porque siempre

querría más. Aunque torturada por el descubrimiento, un halo de inteligencia, luz y astucia le permitió entender que esa horrible certidumbre podía utilizarla a su favor. Al fin y al cabo, podría sacarle provecho. Actuó rápidamente. Se acercó aún más a Aquiles y le susurró casi al oído:

—Quiero jugar.

—¿Qué dices...?

—Que quiero jugar al mus. Sé hacerlo.

Aquiles recordó que la chiquilla, cuando se instaló en la taberna, le había contado que solía hacerlo con su padre. De todos modos, le respondió:

—Niña, niña, hay que saber...

—Podría hacerlo muy bien... Además, ustedes precisan una persona para completar la pareja que falta. Y por lo visto, el Colorado hoy los ha plantado.

Ángel, que mientras bebía su trago algo alcanzó a oír, le dijo a su amigo:

—Las cosas como son, Aquiles: aprovecha la oportunidad... que yo me retiro —anunció y, dando el último y largo sorbo a la copa, se puso de pie y se dirigió a la mesa para despedirse de los otros dos jugadores.

—Déjame jugar, Aquiles —insistió María.

—No tienes dinero. No puedes.

—No tengo dinero pero tengo una cosilla para apostar.

Él le buscó los ojos otra vez y ella se los concedió porque, dándole una mirada profunda, continuó:

—Tengo para apostar los martes, jueves, sábados y domingos. La vida entera, si quieres...

Él sonrió con los ojos alegres y le respondió:

—Pues no es despreciable lo que pones en la mesa.

—Préstame los fondos para entrar a la partida. Si gano, te los devolveré. Si pierdo, dormiré contigo todos los días de todos los meses hasta que te canses de mí.

—Me agrada la propuesta. Escúchame bien, maja, a ver si acierto: te presto el dinero y, si ganas, me lo devuelves; pero si pierdes, te follo todos los santos días —repitió Aquiles como si pensara en voz alta. No había razón para ponerle palabras bonitas a una negociación a calzón quitado.

—Así es —dijo ella segura.

—Acepto.

El ofrecimiento le gustaba pero había algo en la actitud de María que no le agradaba, ya lo había visto en ella alguna otra vez y le recordó el día en que abandonó la casa. Mostraba una soberanía, un poder, una decisión, que realmente le molestaban. Pero lo atractivo de la propuesta le permitió dejar de lado los remilgues. Porque esa noche —estaba seguro—, la buena estrella lo acompañaba. Su presentimiento le anticipaba que le iría bien.

Avanzaron juntos hacia la mesa. A mitad de camino se cruzaron con Ángel, que se despidió; se marchaba a dormir. No pensaba dejar en esa mesa el dinero que le facilitaría la huida de Madrid.

Aquiles explicó el cambio a Sánchez y al argentino, que se mostraron sorprendidos. El periodista sonrió, Sánchez abrió grande los ojos. Algo extraño estaba sucediendo. Pero qué más daba si seguían jugando, que era lo que todos deseaban. Aun así, Sánchez le preguntó:

—¿Segura, hija, que sabes jugar? No me gustaría volver a perder.

—No sé si ganaremos, pero sé jugar muy bien —respondió indubitable.

A Sánchez le agradó el tono y relajó el semblante.

Repartieron las cartas y María, que había observado la forma de jugar de su compañero, compenetrada, pudo amoldarse y, aunque no le tocó una buena mano, supo cómo engañar a todos

en la mesa, haciéndose creer a sí misma que la situación no estaba tan mal como pensaba Ángel.

María, confiando en su suerte, puso algo de dinero en la mesa, pero al mostrar sus cartas, los tres hombres la miraron sorprendidos. A pesar de tener sólo un par de caballos y nada de puntos, había logrado engañarlos. Su parte del tapete iba sumando y el resultado ya no era tan dispar.

Esa velada, gracias a su adrenalina y a su desesperación, María había logrado una conexión especial con Sánchez, que le permitía decir la verdad o mentir en el juego y que él entendiera a la perfección hacia dónde iban.

La noche avanzaba y la suerte se quedaba del lado de María y de Sánchez, una pareja que, mano tras mano, parecía invencible. Una vuelta más y todo seguía igual. Aquiles, nervioso ante su inminente derrota, se equivocaba una vez y, también, dos.

—¡Carajo, Tormo! —exclamó el argentino al verlo cometer otro error.

La muchacha —ninguno lo había previsto— resultó ser una muy buena jugadora de mus. Aquiles y el periodista se lamentaban; de haberlo sabido, no la hubieran dejado jugar. Por el contrario, Sánchez se hallaba fascinado con las habilidades de María, que le permitiría recuperar lo perdido un rato antes con el fresco de Angelillo.

María temblaba. Atacada por un dolor extraño que le punzaba el bajo vientre, temía que sus nervios repercutieran en el bebé que llevaba dentro.

—Tengo que admitir que ni por un momento pensé que eras tan buena —se sinceró Tormo mientras revisaba sus cartas.

—Así es el juego, Aquiles —dijo Sánchez feliz.

El anfitrión se llamó a silencio; María, también. Ellos lidiaban con una comezón extra, que excedía la tensión propia de la partida.

Cuando María y Sánchez se erigieron como ganadores absolutos, los contrincantes tuvieron que decidir si continuaban o no el juego. Sobre la mesa, la suma de dinero esperaba a que los triunfadores la recogieran. Incrédula, María no sabía si se encontraba dentro de un sueño; temía despertar y que nada fuera realidad.

—Pues literalmente me han secado —señaló Saura—. Creo que pararé acá.

—No, de ninguna manera... —pidió Aquiles.

—No tengo más dinero.

—Vamos, cómo que no. Aún podemos revertir esta derrota.

Saura se metió las manos en el bolsillo y sacó un papel amarillo.

—Sólo tengo esto. Si lo aceptan, podríamos hacer una partida más.

—¿Y eso? ¿Con qué se come? —se interesó Sánchez.

—Mi pasaje de regreso a Argentina.

—Hum, no creo que nos sirva —dijo Sánchez, deseoso de retirarse ya mismo de allí con el dinero.

—Pues se puede vender ¿o no? —preguntó Aquiles dándole una ojeada. Era un pasaje vía Francia. Zarpaba de Marsella, la forma más común en esos tiempos de salir de la Madrid republicana.

—Claro. Y vale bastante dinero —aclaró Saura.

Sánchez y María no decían nada. Ambos querían tomar las pesetas y abandonar el juego.

—Nos deben una última mano —expuso Aquiles, que a estas alturas ya estaba de muy mal humor.

Hubo silencio hasta que Sánchez exclamó:

—¡Venga! ¡Que por mí está bien! ¿Tú qué dices? —le preguntó a María.

Ella hubiera preferido decirle que no, pero miró a Aquiles y le fue imposible. Además, como

los tres hombres estaban de acuerdo, no le quedó más remedio que aceptar. Amargada, sólo asintió con la cabeza.

La última y decisiva partida comenzaba.

Los movimientos eran rápidos, casi apurados, intensos. Las palabras, pocas. Un par de improperios de parte de los hombres entre sí. La tensión se palpaba en el ambiente. Unos minutos en ese terrible estado hasta que María miró sus cartas: tres reyes y un as. No lo podía creer, levantó la vista hacia su compañero y le guiñó un ojo. Sánchez puso cara de comerse el mundo porque con sus tantos ganaban.

Aquiles, frustrado, sólo recibió medias de caballos. Apostaría de farol, porque sabía que cualquiera que tuviera un rey podía ganarle, ya que el argentino iba ciego, no lo acompañaba ni con puntos. En los pares radicaba su única opción. Cuando llegaron a esta ronda, tratando de asustar a María, puso cinco tantos sobre la mesa. La joven dudó, pero como estaba segura de sus tres reyes, aceptó. Ella contaba con la ronda de puntos a su favor; todos pasaron. Al mostrar las cartas, Aquiles fijó su mirada en la medias de reyes de María y comprendió que su buena racha había acabado en ese instante.

Entonces, al comprobar qué había sucedido, María lanzó un largo suspiro y se tendió contra el respaldar de la silla. ¡¡Habían ganado!! ¡Ganado! ¡Ganado! Sánchez reía a carcajadas. El dinero les pertenecía. Los otros dos rechinaban los dientes.

—¡Mierda! Me cago en tus putos muertos, Sánchez —dijo Aquiles mientras se ponía de pie y maltrataba la silla.

A Sánchez los improperios de alto calibre no le hicieron mella. Estaba exultante repartiendo el dinero en dos. Luego de vacilar qué destino le daría al pasaje —ya que por un momento entrevió que, quizá, podría escapar de la guerra pero luego desistió—, se lo extendió a María.

—Toma, niña, averigua cuánto nos dan por esto. Después vemos cómo arreglamos.

María asintió y de inmediato, tal como habían establecido, le devolvió a Aquiles el dinero prestado.

Los tres hombres se despidieron. El argentino se acercó a María y le dijo:

—Creo que conozco a quien puede querer el pasaje. Aunque no puedo asegurarte que sea un buen precio. ¿Te interesa? —le preguntó. La chica le daba pena. Estaba convencido de que precisaba el dinero para huir de allí.

—Sí.

—Ve mañana por la tarde al Museo del Prado, donde me encontrarás trabajando y te presentaré al posible comprador.

—Allí estaré —dijo ella. Necesitaba vender cuanto antes ese pasaje en barco.

Aquiles escuchó y aceptó la situación con resignación, cansancio y mal humor. Había perdido mucho dinero y también la posibilidad de dormir todos los días con María. Pero a las dos de la mañana, lo único que deseaba era echarse a dormir. Si no hubiese sido tan tarde o no estuviera tan agotado, tal vez, hasta habría querido estar con María. Pero los pies le pesaban y la cabeza le dolía.

Una vez que Saura y Sánchez se marcharon, Aquiles fue directo a su cuarto con una preocupación latente: «¿Qué hará María con ese dinero?». Por el momento, apremiado por descansar, decidió olvidarlo dándole la razón a su amigo: una mala noche se acaba con un nuevo día.

Un rato después, segura de que la luz del cuarto de Aquiles se había apagado, María palpó los billetes en la penumbra de la cocina. La luz que entraba por el vidrio de la ventana le permitió observarlos y, tras contarlos, concluyó que le faltaba muy poco para poder huir. «Una vez que

venda el pasaje del barco —calculó—, me alcanzará.»

* * *

Al día siguiente, ni bien comenzó la mañana en Los Santos, el mal humor de Aquiles fue notorio. A pesar de que no hacía nada en particular para molestarlo, los movimientos de María lo fastidiaban. Ni siquiera logró atender bien a los pocos clientes que ingresaron a la taberna. Para el mediodía, cuando llegó Manolito de la escuela, se la agarró con él y empezó a machacarlo. Y así, contrariado, se pasó todas las horas hasta la tarde. Porque se quejó de cada uno de los movimientos que hacía el niño: «Que mira, María, que el chaval entró con los pies con barro» y «Que no se queda quieto» y «Que pasó corriendo por el salón» y «Que el niño come demasiado»... Y que, y que, y que... «¡Y que la madre que lo parió!».

La última travesura —la única real— fue que, mientras bebía el té de la tarde —porque leche no había—, Manolito se derramó encima el contenido de la taza. María llevó a su hermano a la cocina y, sentándolo sobre la camita, le cambió el jersey mojado por el de rombos celestes. No pudo evitar decirle:

—Te quedas aquí, Manolito. No quiero que andes por la casa ni por el café, que Aquiles está enojoso.

—Vale, vale —aceptó el niño al notar la gravedad con la que su hermana se lo exigía.

—Además, quiero que tengas toda tu ropa lista —utilizó un tono conciliador—, por si tenemos que irnos de apuro.

Manolito abrió grande los ojos.

—¿Sabe Aquiles que nos marcharemos?

—No.

—¿A dónde nos mudaremos?

Su imaginación de niño sólo le permitía pensar en otra casa, jamás en otra ciudad.

—A Valencia. Y falta muy poco.

—¡Eso es lejos!

—Sí. Y es difícil conseguir que nos lleven. Por eso, Manolito, preciso que me obedezcas.

—¿Qué quieres que haga?

—No quiero que hoy hagas rabiarse por nada a Aquiles. Lo mejor es que no salgas de la casa, ni siquiera de la cocina.

—Está bien —dijo acostándose de golpe en la cama y comenzando a moverse como si fuera una víbora sobre la frazada naranja.

—Pues tampoco quiero que hagas eso.

—Vale. Te prometo que me quedaré aquí, muy quieto, esperándote... Y no me moveré por nada del mundo.

—Buen chico —dijo María mientras escondía bajo el vestido cuadrillé rojo y azul el dinero que había ganado durante la noche. Visitaría al hombre del camión y, si era necesario, le entregaría un poco de dinero para que les reservara dos sitios para Valencia. No se animaba a dejar las pesetas en la casa. No se fiaba de Aquiles, que, desairado por el trámite del juego, y para mantenerla dominada, era capaz de quitárselo. Prevenida, tomó los documentos de ambos y formó un atado con los billetes—. Volveré en un rato —avisó poniéndose el abrigo negro con el que se tapaba el embarazo ya que, con ese vestido, era demasiado notorio. Se calzó la vieja bufanda roja y, luego de darle un beso, se marchó.

El cumplimiento del sueño se acercaba y debía ser precavida.

Al pasar por el salón, Aquiles le echó un vistazo desdeñoso. Sabía que vería al argentino por la venta del pasaje. Le molestaba que se fuera, le disgustaba que pudiera sumar más dinero, lo irritaba que se reuniera con un hombre y lo mortificaba que ella pudiera fijarse en Saura. Un brillo en los ojos celestes de María le reveló que ella estaba feliz y, decidido a quitárselo del rostro, le recordó sus obligaciones:

—María, no te olvides de que hoy es miércoles.

—Lo recuerdo perfectamente. Regresaré temprano y todo se hará como siempre —dijo buscando tranquilizarlo mientras daba los pasos necesarios para salir a la calle rumbo a la Puerta del Sol.

* * *

María llegó exultante al Museo del Prado luego de entregar el anticipo que le garantizaba los sitios en el camión. Debía retornar al día siguiente para que el conductor le confirmara la fecha de partida, pues el trayecto a Valencia se realizaba una vez a la semana. En cuanto lograra hacerse del resto del dinero, podrían subirse al esperado coche. Si daba con el comprador del pasaje a América que tenía guardado en el bolsillo del abrigo negro y largo que llevaba puesto, pronto lo reuniría.

El hombre que le recibió las pesetas le explicó que no daba seguridades de ninguna clase, ya que el viaje entrañaba peligro. De todos modos, para su tranquilidad, le contó que, en la mayoría de los casos, la gente llegaba sana y salva. Con Madrid sitiada, la carretera a Valencia se había convertido en la única salida; y los republicanos la mantenían libre de nacionales a costa de su propia vida.

Esa tarde de invierno, alumbrada con las últimas claridades del sol, emocionada, mientras buscaba al argentino, María sentía deseos de llorar al saber que se acercaba su partida. Llegaba a la conclusión de que había sido muy bueno que su padre le hubiera enseñado a jugar al mus.

Se acercó a la entrada y, al ver el incesante movimiento de vehículos y de personas, ingresó al jardín. Junto a las columnas y entre los que estaban allí buscó al argentino. Parecía que su pesquisa no daba resultado hasta que una voz porteña dijo su nombre:

—¡María!

—Ay, pensé que no lo encontraría. ¡Qué jaleo hay aquí!

—Mañana, al alba, saldrá el próximo convoy con una buena cantidad de cuadros. Logré que me permitieran acompañarlos para escribir lo que vea. Quizás, hasta los convenza y me dejen tomar algunas fotografías.

—¿Es peligroso?

—La ruta a Valencia es riesgosa, sí. Pero las obras funcionarán como nuestros escudos.

—Saura... —dijo María cabizbaja—, quiero marcharme a esa ciudad.

—¿Para eso quieres el dinero?

—Sí.

—Bien, como sabía que vendría, ya hablé con un compatriota que quiere comprarle el pasaje. Pero él recién podrá venir mañana a esta hora. ¿Podrá presentarse?

—¡Por supuesto! Aquí estaré. ¿Cómo se llama él?

Saura le dio las indicaciones y ella le contó que viajaría con Manolito, su hermano, a quien tenía a su cargo. Ambos se saludaron y se desearon buena suerte.

María había avanzado dos calles meditando en que estaba pronta a cumplir su sueño cuando escuchó las sirenas que anunciaban un bombardeo. Mala cosa que la sorprendiera en la calle, pensó. Empezó a correr rumbo a la estación del metro junto a las demás personas que se encontraban en los alrededores. Pensando en el embarazo, se tomó el vientre y rogó por que su hijo fuera lo suficientemente fuerte como para enfrentar los tiempos difíciles que le tocaba vivir. En la desesperación, una señora mayor vestida de completo luto trastabilló y cayó al suelo de la plazuela de Antón Martín. María se volvió para ayudarla, y ese medio minuto que perdió fue decisivo porque, cuando ya casi llegaba al subterráneo, oyó un gran estruendo que la hizo tambalear. Por poco, no rodó escaleras abajo en la boca del metro que, al fin, tenía enfrente. Recompuesta, logró tomarse de la baranda. Cuando giró sobre sus pies, alcanzó a ver enormes y fulgurantes lenguas de fuego de varios metros de alto. Bajó las escalinatas en medio de los empujones de los apremiados por descender ante la amenaza que los perseguía. En instantes María se hallaba abajo, a resguardo, entre murmullos temerosos, llantos aislados y los graves estruendos provenientes del exterior. Para abstraerse del submundo de ocultamiento, se dedicó a mirar cómo una joven madre arrullaba a su bebé para que no se asustara por los ruidos. Meditó, enternecida, que antes de un año ella se vería igual. Estuvo segura de que no quería criar un hijo en una ciudad destrozada y en pugna permanente.

Cuando al fin las explosiones se detuvieron y fue posible asomarse a la superficie, los refugiados subieron las escaleras para enfrentarse con un espectáculo espeluznante: esquiras, árboles tronchados, un coche dado vuelta, parte de uno de los hermosos edificios, que hacía sólo una hora estaba en pie, se encontraba ahora demolido y humeante. María se apretó el abrigo contra el pecho, le dio una vuelta a la bufanda roja en su cuello y continuó su marcha. A su paso, mientras la calle de Atocha recobraba su movimiento, no observó heridos, ni muertos. Aun así, la gente otra vez corría a su alrededor; seguramente, para tranquilizar a sus seres queridos.

Sintió que el último bombardeo la conminaba a apurar la partida. Debía abandonar Madrid cuanto antes para proteger a las dos criaturas que dependían de su persona. María siguió el resto del trayecto intentando soñar con el viaje que, a más tardar, en una semana la depositaría en Valencia, con hallar un sitio nuevo donde vivir, con un trabajo, con el bebé... Ella y su hermano juntos, sin Aquiles y sin bombas. Soñaba.

Estaba a poco más de dos calles de Los Santos, cuando otra vez sonaron ruidosamente las sirenas, esas alarmas que taladraban el cielo y atormentaban el espíritu. Porque todas las personas que iban por la calle, incluida ella, tenían el terror pintado en el rostro. María se detuvo, revisó hacia atrás, luego para adelante y concluyó que las estaciones del metro donde se podía refugiar se encontraban igual de lejos. Tras sopesar un instante qué sería lo mejor, se decidió por seguir en dirección a Progreso, pues estaría más cerca de la casa de Aquiles. Corrió, corrió. Pero esta vez los aviones atacaron antes de que ella alcanzara a guarecerse en un sitio seguro. Decidió cobijarse en un portal, se pegó contra la puerta de dos hojas de madera maciza y se sujetó el vientre con las dos manos, como si con ese sencillo gesto pudiera contener la locura que caía del cielo.

Un brutal estruendo sacudió el edificio de la acera de enfrente desde los mismos cimientos, y María vio cómo los vidrios de todas sus ventanas estallaban y se hacían añicos. El ruido la dejó sorda y confundida. Aún no se había recompuesto cuando una segunda explosión la hizo oscilar y tuvo que tomarse de las paredes del pórtico para no desplomarse. Sin embargo, y para su horror, uno de los muros del edificio contiguo a su cobijo se derrumbó estruendosamente.

El asedio la obligaba a abandonar la zona de inmediato. En medio del polvillo y de la confusión, adelantó pocos metros. Después de unos pasos, cuando encontraba un pórtico, se guarecía y, al constatar que podía continuar, avanzaba. Como las explosiones no cesaban, casi no

podía distinguir unas de otras porque sus oídos sólo registraban un zumbido perturbador, pero se percataba del impacto por los cimbronazos que sentía su cuerpo. El corazón le latía con violencia; su respiración era agitada y entrecortada. A su alrededor reinaba la destrucción.

Los pobres infelices que habían sido sorprendidos en la calle, luchaban por su vida, como ella. A su lado, luego de tambalearse, un hombre viejo se cayó y quedó tendido sobre la acera, a un paso de la muerte. Atravesada por el terror, se preguntó: «¿Moriré esta tarde? ¿Me iré de este mundo sin conocer el rostro de mi hijo?». Continuó corriendo, aferrándose a la vida como podía. A punto de alcanzar el refugio de la estación Progreso, divisó el cartel de Los Santos y se tranquilizó: «Ya está, sólo faltan metros». Pero la onda expansiva de una explosión cercana hizo oscilar su cuerpo en gran manera y, cerrando muy fuerte los ojos, cayó al piso. Permaneció quieta un largo rato tratando de comprobar si estaba viva. Al sentir que sus extremidades respondían, abrió los ojos con la firme decisión de proseguir, pero desde su lugar, tendida en la vereda, percibió de cerca el horror: personas atrapadas que pedían ayuda con gritos de desesperación. Y entonces, creyendo que el mundo le había mostrado lo peor, observó la imagen que le demostraría lo contrario, esa que jamás olvidaría: un potente estallido unido a un fogonazo amarillo impactó en la pared de Los Santos y, a su paso, dejaba fuego y destrucción. Un trozo de la pared se derrumbó y una cortina de polvillo terminó por cubrir las ruinas. ¡El bar! ¡La casa! ¡Manolito! Todo lo familiar y conocido por ella era tragado por una nube blanca de polvo.

Lanzada, sin importarle nada, se puso de pie y, corriendo entre las explosiones, alcanzó la esquina de la taberna. De pie, frente a lo que sólo minutos atrás habían sido la puerta y las ventanas del café, ella no lograba encontrar la entrada. Su mente confundida no podía darle la forma de puerta, ni de paredes, ni siquiera de casa, sólo observaba escombros. Miró hacia atrás, ¿acaso se había confundido y estaba en otro lugar? Cuando bajó la vista, descubrió a sus pies una de las tazas azules del bar y, al lado, un pedazo de vidrio con la enorme letra ese de la palabra «SANTOS» del cartel. Era allí. Pero la taberna ya no existía. Miró bien y encontró que sólo quedaban algunas paredes verdes de donde salían puntiagudos hierros y cañerías abiertas que, como venas, goteaban agua. Al fondo, la casa se veía partida por la mitad, derruida en parte, un revoltijo construido de anarquía. La cocina y el patio parecían la misma cosa. El olivo, de piedra. Manolito, Manolito, Manolito. No, no y no.

A su alrededor, las bombas continuaban cayendo, pero ella permanecía ajena a sus consecuencias.

Su hermano no podía estar allí, seguro se había refugiado en la estación del metro. Mientras avanzaba entre los escombros, trataba de recordar si le había dejado instrucciones sobre cómo actuar en el caso de un bombardeo. No, no podía sacarse de la cabeza la recomendación repetida una y otra vez: «Por nada del mundo te muevas de aquí».

No, Manolito. No y no. Cada paso entre el derrumbe laceraba la carne de sus piernas, una rodilla le sangraba profusamente —tal vez, de antes—, pero no se daba cuenta. Entre los trozos de pared desperdigados por el suelo vio un tallo del rosal de Provenza junto a la frazada de cuadros naranjas. No, no y no. Recordó el último jugueteo del niño, arrastrándose como víbora, y se lanzó sobre la manta. Desesperada, removió los escombros con sus manos. Muy cerca, se escuchó un nuevo estruendo, pero a María tampoco le importó; les había perdido el miedo. Porque esa tarde el miedo era ella misma. Cada puñalada que daban sus manos a esos ladrillos, a esos pedazos de construcción, le rompían la piel, le arrancaban las uñas. Y sangraba, pero no sentía dolor. Cavó y cavó, hasta que vio los rombos celestes del saco... Se detuvo en seco y el horror pintó su rostro. Cavó y cavó, hasta que la vista del pelo bien rubio le heló el corazón. Cavó y cavó, hasta que el cuerpito que apareció la tiró al suelo, la derrumbó y la asesinó.

No, no. No.

—Nooooo...

Ella podía perder lo que fuera en esta vida, todo podía acabarse en su existencia, pero no su hermano. ¡No! Trató de revivirlo, pero no. Puso varias veces su oído en los rimbombos celestes buscando un latido, pero no. Intentó que respirara, darle su propio aire, pero no. Lo besó, lo llamó por su nombre, le habló. Conversó con él. Le gritó. Se enojó. Pero no, no y no. Rendida, se tendió en el suelo junto a él y lo abrazó. Deseaba que le cayera ahora mismo una bomba, que la matara, que el mundo se rompiera en millones de pedazos, que se murieran todos los nacionales y los republicanos. Que el odio que se profesaban se los tragara y los fulminara. Que la vida en todo el planeta se extinguiera de una vez y para siempre. Porque si Manolito se había muerto, nada merecía vivir. Nada. Ni una persona, ni una planta. Ni ella misma. Ni el cielo merecía existir. La avergonzada bóveda celeste que cubría Madrid abrazaba muda a María y al cuerpo de Manolito.

Permaneció quieta con su hermano en brazos, rogando que la visitara la muerte, añorando tener un arma para darse ella misma la estocada final. Nada en esta vida tendría el poder de levantarla de allí, nada. La vida en el universo se había suspendido...

.....

Después de permanecer allí durante un pequeño lapso de tiempo que a María le pareció una eternidad, al fin las bombas se detuvieron. Una extraña paz comenzaba a apoderarse del lugar donde todo parecía inmóvil. Era la calma antes de que las personas, movidas por una precaria sensación de seguridad, salieran de los refugios.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de María sin que se le moviera un músculo de la cara, tal como si sus ojos fueran una fuente inerte de la cual emergía el líquido salado.

La idea de que su vida también había concluido caminaba por su alma enseñoreándose de todo su ser y quitándole la voluntad. Pero algo inesperado, algo prodigioso, algo que nunca antes ella había sentido, y que sólo las mujeres y únicamente en ciertas épocas de su vida pueden percibir, se hizo presente. Un aleteo de colibrí en su bajo vientre le recordó que los milagros existen.

El aleteo se repitió una, dos y tres veces. La llamaba y no se daba por vencido. Entonces, María no tuvo otra opción que prestarle atención, que recordarlo... allí, en su interior, estaba alojado ese ser que confiaba en ella. Y por unos instantes, ese movimiento que nadie veía y que sólo ella sentía, tuvo la fuerza de un terremoto porque logró que María se incorporara. Y a partir de ese momento, el aleteo se empoderó y comenzó a mandar en ese cuerpo frágil, delgado y golpeado. Porque ese batir de alas de colibrí fue el que le ordenó quitarse la bufanda roja y envolver con ella a Manolito luego de besarlo entre lágrimas cien veces. Fue el que le dijo que debía marcharse definitivamente para no regresar nunca más.

María se puso de pie. Lastimada, dolorida, abatida, no tenía ni planes ni deseos de vivir, pero el embarazo le quitaba el dolor y el cansancio, sentía que ese milagro le decía al oído muy suavemente que tenía la obligación de vivir. Incluso, hasta le dictaba un precario plan.

Casi anochece y las personas que se habían encerrado en el refugio emergían a la tragedia y pululaban horrorizadas. Si Aquiles no estaba enterrado bajo los escombros, pronto se presentaría en su malogrado café. Pero ella no debía verlo nunca más. Sabía que tenía que huir, que cualquier plan que incluyera quedarse para enterrar a su hermano la obligaría a continuar viviendo con ese hombre. Y si eso sucedía, ya jamás podría irse. Jamás.

María movió los pies en un intento por salir de ese laberinto de cables, ladrillos y cañerías rotas. Entre lo que alguna vez fue la cocina de la casa de Aquiles, descubrió su pañoleta verde, la que había comprado con Azucena en esa vida en que podía permitirse una horchata en la Puerta del Sol y visitar una modista, en esa vida tan lejana que —creía— le pertenecía a otra mujer. La tomó y se envolvió el cuello; el frío intenso calaba hondo. El gajo del rosal, tapado de polvo, luchaba por vivir. Lo limpió con unas suaves caricias y decidió llevarlo, igual que al calendario atiborrado de soles de La Bellota que había arrancado el día que abandonó el departamento de Pedro. Pronto caducaría. Lo guardó en el bolsillo del tapado negro, junto con las pesetas y el pasaje que había quedado sin vender.

Durante el último repaso que dieron sus ojos, sólo encontró desolación. No había nada más que quisiera o pudiera llevarse. Salió de la casa, aunque los límites difusos impedían determinar dónde empezaba la calle y dónde terminaba la cocina porque ambas estaban al aire libre. Se apuró. Ya no soportaba los lamentos de los vecinos que descubrían sus casas destrazadas, un amigo atrapado o un familiar muerto entre las ruinas.

María se había alejado unos metros cuando descubrió una figura inconfundible: Aquiles Tormo se acercaba junto a dos personas más. María, temiendo ser reconocida, rápidamente se envolvió la cabeza con la pañoleta verde, pero el hombre, a pesar de que la joven que tanto había deseado pasó a su lado, desesperado por acercarse a su casa, a su local —que no se distinguían—, ni se percató de su presencia. Ella pudo escuchar sus chillidos. Aquiles lloraba, gritaba y blasfemaba. ¿Lloraba sólo por su casa o sabía que Manolito estaba allí? María nunca lo sabría. Escuchó sus alaridos de dolor hasta que dobló en la esquina. Ella también lloraba.

La guerra castigaba a buenos y a malos. La contienda se abría paso y derrumbaba todo lo que se ponía frente a ella.

CAPÍTULO 27

MUSEO DEL PRADO

*El Museo del Prado, creado en 1819,
es uno de los más importantes del mundo.
Debe su origen al coleccionismo
de las dinastías gobernantes de varios siglos.
Cuenta entre sus obras las de Velázquez,
Goya, Rubens, Tiziano, El Greco, Murillo,
Tintoretto y otros. Recibe casi
tres millones de visitantes por año.*

Madrid, 2014

Alba bajó las escalerillas del Museo del Prado con una bolsa en cada mano llena de *souvenirs* comprados en la tienda. Con la vista buscó a Rafael en el jardín de la entrada, donde habían quedado en encontrarse. Ella acababa de salir de una reunión celebrada en el bar del museo con un extranjero que había pedido conocerla porque tenía real interés de exponer sus pinturas en Dubái. Era un contacto heredado de Daniel, su padre, que buscaba ayudarla en su nueva carrera. Por conveniencia, aprovechando que ambos coincidían en la zona y contaban con unos minutos para reunirse antes de que Alba viajara —en unas horas salía su vuelo hacia Argentina—, compartieron un café en un ambiente cosmopolita.

Alba, que descubrió que ya no hacía tiempo de visitar el centro comercial de Príncipe Pío, donde quería comprarle algunos regalitos a Facundo, se había dedicado a elegir en la tienda del museo todo lo que a ella le hubiera gustado que le obsequiasen cuando era niña. Claro que a Alba siempre le había interesado el arte y había tenido inclinación por pintar, así que con ese espíritu eligió y cargó dos bolsas repletas de lapiceras, cuadernos, lápices de colores, láminas, libros de fotos con las colecciones de los artistas del Prado, tazas con la figura del Quijote y artículos semejantes. Eligió dos tazas porque una iba directo a Pepe. Estaba segura de que al viejo le gustaría y, como aún tenían que pasar por su casa para despedirse, aprovecharía ese momento para dársela. Pensaba en cuánto lo extrañaría cuando vio que Rafa llegaba al lugar. En instantes se saludaron con un beso y conversaron sobre la reunión que Alba había mantenido mientras avanzaban de la mano por el camino de ingreso al museo que tantos millones de pasos había recibido a lo largo de su historia, incluidos los de María Álvarez durante su último día en Madrid. Los edificios de España entretejían el ayer y el hoy en sus muros y suelos. La ciudad sobrevivía a las personas y lograba que aquello que tenía que ser recuperado se recobrará, y lo que debía ser recordado se inmortalizara. Allí estaban esas paredes, ese cielo, y ese suelo que no olvidaba.

* * *

Cuando el Mercedes Benz se detuvo en el estacionamiento del aeropuerto de Barajas, Alba y Rafael se estrecharon en un largo abrazo con Daniel y Pepe. Y antes de ingresar al mundanal ruido, ellos comprendieron cabalmente que estaban a punto de marcharse de Europa.

Alba les había pedido que no los acompañaran durante la espera porque temía que la despedida se volviera un momento demasiado dramático y había preferido que el último adiós fuera en el estacionamiento. Díaz Montero les ayudó a descargar las valijas, Pepe los besó varias veces, ambos abrazaron a la pareja y luego se marcharon.

Alba y Rafa entraron apurados sin percatarse de la tristeza en la que habían quedado sumidos los dos hombres. Daniel, mientras conducía, era atacado por el sentimiento de pérdida propio de un padre al que su única hija se le va y, escondido bajo los anteojos negros, lloraba su desazón. Y Pepe, fiel a su estilo, había sostenido un mutismo doloroso durante un largo rato hasta que ya en la carretera, bastante lejos de Barajas, exclamó:

—¡La puta madre que lo parió! ¿Por qué mierda tendrá que haber despedidas? ¿Por qué carajo tendrán que existir los aviones? Si no existieran, no se hubieran ido.

Daniel, ya más repuesto, razonó:

—Pues sin aviones tampoco hubiera venido Rafael y entonces Alba no se hubiera ido.

Pepe, que no daba el brazo a torcer, agregó:

—Si el argentino hubiera venido en barco, también se hubiera llevado a tu hija.

—¡Carajo, Pepe, cállate, que ya me tienes cansado y hoy no estoy de humores!

La joven pareja, ajena a los estados nostálgicos de los hombres, se hallaba sumergida en el mundo de las diligencias de la partida. Barajas, un universo de adrenalina, una ciudad con ritmo propio, los tragó con sus trámites, apuros y controles: porque debían subir escaleras, proteger las valijas con el embalaje especial, completar el *check-in*, pagar sobrepeso pues las habían cargado más de lo permitido, repetir controles porque las pulseras de plata de Alba activaban el bip de los detectores de metales y... más y más.

Finalmente, cuando despacharon las maletas, atravesaron los controles y concluyeron los trámites migratorios, se sentaron a tomar un café en uno de los bares de la T4. Y, cuando menos se dieron cuenta, Iberia anunció que empezaba el embarque. Rafael, que había creído que ese día la nostalgia lo atacaría peor que nunca, ahora se subía feliz al avión. Quería regresar, ver a su hijo, a su padre y a todos los demás. Deseaba caminar por las calles de Buenos Aires. Su felicidad era completa porque Alba estaba a su lado. Recordaba que había llegado destruido, solo, vencido y se iba feliz. El año vivido en España había resultado curativo, quizá más de lo que había soñado cuando tomó la decisión de venir.

Cuando el avión despegó y Rafa vio cómo se alejaban del continente, dos preguntas inevitables se formaron en su mente: «¿Cuándo regresaremos? ¿Lo haremos alguna vez?». Alba seguro que sí, su padre la esperaba en Madrid. Pero él no necesitaba volver. ¿O sí? No tenía respuestas; aun así, se despreocupó, pues vendrían con el tiempo. No podía torturarse tratando de hallarlas hoy, no tenía ningún sentido. Esa también era una de las lecciones que había aprendido durante el último año.

Alba, a su lado, con la emoción propia de saber que pronto conocería Sudamérica, tampoco se preocupaba, pues, si extrañaba mucho, caviló, se compraría un pasaje y se instalaría en Madrid por unas semanas. A ella no la ataba nada, sólo haría lo que el cuerpo y el corazón le pidieran. Y por ahora ambos le pedían seguir a Rafael.

Las luces del avión se apagaron y la larga noche comenzó. Alba bostezó, se tapó con la manta polar y, bajo esta, se tomó del brazo de Rafael dispuesta a dormir; él, ansioso, sólo pudo hacerla varias horas después.

* * *

Al descender en tierra argentina, Alba se asustó al escuchar el griterío que daba la gente cuando recibía a los pasajeros que llegaban en el avión proveniente de Europa; los latinoamericanos eran bastante explosivos y demostrativos. Se sorprendió aún más al comprobar que entre los que daban esas muestras de efusividad y hacían esos aspavientos estaba don Ignacio Becerra voceando el nombre de su hijo junto a Florencia, que agitaba un cartel que rezaba «BIENVENIDO, HERMANITO». Rafael se los había señalado de lejos mientras iban saliendo. Él y su padre, cuando se tuvieron enfrente, se abrazaron y ambos comenzaron a llorar. Florencia y Alba, mientras tanto, se autopresentaron. Cuando Rafa se hubo repuesto de la emoción, continuó con los pormenores de las presentaciones.

En minutos se hallaban arriba del coche de Florencia rumbo a la casa de Ignacio Becerra. Allí los esperaba Facundo, el marido de Florencia y uno de los hermanos de don Becerra. Al llegar, ni bien abrieron la puerta y Rafael vio a Facundo, se produjo un instante electrizante para todos, una emoción que pudo palpase en el ambiente. El niño se acercó a Rafael, quien, cayendo arrodillado para estar a la misma altura del pequeño, lo abrazó con todo su ser. Ahí iban doce meses de extrañar, de desear su olor, de querer besar su piel. Rafa otra vez lloraba; Facundo, no, más bien se lo veía impactado. Rafael se separaba de su hijo para poder mirarlo. Lo encontraba altísimo y mucho más delgado.

—Ey, mi chico, ¿estás contento de ver a tu papá?

—Sí, papi, mucho. No lloro porque soy un hombre.

—Ven aquí —le dijo y volvió a abrazarlo.

Rafael lo miraba y otra vez se emocionaba. Al fin, mirando a Alba, dijo:

—Te presento a Alba, ella es...

—Ya sé: tu novia, me dijiste.

El niño y ella se estudiaron. Ella, con una gran sonrisa —lo hallaba idéntico a Rafa—; Facundo, con una pequeña, pues esta mujer era una extraña que, para peor, hablaba raro.

Alba sacó de la valija el arsenal de *souvenirs* que le había traído del Museo del Prado y se lo entregó. Facundo los miró sin saber bien qué debía hacer. ¿Decirle «Gracias» y que eran hermosos cuando no lo eran? ¿O acaso esa chica que besaba y tomaba de la mano a su papá pensaba que él se pondría a dibujar en esos cuadernos horribles? Todos sus útiles del colegio, incluida su mochila y muchas de sus remeras, tenían el retrato del Hombre Araña, su superhéroe predilecto. No pensaba llevar al colegio ni usar esos lápices con la figura de un hombre flaco vestido con armadura. Horrible regalo. Además, estaba en vacaciones. ¡Quién quería útiles escolares! Al fin, bajo la mirada expectante de Alba y Rafa, dijo secamente:

—Gracias.

—¿Te gustan?

—Prefiero al Hombre Araña. Además, ahora estoy de vacaciones —aclaró.

Alba se percató de su doble error.

—¡Joder! —exclamó. Y luego, acercándosele al oído, le dijo—: Pues esta semana iremos al centro comercial y compraremos todo lo que tengan del Hombre Araña. ¿Vale?

Facundo no entendió todo lo que la española le dijo, ella hablaba raro y con demasiadas zetas.

Don Becerra les explicó que les dejaría el piso de arriba de la casa para que ellos estuvieran tranquilos, que allí les había armado un cuarto. Él se había instalado en la habitación de abajo.

—Estaremos poco tiempo. Pronto alquilaremos algo.

—No tengo problema, quedate todo lo que necesites —propuso Ignacio Becerra, que quería recuperar la larga temporada en que no había tenido cerca a su hijo.

Última noche, 2014

La última noche del año invitaba a ser disfrutada. En casa de los Becerra la velada veraniega se auspiciaba festiva. La mesa había sido armada en el patio y sobre el mantel rojo con servilletas verdes descansaban el vitel toné, la ensalada rusa, el pionono y los tomates rellenos que, junto a otras comidas frías, serían la entrada del asado que Rafa y su padre preparaban juntos en la parrilla ubicada bajo los pinos.

Alba apareció recién bañada con un vestido hindú color lila, sandalias bajas y el pelo mojado. Acababa de saludar en el teléfono a su padre y a Pepe por el Año Nuevo; en Madrid, 2015 ya había comenzado.

Rafa había llamado a ambos más temprano para desearles buen comienzo de año. La llamada a Pepe había sido más que emotiva, no lo notaba bien, percibía que los extrañaba demasiado. Sobre todo, porque allá, ahora, su vida era muy solitaria.

Alba llegó al patio junto a los pinos buscando fresco pero no lo halló.

—¡Hostia, qué calor! Parece Madrid en pleno verano —les dijo a los dos asadores que estaban a pleno con la tarea.

Ambos vestían remera, bermudas y ojotas. Así se vivía el Año Nuevo en Argentina. Rafael la abrazó y la incorporó a la charla que llevaba adelante con su padre sobre cómo había sido vivir en Madrid durante ese año.

—Ella tuvo mucho que ver con mi adaptación —dijo mirándola sin soltarle la cintura.

Alba le sonrió y preguntó:

—¿Y Facundo?

—Llegará en cualquier momento. Su mamá lo está trayendo. Juliana avisó que estaban en camino —respondió don Becerra.

Alba pensó que al fin conocería a esa mujer que tantas veces se había imaginado. En minutos, Florencia y su marido, ambos muy bien vestidos, hicieron su aparición. Ella, de solera y sandalias altas. Las dos mujeres se pusieron a charlar.

Un rato después llegó Facundo. Y Juliana y Alba fueron presentadas. Se dieron un beso rápido y se saludaron con un simpático «Hola, qué tal», pero luego ambas se observaron de reojo. Alba veía a esa chica rubia muy maquillada y peinada de peluquería, con una clara cirugía en los pechos, que mostraba a través de su escote extremo... y no le caía nada bien. Además, concluyó que esa mujer, decididamente, no pegaba con Rafael. Por suerte para Alba, que se sentía un tanto intimidada, Juliana se quedó sólo unos pocos minutos porque, según explicó, Germán Toranzo, su pareja, la esperaba en el coche. Y después de darle mil besos a su hijo como si nunca más volviera a verlo en la vida, se marchó. El niño se quedó un rato con el padre y luego, cuando se fue a la computadora, Alba le dio a Rafa un largo beso en la boca para que quedara claro que Juliana era parte del pasado. Luego, fue tras Facundo. Pensaba dedicarse a conquistar a este mini Rafael del que quería hacerse amiga, costara lo que costase. No se preocupaba demasiado: si había logrado seducir al maxi Rafael, bien podría con el mini. Y en instantes ambos charlaban sobre la última película del Hombre Araña —agradeció haberla visto—, imitaba al personaje bajo la mirada atenta de Rafa, que, aunque hacía el asado, no se perdía detalle de cómo se trataban ella y su hijo.

Habían transcurrido quince minutos y, al ver que entre los dos todo iba bien, Rafa se relajó, los olvidó y su padre comenzó a relatarle noticias de la familia.

—¿Sabés que tu tío Felipe se compró una casa en Tigre?

—¡No...! ¡Qué lindo!

—El lugar es hermoso, verde por donde lo veas. A la casa hay que llegar en lancha porque está en pleno delta. Tiene una gran galería, asador y hamacas paraguayas.

—Podríamos ir un día, para que conozca la española —propuso Rafa.

—Claro, tu tío estará encantado. Felipe y sus hijos vendrán esta noche así que podrás proponérselo y ver las fotos en su celular.

—¿La casa tiene muelle propio?

Don Becerra se dedicó a relatarle detalles del lugar, comodidades de la casa y particularidades de la zona. Rafael escuchaba a su padre sin mirarlo porque estaba de espaldas dando vuelta la carne del asado. Y de repente, oyéndolo sin verlo, se dio cuenta de que esa voz era igual a la de Daniel Díaz Montero. Todo el tiempo se la había pasado tratando de dilucidar a quién le recordaba la de su suegro porque, desde el principio la había encontrado familiar, pero no atinaba a dar con la persona debido a que la pronunciación y la tonada eran diferentes. Pero ahora, mientras lo escuchaba, pudo asociarlos y descubrir que no era otra que la voz de su propio padre. No tenía dudas. Rafael, con el oído aguzado de músico, estaba segurísimo. Desde aquel día en que Daniel se le había presentado en la jamonera, el timbre de su voz le había llamado la atención porque lo sentía cercano.

La asociación le trajo a la mente el descubrimiento que había hecho en España acerca de que su padre no era hijo del abuelo Rafael, sino de un Díaz Montero. Entonces se prometió no dilatar la visita al diario *La Nación*, donde trataría de averiguar sobre Ignacio Saura. Por momentos, lo acometían ganas de cerrar la boca, de llamarse a silencio y de actuar como si jamás se hubiera enterado. Pero luego asumía el rol de su padre y pensaba que, si él estuviera en su lugar, preferiría que le dijese la verdad.

La coincidencia del nombre Ignacio entre su padre y el fotógrafo y que ese hombre hubiera tomado las imágenes de María embarazada en Madrid eran dos indicios, dos hechos que le daban vueltas en la cabeza. Más lo pensaba y más constreñido se sentía por averiguar.

Una hora después, el grupo compuesto por más de veinte personas comía el asado. Allí estaban reunidos mayores, adolescentes y niños; todos, parientes de Rafa que querían verlo y conocer a la española. Pero ella sólo tenía ojos, cabeza y seducción para Facundo, el mini Rafael, como había empezado a decirle.

Rafael, durante la sobremesa, charlando bajo esa bonita noche de verano, veía a Facundo corretear por el patio con los hijos de sus primos y le parecía mentira que sólo una semana atrás estaba en medio de una fiesta flamenca, cantando y bailando con un crudo invierno en las calles. Un dejo de nostalgia se instaló en él, un pequeño extrañar que lo llevó a querer partirse en dos para poder estar en ambos lugares al mismo tiempo. El invierno teñía Europa; el verano, América, y estar presente en dos continentes en el mismo momento era, sencillamente, imposible. La vida se trataba de elecciones. Alba, a su lado, risueña, se divertía con las historias que Florencia le contaba sobre la niñez de Rafa.

La noche avanzó, el Año Nuevo llegó, alzaron las copas para brindar, los niños tiraron la pirotecnia que se les permitió, y los que se amaban y estaban contentos de estar juntos se abrazaron. Durante esa velada Rafa se regocijaba por tener consigo a sus seres queridos... a Alba, a su padre, a su hijo y al resto de la familia reunida en esa hermosa noche. Sólo una molestia lo punzaba: le faltaba Pepe. Y lo peor: él le faltaba al viejo. Estaba convencido de que

había pasado solo la noche del Año Nuevo. Pepe no tenía familia y, seguramente, se había acostado temprano para reunirse al otro día con algún amigo de su edad. Se calmó pensando que volvería a hablarle al día siguiente. Alba, a su lado, no sufría. ¿Cómo hacerlo? Si estaba con Rafa y recién llegaban. Parecía que las angustias y las ausencias sufridas en su vida la habían preparado mejor para los desarraigos. Ella realizaba el ritual de las uvas. Comía doce para ser feliz todo el año, una por cada campanada, aunque aquí no se escuchaba ninguna. Las mujeres la veían, le pedían que les enseñara ese ritual español y se preparaban para hacerlo también.

Hacia las dos de la mañana comenzó a refrescar un poco. Una brisa suave ayudaba a pasarla mejor. Al fin se podía respirar; por lo menos, en el patio. Los niños, ya más calmos, no correteaban, sino que se habían ubicado adentro, en la sala, todos juntos frente a una computadora, y un juego nuevo los entretenía. Los mayores, sentados en la galería, tomaban un champagne recién abierto, el último de varios, mientras empezaban con los turrones y frutas secas bañadas en chocolate.

Rafa terminó su copa y, viendo que Alba también, se puso de pie y, tomándola de la mano, le dijo:

—Vení, vamos, te mostraré algo.

Ella lo siguió y avanzaron por el patio abrazados por la cintura. Caminaron hasta el asador junto a los pinos y siguieron un poco más allá, donde sólo iluminaba la luna ayudada por algo de la claridad que llegaba desde la galería. Rafa se detuvo y le señaló una punta.

—¿Alcanzás a ver?

Alba hizo un esfuerzo y vio un sector grande con plantas. Se fijó mejor y contestó:

—Sí, son rosales.

—Son hijos de los que tenía la tía María en su casa. La abuela siempre le daba gajos a mi madre y ella los fue plantando aquí. Luego, cuando ambas murieron, por amor a ellas y en su recuerdo, los hombres seguimos cuidando los rosales.

Alba sabía que, justamente, cuando la madre de Rafa murió, la tía cuidó de los dos hermanos cuando recién ingresaban en la adolescencia. Desde entonces, la unión entre Rafa y María había sido muy fuerte y entrañable.

—¿Serán nacidas de las que trajo María de España? —preguntó Alba.

—Se supone que sí. Al menos, es lo que mi abuela decía... Por eso las quería tanto.

—Entonces pondremos un gajo en una maceta y la haremos crecer en nuestra casa.

—¿En cuál casa? —preguntó Rafa risueño.

—En la que tendremos alguna vez.

—Tenés razón: alguna vez tendremos una.

—Córtame unos gajos, que yo me encargo —le pidió ella.

—¿Ahora? —preguntó Rafa sorprendido. Jamás hubiera imaginado que las primeras horas del 2015 lo encontrarían realizando actividades de jardinería.

—Sí, es un momento excelente, recién empieza el año.

Rafa dudó. Pero al verla decidida, fue a la cocina por una tijera.

—Debo amarte mucho, chavala, porque ponerme a hacer esto... —dijo en son de queja.

—Pues cómo no vas a amarme, si me he cruzado el océano para seguirte. Lo menos que puedes hacer es cortar unas ramitas de rosa de tu tía para mí.

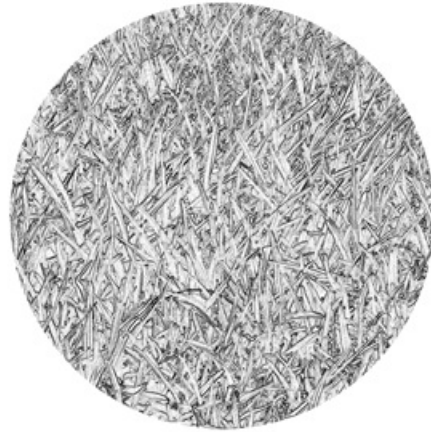
—Tenés razón —dijo Rafa y le cortó tres tallos.

Alba los tomó con cuidado de la punta y volvieron a la casa.

Rafa, al llegar a la galería, se quedó charlando con su tío Felipe y ella fue hasta la cocina y puso su tesoro en un vaso con agua.

Se acercó y los miró bien de cerca. «¿Realmente serán de España?» En el momento en que los acarició, algo dentro de ella le dijo que sí.

La planta había respondido al contacto con un leve y especial tigmotropismo. ¿Cómo no hacerlo? Si la rosa de Provenza acababa de conocer la mano de una nueva descendiente de Encarnación Díaz Montero.



GRAMA

Cynodon dactylon

HISTORIA: Nativa del sur de Europa y el norte de África, ampliamente extendida en todo el mundo por su fácil cultivo aun en condiciones adversas. En sitios con sol y calor puede convertirse en el «pasto del diablo», como ocurre en las Bermudas, donde crece como maleza y supera los cincuenta centímetros de altura. Se utiliza para cubrir el suelo de campos deportivos, y con motivos ornamentales en la jardinería.

USO MEDICINAL: La grama es depurativa, hepatoprotectora, antiinflamatoria, digestiva. También, una buena aliada para el tratamiento de afecciones que requieren el aumento de las micciones, como la expulsión de cálculos o la hipertensión arterial.

SIGNIFICADO: «Cynodon», del griego «kuon», «perro», y «odons», «dientes»; es decir, «dientes de perro». Y «dactylon», «dedos».

DICE LA LEYENDA... que los perros se curan a sí mismos comiendo esta hierba rastrera. Por ese motivo también se la conoce como «medicina de perro».

CAPÍTULO 28

LA GRAMA PARA LOS PIES DE MARÍA

Madrid, 1936

La grama es una planta resistente que crece fielmente cubriendo los más variados suelos. Es agresiva y elimina a muchas otras especies tal como si la creación hubiera querido asegurarse de que ella fuera la alfombra de la tierra y no otra. Se dice que caminar sobre la grama calma los nervios y aclara las ideas debido a que el hombre apoya los pies, que son su sostén, sobre la naturaleza viva. De ese modo, se produce la especial conexión del ser con su biosfera.

María llevaba casi una hora deambulando por las calles de Madrid sin rumbo fijo. Aturdida, cargando con la desorientación de la hecatombe que significaba que Manolito ya no estuviera en este mundo, subió y bajó la Gran Vía, tomó la calle de Alcalá y, como si sus pies buscaran el Museo del Prado, enfiló sus pasos hacia el paseo. Después de dar un gran rodeo, volvió al último sitio en el que había estado antes de que se desatara el bombardeo.

Entre el frío, la guerra y quién sabe qué extraña peste, ya no quedaba verde en Madrid, salvo algo de grama. Pisó el poco césped que aún quedaba en la entrada del jardín del museo y, al caminar por esos pastos semivivos, tomó una decisión convencida de que no podía aguardar una semana para marcharse a Valencia: debía viajar cuanto antes. Y quizá pudiera inmiscuirse en el convoy que transportaría las obras de arte. Trataría de convencer al periodista argentino para que intercediera. Ya no eran dos para viajar.

Los preparativos —más calmos que unas horas atrás—, las luces encendidas y los movimientos de personas y de vehículos indicaban que el plan de trasladar los cuadros seguía adelante. Un muchacho la atajó, le preguntó qué buscaba y de inmediato se ofreció para rastrear al periodista Ignacio Saura, que, al cabo de unos minutos, estaba frente a ella, como en la tarde anterior.

—María... ¿qué hace acá?

—Bombardearon el bar.

La noticia lo conmocionó.

—¡Ay, cuánto lo siento! ¿Está usted bien? —preguntó y, al descubrir sus rodillas ensangrentadas, sugirió—: Tal vez deberían examinarla en el hospital.

—Estoy bien, pero mi hermano murió.

—Ah... Lo siento... —Saura se quedó sin palabras. Ellos no habían hablado mucho del niño, salvo que pronto cumpliría ocho años. La veía en estado de conmoción, no entendía qué hacía allí. Sólo atinó a preguntar—: ¿Y Aquiles Tormo?

—Está vivo. Pero compréndame: no quiero volver con él. Deseo marcharme a Valencia y pensé que podría integrar la caravana que sale mañana.

Saura se sorprendió.

—María, eso es imposible... esta gente llevará los cuadros. Los camiones irán acompañados de los milicianos.

—Justamente, pensé que podía colarme entre ellos.

—No creo que sea posible.

—Por favor...

—Eso no lo decido yo. Simplemente viajo por trabajo y de convoyante... y si me han permitido cubrir la travesía se lo debo a mi apellido y a la posición que alguna vez tuvo mi padre.

—Interceda, por favor. Pregunte o dígame con quién debo hablar.

—Hum, no sé —Saura dudaba.

María se acercó y, mirándolo a los ojos, puso en palabras lo que nunca le había dicho a nadie hasta ese momento:

—Estoy embarazada y el padre de mi hijo era Díaz Montero, un republicano al que mataron apenas empezó la guerra. Vivía con Tormo por conveniencia: sexo a cambio de comida para mí y mi hermano. ¡No quiero volver con él!

Saura la miraba impactado, se la veía casi una niña, pero le creía cada palabra. Él había sospechado algo de esa situación durante la velada de mus; sin embargo, su imaginación no había llegado a tanto. La guerra era terrible.

María prosiguió:

—No tengo motivos para permanecer en Madrid. Aquí ya no me queda nada, sólo dolor. Se lo ruego, Ignacio, inténtelo.

La mente de Saura necesitó un minuto para procesar la información sensible que ella le había revelado y, tras evaluar qué estaba dispuesto a hacer, al fin respondió:

—Lo intentaré. Espéreme aquí. Recuérdeme, por favor, cómo se llamaba su marido. El republicano, digo...

—Se llamaba Pedro Díaz Montero. Era un intelectual del Partido Socialista. Lo asesinaron apenas empezó la guerra —repitió.

El hombre asintió y, dando la media vuelta, desapareció. Ella lo vio ingresar al museo.

María, extenuada, se quedó de pie esperando.

Un rato después, Saura regresó con otro hombre, un joven miliciano de un extraño bigote al que debió relatarle su historia y nombrar a Pedro. Comprensivo pero parco, le pidió que regresara en una hora. Para ese entonces, tendría una respuesta.

* * *

Pasada la medianoche, una hora después, María regresaba con las últimas fuerzas que le quedaban. No tenía un segundo plan. Si le negaban viajar, se tendería en el piso del jardín del museo y allí se dejaría morir.

Pero esa drástica decisión no fue necesaria, no hizo falta. La gestión resultó positiva porque, cuando un miembro del grupo escuchó nombrar a Pedro Díaz Montero y a su rubia mujer, se tomó la resolución de ayudarla. El muchacho del bigote, con la misma parquedad, le informó que saldrían a las siete de la mañana, que se presentara media hora antes para poder acomodarla en el camión de los milicianos. Y, con la mano en alto, hizo el saludo republicano. Ella, autómatamente, lo repitió. ¡Cuánto hacía que no lo practicaba!

María volvía a creer en los seres humanos. Pero sólo un poco. Tendrían que pasar años para confiar de nuevo.

María se alejó del museo y se dirigió hacia la estación del metro Banco de España, donde pasaría la noche junto con los madrileños que se refugiaban en las entrañas de la tierra por temor

a los bombardeos. Caminó con las manos en el bolsillo del abrigo, donde llevaba el gajo de la rosa. Sintió cariño por él. Algo dentro de su interior aún latía al son de los buenos sentimientos, esos, los únicos que lograrían salvar a las personas del horror, de la muerte. Afecto, altruismo, solidaridad... permitían creer que la vida debía continuar.

* * *

Aún era noche cerrada cuando María arribó a la explanada del museo envuelta en la pañoleta verde. Ansiosa, por recelo a que se olvidaran de llevarla o que hubieran cambiado de parecer, había llegado mucho antes de la hora convenida. Pero en cuanto el joven miliciano del bigote extraño la vio, de inmediato la condujo hacia el camión en el que viajaría y la presentó ante las personas que la acompañarían. María Álvarez, viuda del camarada Pedro Díaz Montero —así fue nombrada ante los hombres del Quinto Regimiento—, integraría la caravana que, organizada por los escritores María Teresa León y Rafael Alberti, partiría con rumbo a Valencia. María los escuchaba hablar y se enteraba de que, para preservar el estado de las obras, los organizadores habían establecido, como límite máximo, una velocidad de quince kilómetros por hora. De tal manera que, si no se registraban inconvenientes, llegarían al día siguiente.

«Las meninas», de Velázquez, el más querido cuadro del tesoro español, viajaría muy cerca, casi al lado, de la republicana María Álvarez, bajo la protección del Quinto Regimiento. El cuerpo militar de voluntarios, considerado una escuadra de élite, famoso por sus actos de heroísmo y por su importante tarea cultural y social, secundaría los camiones cargados de los valiosos cuadros.

Los que viajarían se hallaban ocupando cada uno su lugar en el convoy cuando a la siete en punto de la mañana se inició lentamente la marcha desde el museo. María miró por el vidrio del camión; se iba de Madrid. En esa tierra quedaban los cuerpos de los tres varones que había amado: su padre, Pedro y Manolito. La vida había dispuesto que ella los sobreviviera; y allí estaba, plantándole cara a la situación.

Esa mañana, a pocos kilómetros de la salida, a la altura del puente de Arganda, el convoy debió enfrentar el primer contratiempo: los camiones no podían cruzar. La altura de los cuadros, estibados en vertical, lo impedía y obligó a detener la marcha. Tras evaluar la mejor opción, el grupo resolvió bajar las obras y transportarlas a pulso hasta la otra orilla. Pero la faena demandaría varias horas, pues luego tendrían que volverlas a subir a los vehículos.

Mientras tanto, María temblaba de frío pero también de miedo porque sospechaba que el viaje podría abortarse. De inmediato, los hombres, confiados y de buen humor, se dedicaron a trabajar mientras Ignacio Saura intentaba convencerlos de tomar fotos. Sin embargo, los milicianos, que se negaban, lo conminaban a que sólo escribiera lo que sus ojos le permitían observar.

El argentino se acercó a María, que permanecía junto a la estructura metálica del puente de Arganda, y, libreta en mano, le explicó:

—No quieren fotos. Aluden razones de seguridad.

María levantó las cejas e hizo una mueca parecida a una media sonrisa. Desde la partida, no había cruzado palabra con nadie. Todavía le duraba el estado de conmoción y desconsuelo. Recordaba a Manolito y lloraba.

—Niña —trató de consolarla—, en pocas horas estarás en la tierra del pescado y la playa.

—Ojalá que así sea —respondió María, que ya no sabía qué quería. Había soñado con Valencia para ella y su hermano, pero, ahora que él ya no estaba, tenía que empezar a vislumbrar

otra vida.

—Déjame sacarte una foto.

—No, que no —dijo y, negando con la cabeza, se alejó unos pasos en dirección al puente.

—¡Que sí! Cuando te la dé, te agradecerá verte embarazada el día que lograste salir de Madrid escoltada por el Quinto Regimiento.

—Haz lo que te plazca —dijo ella, que no deseaba contradecir a ese hombre al que le debía la vida. No quería ni dejaba de querer una foto. Nada le importaba mucho.

Saura se acercó con la cámara buscando captarla mejor. Desde hacía un rato, los primeros rayos del sol de la mañana iluminaban la carretera. La hora era ideal.

—Por favor, camina dos pasos y apoya un brazo en uno de los parantes del puente.

María obedeció, pero no sacó las manos del bolsillo de su saco negro que llevaba abierto y dejaba ver su tripa marcada por el vestido cuadrillé; ella tampoco sonrió. Simplemente apoyó su espalda en los hierros de la entrada y miró a la cámara.

El lente de Saura captó la imagen: el sol brillando sobre el pelo rubio, el gesto triste y la mirada cristalina como el agua. Esto último era lo que en verdad le interesaba. Se aproximó más; quería otra fotografía con un plano bien cerrado sobre ese rostro que contaba miles de historias en el más absoluto silencio. Porque esos ojos claros, ah, esos ojos... en su interior se traslucían la fortaleza, la valentía y la esperanza, todas juntas y marcadas a fuego. Mirarlos le hacía sentir que, más allá de los obstáculos y las tristezas, la vida valía la pena ser vivida, que, pese a todo, siempre sería mejor seguir viviendo. Observaba en ellos esperanza y anhelos, pero ni una pizca de cobardía o rencor. Y eso era lo que él deseaba retratar. Lo que esa mirada mostraba, pensaba, era lo que salvaría a España del horror; y, al mundo entero, de las inhumanas tragedias. La captó con el lente y... clic, clic, clic. El sonido del obturador se escuchó en el aire. Ya estaba, lo había hecho. El rostro joven, los ojos de agua, el valor y las ansias de vivir brillando en ellos. Deseó haber aprehendido en el celuloide lo que él veía en vivo y lo emocionaba. Sólo lo sabría cuando revelara las imágenes. Se alejó un poco y, mientras ella miraba distraída la lontananza, tomó una más. Esta vez, de perfil y cuerpo entero. Captó su delgadez y la panza de un incipiente embarazo que ya no podía disimular porque asomaba debajo del abrigo negro abierto, del cual aún no había sacado las manos de los bolsillos. Clic, clic.

Se acercó a ella y le dijo:

—Te prometo que, cuando las revele, te las haré llegar a donde sea que estés.

María asintió. Quién sabe dónde estaría para ese momento. Quién podía saber dónde estaría el próximo mes.

Concluida la faena de acarrear y cargar los cuadros, al fin subieron al coche y, en dos horas más, atravesaron un control, el primero de los muchos que sortearían a lo largo de la travesía. Porque cada partido político, cada ayuntamiento y comité de seguridad tenía su puesto de inspección en las entradas de los pueblos. Y muchas veces, como en este caso, los hombres que ejercían el control no sabían leer ni escribir, aunque sí reconocer sellos gubernamentales. Entonces, salvado el escollo, les permitían continuar la marcha.

Los kilómetros eran lentos; las palabras de María, pocas; pero sus pensamientos, miles. Solamente ella sabía qué pasaba en su corazón.

El miliciano de bigote extraño era el encargado de cumplir la orden de la escritora María Teresa León: cada vez que llegaran a una población importante que dispusiera de servicio, debían telefonarla para informarle sobre los detalles del viaje. Celosa de su misión, León quería asegurarse de que nada se interpusiera entre los cuadros y Valencia. Veinticuatro horas transitando por esa carretera —bombardeada por los alemanes o teatro de batallas decisivas— constituía un

verdadero peligro. A lo largo del trayecto, los camiones tendrían que atravesar dos zonas de riesgo, donde las balas de las ametralladoras silbarían cerca.

El día y la noche bajo el paso lento de la caravana se hicieron interminables para todos, pero a María le servía para ordenar los pensamientos que bullían en su interior. Su corazón latía al son de cambios.

Para cuando ingresaron a Valencia, y los milicianos enviaron a María Teresa el esperado mensaje telefónico «Hemos llegado bien, y con los cuadros en perfecto estado», el interior de María ya no era igual. Porque en el preciso momento en que escuchó que dos de los camiones regresaban a Madrid y uno partía para Alicante, decidida, le pidió al último conductor que la llevara con él. Acababa de florecer en su interior una idea, un nuevo y arriesgado proyecto. Se despidió de Saura agradecida, pero evitó contarle sus planes. Ni ella misma conocía los detalles de lo que haría. La vida le había puesto a ese hombre en su camino justo cuando lo necesitaba. Aunque quién sabía qué hubiera sucedido si esa tarde ella no hubiera ido a cambiar el boleto que había perdido el periodista. Tal vez, si se hubiera quedado con Manolito, él aún estaría vivo. Claro que las situaciones que se hubieran podido presentar se trastocaban con cada movimiento diferente que hacían las personas. Una demora, un camino diferente, un encuentro inesperado, una palabra de más modificaban la realidad. De esa forma, las opciones y las posibilidades se multiplicaban exponencialmente dando pie a miles de escenas futuras muy distintas unas de otras. Ella comenzaba a entender que culparse no la conducía a nada bueno, que debía aprender a aceptar todo lo que había hecho, incluida la vida que había llevado con Tormo. Aceptarse constituía la única posibilidad que tenía para poder vivir en paz. Más aun... para poder vivir.

Por la tarde, María llegó al puerto de Alicante. Al bajar del camión, la brisa marina le obligó a meter las manos en el bolsillo de su abrigo y tocó el pasaje de Francia a Argentina que nunca pudo canjear por dinero, ese que ya no cambiaría porque pensaba utilizarlo. Intentaría viajar de Alicante a Marsella, el puerto francés de donde zarparía su barco con rumbo a América.

Carente de explicación racional, un presentimiento interior le decía que estaba bien encaminada. El Nuevo Continente parecía llamarla, como si ella fuese una pieza dentro de un engranaje que debía ser ubicada allá para que la maquinaria funcione y el todo, después de tantas pérdidas, al fin adquiriera sentido. El sentimiento extraño —al que en otro momento de su vida no le hubiera prestado atención y que ahora se le volvía patente porque se encontraba en carne viva — le decía que en aquellas tierras de ultramar la necesitaban. A veces, la vorágine de la rutina tenía el poder de insensibilizar los sentimientos sutiles e importantes. Pero en estos momentos de orfandad, una sensibilidad especial se despertaba en María y le hacía percibir ciertos movimientos sobrenaturales. Durante los últimos años de su vida, dominada por una vibración interior similar, repetiría con insistencia la frase: «Si van a España, deben visitar la jamonera La Bellota. Allí está parte de la historia de nuestra familia».

En el imponente puerto de Alicante, María se sintió perdida. Sin saber qué hacer para poner en marcha su plan, parada en la escollera, se dedicó a estudiar la actividad del barco Tucumán, anclado a unos metros. La nave enviada por el gobierno argentino cumplía la misión de socorrer a los ciudadanos sorprendidos por la guerra; en tanto que a los españoles que solicitaban asilarse en Francia los sacaba del país vía Marsella. ¿Cómo podría ingresar al barco? ¿Cómo podría conseguir que la depositaran en tierra gala? ¿Por dónde empezar?

El puerto, custodiado por milicianos, se había convertido en una fortaleza porque el gobierno del Frente Popular impedía la salida del país con el argumento de que necesitaban de todos los brazos republicanos para pelear esta guerra.

Durante casi una hora, María se quedó estática, mirando el leve bamboleo de las amarras.

Absorta, mientras buscaba una solución, una mujer se le acercó y le dijo:

—Quieres subir al Tucumán... ¿verdad?

Se dio vuelta para mirarla. Tenía el pelo blanco y vestía de negro.

—Sí —confirmó.

—Pues no eres la única, somos muchos. Mañana zarpa nuevamente para Marsella.

—¿Qué debo hacer para que me lleven? Dígamelo, por favor —dijo a modo de ruego.

—Preséntate en el consulado argentino, pide por Lorenzo Barrera. Estoy segura de que logrará meterte.

—¿Sube a todos o tiene preferencias políticas? —preguntó inquieta.

—No te preocupes, lo hará ya seas nacional o republicana. Sólo basta que lo pidas. Pero si quieres partir mañana, hala, deberás moverte con prontitud, que tienes un largo trecho.

—Mañana, sí... —pronunció María, que deseaba marcharse cuanto antes.

La mujer le explicó que debía presentarse en el consulado argentino, ubicado en el número 7 del paseo del Doctor Gadea. Al oír la dirección, María tuvo la certeza de que en el Nuevo Continente estaba su destino. Por momentos, tras los negros sucesos, temió enloquecer, pero ya no. Le agradeció el consejo y de inmediato se marchó.

Una hora después, el cónsul argentino en persona, doctor Lorenzo Barrera, la recibía en una de las elegantes salitas de la delegación diplomática. Tras tomar nota del documento de María y comentarle que quedaban pocos lugares, ocupó unos minutos para explicarle ciertas prevenciones:

—Como te han dicho, el Tucumán zarpará mañana, pero, por seguridad, hoy deberás embarcarte. Y ten presente que a las nueve de la noche te esperaremos para entregarte el uniforme argentino con el que ingresarás camuflada a la nave.

Agradecida por la sucesión de hechos que le habían presentado esta oportunidad, María se marchó con el compromiso de regresar a la hora convenida. Hubiera preferido quedarse en el lugar por temor a perder la oportunidad, pero no podía; lo mejor era no llamar la atención. Permaneció vagando por Alicante con los nervios propios de quien está por dar un paso trascendental, impresionada con el rumbo que habían tomado los acontecimientos, con la inquietud de saber que estaba viviendo el último día en tierra española.

Varios minutos antes de las nueve se presentó en el consulado. No era la única; otras personas también debían recoger el uniforme argentino. Luego de calzárselo, los marinos del buque Tucumán, un puñado de argentinos y los pocos españoles camuflados partieron juntos hacia el puerto.

El argentino que dirigía la operación les pidió a los españoles que permanecieran al abrigo de la oscuridad mientras ellos organizaban la partida en las balsas que los depositarían en el barco. María notó cierto nerviosismo y escuchó comentarios que le permitieron sospechar que algo no estaba saliendo bien. El grupo, quizá, fuera más grande que lo habitual. Quizá la ronda de los milicianos fuera más celosa.

Antes de marcharse, el hombre explicó que varios españoles ya estaban embarcados y les advirtió que, si en veinte minutos él y sus hombres no regresaban a buscarlos, debían continuar solos rumbo a las barcasas.

—Si los detienen, deben decir el santo y seña: «Rosas y jamones». ¿Comprendido?

El grupo asintió. Sin embargo, para no preocuparlos, el hombre obvió mencionar que sus lugares corrían peligro. Su *modus operandi* consistía en realizar una operación de distracción: cuatro de los veinte marinos que bajaban del Tucumán vestían dos uniformes; es decir, llevaban uno encima del otro. De modo tal que, al llegar al consulado, se quitaban el sobrante para camuflar a los españoles que se largarían a Marsella. En el tumulto, nadie se tomaba la molestia

de contabilizar que entraban veinte y salían veinticuatro marines. Y así, en medio de la confusión, y gracias a la vista gorda que hacía el gobierno local para evitar un baño de sangre, con esta maniobra y el transcurrir de los días lograban subir al barco a un centenar de personas. Pero esta noche el número de evacuados sobrepasaba la cantidad habitual y algo no estaba bien.

María, al abrigo de la noche, temblaba de frío y de nervios. La hora pasaba y los marinos argentinos no venían a recogerlos. Otra vez, la acicateaba el terror. ¿Por qué nunca podía alcanzar el destino de salvación?

Transcurridos los veinte minutos, María dio un paso y, tomando la voz cantante, dijo:

—Debemos proseguir.

El grupo obedeció. María sintió que una de las personas de las que la acompañaban la tomaba del brazo. La miró en la penumbra, se trataba de una mujer mayor, seguramente, tan sola como ella. Y juntas, amarradas, sin saber si era roja o nacional, fortalecidas, avanzaron con pasos decididos.

Transitaban por el puerto cuando un grito claro se oyó en la oscuridad.

—¡Ey, ustedes! ¿A dónde van? —los increpó.

Sobresaltada, María dirigió la mirada hacia el sitio de donde había surgido la voz y descubrió la figura de un hombre trepado a una barandilla con un fusil al hombro que brillaba a la luz de la luna. Al apuntarlos, volvió a exigir:

—¡Deténganse o disparo! ¡Les he preguntado a dónde van!

María estaba a punto de responderle que marchaban hacia el barco Tucumán, pero la mujer que la llevaba del brazo se lo apretó con tal violencia que la hizo caer en la cuenta de que debía pronunciar el santo y seña. Sabía bien que en esa frase iba su vida y la de los demás que la rodeaban. Si no la decía, los atraparían. Si la decía y el miliciano no era el contacto indicado, podían matarlos.

María, en la oscuridad, lo decidió y gritó:

—¡Rosas y jamones!

Cerró los ojos y aguardó a que le dispararan. Pero no, esa frase los condujo —a ella y al resto — hacia la libertad, porque luego de un instante de terror, la voz del hombre se escuchó en el puerto de Alicante.

—¡Adelante! ¡Pasen, pasen y apúrense!

Después de unos pocos minutos, María y su grupo se encontraron con los marinos argentinos, que los ayudaron a subir a las barcas, listas para cargarlos y llevarlos al buque de bandera argentina.

Los nervios, el miedo, la emoción y la negrura de la noche los acompañaron durante esa hora en que abordaron el Tucumán. María Álvarez y quienes zarpaban esa noche, pertenecerían a una larga lista integrada por las mil doscientas cincuenta personas que, en sus doce travesías de Alicante a Marsella, el Tucumán salvaría de la guerra.

El viaje fue corto y lleno de adrenalina. Abandonar España para siempre era, sobre todo, doloroso. María amaba esa tierra y no conocía otra, pero sentía que debía seguir adelante. De acuerdo al billete que había ganado en la partida de mus, en la ciudad francesa debería abordar el Alsina, la nave que cubría la ruta a Buenos Aires.

En Marsella escuchó el idioma de su madre, que entendía y hablaba con fluidez, y una emoción vino a sumarse a las demás que por esos días se enseñoreaban de su ser. En un momento de reflexión, dudó y llegó a barajar la posibilidad de quedarse en Francia. Pero ¿qué haría allí? No conocía parientes, ni siquiera sabía si realmente los tenía.

Por la proximidad con España, y en su inocencia, temió que la guerra pudiera traspasar la

frontera y ramificarse por Francia. María percibía en su interior un halo de intranquilidad. Necesitaba alejarse de Europa, necesitaba sanar. Ya vería luego, cuando en España todo se arreglara, y entonces seguramente volvería, se decía a sí misma para calmar el dolor que le causaba la partida.

María no sabía que ese mismo día, en una de las sangrientas batallas que la República llevaba adelante tratando de recuperar la zona tomada por los nacionales, en Villarreal, un muchacho de nombre Saturnino Moratín perdía la vida. Disparaba y le disparaban mientras vociferaba sus últimas palabras. Exclamó «¡Viva la República!» en el preciso momento en que María Álvarez ponía un pie en la cubierta del Alsina.

Ella tampoco imaginaba que muy cerca de Marsella, a sólo doscientos kilómetros, en Niza, Marcos Díaz Montero, su hermana Ana y sus padres se hallaban regíamente instalados desde hacía dos meses en una lujosa residencia, donde permanecerían hasta que la guerra se calmara. El dinero del que disponían les permitiría vivir con holgura por varios años. No eran los únicos; muchas familias españolas pudientes se hallaban diseminadas por Francia e Italia y sólo regresarían al país en el año 1939, cuando la entrada triunfal de las tropas del general Franco en Madrid les ofreciera seguridad y tranquilidad.

El día de su retorno, al poner un pie en la capital, Marcos acuñaría su célebre frase: «Todo pasa, pero por suerte los jamones quedan».

Los Díaz Montero debían volver a trabajar, a producir; y ellos sabían cómo. La economía de España los necesitaba; y la familiar, también. Precisaban volver a amasar dinero, poner de nuevo en marcha la rueda de los negocios.

La actividad mercantil de Marcos lo tendría entretenido por años, pero nunca, nunca podría olvidar lo sucedido en esa fatídica noche en que él se hizo pasar por su hermano. Las décadas transcurrirían implacablemente; aún así, él la recordaría. Bastaría un comentario en los diarios, un aniversario del 18 de julio, un recuerdo puesto en palabras por su madre, una película, un libro, una simple mención o el nacimiento de sus dos hijos varones, Juan y Daniel, para recordar que él, alguna vez, había tenido un hermano que ya no estaba en este mundo por su culpa.

Para Anita, la guerra también cambiaría muchos aspectos de su vida. A su regreso ya no querría casarse con Ernesto Osuna. Y muy a pesar de su hermano, que debería acostumbrarse a que las mujeres metieran las narices en su mundo, decidiría trabajar en la jamonera. Ese universo, que él había creído exclusivo, con el tiempo debió aceptar que tendría que compartirlo con el sexo femenino. Sin embargo, como Marcos nunca cedería la dirección del negocio, tendrían que pasar generaciones para que una mujer condujera La Bellota. Anita, cansada de luchar con él, se marcharía para trabajar en Francia, donde permanecería hasta el final de sus días al mando de una empresa de comestibles.

Por su parte, cuando Encarnación regresó a su casa de las gárgolas, en 1939, reacondicionó su patio y los canteros del jardín, pero algunas especies no volvieron a crecer en esa tierra. Con pesar, tendría que reconocer que su rosal de Provenza se había perdido para siempre, igual que la flor blanca exótica que nunca supo de dónde vino. Encarnación siempre recordaría a la muchacha rubia que había sido novia de Pedro y, al contemplar sus plantas, muchas veces se preguntaría qué habría sido de su vida. Y de la del niño que llevaba en su vientre. Y si ese retoño era realmente de su hijo Pedro. Porque terminada la guerra había llegado a sus manos un sobre fechado en febrero de 1937 con fotografías que la mostraban embarazada, vestida con un sobretodo negro abierto, con las manos en los bolsillos, apoyada en el puente de Arganda. Y otras, tomadas de muy cerca, con los ojos tristes y transparentes. Esas imágenes desgarradoras que le habían desatado un llanto sin consuelo habían sido remitidas desde Argentina por un tal Ignacio Saura.

El periodista, sin saber el paradero de María ni cómo cumplir su promesa, recordó el apellido del padre de la criatura. Y luego de una pesquisa, descubrió que los Díaz Montero vivían en Madrid. Colocó las copias en un sobre y las despachó como si arrojara una botella al mar asumiendo que, tal vez, de esa manera, llegarían a las manos de María.

Pero un poco porque ese sobre llegó tarde y otro poco por los peligros que entrañaba la posguerra de despertar sospechas de adhesión a los rojos, a nadie de la familia Díaz Montero se le había ocurrido mandar a preguntar por ese envío. Esas eran épocas de mirar para adelante y volver a empezar, no de revolver el pasado. Transcurrido un tiempo, cuando llegó el momento de poder hacerlo —porque el desahogo político lo permitía—, Encarnación le solicitó a Marcos que se ocupara de rastrear al remitente, pero de su hijo sólo obtuvo evasivas y ella ya era una anciana. Los años, finalmente, parecían haber borrado todo interés por las fotos que habían quedado en una caja llena de trastos viejos dentro de la casa de Ledrada, esperando el momento en que unas manos las tomaran y clamaran por lo que debía ser reivindicado.

Situaciones estas, que, irremediablemente, se unían entre sí, formando una cadena de muchos eslabones, como el de la partida de María, de Francia a Argentina, que marcó su destino y el de su descendencia. Como el de Aquiles Tormo, que debió olvidarse para siempre del destruido bar Los Santos y conformarse con abrir uno más modesto, La Media Verónica, en el barrio obrero de Vallecas, que usufructuaría unos pocos años porque solo, viejo y enfermo pronto lo vendería a un tal Francisco Navarro, que, luego de explotarlo durante varias temporadas, sería sucedido por su hijo Pepe, quien lo modernizaría y explotaría hasta el 2014. Vueltas de la vida... que quedaban en la nebulosa como tantas otras que atañen a los seres humanos y que, aunque no lleguen a conocerse, muestran que todo está más comunicado de lo que creemos.

Porque en la luminosa mañana marsellesa, María partía hacia donde esos actos del destino la mandaban.

Subir al barco Alsina le parecía sencillo. Después de las vicisitudes enfrentadas, ahora solamente bastaba con que mostrase el pasaje, el dichoso papel amarillo que la había acompañado en los peregrinajes de los últimos días. Lo llevaba doblado en el bolsillo, junto al pequeño rosal envuelto en la hoja del calendario de La Bellota. La ramita parecía petrificada, fenecida tras el largo derrotero; sin embargo, ella había renunciado a desecharla con la esperanza de que siguiera viva.

Mientras María, con el último esfuerzo, subía al barco de pasajeros Alsina por las escalerillas de metal pintadas de blanco, cayó en la cuenta de que llevaba tres días sin probar bocado y que sólo había bebido agua.

Para ella, ingresar a ese mundo civilizado que era la cubierta de la nave donde su sucio abrigo y su aspecto raído desentonaban por completo fue darse cuenta de que, al fin, podía relajarse. Su errancia había acabado. A su alrededor, mujeres enfundadas en finos vestidos y hombres de traje con bastón en la mano conversaban muy sonrientes, como si el dolor de la guerra española no existiera. A María le dolió el contraste. ¿Por qué nadie hacía nada para detener la locura que se vivía en su país? Ajenos, parecía no importarles.

Sólo habían pasado diez minutos desde que habían zarpado y ella, aún de pie en la cubierta, viendo cómo se alejaban de la costa europea, sintió que una extraña sensación la inundaba, algo físico y emocional. Quiso sentarse, pero no acertó; la visión se le oscureció y de golpe e inesperadamente se desmayó. Nunca en su vida había perdido el conocimiento y no pudo intuir que estaba a punto de sufrir uno; se trataba de un desmayo, ese que marcaría un antes y un después en su vida.

Porque cuando abrió los ojos se hallaba en un camarote junto a una pareja mayor que le

explicó que, según el pasaje que ella tenía, se alojaría allí durante la travesía. El matrimonio de argentinos le ayudó a instalarse. La mujer le sirvió agua y el hombre le peló una manzana y la instó a comerla convencido de que la chica había perdido el conocimiento debido al hambre. La delgadez extrema le daba la certeza. Como sudamericanos que paseaban por Francia sabían bien lo que ocurría con los españoles.

Además, para sorpresa y estupor del matrimonio, María les contó que viajaba sola y embarazada. Pero no se atrevieron a preguntarle nada más; sabían que la guerra española había provocado estragos de toda clase. Para asegurarse de que no se descompondría nuevamente, la entretuvieron relatándoles acerca de su estancia en Francia, de las ciudades, museos y monumentos que habían visitado y del importante lote de máquinas de escribir que habían adquirido para la academia de mecanografía que tenían en Buenos Aires.

María sólo sonreía. No tenía fuerzas para contarles detalles de su vida, ni siquiera las últimas peripecias que la depositaron en el Alsina. Tampoco mencionó que era mecanógrafa recibida.

La pareja decidió marcharse cuando notó que la joven había recobrado los colores. A punto de abandonar el camarote, la mujer le dijo:

—Ah, y el gajo de rosal que cayó de tu bolsillo te lo he puesto aquí —le mostró un vaso con agua y el tallo dentro y luego agregó—: Me he tomado el atrevimiento porque supuse que sería lo que harías.

—Sí, muchas gracias —dijo María y comprobó que al lado del recipiente se hallaba la lámina de los soles del calendario. Estaba maltrecha y parecía fuera de contexto, pero se alegraba de haberla conservado.

Antes de marcharse, le recomendaron que no dudara en pedirles ayuda y le indicaron dónde se encontraba su camarote. Desde la puerta, a modo de presentación, dijeron sus nombres: Álvaro y Aurelia Becerra y mencionaron que viajaban con su hijo de veintiséis años, Rafael, que dirigía la academia.

María asintió sin prestarle atención al cúmulo de información. Aún no lo sabía, pero Rafael Becerra, después de que los presentaran en el almuerzo, esa misma tarde pasaría por su camarote con un puñado de tierra de los macetones de cubierta para plantar su gajo de rosal. El hombre cada tarde regresaría para ver cómo se encontraba y le llevaría de regalo una manzana, fruta que él mismo pelaría y cortaría en cuartitos en un intento de charlar con la callada y muy seria muchacha rubia. Rafael también sería quien, al arribar a Buenos Aires, le daría trabajo en la academia y quien la acompañaría en el aprendizaje de tratar de olvidar el horror vivido porque él y su familia también tenían el propio: dos de sus hermanos habían muerto en 1930 en un pavoroso y famoso accidente tranviario acaecido en el puente Bosch, que cruza el Riachuelo, en Buenos Aires. La desgracia lo había preparado para entender a María.

El hijo varón que María daría a luz sería un sol que traería alegría a todos y que, en cierta manera, los uniría. Juntos, poco a poco, ella y esa familia aprendían a sanar sus heridas en el Nuevo Mundo, como si el destino los hubiera unido para preparar el camino de las generaciones venideras. Una misma raza, sin apellido ni colores, en un mismo planeta sin territorios demarcados.

La vida empujaba y los rosales que bajaban de ese barco debían ser plantados con urgencia; no podían morir. Esas plantas necesitaban multiplicarse para regresar algún día y volver a empezar la rueda de la vida que dicta que la tierra es de todos los mortales, más allá de que ellos se empeñen en poner límites sobre qué parte de territorio le pertenece a cada uno. La misma rueda que les mostraba a los hombres que, si se obstinaban en alentar luchas sangrientas y devastadoras, ellas no los acompañarían más. El alma de las flores no lo soportaría. Ellas

preferían perecer, olvidar su destino de alegría y vida, antes que verlos destruirse.

CAPÍTULO 29

BAR IBERIA

*El bar Iberia, ubicado sobre Avenida de Mayo,
en Buenos Aires, nació como La Toja en 1897.
En 1936 lo compró un exiliado español
y se convirtió en la sede de los republicanos.
En el salón los exiliados compartían noticias
de su tierra, anhelaban la victoria de los rojos
y la derrota de los franquistas.
En diagonal, se encontraba el Español,
café elegido por los nacionalistas.
Durante la guerra, y aun después de finalizada,
los choques entre los clientes de ambos locales
fueron comunes. De vereda a vereda,
volaban tazas, sifones y sillas.*

Buenos Aires, 2015

Rafael y Alba salieron del bar Iberia y sintieron que el calor les pegaba en el rostro. Adentro, con el aire acondicionado, no se notaba pero en las calles de Buenos Aires, a pesar de que apenas eran las diez de la mañana, parecía que iban a asfixiarse. Hacía un rato que habían visitado el viejo edificio del diario *La Nación*, cerca del Luna Park, donde, amablemente, les habían facilitado información acerca de los Saura, una familia de periodistas de raza. La mujer que los atendió, que pertenecía al área de relaciones públicas, les indicó que Ignacio había sido corresponsal del diario durante la Guerra Civil Española y que, entre sus hijos, que también ejercían la profesión, se encontraba Alberto Saura, reconocido conductor de un programa televisivo de actualidad política. La mujer, al conocer los motivos que Rafael le expuso y después de realizar unos llamados internos, les facilitó un número telefónico donde podrían ubicar a Alberto.

Cuando estuvo en el bar, luego de pedir dos cafés con leche y medialunas, se había puesto en contacto con el hijo de Ignacio, quien se mostró interesado en la historia que relacionaba a este joven con su padre y lo citó en la oficina de su productora, en Palermo, hacia el mediodía. Entretanto, habían decidido visitar las casas de instrumentos musicales que se apiñaban sobre la calle Talcahuano.

Llevaban tres semanas en Buenos Aires y Rafa y Alba ya se hallaban instalados en un dúplex, cerca de la casa de Ignacio. Se habían inclinado por el lugar porque se trataba de una excelente oportunidad: amoblado, bien ubicado y próximo a la casona donde Rafael instalaría la academia de música. Contaba con tiempo suficiente para acondicionarla y ponerla en funcionamiento. Si no

surgían percances, las clases podrían comenzar dentro del mes de marzo, conforme a la costumbre de este país que Alba empezaba a entender poco a poco.

Rafael, al principio, había dudado entre abrir un bar o una academia, pero terminó inclinándose por la segunda opción porque creía que, así, canalizaría su vocación por la música.

Y, tras iniciar los trámites de habilitación, ahora debía ocuparse de equipar la academia. Por eso, luego de desayunar en el bar Iberia y caminar unas cuadras por Avenida de Mayo, Rafael y Alba visitaron varios locales de instrumentos para solicitar presupuestos.

Luego se marcharon a la cita con el periodista. En pocos minutos se hallaban en las oficinas de la productora, donde los recibió Alberto Saura. Al saludar a este hombre delgado de más de sesenta años, Rafael reconoció la barba entrecana y sus anteojos y recordó que había visto su programa muchas veces. Los tres tomaron asiento en las sillas que rodeaban una gran mesa de reuniones y Rafael fue al grano:

—Como le comenté por teléfono, quería saber más sobre su padre porque se relaciona con la historia de mi abuela. Esta mujer es ella... —señaló Rafa al mostrar las fotos de María encontradas en Ladrada.

Alberto las tomó y las miró durante unos segundos. Luego expresó:

—¿Sabés...? Cuando me hablaste por teléfono me imaginé que podría tratarse de estas fotografías.

—¿Las conoce? —preguntó Alba asombrada. No podía creer que un extraño que habitaba esta punta del mundo supiera de la existencia de unas fotografías que habían estado encerradas por años en la casa familiar de Ladrada.

—Claro, tengo las mismas en mi casa. Se ve que mi padre las tomó y se quedó con copias. Él habló de tu abuela una vez en uno de mis programas de televisión. Ya estaba anciano cuando lo invité a conversar sobre la Guerra Civil Española y de sus recuerdos como corresponsal. Se trataba de un aniversario de la contienda. Ese día llevó varias fotos, entre las cuales se hallaban estas. Hasta las mostró en cámara.

—Jamás me lo hubiera imaginado.

—Creo que él hubiera estado feliz de verte aquí.

—¿Por qué...?

—Esa noche en el programa comentó que se apenaba porque la historia de esa chica rubia había quedado inconclusa.

—Cuénteme mejor...

—Él mandó las fotos a España esperando respuesta, pero nunca recibió ninguna. No supo qué fue de ella, si logró viajar a la Argentina o...

—Mi abuela llegó al puerto de Buenos Aires, pero nunca nos contó nada de su vida en España hasta que se puso muy mayor, se enfermó y empezó a pedirnos que fuéramos a su país porque decía que allí estaba la historia de nuestra familia.

—Mi padre contó en el programa que él ayudó a María a escapar de Madrid. Ella era jovencísima, como se la ve en las fotos...

—Claro, tenía dieciocho años...

—Y estaba embarazada de un republicano al que acababan de matar, un hombre de doble apellido, perteneciente a una familia adinerada del bando contrario.

—Los Díaz Montero de la jamonera La Bellota —indicó Alba.

—Tendría que repasar los archivos... Pero estoy casi seguro de que ese era el apellido. Tu abuela acababa de perder a su hermanito en un bombardeo.

—¡Dios mío, ese era el hermano que la yaya nunca nombró! Por eso decía que sólo tenía

tristezas y no hablaba. ¿Recuerda algún dato más? —preguntó refiriéndose al niño.

Alberto lo estudió a través de sus anteojos durante un rato, y al fin le dijo:

—¿Estás preparado para escuchar algo más personal de ella? Espero que no te ofendas, pero creo que, si estás acá, es para saber todo.

—Claro, dígame.

—Fuera de cámara, cuando terminamos el programa, mi padre me contó que esa chica se acostaba con un viejo para conseguir comida, que si no lo hubiera hecho, ella y su hermanito hubieran muerto de hambre. Por eso le pidió ayuda para escapar, y él se la brindó.

—¡Qué terrible! ¡¿Por qué los Díaz Montero no la ayudaban?! —exclamó Alba.

—No lo sé. Eran épocas difíciles y las comunicaciones no tenían la actual fluidez... Los rastros de las personas se perdían con facilidad... Recuerdo que mi padre mencionó que esa familia se radicó fuera de España durante la guerra... por muchos años. Probablemente ni se enteraron de que tu abuela la estaba pasando mal.

Rafa se acordó de que Alba le había contado que ellos vivieron varios años en Francia.

—Me da mucha tristeza imaginar lo que María debe haber sufrido —dijo Rafa meditabundo.

—No te pongas mal, que si hoy puedo contarte lo que sé, es porque mi padre quedó impactado con ella y con su historia. Decía que la había retratado sin una pizca de rencor y la valentía estampada en el rostro. La frase exacta me quedó grabada... Esa noche su relato fue electrificante.

—Tal vez estamos aquí para colocar en este rompecabezas las piezas que faltan y que los muertos así puedan descansar en paz —dijo Alba.

—Y nosotros, los vivos, cumplamos con nuestro destino —completó Alberto.

La última frase quedó repiqueteando en el interior de Rafa y la historia de su yaya le acongojó el alma.

Hablaron un rato más y luego se despidieron con el compromiso de reunirse otra vez para tomar un café. María Álvarez y su vida aún seguían uniendo personas.

Rafael ahora comprendía con claridad por qué su padre se llamaba Ignacio: en honor a ese periodista que había ayudado a su yaya a huir del horror. Y también, que si hoy estaban juntos con Alba se lo debían a María, cuya existencia los había acercado.

* * *

Esa misma tarde, padre e hijo, a solas en la sala de la casa de Ignacio, charlaban sobre lo que Rafael había descubierto en España. Al principio, don Becerra se negaba a creerlo, pero las pruebas estaban a la vista: demasiadas personas que, sin conocerse y viviendo en distintos continentes, afirmaban lo mismo. Los recuerdos relatados por Alberto Saura coincidían plenamente con las historias desempolvadas por Chus.

Para Ignacio Becerra era duro y difícil entender el cambio de identidad, tanto como comprender los porqués del ocultamiento de sus padres; pero aun así le agradecía a su hijo por la increíble reconstrucción de los hechos. Y, claro, que se lo hubiera contado.

—Si me hubiera pasado a mí, yo querría haberlo sabido —le contestó Rafa.

—Me da pena mi madre —expresó pensativo Ignacio. Y eso que desconocía el dato que Rafa prefirió callar acerca de que la yaya se acostaba con un hombre para conseguir comida.

—Papá, la abuela en Argentina fue una mujer feliz.

—Lo sé, recuerdo muy bien su buen humor y lo cariñosa que era con todos. En especial, con mi padre... Bueno, mejor dicho, su esposo. Ay, qué difícil es hacerme a esta idea. Y con mis

hermanos, ¿qué haré? ¿Les cuento?

—Esa será tu decisión. Yo llego hasta acá. Pero Alba puede ayudarte a saber más qué clase de persona fue tu padre. Por las placas que había en su tumba se notaba que fue un gran hombre.

—Alba... que es mi pariente, y la tuya. ¡Carajo! Creo que después de lo que acabo de enterarme quiero viajar a España.

—Te entiendo, papá.

Él también quería volver a España. Pero ya mismo, extrañaba estúpidamente.

—Por eso mi madre quería que fuéramos a Madrid. ¿Te acordás cómo insistía con eso cuando se enfermó?

—Sí, recuerdo sus palabras... Las tuve muy presentes mientras vivía en Madrid. ¿Sabés qué creo, papá?

—¿Qué, hijo?

—Que la abuela, en Argentina, para poder soportar tanto dolor tuvo que olvidarse de todo. Pero durante sus últimos días, sabiendo que si se callaba nadie sabría lo que pasó, decidió hablar... Probablemente, para darle la importancia que le correspondía a ese hombre que fue tu padre, que ahora que ya lo sabés, descansará tranquilo en su tumba.

—Tal vez, hijo, tal vez. Agregale que, quizá, también estas situaciones sucedieron para que vos viajaras para allá y pudieras reponerte.

—Papá, papá... la vida está tan conectada en tantos puntos que a veces me asusta. Parece como si fuera la mente de un gran escritor la que dirige la historia de cada una de nuestras existencias.

—Tal vez sea así... ¡Y eso que no vemos todas las conexiones! Supongo que habrá muchas más que no conocemos. Creo que si las viéramos, sufriríamos una gran conmoción.

Rafael y su padre, sentados en el sofá de la sala, se quedaron filosofando sobre la vida durante un largo rato. No tenían apuro, estaban solos y seguirían así por varias horas más.

Alba estaba lejos de ellos, más precisamente en el centro comercial Alto Palermo. Con Facundo de la mano, seguían buscando casa por casa una remera con el dibujo del Hombre Araña. No una cualquiera, sino la original. ¡Pero quién sabía cómo se hacía para distinguirlas!

Dos meses después

—¡Miren...! —gritó Facundo en short de baño desde el borde de la piscina rodeada de verde.

Rafa se dio vuelta y vio cómo se lanzaba de cabeza al agua en la casa de Tigre.

—¡Muy bien! —exclamó su padre.

—Oye, chaval, ten cuidado o te darás con el borde en la cabeza —dijo Alba al pasar a su lado. Ella venía desde adentro con una jarra de limonada recién preparada.

El tío Felipe les había prestado la propiedad para que la disfrutaran durante el fin de semana. Faltaba poco para que Rafa comenzara con la academia... En consecuencia, los descansos y las tardes libres se acabarían. De todas maneras, ya daba clases de canto en el dúplex donde vivían. Y si bien aún seguían utilizando el coche del padre de Rafael, tenían uno en vista que comprarían esa semana. La adquisición comenzaría a cerrar el círculo y a convertirlos en verdaderos habitantes de Buenos Aires. Cada día se agregaba una pequeña nueva rutina que los amarraba al país. Alba venía adaptándose muy bien, había aprendido a usar el subte y a moverse sola por la ciudad. Rafa respiraba como porteño, pero algunos días lo atacaba una terrible melancolía por España —más fuerte que a ella— que no exteriorizaba.

Habían llegado al delta del Tigre con el plan de quedarse hasta el domingo; luego regresarían

a su casa. Rafael había invitado a Facundo para pasar juntos toda la semana, pero su hijo, a pesar de que tenía el permiso de Juliana, le había dicho que no porque el martes jugaba un partido de fútbol y el miércoles iría al cine con sus amigos. Y movilizarse por la ciudad desde el dúplex de Rafa resultaba más complicado. Amén de que en la computadora de la casa de su mamá estaban todos los juegos que a él le gustaban. Cosas de niños que hacían que Rafael, a veces, se quedara con ganas de compartir más horas con él. Aun así, poco a poco iban encontrando la armonía y el equilibrio en los tiempos que pasaban juntos: él con el niño, Alba con Rafa y los tres juntos, a veces, también con don Becerra.

Alba sirvió la limonada y notó pensativo a Rafa.

—¿Pasa algo?

—No, no... Ya sabés, la academia... —contestó.

—Pues te dejo, así piensas tranquilo. Yo tomaré sol.

Alba corrió su reposera unos metros y se dedicó a broncearse en bikini mientras organizaba el paseo que harían cuando bajara la temperatura.

Ella no imaginaba que la mente de Rafael estaba lejos de allí, como le sucedía varias veces al día cuando sus pensamientos se dirigían sin su permiso a Madrid, y allí permanecían largo rato, añorando, recordando, evocando. Claro que a ella no le contaba. ¿Para qué? Estaba seguro de que Alba debía tener sus propias remembranzas y extrañares. Rafael no podía sospechar que ella lo vivía de otra forma. Porque Alba, antes de conocerlo, habiéndolo tenido todo, no tenía nada. Pero ahora, que sólo lo tenía a él, sentía que lo tenía todo.

Cada uno continuó en su propio mundo durante varios minutos. Alba, planeando la caminata que harían los tres por los senderos que había descubierto detrás de la casa; Facundo, tratando de superar su récord de minutos bajo el agua sin respirar; y Rafa, recordando sus charlas con Rumen en el Yakarta y con Pepe en La Media Verónica. Parecía que, aunque deseaba desprenderse de aquella introspección, los recuerdos lo asían y no lo soltaban. Después de su larga evocación, harto de extrañar, decidió hablarle a Pepe, de quien llevaba tiempo sin noticias. Miró la hora y se dijo que era un buen momento para comunicarse; luego sería demasiado tarde. Con Rumen se mandaban mensajes varias veces en la semana, pero con el viejo, poco dado al mundo virtual, las llamadas resultaban esporádicas. Buscó su teléfono y marcó el número.

—Hola... ¿Pepe?

Alba, que captó el nombre querido desde la reposera, deseosa de noticias, prestó atención.

Del otro lado de la línea Rafa escuchó la voz querida, pero Alba, que sólo oía la de este, le hizo una seña para que pusiera el altavoz. Rafa no la vio y siguió adelante con la llamada.

—¡Joder, Rafael, al fin hablas! ¡Qué alegría! —escuchó decir a Pepe.

—¡Pero, Pepe, vos también podés hablarme!

—No creas que es tan fácil. Ya era complicado para mí antes, imagínate ahora, en mi estado.

—¿Cuál estado?

Desde España, el viejo le daba explicaciones, Rafa las oía y su rostro se iba desfigurando.

—¡Pepe, carajo! ¿Por qué no me contaste antes?

Las explicaciones del otro lado continuaban.

—¿Y quién está con vos ahora?

Alba se puso de pie. Evidentemente, algo malo había pasado.

Rafa continuaba.

—¡Ay, Pepe, cómo me gustaría estar allá para poder acompañarte!

Más respuestas del otro lado y Alba caminó hacia Rafa, que dijo:

—Ya sé que sos un hombre fuerte, pero quisiera estar allá, con vos.

Pepe le preguntó cómo se encontraban ellos —«los argentinos», dijo— y Rafael, en un par de frases, le resumió su situación actual. Alba, en voz baja, le pidió hablar con Pepe. Pero Rafa, que se lo propuso al viejo, cuando cortó le contó:

—Ahora no podía, Alba. Está en el hospital y lo están por atender.

—¿Cómo que está en el hospital? ¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertada.

Rafael miraba la piscina sin ver.

—¡Rafa, cuéntame!

Volviendo en sí, él levantó la vista y señaló de manera terminante:

—Pepe está muy enfermo, le están haciendo quimioterapia. Ahora entraba a una sesión.

La sorpresa pintó el rostro de Alba, luego la desazón.

—¡Ay, no, joder! ¿Tiene cáncer?

—Sí.

—Pero ¿está grave?

—Me parece que sí —contestó lacónico.

—¡Mierda! —exclamó Alba y se abrazaron con Rafael.

Se quedaron así, un largo rato, sin decir nada. Hasta que Facundo vino hecho una tromba pateando la pelota y pidiéndole a su padre que jugaran juntos.

* * *

Esa noche en la casa de Tigre los tres se fueron a dormir temprano. La piscina, la pelota y la larga caminata provocaron que Facundo cayera rendido de inmediato. Alba y Rafa, acostados en la cama, aprovecharon para conversar.

—Estás mal por lo de Pepe, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—Es una noticia muy triste...

—Sí, pero lo que más pena me da es que el viejo está solo. ¿Sabés lo que es enfrentar una quimio sin un familiar que te acompañe? Me acuerdo que, cuando le tocó a mi madre, todos estábamos alrededor de ella... y asimismo la pasó muy mal.

—¿Qué enfermedad de mierda!

—Malditas distancias...

Rafael tenía una lucha cuerpo a cuerpo con ese tema, odiaba los kilómetros que lo habían separado de su hijo y de su padre mientras estuvo en España y, ahora, que estaba en Argentina, de lo que había aprendido a querer allá, en la tierra de su abuela. Pero esta vez estaba lejos de un ser querido enfermo que lo necesitaba, una persona que siempre había estado a su lado cuando lo había necesitado.

Rafa apagó la luz y se dio vuelta, deshecho. Alba lo abrazó de atrás pegando su pecho contra la espalda de él y enredó sus brazos en la cintura de hombre. Para ella tampoco era fácil. ¿Cómo olvidarse de aquellos días en que debió hacer reposo después de permanecer hospitalizada y Pepe la cuidó y la alimentó con sus comidas? Sin cambiar de posición, Rafa le tomó las manos con las suyas. Nada era simple, pero el amor sanaba, acompañaba, daba fuerzas, remendaba y ayudaba a dormir en una mala noche.

* * *

El lunes, después de dejar a Facundo en la casa de Juliana, sentado al volante del coche de su padre, Rafa lo dijo sin vueltas:

—Alba, siento que debemos ir a España para acompañar a Pepe.

La frase la tomó por sorpresa y necesitó unos instantes para recomponerse, pero al fin le respondió:

—Ay, Rafa... ¿y todos los planes que tenemos aquí?

—Creo que pueden esperar; en cambio, Pepe, no. Nos necesita ahora.

Alba se tomó unos instantes para responder y fue sincera.

—Pues, debo reconocer que yo también venía pensándolo... Pero, joder, que no me animaba a proponértelo... porque a simple vista parece una locura.

—Lo sé, pero estaríamos regresando en dos meses. Creo que es lo que Pepe necesita para recuperarse. Nuestra compañía lo ayudará, tal vez nuestro cariño lo ayude a sanar.

—Yo estoy lista para viajar cuando lo creas conveniente...

Rafael la abrazó y agregó una frase explosiva:

—Le preguntaré a Juliana si me deja llevar a Facundo.

—¿A dónde?

—A Europa.

—No sueñes, jamás te lo permitirá.

—Quién sabe. Lo intentaré.

—Haz como quieras. Yo pillaré los pasajes. Esta vez, Rafa, me toca pagarlos a mí.

—Por mi parte, veré si todavía está libre el departamento de Vallecas —maquinó Rafael.

Entonces, dándose cuenta de lo rápido que iban, mirando a Alba a los ojos, volvió a preguntarle

—: ¿Estás segura de que también es lo que deseás hacer?

A veces temía que tanto cambio de planes le trajera inestabilidad.

—Ya sabes que te sigo a donde sea...

CAPÍTULO 30

PASTELERÍA LA DUQUESITA

La Duquesita, pastelería ubicada en la calle de Fernando VI, fue fundada en 1914. Debe su nombre a la muñequita de alabastro que preside el local y que fuera mutilada durante la guerra civil. Sus especialidades se corresponden con las fiestas locales y estacionales de Madrid: roscón de Reyes, rosquillas de San Isidro, panecillos de San Antón y buñuelos de viernes.

Madrid, 2015

En la puerta del departamento de Vallecas, Alba despidió a su padre, quien unas horas antes había llegado para saludarla. Le había llevado de regalo un postre de fresa de la tradicional pastelería La Duquesita, su preferido desde niña. Se trataba de un lindo detalle que él, desde que habían vuelto a Madrid, repetía seguido.

A ella le agradaba que la visitara cuando tenía ganas, demostraba que la extrañaba y que se interesaba por sus cosas. Esa mañana, juntos, habían pasado un buen momento. Daniel estaba contento de que Alba y Rafa hubieran regresado y trataba de compartir tiempo con ellos, solía venir seguido a cenar o los invitaba a un restaurante. Desde la ventana vio cómo el Mercedes se encendía y se marchaba. Se apuró, quería terminar de preparar la comida para el almuerzo. La charla con su padre había demorado sus planes, pero había valido la pena.

* * *

Una hora después, Alba retiró del fuego la olla fucsia y con ella bajó hasta la casa de Pepe. Seguramente Rafael ya estaba allí, esperándola para comer los tres juntos. Aunque últimamente Pepe estaba inapetente y comía poco y nada. Miró el interior de la cacerola, aspiró el aroma y, encontrándolo delicioso, deseó que el viejo probara los pimientos rellenos. Al verlos, tal vez, le dieran ganas de saborear una de sus comidas preferidas. Las malditas quimioterapias y el cansancio le habían quitado el deseo de realizar incluso las más simples actividades que ocupaban sus días hasta que ellos se fueron a la Argentina.

Desde que habían retornado a Madrid y se habían instalado en el piso de Vallecas, Rafa y Alba habían ajustado sus horarios a una extraña rutina, una organización que les permitía ayudar al

viejo. Por la mañana, Rafael atendía el bar y Alba cuidaba de Pepe; por la tarde, Rafa cantaba en el metro y Alba se daba una vuelta por La Media Verónica para supervisar los movimientos del bar y darle apoyo a Agustín, que trabajaba media jornada. Tras finalizar las quimioterapias, el médico indicó aguardar un tiempo para repetir los análisis y comprobar si los tratamientos habían logrado frenar la enfermedad. A veces, el cuerpo respondía y la gente se sanaba; otras, no. En ese momento, como un Quijote en cama, Pepe estaba débil, reducido a la mitad de lo que era antes y su energía parecía haber desaparecido.

Rafa, que no quería dejarlo solo, llevaba dos noches durmiendo en la casa del viejo. A su cuerpo le faltaba fuerza y debían ayudarlo para que se movilizara dentro de la vivienda.

Daniel Díaz Montero, una o dos veces a la semana, cenaba con Alba y Rafa, y aprovechaba para visitar a Pepe. Al fin y al cabo, a la enfermedad del viejo le debía el regreso a España de su única hija. Además, con el tiempo, había empezado a apreciarlo realmente.

Alba entró a la casa, dejó la olla sobre la mesada de la cocina y salió al patio con un vaso con agua en la mano para regar la maceta donde había puesto la rosa de Provenza. Cuando trajo la pequeña planta de Argentina, sus hojitas se habían puesto amarillas; incluso, había estado a punto de secarse, pero desde que la había mudado a la casa de Pepe había mejorado notablemente. Para un rosal —entendió—, un patio no significaba lo mismo que un balcón. Luego de apreciarla durante unos instantes, Alba entró a la vivienda y, al ver que ninguno de los dos hombres aparecía, dijo en voz bien alta:

—He llegado con mis pimientos rojos rellenos de carne en salsa. Si los comensales no aparecen pronto, me los llevaré de nuevo.

Terminó la frase y enseguida sintió unos pasos lentos. Pepe, en pantuflas, venía de su cuarto.

—¡Joder, niña, nunca pensé que viviría para verte preparar tantas comidas!

—¡No hables de ver! ¡A mis comidas hay que probarlas!

—Pues te haré el favor de probarla si tú me haces otro a mí.

—¡Hostia! Que probar mi comida no es un favor, es un privilegio. Haré lo que me pides si comes al menos un pimiento.

Rafael, que acababa de llegar del bar, hizo su aparición por la puerta de la cocina y dijo:

—Pues basta de cháchara, que me los comeré todos yo... ¡estoy muerto de hambre!

—¿Cuál es el favor que necesitas, Pepe? Dilo de una vez, pues ya sabes que tengo debilidad por ti y siempre termino haciendo lo que me pides —señaló Alba mientras saludaba a Rafael con un beso en la boca.

—En realidad, los necesito a los dos.

—¡Joder, macho, ya sabía que esto acabaría así! —dijo Rafael sonriendo mientras se sentaba a la mesa.

Alba comenzó a servir la comida en los platos.

—Necesito arreglar unos papeles legales y tendré que visitar al notario.

—No podés ir a ninguna parte, Pepe. Estás débil —aseveró Rafa.

—Pues entonces, hombre, que venga uno a mi casa.

—Te saldrá un dineral —acotó Alba—. ¿Realmente precisas uno?

—Sí. Se trata de mi casa y el negocio.

—Pepe... ¿Qué deseas?

—No nos vamos a engañar: estoy enfermo. Y no sabemos si los tratamientos darán resultado. Quiero dejar arregladas mis cosas por las dudas...

—Jolín, Pepe, no hables así —le pidió Alba.

—Prefiero que llamemos las cosas por su nombre sin asustarnos. Necesito hacer trámites para

quedarme tranquilo.

—Te ayudaremos —dijo Rafael apoyando su mano sobre la de Pepe.

—¿Traerás un notario a mi casa? —preguntó contento.

—Sí, yo me encargaré. Ahora comamos, por favor, que debo ir a cantar al metro.

Rafael hacía un gran sacrificio para combinar las dos tareas, atender el bar y cantar en el subterráneo. No había podido reinsertarse en La Bellota, pues durante las mañanas, horario en que lo requerían en la jamonera, se ocupaba de La Media Verónica. Pero estaba en paz, sentía que hacía lo que debía y que estaba donde tenía que estar. Alba lo apoyaba en todo y juntos cuidaban a Pepe. Claro que a Rafa le tocaba la parte más pesada; aunque, de alguna manera, estaba bien que así fuera, pues se trataba de su propia elección. Alba percibía en cada gesto de Rafa el cariño que sentía por Pepe. Esa semana, a causa de la lentitud de sus movimientos, de camino al baño, el viejo no había llegado a tiempo para hacer sus necesidades y Rafael no sólo lo había ayudado a higienizarse y cambiarse sino que también había limpiado todo muy rápido para que el viejo no se avergonzara delante de Alba.

La vida estaba llena de sorpresas; algunas malas, como sufrir enfermedades; algunas buenas, como encontrarse con las personas menos pensadas dispuestas a cuidar con cariño a quienes lo necesitan.

Ese mediodía Alba se sentó a la mesa y los tres comenzaron a comer los pimientos. Pepe lo hacía a cuentagotas, jugaba con el tenedor y probaba sólo pequeños bocados. Ellos lo controlaban de reojo.

Rafael les contó las novedades del bar: quiénes habían ido, qué se comentaba del partido que el Madrid jugaría con la Juventus. Pero Pepe, metido en su mundo, se distraía y por primera vez no le prestaba atención a la Champions League; su semblante dejaba traslucir que temas más importantes y serios ocupaban su mente. De repente, el viejo comentó:

—Me siento mal...

—¿Qué tienes? —preguntó Alba.

—No sé, me siento muy mal —repitió y comenzó a desmoronarse muy lentamente en la silla hasta que Rafael, al ver que se estaba desmayando, se puso de pie de un salto y alcanzó a tomarlo en sus brazos.

De inmediato, Alba tomó su móvil y llamó al 112. El operador le aseguró que Emergencias estaba en camino. Al terminar la comunicación, ella miró cómo Rafa alzaba a Pepe y lo llevaba al cuarto como si fuera un niño y, temiendo lo peor, comenzó a llorar.

* * *

Una hora después Pepe descansaba en su cama. Los médicos habían logrado estabilizarlo. En la puerta, al despedirlos, Alba y Rafa oyeron con resignación las palabras que ya habían escuchado en visitas anteriores.

—Es un anciano débil atravesando una terrible enfermedad. Mañana, cuando se despierte y tenga fuerzas, que lo vea su médico. Hoy ya está estable.

—¿Alguna recomendación especial? —preguntó Alba.

—Que no deje de tomar los remedios para el dolor. Pero lo más importante: concédanle los gustos, demuéstrenle cariño. Que su alma sea lo más feliz posible, ya que su cuerpo la está pasando muy mal.

Al cerrar la puerta, Rafael notó que Alba lloraba nuevamente. Verla tan quebrada lo preocupó

porque enseguida sobrevolaron en su mente viejos fantasmas. Él sabía muy bien qué podía provocar el dolor en ella. Por un momento, hasta se sintió culpable por haber tomado la decisión de ayudar a Pepe, determinación a la que, en cierta manera, terminó arrastrándola.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... Me apena tanto...

—¿Podés con esto?

Alba entendió a dónde iba dirigida la pregunta, y le respondió:

—Sí, quédate tranquilo, que no deseo darte a ti ni a él ningún dolor extra. Entremos, que tomaremos una caña. Nos hará bien.

En su cuarto, Pepe dormitaba. Ellos se instalaron en el bar y Alba sirvió la cerveza. Rafael tomó un sorbo y le comentó que había decidido no ir esa tarde al subte a cantar.

—Alba, creo que contactaré a un notario. Quizá Daniel pueda recomendarnos uno. Pepe necesita estar en paz.

—Sí, lo llamaré. Pero hoy quédate a dormir aquí, en su casa.

—Sólo si me aseguras que estás bien.

—Lo estoy.

Rafael estudió su rostro y descubrió cómo, en los últimos meses, ella iba convirtiéndose en una mujer fuerte.

* * *

Por la mañana, y desde temprano, Rafael esperaba en el bar del hospital a que el reloj marcara la hora en que el doctor Kosawa, el médico japonés que trataba a Pepe, le había indicado que volviera para buscar al paciente, al que le realizarían una serie de análisis para determinar su estado.

Para Rafael suponía una gran ansiedad llegar al hospital con el viejo. Lo desestabilizaba porque caía en la cuenta de cuán enfermo estaba Pepe. Sumado a que, dada su extrema debilidad, siempre sentía un íntimo temor a que lo dejaran internado y ya no lo pudieran sacar más de allí.

Rafael pidió una segunda taza de café mientras pensaba en las cosas profundas de la vida, en la muerte que a todos alcanza, en la felicidad que había que aprender a encontrar. Ese bar era un buen lugar para meditar: cómodo, luminoso, repleto de plantas y con buena vista, tan agradable que casi parecía estar descontextualizado con su entorno de dolor y preocupación. Porque si uno se alejaba unos metros de los acogedores silloncitos de pana naranja enseguida se adentraba en el corazón del hospital repleto de guardapolvos blancos y bemoles de dolor.

Aprovechó el rato libre que tenía por delante para llamar a su padre, pues seguramente lo encontraría recién levantado y con ganas de hablar. Siempre hallaba similitudes entre Nacho y Pepe, y en momentos como este, lo extrañaba a raudales.

Don Becerra no tardó en responder y contarle la noticia:

—Si no regresás pronto, Rafa, voy para allá. ¿Qué te parece?

El descubrimiento de su identidad lo punzaba para visitar la tumba de Pedro Díaz Montero. Rafael asumió que ya fuera que la salud de Pepe se inclinara hacia un lado o hacia el otro, en dos meses a lo sumo, él debería volver a la Argentina. Así que su padre bien podría organizar el viaje a España.

Con Facundo había hablado el día anterior. En su momento, cuando había insinuado la posibilidad de que su hijo lo acompañara durante este viaje, Juliana se había horrorizado y desde

entonces Rafa tuvo claro que ella nunca cedería.

Terminó la llamada con su padre, miró la hora y, poniéndose de pie, comenzó a caminar por los pasillos del hospital. Otra vez se apropió de él el estado de adrenalina y ansiedad que le provocaba el lugar. Quería llevarse ya mismo al viejo de allí. Por el pasillo se cruzó con el doctor Kosawa, y la frase del hombre le permitió saber que todo marchaba bien, que pronto podría hacerlo: «Parece que a don Navarro Flores siempre lo salva su testardez. Si continúa aquí es de puro duro».

* * *

Esa tarde, sentado a la mesa del comedor de su casa, Pepe recibió a la joven notaria, una conocida del padre de Alba. Cuando Rafa la consultó, la mujer se mostró apenada y predispuesta a colaborar porque su padre —comentó— había pasado por la misma enfermedad.

La notaria ingresó a la casa vestida de impecable *tailleur* negro, se presentó, saludó y, sentada junto a Pepe, dijo:

—Dígame, don Navarro Flores, qué desea hacer, yo estoy aquí para ayudarlo. El señor Becerra me adelantó la situación pero no pudo explicarme ciertos detalles.

Pepe sonrió. Esta mujer sin vueltas le agradaba. Él habló sin reparos:

—Como sabrá, señora, yo estoy enfermo y deseo arreglar mis cosas... por las dudas...

Ella tragó saliva e insistió:

—Estoy aquí para realizar la gestión que me pida.

—Pues piense de qué manera podré dejarles esta casa y el negocio a estos dos —dijo señalando a Rafa y a Alba. Luego, mirándola sólo a ella, añadió—: Bah, perdona, hippie, pero mejor dicho se la dejaré a Rafael... Aunque es igual... porque creo que ustedes dos estarán siempre juntos. Además, tú tienes tus propiedades... y él no tiene casa, ni aquí ni en su país.

Ellos lo miraron boquiabiertos. No podían creer lo que acababan de escuchar. No le salían las palabras.

Él continuó:

—Al negocio se lo quiero ceder ya mismo. La casa, también, pero me la quiero quedar mientras esté vivo.

—¡Qué decís, Pepe! ¡Es una locura darme esas propiedades!

—Pues, Rafa, es lo que quiero hacer. No puede ser que un hombre de treinta y seis años que se levanta temprano y se acuesta tarde todos los días de su vida por trabajar, que tiene un hijo y seguramente tendrá otros, no tenga casa propia. Este mundo es injusto.

—Pepe, ya te expliqué que en Argentina la economía es así. No es fácil comprarse una vivienda con un trabajo normal. Además, no es buena idea que me des tus posesiones, ya que ni siquiera sé si me radicaré en España.

—¡Carajo! ¡Pues eso no me importa! Lo que yo quiero es dejarte mi casa. Véndela si quieres y comprate una en el culo del mundo si así lo deseas. Pero quiero que tengas una casa, ¡joder!

—Aun así, no estoy de acuerdo.

—¡¿Tampoco te basta que te quiera como un hijo?! ¡¿Y que esta sea mi última voluntad?! ¡Me cago en la leche! ¡Me cabreas, tío!

Pepe comenzaba a alterarse y eso no era bueno. Rafa dijo:

—Por favor, escribana, ¿nos dejaría un momento a solas?

—Como gusten, puedo irme al coche y...

—No es necesario, venga conmigo a la cocina, yo también dejaré a los hombres solos para que puedan hablar tranquilos —dijo Alba aún anonadada por la decisión de Pepe.

Las dos mujeres se retiraron y, mientras Alba le servía a la escribana el vaso de agua que le había pedido, los dos hombres, en la sala y a puertas cerradas, comenzaron una charla profunda, importante, amorosa, madura, en la que Pepe le dio a Rafael una lección sobre la importancia del cariño sobre los bienes materiales. Y trató de hacerle comprender que la relación que habían mantenido durante el último año era lo más importante y auténtico.

Casi una hora después, cuando la notaria estaba a punto de retirarse sin novedades, ambos la llamaron. Y los cuatro juntos, en la mesa de la sala, delinearon los pasos a seguir y establecieron qué papeles se requerían para poner las dos propiedades a nombre de Rafael Becerra. La escribana leyó con detenimiento las escrituras que Pepe tenía archivadas en la casa y les propuso regresar en unas horas con los documentos confeccionados. Al fin, todo se haría conforme a la voluntad del señor José Navarro Flores. «Pepe para los amigos», como él mismo le había dicho a la mujer.

* * *

Esa noche los tres cenaban en la cocina. Sin dudas, vivían una noche especial, pues los lazos del cariño se habían extendido al mundo tangible y material, a esas paredes que los contenían, las que el viejo había querido poner a nombre de Rafael.

Pepe, que ahora comía puré de zapallo y durante tanto tiempo había permanecido taciturno, estaba extrañamente parlanchín. Se lo veía feliz, como si acabara de sacarse un gran peso de encima. La pareja cenaba lo mismo pero lo acompañaba con pechugas al ajillo y crema, esas que Alba había preparado especialmente para Pepe pero que no había querido probar.

Sobre la mesa grande de la sala descansaban los viejos documentos que señalaban a José Navarro Flores como propietario y los nuevos, que indicaban que Rafael era el flamante dueño de una propiedad en Vallecas, tal como lo había sido Pepe; y su padre antes de él; y, previamente a ellos, un tal Aquiles Tormo, el viejo enfermo y solitario que había fundado La Media Verónica después de la guerra y se lo había vendido al padre de Pepe. Todos los nombres figuraban en los papeles. Allí estaban la reluciente escritura y la antigua, de color amarillo, que mostraban esos remotos detalles que a nadie parecía interesar.

—Pepe, estoy agradecido... No tengo palabras... —dijo Rafael que desde la tarde no había podido olvidarse ni un solo minuto de la actitud generosa de Pepe. No sabía cómo corresponderle, no existían frases que abarcaran tamaño gesto. Ante semejante acto de desprendimiento parecía trivial decir simplemente «Gracias».

—Pues, hombre, no digas ninguna y come... Tú que puedes.

—Quiero que sepas que yo nunca quise nada tuyo, jamás pensé...

—¡Jolín, eres pesao, tío! Si fuera de otra forma, jamás te hubiese dado la propiedad.

—Yo hubiera estado aquí contigo... —siguió Rafa.

—Claro que lo sé. Acábala con este asunto, que quiero hablar de temas más importantes. Necesito que me ayuden a realizar dos cosas más...

—Dime, Pepe —dijo Alba con precaución. Ella había aprendido a reconocer ese tono de voz y le tenía miedo.

El viejo adivinó su pensamiento y expresó:

—Vale, pero no se inquieten, que no es nada tan difícil. Además, al fin y al cabo, les he

regalado mi casa así que no creo que me puedan decir que no a nada.

—Eres terrible, pero tienes razón —dijo ella sonriendo.

—Aquí van mis peticiones: quiero volver a ver un recital de El Cigala. ¿Podrán conseguir boletos?

Alba suspiró aliviada y respondió:

—Supongo que sí. Averiguaré cuándo es su próxima función y compraré entradas.

—¿Y la otra petición, Pepe? —preguntó Rafa.

—Quiero que me ayudes a buscar ese amigo de Málaga del que te hablé una vez.

Rafa frunció el ceño buceando en su memoria y preguntó:

—¿Cuál? ¿Con el que terminaron peleados por una mujer?

—Sí, ese, Pablo Benavídez. Quiero tener una conversación con él.

—¿No querrás pelear, verdad?

—Todo lo contrario. Además, mírame la pinta. No estoy para pelear con nadie.

Era verdad: se hallaba delgadísimo, piel y huesos. Hasta la voz le había cambiado, y sólo le quedaba un hilo del vozarrón que había tenido.

—Bien, yo me encargo.

—Perfecto. Ahora te pido algo más: hoy vete a dormir a tu casa. Me siento bien.

—No es necesario —dijeron Alba y Rafa al mismo tiempo.

—¡Pues yo digo que sí!

Charlaron un rato y Alba metió los platos en la lavadora. Luego, cuando se estaban por retirar, él les dijo:

—Los amo como a los hijos que no tuve.

Rafa y Alba abrazaron a Pepe, a los tres se les llenaron los ojos de lágrimas y así se quedaron durante un rato hasta que al fin se marcharon. Era una buena noche, una para recordar.

Solos en su departamento, ellos hicieron el amor, se reencontraron después de tres días. Para Rafa, la piel de Alba era su hogar. La de Rafael, para ella, la paz, el sosiego, su quitapenas. Los cuerpos desnudos disfrutaron alborozados el encuentro.

Un rato después, en la oscuridad del cuarto, Alba le preguntó:

—Ahora que tienes una casa en España, ¿no piensas que deberías quedarte?

—No lo sé, Alba... Sigo sintiendo que debo regresar a mi país.

* * *

Dos días después de la petición, Pepe ya tenía en la mesa de luz las entradas para ver a El Cigala en un concierto que brindaría en un par de semanas. Alba había comprado cuatro, pues al igual que en aquella Nochebuena, Daniel estaba invitado. Se trataba de una ilusión con forma de entradas para El Cigala, una manera de aferrarse al futuro, un intento de conseguir más días para Pepe.

Como sabían cuánto significaba este recital, ellos le cumplieron de inmediato el deseo; al igual que el otro, porque esa tarde Pepe esperaba la llegada de Pablo Benavídez.

Rafael se hallaba cantando en el metro. Alba, en la casa, acompañaba al viejo y, nerviosa, deseaba que todo saliera bien mientras preparaba café para la visita que aguardaban. Pepe estaba demasiado débil para afrontar un mal momento. Alba alistaba las tazas cuando sintió que golpeaban la puerta. Atendió, y se dio con Benavídez. Antes de hacerlo pasar al cuarto donde el viejo había permanecido gran parte de la jornada, le explicó que el enfermo no tenía un buen día y

que se hallaba dolorido. El hombre asintió, entendía de qué iba esa visita, Rafael se lo había explicado por teléfono.

Se notaba que Pablo y Pepe tenían la misma edad, pero constituían la antítesis uno de otro: Benavídez era calvo y con un poco de cabello oscuro a los costados, a diferencia de Pepe, que tenía todo el cabello pero blanco por completo. El hombre era un español grueso, risueño y bonachón, mientras que Pepe, que siempre había sido delgado, tenía un humor ácido cuando no mal humor. Parecía mentira que estos dos señores mayores alguna vez se hubieran peleado por una chica.

Cuando Benavídez cruzó el umbral de la puerta del cuarto, se observaron durante un rato hasta que Pepe dijo:

—¡Dios, qué pelado y qué tripa llevas! ¡Pero te hubiera reconocido donde sea!

—Y tú sigues igual: cabrón y sin tacto, como siempre.

Después de esas frases ambos rieron y se encerraron en el cuarto durante una hora. Hasta que Alba, ya preocupada porque no oía nada, sin importarle la orden que le había dado Pepe de que no los molestaran, entró y les ofreció algo para beber.

Ellos aceptaron el café y Alba regresó con dos tazas. Luego, permanecieron encerrados por otra hora más.

Cuando Rafael llegó aún seguían en el cuarto. Desde la cocina se oían los comentarios y las risotadas de Benavídez; seguramente, Pepe también hablaba, reía y festejaba las ocurrencias de su amigo, pero su voz estaba tan diezmada que no atravesaba las paredes.

Rafael pasó a saludarlos y la visita aprovechó para anunciar que se retiraba. Los dos viejos se despidieron cariñosamente. Benavídez llevaba en la mano una remera estampada con una frase del *Quijote*.

—Le regalé una... A él no le entran, pero su nieto podrá lucirla —dijo Pepe contento.

Alba y Rafael sabían bien cuánto valoraba esas remeras.

En la puerta, Benavídez les agradeció que hubieran actuado como intermediarios para que dos viejos gruñones pudieran reencontrarse y prometió que regresaría en la semana para verlo nuevamente. Adentro, Pepe se sentía feliz pero también exhausto, le costaba respirar. Alba le ofreció distintas opciones para la cena, pero no aceptó ninguna.

Rafael y ella comieron lo que quedó de las pechugas al ajillo mientras charlaban acerca del estado de salud de Pepe, que seguía en la cama.

Preocupada, Alba sugirió:

—Creo que deberías quedarte a dormir aquí. Hoy ha vivido demasiadas emociones, lo veo agotado y es probable que no tenga una buena noche.

—Sí, pensé lo mismo —respondió Rafa.

Un rato después, Alba se marchó y Rafa se acostó, como cada noche que se quedaba allí, en la camita del cuarto contiguo al de Pepe.

El viejo dormitaba. Rafa, atento, lo oía respirar con dificultad, pero, por el agotamiento propio de un día de arduo trabajo, entre el bar y el metro, quedó rendido en minutos y descansó pese a la preocupación.

Llevaba varias horas durmiendo cuando escuchó una voz que entre sueños le hablaba. Alguien parecía pronunciar su nombre desde el más allá.

—Rafa... Rafa...

Se asustó, se sentó en la cama y, entonces, recordó que estaba en la casa de Pepe. Se levantó apurado, descalzo, en calzoncillos y fue al otro cuarto.

—¿Qué pasa, viejo...?

—Siento que me asfixio. Me falta el aire.

Rafa lo vio pálido. Si lo había llamado en medio de la noche —eran las cinco—, no había dudas de que le pasaba algo serio.

—¿Por qué no llamas a Emergencias? —propuso Pepe con un hilo de voz. Lucía mal, pero también asustado.

—Te llevaré ya mismo al hospital en el auto.

El 112 servía para salir del paso; esta vez el viejo necesitaba otro tipo de atención.

Pepe asintió, Rafa lo vistió y en pocos minutos más subió a su departamento para buscar las llaves del Audi y avisarle a Alba que se iba al hospital.

—Los acompañaré —se ofreció ella.

—Mejor, no. Será más rápido si lo llevo yo solo —dijo Rafael sin darle opción. Pepe estaba realmente mal y no quería a Alba en el auto.

Rafa regresó por Pepe, que aún vestía el pijama, lo guio, le ayudó a subir al coche y partieron. Madrid tímidamente comenzaba a despertar del sueño de la noche. Los primeros madrugadores salían para sus trabajos. El viejo, a su lado, respiraba con esfuerzo. Parecía que iba apagándose lentamente.

Rafa pasó en rojo los semáforos; temía lo peor.

Ni bien llegaron, su falta de aire le valió que enseguida le pusieran oxígeno y lo internaran en terapia.

Eran casi las ocho de la mañana cuando la misma facultativa salió al pasillo donde Rafael se hallaba esperando y le explicó:

—Lo tenemos en observación, hay que ver cómo evoluciona. Por suerte, en el hospital hoy está su médico, el doctor Kosawa, y podrá verlo en un rato.

Rafael no se atrevió a preguntarle abiertamente si Pepe saldría de esta. De todas maneras, dado el estado en el que ingresó, asumió que ni la doctora podía darle esa respuesta. Ella le sugirió que fuera a tomar algo y que regresara en una hora.

Rafael se fue al bar caminando despacio, triste, impactado. No era fácil encontrarse tan de cerca con la muerte.

Llegó al café en el que ya había estado en otras ocasiones. Se sentó en los silloncitos de pana naranja que siempre parecían invitarlo a meditar. Pidió un cortado y allí, sumergido entre las plantas verdes y exuberantes, mientras un pequeño rayo de sol que entraba por la ventana le daba en la frente, rogó con todas sus fuerzas que Pepe no se fuera, que pudieran disfrutar de su compañía unos meses más, unos días... Él y Alba lo amaban, y el viejo los correspondía con su entrañable afecto. No podía haberle regalado su casa y ahora partir tan rápido sin que él pudiera demostrarle su inmenso agradecimiento. ¡Qué injusta era la vida! Recordó cuán solo estaba cuando llegó a Europa con el interior destruido, y cómo España lo había provisto de lazos para subsistir. Porque en Madrid había encontrado en Pepe a un padre y a un gran amigo. Porque esta tierra también le había dado una mujer con la que había vuelto a soñar con el futuro y la felicidad. Recordó cómo en la noche, mientras hacían el amor, él había sentido que la piel de Alba era su hogar.

Con los sentimientos a flor de piel caviló en la muerte y, por primera vez, se adentró sin miedos y sin barreras al pensamiento profundo sobre cómo era el final de una existencia, la culminación de los días de una vida. Se realizó las preguntas que los seres humanos no desean hacerse, las preguntas a las que sólo se enfrentan cuando la muerte danza cerca, como hoy ocurría con Rafael a causa de la enfermedad de Pepe.

Pensó en el viejo, en que tal vez estaba viviendo su último día, el final de los finales. Y

trasladó esa idea a cómo sería su propio fin, dónde, cómo y en compañía de quién cerraría los ojos y concluyó que la forma de la hora final se relacionaba íntimamente con la clase de vida que se había llevado durante todos los días anteriores. La muerte y la vida eran mellizas de distinto padre, caras de una misma moneda.

Un corolario surgió fuerte en su mente: la clase de muerte que se tenía era según la clase de vida que se había llevado. Un pensamiento lo llevó al otro y se halló preguntándose si estaba viviendo como pensaba que debía hacerlo. ¿Era feliz? La vida era una sola y había que hacer con ella lo que uno realmente quería. Recordó la frase «Nunca renuncies a cualquier cosa bella que te haga feliz aun a costa de andar contra el mundo entero» y entonces trató de imaginarse a sí mismo de viejo. ¿Dónde viviría sus últimos días? Se figuró que, tal vez, como Pepe, vendría a este mismo hospital. ¿Con quién estaría en ese momento? Con Alba, seguramente.

Las ideas bullían en su interior, eran fuertes, profundas. ¡Qué corta resultaba la vida! Tan corta que no valía la pena estar en un lugar en el que uno no se sentía cómodo, ni estar con alguien a quien no se amaba, ni hacer un trabajo que no se disfrutaba. Aun cuando el precio por pagar fuera el riesgo de que todo saliera mal, aun así valía la pena intentarlo. Y entonces, lleno de la sabiduría que dan las situaciones límite como la que estaba viviendo esa mañana, hizo un descubrimiento importante: él tenía que hacer lo que realmente deseaba, para eso disponía del poder de decisión; él debía vivir en el país que lo hacía feliz, no debía renunciar a ello. Todo lo que se opusiera, tarde o temprano terminaría acomodándose porque el mundo estaba más conectado de lo que parecía y a los grandes deseos del corazón se acomodaban los elementos del mundo físico; allí radicaba la fuerza del ser humano, lo distintivo del resto de partículas de la creación.

A este hallazgo se le sumó otro más personal: acababa de darse cuenta de que él había imaginado su propio final en esta tierra, en España. Se había visto de viejo en este hospital y entre personas que hablaban español con zeta. Se impresionó. Todo su ser se preparaba para esa opción, su interior se la pedía. Pero una idea lo atacó, lo lastimó: ¿y Facundo? ¿Y su padre? Una certeza vino a salvarlo: todo se acomodaría y a la postre sería para mejor. Porque los grandes deseos del corazón, los puros, los desinteresados, estaban allí por algo. Nacían para que la persona que los tenía cumpliera con la parte que le tocaba en el universo, eran como piezas de un puzle que debían ser reunidas para armar el dibujo final y perfecto. Guardó en su interior esta idea y se aferró fuerte a ella porque, asido de ese pensamiento, en ese momento tomó la decisión irrevocable de quedarse a vivir en España.

Y una vez que lo hizo, una vez que le fue fiel al deseo de su corazón, en el instante en que estuvo seguro y se lo prometió a sí mismo, un pensamiento superior vino sobre él, porque su valentía lo hacía digno de saberlo, de comprenderlo. La sabiduría se lo dictó mientras estaba sentado en ese bar de hospital, se lo dijo claro y al oído: cada persona encuentra su destino en una tierra determinada, algunos tienen la suerte de hacerlo en el sitio que los vio nacer, pero eso no resulta tan sencillo para todos; otros hallan lo que deben hacer en esta vida en lugares diferentes a su patria. Así como María Álvarez se había tropezado con su destino en América, él venía encontrándolo en España. Porque en algunas oportunidades resultaba indispensable moverse de un lugar a otro para sanar, para hallar respuestas, para encontrarse a sí mismo.

Sus ideas fueron más allá: a veces los seres humanos enferman la tierra de un sitio y los hombres deben moverse para poder florecer, igual que les sucede a las plantas. Pero, para permitir esa movilidad, quienes detentan el suelo deben ser generosos, altruistas; y los dispuestos a trasplantarse, muy valientes. Porque la tierra entera les pertenece a todos los hombres, y las divisiones que trazan los corazones mezquinos necesitan ser borradas. El planeta debe mantenerse limpio y sano de egoísmos para que los hombres puedan moverse de un lugar a otro sin

restricciones, pues los dueños absolutos no existen. El género humano es uno solo; las demás divisiones, un invento.

Rafael meditó en que los hombres buscaban dividirse. Primero lo hacían en países y, muy ufanos, reconocían «Soy de este» porque unos se consideraban mejores que otros. Pero allí no quedaba todo, porque luego, dentro de cada país seguía esa misma cruel división entre provincias, unas mejores que otras. Y dentro de estas, a su vez, los seres humanos clasificaban las ciudades de primera línea de las que no lo eran. Después venían los barrios y otra vez la misma división: unos veían a otros como inferiores y querían diferenciarse. Y así, hasta llegar al seno de una misma familia, donde también las personas buscaban dividirse entre los más y los menos importantes. Tristes divisiones, más divisiones tristes, porque el hombre con ellas se daba el lujo de forjar heridas, que a la postre lastimaban la tierra.

Rafael llegó a la conclusión de que las divisiones las establecían los seres humanos, porque la tierra en sí misma sólo se guiaba por la armonía, por las palabras que sanaban, por los sentimientos que acompañaban, por las manos que cuidaban las plantas para que las especies no acabaran y por los que perdonaban para poder seguir adelante. El descubrimiento de esta conciliación se le hizo carne y ya no tuvo ningún miedo. Sintió el metro de Madrid como propio a pesar de que él había nacido en América, sintió las calles de Madrid como suyas. Porque así como alguna vez María había precisado sentir propia Buenos Aires, hoy él sentía necesario hacer suya esa ciudad española. Su corazón se lo pedía.

Pensó en la rosa de Provenza que había cambiado dos veces de continente, guiada por manos amorosas con deseo de cuidarlas. Y tuvo la certeza de que el mundo de los humanos, el de las plantas y el espiritual estaban conectados en todas y cada una de sus partes. Y que su lugar estaba en este continente, en esta vibrante capital que era Madrid; por alguna extraña razón a él le tocaba florecer en esa metrópoli. Emocionado, se sintió fuerte y seguro de su decisión como nunca antes lo había estado. La experiencia casi sobrenatural que estaba atravesando parecía un cielo de miles de soles espléndidos que lo iluminaban. Una vivencia de esas que sucedían pocas veces en la existencia de las personas, esas cuando parece que la vida se sienta a nuestro lado y con pensamientos amorosos nos da una lección especial porque piensa que nosotros la entenderemos.

Se hallaba empezando a salir del trance, y estaba a punto de pagar el café, cuando de lejos vio la figura femenina que él tanto amaba. Alba se acercaba caminando al bar, vestida de jean y camisa blanca bordada. Había venido en el metro buscando noticias. Le había hablado un par de veces al teléfono pero Rafael, ensimismado, no le había respondido.

—Rafa, me preocupé... —dijo ella saludándolo con un beso.

—Perdón, no te oí, estuve pensando tanto... —dijo Rafael mientras la abrazaba. Deseaba contarle su reciente experiencia.

Pero Alba lo puso al tanto:

—Acabo de ver al doctor Kosawa y me dijo que a las once nos espera para darnos el parte médico.

Rafael miró su reloj, ya casi era la hora. Entonces, recién ahí se dio cuenta de la cantidad de tiempo que había estado meditando sentado en el bar. Creyó que había caído en una especie de trance, porque realmente se sentía otro. Acababa de hacer un descubrimiento transformador que le daba claridad sobre lo que debía hacer en esta vida. Pagó la cuenta y se marcharon abrazados, unidos por el amor y la luminosidad que ese día acompañaba a Rafa, aunque también por el dolor de no saber si a Pepe aún le quedaban más días.

* * *

Alba y Rafael, de pie ante la puerta grande de la terapia intensiva, se hallaban de la mano esperando noticias, deseando una respuesta favorable. Pero sin las certezas de conseguirla, Rafa empezaba a pensar cómo consolaría a Alba si la noticia era mala. Sin embargo, él no sabía que a su lado ella meditaba lo mismo, pues durante los últimos días lo había visto muy mal. Ambos, inmersos en sus pensamientos, tenían los ojos puestos en la puerta blanca de dos hojas cuando emergió el doctor Kosawa. Y la sonrisa que llevaba en su rostro les permitió entender que las cosas no iban tan mal.

—Tendremos a Pepe aquí unas horas más —explicó—. Luego, si sigue estable, podrán llevarlo a casa. La enfermedad continúa su curso, pero al menos hoy regresará a su hogar.

—¿Podemos pasar a verlo? —preguntó Alba.

—Sí, claro. Adelante.

Unos minutos después, Alba se sentó en el borde de la cama del enfermo y Rafael, en el silloncito ubicado junto al lecho de Pepe, quien charlaba con la enfermera que acababa de tomarle la presión. El viejo se sentía mucho mejor, tenía hambre y no quería el té con tostadas que la mujer le ofrecía. Deseaba comida. Más precisamente, las pechugas de pollo que Alba había hecho al ajillo la noche anterior.

Se lo dijo a la enfermera:

—Pues si me voy a quedar aquí varias horas más, ¿será posible que usted me consiga para comer algo así como esas pechugas que le acabo de comentar?

—No creo que en la historia de este hospital alguna vez nuestros cocineros hayan hecho semejante plato. Es más: dudo de que sepan prepararlo —remató la enfermera.

—Pues traiga aquí a alguno de ellos, que yo le enseñaré.

—No vendrá ninguno —señaló segura la mujer mientras calibraba la gota de suero.

—¿Por qué no?

—Porque esto no es un hotel. Y ahora me voy pero volveré con tostadas y té.

—¿Me cago en la leche! ¿No pueden conseguir unas putas pechugas para un pobre viejo? —explotó Pepe.

Rafa, sentado en el silloncito ubicado junto a la cama, oía la conversación de locos que el viejo llevaba adelante con la enfermera y, haciéndole señas a Alba, que estaba sentada en el borde de la cama, reía casi hasta las lágrimas... Lágrimas de alegría. El tenor de la charla sólo podía significar que Pepe se encontraba bien, que en poco rato se lo llevarían a casa y que lo tendrían con ellos unos días más. ¿Cuánto? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? No lo sabían, pero era tiempo que le ganaban al tiempo, y lo que fuese que pudieran compartir con el viejo los hacía felices.

Rafael, animado por el buen ambiente, se atrevió a decir:

—Pues como tenemos un rato más acá, aprovecharé para contarles algo que me sucedió hoy.

—¿Aquí en el hospital...? —preguntó Alba.

—Sí, en el bar. Una experiencia importante, casi sobrenatural, de mil soles iluminándome.

—¿Qué dices? Estás demasiado místico —dijo Alba.

—Pues las únicas experiencias que yo he tenido en un bar han estado relacionadas con las bebidas —aclaró Pepe.

—Callate, viejito, y escuchá —ordenó cariñosamente Rafa poniendo su mano sobre el brazo de Pepe.

—¡A la miércoles, esto va en serio! —exclamó el viejo y prestó atención.

—Saber que estabas acá, luchando, Pepe..., sin noticias de cómo evolucionabas... —debió hacer un alto en sus palabras por la emoción. Luego continuó—: Me hizo pensar mucho... y, mientras meditaba, nuevos y desconocidos sentimientos para mí se metieron en mi alma.

—Rafa, me inquietas —dijo Alba, que lo escuchaba atentamente. Desde el encuentro en el bar lo notaba raro.

—Reflexioné mucho sobre mi vida, me hice preguntas sobre lo que en verdad deseaba. Recordé cómo vine a España, y por qué... Qué encontré acá. Medité sobre qué es existir, para qué estamos en este mundo... y más, mucho más porque me atravesaron millones de pensamientos importantes... Pero en uno especialmente se posó la luz... uno que tiene que ver con mi futuro, con nuestro futuro... sentí de forma muy fuerte que Madrid es mi lugar. Lo sentí tan claro que he decidido quedarme a vivir aquí.

—¡Rafa...! —exclamó Alba poniéndose de pie. ¿Cómo había pasado semejante cosa?

—Supongo, Alba, que estarás de acuerdo...

Ella lo abrazó y le dijo:

—¡Ya sabes...! Yo te sigo hasta el fin del mundo. ¡Qué más quiero que vivir en mi ciudad!

Pepe preguntó:

—Pero, hombre, ¿así de repente lo has decidido?

—Fue una experiencia reveladora, casi sobrenatural. No tengo palabras para explicar lo que me pasó en el bar, pero sé que nació de verte enfermo, Pepe.

—Explícate mejor.

—Lo intentaré —dijo Rafael y empezó a hablar.

El viejo y ella lo escucharon atentamente.

A medida que la boca de Rafa soltaba las palabras que se esparcían por el cuarto de hospital, el ambiente parecía tomar una luminosidad distinta y un aire que hacía bien respirar lo llenaba todo. El cuarto exudaba libertad, buena voluntad, sabiduría.

Cuando Rafa dijo la última frase de su larga explicación, llegó la enfermera con el té y las tostadas, que Pepe recibió mansamente y en silencio. La mujer no entendía qué había sucedido en ese cuarto durante el rato que se había ido. El ambiente y las personas parecían otros. La enfermera no sabía que, a veces, los descubrimientos acerca de cómo vivir mejor logran milagros en las almas de las personas.

Cuando la mujer se retiró, Alba, que aún estaba de pie, señaló:

—Yo también tengo algo para contar.

—¡Pues parece que hoy es el día de las confesiones! —dijo Pepe.

Alba sonrió, abrió su boca y largó una frase que cortó el aire:

—Estoy embarazada...

Rafael la miró atónito.

Él aún no lo sabía pero se trataba del primer paso en el cumplimiento de la regla «El mundo físico debe acomodarse a los grandes y puros deseos del corazón de los hombres». Pocas horas atrás, él había dado un gran primer paso y ahora venían acercándose los demás. Cada persona tenía sus propios grandes deseos pero todos juntos conformaban el conjunto entero que les permitía ser felices a los seres humanos.

Rafael se puso de pie y se abrazaron nuevamente. Él escondió el rostro en el cuello de Alba. Se quería quedar a vivir en esa piel para siempre.

—¡Carajo, niña, carajo! ¡Qué regalo de la vida verte embarazada nuevamente! —gritó Pepe.

Rafael lloraba.

Él y Alba se acercaron al viejo. Y los tres hicieron un nudo indisoluble, un abrazo en el que se entremezclaron distintas emociones, diferentes sentimientos, clases de amor y nacionalidades.

La vida no era perfecta pero aun en medio de sus imperfecciones había que aprender a ser felices.

Unas horas después, cuando se marchaban del hospital, Rafa le sugirió a Alba que deberían contarle a Daniel que sería abuelo.

—Ya lo sabe. Se lo conté ayer.

—¿Antes que a mí? —dijo abriendo grande sus ojos claros.

—Sí. ¿Acaso no querías que fuera más unida con mi padre?

Rafa tuvo que tragarse el orgullo. Alba tenía razón: eso demostraba que ella estaba casi completamente sana. En minutos se subieron al Audi y comenzaron a organizar el próximo día con lo que podían y con lo que sabían que era seguro. Lo demás, lo dejaban en manos de la Providencia. A veces, después de dar el primer paso tras los grandes deseos del corazón, lo mejor era dejar los detalles en sus manos.

Porque ellos sabían que esa noche Alba volvería a preparar las pechugas al ajillo para Pepe, pero desconocían cuántas cenas más lo tendrían sentado a la mesa. No imaginaban que para el cuerpo de Pepe el cariño que ellos le brindaban y la ilusión de ver nacer la criatura sería una droga potente que le permitiría no sólo presenciar un recital de El Cigala, sino dos. Porque él los acompañaría en este mundo un año más. Precisamente, hasta conocer el rostro de la dulce María, nombre que le pondrían a la niña, y cargarla en sus brazos el día de su nacimiento envuelta en una mantita rosa, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Rafael y Alba tampoco estaban al tanto de que esa semana recibirían dos llamadas desde Argentina. Una, de Ignacio, el padre de Rafa, contándoles que acababa de sacar pasaje y que en dos semanas lo verían por España. Y otra de Juliana, en la que le relataba que, junto con el doctor Toranzo, planeaba realizar un viaje de un mes por Europa y que, si estaba de acuerdo, Facundo podría quedarse en su departamento con él y Alba.

Rafael no podía imaginar que durante ese viaje coincidirían en una cena realizada en el departamento de Diego de León el grupo compuesto por Juliana, su doctor, Daniel, Pepe, don Becerra, Facundo, Alba y él, quienes comerían la paella que cocinaría su española luciendo una panza de seis meses de embarazo, y que allí, en la elegante mesa, la madre de Facundo recién se sentiría suficientemente segura para ofrecer que el niño viniera a pasar todos los años un mes con Rafael.

Todos, pasos que se sumarían al primero que había dado Rafael buscando cumplir su sueño, pasos que demostraban que a los grandes y puros deseos del corazón se acomoda el resto del mundo físico.

EPÍLOGO

Viernes

En la casa de la calle de Argumosa, esa tardecita de verano, después de muchos años, las gárgolas de la entrada vuelven a escuchar charlas dichosas. Las reconocen porque alguna vez, tiempo atrás, las oyeron y, aunque el sentimiento quedó hibernando entre las paredes, hoy parece haber revivido con más fuerza que nunca. Se reencuentran con la felicidad en los gritos de los niños, en las palabras de cariño que se prodigan sus habitantes. Y en una decisión tomada por sus dueños, quienes, a punto de dividir la casa en cuatro departamentos, sólo lo hicieron en dos para que pudieran vivir con comodidad los integrantes de la misma familia.

El arquitecto de los Díaz Montero pasó varios meses devanándose los sesos para lograr que entraran en el solar dos viviendas completas sin necesidad de dismantelar el patio y el invernadero. Cuando al fin logró plasmarlo en los planos y llamó a Alba y Rafael para mostrárselos, ellos, felices, llegaron a la casona para brindar con el cava catalán que don Becerra había traído al enterarse de la noticia. Porque el padre de Rafa, que meses atrás había vendido su casa en Argentina para vivir allí con ellos, era el más interesado en que se pudieran construir dos apartamentos para, de ese modo, comprar uno. Claro que ese día que transcurrió cuatro años atrás, Alba, por más que brindó, apenas si probó la bebida porque Rafa se la quitó. Llevaba varios meses de embarazo de su segundo hijo: José, al que ahora llaman Pepino y tiene los colores de su madre: ojos marrones y cabellos castaños. Ese niño que hoy está correteando detrás de su hermana mayor, María, la rubia muy traviesa que da trabajo a sus padres y que le acaba de quitar el juguete a Pepino.

Ambos chiquillos corren y chillan por el patio que alguna vez fue de Encarnación y del cual ella hoy estaría feliz de ver. Porque este mes reluce de plantas y flores, y sobre todo porque la rosa de Provenza, la especie que su madre le regaló para su casamiento y que ella creía extinguida, hoy está repleta de pimpollos rosados; después de cambiarse de continente dos veces la planta sigue floreciendo. Sólo necesita una tierra feliz y manos amorosas para poder entregar mansamente su extraordinario potencial florístico.

—Basta, niños, que se terminarán golpeando. Vengan, que les daré chuches —dice don Becerra mirando hacia atrás para cerciorarse de que Alba no lo esté viendo. Darles dulces es un truco que usa a menudo para calmarlos y porque ama que lo llenen de besos cuando se los regala.

Él acaba de bajar de su casa al patio que comparte con Alba y Rafa. Su departamento fue construido replicando el estilo del que ellos ocupan, sólo que es bastante más pequeño. Porque él es uno, y la familia de su hijo... ¡cuatro! Esa tardecita Ignacio Becerra espera a Daniel Díaz Montero porque juntos irán al aeropuerto para recoger a Facundo, que viene a España para pasar el mes que cada año comparte con su padre y sus hermanos. Ese es el sistema que como familia han ideado porque luego, cuando el chico se va y transcurre un tiempo, a Rafael le toca viajar a la Argentina para verlo. Claro que, como se extrañan demasiado, casi siempre debe realizarse una inversión extra para pagar un tercer pasaje en el año. Un tiempo atrás hasta hubo un cuarto viaje y allí apareció Daniel Díaz Montero con su gorda billetera para ayudar cuando se lo necesitaba.

Esa tarde, en la cocina, Alba prepara gustosa el postre que le ha pedido expresamente

Facundo, por quien siente cierta debilidad. ¿Cómo no tenerla? El chico es físicamente idéntico a Rafa; y más ahora, que de niño le queda poco. Sus rebeldías muestran que está convirtiéndose en un adolescente. Cuando se pelea con su madre, amenaza con que se mudará a España. Rafa ha tenido que llamar varias veces a Juliana y también a Facundo para calmar los ánimos. Pero no se preocupa —casi lo entiende—; tiene una edad difícil. La ley de la vida dicta que haga estas cosas, significa que está sano y es normal.

Don Becerra vuelve a buscar en su bolsillo una ración extra de caramelos que reparte entre los niños. María y Pepino, gustosos, pagan con besos esa entrega. Luego se sientan en el piso para disfrutar su tesoro; están completamente narcotizados con el azúcar cuando llega Daniel, los besa y les da su propia cuota de malacrianza que hoy viene con la forma de dos pequeños muñecos articulados envueltos en papel de regalo, uno para cada uno. Ellos pegan grititos y, cuando logran desenvolverlos, ingresan a su mundo de fantasía por unos minutos, permitiéndoles a los dos hombres, al fin, hablar civilizadamente y de manera coherente.

—¿Estás listo, Becerra?

—Sí, listo.

—¿Y con estos dos qué hacemos? Me parece que tendremos que llevarlos —dice mirando a los pequeños.

—Sí, me lo ha pedido Alba. Dice que termina el postre que está preparando y debe atender a un hombre que vendrá a retirar un cuadro que le ha comprado.

—¿Y Rafa?

—Hoy tiene su show en La Media Verónica y se está preparando para ir a Vallecas.

—¡Justo hoy!

—Hoy es viernes y ya sabes... es el día de la semana en que realiza su función. Luego cenaremos todos juntos en La Media Verónica.

—¡Joder, macho, tenemos que irnos y aún debo poner las sillitas en mi coche para María y Pepino!

—Le avisaré a tu hija que nos vamos con los niños.

Los dos hombres que, además de compartir nietos, saben que son parientes de sangre, siempre buscan oportunidades para desarrollar la afinidad. La diferencia entre ellos dos son muchas pero también insólitas las conexiones. Sus padres, Marcos y Pedro, eran hermanos. Y ahora, aunque aman a sus nietos, a veces se pelean porque Daniel es del Real Madrid y Nacho, simpatizante del Aleti.

Un rato después, la vida avanza y los abuelos sonríen satisfechos porque han logrado meter a los niños en el coche. Arriba, en la cocina, Alba le da el toque final a sus deliciosas y famosas natillas mientras Rafael, que sale del cuarto vestido de impecable camisa blanca y jean para dar su concierto, la besa agradecido por ese acto de amor que ella hoy realiza entre las ollas.

La casa de las gárgolas observa impasible... la vida normal, la felicidad de la rutina, la repetición de los hábitos humanos que demuestran que para ser felices no se necesitan grandes acontecimientos, ni enormes posesiones, ni tremendos éxitos. Sólo un poco de amor y de buena voluntad en los actos diarios.

Son los ritos que los Díaz Montero y los Becerra realizan cada jornada en su hogar. Esa familia con dos apellidos de la que ya no se sabe dónde comienza la sangre de una y dónde la otra porque sus integrantes comparten ancestros.

* * *

Esa noche, como cada viernes, Rafael comienza su recital en La Media Verónica. Todas las mesas están ocupadas, salvo una grande, al fondo, que él ha dispuesto especialmente para su familia. El día del show se toman reservas por teléfono desde temprano y en la cena se sirve un menú especial mientras la gente disfruta el repertorio. El sábado, día de idilio con su arte, lo dedica plenamente a realizar actividades relacionadas con la música. Claro que este sábado es especial, está Facundo y ya verá qué plan inventarán juntos.

Por más que Rafael cada mañana trabaja en las oficinas de La Bellota, el bar que atiende cada tarde es su vida. Le gusta el aroma del café, que le recuerda a Pepe, le agrada comentar con los parroquianos el último partido del Real Madrid. Pero sobre todo, ama cantar allí, porque la música es su vida y él no se olvida de que la idea de montar el show en La Media Verónica fue de Pepe aquella Navidad que por primera vez pasó en Madrid. La vida sin música no tendría sentido. Por eso, a veces, cuando puede, todavía se escapa alguna tarde para cantar en el metro. Por puro gusto, por puro placer.

Rafa va por la quinta canción cuando ve entrar por la puerta a Alba, a los niños, incluido Facundo, que, junto con los abuelos, se sientan a la mesa grande del fondo. Llegan justo para disfrutar algunas canciones. Se pone contento, sonrío exultante. Desde el micrófono le da la bienvenida a su hijo mayor que ha cruzado el océano para visitarlo, le explica al público que lo esperaba, le pide que pase al frente y Facundo, que se sorprende y se muere de vergüenza, se niega, se molesta y le pone mala cara con su rostro adolescente. Él, con la guitarra colgada al hombro, responde risueño con un chiste:

—Yo también te amo, hijo.

La concurrencia, atenta al episodio, ríe cómplice. Facundo, que celebra la ocurrencia de su padre, ahora también.

Luego, mirando a Alba, Rafa le dedica la próxima canción. Se pega al micrófono y su voz melodiosa comienza a entonarla. Sus manos se aplican a la guitarra buscando la armonía perfecta mientras sus ojos claros van anclados en los marrones de esa mujer delgada y menuda que a los ojos de cualquiera parece muy frágil pero él, que la conoce muy bien, sabe que en los últimos años se ha vuelto de acero para cuidar a la familia que han formado.

—Hallé una flor un día en el camino/ que apareció marchita y deshojada...

Sábado

Rafael, de pie en la estación Callao, espera a que llegue el vagón. Algunos días, como este sábado, él disfruta de cantar en el metro. En la familia todos se quejan de que lo siga haciendo, pero se trata de un gusto al que no está dispuesto a renunciar. A veces, incluso, lo siente como una verdadera necesidad, pues lo ayuda a reencontrarse consigo mismo, con ese hombre que es y con el que fue. En esos vagones logra unir sus dos mundos: el de español con papeles de ciudadanía adquirida a través de su yaya, y el de inmigrante que se encuentra lejos de su país. Ambos laten en su interior. Lo sabe con claridad porque hay momentos en que, caminando por las calles de Madrid, se emociona hasta las lágrimas al sentir que ama esa ciudad con todo su ser cuando su interior de sangre española heredada así se lo dicta; pero también hay otros en que, añorando una comida, una persona o un lugar de Argentina, siente que su corazón está del otro lado del océano y que siempre extrañará. Y cantar en el metro lo libera de extrañares y preocupaciones, tocar su guitarra en los vagones acomoda su interior porque lo hace feliz, porque la música sana y une.

Hoy a su lado está Facundo. Su hijo lo acompaña porque le divierte ir correteando detrás de él cuando va cambiando de vagón. Le parece emocionante tener que moverse con rapidez para

pasar de uno a otro, antes de que se cierren las puertas cuando canta una canción en el primero, y luego pasa al siguiente para interpretar otra. Y así sucesivamente.

En el andén, Rafael da una última mirada buscando la fornida figura de Rumen. Si hoy no lo encuentra de casualidad, le escribirá al teléfono invitándolo a reunirse en el Yakarta para que, café de por medio, vea cuánto ha crecido Facundo desde la última visita.

El tren se acerca y ellos se suben. Él acomoda su guitarra. Facundo, mientras tanto, se entretiene con su celular. Rafael respira hondo, toma su micrófono y empieza...

Hoy canta en el metro como seguramente también lo hará el próximo sábado o, quizá, alguna tarde de la semana que viene. No hay un día fijo para su concierto ambulante porque nunca se sabe cuándo el corazón le pedirá salir de gira por los vagones.

Por eso, si algún día viajás en el metro de Madrid, y escuchás que alguien canta «Un velero llamado Libertad» o «Flor pálida», acercate, es él, y le gustará conversar con vos porque le agrada charlar con las personas, cualquiera sea su nacionalidad. Disfruta la diversidad. Lleva un micrófono colgado al cuello y su guitarra al hombro. A pesar de los años vividos en Madrid, todavía no habla con zetas, y eso que su cabeza de cabello claro ya pinta algunas canas. Pero lo reconocerás, tiene la misma mirada de su tía María... Ah, esos ojos... claros, transparentes, que lo dicen todo. Que delatan que siempre creará en la humanidad y en los sueños del corazón.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, muchas gracias... A Paloma Cerezo Fructuoso, que leyó mi libro con paciencia y me enseñó a pensar como española. A Juan Carlos Martín Cobano, por darme ciertos datos precisos sobre la España de 1936 que sólo una mente estudiosa como la suya puede conocer. A mi corrector Shunko Ilárraga, por caminar las calles de Madrid en cada página corregida con gran esmero y profesionalismo. A Curro Royo, por contarme detalles de la vieja España que él, como guionista, pudo entender que yo necesitaba. Al señor José María Gil Robles, por contestar gentilmente mis correos y relatarme cómo sus padres vivieron el comienzo de la guerra. A Silvana Corelli, mi médica preferida, por enseñarme sobre cómo enfermar y luego sanar a un personaje. Y gracias especialmente a vos, Ale mío, que me abriste la puerta a la información de los músicos del metro como sólo alguien que alguna vez lo ha vivido de cerca puede contarlo. Gracias por las charlas eternas, las comidas preparadas para que yo pudiera escribir y las horas pasadas corrigiendo conmigo. Gracias a mi hija Viki, por ayudarme a pensar en las plantas y flores de la novela y por corregirme con creatividad. Gracias a mi hijo Cris, porque luego de cada jornada que pasaba escribiendo, al llegar la noche, me alentaba preguntándome: «¿Y, mamá, cómo vas con el libro? Contame». A Giuli, mi hija adoptiva, que me enseñó a jugar al mus y a escribir una buena partida sin hacer lío. A Willy Schavelzon y Bárbara Graham, por enviarme desde España material sobre la guerra civil que jamás hubiera conseguido en Argentina. A Matilde Beruatto, por enseñarme sobre la rosa de Provenza como sólo puede hacerlo una apasionada de la naturaleza. A Coco Saura y sus abuelos españoles, que, con generosidad, me abrieron el baúl de los recuerdos familiares y me permitieron usarlos en mi novela. A María, esa abuela española que nombraba mi papá y de la que sólo recordaba sus ojos celestes, el rubio de su cabello y que había venido desde Andalucía buscando una vida mejor en Argentina. A Mercedes Güiraldes y a Nacho Iraola, por soñar conmigo que esta novela es especial. Gracias, muchas gracias a todos los que de una manera u otra me ayudaron, porque los libros los escribimos los escritores pero a lo largo de este largo proceso colaboran muchas personas verdaderamente necesarias. Y son ellas las que ofrecen datos y contribuyen con sus habilidades para que la historia sea un apasionante compendio de realidad.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

